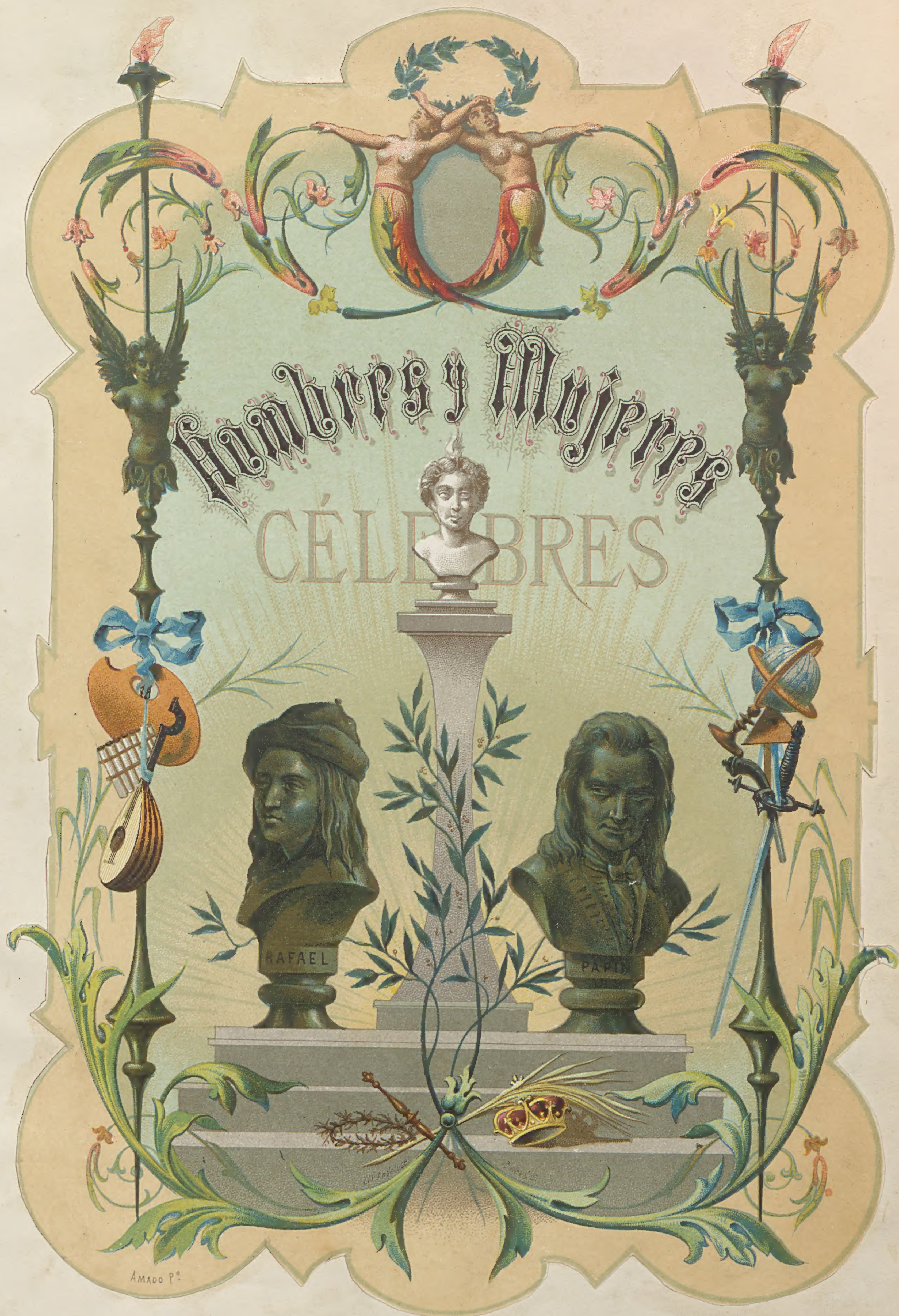
LANDA

HOMBRES Y MUJERES CELEBRES

TOMO I

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.


Hombres y Mujeres


Hombres y Mujeres
CÉLEBRES
RAFAEL
PAPIN
AMADO Pº

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES

DE TODOS LOS TIEMPOS Y DE TODOS LOS PAISES.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES ILUSTRES,

ARTISTAS, POETAS, LEGISLADORES, GUERREROS,
QUE HAN INMORTALIZADO SUS NOMBRES POR SUS TALENTOS, SANTIDAD, VIRTUDES, ACCIONES HERÓICAS,
CRÍMENES Y DESVENTURAS.

Obra escrita en presencia de los datos históricos mas autorizados

POR

D. JUAN LANDA.

TOMO I.

BARCELONA.
D. JAIME SEIX Y COMPAÑÍA,
CALLE PUERTA DE STA. MADRONA, 20.

PROVINCIAS.
EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

AMÉRICA.
LOS CORRESPONSALES DE LA CITADA CASA.

MDCCCLXXV.

Barcelona.—Imp. de La Gaceta de Barcelona, Guardia, 10, bajos.

PRÓLOGO.

Al tomar la pluma para escribir la presente obra debemos dejar sentado, que no es nuestro ánimo ofrecer en ella las biografías de la multitud de personajes de ambos sexos que han alcanzado en el mundo cualquier grado de celebridad, porque ni bastaran para ello cien volúmenes como este, ni lo permitiria el objeto que nos propusimos alcanzar al publicarlo, y que no es otro que el de presentar á la vista de la generacion actual altos ejemplos que imitar, para que, fortalecida con la lectura de los grandes hechos de los hombres y mujeres insignes de la antigüedad y de la edad presente, pueda mejor imitarlos, adelantando así un paso en la senda porque la Providencia guia á la humanidad á sus altos destinos.

Por lo dicho se comprenderá, que, aparte algunas celebridades en cuyas vidas se encontrarán errores, y aun crímenes, pero que no por eso han dejado de merecer un señalado lugar en la historia, por el influjo que ejercieron en el siglo en que vivieran, principalmente tendrán cabida en esta galería las biografías de aquellos personajes verdaderamente ilustres, que por sus grandes talentos y altos merecimientos, puedan mas fácilmente despertar en el lector las ideas de virtud, de abnegacion, de heroismo, en una palabra, cuantas buenas y nobles cualidades pueden enaltecer lo mismo á un individuo que á un pueblo entero.

Haciendo caso omiso de los héroes de los tiempos fabulosos, dioses y semidioses de las mitologías griega y romana, y en general de los personajes cuya existencia no parezca comprobada por el testimonio de sus contemporáneos, hemos creido mas prudente incluir solo en esta coleccion las vidas

de los mas insignes hombres y mujeres de los tiempos pasados y presentes de cuya existencia no es posible dudar, en vista del irrefutable testimonio de la historia y de lo que de ellos dejaron escrito los mas graves é imparciales biógrafos.

Respecto á las celebridades que viven en el dia, el temor de emitir juicios con los que tal vez no estuviese de acuerdo la posteridad, nos priva de escribir sus biografías.

Llevando por norma la verdad, y no abrigando ódio ni simpatia hácia ninguna de las grandes figuras históricas que nos proponemos bosquejar, protestamos de nuestra imparcialidad, y rogamos al ilustrado lector nos perdone los errores en que podamos incurrir, en gracia del alto fin que nos mueve á dar á la estampa este volúmen.



MOISÉS

[illegible]RES Y MUJERES CELEBR[illegible]

MOISÉS

[illegible] exclusivo de los [illegible] hombres es reasumir en sí la histo[illegible] [illegible] que han vivido y del pais en que por primera vez vieron la [illegible]

[illegible] miradas [illegible] para liber- [illegible]

[illegible] por los mas célebres [illegible] Moisés [illegible] la primera en antigüedad, y la que [illegible] sobre la primitiva civiliza- [illegible]

[illegible] nos [illegible]

[illegible] el nombre que hoy lleva, es uno [illegible]

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.



MOISÉS.

(1725-1605 ANTES DE J. C.)

Privilegio exclusivo de los grandes hombres es reasumir en sí la historia del tiempo en que han vivido y del pais en que por primera vez vieron la luz del dia.

Treinta y seis siglos van trascurridos desde que vino al mundo el gran legislador del pueblo Hebreo, y aun fijamos con asombro nuestras miradas en la colosal figura de aquel sér extraordinario, elegido por Dios para libertar á su pueblo querido del férreo yugo de los Faraones.[1]

Despues de las inmensas investigaciones practicadas por los mas célebres escritores sagrados y profanos sobre la existencia de Moisés, se ha llegado á adquirir el convencimiento de que la historia del caudillo de Israel aparece despojada de toda ficcion, de que es la primera en antigüedad, y la que contiene las nociones mas sólidas y auténticas sobre la primitiva civilizacion de la especie humana.

Antes de pasar á narrar la biografía del mas ilustre de los hebreos, nos parece oportuno describir, siquiera sea á grandes rasgos, el carácter, costumbres é instituciones del pueblo en que Moisés empezó su sagrada mision, y donde obró muchos de sus prodigios.

El Egipto, llamado *Chemi* por sus naturales, *Misraim* por los hebreos, y que ha recibido de los griegos el nombre que hoy lleva, es uno de los pueblos mas antiguos del mundo: su historia, que empieza poco despues

[1] Faraon, nombre conque la Sagrada Escritura designa indistintamente á los soberanos de Egipto en tiempo de los patriarcas.

del diluvio, es sumamente oscura. Su primer soberano se cree que fué Menes, ó Mesrain, y á la muerte de éste, se dividió aquel territorio en cuatro reinos, á saber: el de Egipto superior, el de Egipto inferior, el de This y el de Ménfis.

Así permaneció aquella region durante muchos siglos, hasta que Amenofis I, rey de Egipto inferior, redujo á su obediencia todo el pais, viéndose reducido el Egipto, bajo el reinado de este Faraon, á la condicion de una monarquía esencialmente teocrática, en la cual era concedido á muy pocos el entender la palabra de los dioses é interpretar su voluntad.

De las dos castas en que se dividian los favorecidos por las leyes egipcias, la una, que era la de los sacerdotes, representaba la inteligencia, y la otra, la de los hombres de guerra, la fuerza: fuera de estas dos clases no se encontraba mas que opresion, servidumbre.

Las pirámides, los obeliscos, los jigantescos restos de las construcciones egipcias, ante los cuales enmudecemos de admiracion, nosotros, nacidos en el siglo de la electricidad y del vapor, atestiguan la mas degradante esclavitud, bastando por sí solos para esplicar porqué el Egipto fué siempre víctima de todos los invasores que se arrojaron sobre él, dividiéndolo y gobernándolo á su antojo, y cambiando á cada paso sus creencias religiosas, mientras que el pueblo Hebreo, cuyo legislador vamos á retratar, aunque privado de nacionalidad y diseminado por toda la haz de la tierra, subsiste hoy despues de tantos siglos y de tantas desgracias como sobre él pesaron, con su religion, leyes y costumbres primitivas, cual pueblo profético de la humanidad.

La casta de los sacerdotes, pretendiendo haber recibido directamente de la misma Ísis la tercera parte del territorio, lo retenia en efecto: ellos eran los depositarios de la ciencia, y por lo tanto los dispensadores de los empleos y del poder, siendo al mismo tiempo el freno ú contrapeso de la autoridad régia. Cada uno de ellos estaba adscripto á un templo; era ilimitado su número, y no reconocian otra autoridad que la de un pontífice, cuya dignidad era hereditaria.

Respecto á sus costumbres, llevaban afeitada la cabeza, vestian túnicas de lino de deslumbrante blancura y usaban calzado de papiro: debian hacer dos abluciones al dia y otras tantas por la noche; se abstenian por completo de todo género de legumbres, de carne grasa y de pescado, y bebian con estudiada moderacion el vino, cuyo uso solo á ellos y al rey estaba reservado.

Aparte de esto, no pagaban tributo por sus tierras; pero exigian rigurosamente el diezmo de las de los demas.

El sumo sacerdote era el primer magistrado despues del rey: los otros desempeñaban las funciones de jueces ó de médicos, dedicándose cada uno de estos últimos á la curacion de un solo género de enfermedad. Constituian, pues, un cuerpo político y docto á la vez, que tenia sus principales colegios en Tébas, Ménfis, Heliópolis y Sais.

La segunda raza privilegiada era la de los guerreros. Poseia cada uno doce acres de tierra, libres de toda clase de tributo, y se dividian en *Celesirios* y *Ermotibios*, contándose de los primeros doscientos cincuenta mil y ciento sesenta mil de los segundos. Cada año alternaban mil de ellos en el servicio de guardias del rey, recibiendo por ello sus correspondientes sueldos y raciones.

Como los muchos canales que cruzaban el Egipto impedian que una fuerza tan numerosa pudiera desplegarse en toda su extension, el ejército estaba dividido en cuerpos de diez mil hombres cada uno, organizados de manera que cada cuerpo pudiera obrar en caso de necesidad con entera independencia de los otros.

El difícil manejo de los carros de guerra y las supersticiones religiosas, ocasionaron grandes derrotas al ejército egipcio; pero la nota de cobarde que le ha sido dada, está desmentida por los monumentos encontrados en nuestra época, los cuales demuestran que muchas veces se lanzaron con intrepidez los egipcios á lejanas conquistas, y que conocian mejor que ningun otro pueblo las evoluciones navales.

Al extinguirse una dinastía, el rey que inauguraba la que debia seguirla, era elegido entre los mas poderosos individuos de la casta guerrera; á su muerte pasaba el poder á su primogénito, y á falta de éste, á sus hijas ó hermanos, conservándose, no obstante, la forma electiva. Los candidatos al trono debian precisamente residir junto á Tébas, donde estaban los sepulcros de los monarcas egipcios, y donde los sacerdotes y los hombres de guerra hacian la eleccion, que por necesidad confirmaba el pueblo con sus aclamaciones. Entonces el nuevo Faraon era conducido á orillas del Nilo con gran acompañamiento de sacerdotes, soldados y plebeyos; un barco expléndidamente engalanado le trasladaba á la orilla opuesta, y entre los vítores de la muchedumbre entraba en su palacio.

Considerado el monarca, en el mero hecho de ser elegido, como descendiente de los dioses, recibia denominaciones y honores casi divinos: el título

de *hijo del sol* era el que generalmente se le daba; adornaba su cabeza la mitra de Osíris, y se colocaba desde luego su estátua entre las deidades.

Por lo regular ejercia el rey sobre el pueblo el mas cruel despotismo; pero respecto á las castas privilegiadas, debia atenerse excrupulosamente á las leyes. Los sacerdotes moderaban su poder por medio de reglamentos, que se extendian á los actos mas insignificantes de su vida, á sus alimentos, á sus placeres, á la distribucion de su tiempo; en una palabra, á todo lo que pudiera pensar, decir ó hacer. Solo debian formar su córte personas de mérito notorio. Cada mañana tenia obligacion de entrar en el templo, donde el gran sacerdote le dirigia un largo discurso acerca de las virtudes reales, demostrándole de camino los males que acarrean á los pueblos los vicios del soberano.

¿Quién no elogiará este buen uso de la religion, reguladora de la moral, y maestra de la verdad allí donde ésta penetra tan difícilmente?

A la muerte del rey quedaban paralizados todos los negocios; la nacion entera vestia de luto durante sesenta y dos dias, absteniéndose en ese tiempo todos los egipcios de alimentarse con carne, huevos, queso y vino; y como si hubiese empezado ya el derecho de la posteridad de juzgar al difunto soberano, era llamado á rendir cuentas de su conducta á aquellos que ya habian dejado de temerle.

Estos seguramente eran los *juicios de los muertos*, de que hablan los antiguos, y en los cuales, reyes, príncipes y pontífices, eran examinados antes de obtener sepultura.

Un lago separaba la morada de los vivos de la mansion de los muertos: detenido el cadáver en la orilla de aquel lago, le intimaba un heraldo que diese cuenta del uso que hiciera de su vida. Si el difunto habia cumplido fielmente las obligaciones de su estado, se le concedian los honores fúnebres, sino, se le negaban, y su nombre y retratos eran eliminados de los monumentos públicos.

Los ocho libros de Mercurio Trimegisto, es decir, tres veces grandísimo, constituian el código egipcio. El adulterio se castigaba con mil latigazos, cortándose la nariz á la adúltera: el falso acusador sufria la pena que hubiera debido imponerse al calumniado: al falsificador se le cortaba la mano: el homicida tenia pena de la vida, aunque la víctima fuese un esclavo; siendo considerado como tal homicida todo el que, pudiendo salvar á uno de sus semejantes acometido por un asesino, no lo hacia y dejaba que pereciese: el padre ó la madre que mataban á un hijo eran condenados

á tener abrazado tres dias su cadáver: la mujer en cinta no sufria el suplicio hasta despues del parto: la nota de infamia castigaba al soldado que huia cobardemente ante el enemigo: cada cual tenia obligacion de dar cuenta de cómo ganaba su sustento, y al ocioso ó vagamundo se les consideraba como reos de muerte.

Segun dejamos indicado, la justicia era administrada por los sacerdotes, treinta de los cuales, entresacados de los de Tébas, Heliópolis y Ménfis, capitales de las tres divisiones del Egipto, y expléndidamente retribuidos, formaban una especie de tribunal supremo. Uno de los juramentos que hacian al tomar posesion de su cargo, era no obedecer al rey cuando ordenase una injusticia. El presidente de este tribunal se ponia al cuello, al ejercer sus funciones, una cadena de oro, de la cual pendia la imágen de la diosa Saté, ó la Verdad; despues de pesar las razones que alegaban los litigantes, y que debian exponerse por escrito, á fin de que los jueces no se dejasen seducir por los atractivos de la elocuencia, fallaba la cuestion volviendo en silencio la imágen hácia la parte que creia asistida de mejor derecho.

Las leyes en Egipto, preciso es confesarlo, eran buenas; pero solo aprovechaban á unos pocos, es decir, á las castas dominadoras. Los labradores y artesanos probablemente no trabajaban sino en beneficio de las clases privilegiadas.

El comercio era sumamente activo, y lo prueba el que no lo arruinaron las infinitas revoluciones y conquistas de que fué víctima aquel pais.

Habia anchos y cómodos caminos que guiaban á Etiopía y á Meroe; otros penetraban hasta el Níger, ó conducian hasta la Armenia, el Cáucaso, Babilonia, Palmira y Bactriana.

Con todos estos pueblos comerciaba el Egipto. A mayor abundamiento, las telas y diamantes de la India, y algunos vasos y otras preciosidades chinas encontradas en los sepulcros egipcios, atestiguan que sus relaciones mercantiles se extendian hasta tan apartadas regiones.

Por consideraciones higiénicas, no menos que por distinguirse de los demas pueblos, usaban los egipcios la circuncision; jamás comian con los extraños, ni se servian del cuchillo que un extranjero hubiese fabricado.

En sus banquetes, iba quitando un esclavo las sandalias á los convidados, segun iban llegando, y otros les llevaban agua y perfumes; se sentaban á la mesa separados de las mujeres, y concluida la ablucion, recibia cada comensal una guirnalda ó una flor de loto.

Autores antiquísimos refieren, que era costumbre, cuando el festin estaba en su apogeo, presentarse algunos esclavos que conducian un féretro, ó mas propiamente hablando, uno de los estuches en que encerraban sus mómias, el cual paseaban en torno de la mesa, diciendo á cada convidado:

—¡Bebe y goza, antes que te veas como éste!

Los sacerdotes, principalmente, debian ofrecer ejemplos de templanza; no dormian sino en jergones de hojas de palmera, aun cuando los magnates y los grandes oficiales de palacio descansaban sobre mullidos colchones de pluma de ánsar.

Dada esta ligera idea de las instituciones y costumbres del pueblo egipcio en tiempo de Moisés, vamos á dar principio á la biografía del profeta hebreo, indicando antes las causas de que naciera en aquel pais el que debia redimir á sus hermanos de la servidumbre en que casi voluntariamente habian caido.

A una region tan civilizada y halagüeña como la que acabamos de pintar, á una tierra cuya aridez se habia remediado por medio de infinitos canales de riego, que la atravesaban en toda su extension, llegó buscando hospitalidad un pueblo nuevo, uno de los muchos que nunca habian tenido domicilio fijo, una tribu de pastores nómadas, oriundos de Caldea, llamados hebreos, que reconocian por patriarca á Abrahan, famoso en todo el Oriente.

Hé aquí el motivo de la inmigracion de este pueblo: José hijo de Jacob, uno de aquellos pastores, apenas salido de la adolescencia, fué vendido por sus mismos hermanos á unos mercaderes madianitas, que se dirigian á Egipto con camellos cargados de resina, aromas y mirra destilada.

Los madianitas llevaron á José á Ménfis, donde encontró una explêndida aristocracia, que le acogió benignamente. Allí, sus propios méritos y la destreza peculiar á los de su nacion, granjearon al jóven la gracia de Putifar, eunuco del Faraon, y despues la de este soberano, que le nombró su virey, para que remediase una espantosa carestía que le habia predicho.

Efectivamente, la carestía, el hambre predicha por José, no se hizo esperar; pero el hebreo estaba prevenido para hacer frente á la calamidad. Con mucha antelacion y gran sigilo, habian acaparado todos los granos y ganados que pudo encontrar, no solo en el pais, sino en las naciones vecinas, de modo, que al llegar la escasez, los graneros del rey, abundantemente provistos, se abrieron para los egipcios, que en su agradecimiento, no encontraban palabras conque alabar la prevision del primer ministro,

mientras los pueblos que habian trocado por oro su alimento, aquejados del hambre, maldecian su codicia.

Despues, José, seguro del favor del monarca, y siendo el árbitro del pais, olvidando noblemente la cruel ofensa que debia á sus hermanos, los llamó á Egipto, juntamente con sus numerosas familias, y los estableció en los extensos campos de Gessen, entre los brazos mas orientales del Nilo.

Allí vivieron aislados los hebreos, conservando cuidadosamente el culto de un Dios único, infinito y no representable, y con la abundancia que les proporcionó su laboriosidad y la fertilidad del pais que habitaban, se multiplicaron de un modo extraordinario.

Los antiguos pueblos ponian particular empeño en no perder su nacionalidad, si esta voz moderna puede aplicarse á lo que era mas bien un instinto de consanguinidad, el lazo que unia entre sí á las familias de una horda ó tribu.

Así, los hebreos guardaron ciertas ceremonias y costumbres, que á primera vista les distinguian, no solamente de los naturales del pais, sino de los demas extranjeros.

Por eso eran mirados como séres inmundos por los egipcios, que creian infamarse sentándose á su mesa ó aceptando su hospitalidad.

Trascurrieron muchos años. Muerto José, extinguida la dinastía á la que con tanto celo habia servido, y que podia premiar sus beneficios protegiendo á sus compatriotas, los egipcios miraron con envidia, y aun empezaron á odiar á los hebreos. La sencillez de sus costumbres patriarcales contrastaba demasiado con la licenciosa vida de las gentes del pais; el desprecio que mostraban hácia toda religion que no fuera la suya, ofendia la supersticiosa imaginacion de los egipcios, á quienes, por otro lado, causaba recelos la prosperidad de aquel pueblo laborioso y creciente, que en caso de guerra, podia unirse á los enemigos del reino, é inclinar la victoria en su favor.

Además, el Faraon que sucediera al que tan buen criterio habia mostrado eligiendo á José por su ministro y haciendo de él su privado, no estando ligado á los hebreos por ningun género de gratitud, creyó tambien peligroso tener un pueblo errante y pastor entre súbditos establecidos en grandes ciudades y dedicados á todas las artes de la civilizacion, y con premeditada crueldad, se propuso diezmarlos.

Los hebreos, por su parte, conociendo que se hallaban malquistos en Egipto, deseaban abandonarlo cuanto antes; pero el monarca no lo consen-

tia, porque solamente lo que recaudaba de ellos importaba la quinta parte al menos de todos los tributos del reino. Ordenóles, pues, que dejasen sus tierras de Gessen, y que tomaran residencia fija en las ciudades; pero como esto repugnara á aquel pueblo nómada por naturaleza, y tardase en obedecer, creyó el Faraon que era llegado el caso de ejecutar sus designios.

—Oprimamos sábiamente á esos rebeldes, pensó el monarca.

Palabras que pintan de un modo gráfico lo que en el dia llamamos *razon de Estado*, razon agena casi siempre á toda idea de justicia y de piedad.

Y consecuente con el plan de exterminio que habia meditado, el Faraon recurrió á la fuerza para obligar á los hebreos á abandonar las feraces campiñas que habitaban, y tratándolos como esclavos, los diseminó por las principales poblaciones del reino, sobrecargándolos de trabajo, empleándolos en la construccion de murallas, caminos y canales, y en general, en todas las tareas mas arriesgadas ó en que hubiera peligro de muerte.

A pesar de todo, la exhuberante vida del pueblo predilecto de Dios triunfó de las duras pruebas á que se le sometia. El número de los hebreos crecia siempre, crecia como el flujo del Océano.

El Faraon, viendo que la astucia no le daba el resultado apetecido, apeló al crímen, mandando á las parteras egipcias, bajo las mas severas penas, que ahogasen al nacer á todos los hijos varones de los hebreos.

Esta inhumana órden tuvo inmediata y cumplida ejecucion.

Sin embargo, una madre, arrostrando la cólera del tirano, y despreciando los atroces suplicios conque amenazaba á cuantos le desobedecieran, no tuvo valor para ver morir á su hijo.

Era esta mujer Jocabed, esposa de Amram, de la tribu de Leví, varon muy respetado entre los suyos por su sabiduría y virtud.

Hácia el año 1725 antes de la venida de Jesucristo, los cónyuges Amram y Jocabed, comprendidos como los demas hebreos en la ley que los desterraba de los campos, fijándolos en los grandes centros de poblacion, vivian en Ménfis, ó en sus inmediaciones, en compañía de una hija de doce á catorce años, llamada María, y de un hijo de menor edad, nombrado Aaron, que mas adelante fué Sumo Pontífice de Israel, segun tendremos ocasion de ver en el curso de esta biografía.

Próxima á ser madre por tercera vez cuando el monarca egipcio ordenó la muerte de los recien nacidos israelitas, la infeliz Jocabed temblaba al ver aproximarse aquel gran acto de la naturaleza, que constituye el supremo sacerdocio impuesto á la mujer por el Criador.

Infinitas fueron las precauciones que tomara la esposa de Amram para ocultar su estado, no solamente á las matronas egipcias, sino á las de su nacion, temiendo que la animosidad en las unas y el terror en las otras entregasen á la ira del Faraon el tierno sér que llevaba en sus entrañas.

Por fin llegó el momento tan temido. Ahogando animosamente sus dolores, Jocabed dió á luz un hermoso niño, que crió ocultándolo á todas las miradas hasta la edad de tres meses, creyendo que solo ella y su familia eran poseedores de tal secreto.

Pero la buena madre se engañaba: su secreto no habia podido escapar al ojo escrutador de las egipcias, que hicieron llegar al punto á noticia del rey esta trasgresion á su mandato.

Irritado el Faraon, juró que haria morir á toda la familia de Amram, si no se sometia á la órden de exterminio que habia dado, y envió soldados para que dejasen cumplido su juramento.

Una mañana en que Jocabed, ocupada en las tareas domésticas, se distraia algunas veces de ellas para dirigir amorosas miradas á su hijo, que descansaba en su cuna, entró María precipitadamente, exclamando:

— ¡Huid, madre mia, huid! ¡Van á prenderos! Los soldados se encaminan aquí, guiados por un oficial de la guardia del rey.

Jocabed lanzó un grito: un rayo que cayera á sus piés no la hubiera dejado mas aterrada.

De pronto, comprendiendo que un instante de vacilacion comprometia la vida de su hijo, lanzóse hácia la cuna con la rapidez del pensamiento; la tomó en sus brazos, y delirante de terror, abandonó la casa, seguida de María.

Era tiempo en verdad, porque pocos momentos despues se detenian los soldados delante de la puerta de Amram.

El oficial que mandaba aquella fuerza intimó en alta voz á la familia hebrea la órden que traia; pero como nadie respondiese á su intimacion, penetró en la casa, siendo grande su asombro al encontrarla totalmente desierta.

Confuso el oficial, no se atrevia á presentarse al rey para darle cuenta del mal resultado de su comision.

Uno de sus soldados vino á sacarle del apuro, diciéndole:

—Preguntando á algunas mujeres que estaban ahí cerca observando lo que aquí pasaba, he sabido que la hebrea que buscamos ha huido hácia el rio, llevándose á su hijo.

Alegre el oficial con esta nueva, púsose á la cabeza de los suyos, lanzándose en persecucion de la fugitiva.

Efectivamente, Jocabed, sin saber siquiera dónde se encaminaba, corria hácia el Nilo, oprimiendo contra el corazon su preciosa carga, y no se detuvo hasta que se encontró en el espeso cañaveral que crecia en ambas márjenes del rio sagrado de los egipcios.

Allí se dejó caer rendida de fatiga, arrojando en derredor una angustiosa mirada.

María estaba á su lado.

Mil siniestras ideas agitaban la mente de la desventurada madre. Rebelde á las órdenes del Faraon, y conociendo el intenso ódio que abrigaba el tirano contra el pueblo hebreo, creia cierta la ruina de su casa, el exterminio de su familia; pero, ¿qué le importaba todo, si conseguia salvar á su hijo? Esto era lo esencial en aquel trance, y el supremo objeto á que debia consagrar sus esfuerzos.

Un confuso rumor que se escuchó allí cerca sacó á la hebrea de sus reflexiones.

—¿Has oido? dijo á María.

—Sí, respondió la niña: son los soldados que llegan: veo relucir sus armas.

Así era en realidad: cada vez mas inmediatas resonaban las voces de muchos hombres, que habian penetrado en el cañaveral, y que se abrian paso segando las cañas con sus anchas espadas.

Jocabed se levantó de un salto, precipitándose hácia el rio hasta hundir los piés en el agua.

—¡Héla allí! ¡héla allí! gritó un soldado.

Y todos se arrojaron á la hebrea, á quien en un momento rodearon.

La esposa de Amram, con el cabello en desórden, y pintándose mortal congoja en su pálido rostro, permanecia inmóvil; levantaba la cuna sobre su cabeza, y dirigia al cielo una larga, una indefinible mirada.

Dios tuvo compasion sin duda de aquella infortunada, porque en el instante en que el oficial egipcio, lanzando un grito de victoria, alargaba la mano para apoderarse de su presa, brilló un destello de celestial alegría en el semblante de Jocabed, iluminándolo con la divina aureola que rodea la cabeza de los bienaventurados, y cual si obedeciese á un pensamiento salvador que la hubiese ocurrido, bajando los brazos, y cubriendo de frenéticos besos á su hijo, depositó blandamente la cuna en las aguas del Nilo.

El niño dormia tranquilamente, cual si estuviera en el regazo de su madre.

Los sicarios del Faraon estaban aterrados.

La hebrea se volvió hácia ellos.

—Ya lo veis, dijo, dominando por medio de un esfuerzo sobrehumano la emocion que sentia: el rey habia mandado que muriera mi hijo, y yo misma acabo de arrojarlo al rio.

Por duros que fuesen los corazones de aquellos hombres, por mas que la abyecta servidumbre á que estaban acostumbrados alejase de sus pechos todo sentimiento de piedad, no pudieron dejar de conmoverse ante el inmenso sacrificio que parecia haber llevado á cabo la infeliz madre.

Creyendo cumplida su mision, el oficial hizo una seña á los suyos, y todos se alejaron en silencio.

Entonces Jocabed clavó en el rio una ávida mirada. El Nilo tenia poca profundidad en aquel sitio; su corriente era mansa.

La cuna, arrastrada por el agua con suma lentitud, se iba alejando de la orilla.

El niño continuaba dormido.

Pero no era el tierno infante lo que con tanto afan miraba Jocabed. A muy corta distancia, en medio del rio, se elevaba una isleta, un pequeño oásis cubierto de elevadas palmeras y lotos acuáticos.

A este lugar delicioso acababa de atracar una barca ricamente adornada. El toldo de púrpura que la cubria y la dorada mitra de Osíris entallada en su proa, demostraban desde luego que pertenecia á la casa del rey. Dos esclavas etíopes, que desempeñaban el oficio de remeros, saltaron de la barca, la amarraron, y puestas de rodillas, tendieron sus brazos, negros como el ébano, para que se apoyara en ellos, al tomar tierra, una jóven egipcia de incomparable belleza, á quien seguian algunas mujeres, que, por sus ademanes solícitos y respetuosos, parecian ser tambien sus siervas ó criadas.

Los brazaletes de oro cuajados de pedrería y los joyeles que cubrian el pecho de la hermosa, fulguraban como una cascada de fuego heridos por los rayos del sol naciente.

Aquella jóven era Termutis, la hija adorada del Faraon, que ejercia sobre éste el mayor ascendiente por sus extraordinarios conocimientos en todas las ciencias de que era entonces emporio el Egipto.

Luego que la princesa hubo desembarcado, suspendieron las etíopes de

las ramas de un árbol un precioso tapiz semejante al que cubria la barca, y tomando unos largos abanicos de vistosas plumas que traian sus compañeras, empezaron á agitarlos cual si quisieran refrescar la ya agradable temperatura del oásis.

Con indolente paso fué la jóven á sentarse bajo el pabellon que la habian preparado: sus esclavas la rodearon al punto.

Fijos los ojos en el Nilo, que corria á sus piés como una inmensa cinta de plata, la doncella parecia distraida, sin que prestase la menor atencion á la charla conque sus siervas pretendian divertirla.

De pronto se inclinó hácia el rio, y señalando con el dedo un objeto que sobrenadaba avanzando hácia la isleta:

—Mirad, qué es eso, dijo.

Inmediatamente una de las etíopes se arrojó al agua; veloz como un delfin, nadó hácia el punto que le indicaba la princesa, y un momento despues la presentaba una cuna de mimbres embreada, dentro de la cual dormia un hermoso niño.

Las esclavas dejaron escapar un grito de asombro.

—¡Qué bello es! esclamó Termutis. Y despues de examinarle con muestras de profunda compasion, añadió:

—¿Ah! ¡es un niño hebreo! ¡Su pobre madre habrá tenido que arrojarlo al rio, en cumplimiento de la ley que condena á muerte á todos los recien nacidos de su raza!

En aquel instante despertó el niño; extendió hácia Termutis sus manecitas, y asomó á sus lábios una dulce sonrisa.

La princesa lo tomó en sus brazos, y le besó en la frente.

Jocabed no habia perdido un solo detalle de esta conmovedora escena. Al ver á Termutis besar á su hijo, cayó de rodillas, y dirigiendo al cielo una mirada de agradecimiento:

—¡Gracias, Señor! exclamó: ¡he ejecutado el pensamiento que me inspirásteis, y se ha salvado!

En efecto, cuando en el colmo de su desesperacion iba á arrojarse al Nilo, no pudiendo escapar de otro modo á sus perseguidores, Dios hizo acudir á su mente la idea de que, siendo aquella la hora en que la princesa iba cada mañana á bañarse al rio, no podia dejar de ver la cuna, y que, bondadosa como era, mandaria recoger al desgraciado niño.

Ya hemos visto que no se habia engañado en su cálculo.

—¡Y ahora, Señor, continuó fervorosamente Jocabed, permitid que se

realice tambien la esperanza que acabo de concebir, fiada en vuestra misericordia infinita!

Dicho esto, volvióse hácia María, que no se habia separado de ella, y la dijo en voz baja alguna palabras.

La niña desapareció en el cañaveral; presentóse á poco en frente de la isleta, y empezó á hacer señas á las mujeres que la ocupaban.

—¿Qué quiere esa muchacha? preguntó Termutis.

Una de las esclavas se apresuró á desatar la barca; pasó á la orilla y volvió acompañada de María.

—Veamos, ¿qué quieres? dijo la princesa.

Arrodillóse la niña, y mirando á su hermano, á quien la hija del Faraon tenia aun en sus brazos:

—Es el caso, señora, respondió, que he presenciado cómo has salvado á esa criatura.

—¡Ah! ¿conque lo has visto?

—Sí, y comprendiendo que necesita una nodriza, he pensado que podria llamarse á una pobre hebrea que yo conozco, la cual, desde que en cumplimiento del mandato del rey tuvo que arrojar á su hijo al Nilo, jamás se separa de su orilla.

Termutis quedó un momento pensativa. Despues alzando la cabeza y mirando á sus siervas, repuso:

—Creo que lo que propone esta niña es lo mejor que podria hacerse; porque supongo que ninguna de vosotras se encargaria de buscar entre las de nuestra raza quien amamantase á este desventurado.

Las esclavas miráronse unas á otras, y retrocedieron asombradas ante semejante idea. Cualquiera de ellas habria creido infamarse tomando sobre sí semejante encargo.

Tal era el desprecio conque eran mirados en Egipto los descendientes de Abrahan.

—Pues bien, concluyó la princesa: ya que es preciso, vé, niña, vé, y tráeme á esa mnjer que dices.

No se hizo repetir María aquella órden: trasladada por la etíope á la otra orilla, volvió en seguida con su madre.

Al hallarse en presencia de Termutis, tembló Jocabed, creyendo que la interrogaria acerca de la pérdida de su hijo, y que, descubierto el ardid de que se habia valido para librarle de la muerte, elegiria otra nodriza, ó la haria criar fuera del pais.

Se equivocaba : la princesa la acogió benignamente, y entregándole el niño, la dijo con conmovido acento :

—¡Pobre madre, te quedaste sin hijo; pero yo te doy otro! Críale, y ten entendido que yo le adopto. Le llamarás Moisés, ó sea *salvado de las aguas.* Cada dia quiero verle, y al efecto, lo llevarás á palacio, donde siempre tendrás franca la entrada.

Jocabed no podia creer que fuese verdad tanta dicha.

—Pero, repuso, soy hebrea, señora; pensarán que es mio este niño, y querrán que se cumpla tambien en él la sentencia del rey.

Sonrió amargamente Termutis; quitóse de entre las joyas que colgaban de su cuello un sol formado por enormes rubíes con rayos de diamantes, y poniéndolo al niño, dijo :

—Esta alhaja que todos han visto brillar sobre el pecho de mi padre, hace sagrado al que la lleve : nada temas.

Bien hubiera querido Jocabed manifestar á la princesa su inmensa gratitud; pero la contuvo el temor de que pudiese penetrar su secreto.

Aquella misma mañana, la esposa de Amram, radiante de júbilo, estaba de vuelta en el hogar doméstico.

Conforme habia ordenado la princesa, el pequeño Moisés era llevado cada dia á su palacio.

Tres años habian trascurrido desde que le salvó la vida, cuando quiso Termutis que viviese á su lado su hijo adoptivo. Amram y Jocabed no opusieron el menor obstáculo á este deseo.

Desde que tuvo al niño en su poder, empleó Termutis para con él todos los cuidados de una tierna madre. Apenas salido de la infancia, la ilustrada princesa empezó por sí misma á iniciarle en las ciencias del Egipto; despues hizo venir de Asiria y Grecia maestros que completasen su educacion.

Eusebio y otros historiadores antiquísimos suponen que Moisés hizo en su juventud la guerra á los etíopes, acaudillando las tropas egipcias, y que los rechazó hasta la ciudad de Laba, que tomó, dando cuantas pruebas de valor y prudencia puedan exigirse de un buen general; pero la Historia Sagrada no hace mencion de semejante guerra. Lo que sí resulta averiguado, es que Moisés vivió hasta la edad de cuarenta años en la córte del Faraon; que conocia perfectamente su orígen y familia, y que compadecido del miserable estado de sus compatriotas, sujetos á la mas dura servidumbre, se propuso hacer de ellos una nacion libre y poderosa.

Habiendo tenido ya varias conferencias con los mas influyentes hebreos,

relativas al grande objeto que meditaba, mientras en cierta ocasion se dirigia á una de aquellas reuniones, encontró un egipcio que maltrataba á un israelita, y no pudiendo contener su indignacion, lo mató.

El homicidio, como dejamos dicho, se castigaba en Egipto con pena capital. Reo de muerte, Moisés tuvo que huir, refugiándose en el desierto de Madian, donde fué acogido por un poderoso sacerdote, llamado Jethro, ó Raguel, que le dió á su hija Séfora en matrimonio.

Allí vivió Moisés otros cuarenta años convertido en pastor, llevando con frecuencia sus ganados á los valles del Sinaí, y adquiriendo nuevo vigor sus proyectos y esperanzas en la soledad y en la meditacion, escuela de los fuertes.

Un dia, conduciendo su rebaño hácia la montaña de Oreb, se le apareció Dios en medio de una zarza que ardia sin consumirse.

Queriendo acercarse para examinar aquella maravilla, mandóle el Eterno que se descalzara, porque la tierra que pisaba era santa, y le dió á entender que habia resuelto sacar á los hebreos de la esclavitud, eligiéndole á él para que acaudillase á su pueblo querido.

Aceptada con júbilo aquella mision, que tan en armonía estaba con sus mas vehementes deseos, solo, sin fuerza material para crear de nuevo un pueblo que ya no existia, y teniendo que luchar á la vez contra el formidable poder de sus enemigos y la indiferencia de los suyos, Moisés volvió á Egipto, y congregó los mas ancianos de entre los hijos de Israel, á quienes expuso sus antiguos padecimientos, los nuevos peligros que les amenazaban y la esperanza de libertad que Dios les prometia.

La larga servidumbre habia enervado los corazones de los hebreos, y el ejemplo introducido entre ellos algunas de las prácticas supersticiosas de los egipcios. Por eso Moisés, para contemporizar en cierto modo con la ofuscacion de sus hermanos, les habló de una tierra abundante, bendita, á donde los conduciria el Dios justo y fuerte de sus padres, que los habia acogido como su pueblo predilecto.

Los hombres á quienes se dirigia, le creyeron; recordaron sus tradiciones primitivas, y hallando en ellas una edad mas feliz, un estado mas digno que el en que se encontraban, decidieron regenerarse, haciendo un supremo esfuerzo para sacudir el yugo que los oprimia.

Moisés, seguro entonces del concurso de sus compatriotas, se valió de su elocuencia, del ascendiente de su espíritu superior y de la oportunidad de los prodigios, para alcanzar del Faraon que dejase marchar á los

hebreos. Obstinándose el rey en negar lo que se le pedia, permitió Dios en castigo que padeciese el Egipto diez calamidades, de las cuales la primera fué convertirse las aguas en sangre; la segunda una multitud de ranas que todo lo invadian; la tercera enjambres de mosquitos, que atormentaban á hombres y animales; la cuarta muchedumbre de moscas de un tamaño enorme; la quinta una horrible mortandad de ganados; la sexta úlceras ó llagas, que aquejaban así á los brutos como á los racionales; la sétima fuertes pedriscos con truenos y rayos; la octava nubes de langostas que asolaban los campos; la novena densas tinieblas. De todas estas plagas preservaba el divino poder á los hebreos; y como á pesar de tantos males no se ablandase el corazon del orgulloso monarca, quiso el Eterno, antes de hacer caer sobre Egipto la última y mas terrible plaga, que celebrasen los hebreos la Pascua con misteriosas ceremonias que les dictó, reducidas principalmente á que cada familia matase un cordero de un año, y sin mancha, con cuya sangre debian los hijos de Israel señalar sus puertas; á que comiesen asada toda la carne, con pan sin levadura y lechugas silvestres, y á que á este banquete asistiesen las varones vestidos de viaje, ceñidas las cinturas, calzados, y con los báculos en las manos.

Cumplido aquel divino precepto, en la noche siguiente á la Pascua, bajando un ángel exterminador, dió muerte á todos los primogénitos de los egipcios, librándose solamente de su espada las casas de los israelitas, señaladas con la sangre del cordero.

La consternacion que produjo esta última calamidad asustó al Faraon, obligándole á permitir que saliesen los hebreos de sus dominios.

Las mujeres israelitas habian pedido prestados á sus vecinas egipcias los vasos de oro y plata y las ropas preciosas que tenian, con el pretexto de celebrar la Pascua, mientras los hombres, por su parte, realizaban sus bienes y recogian sus ganados; de modo que al sonar la hora de la partida, los hebreos se hallaron enriquecidos con los despojos del Egipto, que en otro tiempo se enriqueciera con los de sus mayores.

Así salieron los hijos de Israel de aquella tierra ingrata. Para ocultar su marcha, siguieron primero la márgen del Eritreo, acampando despues en Ajeroth. Una nube durante el dia, y una columna de fuego por la noche, les mostraban el camino.

Arrepentido el Faraon de haber tolerado la marcha de los hebreos, mandó enganchar los caballos á su carro; puso sobre las armas la casta de los guerreros, y persiguió iracundo á los que poco antes eran sus esclavos.

En tanto los fugitivos habian llegado á orillas del mar Rojo, que les cerraba el paso. El ejército egipcio avanzaba sobre ellos: oíanse relinchar los corceles, y los gritos de muerte que lanzaban los soldados.

En tal apuro, no les quedaba á los israelitas otro remedio que presentar sus cuellos á los aceros de sus perseguidores. Pero Moisés, elevando al Señor su corazon, y levantando la vara que llevaba en la mano, hizo que las aguas del mar se separasen á uno y otro lado, y los hebreos lo pasaron á pié enjuto.

Sin advertir aquel prodigio, el rey lanzó sus soldados por el mismo camino; mas de improviso, volviendo á juntarse las aguas, sumergieron á cuantos encontraron en medio.

Entonces, desde la otra orilla, cantó Moisés en accion de gracias:

«Gloria al Señor, que se ha mostrado grande, y que ha postrado en el »mar caballos y ginetes.[1]

»El Señor es mi escudo y el objeto de mis alabanzas, porque fué mi »salvacion: El es mi Dios, y yo le erigiré tabernáculo: es Dios de mi »padre, y lo enalteceré.

»El Señor es valiente campeon; su nombre es omnipotente.

»El precipitó en las ondas los carros y el ejército del Faraon: sus »mejores capitanes se hundieron en el mar Rojo: hundiéronse como pie»dras en lo mas profundo del abismo.

»Tu diestra, oh, Señor, fué grande en fortaleza: tu diestra, oh, Señor, »destrozó al enemigo, y con la grandeza de tu gloria derribaste á tus ad»versarios. Enviaste contra ellos tu cólera, que los devoró como devora el »fuego la paja.

»Al soplo de tu ira se amontonaron las aguas; detúvose la ola corriente; »cegáronse los abismos del mar.

»El enemigo dijo: *Yo los alcanzaré, y repartiré sus despojos: de ellos se* »*hartará mi alma: desenvainaré la espada, y mi mano los exterminará.*

»Sopló tu espíritu, y el mar los cubrió: hundiéronse como plomo en »aguas impetuosas.

»¿Quién como tú en fortaleza, oh, Señor? ¿Quién hay semejante á tí, »magnífico en la santidad, terrible y loable ejecutor de maravillas?

»Extendiste la mano, y desaparecieron de la tierra. En tu piedad, ser»viste de guia al pueblo á quien rescataste, y con tu incontrastable fuerza »lo has conducido á tu santa morada.

[1] «Equum et ascensorem dejecit in mare.» *Exod.*, xv, 1.

»Lo advirtieron los pueblos, y se irritaron : los habitantes de la Palestina quedaron mudos de terror; conturbáronse los príncipes de Edom; »temblaron los fuertes de Moab, y se asombraron los habitantes todos de »Canaan.

»Caiga sobre ellos el miedo y el pavor de tu robusto brazo; quédense »inmóviles como piedras, mientras pasa tu pueblo, oh, Señor, este pueblo »cuya posesion has tenido.

»Tú lo conducirás, tú lo establecerás, oh, Señor, sobre el monte de tu »heredad, en la firmísima morada que te has fabricado, en el santuario »que han fundado tus manos.

»El Señor reinará eternamente, y mas allá de todos los siglos.

»Porque el Faraon hizo entrar su ejército en el mar con sus carros y »caballería, y el Señor precipitó sobre ellos las aguas del mar, mientras »los hijos de Israel lo pasaron á pié enjuto.»

Así cantó Moisés con inspirado acento, y el pueblo innumerable repetia en coro:

«Glorifiquemos al Señor, que se ha mostrado grande, y ha sepultado »en el mar caballos y ginetes.»

A tan sublime poesía se remontaba ya el pueblo Hebreo apenas redimido. Tan alta era la idea de la Divinidad que se formaba aquel pueblo acabado de salir de una nacion sumida en el culto vil de las criaturas.

Moisés acaudillaba cerca de dos millones de personas, entre las cuales habria unos seiscientos mil hombres en estado de tomar las armas, por mas que no estuviesen acostumbrados á ellas á causa de la rigurosa servidumbre en que habian vivido.

Con esta multitud se encaminó hácia el desierto de Sin, eleccion acertada, puesto que los israelitas, á tomar otra ruta, no habrian podido vencer á los pueblos del Eufrates, ni á los poderosos fenicios, que hallarian á su paso, mientras que las pequeñas tribus del desierto fácilmente podian ser dominadas. Por otra parte, al invitar el grande hombre á sus compatriotas á seguirle, les habia prometido establecerlos en la abundante tierra de Canaan; pero hubieran encontrado pronto el belicoso pueblo de los filisteos, y el tener que combatirle repentinamente habria hecho nacer en los hebreos el deseo de regresar á Egipto.

Todos estos obstáculos debió tener presentes Moisés al emprender su peregrinacion: conocia que los pueblos envilecidos no pueden regenerarse sino por medio de los padecimientos, y por eso, sacrificando el presente al

porvenir, al cabo de algunos dias de marcha, se internó en el desierto hácia el Mediodía, y llegó hasta el pié del Sinaí.

Tanta era la inconstancia é ingratitud de los hebreos, que desde su salida de Egipto no habian cesado de murmurar de su libertador, señalándole como la causa de la hambre y sed que empezaron bien pronto á padecer. Para satisfacer la primera de estas necesidades, permitió Dios, á ruegos de Moisés, que cayese de las nubes todos los dias, excepto el sábado, un rocío dulce, que los israelitas llamaron *maná*, con el cual se alimentaron abundante y deliciosamente; y para aplacar la sed, bastó que el gran caudillo hiriese con su vara una roca del Horeb, para que brotara de ella un manantial de agua pura y cristalina.

Empero, tales prodigios no bastaron para convencer á aquel rebaño de esclavos, que dudaban de la mision divina de su jefe. Habian acampado frente al Sinaí, y á grandes gritos pedian á cada instante que se les llevase á Canaan, la tierra prometida.

En tanto llegó el dia en que, queriendo el Eterno dar su ley á los israelitas, los mandó por medio de Moisés que se purificasen. Esta preparacion anunciaba la santidad de aquella ley, y la imponente majestad con que apareció Dios en la cima del Sinaí, inspiraba el respeto debido al Supremo Legislador. Desde lo alto de la montaña, que parecia inflamada por los relámpagos y rayos que despedia, publicó Dios los diez mandamientos de su ley, conocidos con el nombre de *Decálogo*, que contienen los principios del culto divino y los deberes de los hombres para con sus semejantes.

Por órden del Señor, subió Moisés al monte, donde pasó cuarenta dias con sus noches, recibiendo de la mano de Dios las tablas de la ley, que eran de hierro, y escuchando de su boca la órden de fabricar el tabernáculo, el arca de la alianza, el altar de los holocaustos y otras cosas concernientes al culto.

Impacientes los israelitas al ver que no volvia el venerable caudillo, obligaron por medio de la fuerza á Aaron su hermano, que siempre habia seguido su suerte y prestádole utilísimos servicios, á que les hiciese un becerro de oro, semejante al buey Ápis, una de las divinidades de los egipcios, y sacrificaron ante este ídolo.

Cuando Moisés descendió del monte, no conoció límites su indignacion contra aquel pueblo ingrato que pagaba con crímenes sus beneficios. Dejándose llevar de su furor, hizo pedazos las tablas de la ley, y redujo á

polvo el becerro de oro. Despues, con ayuda de los levitas, ó varones de la tribu de Leví, que no se habian contaminado con aquel acto de estúpida idolatría, dió muerte á unos veinte y tres mil de los culpados, y habiendo reprendido al pueblo, volvió á la presencia del Señor, á quien aplacó con sus ruegos, alcanzando tambien otras dos tablas de piedra, iguales á las primeras, en las que Dios habia escrito los diez mandamientos de su ley.

Al bajar esta vez del monte, la frente del caudillo despedia dos rayos de luz, sin que él mismo lo advirtiese.

Moisés hizo jurar al pueblo las leyes que el Señor le habia impuesto, castigando con terribles escarmientos ó los violadores de los divinos preceptos. Si no hay exageracion en el número de las víctimas, no bajan de cien mil las que cayeron bajo la espada de los levitas, ó perecieron heridas por la venganza celeste en las varias apostasías de que se hicieron reos los israelitas.

Y esto no parecerá extraño, si se tiene en cuenta que la permanencia en el desierto del pueblo Hebreo duró muchos años, y que á consecuencia de su carácter ingrato y desconfiado, y de las privaciones de todo género á que estaba sujeto, prorumpia á cada paso en insultos contra su jefe, ó se entregaba á verdaderas sediciones.

Pero, tal era la autoridad de Mosisés, que siempre consiguió apaciguar estos motines; y á mayor abundamiento, cuando se mostraban sordos á sus exhortaciones, bastaba una órden suya para que los levitas, cayendo de improviso sobre los revoltosos, hicieran en ellos espantosa matanza.

Moisés habia nombrado soberano pontífice de Israel á su hermano Aaron, vinculando esta dignidad en su familia. Dios confirmó esta eleccion con un nuevo prodigio, haciendo que entre las varas secas que se juntaron de cada tribu, floreciese y produjera fruto la de Leví, en que estaba escrito el nombre de Aaron.

Con objeto sin duda de distraer á los hebreos de sus contínuos motines y hacerles mas llevadera su estancia en el desierto, determinó Moisés hacer la guerra á algunos pueblos vecinos que le tenian como bloqueado en aquellas estériles llanuras. Sehon, rey de los amorreos, y Og, soberano de Basan, que con sus tropas se opusieron al paso de los israelitas, fueron destrozados por éstos. Igual suerte sufrieron los reyes de Moab y de Madian.

Despues de estas victorias, debidas al valor y pericia de Moisés, el ilustre audillo repartió entre los suyos el botin arrancado á los enemigos.

Entonces anunció al pueblo de Dios que habia llegado al confin de la *tierra prometida*, y los israelitas enviaron exploradores á reconocerla. Al cabo de cuarenta dias volvieron los comisionados trayendo un sarmiento tan lleno de uvas, que era la carga de dos hombres. Dijeron que el pais era excelente y fértil; pero que sus ciudades estaban muy fortificadas, y que los habitantes parecian de agigantada estatura.

Estas noticias intimidaron á los hebreos, que desconfiando de ver terminada su peregrinacion, casi se arrepintieron de haber salido de Egipto, y llegaron á maldecir al varon justo y fuerte que rompiera sus cadenas.

Ofendido el Señor de tanta ingratitud, declaró por boca de Moisés, que todos los israelitas mayores de veinte años moririan en el desierto sin ver la *tierra de promision*, á excepcion de Caleb y Josué, que habian permanecido fieles y confiado en la palabra del ilustre legislador.

Moisés, de edad extraordinariamente avanzada, acaudilló todavía durante algunos años á los hebreos; mas conociendo que se acercaba el fin de sus dias, designó por su sucesor á Josué; reunió al pueblo en una vasta llanura del desierto; le recordó sus juramentos; publicó de nuevo la ley de Dios, y despues de haberse despedido una á una de todas las tribus que formaban la nacion israelita, subió á la montaña de Nebo, desde cuya cima tuvo el consuelo de que Dios le mostrara la tierra de Canaan, entregando allí su espíritu al Criador, sin dolencia alguna aparente, á los ciento veinte años de edad, el 1451 antes de Jesucristo.

La Sagrada Escritura dice que Moisés fué sepultado en un valle de la tierra de Moab, sin que se haya podido descubrir despues su sepulcro, ni precisar el sitio en que fué enterrado.

Los hebreos lloraron y vistieron luto por su jefe durante treinta dias, demostrando de mil modos el sentimiento que les causaba la pérdida de su bienhechor.

No siendo nuestra mision narrar la historia de los israelitas, que bajo el gobierno de Josué y demas jueces se convirtieron en una nacion guerrera y poderosa, terminaremos la biografía del caudillo hebreo con algunas consideraciones referentes á las obras é instituciones que con justicia se le atribuyen.

Incontestablemente, Moisés es el autor del *Pentateuco*, ó sean los cinco primeros libros del *Viejo Testamento*. El primero de estos libros, el *Génesis*, contiene la historia de la creacion, la genealogía de los patriarcas, la descripcion del diluvio, la série de los descendientes de Noé hasta Abraham,

la vida de este patriarca, la de Isaac, Jacob y José, y la historia de los descendientes de Jacob hasta la muerte de José, abrazando un espacio de dos mil trescientos noventa años. El segundo libro, el *Exodo,* describe la salida de los israelitas de Egipto, y todo los que les acaeció en el desierto, hasta la construccion del tabernáculo. El tercer libro es el *Levítico,* llamado así porque contiene todo lo concerniente á la religion y á los levitas, á quienes estaba confiado el culto divino. El libro cuarto, ó el de los *Números,* cuenta los hijos de Israel que salieron de Egipto, y consigna las leyes que les fueron dadas durante los treinta y nueve años que estuvieron en el desierto. El quinto y último libro es el *Deuteronomio:* en él refiere Moisés los sucesos que tuvieron lugar desde la salida de Egipto durante cinco ó seis semanas, explicando además las leyes recibidas en el monte Sinaí, á las que añadió el gran legislador algunas otras, por lo que se dió á este libro el nombre que lleva.

Ahora, si no bastaran los altos hechos del caudillo de Israel durante su larga y azarosa existencia para que se ofreciese á nuestros ojos como la figura mas grande que presenta la historia, el solo hecho de haber escrito el *Pentateuco,* ese sublime monumento de la sabiduría humana, bastaria para conquistarle la admiracion de los hombres ilustrados de todas las creencias y de todos los siglos. En esta inspirada y única obra aparece Moisés á la vez como profeta, como poeta insigne, como primer historiador, como consumado político y como libertador de una nacion.

El orígen de un pueblo es el orígen del mundo. Todos los paises pretenden la primacía en punto á antigüedad; pero cuando tratan de explicar sus orígenes, lo hacen presentando héroes mitológicos ó acontecimientos fabulosos, que no dan la menor luz sobre sus tiempos primitivos. Moisés no recurre á estos medios vulgares para descubrir el arcano de la creacion. Segun dice en el *Génesis,* la omnipotencia y libre voluntad de Dios crea instantáneamente la materia, y al momento la ordena y la dá vida; despues se la dá á los peces, reptiles, volátiles, cuadrúpedos, y últimamente produce al hombre, del cual proceden las familias hasta Abraham, que es el tronco del pueblo Hebreo.

En aquellas cortas páginas se asientan y resuelven los problemas mas sublimes que han atormentado la razon humana desde su primitivo desarrollo hasta el siglo de ilustracion que atravesamos. ¿Cómo principió el mundo? ¿La creacion fué libre é instantánea, ó necesaria y progresiva? ¿Cómo nació el hombre?

No pretendemos averiguar cómo llegó Moisés á poder resolver estos problemas: lo maravilloso es verlos expuestos, y el encontrar dada una explicacion á ellos en época tan remota como la en que vivió el legislador israelita.

Han dicho los volterianos y otros excépticos, que Moisés fué un solemne impostor; que conociendo á fondo todas las ciencias ocultas de los egipcios, se habia valido de ellas para fingir milagros, y engañar á los sencillos é ignorantes hebreos; que los truenos y rayos que despidió el Sinaí durante su entrevista con el Señor, eran ni mas ni menos la obra de un hábil pirotécnico. Pero, á ser esto cierto, ¿qué interés pudo tener en dominar por medios sobrenaturales á hombres á quienes podia imponerse, no solamente por su vasto saber, sino por la fuerza que le prestaba la poderosa tribu de Leví, que siempre le fué adicta? Si era impostor, ¿por qué se contentó con referir sencillamente en sus obras hechos para cuya inteligencia no estaba preparado su pueblo? ¿Qué móvil podia impulsarle á emplear ningun género de superchería para con sus hermanos? Exento de ambicion, no trató de adquirir el poder soberano ni para sí, ni para su familia. Pudo muy bien hacerse aclamar rey; pero habia aprendido en Egipto á detestar la monarquía, cuya institucion atiende al bien de uno solo, no al de todos, entrañando en sí la inhumana division de castas en nobles y plebeyos, y prefirió á esto la noble empresa de elevar á sus compatriotas, siervos y envilecidos, á la categoría de nacion libre y conquistadora, constituyéndolos sobre las tres fortísimas unidades de Jehová, de Israel y del Thorá, es decir, un Dios, un pueblo y una ley.

Creemos que estas sencillas reflexiones bastan para probar lo injusto de la acusacion conque se pretendió infamar al hombre mas grande que ha producido la antigüedad.

En Moisés aparece el carácter que distingue á los inspirados; es decir, la fé profunda é inalterable en su mision, que cumplió sin vacilar jamás. Debiendo luchar contra la terquedad de un pueblo tosco y duro, que, mientras él le presentaba en diez líneas la ley del Señor y la regla de la vida, murmuraba de su libertador y ofrecia sacrificios á un ídolo egipcio, necesariamente tuvo que mostrarse despiadado en la represion de este y otros crímenes semejantes en que á menudo incurrian los hebreos, creyendo que complacia á la divinidad derramando la sangre de los apóstatas. Pero, en cambio de esa sangre, ¡cuántos beneficios dispensó, y cuántas calamidades evitaron su firmeza y prevision! A haberse mostrado débil

con los suyos, habrian vuelto á caer en la servidumbre egipcia ó sido presa de las naciones idólatras que les rodeaban. Por eso no cesaba de exhortarles á que abominasen las costumbres extranjeras, como puede verse por el siguiente pasage: «Yo soy el Señor tu Dios; no seguirás los »usos del Egipto, donde has vivido, ni los de Canaan, á donde te llevaré, »ni caminarás segun sus leyes. Cumple mis designios, aguarda mis precep»tos, y segun ellos camina.» [1]

Pero no se esforzó Moisés únicamente en conservar la ley de Dios y la independencia de su pueblo. En los diversos libros del *Pentateuco* dá reglas y legisla sobre higiene, sobre derecho, sobre la esclavitud, imposible de abolir en aquel tiempo, pero que dulcificó lo mas que pudo; sobre beneficencia, sobre el modo de hacer la guerra, en una palabra, sobre cuantos puntos puede tocar la mas perfecta legislacion de nuestra época.

Además de lo dicho, no se ciñó Moisés á proveer á las necesidades presentes de su pueblo, sino que su mirada penetró el porvenir. Previó que los hijos de Israel se apartarian un dia de la ley de Dios, así como los males que de ello podrian resultar, y profetizó los desastres que caerian sobre su patria y las nuevas esclavitudes que la amenazaba. Mas á pesar de esto, parecia sonreirle un rayo de esperanza, en medio de tan amargas profecías, segun puede observarse por estas palabras: «Cuando »reconozcais los errores de vuestros padres, aunque andeis dispersos por »las extremidades del mundo, os reunireis de nuevo; volvereis á pisar la »tierra prometida, y vivireis felices en el pais de la abundancia, de la »sabiduría y de la paz. [2]

Por las precedentes líneas se vé que, segun Moisés, el premio del cumplimiento de la ley divina es la paz, la abundancia, la alegría, la felicidad.

Aquí terminamos la biografía del insigne caudillo, del inspirado profeta, del gran legislador de los hebreos. La existencia de semejante hombre pareceria uno de los mayores portentos, si las verdades de la religion y de la ciencia no hubieran venido á probarnos que recibió de Dios el talento y la fuerza suficiente para llevar á cabo su mision.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MOISÉS.

[1] *Exodo*, XVIII, 2 y sig.
[2] *Levít.* XXVI.

LICURGO.

(884 ó 905 ANTES DE J. C.)

La mayor parte de los historiadores que se han ocupado del célebre legislador de Esparta, no están de acuerdo acerca de la época precisa en que vivió este personaje. Unos creen que floreció hácia el año 884 antes de Jesucristo, mientras otros suponen que existia 905 años antes de la era cristiana, llegando á tal punto esta diversidad de pareceres, que Plutarco, el biógrafo mas autorizado de la antigüedad, dice en sus *Varones ilustres,* que «en medio de la incertidumbre que se advierte en la historia de Licurgo, se concreta, para escribir su vida, á recoger las noticias que puedan proporcionarle menos contradictores y mas testigos dignos de darse fé.»

Siguiendo, pues, nosotros á este prudente autor, diremos, que á la muerte de Eunomo, rey de Esparta ó Lacedemonia, acaecida al querer apaciguar una querella suscitada entre algunos de sus súbditos, heredó la corona Polidecto, hermano de Licurgo, y que fallecido este monarca sin dejar sucesion, se creyó que ocuparia el sólio el mismo Licurgo. Así fué en efecto : aclamado por el pueblo, se encargó del poder; pero en el instante en que supo que la reina viuda, su cuñada, habia quedado en cinta, declaró que si alumbraba un varon, seria él á quien legítimamente correspondia el trono.

Informada la reina de estas instrucciones, propuso en secreto á Licurgo hacerle su esposo y reinar con él, si consentia en que pereciese el inocente sér que llevaba en sus entrañas.

Horrorizado de tal proposicion, fingió acceder Licurgo á los deseos de aquella desnaturalizada madre, temiendo que, despechada ante una negativa, no vacilase en ejecutar el abominable proyecto que habia concebido. La única condicion que impuso á la ambiciosa reina, fué que se abstuviese de tomar ningun brevaje con objeto de consumar el infanticidio, puesto que, segun la aseguró, habia sobrados medios de deshacerse del recien nacido.

Creyó ciegamente la viuda cuanto le decia su cuñado, á quien creia enamorado de ella, y así llegó al término de su embarazo.

Pero Licurgo estaba prevenido para aquel acontecimiento: habia rodeado á la reina de gentes en cuya fidelidad y adhesion podia confiar, con órden de apoderarse del niño ó niña que aquella diese á luz.

Una noche en que Licurgo daba un banquete á los magistrados y principales personajes de Esparta, entraron en la sala del festin sus agentes, presentándole un niño que la viuda de su hermano acababa de alumbrar. Licurgo tomó en sus brazos al infantillo, y colocándolo en el régio asiento que él habia abandonado, exclamó dirigiéndose á los circunstantes:

—¡Espartanos; ved ahí vuestro rey!

E inclinándose delante del recien nacido, le saludó con el nombre de Carilao, ó sea *Alegría del pueblo,* por las muestras de satisfaccion que dieron los que le rodeaban al contemplar aquel raro ejemplo de justicia y abnegacion.

Licurgo, cuya grandeza de alma fué elogiada por todos los lacedemonios, quedó nombrado desde luego tutor de su sobrino, no sin oposicion de la reina viuda y de sus partidarios, que creian haber sido engañados.

Leónidas, hermano de la reina, insultó un dia á Licurgo, diciéndole que lo que él pretendia con su fingida integridad, era usupar el trono á su pupilo.

La madre de Carilao, por su parte, extendia el mismo rumor entre el pueblo. Temiendo Licurgo que, si llegaba á morir el príncipe, se sospechase que habia querido deshacerse de él, dimitió su cargo y decidió extrañarse de su patria, hasta que su sobrino fuese mayor de edad, ó tuviera un hijo que pudiera sucederle.

En cumplimiento de esta resolucion, marchó Licurgo á Creta, cuyo gobierno y leyes estudió atentamente, frecuentando el trato de los hombres mas ilustres de aquel pueblo, que abandonó á su vez, para pasar al Asia Menor. Queriendo, cual un médico que compara un cuerpo sano y robusto

con otro débil y enfermizo, ver el contraste que formaban las costumbres austeras y sencillas de los cretenses con la vida muelle y voluptuosa de los jónios.

Habiendo trascurrido bastantes años desde que Licurgo abandonó su patria, los espartanos, afligidos por su larga ausencia, enviaron varias diputaciones, suplicándole que volviera, porque descontentos de sus reyes, solo en él reconocian el hombre capaz de gobernarlos justa y sábiamente.

Cedió Licurgo al general deseo de sus compatriotas, y regresó á Esparta, donde, encontrando los ánimos dispuestos en su favor, decidió cambiar radicalmente la forma de gobierno.

Antes de ejecutar sus designios, creyó necesario ir al templo de Delfos, para consultar á Apolo y ofrecerle un sacrificio; contestándole el dios, por boca de la Pitonisa, que le concedia la demanda que le habia hecho de acertar á dar buenas instituciones á su pais, y que estableceria en él el mejor gobierno que habian tenido los hombres.

Animado por este oráculo, púsose de acuerdo con sus amigos, concertando con ellos lo que hoy llamaríamos una conspiracion. Una mañana se presentaron armados algunos de sus partidarios en la plaza pública, y aclamaron á Licurgo; unióseles el pueblo, y el rey Carilao, temiendo que los conjurados atentaran á su vida, se refugió en el templo de Calcioicos.

Sacó de allí Licurgo á su sobrino, jurándole que nada debia temer del que al nacer le habia salvado la existencia, y Carilao, naturalmente benigno y dócil, se asoció al punto á todos los planes de reforma de su tio, consintiendo sin dificultad en que fuese su colega y compartiendo con él la régia autoridad.

Desde este punto aparece Licurgo como ilustre legislador.

La primera de las leyes que dió fué la que creaba un senado, compuesto de veinte y ocho miembros, cuerpo que, investido de un poder igual al de los soberanos, y con las mismas facultades que ellos, fué la principal causa del buen gobierno y de la prosperidad de Esparta; porque colocándose al lado de los reyes cuando era necesario sostener los progresos de la democracia, y defendiendo al pueblo siempre que los soberanos abusaban de su poder y propendian á la tiranía, mantenia el equilibrio entre los gobernantes y los gobernados, sosteniendo la tranquilidad pública sobre la firme base del respeto mútuo entre la nacion y el trono.

Mas arriesgada y trascendental fué la segunda ley que dictó el nuevo rey. Existia en el pais una enorme desigualdad de fortunas: mientras la

mayoría de los lacedemonios, privada de todo género de propiedad y sumida en la indigencia, vivia á expensas del Estado, un corto número de favorecidos por la fortuna poseia la mayor parte del territorio y atesoraba todo el numerario. Licurgo, que queria desterrar de su patria la insolencia, la envidia, el lujo y las dos mas antiguas y peligrosas enfermedades de todos los pueblos, á saber, la riqueza y la miseria, indujo á sus conciudadanos á poner en comun todas sus tierras, para hacer de ellas una distribucion equitativa entre los ciudadanos; á vivir todos en una perfecta igualdad, y en fin, á que concediesen solamente al verdadero mérito las distinciones que antes gozaban los ricos y los nobles.

Obtenido el asentimiento de sus compatriotas para llevar á cabo esta innovacion, Licurgo dividió en nueve mil partes las tierras de Esparta, y en treinta mil las del territorio de la Laconia, dando á cada ciudadano una de dichas partes, con cuyo producto podia cómodamente mantenerse una numerosa familia.

Con objeto de desterrar tambien toda desigualdad respecto al lujo y á las comodidades de la vida, acometió la empresa de repartir los bienes moviliarios. Mas previendo que esta medida seria mal recibida si la anunciaba francamente, pensó que cumpliria su propósito atacando indirectamente la avaricia y el afan del lucro. A este fin, empezó por recoger la moneda de oro y plata, batiendo en su lugar moneda de hierro de un enorme peso y de valor tan exíguo, que para trasportar una suma de diez *minas*, equivalentes á doscientas *dracmas*, se necesitaba una carreta arrastrada por dos bueyes.

Puesta en circulacion la nueva moneda, desaparecion de Esparta los crímenes y las injusticias. En efecto, ¿qué interés podia tener nadie en robar, ó en recibir por premio de su inmoralidad una cantidad de hierro difícil de ocultar á las miradas de sus conciudadanos, y que, además, no excitaba la codicia, puesto que, por órden de Licurgo, á fin de que aquel hierro no tuviera otra aplicacion que la que él le habia dado, estaba templado con vinagre ú otro líquido corrosivo, que le hacia imposible de fundir ú forjar?

Con los metales preciosos se desterraron tambien todas las artes frívolas ó supérfluas. Como no habia dinero que ganar, emigraron á otros puntos de la Grecia los sofistas, charlatanes, joyeros y comerciantes de telas y objetos de lujo.

Con el designio de perseguir todavía mas el fausto y desarraigar ente-

ramente entre los espartanos el amor á la opulencia, impuso Licurgo una de sus mas admirables leyes, á saber: la de las comidas públicas. Por ella se obligó á los ciudadanos á comer todos juntos y á alimentarse con los manjares designados en un reglamento adaptado á las producciones del pais y á las mas sábias reglas de higiene.

La ley de que vamos tratando prohibia terminantemente á todos, cualquiera que fuera su gerarquía, comer en sus casas, y servirse de mesas y vagillas suntuosas, como asimismo sostener maestresalas, cocineros, pinches y marmitones; en una palabra, todo ese enjambre de parásitos que pueblan las cocinas de los Lúculos modernos.

Las mesas que servian para estos cotidianos banquetes eran capaces para quince ó veinte personas á lo sumo. Cada comensal debia contribuir mensualmente con cierta cantidad de víveres y una corta suma en metálico para comprar algunos artículos que no se cosechaban en Lacedemonia. Todos debian acudir á horas señaladas á los refectorios públicos, y durante muchos años fueron tan exactos los espartanos respecto á este punto, que el rey Agis, al regresar de una espedicion guerrera en que habia vencido á los atenienses, envió uno de sus oficiales á pedir á la sala comun la racion necesaria para su cena y la de su esposa; y como se negase su peticion, por no haber acudido en persona á reclamar su parte de alimento, dejó, por despecho, de ofrecer á los dioses el acostumbrado sacrificio por su victoria, lo que motivó que fuese condenado á pagar una fuerte multa.

Inútil parecerá decir que hasta los niños participaban de las comidas públicas, á las que asistian como á una escuela de templanza y de buenas costumbres.

La ley de que dejamos hecho mérito, fué entre cuantas dictó Licurgo la que mas irritó á las clases acomodadas de Esparta. Los descontentos se reunieron en gran número y declamaron enérgicamente contra semejante innovacion, llegado á tal extremo su furor, que rodeando al gran legislador en la plaza pública, le acometieron á pedradas. No pudiendo contrarestar Licurgo esta agresion, iba á refugiarse en el templo, cuando un jóven llamado Alcandro, lo alcanzó, y le dió un palo en la cara, saltándole un ojo.

Sin dejarse abatir por el dolor, hizo frente Licurgo á sus enemigos, mostrándoles con un despreciativo ademan su rostro ensangrentado y su ojo fuera de la órbita.

Avergonzados ante tanta firmeza los amotinados, se apoderaron al punto de Alcandro, que entregaron al ofendido para que le castigara como quisiera por su mala accion, acompañando á Licurgo hasta su casa, y demostrando así su arrepentimiento por el daño que habian causado á aquel grande hombre en un momento de obcecacion.

Licurgo, despues de haberles dado las gracias y concedídoles su perdon, hizo entrar á Alcandro en su morada: allí, sin maltratarle, ni dirigirle el menor reproche, hizo retirar á sus criados, y le mandó servirle como un doméstico. Aquel jóven, que á pesar de su carácter impetuoso tenia una alma generosa, ejecutó sin replicar cuanto le fué ordenado. Viviendo bajo el mismo techo que Licurgo, y observando su dulzura, su bondad, su austera vida y su constante aplicacion al trabajo, profesó bien pronto un vivo cariño al legislador, y de enemigo que era, se convirtió en su mas ardiente partidario, no cesando de decir á sus amigos, que Licurgo, lejos de ser duro y fiero como él le creia, era el hombre mas compasivo y dulce que existia en el mundo.

Tal fué el castigo impuesto á Alcandro por su crímen. Licurgo se vengó de él haciendo de un jóven ligero é iracundo un varon lleno de sabiduría y moderacion.

Guiándose sin duda por el conocimiento que tenia de los hombres, Licurgo no quiso, y aun prohibió por medio de una ordenanza, que se escribiese ninguna desus leyes. Creia que no hay mejor ley para hacer á un pueblo feliz y poderoso que los principios de equidad y virtud que un gobierno sábio logra grabar en las costumbres y en los corazones de sus administrados.

Conociendo que la educacion de la niñez es una de las mas bellas é importantes tareas de un legislador, dispuso que las jóvenes espartanas se adiestrasen en ciertos juegos varoniles, tales como la lucha, la carrera, lanzar el disco y la javalina y manejar las armas, con objeto de que los hijos que diesen á luz estuviesen dotados de robusta constitucion, y de que ellas mismas, endurecidas por tales ejercicios, soportasen con mas valor los dolores de la maternidad.

Segun las ordenanzas del gran legislador, desde el instante en que le nacia un hijo á un matrimonio espartano, sus padres tenian la obligacion de presentarle á una asamblea expecial, compuesta de los varones mas ancianos de cada tribu, quienes, prévio un minucioso exámen del recien nacido, disponian que se le amamantase, si era bien formado y anunciaba

salud, y si parecia débil y enfermizo, mandaban arrojarlo á una sima del monte Taijeto, donde le dejaban morir, en la creencia de que, estando destinado á padecer toda su vida, no era conveniente ni para él, ni para el Estado, que conservase la existencia.

Por lo que hace á las madres, debian tener sumo cuidado en la crianza de sus hijos. Lejos de agarrotarlos con fajas y envolturas, les dejaban el libre movimiento de sus miembros; los acostumbraban á toda clase de alimentos; hacian de modo que no se asustaran de las tinieblas ni de la soledad, y les prohibian los gritos y las lágrimas, indicios de debilidad y cobardía.

A la edad de siete años, los niños de ambos sexos eran entregados por sus parientes á una junta encargada de la educacion pública, compuesta de los mas virtuosos y austeros ciudadanos, quienes con sus ejemplos y preceptos, inculcaban en el corazon de sus discípulos las buenas cualidades de que ellos mismos estaban adornados.

Sometidos á la mas rigurosa disciplina; alimentados parcamente y en comun, con la debida separacion de sexos, y fuera del dominio de sus padres, á quienes veian en ciertas ocasiones marcadas por la ley, los niños espartanos se trasformaban pronto en castas y agraciadas doncellas, y en valerosos y robustos mancebos, acostumbrados á sufrir con paciencia todo género de privaciones y á arrostrar impávidos los mayores peligros.

El plan de educacion en Esparta era muy sencillo. Aparte de las bellas letras y algunas ciencias de utilidad reconocida, lo que con mas esmero se enseñaba á la infancia era á obedecer ciegamente, á despreciar el dolor y á vencer á los enemigos de la pátria.

Completada su instruccion, lo cual tenia lugar á los diez y seis ó diez y siete años, volvian los jóvenes al seno de sus familias.

Como dejamos dicho, Licurgo habia dado á la moneda un enorme peso y muy poco valor : lo contrario quiso que sucediera respecto al modo de raciocinar de sus conciudadanos. Acostumbrando á la infancia á guardar silencio, y á no responder sino de un modo conciso y sentencioso á la vez, consiguió que los lacedemonios llegaran á expresar en muy pocas palabras los pensamientos mas altos y profundos.

Para dar una ligera idea de este laconismo, que ha pasado á proverbio, consignamos aquí algunos dichos célebres que se atribuyen á diversos personajes espartanos.

Un ateniense se burlaba un dia delante del rey Agis de las espadas

que usaban los guerreros lacedemonios, diciendo que eran tan cortas, que los jugadores de manos se las tragaban en el teatro á la vista de los espectadores.

«Pues con esas espadas, contestó Agis, derrotamos á nuestros enemigos.»

Licurgo mismo era en extremo conciso y sentencioso en su lenguaje, á juzgar por las respuestas que se conservan de él.

A un ciudadano que le incitaba á establecer en Esparta la democrácia, le contestó ;

«Empieza por establecerla en tu casa.»

Habiéndole preguntado en cierta ocasion si pensaba rodear de murallas la ciudad, respondió :

«La mejor muralla para un pueblo es el valor de sus habitantes.»

Preguntando un curioso á Carilao, porqué el gran legislador no habia dejado ninguna ley escrita, repuso :

«Porque no se necesita escribir para hombres que hablan tan poco como nosotros.»

Afeando algunos al filósofo Hécateo de que no hubiese despegado los lábios mientras duró un banquete á que fué convidado, defendióle Archidamidas, diciendo :

«Los que saben hablar, saben tambien cuándo deben hacerlo.»

Irritado Demarato contra un importuno, que le preguntó varias veces cuál era el hombre mas honrado de Esparta, le respondió :

«El mas honrado es el que te se parece menos.»

Alababan un dia delante del citado Agis la rectitud de los fallos pronunciados por los jueces helenos en los juegos olímpicos.

«¡Gran cosa es, contestó el rey, que esos hombres sean justos una vez cada cinco años.»

Queriendo un extranjero probar su afecto hácia los espartanos, decia que en su pais le llamaban el amigo de los lacedemonios.

«Mas valdria le dijo Teopompo, que te llamasen el amigo de tus conciudadanos.»

Un anciano ofreció á un jóven un gallo reñidor, asegurándole que se dejaria matar antes que darse por vencido.

«No quiero de esos, dijo el jóven, sino de los que matan siempre á sus adversarios.

El filósofo Hippias dice que Licurgo fué un gran general, y que asistió

á muchas batallas, llegando otros autores á atribuirle la division de la caballería en escuadrones de cincuenta caballos, que cargaban formando cuadro para ofrecer menos blanco á las armas arrojadizas del enemigo. Contrario á este aserto Demetrio Faléreo, sostiene que aquel grande hombre no hizo jamás la guerra, y que tuvo la suerte de vivir en una época en que disfrutó profunda paz la Grecia; por lo que pudo establecer sus leyes sin convulsiones ni trastornos de ningun género. Sea de esto lo que quiera, lo que resulta cierto, es que las treguas que hizo observar religiosamente durante la celebracion de los juegos olímpicos, revelan desde luego sentimientos humanitarios y un carácter pacífico.

Las costumbres de Licurgo eran puras y austeras. Dando el ejemplo á sus conciudadanos, los avezó á no querer, á no saber vivir aislados unos de otros, y á consagrarse todos al bien comun. Unidos para defender la pátria; obedientes á sus jefes, y despreciando la vida cuando se trataba de la salud de Esparta, la historia ha conservado varios ejemplos de abnegacion sublime, dados por aquellos hombres formados en la escuela del ilustre legislador.

Enviado Pisistratidas con otros lacedemonios á imponer la paz al rey de Persia, preguntóles éste si venian de cuenta propia, ó como embajadores espartanos.

«Si logramos nuestros deseos, respondió fieramente Pisistratidas, nos envia Esparta, sino, venimos por nuestra propia voluntad.»

Al decir esto aquel fuerte varon, sabia muy bien que privándose del carácter de embajador se exponia á perder la vida ó á quedar prisionero del tirano persa.

Un pueblo que atesoraba tales virtudes, necesariamente debia ser respetado y feliz. Sábiamente regidos, los espartanos fueron durante varios siglos árbitros de los destinos de la Grecia, figurando en la historia como una de las mas poderosas naciones de la antigüedad.

Llegamos al término de la existencia de Licurgo, con el mismo sentimiento que el viajero, que, despues de recorrer un pais risueño y fértil, se interna en una comarca árida y desolada.

Satisfecho de su obra el grande hombre al observar que la forma de gobierno y las leyes que habia dado á su pátria se consolidaban de dia en dia formando la dicha de sus conciudadanos, quiso hacerlas inmutables por medio de un acto heróico, digno por cierto de su gloriosa vida.

Convocando un dia á los habitantes de Esparta, díjoles que aunque las

instituciones que los regian les habian hecho virtuosos y felices, habia en ellas un defecto, sobre el cual creia conveniente consultar á Apolo; que á este fin iba á marchar á Delfos, y que les exigia el juramento de que, durante su ausencia, no alterarian en lo mas mínimo la leyes que les dejaba.

Los espartanos juraron solemnemente conservar intacta su legislacion, y aun le exhortaron á partir, deseosos de subsanar cuanto antes cualquiera imperfeccion que se advirtiera en sus instituciones, que miraban como las mas sábias que habian tenido los hombres.

Licurgo emprendió, pues, su viaje. Al llegar á Delfos, ofreció al dios un sacrificio, y le preguntó si, en efecto, las leyes que habia dado á su pueblo eran bastante buenas para hacerle dichoso.

Apolo le respondió que eran perfectas, y que mientras las observara Esparta, superaria en honor y gloria á todas las ciudades griegas.

Dióse prisa Licurgo á trasmitir á sus compatriotas la respuesta de la divinidad, y por no darles ocasion de faltar algun dia al juramento que habian hecho, resolvió poner término á su vida, persuadido de que, aun con su muerte, debia un hombre de Estado ser útil á su patria.

Despues de abrazar á los amigos que le habian acompañado á Delfos, y de recomendarles el hijo único que tenia, Licurgo se alejó de ellos, y con una heróica fuerza de voluntad, se dejó morir de hambre.

Esparta permaneció fiel durante el espacio de quinientos años al juramento que hiciera á su bienhechor, siendo la recompensa de su constancia la gloria que adquiriera y el ascendiente que llegara á ejercer sobre la Grecia, cuyas ciudades, al solicitar su alianza, no la pedian soldados, armas ni dinero, sino un general, ó un hombre de Estado espartano, mirando en ellos los reformadores de las costumbres y las leyes y los maestros en el difícil arte de gobernar á los hombres.

La memoria de Licurgo fué honrada en Lacedemonia: considerado cual un sér divino, se le erigió un templo, donde cada año se le ofrecian sacrificios como á los dioses.

A pesar de todo, Aristóteles dice, hablando del gran legislador, que por grandes que pudieran ser los honores que se le tributaran, no eran seguramente los que merecia, ni bastarian á premiar los beneficios que dispensara á sus conciudadanos.

Varios autores señalan el lugar en que murió Licurgo. Apolotemis pretende que acabó sus dias en Élide, region del Peloponeso; Timeo y Aris-

tójenes aseguran que falleció en Creta, añadiendo este último historiador, que los cretenses mostraban en su tiempo la tumba del grande hombre en un valle atravesado por el camino de Pérgamo. En oposicion á este aserto, Aristócrates, autor lacedemonio, afirma, que los habitantes de Creta quemaron el cuerpo de Licurgo y arrojaron las cenizas al mar, cumpliendo así la voluntad del legislador, que les habia rogado hicieran esto, por temor de que, si eran llevados á Lacedemonia sus restos mortales, se creyeran los espartanos relevados de su juramento, y cambiaran por consiguiente la forma de gobierno que les habia dado.

Hé aquí resumido en estas pocas páginas cuanto la tradicion y el testimonio de respetables historiadores nos han legado sobre la existencia de este grande hombre.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE LICURGO.

NUMA.

(754 Á 671 ANTES DE J. C.)

La misma divergencia de pareceres que se advierte respecto á la época precisa en que vivió Licurgo, existe por lo que toca al tiempo en que floreció Numa Pompilio, segundo rey de Roma. Por nuestra parte, á fin de no fatigar al lector con citas que nada podrian probarle, prescindiremos de esta cuestion cronológica, y siguiendo la opinion admitida por la mayoría de los biógrafos modernos, que señala las fechas arriba estampadas como las del nacimiento y muerte del personaje que nos ocupa, pasamos á narrar lo que de él nos ha parecido mas digno de memoria.

Treinta y ocho años habian trascurrido desde que fué fundada Roma el año 750 antes de la venida de Jesucristo.

El dia de las *nonas caprotinas,* equivalente al 7 de julio de nuestro calendario, Rómulo, el fundador y primer soberano de la ciudad que, andando el tiempo, habia de ser la señora del mundo, perdió la vida en medio de una fiesta religiosa, sin que fuese posible despues encontrar su cuerpo.

Tal circunstancia hizo que el pueblo achacase la muerte de su rey á los senadores, quienes, en efecto, debian estar quejosos de él á causa de la dureza y despotismo con que los trataba.

Por su parte, el senado, procuró disipar semejante sospecha, concediendo inmediatamente á aquel príncipe los honores divinos, y haciendo creer al pueblo que no habia muerto, sino que, por la voluntad de los dioses, acababa de alcanzar en la mansion celeste un puesto mas elevado que el de monarca de la tierra. Próculo, distinguido ciudadano, que ejercia

gran influjo entre la plebe, juró públicamente haber visto á Rómulo subir al cielo, armado de todas sus armas, y que al despedirse de él, le habia ordenado que en adelante le llamasen *Quirino*. [1]

El pueblo no dió crédito á estas fábulas; pero calló. Despues, las intrigas á que apelaron los diversos partidos para alcanzar el poder supremo, atrajeron graves revueltas, con efusion de sangre, sobre la naciente ciudad.

Habiendo ensayado con desastrosos resultados diversas formas de gobierno, todos los ciudadanos convinieron en que habia necesidad de elegir nuevo rey.

Numa Pompilio fué designado unánimemente para tan elevada dignidad.

Era Numa el menor de los cuatro hijos de Pomponio, y habia nacido en Cures, capital de los sabinos, de cuya ciudad tomaran los romanos, despues de su reunion con este pueblo, el nombre de *Quirites*.

Gozando entre sus compatriotas de una gran reputacion de saber y virtud, Numa habia logrado purificar su alma de las bajas pasiones que ciegan á los hombres. Creia que el mayor mérito del varon justo y fuerte consiste en refrenar sus deseos sometiéndolos al yugo de la razon. Consecuente con este principio, habia desterrado de su casa el lujo y la ostentacion, siendo, tanto para sus conciudadanos, como para los extranjeros, una especie de oráculo, un juez incorruptible que dirimia con la mas extricta imparcialidad todas sus contiendas.

Seducido por tan bellas cualidades, Tacio, que reinaba en Roma juntamente con Rómulo, le habia dado á Tacia, su única hija, en matrimonio, y este enlace, que le abria de par en par la puerta de los honores y del poder, lejos de enorgullecerle y de excitar su ambicion, aumentó su natural modestia, obligándole á alejarse de la córte, para dedicarse en su ciudad natal á cuidar á su padre en su vejez.

Numa, habiendo perdido á su esposa despues de trece años de matrimonio, abandonó á Cures, y vivió algun tiempo en la campiña, buscando en la soledad de los bosques un lenitivo á su dolor.

Sin duda á causa de este aislamiento voluntario se inventó entonces la fábula que ha llegado hasta nosotros, segun lo cual, enamorada de él la ninfa Egeria, le dió su mano, y le hizo el mas feliz de los mortales instruyéndole en el arte de gobernar á los hombres y en los misterios de la religion.

[1] Voz derivada de *curis*, lanza, en la lengua de los sabinos.

Cuarenta años habia cumplido Numa, cuando, en cumplimiento del acuerdo tomado por el pueblo romano, fueron sus delegados á ofrecerle la corona. Próculo y Veleso, encargados de esta comision, y que por su parte aspiraban al trono, creian que Numa aceptaria reconocido el cetro que le ofrecian sus conciudadanos; pero vieron con grande admiracion que escuchó indiferentemente sus discursos, y que se negó despues á admitir el poder supremo, siendo primero necesaria toda su elocuencia, y despues las súplicas de los principales patricios para que Numa, que habia preferido siempre á los honores la tranquilidad del hogar doméstico, se decidiese á gobernar un pueblo nacido entre el estrépito de las armas y robustecido por las frecuentes guerras á que le impulsaba su belicoso génio.

Por fin, aceptado que hubo la alta dignidad conque se le investia, Numa ofreció un sacrificio á los dioses, y se dirigió á Roma.

El senado y el pueblo, ansiosos de ver al nuevo soberano, salieron á su encuentro, recibiéndole con tanta alegría como si en vez de un rey hubiesen adquirido un reino entero.

Al llegar Numa á la plaza pública, le fueron presentadas la corona y demas insignias reales; pero él no quiso recibirlas hasta que el pueblo ratificase en su presencia la eleccion que habia hecho. Preguntados sobre el particular los ciudadanos allí congregados, confirmaron su resolucion, sin que faltase á Numa un solo sufragio; y entonces el rey, saliendo de entre su acompañamiento, se confundió con el pueblo, que le acogió con grandes aclamaciones, apellidándole el hombre mas santo y mas querido de los dioses.

Uno de los primeros actos de Numa al tomar posesion del trono fué licenciar al cuerpo de los *céleres*, creado por Rómulo para guardia de su persona, cuyo cuerpo se componia de trescientos jóvenes robustos y animosos, escogidos entre las familias mas ilustres de Roma. Los *céleres*, llamados así por su velocidad en la carrera, tenian la obligacion de ser los primeros de entrar en combate, y los últimos en retirarse. Castigándose entre ellos con la muerte la menor señal de cobardía, sabian que no tenian mas alternativa que vencer ó morir, y así, no daban ni recibian cuartel.

Numa tuvo presentes para disolver esta milicia los grandes privilegios que disfrutaba, y la circunstancia de ser como un innecesario plantel de guerreros entre un pueblo cuyas costumbres duras y belicosas de suyo era necesario suavizar.

Efectivamente, despues de llevar á cabo varias reformas en el órden civil, Numa se ocupó sin descanso en dulcificar el carácter de sus súbditos, llamando á la religion en auxilio de sus proyectos. Las ceremonias, sacrificios y danzas sagradas que ordenó, y que dirigia él mismo, sin que se rebajase por eso su dignidad, le sirvieron para debilitar poco á poco la natural ferocidad de sus conciudadanos, cuyos goces se habian reducido hasta entonces á la guerra y á los bárbaros placeres que ésta proporciona.

Algunas veces, fingiéndose inspirado por los dioses, anunciaba grandes calamidades que debian caer sobre Roma si no le obedecia. De este modo, y valiéndose del terror, no menos que del respeto que inspiraba, llegó á conseguir que aquel pueblo ateo y conquistador doblase la cerviz al yugo de la ley y de la religion.

Teniendo en cuenta los altos fines que se proponia aquel grande hombre, infinitamente mas ilustrado que todos sus contemporáneos, creemos que le serán perdonadas las supercherías á que por precision tuvo que recurrir para cambiar las costumbres de los primitivos romanos y encaminarlos por la senda de la civilizacion.

Dejamos dicho que se le atribuia una intimidad mas ó menos lícita con Egeria, ninfa ó diosa del Lacio, y él, lejos de desmentir tal fábula, dióla apariencias de realidad, asegurando que tenia frecuentes entrevistas con las musas, que le inspiraban gran parte de sus revelaciones, llegando hasta ordenar que se tributase un culto expecial á una de ellas, á quien llamaba *Tacita* ó *Silenciosa*, cual si quisiera con esto recomendar á todos el silencio, del que Pitágoras hizo despues la base de su filosofía.

Entre las varias leyes que dió Numa referentes al culto, habia una que prohibia representar á la divinidad en forma de hombre ó de animal. Así, no se vió durante los dos primeros siglos de Roma la estátua de ningun númen en sus templos, pues era general la creencia de que se cometia un crímen representando por medio de figuras despreciables y perecederas lo que hay mas perfecto é indestructible, á saber, Dios, con quien no puede ponerse en comunicacion el hombre sino por medio del pensamiento.

Respecto á los sacrificios, las leyes de Numa, en las que resplandecia un espíritu altamente humanitario, autorizaron los que se hacian por medio de libaciones, ú con harina, frutos y flores, permitiendo solo en muy pocos casos los sangrientos.

Algunos autores atribuyen á Numa la fundacion del templo de Vesta, igualmente que la institucion de las vestales. En cuanto á lo primero, nada tenemos que objetar; pero por lo toca á lo segundo, este aserto carece á todas luces de autoridad, en el mero hecho de haber probado graves historiadores que Rhéa Silvia, madre de Rómulo, fué una de las vestales de Alba.

A pesar de lo dicho, creemos que Numa, ya que no el fundador, fué quien reglamentó las funciones de estas sacerdotisas.

Aunque ageno en cierto modo el asunto á la biografía que vamos narrando, esperamos que nos perdonará el lector si nos detenemos un momento para darle algunas noticias referentes á una institucion que tanto figuró en los anales de Roma, y que ha prestado asunto á algunos apreciables poetas para sus mas bellas é inspiradas composiciones.

Prescindiendo de los motivos que impulsaron á Numa á construir el mencionado templo, sobre cuyo punto han debatido largamente varios ilustres escritores de la antigüedad sin lograr ponerse de acuerdo, y admitiendo que fué Rómulo quien introdujo entre los romanos el culto de Vesta, diremos, que las dos primeras vestales consagradas por Numa fueron Gegania y Verania; agregáronse á estas otras dos, llamadas Canuleya y Tarpeya, no pasando de cuatro hasta el reinado de Tarquino el Antiguo, que elevó hasta seis el número de estas vírgenes paganas.

Vesta, ó sea el fuego, el principio de la vida, segun unos, y como quieren otros, la Tierra, estaba representada por una matrona vestida con una larga túnica y cubierto enteramente el rostro con un velo. Sus atributos eran el símpulo, el paladio y la lámpara.

Cuando por descuido de una vestal, ú por cualquiera otra causa, se apagaba el fuego que ardia continuamente delante de la diosa (como sucedió al terminar la primera guerra púnica, hácia el año 512 de la fundacion de Roma, y despues, hácia el 944, imperando Comodo, en cuyas ocasiones fué consumido el templo por las llamas, juntamente con el ara), se consideraba tal accidente como una calamidad pública, y se procuraba encender de nuevo aquel fuego, valiéndose al efecto de grandes vasos de bronce, tallados interiormente en forma de triángulos rectángulos, especie de espejos ustorios, que, expuestos á los rayos del sol, adquirian por la reflexion de éstos la propiedad de encender la paja, hojas de árboles, resina ú otras materias inflamables que se ponian en su foco.

Las vestales eran elegidas entre las hijas mas hermosas de las principales

familias romanas; no debian contar mas de diez años ni menos de seis en el momento de su admision en el templo, no pudiendo sus padres negarse á entregarlas, como no fuera en el caso de ser hijas únicas, ó tener ya otras consagradas á la religion.

Las sacerdotisas de Vesta hacian voto de castidad por el tiempo que duraban sus funciones, que era el de treinta años, á saber: diez de noviciado, diez de ejercicio, y los diez últimos dedicados á la instruccion de las novicias. Pasado aquel término, podian renunciar al sacerdocio, y hasta casarse; pero eran pocas las que se aprovechaban de esta libertad, prefiriendo la mayor parte continuar en el templo guardando virginidad perpétua.

La principal mision de las vestales consistia en velar noche y dia, á fin de que no se extinguiera el fuego sagrado. El menor descuido sobre este punto se castigaba azotándolas cruelmente: si violaban el voto de castidad eran enterradas vivas en un montecillo destinado á este objeto fuera de la Puerta Colina. Allí se escavaba un subterráneo, en el cual se metia á la criminal, dejándole un pan, un jarro de agua y una lámpara encendida; en seguida se aplanaba el terreno sobre su cabeza, y se la abandonaba á su suerte, imponiéndose la última pena al que durante cierto tiempo osaba acercarse á aquel sitio.

Puede decirse que el dia mas lúgubre para los romanos era el en que tenia lugar el suplicio de una de las vestales, considerándosele como nefasto y causa de duelo nacional.

Numa concedió á estas sacerdotisas grandes privilegios. Podian disponer de sus bienes bajo testamento como mejor les pareciera, aun en vida de sus padres. Cuando la corporacion se presentaba en público, iba precedida de lictores con fasces, emblema de la soberanía usado solamente por los cónsules y emperadores. Si una de ellas encontraba en su camino á algun reo que marchaba al suplicio, era puesto al momento en libertad, siendo necesario solamente que asegurase que tal encuentro habia sido casual, y creyéndola desde luego los jueces por su sola palabra, pues estaba prohibido tomarles juramento.

Rodeadas estas vírgenes de la veneracion pública, se castigaba con el mas extremo rigor la menor ofensa que se hiciera á su honor ó á su reputacion, hasta el punto de que un hombre que se hubiese atrevido á pasar por debajo de la litera en que iba una vestal, tenia pena de muerte.

Esta institucion subsistia en tiempo de los emperadores, aunque nota-

blemente relajada: Domiciano la restauró, y la abolió Teodosio el año 389 de la era cristiana.

Uno de los mayores títulos de Numa para merecer la gratitud de sus conciudadanos fué la reforma que hizo del calendario, reforma, que, aunque no hecha con gran exactitud, prueba al menos que su autor no carecia de conocimientos en la materia.

Bajo el reinado de Rómulo no se seguia órden ni regla alguna respecto á los meses del año: los unos no tenian mas que veinte dias, y quizás menos, mientras otros contaban treinta y cinco y cuarenta. No teniéndose la menor idea de la desigualdad que existe entre el curso del sol y el de la luna, se atendia solamente á que el año tuviese trescientos sesenta dias justos. Numa, conociendo que esta desigualdad era de once dias, á causa de que las revoluciones de la luna se efectúan en trescientos cincuenta y cuatro dias, y las del sol en trescientos sesenta y cinco, dobló los citados once dias, y formó con ellos un mes, que intercaló cada dos años entre Febrero y Marzo, formando de este modo un calendario de doce meses, entre los cuales habia cuatro de treinta y un dias, siete de veinte y nueve, y uno de veinte y ocho.

Quizás desde los primeros años de Roma se elevó en ella un templo consagrado á Jano, que solo debia abrirse en tiempo de guerra. Las puertas de aquel templo estaban cerradas con cien cerrojos y muchas barras de hierro, cual si se hubiera querido hacer imposible el abrirlas; pero á pesar de esto, nunca permaneció cerrado durante cinco años en el larguísimo período de diez siglos, exceptuando los cuarenta y tres año que reinó Numa; lo cual demuestra cuánto sus sábias leyes habian amortiguado el ardor bélico de los romanos.

Pero no era solamente Roma la que debia á la bondad y talentos de su rey la felicidad que disfrutaba: los pueblos vecinos, que bajo el reinado de Rómulo habian tenido que vivir continuamente con las armas en la mano para defenderse de aquel conquistador, recibian agradecidos los beneficios de la paz en que se les dejaba, paz que les permitia cultivar tranquilamente sus tierras, criar á sus hijos y adorar á sus dioses.

Muchos de aquellos pueblos se aliaron á los romanos, ó entablaron con ellos cordiales relaciones.

La sabiduría de Numa parecia un copioso manantial de justicia y virtud, que refrigerando los corazones de cuantos á él se acercaban, llevaba á sus ánimos la calma y la dicha de que gozaba el ilustrado soberano. Así,

no debe extrañarse que durante su largo reinado no señalen los anales de Roma una guerra, ni una sedicion, ni manifestara nadie el menor deseo de cambiar la forma de gobierno establecida.

Amado por sus súbditos, que mas que á su rey veian en él á su bienhechor, Numa personificó el hermoso ideal que algunos siglos despues dejó entrever Platon, al decir que los hombres no se verian libres de los mayores males que les afligen, sino cuando, por un favor expecial de la Providencia, la justicia y la filosofía se asentaran en los tronos.

Los historiadores difieren entre sí acerca de las mujeres é hijos que tuvo Numa. Segun unos, fué su única esposa Tacia, de quien solo tuvo una hija llamada Pompilia; mientras otros afirman que Pompilia no era hija de Tacia, sino de Lucrecia, con quien casó Numa en segundas nupcias al subir al trono. De cualquier modo que sea, en lo que todos están conformes es en que Pompilia se unió á Marcio, hijo de un sabino del mismo nombre, que, habiendo sido uno de los que aconsejaron á Numa que aceptase la corona, le siguió á Roma; fué senador; disputó la soberanía á Tulio Hostilio á la muerte del gran rey, y viéndose desechado por el pueblo, se quitó la vida. Su hijo Marcio, esposo de Pompilia, como queda dicho, fué padre de Anco Marcio, que sucedió en el trono á Tulio Hostilio.

La muerte de Numa fué tan tranquila como lo habia sido su existencia. La vejez, mas que ninguna enfermedad, le llevó al sepulcro á la edad de ochenta y dos años.

Los honores fúnebres que se le tributaron fueron realmente expléndidos. Los senadores llevaron en hombros el féretro que encerraba los restos del grande hombre hasta el pié del monte Janículo, donde fué enterrado, formando el cortejo el pueblo romano y los habitantes de muchas ciudades aliadas y tributarias de Roma, que iban arrojando coronas sobre el ataud, y lloraban la muerte de Numa, no cual pudieran hacerlo por la pérdida de un rey octogenario, sino por la de un sér querido arrebatado á su amor en la flor de la vida.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE NUMA.



JUDITH





JUDITH.

(HÁCIA 658 ANTES DE J. C.)

Arphaxard, rey de Media, acababa de sujetar á su cetro muchos pueblos, y edificado una poderosa ciudad llamada Ecbátanes, rodeándola de altísimas murallas, formadas de piedras labradas de tres codos [1] de anchura por seis de longitud, creyéndose invencible al contemplar su numeroso ejército y sus magníficos carros de guerra.

Pero el año duodécimo de su reinado, Nabucodonosor, [2] rey de los Asirios, hijo de Assarhadon y nieto de Seracherib, movió guerra al monarca medo, y encontrándole entre el Tigris y el Eufrates, le derrotó y dió muerte, arrasando de paso las fortificaciones y gran parte de Ecbátanes.

Entonces, creciendo la pujanza de Nabucodonosor, se engrió su corazon, y envió embajadores á los pueblos que moraban en Cilicia, en Dazon, y en el Líbano, en el Carmelo, en el Cedar, [3] en Galilea, en Samaria, y en la otra parte del Jordan hasta Jerusalen, y por fin, en la tierra de Gessen hasta los límites de la Etiopía, intimándoles que le reconociesen por señor.

Puestos de acuerdo los citados pueblos, recibieron con desprecio la embajada del monarca asirio, y la despacharon ignominiosamente.

Herido en su orgullo Nabucodonosor, juró por su cetro tomar venganza de los que menospreciaban su poder.

1 El codo caldeo equivale á pié y medio de Castilla.

2 Los hebreos daban indistintamente el nombre de *Nabucodonosor* á los soberanos de los reinos y provincias de la otra parte del Éufrates que ellos habitaban.

3 Habitado por los árabes descendientes de Gedár, hijo de Ismael.

El dia veinte y dos del mes primero del año décimo tercero de su reinado, convocó el rey á todos los magnates de su córte, y á sus capitanes y guerreros, y les comunicó el pensamiento que habia concebido de subyugar toda la tierra.

Esta idea pareció bien á todos, y la aplaudieron sin reserva, ofreciéndose á ponerla en ejecucion.

Al momento llamó Nabucodonosor á Holofernes, general de su milicia, y su segundo en punto á autoridad, y le dijo:

—¡Sal contra todos los reinos de Occidente, y en expecial contra los que desconocieron mi autoridad! ¡No perdonará tu ojo á ningun pueblo; trátalos sin compasion, y sujeta con el hierro y el fuego toda ciudad fuerte que te resista!

En cumplimiento del real mandato, revistó Holofernes el ejército asirio, y halló que podia contar para aquella empresa con ciento veinte mil combatientes de á pié y doce mil saeteros de á caballo.

En cuanto á los camellos, bueyes y ovejas que debian servir para el trasporte y abastecimiento de las tropas, era imposible señalar su número.

Obrando con suma prevision, el general mandó establecer grandes depósitos de trigo en distintos puntos de Asiria, para cuando él pasase, y tomando enormes sumas del tesoro del rey, púsose en marcha al frente de aquella muchedumbre.

No bien hubo traspuesto las fronteras de Asiria, Holofernes acometió y tomó por asalto todas las plazas fuertes y castillos que encontró á su paso, arrasando las ciudades que le oponian resistencia y pasando á cuchillo á sus defensores.

De este modo llegó á Madian, descendiendo despues á las feraces campiñas de Damasco, donde incendió las cosechas é hizo talar los árboles y las viñas.

Y cayó el temor de sus armas sobre los pobladores de la tierra.

Entonces, los reyes y señores de los paises que se burlaran de Nabucodonosor, se presentaron humildemente á Holofernes, diciéndole:

—¡Cese tu indignacion para con nosotros, porque mejor es vivir siendo siervos del gran monarca asirio, que morir presenciando la ruina de la patria! Ven á nosotros como señor pacífico, y empleános en tu servicio como te pareciere.

Holofernes escuchó estas palabras sin conmoverse, y aunque le recibian en todas partes arrojando flores y coronas á sus plantas, nada podia

ablandar la dureza de su pecho: destruia las ciudades, cortaba los bosques é incorporaba á sus huestes los hombres fuertes y aptos para la guerra que se ofrecian á su vista.

El general asirio obraba de este modo tanto por satisfacer su natural ferocidad, cuanto por cumplir las órdenes de Nabucodonosor, que le habia mandado exterminar los dioses de la tierra, con el fin de que él solo fuese llamado Dios en aquellas naciones que sometiera el poder de sus armas.

Precedido del terror que inspiraba su nombre, llegó Holofernes como un torrente devastador á la tierra de Gabaa.

La proximidad del terrible caudillo llenó de espanto á los hijos de Israel que habitaban la Judea, pues temian sobre todo que el conquistador asirio hiciera con Jerusalen y con el templo del Señor lo que habia hecho con otras cien ciudades y con sus templos, á saber, entregarlos á las llamas.

Empero, animándose luego, resolvieron ponerse á la defensiva, á cuyo efecto enviaron tropas á la frontera de Samaria hasta Jericó; ocuparon las cumbres de los montes; cercaron de muros sus aldeas, y juntaron los granos y ganados necesarios para sostener una prolongada guerra.

Poco tardó Holofernes en saber la actitud de los hijos de Israel, y montando en cólera, llamó á los príncipes de los moabitas y á los capitanes de los ammonitas, que ya se habian sometido á su poder, y les dijo:

—¿Qué pueblo es ese que con presuncion nécia quiere resistirme? ¿Qué ciudades fuertes posee? ¿Cuál es el número de sus soldados? ¿Quién es su caudillo? ¿Por qué me ha despreciado y no se ha adelantado á pedirme de rodillas la paz?

Oyendo estas palabras, Achior, capitan de Ammon, respondió á Holofernes:

—Si te dignas escuchar, señor mio, te diré lo que hay respecto á ese pueblo que mora en las montañas, y no saldrá una palabra de mi boca que no sea verdad. Ese pueblo es del linage de los Caldeos: habitó primero la Mesopotamia, y adoró á un solo Dios del cielo, el cual le mandó vivir en la tierra de Canaan. Como el hambre asolase la comarca que ocupaba, descendió á Egipto, y allí, en el espacio de doscientos años, se multiplicó de tal modo, que su número no podia fijarse. Como el Faraon le oprimiera cruelmente, el pueblo de Israel pidió auxilio á su Dios, que hirió al Egipto enviándole terribles plagas, hasta que el soberano permitió que salieran de sus dominios los israelitas. Huyendo éstos, abriólessu Dios

un camino por medio de las aguas del mar Rojo, que pasaron á pié enjuto, mientras que el formidable ejército egipcio que los perseguia, por haberse arrepentido el rey de haberles dado libertad, fué cubierto por las aguas, sin que quedase uno solo de los perseguidores que pudiera contar tal maravilla á la posteridad. Luego que Israel hubo salido del mar, ocupó los desiertos del monte Sinaí, en donde ningun hombre pudo habitar jamás, ni nunca reposó hijo de hombre. Allí las fuentes amargas se endulzaron para apagar la sed de los israelitas. Donde quiera que entraron, su Dios peleó por ellos, y sin emplear casi nunca la lanza ni la espada, se vieron siempre vencedores; no habiendo quien dominara á ese pueblo, sino cuando se apartó del culto de su Dios. Mas cuantas veces adoró á los idolos, fué entregado á la espada y al yugo de otras naciones. Ahora bien, señor mio, procura saber si los israelitas han ofendido recientemente á su Dios, y si es así, ataquémosles sin temor, porque su Señor los pondrá en tus manos, y quedarán sujetos á tu poder. Pero si ese pueblo está al presente limpio de culpa, no podremos resistirle, porque su Dios le defenderá, y seremos con nuestra derrota oprobio de la tierra.

Este discurso excitó la ira de los magnates y capitanes asirios, que indignados contra Achior, quisieron matarle.

—¿Quién es éste, decíanse unos á otros, que asegura que unos hombres sin armas, sin valor, sin pericia en el arte militar, pueden resistir al formidable ejército de Nabucodonosor?

Enfurecido á su vez Holofernes, dijo al desventurado Achior:

—Has afirmado que el pueblo de Israel será defendido por su Dios, y para hacerte ver que no existe otro Dios que Nabucodonosor, quiero que sepas, que despues que hayamos pasado á cuchillo á todos esos rebeldes, como si fueran un solo hombre, perecerás tú tambien con ellos por la espada de los asirios, que atravesará tus costados, y traspasado, caerás entre los cadáveres de los israelitas, á quienes tanto temes.

En seguida dispuso que los soldados de su guardia prendieran á Achior y lo pusieran en manos de los hijos de Israel.

Inmediatamente pusóse en su ejecucion el primer extremo de esta resolucion, asegurando la persona de Achior; pero habiéndose acercado á las montañas los soldados de Holofernes, salieron contra ellos los honderos israelitas, y les obligaron á emprender la fuga, aunque no sin que antes dejasen á Achior atado de piés y manos junto á un árbol.

Los de Israel encontraron luego al ammonita; lo desataron; lleváronlo

á Bethulia, y poniéndolo en medio del pueblo, le preguntaron la causa de haberle abandonado de aquel modo los asirios.

Ejercian entonces la autoridad suprema en Bethulia, Ozías, hijo de Micha, de la tribu de Simeon, Chabris, hijo de Gothoniel, y Charmis, hijo de Melchiel, que oyeron de boca de Achior lo ocurrido con Holofernes, dándoles tambien cuenta de la cruel intencion del general asirio de no dejar con vida á un solo israelita.

Tales noticias conmovieron al pueblo, que postrándose de rodillas, levantó sus ruegos al Señor, entregándose todo aquel dia á la oracion.

Despues, uno de los ancianos de Bethulia, dijo á Achior:

—El Dios de nuestros padres, cuyo poder has ensalzado, lejos de entregarte á la venganza de los asirios, te dará el consuelo de que veas la ruina de tus enemigos. Y cuando Dios haya librado á sus siervos del peligro que los amenaza, será tambien contigo, para que, si te agradare, vivas con nosotros tú y todos los tuyos.

Y llevándoselo Ozías á su casa, le hospedó en ella humanamente, ofreciéndole aquella noche una gran cena, á la que asistieron los principales habitantes de la ciudad.

Entretanto Holofernes habia empezado á sitiar á Bethulia. Situada ésta en la cumbre del monte del mismo nombre, parecia inespugnable por su posicion, no menos que por las robustas murallas que la rodeaban, siendo como la llave de todo el territorio de Israel, y dependiendo de su conservacion la existencia de Jerusalen y de su templo.

Tenia Holofernes ciento veinte mil infantes y veinte y dos mil caballos, sin contar los esclavos y los jóvenes que se habia llevado á la fuerza de todos los pueblos que conquistara.

Tomadas las aldeas de Dathain y Belma, situadas á muy corta distancia de Bethulia, el ejército asirio se extendió pronto como un círculo de hierro en torno de la ciudad.

Los de Israel, á la vista de aquella muchedumbre, echaron ceniza sobre sus cabezas, y volvieron á pedir al Señor que hiciera caer sobre ellos su misericordia. Despues, tomando las armas, se apostaron en las estrechas sendas de la montaña, esperando con ánimo esforzado á sus enemigos.

Pero Holofernes, lejos de atacar desde luego, empezó, como hábil general, á reconocer los contornos de la ciudad, y observando que hácia la parte del Mediodía habia un acueducto que surtia de agua á los sitiados, mandó que lo cortasen.

Por de pronto no se dejó sentir la sed en Bethulia, porque cerca de la muralla nacian unos manantiales de agua que utilizaban los sitiados para sus mas apremiantes necesidades. Mas cuando algunos jefes llamaron la atencion de Holofernes sobre este punto, y un numeroso cuerpo de tropas se apoderó de las fuentes, llegaron á secarse las cisternas de la ciudad, y escaseó tanto el agua, que ésta se repartia por medida, padeciendo todos los horribles tormentos de la sed.

Entonces, poseidos de terror los habitantes de Bethulia, se presentaron en tropel delante de Ozías, y le dijeron entre mil maldiciones:

—¡Caiga sobre tu cabeza la justicia de Dios, porque nos has causado muchos males obstinándote en no querer hablar de paz con los asirios! ¡Por esa terquedad, Dios nos ha puesto en sus manos! ¡Así, no hay quien nos ayude, sabiendo que estamos extenuados de sed y muertos de miseria! En vista de que no vemos humana salvacion para nosotros, te requerimos delante del cielo y de la tierra, y del Dios de nuestros padres, que nos castiga ahora conforme á nuestros pecados, para que entregues ya la ciudad á las tropas de Holofernes, y abrevie nuestro fin el filo de la espada, preferible á las desdichas que padecemos.

Despues se alzó un inmenso alarido de entre la multitud, que por espacio de muchas horas clamó á Dios á una voz, diciendo:

—¡Hemos pecado con nuestros padres; hemos obrado injustamente; hemos cometido iniquidad! ¡Tú, que eres misericordioso, ten piedad de nosotros, ó con tu azote castiga de una vez nuestra maldad; y no quieras que los que confiesan tu nombre sean esclavos de un pueblo que no te conoce!

Y cuando fatigados de estos clamores los desgraciados habitantes de Bethulia quedaron en silencio, levantándose Ozías con los ojos bañados en lágrimas, les dijo:

—¡Tened buen ánimo, hermanos, y esperemos compasion del Señor durante cinco dias! [1] Si pasados éstos continúa irritado Dios, y no nos llega socorro, haré lo que habeis dicho.

Entre las muchas personas que presenciaron en silencio este cuadro de desesperacion se encontraba Judith, hija de Merari y viuda de Manasés.

Tres años y medio hacia que Judith perdiera á su esposo, y aunque se

[1] Positivamente señaló Ozias este plazo, persuadido de que el pueblo podia sufrir todavía por cinco dias la falta de agua, y esperando tal vez que antes que expirase aquel término, el sumo sacerdote de Israel enviaria algun socorro á los sitiados.—(*Lib. de Judith*, cap. VIII.)

encontraba en la flor de su vida, tenia resuelto acabar sus dias en el retiro, consagrada á las prácticas de la religion.

A este fin, habia hecho edificar en lo mas alto de su casa una habitacion expecial, donde moraba encerrada con sus esclavas, llevando un cilicio sobre su cuerpo y ayunando contínuamente, á excepcion de los sábados y demas fiestas prescritas por la ley.

Al morir su marido, la habia dejado inmensas riquezas, muchos siervos y extensas posesiones en que pacian numerosos rebaños de bueyes y ovejas.

Además de esto, estaba dotada de singular hermosura: su rostro presentaba el tipo mas acabado de belleza de la raza hebrea: su talle era esbelto y agraciado: su especto majestuoso como el de una reina.

Gozando de gran reputacion de piedad entre sus compatriotas, porque temia al Señor, no habia quien se atreviera á murmurar de ella, rindiendo así todos tributo á su virtud.

Esta mujer, pues, cuando oyó prometer á Ozías que entregaria Bethulia pasados cinco dias, si no recibia auxilio, envió á buscar á los gobernadores de la ciudad.

Charmi, Chabri y Ozías presentáronse á ella, que les dijo:

—¿Qué palabra es esa que ha empeñado Ozías de abrir las puertas de la ciudad al enemigo dentro de cinco dias, si no llega socorro? ¿Quiénes sois vosotros para tentar á Dios de este modo? Semejante conducta no es la mas propia para alcanzar la misericordia divina. Habeis fijado á vuestro albedrío un plazo á la piedad de Dios, sin tener en cuenta que El no amenaza como los hombres, ni se enciende en ira como los hijos de los hombres. Por eso, en expiacion de vuestro pecado, debeis hundir en el polvo vuestras frentes, pidiendo solamente al Eterno, que, segun su voluntad, así haga con vosotros.

—Cuanto has dicho procede del Señor, respondió Ozías: no hay en tus palabras nada que reprender. Confieso mi yerro, y te ruego que ores por nosotros, puesto que tu plegaria será escuchada, ya que eres una mujer santa y temerosa de Dios.

Y Judith respondió:

—Así como reconoceis que me inspiró el Señor lo que he dicho, examinad si procede tambien del cielo el pensamiento que acaba de ocurrirme para libertar á Bethulia de sus enemigos. Esta noche estareis en la puerta de la plaza; yo saldré con una de mis siervas; iré al campo de los asirios... y haced oracion para que se cumpla mi designio; porque si lo ejecuto, será

señal de que Dios vuelve los ojos hácia su pueblo de Israel. Mas no quiero que pretendais indagar lo que voy á hacer: contentaos con rogar por mí al Señor nuestro Dios durante cinco dias, y creo que sereis salvos.

—¡Vé en paz, y Dios sea contigo para castigo de los que nos asedian! concluyó Ozías.

Los jefes de Bethulia se retiraron.

Luego que quedó sola Judith, entró en su oratorio; vistió su cilicio; puso ceniza en su cabeza, y elevando al Eterno su mente, exclamó:

—¡Señor, Dios de mi padre, que le diste la espada para tomar venganza de los extranjeros que afrentaron á las vírgenes hebreas! ¡Tú, que miraste airado el campo de los egipcios, cuando armados corrian tras tus siervos, confiando en sus carros, en su caballería y en la multitud de sus guerreros! ¡Haz, Señor, con estos enmigos nuestros lo que hiciste con aquellos, pues que tambien se glorían en sus picas, en sus escudos, en sus saetas y en sus lanzas, sin conocer que tú eres nuestro Dios, el que derrota y destruye los ejércitos, y que tu nombre inefable y sacrosanto es Jehovah! ¡Levanta tu brazo, y con tu fuerza estrella su fuerza! ¡Haz, Señor, que con su propia espada sea cortada su soberbia! ¡Sea el que nos oprime preso en mí por el lazo de sus ojos, é hiérele con los labios de mi cariño! ¡Pon firmeza en mi corazon para despreciarlo, y vigor en mi mano para derribarle! ¡Dios de los cielos, Criador de las aguas, y Señor de toda criatura: oye á esta miserable que te implora, y que solo confia en tu misericordia!

Acabado que hubo su plegaria, levantóse Judith; llamó á su sierva predilecta, y descendiendo á sus aposentos, quitóse el cilicio y se despojó de los vestidos de su viudez. Despues lavó su cuerpo; perfumó su abundante cabellera con preciosos ungüentos; púsose un bonetillo en la cabeza; vistióse las ropas de su alegría; calzóse unas vistosas sandalias, y se adornó con manillas, sortijas y arracadas.

Y el Señor aumentó con estas galas la natural belleza de aquella mujer, porque tal compostura no nacia de liviandad, sino de virtud, y por eso quiso que pareciese de incomparable hermosura á cuantos la miraban.

Ataviada ya, Judith cargó á su sierva con una bota de vino, una vasija de aceite, porcion de harina, higos, pan y queso, y seguida de la esclava, abandonó su casa.

Al llegar á la puerta de la ciudad, encontró á Ozías y á los demas jefes, que la estaban esperando, los cuales quedaron muy maravillados de su gran belleza, y sin preguntarla nada, la dejaron pasar, exclamando:

—¡El Dios de nuestros padres te dé gracia y fortifique el designio que abriga tu generoso pecho, para que de tí se gloríe Jerusalen, y tu nombre sea contado en el número de los santos y de los justos!

Y cuantos allí estaban dijeron á una voz:

—¡Así sea! ¡Así sea!

Apuntaba el dia cuando Judith y su sierva, bajando el monte de Bethulia, encontraron las avanzadas de los asirios, que las detuvieron, preguntándoles:

—¿De dónde venís? ¿A dónde vais?

Judith respondió sin vacilar:

—Soy hija de los hebreos, y esta que me acompaña es mi esclava. He huido de los mios, porque comprendo que os serán entregados para que los trateis como á vencidos, por haberos despreciado y rehusado someterse voluntariamente para hallar piedad á vuestros ojos. Por eso, dije en mi corazon. «Iré á presencia del grande Holofernes, para descubrirle los secretos de los sitiados, y mostrarle el sitio por donde puede entrar en la plaza sin que perezca un solo hombre de su ejército.»

Los soldados oyeron con placer estas palabras, pintándose en sus rostros el asombro que les causaba la extremada hermosura de la hebrea.

Uno de ellos la dijo:

—¡Has conservado pura tu alma, por cuanto concebiste el noble designio de presentarte á nuestro general! Ten, pues, entendido, que él lo hará bien contigo, y que te granjearás la gracia de su corazon.

Y con señales del mayor respeto la condujeron á la tienda de Holofernes, adelantándose uno de ellos á anunciar al general la visita que le llegaba.

No bien tuvo á Judith en su presencia, sintióse el asirio cautivo de su prisionera.

Uno de los oficiales que le rodeaban, dijo por agradar á su señor:

—¿Quién podrá despreciar á los israelitas, cuando tienen mujeres tan agraciadas que merecen que peleemos por ellas contra ellos?

Estaba Holofernes sentado bajo un pabellon de púrpura, sembrado de esmeraldas y otras piedras preciosas.

Judith miró de frente al general, é inclinándose luego profundamente, hizo ademan de arrodillarse, cual si se hallara delante de príncipe mas poderoso de la tierra.

Pero no consintió el asirio que se humillase la hermosa: hizo una señal, y dos esclavos la levantaron respetuosamente.

Holofernes entonces dejó oir su voz, diciendo:

—¡Ten ánimo, mujer, y no tema tu corazon, pues nunca hice daño al que quiso servir á mi señor Nabucodonosor; y si tu pueblo no le hubiera menospreciado, jamás habria alzado mi lanza contra él! Pero, dime ahora, ¿por qué te has escapado de los tuyos y has venido á nosotros?

Judith contestó bajando los ojos:

—¡Escucha las palabras de tu sierva, y si las oyes, el Señor te dará concluido el negocio que te ocupa; porque vive Nabucodonosor, rey de la tierra, y vive su poder, que reside en tí, para castigar á todas las almas extraviadas, pues se celebra entre las gentes la prudencia de tu ánima, y se ha divulgado por el mundo que tú solo eres bueno, y valiente, y que tu pericia militar supera á la de los mas grandes capitanes! Aunque vivia retirada del mundo, no se me ocultó lo que dijo Achior cuando los de Bethulia lo hallaron maniatado en el monte, ni lo que mandaste que se hiciera con él y con los habitantes de la ciudad, despues que ésta fuese tomada. Ahora bien: conociendo que la plaza no puede resistirte mucho tiempo, por cuanto los hijos de Israel tienen muy ofendido á Dios, que permite, en castigo de sus pecados, que se vean ya acosados del hambre y muertos de sed, he creido conveniente venir á darte aviso de su situacion, y á ofrecerte los medios de apoderarte no solo de Bethulia, sino hasta de Jerusalen, con lo cual todo Israel caerá en tus manos, como ovejas que no tienen pastor. Y esto sucederá, porque Dios está enojado contra su pueblo, siendo El sin duda alguna quien me ha inspirado el pensamiento de venir á anunciarte estas cosas.

Semejantes palabras agradaron extraordinariamente á Holofernes y á sus capitanes, que se decian al oido:

—¡No hay mujer como ésta sobre la tierra! ¡No tiene semejante en belleza y en cordura de palabras!

Holofernes, despues de permanecer un instante pensativo, dijo á Judith con cariñoso acento:

—¡Bien ha hecho tu Dios que te envió delante de tu pueblo para que tú le pongas en nuestras manos, salvándole así de su total destruccion! Creo en tus promesas, y si Dios me diese el triunfo, él será tambien mi Dios; tú serás grande en la casa de Nabucodonosor, y tu nombre será celebrado en todo el universo.

Acabando de decir esto, el asirio dió órden de que llevasen á Judith á la cámara en que guardaba sus tesoros, considerándola como el mas pre-

cioso de ellos; mandóla quedar allí, y señaló los platos que debian servírsele, escogidos de entre los mas delicados de su mesa.

—No podré ahora comer esas cosas que mandas darme, dijo Judith, porque temo que los mios lo tomen á escándalo, creyendo que he abandonado mi ley. Si tú lo permites, me alimentaré con los manjares que á prevencion he traido de Bethulia.

—Y si llegasen á faltarte esas provisiones, ¿qué haremos? preguntó Holofernes.

—¡Vive tu alma, señor, concluyó Judith con indefinible acento, que no consumirá tu sierva todas esas cosas, sin que haga Dios por su mano lo que ella ha pensado!

No se atrevió á insistir el enamorado asirio, é iba ya á retirarse, cuando la hebrea le pidió como expecial favor que diera las órdenes necesarias para que la dejasen salir del campamento por la noche y al amanecer, con objeto de rogar á su Dios sin testigos, y hacer sus abluciones.

Holofernes accedió desde luego á esta peticion, mandando á sus oficiales y camareros que permitieran á Judith salir y entrar cuándo y como mejor le pareciese.

Dada esta órden, el general dirigió una amorosa mirada á su prisionera, y la dejó sola.

Por lo que despues veremos, no será difícil adivinar que la principal razon que tuvo la hebrea para pedir esta libertad, fué la de poder retirarse á Bethulia sin que nadie la detuviese despues de ejecutado su proyecto.

Tres dias hacia ya que la hermosa viuda vivia entre los asirios, y en todos ellos no habia cesado Holofernes de prodigarla los mayores obsequios. Tratada respetuosamente por los domésticos del caudillo asirio, salia mañana y noche al valle de Bethulia, seguida de su sierva; en un cristalino arroyo que por allí corria, se lavaba, segun la costumbre de los hebreos, la cara, las manos y los piés, y al volver al campamento, pedia á Dios que favoreciese sus designios encaminados á libertar á sus hermanos del cerco que sufrian.

En tanto permanecia pura y limpia en su tienda: solamente al anochecer tomaba su parco alimento, uniendo de este modo el ayuno á la oracion, y preparándose para la grande obra que meditaba.

Y aconteció el cuarto dia, que encendido en torpes deseos Holofernes, ideó dar un banquete á sus domésticos, no queriendo que asistiese á él ninguno de sus oficiales ó personas distinguidas de su ejército, para poder

así con menos testigos y mas libertad dar muestras á Judith de su pasion.

Dispuesto todo para el festin, el general asirio dijo á Vagao, su eunuco favorito:

—Vé, y persuade á esa hebrea á que asista al banquete. Haz que ella corresponda á mi amor, y te daré tanto oro como pesas.

Fué Vagao prontamente donde estaba Judith, y la dijo:

—En nombre de mi dueño, vengo á invitarte á su mesa. No tengas recelo en aceptar, oh, hermosa mujer, porque serás honrada en su presencia, comerás á su lado, y él mismo verterá el vino en tu copa.

Al escuchar estas palabras dejó escapar Judith un grito de alegría, mientras centelleaban sus ojos de indignacion. A pesar de todo, reprimiéndose instantáneamente, respondió con fingida humildad:

—¿Quién soy yo para merecer tanto honor? ¿Cómo osaré oponerme á los deseos de mi señor? Haré cuanto él quisiere y pareciere mejor á su vista. Todo lo que él prefiera eso será para mí lo mejor mientras viva.

Y sin añadir una palabra mas, entró en su cámara; púsose sus mejores vestidos; se adornó con sus mas ricas joyas, y radiante de belleza y majestad, precedida de Vagao, que parecia orgulloso de su vistoria, fué á ponerse delante de Holofernes.

Al aparecer la gentil viuda, palpitó el corazon del asirio, porque ardía en deseos de ella.

—¡Bebe, y siéntate á comer á mi lado, porque has hallado gracia delante de mí! dijo á Judith Holofernes, presentándola una copa de oro.

—Beberé, señor, respondió la hebrea, porque mi alma ha sido hoy engrandecida mas de lo que merezco.

Y al expresarse de este modo la virtuosa mujer, pensaba ciertamente en la victoria, que, con el favor divino, pensaba alcanzar sobre el que queria triunfar de su castidad.

Efectivamente, Judith comió y bebió; pero fué solo de lo que su esclava la habia preparado.

En cuanto á Holofernes, parecia loco de alegría, y bebió con exceso hasta embriagarse.

El banquete se habia prolongado hasta el anochecer, á cuya hora se retiraron los domésticos del asirio á sus alojamientos.

Vagao entornó maliciosamente las puertas de la cámara, dejando solos á Judith y Holofernes.

Estaba el general, como dejamos dicho, totalmente embriagado, y

pudiendo mas en él los vapores del vino que los deseos del amor, dejóse caer sobre su lecho, donde quedó profundamente dormido.

Entonces llamó Judith á su esclava, mandándola que se pusiera en observacion á la puerta, y que la avisase por medio de una señal si alguien entraba en la tienda.

Y fué á situarse delante de la cama, bañados en lágrimas los ojos, y moviendo en silencio los lábios al elevar al cielo esta plegaria:

—¡Señor, Dios de Israel, dame valor, y mira en esta hora la obra de mis manos, para que, como lo has prometido, ensalces á tu ciudad de Jerusalen, abatida ahora y llena de tristeza por temor á las armas de ese infiel!

Dicho esto, acercóse con firme paso á uno de los pilares del lecho en que estaba colgado el alfanje de Holofernes, y desenvainándolo con una mano, asió con la otra los cabellos del asirio, diciendo en alta voz:

—¡Señor, prestad fuerza á mi brazo en este trance!

Y con la rapidez del pensamiento descargó uno tras otro dos terribles golpes sobre el cuello del general, cortándole á cercen la cabeza antes de que pudiera lanzar un solo grito.

Un rio de sangre inundó las vestiduras de la valerosa hebrea, que sin perder un punto su serenidad, cogió el tronco de Holofernes y lo arrojó á tierra, envolviendo en seguida la cabeza en el pabellon ó mosquitero que cubria el lecho y que arrancó al efecto.

La esclava, que al desempeñar su cometido no habia perdido ningun detalle de esta siniestra escena, viéndola terminada, entró en la cámara; abrió un saco de pieles que traia á prevencion, y encerró en él la cabeza del asirio que le alargó Judith.

Hecho esto, las dos mujeres salieron de la tienda con la mayor tranquilidad; atravesaron lentamente el campamento, sin que los centinelas lo impidieran, por ser aquella la hora en que la viuda de Manasés acostumbraba ir al valle á hacer sus abluciones, y acelerando el paso cuando se vieron fuera del campo, llegaron sin contratiempo á las puertas de Bethulia.

Los guardas que coronaban las murallas, al ver aproximarse dos bultos cuyas formas no podian distinguir bien á causa de la oscuridad de la noche, iban á dirigir allí algunas saetas, cuando Judith gritó:

—¡Abrid las puertas, que Dios es con nosotros y ha mostrado su piedad á Israel!

Al oir aquella voz tan conocida en Bethulia, los guardianes de la puerta la abrieron al momento, yendo en seguida á participar á sus jefes la vuelta de Judith.

En un abrir y cerrar de ojos cundió la noticia por la ciudad. Todos los habitantes, hombres y mujeres, niños y ancianos, acudieron presurosos á saludar á la viuda, á quien no pensaban volver á ver, y provistos de antorchas la rodearon, dándola el parabien por su venida.

Judith les impuso silencio, y colocándose en el pórtico de una casa, desde donde podia ser vista y dominaba la multitud, dijo con poderosa voz:

—¡Hermanos mios, alabad al Señor nuestro Dios, que no desamparó á los que esperaron en El, y que por mí, su sierva, ha cumplido la misericordia que prometió á Israel!

Y sacando del saco la lívida cabeza del asirio, añadió, mostrándola al pueblo:

—¡Ved aquí la cabeza del soberbio Holofernes, general del ejército de los asirios; ved aquí su mosquitero, dentro del cual estaba acostado en su embriaguez, y donde por mano de una hembra le dió muerte el Señor! ¡Y juro por mi alma, que no ha permitido el cielo que yo fuese mancillada, sino que me ha hecho volver á vosotros sin mancha de pecado, y gozosa por haberos dado la libertad! ¡Así, dad gracias al Señor, á quien, y no á mí, se debe tal victoria!

Todos los circunstantes doblaron la rodilla adorando al Eterno: despues dijeron á Judith:

—¡El Señor bendijo sin duda tu virtud, porque por tí ha aniquilado á nuestros enemigos!

Y Ozías añadió:

—¡Bendita eres del Dios excelso, oh, hija mia, sobre todas las mujeres de la tierra! ¡Bendito el Señor, que te dió ánimo para herir al caudillo de nuestros enemigos! ¡Hoy te has engrandecido tanto, que jamás se apartará tu alabanza de la boca de los hombres, que recordarán siempre, que por amor á tus hermanos, no vacilaste en exponer tu vida y honra, ofreciendo al Altísimo oraciones y ayunos en expiacion de sus pecados!

Aprobó el pueblo con sus aplausos las palabras de Ozías, prorumpiendo en mil aclamaciones á Judith. Esta, viendo á Achior entre los que la rodeaban, le hizo señal de que se acercase, y le dijo:

—El Dios de Israel, de quien tú diste testimonio de que nos vengaria

de nuestros enemigos, ha cortado esta noche por mi mano la cabeza del mas temible de ellos. Y para que conozcas que es cierto lo que digo, hé aquí la testa de Holofernes, que con soberbia nécia menospreció al Señor, y te amenazó de muerte, diciendo: «Luego que el pueblo de Israel fuere hecho cautivo, mandaré que traspasen tus costados con la espada.»

Achior, bien fuese que al contemplar la ensangrentada cabeza del que le habia dirigido tan terrible amenaza, se sobrecogiera de espanto, ora que la sorpresa que le causara un suceso tan extraordinario trastornara su mente, empezó á vacilar sobre sus piernas, y cayó desmayado. Mas recobrando pronto sus sentidos, arrodillóse delante de Judith, exclamando:

—¡Bendita seas de tu Dios en toda la posteridad de Jacob, porque en cualquier parte del mundo que se oyere tu nombre, será ensalzado Israel por causa tuya!

La animosa viuda levantó humanamente á Achior, y dirigiéndose al pueblo, dijo:

—¡Oidme, hermanos! Colgad esa cabeza en nuestros muros, frente al campamento de los asirios. Cuando el sol deje ver sus primeros fulgores, tomad todos las armas, y salid de la plaza, no para descender desde luego al campo enemigo, sino haciendo ademan de que os ordenais para asaltarlo. Al advertir este movimiento, las avanzadas de los asirios correrán necesariamente á despertar á su general para el combate; y cuando sus capitanes acudan á la tienda de Holofernes, y hallen su tronco nadando en un lago de sangre, embargará el terror sus corazones. Entonces, cuando veais que van huyendo, arrojaos sobre ellos, é id á su alcance sin recelo; porque el Señor los quebrantará debajo de vuestros piés, y se hartarán vuestras espadas de segar sus cuellos.

Segun habia dispuesto la heroina de Israel, así que fué de dia, los de Bethulia colgaron de una almena la cabeza de Holofernes, y armándose todos los ciudadanos, salieron de la plaza con grande estruendo y algazara; lo que observado por los asirios hizo que algunos de ellos fuesen á dar parte á su general de aquella novedad.

Los oficiales de Holofernes y sus domésticos, entraron ruidosamente en la antecámara de su señor, para que, sin ser llamado por ninguno de ellos, se despertase él mismo.

Mas habiendo acudido algunos jefes superiores, dijeron á los camareros:

—¡Entrad, y despertadle sin perder tiempo; porque han salido los ratones de su agujero, y tienen la osadía de presentarnos batalla!

Vista la urgencia del caso, entró Vagao en el aposento de Holofernes, dando antes algunas palmadas para llamar la atencion de su amo, á quien suponia en los brazos de la hermosa mujer que la noche precedente introdujera él mismo en aquella estancia.

Pero, como aunque aplicando el oido no percibiese el rumor de la respiracion de su señor, se acercó al lecho, y viendo entonces en el suelo el tronco del general bañado en su propia sangre, empezó á lanzar agudos gritos, desgarrando al mismo tiempo sus vestiduras.

De pronto, acudiendo una idea á su mente, corrió á la tienda de Judith, y como no la hallase en ella, ni tampoco á su sierva, salió precipitadamente, diciendo á grandes voces :

—¡Una mujer hebrea ha deshonrado la casa de Nabucodonosor! ¡Ved allí el grande Holofernes tendido en tierra, y sin cabeza.

Oido esto por los gefes del ejército, entraron en tropel en el aposento, y al contemplar el sangriento espectáculo que se ofreció á su vista, se apoderó el terror de todos ellos.

En cuanto á los soldados, prorumpieron en una espantosa gritería, que resonó del un extremo al otro del campamento.

Cuando todo el ejército supo que su caudillo habia sido degollado, perdió la disciplina y la razon, y tomando solamente por consejero al miedo, apeló á la fuga, como único medio de salvacion que le quedaba.

Así se deshizo como una bola de nieve bajo una copiosa lluvia aquella innumerable hueste. Los asirios se desbandaron en pequeños grupos, abandonándolo todo, sin cuidarse de amigos ni de jefes, procurando únicamente cada cual escapar como mejor pudiera de las espadas de los israelitas, que oian venir armados sobre ellos, cubriéndose en un momento de fugitivos los campos y las veredas de los collados.

Viendo huir á sus enemigos, los hebreos siguieron el alcance, tocando las trompetas y con grande algazara.

Y como los asirios iban desordenados y los hijos de Israel los perseguian formados en un solo cuerpo, herian y mataban á cuantos caian en sus manos.

Ozías envió al instante mensajeros á todas las ciudades y provincias de Israel, participándoles la derrota de los invasores; con lo que todos se armaron, y persiguieron á filo de espada á los enemigos hasta las fronteras de Asiria.

En tanto, los hebreos que habian quedado en Bethulia, cayeron sobre

el campamento, y lo saquearon, enriqueciéndose con los despojos de los asirios, de tal modo, que hasta de allí á muchos años, no se conoció un pobre en la ciudad.

Algunos dias despues de estos maravillosos acontecimientos, Joacim sumo pontífice de Israel, llegó á Bethulia, acompañado de un numeroso séquito de sacerdotes y ancianos, para ver á Judith.

La heróica viuda salió humildemente á recibir al pontífice, quien la dijo, tendiendo las manos sobre su cabeza:

— ¡Tú eres, oh, mujer, la gloria de Jerusalen; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestro pueblo! ¡Por cuánto te has portado varonilmente y conservado la castidad vidual, el Señor te bendice por mi mano, y te predice por mi boca, que tu nombre será siempre bendito entre las naciones!

Y el pueblo respondió:

— ¡Así sea!

Durante treinta dias estuvieron ocupados los de Bethulia en recoger los despojos de los asirios.

Por órden de Joacim, y por la voluntad del pueblo, todo cuanto se probó haber pertenecido á Holofernes, fué dado á Judith, como su parte en el botin, aumentándose extraordinariamente sus riquezas con las vajillas de oro y plata y las telas de seda y preciosas alhajas que constituian el tesoro del general asirio.

Todas las mujeres de Israel acudieron á Bethulia para ver de cerca á la heroina; llenáronla de bendiciones, y formaron un coro que ella misma guiaba, llevando todas ramos de laurel en las manos y coronas de olivo en la cabeza, igualmente que los varones, que las seguian armados, cantando su victoria á los acordes de los órganos y de las cítaras.

Entonces Judith, entonó en accion de gracias al Eterno el siguiente cántico:

« Comenzad á loar al Señor con panderos: cantad al Señor con címbalos: entonadle un nuevo salmo: ensalzad é invocad su nombre.

» El Señor que quebranta las guerras; su nombre es el Señor.

» Que puso su campamento en medio de su pueblo, para librarnos de la mano de todos nuestros enemigos.

» Vino el asirio de los montes que están á la parte del Aquilon, con la muchedumbre de sus fuerzas; cuya muchedumbre cerró los arroyos y sus caballos cubrieron los valles.

» Dijo que quemaria mis términos, y que pasaria á cuchillo mis jóvenes; que daria en presa mis niños, y mis doncellas en cautiverio.

» Mas el Señor Todopoderoso le hirió, y lo entregó en las manos de una hembra, que le mató.

» Porque el poderoso entre ellos no fué derribado por mano de jóvenes, ni hijos de Titan le hirieron, ni le hicieron frente corpulentos jigantes, sino que Judith, hija de Merari, lo desmadejó con la belleza de su rostro.

» Porque se quitó el vestido de su viudez, y tomó el vestido de alegría, para que saltasen de gozo los hijos de Israel.

» Ungió su rostro con ungüentos, y ajustó las guedejas con el bonetillo; tomó vestido nuevo para engañarlo.

» Sus sandalias le arrebataron los ojos; su hermosura cautivó su alma, y cortóle á cercen con un alfanje la cerviz.

» Asombráronse los persas de su firmeza, y los medos de su osadía.

» Entonces aullaron los campamentos de los asirios, cuando mis humildes se mostraron llenos de sed.

» Los hijos de las mujeres jóvenes los atravesaron, y los mataron como niños que huyen: perecieron en la batalla delante del Señor mi Dios.

» Cantemos himnos al Señor; himno nuevo cantemos á nuestro Dios.

» Adonai Señor, grande eres tú, y muy esclarecido en tu poder, y de quien nadie puede ser vencedor.

» Sírvate toda criatura tuya; porque dijiste, y fueron hechas; enviaste tu espíritu, y fueron criadas, y no hay quien resista tu voz.

» Los montes con las aguas se moverán desde los cimientos: las piedras se derretirán como cera en tu presencia.

» Mas aquellos que te temen, grandes serán delante de tí en todas las cosas.

» ¡Ay de la gente que se levante contra mi linaje! Porque el Señor Todopoderoso ejercerá en ellos su venganza; los visitará en el dia del juicio.

» Porque enviará fuego, y gusanos sobre sus carnes, para que sean abrasados, y padezcan eternamente.»

Despues de estos festejos, todos los habitantes de Bethulia fueron á Jerusalen, donde se purificaron, y ofrecieron en el templo sus holocaustos, votos y promesas.

Judith ofreció en anatema de olvido los ricos arneses de los caballos de

Holofernes que le habia dado el pueblo, y el ensangrentado mosquitero en que envolviera la cabeza del general asirio.

Los de Bethulia se regocijaron á la vista de los lugares santos, y celebraron con Judith durante tres meses su victoria.

Trascurrido aquel tiempo, cada uno se volvió á su casa.

Judith fué ilustre en toda la tierra de Israel, pues aparte de sus altos hechos, juntaba á todo género de virtudes la mayor castidad.

Venerada por sus conciudadanos, vivió en la casa que fué de su marido hasta la edad de ciento cinco años, en que falleció, siendo enterrada en el sepulcro que guardaba los restos de su esposo.

Antes de morir, dió libertad á la esclava que la habia acompañado al campo de Holofernes, y repartió su hacienda entre sus parientes y los de su marido.

El pueblo de Israel lloró á su bienhechora durante siete dias, término ordinario del luto entre los hebreos.

Y el dia aniversario de la victoria que alcanzó Judith sobre Holofernes, fué contado entre los israelitas durante muchos siglos como uno de sus dias santos.

Siguiendo paso á paso la *Sagrada Biblia*, hemos trazado á grandes rasgos el retrato de esta mujer verdaderamente extraordinaria. Divinizada por los que siguen la ley de Moisés, y deprimida por los libre-pensadores, como derramadora de la sangre de uno de sus semejantes, confesamos que solo hemos podido ver en la heroina de Bethulia uno de los mas acabados modelos de amor pátrio y valor cívico que presenta la historia de la humanidad.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE JUDITH.

SOLON.

(650 Á 559 ANTES DE J. C.)

Este legislador, uno de los famosos siete sábios de Grecia, era de estirpe real, como hijo de Execestidas, descendiente de Codro, último rey de Aténas.

Nacido en Salamina, segun se cree, hácia el año 650 antes de nuestra era, Solon, con objeto de reparar un tanto su fortuna, que habia en gran parte disipado su padre, emprendió en su juventud diversos viajes por mar, dedicado al comercio.

Amante del saber, no menos que aficionado al lucro, procuró Solon cultivar el trato de los hombres mas ilustres de los diversos países que recorria. Tales de Mileto, Pitaco de Mitilene, Bias de Priene, Cleóbulo de Lindo, Mison de Chio, Chilon de Lacedemonia y el escita Anacarsis le honraron con su amistad, formando con él aquella sociedad de sábios cuyo recuerdo ha llegado hasta nosotros, y que tenia exclusivamente por objeto enseñar á los hombres á vivir felices.

Bien pronto la reputacion de erudito que alcanzó Solon entre sus compatriotas le elevaron á los primeros cargos de la república, correspondiendo él dignamente á la confianza que se le dispensaba, dedicándose con ahinco al estudio de la política, lo que le puso en disposicion de poder dar á Aténas las magníficas leyes que constituyeron su mayor gloria.

Político hábil, Solon llegó á ejercer sobre el pueblo esa influencia, que, en momentos dados, arrastra á la multitud á seguir ciegamente al que ha sabido hacerse su ídolo.

No se crea por esto que abusara de su ascendiente sobre los atenienses, pues no ignoraba cuán peligroso es para un hombre de Estado arrostrar la impopularidad, contrariando las aspiraciones de sus conciudadanos.

Buena prueba de lo que dejamos dicho es el ardid de que se valió para apoderarse de la isla de Salamina, cuya posesion se disputaban las repúblicas de Aténas y Megara. Cansados los atenienses de la prolongada cuanto sangrienta guerra que hubieran de sostener contra los megarianos sobre la pertenencia de la citada isla, prohibieron bajo pena de muerte el proponer de palabra ú por escrito la reivindicacion de la citada isla.

Indignado Solon de una resolucion tan vergonzosa, y viendo que la juventud de Aténas no deseaba mas que continuar la lucha, no obstante que nadie se atreviera á presentarse como iniciador de ella, imaginó fingirse loco, haciendo al efecto que sus parientes y amigos extendiesen este rumor por la ciudad.

Todos creyeron y lamentaron la desgracia del grande hombre; pero éste, presentándose un dia en la plaza pública, con la mirada extraviada y los vestidos hechos pedazos, entonó un himno bélico, que él mismo habia compuesto, en el que echaba en cara á sus conciudadanos su cobardía, y los incitaba á tomar las armas para recobrar á Salamina.

No bien hubo acabado el fingido loco de cantar aquel himno, empezaron á elogiarlo sus amigos, mientras Pisístrato, que despues debia ser el tirano de su patria, conjuraba á los atenienses á que creyesen á Solon, consiguiendo por fin que se declarase nuevamente la guerra á Megara.

Nombrado jefe del ejército, y hechos los preparativos para el golpe de mano que proyectaba, Solon se embarcó con Pisístrato, é hizo vela hácia el promontorio de Coliade: allí desembarcó, y encontró gran número de mujeres atenienses, congregadas con objeto de ofrecer á Céres un solemne sacrificio.

Sin perder un momento, Solon envió á Salamina un soldado de toda su confianza, que fingiéndose desertor, incitó á los megarianos á que le siguieran, asegurándoles que les entregaria las principales damas de Aténas, sin que sus padres y maridos pudieran defenderlas.

Dando ligeramente crédito á aquellas palabras, los de Megara se apresuraron á seguir al desertor, equipando al efecto una galera en que iban buen número de sus soldados.

Atento á lo que ocurria en la isla, Solon vió salir el bajel del puerto, y enderezar la proa hácia el sitio en que se encontraba. Entonces, haciendo

retirar á las mujeres, escogió entre sus soldados á los que aun no tenian pelo de barba, y vistiéndolos con las ropas y adornos de aquellas, les mandó, que, imitando en lo posible las maneras femeniles, fuesen á danzar y á corretear por la playa, para que engañados los enemigos, cayeran fácilmente en la celada que les preparaba.

Esta órden fué ejecutada al pié de la letra.

Engañados los de Megara, y creyendo que solo tenian que habérselas con débiles mujeres, saltaron á la playa sin el menor recelo, arrojándose desde luego sobre las fingidas damas.

Empero, los imberbes soldados atenienses, sacando de improviso sus largos y afilados puñales, que llevaban ocultos bajo las sayas, arremetieron tan ferozmente á los raptores, que sucumbieron todos, despues de una ligera resistencia. En seguida, embarcando Solon sus tropas, forzó el puerto de Salamina, que encontró casi desguarnecido, y se apoderó con escasas pérdidas de la ciudad y de toda la isla.

Los de Megara, por su parte, hicieron varias tentativas para reparar esta derrota. La guerra se prolongó algun tiempo, hasta que cansados los dos pueblos de sostener una contienda que los aniquilaba, decidieron de comun acuerdo someter su querella á la decision de los lacedemonios, quienes, creyendo á Aténas asistida de mejor derecho, le adjudicaron la posesion de Salamina.

El brillante éxito de esta empresa aumentó la popularidad de Solon, y le valió la dignidad de *Arconte.* [1]

En medio de los desórdenes y guerras intestinas que agitaban entonces la Grecia, sus partidarios le ofrecieron la soberanía, que rehusó Solon, contentándose con hacer uso de la ilimitada autoridad de que se vió investido para abolir gran parte de las leyes de Dracon, reemplazándolas con otras mas adecuadas á las aspiraciones y necesidades de sus conciudadanos.

Dando nueva organizacion á los poderes públicos, hizo que los *Arcontes,* que antes ejercian una especie de tiranía, perdieran parte de su autoridad, conservando solamente el derecho de conocer en determinados negocios públicos, y el de activar el curso de la justicia y vigilar sobre la equidad de sus fallos.

El Areópago, que solo era un tribunal ordinario, fué revestido por

1 *Arconte:* el presidente y cada uno de los nueve magistrados que gobernaban á Aténas despues de la muerte de su último Rey Codro. Los *Arcontes* llevaban como distintivo de su alta dignidad una corona de mirto, y eran inviolables.

Solon de la jurisdiccion mas ámplia é importante. Además de esto, formó un Senado compuesto de cuatrocientos ciudadanos, ciento por tribu, siendo cada senador como un representante de aquellas asociaciones de familia á que pertenecia.

Segun el pensamiento de Solon, debian tener influencia suma, el Areópago en la administracion de justicia, y el Senado respecto á la política. De este modo creyó el legislador oponer dos fuertes diques á los abusos que el pueblo suele hacer de su poder, cuando no tiene quien le dirija justa y sábiamente.

La legislacion de Solon abrazaba, como todas las de la antigüedad, el derecho público, el civil y el criminal. Á la inícua division de los ciudadanos en tres clases sociales, semejantes á las castas asiáticas, sustituyó otra division mas equitativa, fundada en el saber y en la propiedad; cabiéndole la gloria de haber sido el primero que estableció en el Ática, en oposicion á la aristocrácia, el *demos*, esto es, el comun de los campesinos, divididos en distintas jurisdicciones, y compuesto de los descendientes de los primitivos habitantes del pais que habian permanecido libres, sin descender á la condicion de trabajadores mercenarios.

Tarea en extremo difusa seria dar cuenta de todas las leyes de Solon, por lo que nos limitaremos á consignar lo mas importante ó curioso que encontremos en ellas.

Nunca hubo pueblo que con mas facilidad admitiera toda clase de divinidades como el de Aténas. Aun los dioses de otras naciones recibian allí culto, llegando á tal extremo la tolerancia de los atenienses en punto á religion, que, á fin de no descontentar á nadie, levantaron un templo al *dios desconocido*. Con tal que se profesase alguna creencia, cualquiera que ella fuese, nadie debia temer. Sin embargo, una ley de Solon castigaba severamente á los impíos, y negaba la sepultura al que robaba objetos sagrados. Protágoras fué condenado al ostracismo por haber manifestado dudas acerca de la existencia de los dioses, y se entregaron sus obras á las llamas. La cabeza de Diágoras de Mileto, que hacia gala de ateismo, se puso á precio, y á ciertos ateos se les condenaba á morir de hambre sentados á una mesa opíparamente servida.

Durante las fiestas de Céres y de Baco, nadie podia ser preso, poniéndose en libertad á los detenidos por causas leves al empezar la celebracion de las Saturnales.

Segun las ordenanzas de nuestro legislador, eran válidos los tratados hechos con un gobierno extranjero, aun cuando fuera ilegítimo.

El reo de Estado fugitivo, podia, y aun debia ser muerto por cualquiera que lo encontrase; y se adjudicaba por ello una corona de laurel al matador, como á los vencedores en los juegos olímpicos.

Los hijos de un tirano participaban del castigo á que se hiciera acreedor su padre.

Tenian fuerza de ley los decretos del Senado durante solo un año, finido el cual, debian someterse al exámen del pueblo.

Los derechos de ciudadano de Aténas se concedian como premio de un servicio eminente ó de un mérito insigne, y se consideraba tan honrosa esta distincion, que la ambicionaron Perdicas, Tereo, Dionisio y Evágoras, señores de Macedonia, Tracia, Siracusa y Chipre.

El heredero que no satisfacia la deuda contraida por su padre á favor del erario público, quedaba suspendido en el ejercicio de los derechos civiles, y hasta se le privaba de libertad mientras no la solventase.

Tambien podian ser presos los deudores particulares, y (costumbre que podia ser muy útil en nuestros dias) un cartel señalaba á todos la casa ó el terreno gravados con hipotecas.

Los extranjeros no disfrutaban en Aténas derechos de ciudadanía: pagaban una contribucion personal; debian tomar por patrono á un ciudadano que respondiera de ellos, y otro tanto necesitaban para alcanzar justicia contra un ateniense.

Expuestos á toda especie de insultos y de humillaciones, los extranjeros tenian obligacion de llevar en las fiestas de Baco los vasos para el agua y los utensilios que servian en los sacrificios, mientras sus mujeres debian sostener el quitasol á las damas atenienses.

Si uno de ellos mataba á un ciudadano, tenia pena de muerte, mientras que si era al revés, el ciudadano solo era castigado con el destierro.

En cuanto á la educacion, ésta variaba segun las condiciones y posicion de cada familia, aunque generalmente era esmerada. La ley intervenia en la eleccion de maestros, y aun se extendia á señalar las horas de enseñanza.

Ningun hijo estaba obligado á mantener á su padre, si éste no le habia enseñado un oficio, ó si lo habia engendrado en una cortesana.

Se adjudicaban coronas cívicas á los ciudadanos beneméritos; los hijos de los que morian en defensa de la pátria eran educados á expensas del Estado, y los hombres de malas costumbres estaban excluidos del sacerdocio, del Senado, de la tribuna y de los empleos públicos.

Los jueces eran escogidos en cualquiera de las clases sociales, con tal que fueran mayores de treinta años, que gozasen de buena reputacion y que no adeudaran nada al fisco: por cada sesion ó audiencia á que asistian recibian tres óbolos. [1] Habia establecidos cuatro tribunales para los homicidios, y seis para los demas delitos comunes, proporcion que indica cuán frecuentes eran en Aténas los actos de violencia.

Toda persona ofendida tenia el derecho de presentar su acusacion, pública ó privada, ante los tribunales. Si era privada, no podia exigir mas que una multa: si era pública, debia necesariamente reclamar la aplicacion extricta de la ley, y tenia obligacion de jurar que no transigiria con la parte contraria, ni retiraria en ningun caso su querella, sin cuyo requisito no emitia su fallo el tribunal.

Una de las mejores máximas de Solon es la de que la injusticia desapareceria de Aténas, cuando el que tuviese conocimiento de ella se mostrara tan indignado como el que la experimentase. Así, cada cual podia convertirse en acusador, y citar á juicio al que delinquiera, y aun al que simplemente insultara á una mujer ó á un niño. Pero el acusador debia primero depositar cierta suma, y luego, puesto en pié sobre las carnes de un cerdo, de un cordero ó de un toro, inmolados á los dioses con las solemnidades prescritas, prorumpir en tremendas imprecaciones contra sí mismo, sus hijos y su raza, si faltaba á la verdad.

Un tribunal expecial conocia de los homicidios involuntarios. En cuanto al parricidio, no se habia señalado ninguna pena, por no encontrar el legislador una expiacion bastante terrible para semejante crímen.

El culpable de violacion, debia morir, ó casarse con la que habia ultrajado.

Castigábase al adúltero con la muerte, si no se arreglaba por dinero con el marido de la infiel, pudiendo el esposo ofendido vender á su mujer como esclava, despues de probado el delito.

El suicidio, considerado en nuestros dias como una enagenacion mental, se miraba en Aténas como un crímen de Estado. El castigo del suicida consistia en amputar al cádaver la mano derecha, y en darle sepultura ignominiosa, á no ser que el que habia atentado á su existencia hubiese manifestado de antemano al Senado los motivos que le impulsaban á quitarse la vida.

Lenta de suyo la justicia ateniense con los particulares, se mostraba

[1] El óbolo ateniense equivalia á seis maravedis de nuestra moneda.

rápida y severísima con los funcionarios públicos que faltaban á sus deberes: el *Arconte* sorprendido en una orgía era indefectiblemente condenado á muerte.

Como se ve por las precedentes líneas, las penas conservaban en Aténas el sello de ferocidad propio de las edades primitivas. Dracon suavizó en parte los castigos, y Solon, para evitarlos en lo posible, apeló á menudo en sus leyes al sentimiento del honor y al temor á la infamia, innatos en el hombre, declarando la deshonra como la mayor pena que pudiera imponerse á un delincuente despues de la capital.

Como sucede á todo legislador, Solon tuvo que condescender en muchas cosas con el carácter y costumbres de sus conciudadanos. Por eso, preguntándole alguno si creia haber dado á Aténas buenas leyes, contestó:

« Le he dado las mejores que ahora pueden dársele. »

En otra ocasion, diciéndole Anacársis que, en su concepto, las leyes eran semejantes á las telas de araña, donde quedan presas las moscas, y á través de las cuales pasan volando las golondrinas, respondió:

« Verdad es eso ; pero mis leyes serán observadas, porque las acomodo á los intereses de todos los ciudadanos, de modo que á nadie le tiene cuenta el violarlas. »

Las anteriores respuestas demuestran que Solon conocia mejor que ningun hombre de Estado de su época los dos principios capitales en que debe apoyarse la política de los gobernantes, y que consisten en hacer que la oportunidad y el interés privado se conviertan en guardadores del interés público y en defensores del gobierno; sin que se crea por esto que el legislador ateniense sacrificara en sus instituciones la moral á la política, como hizo Licurgo.

Este grande hombre, viendo que Esparta producia lo suficiente para el sustento de sus habitantes, desterró de ella el comercio y á los extranjeros, al paso que Solon tuvo que dar á la estéril Ática las artes y la industria como medios de subsistencia.

Licurgo pudo hacer cuanto quiso en un pais gobernado por reyes: Solon en su gobierno popular debió hacer lo que pudo.

El reformador espartano tenia que dirigir á un pueblo tosco y acostumbrado á la tiranía de los patricios: el ateniense, que habia visto en su patria muchas revoluciones, solo buscaba lo mas ventajoso y adaptable á la índole de sus conciudadanos.

Licurgo era naturalmente austero: Solon, de carácter suave. Aquel

adaptó las costumbres á las leyes; éste amoldó las leyes á las costumbres.

Formó Licurgo el mas guerrero y temido de los pueblos: Solon hizo de Aténas la ciudad mas amable y culta.

Custodiaba Esparta cuidadosamente su tradicional rudeza, con leyes que castigaban como un crímen toda clase de progreso: Aténas, al contrario, en la aurora de la libertad, se lanzó ya resueltamente hácia el porvenir, buscando en todo los adelantos de la ciencia.

La educacion y el deber obligaban al espartano á despreciar la muerte: el ateniense aprendia á gozar de la vida. Allí enseñaban á morir por la patria: aquí á vivir para ella.

Esparta conservó por largo tiempo su independencia, mientras que Aténas la perdió pronto; pero el imperio de la industria y de las artes no pereció con ella en la batalla de Egos-Potamos. Además, los atenienses sobrellevaron con mas dignidad el infortunio, y aunque vieron tomada su ciudad por los persas y por el lacedemonio Lisandro, no se desalentaron, y volvieron á levantarse, en tanto que los fieros espartanos, dando al olvido su gloriosa historia, se envilecieron como gente sin pasado ni porvenir despues de sus derrotas de Pílos, de Citéres y de Leuctra.

Dado este corto paralelo entre los dos ilustres legisladores de la Grecia, pasamos á narrar lo que nos resta de la biografía de Solon.

Desde el momento en que sus instituciones fueron publicadas y puestas en vigor, Solon se vió asaltado por una multitud de importunos, que acudian á su casa á pedirle explicaciones, á proponerle reformas, y aun á censurar sus medidas.

Fatigado de tanta molestia, no menos que del ímprobo trabajo que le imponia el gobierno del Estado, decidió ausentarse de su patria. A este fin pidió licencia á sus conciudadanos para viajar algun tiempo, alegando en primer lugar motivos de salud, y en segundo, la necesidad que tenia de dedicarse nuevamente al comercio.

Accedieron los atenienses á los deseos de su legislador, y éste marchó á Egipto, donde vivió algun tiempo estudiando las ciencias de aquel pais, discutiendo con sus filósofos mas eminentes, y entregado, tal vez mas de lo que permitian su edad y su carácter, á los placeres de la gula, á la que, así como á la música, era bastante aficionado.

Diez años trascurrieron de este modo, al cabo de los cuales decidió Solon volver á Aténas.

Al llegar á su patria, la halló agitada por las discordias nacidas entre el pueblo y los nobles, que trataban de recobrar su perdida supremacía.

Encontrábase á la cabeza de la raza noble la fraccion llamada de los Alcmeonidas, mientras acaudillaba á los plebeyos Pisístrato, pariente de Solon, hombre rico y generoso, que, mostrándose defensor de los débiles, aspiraba á tiranizar á sus conciudadanos.

Corria el año 561 antes de la era cristiana. Despues de mil ardides empleados en vano por uno y otro partido para hacerse dueños del poder, vióse un dia á Pisístrato llegar herido en un carro á la plaza pública de Aténas, diciendo en alta voz que los nobles le habian puesto en aquel estado, por el solo crímen de ser celoso defensor del pueblo.

Todo esto no era mas que una supercheria. Pisístrato habia tenido el valor de herirse él mismo, para que á la vista de su sangre, estallase la ira popular contra sus adversarios.

Efectivamente, al contemplarse maltratado en la persona de su caudillo, el pueblo empezó á lanzar gritos de furor, y no obstante la viva oposicion de Solon, que adivinaba los proyectos liberticidas de Pisístrato, señaló á éste una numerosa guardia, creyendo así defender su vida, que creia amenazada.

No fué menester mas para que el fingido demócrata viese realizados sus designios. Con ayuda de los soldados de su guardia, á quienes ganó, y de algunos partidarios suyos, se apoderó por sorpresa de la ciudadela de Aténas, dispersó á los Alcmenoidas, y usurpó el poder supremo.

Por lo demas, preciso es confesar que Pisístrato estaba dotado de todas las cualidades que pueden seducir y deslumbrar á un pueblo. Era de gallarda figura, expléndido, valiente, orador hábil que juntaba al talento natural el saber, afable con todos, generoso con los necesitados y protector de las letras y de los artistas. Hasta el mismo Solon, á pesar de su experiencia, cayó al principio en sus redes, y le favoreció cuanto pudo; mas conociendo luego sus miras, cesó de apoyarle, diciéndole con desprecio:

«Serias el mejor de los griegos, si fueras menos ambicioso.»

Y se le mostró hostil, procurando derribarle por cuantos medios pudo.

Los amigos de Solon no cesaban de aconsejarle que moderase su oposicion hácia el usurpador, temiendo qué, irritado éste, le quitase la vida; y como le preguntasen qué era lo que le alentaba á tanta resistencia, respondió:

«Me alienta á ello el deber, y sobre todo mi ancianidad.»

No se realizaron, por fortuna, los recelos de los admiradores del grande hombre. Lejos de eso, cuando Pisístrato se hubo afirmado en el poder, y empezado á mandar en Aténas como señor absoluto, se apresuró á dar á Solon grandes muestras de benevolencia y consideracion, llamándole á su lado con frecuencia para pedirle consejos, y conservando gran parte de sus leyes.

Sin dejarse alucinar por estas verdaderas ó finjidas señales de amistad, continuó Solon oponiendo su elocuencia al naciente despotismo de Pisístrato, y exhortando á sus conciudadanos á derribar al tirano que voluntariamente se impusieran.

Empero, fueron vanos sus esfuerzos: envilecidos los atenienses, no quisieron escucharle. Entonces, por no ser testigo de la esclavitud de su patria, se desterró de ella, siendo ya de edad muy avanzada, yendo á morir á Chipre, segun unos, á Salamina, segun otros, el año 559 antes de Jesucristo, aunque lo cierto es que no puede fijarse de un modo positivo el lugar en que acabó sus dias.

Uno de los biógrafos de este hombre ilustre, afirma, que en su lecho de muerte, y á punto de expirar, mandó que le leyesen algunos versos, *á fin,* dijo, *de morir mas instruido.*

Solon habia cultivado las letras con esmero. En los últimos años de su vida empezó á escribir un poema titulado *Atlantida,* que no pudo acabar á causa de su extrema vejez. En el dia no quedan mas de las obras de este grande hombre que algunos fragmentos de sus *Poesías* y de sus *Leyes.*

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE SOLON.



TEMÍSTOCLES

TEMÍSTOCLES.

[illegible] los hombres mas ilustres de que [illegible] huir á su [illegible] de la villa de [illegible]

[illegible] en que demostró [illegible]

[illegible]

[illegible] vez por esto [illegible] maestros, solia decirle: [illegible] hombre vulgar [illegible] es precis[illegible] salvado.»

[illegible]

[illegible], en verdad, dignos de encomio. [illegible] arrastrado á los [illegible] dominarse, decia, que [illegible]



TEMÍSTOCLES.

(535 Á 470 ANTES DE J. C.)

El nacimiento de Temístocles, uno de los hombres mas ilustres de que puede gloriarse la Grecia, fué demasiado oscuro para haber podido contribuir á su gloria. Su padre, Néocles, de la villa de Phréas, de la tribu Leontida, era de condicion sumamente humilde. En cuanto á su madre, á quien unos autores llaman Euterpe, y otros Abrotonum, habia nacido en Tracia.

La mayoría de los biógrafos de Temístocles convienen en que demostró desde su infancia una imaginacion ardiente y una alma elevada.

En los ratos de ocio que le dejaban sus primeros estudios, se le veia siempre solitario y meditabundo, sin que jamás tomara parte en los juegos de los niños de su edad. Su mayor diversion consistia en componer arengas y discursos, en que, cual si se hallase ante un tribunal, defendia ó acusaba alternativamente á alguno de sus compañeros.

Tal vez por esto, uno de sus maestros, solia decirle:

«No serás tú, á fé mia, un hombre vulgar: es preciso que seas ó enteramente bueno ó enteramente malvado.»

Stésimbrote afirma que nuestro héroe fué discípulo de Anaxágoras en filosofía; pero este aserto carece á todas luces de fundamento.

Sus años juveniles no fueron, en verdad, dignos de encomio. Dotado de un carácter impetuoso, al que no oponia freno una sólida educacion, Temístocles se vió, casi sin pensarlo, arrastrado á los mayores excesos. Reconocíalo, no obstante, y para disculparse, decia, que los potros mas

fogosos acaban por ser los caballos mas dóciles, cuando son regidos por una mano hábil.

Se ha dicho que fué desheredado por su padre, y que su madre, afligida al por la desordenada vida que llevaba su hijo, se habia dado la muerte. Mas estas son invectivas que no merecen refutarse.

Mas probable parece la anécdota que refieren varios biógrafos de este hombre ilustre, segun la cual, queriendo su padre disuadirle de dedicarse á la política, á la que parecia arrastrarle su vocacion, llevóle un dia á la orilla del mar, y mostrándole algunas galeras viejas abandonadas en la playa, le dijo:

«¡Hé ahí cómo trata el pueblo á sus ídolos cuando le son inútiles!»

Poco efecto causó en el ánimo del futuro vencedor de Jerjes esta leccion paterna: lejos de aprovecharla, alcanzó á fuerza de audacia y de elocuencia un puesto en el gobierno de su patria, y creyendo haber hallado un objeto digno de su actividad, se aplicó á los negocios públicos con el mayor ardor.

Poseido del mas vivo deseo de adquirir gloria, aspiró desde luego á los primeros empleos de la república, siéndole necesario, para alcanzar sus fines, chocar de frente con los ciudadanos mas poderosos de Aténas, y desafiar su cólera, que arrostró con el mayor valor, convirtiéndose pronto en rival del virtuoso Arístides, que á su vez, le pagó siendo constantemente su mas tenaz adversario.

No sin razon se odiaron mientras vivieron estos dos grandes hombres.

Ambicioso y fecundo en ardides, Temístocles no reparó en los medios que empleaba para alcanzar lo que se habia propuesto. Arístides, por el contrario, modesto en sus aspiraciones, de un carácter dulce y de ejemplar conducta, jamás aduló al pueblo para engrandecerse, pareciendo que hasta despreciaba la gloria. Adoptando siempre lo que creia mas justo y conveniente para sus conciudadanos, veíase obligado con frecuencia á resistir á Temístocles, y á oponerse á la elevacion de un hombre, que, queriendo introducir en su patria grandes reformas, no cesaba de excitar al pueblo á acometer empresas que pudieran darle fatales resultados.

Apesar de todo, quiso la buena suerte de Temístocles, que siempre que siguieron sus consejos los atenienses, vieran coronados por el éxito los planes del innovador, dejando burlados los cálculos de los hombres mas prudentes y experimentados en el gobierno de la república y en el arte de la guerra.

Ganada la batalla de Maraton sobre los persas, creyó Aténas que esta victoria daria fin á la guerra. Pero Temístocles, por el contrario, pensaba que solo era el preludio de mas grandes y sangrientos combates, y quiso prevenirse para asegurar la independencia de la Grecia.

Á este fin, propuso audazmente invertir en la construccion de una flota de galeras de tres órdenes de remos toda la plata que se extraia de las minas de Laurium, cuyos productos habia costumbre de repartir entre el pueblo.

No dejó de encontrar una viva oposicion este proyecto por parte de algunos hombres de Estado, que consideraban inútil tan enorme gasto. Pero al fin triunfó la elocuencia de Temístocles, consiguiendo que los atenienses cifrasen todas sus esperanzas en la posesion de una buena escuadra.

Aprobado el proyecto, se construyeron con el dinero de las minas cien bajeles, que salieron en seguida á combatir contra las naves de Jerjes.

Aumentada tan considerablemente la marina eran necesarias numerosas tripulaciones: Temístocles tuvo la suficiente habilidad para convertir en excelentes marineros una gran parte de los soldados del ejército; por lo que mereció que dijeran de él sus enemigos, que habia arrancado á los atenienses el escudo y la pica, para amarrarlos al banco del remero.

Milcíades, el vencedor de Maraton, era contrario á estas innovaciones; pero triunfó Temístocles, y los atenienses no tuvieron que arrepentirse de haber seguido sus consejos, puesto que, impotentes por tierra para rechazar los formidables ejércitos de Jerjes, dominaron el mar, salvando por entonces á la Grecia de caer en las garras del conquistador persa.

Varios autores presentan á Temístocles ocupado contínuamente en amontonar riquezas, para atender á sus prodigalidades; mientras otros le acusan de mezquino y avaro, hasta el punto de decir que enviaba á vender al mercado los comestibles que le regalaban.

Sin pretender nosotros resolver esta cuestion que á nada conduce, diremos, que era aficionado al fausto y á la buena mesa, y que obsequiaba expléndidamente á cuantos extranjeros iban á visitarle.

Por lo que atañe á su ambicion, esta era ilimitada, pero noble, extendiéndose á todas las profesiones en que puede brillar un hombre de génio y de ánimo esforzado.

Deseoso de alcanzar gran popularidad, supo hacerse agradable á la multitud, ya sea por su atencion de saludar por su nombre á cada ciudadano de Aténas, sin necesidad de que nadie se lo nombrara, ya por la

rectitud é integridad que demostró mientras desempeñó el cargo de *Arconte.*

En prueba de su imparcialidad, consignamos aquí una anécdota que le honra en alto grado.

Habiéndosele presentado un dia el poeta Simonides á solicitar una cosa injusta, respondióle Temístocles:

« No serias buen hijo de las musas si en tus versos faltases á las reglas del arte: del mismo modo tampoco seria yo buen magistrado si otorgara una gracia que la ley me prohibe concederte. »

A parte de esto, luego que vió asegurado su crédito entre sus compatriotas, Temístocles cometió la bajeza de hacer que el grande Arístides fuese condenado al ostracismo.

Su conducta con el intérprete de los embajadores de Jerjes le hizo honor á los ojos de la Grecia. Acostumbraban los reyes de Persia enviar heraldos á los paises que querian sojuzgar, para pedir en nombre de sus soberanos la *tierra* y el *agua,* es decir, la abdicacion de su independencia y la absoluta sumision á su autoridad.

Habiendo llegado á Aténas una de estas embajadas, para intimar al pueblo que reconociera á Jerjes por señor, Temístocles, que ardia en deseos de vengar tal ultraje, hizo que el pueblo condenase á muerte al intérprete de los embajadores, alegando, para justificar tan violenta medida, que habia osado emplear la lengua griega para comunicar las órdenes de un bárbaro.

Como es de presumir, el altivo Jerjes contestó á este ultraje arrojándose al punto sobre la Grecia.

Entonces llevó á cabo Temístocles una de las empresas mas nobles de su vida, cual es la de poner término á las guerras intestinas que sostenian los griegos, obligándolos á que, dejando á un lado sus rencillas, se unieran todos para salvar la patria del grave peligro que la amenazaba.

Escuchada su voz, reunieron sus soldados á los de Aténas los diferentes Estados que constituian la Grecia, llegando á formar un numeroso ejército, aunque la mayor fuerza de los aliados consistia en la magnífica flota que con exquisita prevision creara Temístocles; y la victoria de Salamina, en la que los atenienses presentaron ciento ochenta galeras de tres órdenes de remos, fué el resultado de la momentánea alianza de los griegos.

Durante esta campaña ejecutó Temístocles algunos actos de abnegacion, que bastarian por sí solos para hacer olvidar sus anteriores faltas.

Conociendo que sus conciudadanos echaban de menos los consejos y el valor de Arístides, desterrado por él, como queda dicho, hizo expedir un decreto por el que se le abrian las puertas de la patria, y le dió un importante mando en el ejército.

Al marchar contra Jerjes, Euribiades, general de los lacedemonios, reclamó el mando en jefe del ejército griego, en perjuicio de Temístocles, que se oponia á ceder á nadie este honor. Divididas las tropas entre uno y otro caudillo, tal vez iban á desbandarse, cuando el general ateniense, para cortar de una vez todo motivo de discordia entre los aliados, cedió el mando á su rival, no obstante que le constaba su nulidad para el alto puesto que pretendia, encargándose despues los acontecimientos de darle la razon, pues tuvo que guiar á sus compatriotas en la batalla, y reparar las faltas que Euribiades cometiera.

En uno de los consejos de guerra que precedieron al glorioso combate de Salamina, y que presidia Euribiades, propuso éste retirar la escuadra hácia la costa, poniéndola á la defensiva.

Contrario á este proyecto, Temístocles tomó la palabra para combatirlo, cuando Euribiades le interrumpió, diciendo:

—En los juegos públicos merece castigo el que se levanta antes de recibir órden de hacerlo.

—Cierto, respondió Temístocles; pero tampoco se corona allí al que se queda atrás en la carrera.

Ciego de cólera Euribiades al escuchar esta picante respuesta, levantó su baston sobre el grande hombre, que, sin retroceder un paso, le dijo friamente:

—¡Pega, pero escucha!

Asombrado el general lacedemonio al ver la sangre fria de su interlocutor, pidióle perdon por su arrebato, rogóle que hablase, y siguió sus consejos.

Rechazado Jerjes en Salamina, y derrotado y muerto en Platea su general Mardonio, los griegos adjudicaron á Temístocles el premio del valor, tributándole todos los pueblos por donde pasó los mayores obsequios.

Cuanto mas crédito adquiria, mas sediento de gloria se mostraba, y parecia mas satisfecho de sí mismo, como lo prueban los siguientes rasgos que se conservan de este hombre ilustre.

Cuando sus compatriotas le nombraron almirante de su flota, suspendió al momento el despacho de todos los asuntos en que antes entendia, apla-

zándolos para el dia en que debia embarcarse; y todo con objeto de que, al verle despachar tantos negocios á la vez, y dar audiencia á tan crecido número de pretendientes, se formaran los atenienses una alta idea de su capacidad y poderío.

Durante su campaña contra Jerjes, paseando un dia por la orilla del mar, vió los cadáveres de algunos persas que las olas arrojaban á tierra, y como observase que alguno de aquellos cadáveres llevara collares y brazaletes de oro macizo, dijo desdeñosamente á uno de los amigos que le seguian:

«¡Bien puedes apropiarte esas joyas, que tú no eres Temístocles!»

Un capitan ateniense, que creia haber prestado á su patria servicios importantes, se vanagloriaba de ellos delante de Temístocles, comparando fieramente sus hazañas con las de este grande hombre.

El vencedor de Jerjes escuchó con paciencia cuanto quiso decir el buen capitan, y así que hubo acabado de hacer su panegírico, díjole jovialmente:

«El dia festivo y el de trabajo tuvieron en cierta ocasion una grave contienda: quejábase el segundo de que no gozaba un instante de placer, jurando y perjurando que siempre se encontraba rendido de fatiga, en tanto que el dia festivo solo tenia por mision divertir á la gente, haciendo que gozase á sus anchas de lo que habia ganado durante el resto de la semana. «Tienes mucha razon, respondió el dia festivo; pero si yo no existiera, tú no hubieras nacido.» Ahora bien, capitan, si no viviera Temístocles, ¿dónde estarias tú ahora?»

Uno de sus hijos abusaba del ciego cariño que le profesaba su madre para alcanzar del ilustre general cuanto se le antojaba. Temístocles, que conocia perfectamente los ardides del mozo, solia decir sonriendo:

«Tengo un hijo que es el mas poderoso de los griegos; porque los atenienses gobiernan la Grecia, yo gobierno á los atenienses, mi esposa me gobierna á mí, y mi hijo gobierna á mi esposa.»

Entre dos jóvenes que pretendian la mano de una de sus hijas, prefirió el mas pobre, pero mas honrado, y como le preguntaran el motivo de semejante eleccion, contestó:

«Porque quiero mejor por yerno un hombre que necesite riquezas, que no riquezas que necesiten un hombre.»

Libre ya de los cuidados de la guerra, Temístocles concentró su pensamiento en Aténas: reedificó los muros de esta ciudad, á pesar de la opo-

sicion de Esparta, y fortificó el Pireo, poniéndolo al abrigo de las invasiones de los persas.

Cuando los grandes servicios que prestara á su patria y la gloria de que se habia cubierto en sus empresas, parecian darle derecho á gozar de la popularidad que tanto ambicionara, algunos envidiosos se mostraron hostiles á este grande hombre, y haciendo que los atenienses concibieran recelos del excesivo poder que habian puesto en sus manos, fueron causa de que le condenasen al ostracismo.

Desterrado de Aténas, Temístocles vivia tranquilamente en Argos; pero acusado por sus enemigos de estar en connivencia con Pausanias, que despues de haber contribuido poderosamente á ganar la victoria de Platea, queria tiranizar á sus conciudadanos, tuvo que huir de allí, para eludir el decreto de prision dictado contra él, refugiándose primero en la isla de Corcira, despues en Egipto, y últimamente en la córte de Artajerjes I, llamado *Lonjimano*, á cuyo padre habia arrojado de la Grecia el ilustre proscripto.

El monarca persa, admirando la grandeza de alma de aquel hombre, que iba á buscar la muerte poniéndose en sus manos, olvidó que habia sido el mayor enemigo de su pueblo, y le dispensó una magnífica hospitalidad, creyendo, por otra parte, haber ganado para su ejército uno de los mas grandes capitanes de su época.

Empero, su esperanza quedó frustrada, cuando, habiendo preguntado á Temístocles si queria tomar el mando del ejército que enviaba á combatir contra los griegos, recibió del héroe una terminante negativa.

Hallábase en Magnesia el desterrado de Aténas á tiempo en que ocurria lo que dejamos dicho, y comprendiendo que no le quedaba otra alternativa que complacer á Artajerjes, ó arrostrar su venganza, decidió, antes que deshonrarse tomando las armas contra su ingrata patria, poner término á aquella situacion por medio de la muerte.

Resuelto al sacrificio, reunió á algunos amigos; se despidió de ellos como aquel que va á emprender el viaje á la eternidad, y encerrándose luego en su aposento, bebió un veneno sumamente activo, que puso fin á sus dias en 470 antes de Jesucristo, cuando contaba la edad de sesenta y cinco años, pasados la mayor parte en el despacho del hombre de Estado y en los campos de batalla como general del ejército ateniense.

Haciendo justicia á las altas prendas de Temístocles, Artajerjes no pudo menos de sentir el desgraciado fin de aquel hábil político y consumado

guerrero, y acogió bajo su proteccion á la familia del grande hombre, que le habia seguido al destierro.

Los habitantes de Magnesia guardaron las cenizas de Temístocles en un magnífico sepulcro que le erigieron en medio de la plaza pública, y que se conservaba todavía en tiempo de Plutarco, segun afirma este grave historiador.

Es innegable que se encuentran muchísimos lunares en la historia del ilustre caudillo ateniense; pero los beneficios que dispensó á la Grecia, y el noble fin que le impulsó á quitarse la vida, bastan para rehabilitar su memoria y hacerla grata á los ojos de la posteridad.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE TEMÍSTOCLES.



SÓCRATES

SÓCRATES

[illegible]

[illegible] á los hombres más sábios de su época.

[illegible] su doctrina. [illegible]

[illegible] modestia, que, [illegible] á los otros [illegible]

[illegible] inaccesible á la orgullosa [illegible] contraste con impetu- [illegible]



SOCRATES

SÓCRATES.

(470 Á 400 ANTES DE J. C.)

Nada mas humilde que el nacimiento de este gran filósofo. Hijo de un escultor y de una partera de Aténas, ejerció en su juventud con bastante habilidad el oficio de su padre. Despues sirvió á su patria con las armas, y en las batallas de Potidea y de Delio, viósele, intrépido soldado, salvar en la primera á Alcibíades de caer prisionero, y en la segunda cargar sobre sus hombres á Jenofonte, que habia caido herido, y ponerlo en seguridad con riesgo de su vida.

Terminada la guerra, dedicóse Sócrates al estudio, bajo la direccion de los primeros profesores de Aténas, llegando á adquirir pronto cuantos conocimientos adornaban á los hombres mas sábios de su época.

Filósofo profundo, no se dedicó Sócrates á abstractas especulaciones, inútiles á la moral; no abrió escuela, ni escribió su doctrina. Popular, y hasta puede decirse vulgar, en las plazas, en las encrucijadas, en el taller del artesano y en la cabaña del labrador, principiaba por interrogar á los que á él se acercaban, y discurriendo con pasmosa lucidez sobre las ideas y objetos mas sencillos, guiaba á su auditorio paso á paso al descubrimiento de la verdad, acostumbrando decir, como prueba de su modestia, que, semejante á su madre la partera, nada creaba, pero sí ayudaba á los otros á producir.

Esta humildad, propia del verdadero sábio, é inaccesible á la orgullosa pretension de inventar un sistema, formaba singular contraste con la petulante vanagloria de los filósofos y sofistas á quienes combatia.

La circunstancia de ser Aténas la ciudad mas civilizada de aquella época, motivó que acudieran allí todos los filósofos de la Grecia. La reunion de tantos hombres de talento, no pudo dejar de influir en el desarrollo de las fuerzas intelectuales de los atenienses, que empezaron á rivalizar entre sí por alcanzar la perfeccion en todo. Pero en cambio, como muchos de aquellos sábios fundaron diferentes escuelas, fomentaron, tal vez sin sospecharlo, la inercia del entendimiento, con la comodidad para aprender y la facilidad que proporcionaron de sustituir á los propios juicios ideas y fórmulas ajenas.

Los primeros sábios habian filosofado desinteresadamente; pero llegó en pos de ellos una multitud de pedantes y de ergotistas, que, conociendo el inmenso poder que ejercia en Aténas la elocuencia, abrió escuelas, donde por poco precio, se enseñaba, como vil oficio, á discurrir sobre todas las cosas y todos los asuntos que pudieran ofrecerse.

Estos nuevos profesores degeneraron fácilmente en maestros de charlatanismo, y aparentando tanta sabiduría cuanto eran ignorantes, enseñaban á inventar argumentos en pró y en contra, á disminuir las cosas grandes y aumentar las pequeñas; en una palabra, á debilitar la verdad y robustecer la mentira, destruyendo así la diferencia que existe entre lo verdadero y lo falso, y echando por tierra la moral, con nó darla otras bases que las que les dictaba su capricho.

Cleon, uno de aquellos mentidos sábios, fué el primero que rebajó su decoro en la tribuna, levantando la voz como un energúmeno, gesticulando, golpeándose los muslos, descubriéndose el pecho y corriendo acá y allá mientras peroraba.

Perícles, al contrario, arengaba al pueblo envuelto con su clámide, sin gestos ni acento declamatorio, cual una estátua que gozase la facultad de hablar.

Híppias de Elide se alababa en público de saberlo todo, hasta el punto de hacerse él mismo sus vestidos, calzado y adornos, y Georgias de Leoncio osó presentarse en el teatro dispuesto á discutir sobre cualquier asunto que quisieran proponerle los espectadores.

En un gobierno como el de Aténas, en el que la elocuencia decidia los negocios de Estado mas difíciles, sostenia las usurpaciones de los poderosos, y justificaba los delirios de la democrácia y los excesos de la tiranía, fácil es comprender el daño que causarian semejantes maestros, que enseñaban á la juventud á abogar sin preparacion alguna, y á sostener sin con-

viccion lo mismo una causa mala que una buena, extraviando así la inteligencia y envileciendo el don mas noble que Dios concedió al hombre: la razon.

Sócrates opuso á esta calamidad su carácter, su recto juicio y su fina ironía, restableciendo la lógica sobre sus verdaderas bases, á cuyo efecto se aprovechaba con repetidas preguntas de la mas leve concesion de su adversario, para hacerle confesar en seguida todo cuanto queria.

Semejante método de argumentar hizo que algunos le tomasen por un nuevo sofista, cuando, por el contrario, tendia siempre á dar á las ideas la precision mas lógica, y estudiando el órden de la naturaleza para remontarse desde él á una causa primera, al conocimiento de la Divinidad, desenvolvia de camino las ideas de virtud y de vicio, no para analizarlas con exactitud científica, sino para aplicarlas en provecho de sus conciudadanos.

Mientras los demas filósofos, rodeados de una turba de discípulos, daban por un estipendio mas ó menos crecido lecciones de elocuencia, de bellas artes, de guerra, de diplomacia, y hasta de virtud y de felicidad, asemejándose así á viles cortesanas que trafican diariamente con su belleza, Sócrates parecia no haber estudiado tanto sino para ser mejor, para buscar el gérmen de los sentimientos nobles y elevados, y para llamar á la ciencia en auxilio de la razon é inspirar al hombre confianza en sí mismo.

En tanto que los orgullosos sofistas, despreciando toda idea de verdad y virtud, atacaban la religion sin presentar nada que la reemplazase, Sócrates, con sublime sencillez, restablecia la idea de un Sér Supremo, llamando á los hombres al conocimiento de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo; de todo aquello, en fin, que de Dios procede y á Dios conduce.

No hacia, en verdad, la guerra al culto dominante en Aténas, porque no se le ocultaba que muchos ciudadanos sabian hermanar con las prácticas de la religion gentílica los mejores sentimientos morales; pero daba mas elevadas interpretaciones á las ideas populares, y sacaba de ellas lecciones sociales sumamente provechosas.

Contra la costumbre de los demas filósofos, nada afirmaba Sócrates de un modo categórico, teniendo por costumbre decir, que solo una cosa sabia, y era, *que no sabia nada*. Así, dudaba, preguntaba, atreviéndose solamente á llegar hasta el límite de la verdad; pero allí se detenia, bien fuese por distinguirse en esto de los sofistas, que todo lo analizaban y todo lo decidian de una manera absoluta, ó bien, y es lo mas probable, porque cono-

cia la impotencia, la pequeñez del entendimiento humano, el cual puede por sí solo comprender muchas ciencias, pero no abarcar la verdad entera, que es Dios.

En cuanto á este punto, y dedujérala de donde quiera que fuese, el hecho es que Sócrates tenia formada una idea muy sublime del Sér Supremo. Creia en la unidad de Dios, basando en tal creencia la moral mas pura que ha profesado ningun gentil, y practicaba sinceramente esta misma moral, manifestándose siempre tan amigo de la verdad, que el callarla le hubiera hecho culpable ante su conciencia, órgano inmediato é incorruptible de la Divinidad, y á la que llamaba su *demonio.*

Cuando los generales atenienses vencedores de los espartanos en las Arjinusas fueron encausados por sacrilegio contra los muertos, Sócrates solo se opuso á que fuesen condenados. Los Treinta tiranos le prohibieron bajo severas penas hablar al pueblo sobre este asunto, pero él, inaccesible al miedo, continuó defendiendo á los acusados y desaprobando la conducta de los jueces.

Su amor á la justicia y á la patria, no desmentido en ningun acto de su vida, parecia que debia lanzarle á la política; pero por una parte queria oponerse al frenesí, universal entonces, de mezclarse en los negocios públicos, y por otra declaraba que su mision era la de educar á la juventud, formando buenos ciudadanos, verdadera base de la recta administracion del Estado.

No obstante tan loables intenciones, no pudo evitar Sócrates que uno de sus discípulos predilectos fuese el disoluto Alcibíades, y que recibiera tambien sus lecciones Crítias, jefe de los Treinta tiranos, el cual sostenia que la religion y el culto no eran mas que bellas invenciones de los legisladores para alucinar y sujetar al vulgo.

Inútil nos parece advertir que tales discípulos eran indignos de Sócrates, quien no podia enseñarles nada que no fuese noble y razonable; pero los enemigos del gran filósofo atribuyéndole la educacion de estos dos hombres, le hacian responsable de los desórdenes del uno y de las atrocidades del otro.

Por otra parte, las verdades que decia á todos, debian atraerle muchos odios: si ponia en parangon el carácter voluble de los atenienses con la firmeza de ideas de los espartanos, se le declaraba al punto mal patriota. Habiendo dicho que la noble severidad de Eurípides le agradaba mas que la desvergonzada sátira de Aristófanes, éste le puso en escena en una de

sus obras dramáticas, haciéndole andar errante como un sonámbulo, ya flotando en las nubes, ya debajo de ellas, achacándole precisamente aquellas ideas mas contrarias á las doctrinas que enseñaba.

Era costumbre de los demócratas atenienses mirar con malos ojos al que se elevaba sobre el vulgo por su saber, virtudes ó valor, llegando hasta el punto de castigar toda especie de superioridad con el ostracismo, como hemos visto sucedió al gran Temístocles. Aristófanes lisonjeaba este bajo sentimiento de la muchedumbre, poniendo en ridículo á Sócrates, al trágico Eurípides y al ilustre astrónomo Meto, á quien llamaba *medidor de aire.*

Ocasion era aquella en que Sócrates, recordando la máxima de Eurípides, que aconsejaba aborrecer á los que celebrando las burlas pervierten á los hombres, tratase de vengarse de Aristófanes, desenmascarándole delante de sus conciudadanos, y devolviéndole golpe por golpe. Pero nuestro filósofo pensaba en todo menos en la venganza. Sin separarse un punto de la senda que siempre habia seguido, fiel á sus convicciones, continuaba formando discípulos que debian honrarle eternamente, como le honraron Jenofonte, Cébes, Antístenes, Arístides y Platon.

Impasible siempre y dueño de sí mismo, jamás le encolerizaban las injurias por mas graves que fueran. Cuando se veia expuesto en el teatro al ludibrio de sus conciudadanos, permanecia inmóvil y atento, diciendo á los que le rodeaban, que le parecia hallarse en un banquete, donde alegraba con sus chistes á los convidados.

Habiendo recibido un dia un bofeton, exclamó:

«¡Lástima es que no sepa el hombre cuándo debe salir de casa con careta!»

Su tormento doméstico era su esposa Jantipa, mujer de carácter áspero y dominante, que diariamente proporcionaba á Sócrates repetidas ocasiones de probar su paciencia. Cierto dia, despues de injuriarle atrozmente, le arrojó á la cabeza un jarro de agua sucia. Pero el filósofo se contentó con decir friamente:

«¡Rara vez truena sin llover!»

Jantipa confesaba que nunca habia visto volver á su marido con distinta expresion en el semblante de la que se advirtiera en él al salir de su casa.

Un tal Zopiro, que, cual frenólogo de nuestros dias, pretendia conocer por la fisonomía las inclinaciones del hombre, aseguró, examinando á

Sócrates, que debia ser soberbio, envidioso y lascivo. Riéronse grandemente cuantos oyeron este juicio; pero nuestro filósofo confesó, que, en efecto, sentia tales inclinaciones, y que solo haciendo esfuerzos sobrehumanos habia logrado dominarlas.

Viendo que la crueldad de los Treinta tiranos iba en aumento cada dia, y que multiplicaban los suplicios, destierros y confiscaciones, afeó enérgicamente la conducta de los gobernantes. Los Treinta, por su parte, le mandaron callar, prohibiéndole conversar con persona que bajase de treinta años. Mas él siguió declamando con igual libertad contra los déspotas, y como le preguntaran si no temia que le viniese algun mal por su franco modo de hablar, respondió:

«Antes aguardo mil; pero ninguno igual al que ocasionaria callando lo que me dicta mi conciencia.»

A pesar de hallarse dotado Sócrates de tales virtudes, tal vez habria vivido solamente en la memoria de sus discípulos, si la persecucion no le hubiese alcanzado y conducido á un fin que hizo de él un ideal nuevo para la Grecia, cual era el de un sábio que moria por sostener la verdad.

En efecto, su virtud, respetada por los tiranos de Aténas, no encontró igual respeto entre sus compatriotas, que enjuiciaron al justo como reo de impiedad, corruptor de la juventud y maquinador de novedades; culpas que en todos tiempos se han achacado á los hombres de génio que han querido ilustrar á la humanidad.

Un tal Melito, poeta trágico silbado, un abogado llamado Licon, y Anito, rico propietario, que pasaba por amigo del pueblo, iniciaron la acusacion contra Sócrates, alegando las pruebas de sus soñados delitos.

Siguiendo la costumbre, los jueces preguntaron al filósofo de qué pena se juzgaba acreedor.

«A que se me aloje en el palacio de la ciudad y se me alimente á expensas del Estado,» respondió Sócrates.

El derecho individual debia estar muy desarrollado en Aténas, cuando todos los ciudadanos tenian voto y querian demostrarlo contribuyendo á la formacion de las leyes é interviniendo en la aplicacion de la justicia.

Por las reformas democráticas de Perícles se habian transferido los juicios en que entendia el Areópago á los tribunales públicos, especie de Jurados compuestos á veces de *quinientos*, de *mil*, y de *mil quinientos jueces*, elegidos por suerte.

Ante semejante turba, indocta, apasionada y venal en su mayor parte,

¿habria podido Sócrates explicar su filosofía? ¿Convenia á su sistema combatir en aquel tribunal las costumbres patrias para demostrar las excelencias de las innovaciones que meditaba?

Creyendo, pues, que seria una locura tratar de convencer á sus jueces, y mirando al propio tiempo como una cobardía el renegar de sus creencias, no quiso echar mano de los artificios oratorios á que recurrian los demas reos para salvarse.

Así, preguntándole uno de sus amigos, porqué no pensaba en su defensa, respondió:

«Toda mi vida he pensado en ella, no haciendo nada digno de castigo.»

Y cuando le mandó hablar el tribunal, pronunció una arenga, en la que, entre muchos pensamientos triviales, habia algunos verdaderamente sublimes.

«Soy septuagenario, dijo, y es la primera vez que me hallo en este sitio. Ignoro el capcioso lenguaje de mis adversarios, y solo por obedecer á la ley os hablaré como me habeis oido hacerlo siempre en la plaza, en la tribuna y en otras partes. Sostienen mis acusadores que indago las cosas celestes y las subterráneas, que hago buena la causa mala, y que enseño este arte á los demas. Pues yo digo de esto que no sé nada; y puesto que constantemente hablé en público, decid si me habeis oido proferir semejantes cosas, ó mas bien, si los que de jóvenes me escuchaban, no han continuado amándome cuando adultos. Mi sabiduría es puramente humana; y si el oráculo me ha proclamado mas sábio que todos, es solo porque sé que no sé nada. Porque lo dije cual lo pensaba, me he granjeado la enemistad de los filósofos, artistas y poetas, que creen saber muchísimo. La juventud que me oye, aprende á no hacer caso de su pretendida sabiduría; y por eso dicen que la corrompo, y por eso han excitado contra mí el ódio de Melito, de Anito y de Licon. Ahora me imputan éstos los delitos de corromper la juventud, de no creer en los dioses y de querer introducir otros nuevos. La primera imputacion es absurda, porque no se comprende que tuviera interés en convertir en malvados á hombres que despues podrian perjudicarme. Mas si yo he caido en falta, ¿por qué mis acusadores no me corrigieron é instruyeron á tiempo? En cuanto á la segunda acusacion, está desmentida por la tercera, pues que con solo hablar de mi *demonio*, ya demuestro creer en la existencia de los dioses. Este *demonio*, me manda filosofar, y yo obedezco, como obedecí á nuestros capitanes, ¡oh, atenienses! en Potidea, Anfípolis y Delio. Si me absolviérais con la condicion de no

volver á filosofar, no querria, por obedeceros, desobedecer á los dioses, á los cuales creo que no puede tributárseles mayor honra, que trabajar contínuamente, á fin de hacer comprender á nuestros semejantes lo preferentes que son los bienes del alma á los del cuerpo. Y si ahora me defiendo, no es por salvar mi vida, sino por seros útil; porque si me haceis morir inocente, pecareis contra Dios, que me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y tenerlo despierto. Jamás desempeñé magistratura alguna; pero creo haber prestado grandes servicios á la patria con no haber abandonado en ninguna ocasion la causa de la justicia y de la libertad, ni haber cedido ante la autoridad ó fuerza del pueblo ó de los tiranos. No teniendo grande apego á la vida, renuncio á recurrir á medios que no creo buenos y justos para obtener vuestra absolucion, porque, al contrario de lo que se me imputa, creo en Dios mas que cualquiera de mis acusadores: por eso á Dios y á vosotros remito mi juicio.»

Despues de este discurso, impúsose á Sócrates una multa, que rehusó pagar, porque no pareciera, si lo hacia, que se confesaba criminal.

Aconsejándole entonces sus amigos que huyera de Aténas, se negó á ello, diciendo, que no habia lugar alguno en Grecia donde no pudiera alcanzarle la muerte.

En efecto, la fuga hubiera degradado una causa, que ennobleció con su martirio el gran filósofo de la antigüedad.

Irritada la imbécil muchedumbre de los jueces por la constancia del acusado, y seducida por las palabras de los que, en nombre de la patria y de la religion ultrajada, pedian un ejemplar escarmiento, condenó á muerte á Sócrates, por doscientos ochenta y un votos, entre quinientos cincuenta y seis votantes, es decir, por *seis votos* solos de mayoría.

No pudo Sócrates llevar con paciencia tan inícua sentencia, y cambiando su lenguaje, que hasta entonces habia sido templado, en una ironía mordaz, que rayaba en vilipendio, se confesó vencido; pero no por la razon, sino por la audacia y la desvergüenza: hizo su apología, y concluyó diciendo:

«Tengo esperanza, ¡oh, jueces! de que me resultará un gran bien por haber sido condenado al último suplicio. Porque, una de dos, ó termina todo con la muerte, ó una nueva vida nos aguarda. Si todo acaba, ¡qué felicidad reposar dulcemente en la nada, despues de los trabajos de la vida! Si otro mundo me espera, ¡qué contento encontrarme con Licurgo, Solon y tantos otros sábios que ilustraron la Grecia; unirme á los que perecieron

heridos por inícuas sentencias, y, muerto por vuestra mano, presentarme á aquellos que tienen verdaderamente derecho á llamarse jueces de los hombres! Á vosotros no os deseo ningun mal, sino en cuanto tuvísteis intencion de hacerme daño. Yo voy pronto á morir: vivid vosotros; cuál de las dos cosas, sea la mejor, los dioses únicamente lo saben.»

Aunque por sus palabras parecia dudarlo, Sócrates abrigaba la firme conviccion de que una vida inmortal se abria á su alma, segun se desprende de sus doctrinas y de la conversacion que tuvo con sus amigos el dia en que sufrió la última pena.

Aherrojado en un oscuro calabozo, el desgraciado filósofo esperó largo tiempo la muerte, que se demoró á causa de haber sido condenado el dia antes de que partiera el buque sagrado que los atenienses enviaban todos los años á Delos, en honor de Apolo, y no permitir las leyes que fuese ejecutado ningun reo hasta que el buque estuviese de vuelta en Aténas.

Llegado este caso, presentóse á Sócrates un esclavo, enviado por el tribunal; quitóle los grillos, y le anunció derramando lágrimas que habia llegado la hora de poner en ejecucion la terrible sentencia.

Lejos de intimidar esta noticia al filósofo, recibióla casi con alegría; consoló al siniestro mensajero, y pidió que le dejasen ver por última vez á su esposa y á sus discípulos y amigos mas queridos.

Concedida al punto tal demanda, corrieron los admiradores de Sócrates á su calabozo, donde lo hallaron despidiéndose de su mujer Jantipa, que tenia en brazos á uno de sus hijos.

Apenas hubo visto á los que entraban, prorumpió Jantipa en lamentos, exclamando despues:

—¡Oh, esposo mio! ¡Este es el último dia en que conversarás con tus amigos!

Sócrates volvió á un lado la cabeza para ocultar la emocion que sentia, y dirigiéndose á uno de los recien llegados, dijo:

—¡Criton! Llevadla á casa.

Algunos esclavos que acompañaban á los visitantes se apoderaron de la pobre mujer, que salió llorando y arañándose el rostro.

Entonces el filósofo fué á sentarse en su lecho; dobló una pierna, y estregándosela con la mano, exclamó con visibles muestras de satisfaccion:

«¡Cosa extraña es, por cierto, lo que los hombres llaman placer! ¡Qué maravillosa conexion tiene con el dolor! Ambos parecen enemigos, y sin embargo, siempre van unidos cuando quieren visitar al hombre, como si

Júpiter los hubiese atado á los extremos de una misma cadena. De esto que digo acabo en este instante de hacer la experiencia, porque al dolor que me causaron los grillos en esta pierna, siento que ahora ha sucedido el placer.»

Despues de proferidas tales palabras, verdadero tributo que la materia rendia al espíritu, y por las que desaparecia el filósofo para dar paso al hombre con todas sus miserias y dolores, Sócrates entabló con sus amigos una animada discusion sobre la inmortalidad del alma, en la que demostró una asombrosa lucidez de ideas, unida á la fé mas profunda respecto al premio que espera á los buenos en la otra vida.

Entregado enteramente á sus sabias digresiones, no advirtió Sócrates que trascurrian las horas y que habia llegado la última de su vida.

Un carcelero, ó mejor, un verdugo, apareció de improviso en el calabozo, llevando en la mano una ancha copa, llena hasta el borde de un brevaje verdoso y nauseabundo, que alargó en silencio al filósofo con un significativo ademan.

Aquel brevaje era la cicuta.

Muchos antiguos pueblos, nada avaros, por cierto, de la sangre humana en los campos de batalla, miraban con horror la que se derramaba en el cadalso, en nombre de lo que nosotros, los *civilizados* hijos del siglo XIX, llamamos *vindicta pública*, y que no es otra cosa que la venganza, quizás aconsejada por el miedo, que toma la sociedad contra el desventurado que la ha herido en un momento de aberracion. Así, para ahorrarse el repugnante espectáculo que ofrece siempre el patíbulo, aquellos pueblos creyeron que debian hacer morir á los condenados á la última pena en el interior de una cárcel, sin aparato, y por medio del veneno, la estrangulacion, ó cualquiera otro en que no hubiera efusion de sangre.

Cononociendo los atenienses las terribles propiedades de la *cicutaria acuática*, la adoptaron para administrarla, á dósis conveniente, á sus reos de muerte, y hé aquí porqué le fué presentada á Sócrates la mortal bebida, que tragó con increible serenidad, continuando despues la interrumpida conversacion con sus amigos, hasta que el veneno, produciendo su efecto, apagó los latidos de aquel corazon tan puro y generoso.

En sus últimos instantes, y cuando apenas le era dado dejar oir su voz, preguntáronle sus afligidos amigos si deseaba alguna cosa:

«Sí, contestó el moribundo: sacrificad por mí un gallo á Esculapio.»

Acostumbraban hacer igual sacrificio los que curaban de una dolencia

peligrosa, y considerando como tal la vida, el filósofo parecia que queria dar gracias al cielo por haberle librado de ella.

Muerto el ilustre sabio, los atenienses se arrepintieron de haber dejado consumar aquel crímen jurídico, y no pudiendo hacer otra cosa, trataron de vengar al que consideraban como un mártir. Melito fué despedazado por el pueblo, y su casa arrasada. Anito se fugó, acabando sus dias en la emigracion. Los demas perseguidores del grande hombre, quedaron tambien castigados, unos con multas, otros con el destierro, y todos con el remordimiento y el desprecio de sus conciudadanos y de la posteridad.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE SÓCRATES.



CONFUCIO

CONFUCIO.[1]

(551 Á 479 ANTES DE J. C.)

Segun los *Cuadros cronológicos* de los chinos, Cung-fu-tseu (Confucio), nació en el reino feudal de Lu, hoy provincia de Chang-tung, 551 antes de nuestra era.

A creer lo que dicen los historiadores del Celeste Imperio, entre los ascendientes de Confucio se cuenta el emperador Wang-ti, siendo su padre, llamado Chiu-liang-o, *ta-fu* (gobernador) de la ciudad ó arrabal de Tsen, gobierno de tercer órden en la citada provincia de Chang-tung.

Pocas veces se ha tenido el cuidado de recoger noticias tan detalladas acerca de la existencia de un hombre célebre, como las que han logrado reunir sus compatriotas respecto al personaje que nos ocupa.

Dejándose llevar de su entusiasmo, los biógrafos de Confucio llegan hasta afirmar que su nacimiento fué acompañado de varios prodigios, como si el cielo quisiera así anunciar el alto don que otorgaba á los hombres.

Sin que nosotros nos dejemos arrastrar por la admiracion que necesariamente ha de inspirarnos esta grande figura, diremos que nuestro héroe se distinguió en su infancia por el tierno cariño que profesaba á su madre, viuda ya de Chiu-liang-o, y por sus precoces disposiciones, que presagiaban lo que debia ser algun dia.

[1] Siguiendo el órden cronológico que hemos adoptado, debiéramos colocar esta biografía antes de la de Sócrates; pero el deseo de agrupar en lo posible los personajes célebres de cada país, por la influencia colectiva que pudieron tener en los acontecimientos de su época, nos ha movido á anteponer la vida del filósofo griego á la del reformador chino, creyendo que el discreto lector corregirá fácilmente esta inversion, que, por lo demas, comprende solo el corto período de setenta y nueve años.

Lejos de entregarse en su niñez á los juegos propios de su edad, su mayor diversion consistia en tributar á los amigos de su familia los honores que creia les eran debidos; en saludarlos con el ceremonial que las personas mas graves observan entre sí, y en conversar con los sabios y ancianos á quienes conocia.

La madre de Confucio lo crió con sumo esmero hasta que hubo cumplido siete años. Entonces pensó en buscarle un buen preceptor; pero siendo viuda y jóven, creyó que los miramientos que exigia su estado, no le permitian introducir en su casa á ningun hombre, por virtuoso que fuera. Así, determinó enviar el niño á la escuela pública que sostenia un sabio de primer órden, magistrado y gobernador de la ciudad, que no consideraba como oficio inferior á su categoría el de instruir y formar la juventud.

Pronto se distinguió Confucio de sus compañeros de estudio por su modestia, aplicacion, dulzura, y sobre todo por sus rápidos progresos.

El sabio maestro, apreciando las bellas cualidades del discípulo, hizo de él su ayudante, consiguiendo que le aliviase mucho en sus nobles tareas.

Así llegó Confucio á los diez y siete años. Estudiando asíduamente, y habiéndose familiarizado con los autores mas apreciables de la antigüedad, grabó en su corazon los altos ejemplos de virtudes cívicas que ellos practicaran.

Viendo ya terminada la educacion del jóven, impulsóle su madre á elegir una profesion ú estado, y él aceptó del rey de Lu un mandarinato subalterno, cuyas principales atribuciones consistian en inspeccionar la venta y distribucion de los granos.

Existia la costumbre en el reino de Lu, igualmente que en los demas estados feudales en que estaba dividido el Imperio chino, que los empleados públicos de alguna categoría, confiasen á sus inferiores, ó á simples mercenarios, las funciones menos importantes de lo que dependia de su jurisdiccion.

Empero, el jóven mandarin, considerando tal costumbre como un intolerable abuso, quiso verlo todo, oirlo todo y hacerlo todo por sí mismo. Al rayar la aurora era el primero que acudia al mercado, examinaba con excrupulosa atencion los granos que se ponian á la venta, y fijaba su precio segun su calidad, desechando sin contemplaciones todo lo que le parecia nocivo á la salud.

Cumplidos los deberes de su empleo, regresaba Confucio á su casa,

donde estudiaba largas horas obras de economía política, de filosofía y de religion.

A la edad de diez y nueve años hízole su madre tomar por esposa á Chi-coan-chi, descendiente de una de las mas antiguas familias del reino de Suang.

Al año de verificado este enlace, tuvo Confucio un hijo, á quien puso por nombre Pe-yu.

El soberano de Lu, informado del nacimiento de aquel niño, quiso tomar parte en la alegría de una familia que apreciaba; por lo que envió uno de los magnates de su córte á felicitar á los padres, ofreciéndoles de camino un pescado extraordinariamente apreciado en el pais, diciéndoles que aquello era con objeto de contribuir al servicio de una mesa, á la que tendria la satisfaccion de sentarse luego que el recien nacido hubiese cumplido un mes.

El presente del rey fué recibido por Confucio con las muestras de gratitud que requeria, y á fin de perpetuar en la familia el recuerdo de semejante distincion, añadió al nombre de su hijo el de Li, que era como llamaban al pez que el rey le regalara.

Los magistrados superiores, admirando la actividad y excelente conducta del jóven mandarin, le propusieron al gobierno para que le encargara de inspeccionar el estado de la agricultura, y de corregir los defectos y malos usos que en ella notase.

Tenia Confucio veinte y un años, cuando le fué confiado este cargo, que desempeñó con la inteligencia y buen éxito que de él podian esperarse.

Habiendo emprendido su viaje de inspeccion, donde quiera que se detenia llamaba á los propietarios del terreno, y discutia con ellos, interrogándoles acerca de la calidad y productos de sus tierras, dándoles, por fin, órdenes é instrucciones para mejorar el cultivo de los campos y la cria de los ganados.

Si alguna vez se le presentaban los campesinos en un estado que denotaba miseria, queria saber la causa de ella, y si era involuntaria, la compadecia, y procurando animarlos, les dejaba socorros; mas si padecian escasez por su culpa, les reprendia severamente, y aun amenazaba, aunque no por eso los dejaba marchar sin algun donativo, que las mas de las veces disponia sus ánimos á cambiar de conducta.

Durante cuatro años se dedicó Confucio á tan penosas tareas, logrando al cabo de este tiempo que ofreciesen un lozano aspecto las campiñas de

Lu, que aumentase considerablemente la ganadería y que viviesen los cultivadores en la paz y en la abundancia.

Cinco lustros contaba apenas el ilustrado mandarin, y señalándose entre los principales funcionarios del reino, estaba á punto de ser llamado á mas altas funciones, cuando tuvo la desgracia de perder á su madre, á quien idolatraba.

En aquella época existia la costumbre, que se conserva todavía en la China, de retirarse á la vida privada durante tres años el empleado público que perdia á sus padres; y Confucio, rígido observador de las leyes y de las costumbres antiguas, se encerró en su casa, para consagrarse á sus amados libros y á llorar la pérdida que habia experimentado.

Antes de pasar adelante, debemos hacer constar, que nuestro sabio dedicó á la memoria de su madre expléndidas exequias, y que quiso que fuese enterrada en el sepulcro que guardaba los restos del autor de sus dias, diciendo con este motivo á los deudos y amigos: «No dudeis que vuestros descendientes harán lo que vieron que hicísteis con los que os han precedido. Los honores que tributeis á quienes sucedísteis sobre la tierra, os serán restituidos por los que os sucedieren á vosotros.»

Trascurridos los tres años de luto que guardara Confucio, en vez de presentarse al soberano, como era costumbre, para volver á entrar en los cargos públicos, decidió permanecer alejado de la córte, para continuar sus estudios, tratando de encontrar en el profundo conocimiento de los *King* (libros sagrados) y de la historia de su pais el alto renombre que alcanzaron otros ilustres sabios.

Su reputacion de hombre científico y virtuoso, hacia que le buscasen muchos, para pedirle su parecer sobre diversos puntos de moral y de política, esforzándose él en responder á todos conforme esperaban de su capacidad.

Un príncipe, que acababa de proclamarse rey de Yen, provincia septentrional de la China, envió á uno de sus ministros para pedirle reglas de conducta, mediante las cuales le fuese posible, y aun fácil, gobernar bien á sus súbditos.

Oida por Confucio la demanda, se contentó con decir al enviado:

«No conociendo á vuestro señor, ni á los que viven bajo su dominacion, ¿qué podria yo decir que fuese útil al rey y á sus vasallos? Si hubiese querido saber lo que en tal ó cual circunstancia hacian los antiguos soberanos, y cómo gobernaban sus estados, seria para mí un placer, y aun un

deber, el satisfacerle; porque no tendria que hablar sino de lo que sé á ciencia cierta. Esta es la respuesta que os doy: referid exactamente á vuestro soberano lo que habeis escuchado.

Esta contestacion fué trasmitida fielmente al rey de Yen, quien poco tiempo despues, y á fuerza de instancias, consiguió que Confucio se trasladara á su córte y le ayudara con sus consejos á reformar las leyes y las costumbres de su reino.

Llenada su mision, quiso el sabio regresar á su casa; mas como le retuviesen las súplicas del rey, que á toda costa queria conservarle á su lado, dijo resueltamente el filósofo:

«He cumplido mi deber viniendo aquí: mi deber cumplo igualmente marchándome cuando puedo ser útil en otra parte.

Y sin esperar mas, abandonó á su real amigo.

En esta escursion que hizo nuestro filósofo al reino de Yen, se convenció de una verdad importantísima, á saber: que es necesario viajar para juzgar con acierto acerca de las costumbres é índole de los pueblos; porque rara vez sucede que los juicios de ciertos historiadores no sean dictados por el error, por la ignorancia ó por la preocupacion.

De vuelta á su patria, Confucio reflexionó profundamente acerca de si le convenia ó no aceptar de nuevo algun cargo público, pesando con madurez todas las ventajas y los inconvenientes que acompañan á cada estado de la vida; pero no permitiéndole el inmenso amor que profesaba á sus semejantes vivir siendo testigo indiferente de sus miserias y de su escasa civilizacion, no titubeó mas, y se impuso la tan difícil cuanto arriesgada tarea de llamarlos á todos al cumplimiento de sus deberes, enseñandoles las sendas que conducen á la virtud.

Formado este propósito, ninguna mira ni consideracion pudieron detenerle. En vano amigos y parientes unieron sus esfuerzos á fin de inducir al filántropo á volver á la carrera de los honores y de las dignidades.

«Es inútil cuanto hagais, les decia, para hacerme variar de resolucion: me mantendré fiel á ella mientras viva. Yo me debo indistintamente á todos los hombres, porque considero á cuantos pueblan la tierra como miembros de una sola y misma familia, en la cual tengo la mision de instructor.»

Y no contento ya con dar lecciones de sabiduría á aquellos que recurrian á él, convirtió su casa en una especie de liceo ó academia, como la de Aténas, donde todo el mundo era bien recibido. Prodigando á manos

llenas instruccion y cuidados á cuantos se le acercaban, jóvenes y ancianos, pobres y ricos, magistrados y guerreros, acudieron en tropel, unos á pedirle reglas de conducta para el desempeño de sus obligaciones, otros para iniciarse en los misterios de la religion, y los demas, en fin, para aprender el modo de hacerse útiles á la sociedad, sacando partido de los conocimientos que poseian.

Pronto voló la fama de Confucio mas allá del reino de Lu. Entonces los soberanos de los estados inmediatos, empezaron á disputarse la amistad de aquel grande hombre.

El rey de Tsi tuvo el honor de alcanzar primero la visita del sabio.

Confucio, acompañado de muchos jóvenes, que hacian gala de ser sus discípulos, y que por seguirle habian abandonado á sus familias, salió de Lu, dirigiéndose á la córte de Tsi. El maestro miraba marchar á su lado á aquellos jóvenes, persuadido de que no tardarian en abandonarle, pasado el primer momento de entusiasmo.

Atravesaban los expedicionarios un espeso bosque, cercano al término de su viaje, cuando oyeron los ahogados gemidos de una persona que parecia hallarse en sus últimos momentos, descubriendo en breve al pié de un árbol un hombre que, con una cuerda al cuello, trataba de extrangularse.

Los discípulos que llegaron primero al lado de aquel hombre impidieron que llevara á cabo su atroz designio.

Confucio se acercó al desgraciado, y le preguntó bondadosamente la causa de tan horrible resolucion.

Viéndose tratado el desconocido con tanta benignidad, dió las gracias á sus salvadores, y dijo:

«En mi juventud no tuve pasion mas fuerte que la de estudiar. Despues de haber aprendido lo que en esa edad puede saberse, el anhelo de saber mas hizo nacer en mí el deseo de viajar. Dejé, pues, la casa paterna, y recorrí uno por uno todos los reinos de la China.

» Vuelto á mi patria, al cabo de algunos años de ausencia, me casé; pero poco despues tuve la desgracia de perder á mis padres, sin haber hecho aun nada para cumplir con cuanto les debia.

» Primer motivo que tuve de desconsuelo.

» Al emprender mis viajes, me habia propuesto adquirir la sabiduría estudiando á los hombres, persuadido de que, luego que los conociese, habria tocado la meta del saber. Creíme al regresar á mi pais natal bas-

tante instruido para guiarme yo mismo y guiar á los otros, y apenas trascurrido el tiempo que debí guardar luto por la muerte de los que me dieron el sér, fuí á ofrecer mis servicios al rey de Tsi. Pero este príncipe, entregado á una vida voluptuosa, no apreciaba en nada el talento y la virtud, y ni siquiera se dignó escucharme:

»Segundo motivo que tuve de desconsuelo.

»Tenia muchos amigos en mi patria, habiendo adquirido tambien otros en los diversos paises que recorriera. Lisonjeándome la idea de que abrigaban hácia mí el cariño que yo sentia por ellos, fuí á visitarlos uno en pos de otro, y los hallé á todos cambiados. En lugar de las demostraciones de afecto que aguardaba, no ví sino frialdad, desprecio, indiferencia.

»Tercer motivo que tuve de desconsuelo.

»Voy ahora al mas reciente y cruel de mis desengaños. Tenia de mi matrimonio un hijo á quien adoraba; pero este infame, en vez de quedarse á mi lado para ayudarme, y para consolarme en mis penas, corre ahora el mundo contra mi voluntad, diciendo que no tiene padre ni madre, puesto qne perecieron al pasar un rio.

»Esta última noche se han agolpado á mi mente todas mis desventuras, pintándoseme con los mas negros colores. ¡Cómo, decia entre mí con el mayor dolor: queria ser un sabio; queria enseñar á los demas la sabiduría; creia haberme levantado por encima de las debilidades humanas, y no he llenado siquiera los deberes del hombre mas vulgar!... ¡No he sido buen hijo, porque abandoné á mis padres cuando quizás tenian necesidad de mí, y yo me hallaba en estado de serles útil; ni fuí buen ciudadano, pues que nada he hecho por la patria ni por la sociedad; ni tampoco he cumplido los deberes de padre de familia, habiendo descuidado la educacion de mi hijo, al cual no he sabido dirigir, ni menos inspirar los sentimientos de amor filial que son comunes á todos los hombres!... Y la horrible idea que he formado de mí, considerándome bajo estos diversos puntos de vista, me hizo odiosa la vida, y he venido aquí para acabarla.»

Escuchó atentamente Confucio el relato de aquel desventurado, á quien dijo con conmovido acento:

«Por grandes que puedan ser los errores de un hombre, el mayor es el de sucumbir á la desesperacion: todos los demas pueden repararse; éste es irreparable. Os extraviasteis desde los primeros pasos que disteis en la vida: tomásteis un camino falso, creyendo seguir el que conduce á la sabiduría. Era necesario empezar por ser hombre cuerdo, antes que sabio; porque no

puede uno llegar á ser sabio sino despues de haber cumplido con exactitud un deber impuesto por la naturaleza á todos los hombres. Amar y servir á los que os dieron el sér, era la mas esencial de vuestras obligaciones; la descuidasteis, y precisamente de esta negligencia provienen todas vuestras desdichas. No creais, sin embargo, que todo esté perdido: tomad ánimo, y procurad convenceros de una verdad que la experiencia ha demostrado de un modo irrefragable, y es, que mientras un hombre goce de la vida, no debe desesperar de nada; porque puede pasar de improviso desde el mas profundo dolor al júbilo mas extremado, y desde la mayor desgracia á la mas alta felicidad. Animaos, repito; volved á vuestra casa, y como si empezáseis hoy á conocer el precio de la vida, consagraos á sacar de ella todo el partido posible. Todavía podeis llegar á ser sabio.»

En seguida, dirigiéndose á los que le seguian, añadió:

«Lo que habeis oido de boca de este hombre, es una elocuente leccion para vosotros: reflexiónelo cada uno con relacion á sí propio.»

Y siguió su camino.

A los pocos instantes, varios jóvenes de su comitiva le saludaron profundamente, despidiéndose de él; sucedieron á éstos otros, y cuando volvió la cabeza, halló que todos sus discípulos le habian abandonado, volviendo al lado de sus padres á cumplir los deberes que exige la piedad filial.

Sin mas acompañamiento que sus criados, llegó Confucio á la córte del rey de Tsi, que acogió al filósofo con mucha consideracion. Pero esto fué todo lo que aquel príncipe ligero hizo por de pronto por adquirir la sabiduría.

Pasado algun tiempo desde que Confucio se presentara al rey, y viendo que éste no le ocupaba en cosa que pudiera redundar en provecho de sus súbditos, abandonó á Tsi, viajando por casi todos los diversos estados de la China, con objeto de estudiar sus leyes y conocer sus monumentos y costumbres.

La fama de que iba precedido le abria las puertas de los palacios y le proporcionaba innumerables discípulos.

Habiéndole éstos sorprendido un dia contemplando atentamente la corriente de un rio, no pudieron menos de manifestarle la extrañeza que les causaba el verle tan absorto en un espectáculo tan trivial.

—Maestro, le dijo uno de sus alumnos, llamado Son-cung: ¿qué utilidad puede sacarse de contemplar el curso de las aguas? ¿Hay cosa mas sencilla que un rio?

—Decís bien, respondió dulcemente el sabio: el ver correr el agua en el cauce que la naturaleza ó la mano del hombre le han abierto, es una distraccion vulgar para quien no comprende la semejanza que hay entre las aguas y las eternas leyes de la moral que yo difundo. Hé ahí, precisamente, en lo que pensaba cuando llegásteis. Los rios, decia entre mí, corren de dia, corren de noche, corren continuamente, hasta precipitarse reunidos en el seno del vasto mar. Así sucede con la sana doctrina que enseñaron los filósofos que nos precedieron: ellos la hicieron fluir hasta nosotros; hagámosla correr tambien para trasmitirla á nuestros hijos, los cuales la trasmitirán á sus descendientes, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos. En esto pensaba yo al mirar esas aguas: ¿no os parece que puede sacarse utilidad de ello? Pensadlo sériamente.

El sagaz maestro no dejaba de echar mano de este medio indirecto de instruir á sus discípulos siempre que se le presentaba la ocasion. Estaba persuadido de que las lecciones dadas sin el aparato y tono enfático que emplean los profesores, se fijan mejor en el ánimo de los oyentes, si se dirijen mejor que á su entendimiento á sus sentidos.

Tarea en extremo prolija seria dar cuenta de todas las aventuras que ocurrieron á Confucio durante su excursion por la China. Cansado de viajar, volvió á su patria, donde fué objeto de un entusiasta recibimiento.

El rey de Lu acogió al sabio con indecible júbilo: no así sus ministros, que temiendo la influencia que necesariamente debia ejercer un hombre de tanto mérito sobre el soberano, trataron de alejarle de la córte, ofreciéndole con un refinamiento de política digno de un Bismarck, de un Disraeli, ó de otro de los *eminentes* diplomáticos en que abunda nuestro siglo XIX, el gobierno de una lejana provincia de tercer órden.

Varios de sus discípulos, irritados ante el insulto que con semejante nombramiento se inferia á su maestro, quisieron disuadirle de que aceptase aquel empleo.

«Me guardaré bien, les dijo el sabio, de seguir vuestros consejos: mi negativa pareceria dictada por el orgullo. Pues que queremos guiar á los demas por la senda del deber, empecemos por entrar en ella los primeros.»

Y aceptó el empleo que se le ofrecia.

Al poco tiempo de ocurrir lo que dejamos dicho, tuvo ocasion el filósofo de dar una nueva leccion á sus alumnos. Paseando un dia con ellos, encontraron en el camino á un cazador de reclamo, que despues de haber recogido sus redes, distribuia en diversas jaulas los pájaros apresados.

Confucio pareció observar con interés los vanos esfuerzos que aquellos débiles prisioneros hacian por recobrar la libertad, y viendo á sus discípulos pendientes de lo que pudiese hacer, dijo al cazador:

—No veo aquí mas que pájaros jóvenes: ¿dónde habeis puesto los viejos?

—Son muy desconfiados para dejarse cojer así como se quiera, respondió el cazador: miran muy bien lo que hacen antes de acercarse á la liga, y si ven las redes ó las jaulas, lejos de caer en el garlito, huyen y no vuelven; y aun los jovencillos que van con ellos, hacen lo mismo: de modo que no atrapo sino los que se separan de la bandada. Si por casualidad cae en la red algun viejo, es porque ha seguido á los jóvenes.

—¿Habeis oido? dijo el sabio á sus discípulos: las palabras del cazador son la mejor leccion que yo pudiera daros. Así, me limitaré á emitir algunas reflexiones que hacen muy al caso. Los pájaros jóvenes evitan las redes y los lazos cuando no se separan de los viejos: los viejos dan en las redes cuando siguen á los jóvenes: lo mismo sucede entre los hombres. Presuncion, atrevimiento, falta de prevision, son las principales causas de los tropiezos de los jóvenes. Envanecidos de su reducido mérito, apenas tienen alguna tintura de saber, y ya se figuran saberlo todo: apenas han ejecutado algunos actos de virtud de los mas comunes, se consideran muy superiores á los demas hombres. Con esta presuncion, no dudan de nada; emprenden temerariamente cualquier empresa sin consultar á los viejos; entran en la mala senda; la siguen sin desconfianza; se desorientan; se extravian, y caen en el primer lazo que se les prepara. Entre los viejos, ó de edad madura, los hay que, deslumbrados por tal cual chispa que á veces brilla en la conducta ó en los discursos de los jóvenes, ponen imprudentemente su confianza en ellos; piensan, hablan como ellos; los siguen, y se pierden en su compañía. No olvideis lo que acabo de deciros.

Trascurrido algun tiempo, y con motivo de haber muerto el rey su protector, dimitió Confucio su mandarinato, dedicándose á la revision de los *King*, que llevó á cabo, y á la instruccion de sus discípulos, cuyo número crecia de un modo extraordinario, alternando la enseñanza con los frecuentes viajes que emprendia á los paises inmediatos á su patria, cuyos soberanos le consultaban y seguian sus consejos en los negocios mas árduos que se les ofrecian.

Continuamente ocupado en beneficio de sus semejantes, no desperdiciaba el sabio la menor ocasion de serles útil, ya dictándoles reglas de con-

ducta, ora socorriéndoles en sus necesidades, ó bien reformando sus leyes y mejorando sus costumbres.

Uno de sus discípulos predilectos, llamado Fan-che, preguntóle un dia qué debia hacer el que quisiera ser virtuoso y gozar reputacion de tal.

«Preguntais en pocas palabras muchas cosas, respondió Confucio; pero como es laudable vuestra curiosidad, y revela un corazon animado del amor á la virtud, voy á satisfaceros: haced el bien en todo tiempo, en todo lugar, en todas las circunstancias en que podais hacerlo, y sereis á no dudarlo virtuoso. Practicad el bien por él mismo, es decir, por ser bien, sin ningun móvil de interés personal, y no dudeis de que se os hará justicia, y gozareis sin contradiccion el concepto de virtud y de sabiduría que se forma de aquellos que menos parecen ambicionar tal fama. Sed severo con vos mismo, cuando se trate de vuestros defectos; pero indulgente para con los demas. No digais mal de nadie, ni hagais caso del mal que otro pueda decir de vos. Guardaos bien, sobre todo, de buscar ó de despreciar la aprobacion de los hombres, y acoged alabanzas y desprecios con perfecta indiferencia. Obrando de este modo, si no contentais á todos, al menos nadie os odiará. Hé aquí contestada vuestra pregunta: nada mas tengo que deciros por ahora.»

El grande hombre continuó enseñando á todos la sabiduría, y contribuyendo con sus luces y sanas doctrinas al bienestar de sus compatriotas y al fomento de los intereses públicos.

El nuevo rey de Lu, quiso dar un premio á tantos servicios, haciendo del filósofo su primer ministro.

Hízole, pues, llamar, y le comunicó sus intenciones.

Confucio, que no buscaba mas que nuevas ocasiones de hacerse útil á los hombres, aceptó con agradecimiento el fatigoso cargo que se le conferia, empezando á ejercer sus importantes funciones á los cuarenta y siete años de edad.

Al tomar posesion de su cargo, puso expecial cuidado en atraerse el mayor número de sus gobernados, por medio de su beneficencia para con las clases inferiores. Hablaba á menudo con los pobres, consolándolos y pareciendo descender al nivel de ellos; y por tal medio les insinuaba la necesidad y conveniencia de obedecer sus mandatos. Luego que los veia persuadidos, y cuando estimaba que era ocasion de emprender las reformas que meditaba, sin temor de encontrar ningun género de oposicion que rebajase su autoridad, publicaba órdenes, que hacia ejecutar rigorosamente.

A los tres meses de ocupar Confucio el poder, todo habia cambiado de aspecto. Contentísimo el rey al observar tal mudanza, que aumentaba el explendor de su reinado, dió las gracias á su ministro, ya que no podia concederle mayores honores y dignidades.

«El pais se encuentra en un estado floreciente, dijo: mis súbditos se han vuelto dóciles y laboriosos. Todo es obra vuestra, y al manifestaros por ello mi agradecimiento, os ruego que continueis como hasta aquí consagrado al bien público, hasta dejar terminada vuestra gloriosa empresa.»

Algunas medidas de rigor que autorizó Confucio, particularmente la ejecucion de Chao-yeng-mao, poderoso tai-fu acusado de dilapidacion y de haber excitado al pueblo á la rebelion, á la muerte del último monarca, fueron criticadas por algunos grandes, y aun por varios discípulos de nuestro sabio, que creyeron hallar gran contradiccion entre los principios de humanidad y tolerancia que inculcaba y aquellos actos de justicia en que se derramaba la sangre humana.

Celoso defensor del honor del soberano y de los intereses de su pais, Confucio pidió al rey de Tsi la restitucion de tres ciudades fronterizas, de que se habia apoderado por sorpresa durante una de las revueltas que agitaran el reino de Lu.

La córte de Tsi, aparentando reconocer la justicia de semejante reclamacion, propuso una entrevista de los dos reyes en los confines de sus Estados, con el objeto ostensible de solventar el asunto por las vias diplomáticas, aunque con la oculta intencion de tender una celada al monarca de Lu para apoderarse de su persona.

Descubiertos por el sagaz filósofo los planes de sus pérfidos vecinos, aconsejó á su señor que acudiera á la entrevista, pero acompañado de un buen ejército, diciendo en apoyo de su opinion:

«He oido siempre decir que en un Estado bien regido no caminan nunca las letras sin las armas, ni las armas sin las letras, para procurarse mútuo auxilio. Cuando los antiguos príncipes se dirigian á los reinos vecinos, aunque no fuese mas que á sus fronteras, iban siempre rodeados de los sabios de su Consejo y de sus mejores guerreros, y en muchas ocasiones no dejó de serles provechosa esta precaucion.»

El rey, aprobando desde luego tan prudente consejo, reunió sus tropas, púsose á su cabeza, y acudió á la entrevista, que dió por resultado desbaratar los planes del gobierno de Tsi, y recobrar las tres ciudades usurpadas,

evitando así la perspicacia y energía del gran ministro una sangrienta guerra entre los dos Estados.

Otro rasgo de firmeza que hace honor á Confucio, es el haber limitado las atribuciones de los tai-fu en beneficio de la dignidad real. Aquellos grandes oficiales de la corona habian llegado á hacerse tan formidables á su señor como odiosos al pueblo, por su orgullo y por las vejaciones que causaban. Á imitacion de los grandes feudatarios del Imperio chino, que se habian proclamado reyes, algunos de aquellos gobernadores parecian querer emanciparse de la autoridad real en las ciudades en que mandaban. Tres de ellos las habian convertido en plazas fuertes, rodeándolas de altos y espesos muros y de otras obras defensivas.

El primer ministro hizo observar al rey, que súbditos que tomaban semejantes precauciones, no estaban lejos de declararse en abierta rebelion, concluyendo que era preciso reducirlos por medio de la fuerza.

Apreciando el soberano como debia aquel prudente aviso, llamó á Seu-leu, uno de sus generales, muy hábil en el arte militar, y dándole el mando de un cuerpo de tropas escogidas, le envió contra los tres tai-fu, para obligarlos á ceñirse á los límites de su autoridad.

Seu-leu cumplió prontamente lo que se le mandaba, sometiendo á los sospechosos tai-fu.

No solo reprimió Confucio los desmanes de los magnates y elevados funcionarios, sino que castigó con mano fuerte todos los abusos que pudieran perjudicar al pueblo.

El siguiente ejemplo, que ojalá se imitara en nuestra patria, probará lo que dejamos dicho.

Un acaudalado negociante habia hallado medio de apropiarse el privilegio exclusivo de vender la carne en todo el territorio de Lu; y como sus riquezas le permitieran pagar al contado, y aun adelantar en ciertos casos lo que compraba, adquiria á bajo precio y vendia excesivamente caro.

No obstante de ser el arroz cocido con agua, con algunas yerbas saladas por condimento, el alimento ordinario de los habitantes de Lu, habia mil ocasiones en que les era necesaria la carne. Comprarla un poco mas cara que de ordinario, era cosa leve para cada familia; pero aquel poco, multiplicado por el número de consumidores, producia al monopolista una ganancia enorme.

Informado Confucio de la conducta de aquel hombre, y habiéndole hecho comparecer ante él, le dijo:

«He sabido que sois uno de los mas ricos del Estado. Si tales riquezas fueran el fruto de vuestro trabajo, ó de una honrada industria, me regocijaria con vos; pero desgraciadamente tienen por orígen un monopolio que debiera avergonzaros. Á pesar de que merece un ejemplar castigo vuestra codicia, os perdono, con la condicion de que trateis de corregiros, y que restituyais al pueblo lo que le habeis robado. No os reservareis de vuestro caudal mas que lo necesario para vivir holgadamente, dejando lo demas á mi disposicion para las necesidades del Estado. No intenteis justificaros, ni menos engañarme, porque os vá en ello la vida. Os doy tres dias para obedecer mis órdenes.»

El monopolista, que habia sabido asegurarse hasta entonces la impunidad cohechando á los ministros que precedieran á Confucio, comprendió que le seria imposible hacer lo mismo con un hombre tan incorruptible. Resignóse, pues, á devolver lo que habia adquirido por medios ilícitos, y vivió en paz con lo que se reservó para su manutencion.

Cuando el sabio ministro estaba á punto de ver realizados sus planes de reforma, falleció el rey su amigo y protector, y su sucesor Ñai-cung, jóven dotado de un carácter voluble y de escasa instruccion, no mirando en Confucio mas que á un simple letrado, cuyo principal mérito consistia en el conocimiento de los libros sagrados y de las costumbres de la antigüedad, le privó del mando, dándoselo á uno de sus favoritos.

No teniendo Confucio empleo alguno en su patria, se retiró al reino de Vei. Pero no tardó en ser llamado por Ñai-cung, que fué en persona á esperarle á uno de los palacios que poseia en las inmediaciones de la capital, acogiéndole en él con los honores que hubiera podido dispensar al embajador de un gran soberano.

Despues de darle el parabien por su llegada, llevó el rey á Confucio á una sala apartada, y habiéndole hecho sentar á su lado, dirigióle multitud de preguntas, á las que no desdeñó el sabio de responder, por mas que algunas de ellas revelasen la mas crasa ignorancia.

«Maestro, preguntó entre otras cosas el príncipe: ¿cómo viven los filósofos? ¿Se diferencian sus costumbres públicas y privadas de las de los demas hombres?»

Confucio tardó un instante en contestar: luego dijo con reposado acento:

«El verdadero filósofo no se ingiere en los festines por tener ocasion de lucir, sino que aguarda á ser invitado. Si es del número de los convidados,

asiste, y hace exactamente y sin ostentacion lo que los demas hacen; y si acaso nadie para la atencion en él, no se ofende por ello, ni da señales de descontento.

»Desde la mañana hasta la noche, se ocupa el filósofo en aquello que puede proporcionarle alguna nueva virtud ó aumentar sus conocimientos. Si se siente dotado de bastante energía para desempeñar los cargos del Estado, no los rehusa cuando se le ofrecen, sino que los acepta, y llena dignamente su deber. Ni ambiciona honores, ni procura acumular tesoros: la adquisicion de la sabiduría es el único tesoro que anhela.

»No emplea en los negocios mas que á personas rectas y sinceras. No se humilla ante los superiores, ni es soberbio con los inferiores. Respetuoso con los primeros y afable con los segundos, da á cada uno lo que le es debido. Tiene en mucho á los hombres de letras; pero no mendiga sus sufragios.

»Inaccesible á todo temor cuando cumple su deber, una conducta sin tacha, unida á las mas nobles intenciones, le sirve de escudo contra los dardos que se puedan disparar á su honra. La justicia y las leyes son las armas de que se sirve para atacar y defenderse. El amor que profesa á todos los hombres le da el derecho de no temer á ninguno. La excrupulosa exactitud conque practica sus deberes religiosos y obedece las leyes, constituye su seguridad, aun viviendo bajo el imperio de un tirano.

»El filósofo es grave cuando reprende; afable y bueno con todos, y alegre y de humor igual con sus amigos. Por mas que se complazca en la compañía de los sabios, no rechaza por eso á los ignorantes. En la vida íntima no demuestra prediley por algun individuo de su familia. Si se le ofende, no da señales de ira ni de ódio; y su semblante sereno y majestuoso es una inequívoca prueba de la tranquilidad de su alma.

»El verdadero filósofo procura hacerse útil al Estado de cualquier modo que sea. Si por alguna accion se hace digno del reconocimiento de la patria, no hace valer sus derechos con la mira de ser recompensado: aguarda con paciencia á que se le haga justicia, y si acontece que se olviden de él, no murmura ni se queja. El agradecimiento de los hombres honrados, el honor de haber contribuido en la medida de sus fuerzas al bienestar de sus conciudadanos, es el mayor premio que ambiciona su alma. Y si su saber y sus servicios le abren las puertas de los honores, ni se enorguellece, ni pierde un punto su habitual modestia.

»Ocupado únicamente en cumplir su mision en este mundo; contento

con el puesto que ocupa entre sus semejantes, no ambiciona ser lo que no es; no siente envidia de aquellos cuyos talentos son superiores ó iguales á los suyos en la opinion de los hombres.

»Viviendo bien con todos, y conformándose con sus usos y costumbres, da una prueba de mirarlos como sus semejantes en el órden de la naturaleza.

»De esta benevolencia y esta buena armonía nace aquella ardiente caridad que se advierte en el sabio, caridad que no hace distincion de personalidades ni de razas, puesto que abraza todo el género humano; de cuya virtud, como de manantial vivo, derivan todas las demas. Por eso el verdadero filósofo practica la caridad con preferencia á todo: ella le distingue del hombre vulgar; ella dirige constantemente su conducta, y esparce, por decirlo así, la vida sobre cuanto toca.»

Ñai-cung aplaudió de todo corazon estas ideas del grande hombre, y desde entonces no volvió á admitirle á su presencia sin darle pruebas de la mas alta estimacion, haciéndose además su discípulo y convirtiéndole en su consejero íntimo.

Con objeto de probarle lo mucho en que tenia á los filósofos, díjole un dia el monarca:

—Desde hoy quiero mirar á todos los sabios como amigos queridos. El interés que demostraré en colmarlos de honores, será la mejor prueba de que el reino de Lu tiene un buen gobierno.

—Loables son, en verdad, esas intenciones, respondió Confucio; pero un rey que pretenda alcanzar fama de justo é ilustrado, ha de proponerse otro objeto mas noble que el favorecer exclusivamente á los hombres de talento. Antes que esto, debe profesar un tierno amor á todos sus súbditos; ocuparse dia y noche en proporcionarles los medios de atender honradamente á las necesidades de la vida, y hacer de modo que la pasen felices y contentos, y de que apetezcan vivir bajo su paternal gobierno.

—La empresa no es tan fácil como parece, replicó el soberano. ¿Qué medios emplearíamos para hacer felices á nuestros vasallos?

El filántropo chino contestó al punto:

—Es preciso empezar por disminuir el fausto de la córte, y suprimir los impuestos que agobian á los pueblos, dejando solo aquellos cuya necesidad sea á todos notoria. Despues, es necesario no sobrecargar de trabajo á las clases desvalidas, é instruirlas minuciosamente acerca de sus deberes y de sus derechos, á fin de que nadie, desde el monarca hasta el mendigo, falte

á su obligacion. Haced esto, señor, y será colocado vuestro nombre entre los de los reyes mas sabios que hayan existido.

Segun se vé por las precedentes líneas, habia ya en tan remotos tiempos quien se atrevia á pronunciar ante un déspota asiático las palabras *deberes* y *derechos,* principios capitales de la moderna democracia.

Pasando ahora á tratar de los delegados del poder supremo, el siguiente episodio nos dará una idea de cómo entendia nuestro filósofo que debieran ser los buenos gobernantes.

Nombrado su discípulo Seu-cung gobernador de una ciudad importante, fué á visitar á su maestro antes de recibir la investidura de su empleo. Era Seu-cung uno de aquellos pocos hombres de Estado que no miran la política como medio de engrandecerse, sino como la ciencia de contribuir á la felicidad de los pueblos, poseyendo además todos los conocimientos necesarios para el buen desempeño de los cargos públicos.

Habiendo llegado el nuevo mandarin frente á la casa de Confucio, bajó de su caballo, y se hizo anunciar como si se tratara de presentarse al rey.

El filósofo, por su parte, queriendo devolver al visitante honor por honor, hízose acompañar de dos discípulos, y salió ceremoniosamente hasta la puerta á recibir á Seu-cung, diciéndole:

—No es ya á mi discípulo á quien recibo en mi casa, sino al primer magistrado de una gran ciudad.

E introdujo á Seu-cung en el gran salon en que acostumbraba acoger á los extranjeros y á las personas elevadas á quienes la curiosidad ó el deseo de instruirse conducian á buscarle.

Confundido en vista de tan inusitado ceremonial, el discípulo dijo á su maestro:

—Vengo á pedir á vuestras luces algunos consejos acerca del mejor modo de conducirme en mi empleo, prometiéndoos que me atendré extrictamente á cuanto me prescribais.

—Nada nuevo tengo que enseñaros, respondió Confucio; pero por complaceros, os recordaré en pocas palabras las obligaciones que os impone el cargo para que fuísteis elegido.

Sed justo, desinteresado y de carácter siempre afable é igual con todos. La justicia no admite distincion de personas, sino que da á cada uno lo que merece. El desinterés conduce á la equidad: cuando un funcionario es interesado, pronto deja de ser justo. Lo que se recibe de los infe-

riores es un hurto hecho á los mismos. La igualdad de humor en un hombre que ejerce autoridad sobre los otros, le granjea la confianza y el amor de los buenos, le hace temer de los malvados, é impone respeto á todo el mundo.

Mostraos siempre condescendiente en cuanto lo permitan vuestros deberes; no mostreis á nadie semblante duro, y escuchad bondadosamente á cuantos se os presenten, sin dar la preferencia á nadie, pues que, mas bien que el juez, debeis consideraros el padre de vuestros gobernados.

En cuanto á los negocios, es menester tratarlos con la posible diligencia, y con la mayor atencion, para no terminarlos desgraciadamente.

Jamás pronuncieis una sentencia sin que os sea conocida la verdad, y la veais tan clara como la luz del dia.

En cada una de las estaciones del año, reunid al pueblo una vez á lo menos, para explicarle vos mismo sus deberes, y haced de modo que en ningun tiempo carezca de instruccion sobre este punto; porque, si ignora las leyes, ¿cómo podrá castigársele cuando falte á ellas?

Estas admirables máximas del gran filósofo, debian formar, y formaban de hecho, excelentes magistrados entre los jóvenes que, en gran número, acudian á él para aprender la ciencia del gobierno.

Como sucede generalmente con los reyes que solo tienen su capricho por ley, algunos leales consejos que Confucio dió á Ñai-cung, le atrajeron el enojo de este soberano; por lo que nuevamente tuvo que emigrar al reino de Vei con algunos discípulos.

La noticia de la llegada del ilustre viajero se extendió pronto por todo el pais. Su rey, Li-cung, que deseaba honrar á un hombre de tanto mérito, salió á recibirle en una carroza tirada por cuatro caballos, adelantándose de este modo hasta la humilde carreta, cubierta de una estera y tirada por un buey, que conducia á Confucio.

Despues de saludar afectuosamente el príncipe á nuestro sabio, hízole ocupar un lugar á su lado en la carroza; condújole á la córte, y le hospedó en uno de los mejores aposentos de su palacio, señalándole mil medidas de arroz cada año para su manutencion y la de sus discípulos.

Prodigando al filósofo las mayores muestras de consideracion y simpatía, complacíase Li-cung en conversar con él; pero no le llamaba á su Consejo. La filosofía era para aquel príncipe un asunto especulativo mas bien que práctico, imitándole en esto todos los cortesanos.

Como no se hablase de otra cosa entre los palaciegos que de aquellos

sabios que se habian agregado á la córte, se excitó de tal modo la curiosidad de Nan-seu, favorita del rey, que quiso á toda costa tener una entrevista con Confucio, siendo preciso que el filósofo hiciese comprender á la real concubina los deberes que impone la modestia al bello sexo, para que aquella mujer desistiera de su capricho.

Consecuente siempre con sus planes de reforma, practicó Confucio varias tentativas cerca de Li-cung para que revisara las leyes que regian en su reino. Pero advirtiendo que sus proyectos se estrellaban en el excepticismo de aquel príncipe, decidió abandonarle. Hízolo así, en efecto, visitando sucesivamente muchos Estados de la China, donde predicó sus sanas doctrinas y dejó considerable número de adeptos.

Al cabo de catorce años de ausencia, vióse Confucio llamado de nuevo á su patria por el rey.

No bien llegó á su casa le anunciaron la muerte de su esposa Chi-coan-chi, noticia que le dejó sumido en la mas cruel afliccion, y que fué causa de que dijera á sus fieles discípulos:

«Ha muerto mi mujer, y conozco que no tardaré en seguirla. Consolad á mi hijo, y haced que no se abandone al dolor que la pérdida de sus padres ha de ocasionarle.»

Efectivamente, habiéndose entregado Confucio con mas ahinco que nunca al estudio y á la meditacion, empezaron á decaer sus fuerzas, alterándose de un modo notable su salud, que hasta entonces habia sido excelente.

Los exquisitos cuidados de sus discípulos le prolongaron algun tiempo la vida. Empero, como tuviese la desgracia de perder tambien á su hijo, una mañana cayó el filósofo en un profundo letargo, del que no fué posible despertarle.

Siete dias permaneció Confucio en aquel estado de sopor, al cabo de los cuales exhaló el último suspiro el año 479 antes de la era cristiana, y el noveno antes del nacimiento de Sócrates.

Siendo su nieto Seu-sse, único individuo de su extirpe que le sobrevivia, demasiado jóven para encargarse de los funerales del ilustre finado, tomaron sobre sí este cuidado los discípulos de nuestro sabio. Estos, despues de cerrar piadosamente los ojos á su amado maestro, introdujéronle en la boca tres pellizcos de arroz; perfumaron su cuerpo, y lo cubrieron con once vestidos diferentes, siendo el exterior el que solia usar cuando desempeñaba el cargo de primer ministro.

Así ataviado, fué colocado el difunto en un doble féretro hecho de gruesas tablas, y sepultado en un terreno que se adquirió al efecto á la parte Norte de la ciudad de Lu.

Los principales discípulos del gran filósofo acudieron desde diversos puntos de China á llorar sobre su tumba trayendo cada uno como tributo un árbol ó planta peculiar de su pais, para contribuir á embellecer aquel lugar sagrado para ellos.

Seu-cung llevó luto durante seis años, y plantó por su mano junto al repulcro de su maestro el árbol *kiai.* Este árbol no es hoy mas que un tronco seco; pero subsiste todavia en el mismo sitio en que fué plantado hace veinte y tres siglos.

Hondo pesar causó á Ñai-cung la muerte del sabio, tan desatendido por él mientras vivió, no pudiendo menos de exclamar con dolor cuando le participaron la fatal noticia:

«¡El cielo está irritado contra mí, pues me priva del mas precioso tesoro de mi reino al arrebatarme al hombre que formaba su principal gloria, su mas bello ornamento!»

Y queriendo enmendar en lo posible su ingratitud para con Confucio, edificó en su honor un magnifico monumento fúnebre cerca del sitio en que descansaban los restos del sublime filósofo, «á fin, dijo, de que todos los amantes de la sabiduría, presentes y futuros, puedan reunirse para honrar la memoria de aquel que fué el maestro de los hombres, y bajo cuyo modelo deben formarse los que aspiren al título de sabios.»

En aquel monumento se depositó el retrato de Confucio, juntamente con sus obras, trajes de gala, instrumentos de música, el carro en que viajaba y algunos muebles de su pertenencia.

El rey acudió allí acompañado de su córte á presenciar los funerales del reformador, y desde entonces, todos los soberanos de Lu visitaron cada año la tumba del sublime filósofo, para rendirle el homenaje debido á sus virtudes y extraordinarios talentos.

Mas adelante, cuando los diversos Estados que formaban la China se reunieron bajo un solo cetro, creyeron los emperadores que era un deber suyo hacer una peregrinacion anual á la tumba del hombre á quien la nacion entera habia reconocido solemnemente por maestro.

Desde hace dos mil trescientos años todos los soberanos del Celeste Imperio van en peregrinacion á la tumba del filósofo, y esta visita es considerada como uno de los principales deberes religiosos del jefe del Estado.

En cuanto al pueblo chino, la parte de él que sigue la religion llamada de Confucio, se impone tambien la misma obligacion; mas como ño es posible que todos emprendan anualmente el viaje á Kin-fu-kieu, en donde se alza el sepulcro del inmortal filósofo, se ha levantado en cada una de las principales ciudades del imperio un *miao* (templo), con objeto de que los que habitan en las provincias apartadas de aquel lugar sagrado, puedan tributar al gran maestro los mismos honores y adoraciones que rendirian ante su tumba si les fuera dado visitarla.

En tanto que los emperadores honraban la memoria de este hombre extraordinario, el pueblo hizo de él un semi-dios. Bajo la dinastía Han se llamó á Confucio *Cung* ó *duque*. La dinastía Tang le apellidó el *primer santo*, adjudicándole despues el título de *predicador real;* cubrió su estátua con vestidura régia, y la puso en la cabeza una corona de oro. Mientras gobernó la dinastía Ming, se le denominó *el mas santo, el mas sabio y el mas virtuoso de los instructores de los hombres*, título qne se le ha conservado por la dinastía tártara actualmente reinante.

Los descendientes de Confucio gozaron y gozan todavía de los mas grandes privilegios en el Imperio chino, siendo los únicos que poseen el título de nobles hereditarios.

Infatigable reformador de las costumbres de sus compatriotas, y fundador de una religion basada en los dos grandes principios de *justicia* y *fraternidad*, que es la moral mas pura que puede predicarse á los hombres, la gloria del filósofo de Lu durará hasta la consumacion de los siglos.

Las obras que dejó escritas Confucio, ó que se le atribuyen, son las siguientes: *Chu-King*, ó *Libro por excelencia; Chun-Sieu*, ó *Historia del reino de Lu; Hiao-King*, ó *Diálogo sobre la piedad filial; Chong-Kong*, ó *El medio invariable*, y *Ta-Hio*, ó *La gran ciencia*.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CONFUCIO.



ALEJANDRO MAGNO

ALEJANDRO MAGNO.

[illegible]

Fué este célebre conquistador hijo de Filipo II, rey de Macedonia, y de [illegible] misma noche en que consumieron las llamas el templo de Diana en [illegible].

Algunos biógrafos de este personaje afirman, con mas candidez que buen criterio, que precedieron varios prodigios á su nacimiento; pero como se ha dicho tantas veces lo mismo de otros hombres ilustres, haremos caso omiso de estas, que podemos muy bien llamar consejas, pasando desde luego á narrar lo mas notable que hallemos en la vida del héroe macedonio.

Dotado de una imaginacion ardiente y de un carácter impetuoso, Alejandro anunció desde su adolescencia la inmensa sed de gloria que le devo- [illegible]

Prueba inequívoca de esta noble ambicion es la siguiente respuesta, que, siendo todavía un niño, dió á algunos amigos suyos que le incitaban á disputar en los juegos olímpicos el premio de la carrera, en que sobre- [illegible]



ALEJANDRO MAGNO.

(356 Á 324 ANTES DE J. C.)

Fué este célebre conquistador hijo de Filipo II, rey de Macedonia, y de Olimpia, su primera esposa, y nació el año 356 antes de nuestra era, la misma noche en que consumieron las llamas el templo de Diana en Efeso.

Algunos biógrafos de este personaje afirman, con mas candidez que buen criterio, que precedieron varios prodigios á su nacimiento; pero como se ha dicho tantas veces lo mismo de otros hombres ilustres, haremos caso omiso de estas, que podemos muy bien llamar consejas, pasando desde luego á narrar lo mas notable que hallemos en la vida del héroe macedonio.

Dotado de una imaginacion ardiente y de un carácter impetuoso, Alejandro anunció desde su adolescencia la inmensa sed de gloria que le devoraba, y que debia conducirle un dia á sujetar á su victoriosa espada una gran parte del mundo entonces conocido.

Prueba inequívoca de esta noble ambicion es la siguiente respuesta, que, siendo todavía un niño, dió á algunos amigos suyos que le incitaban á disputar en los juegos olímpicos el premio de la carrera, en que sobresalía:

«Yo me presentaria en el circo, les dijo, si hubiera de tener allí reyes por competidores.»

Habiéndose encargado primero su educacion á Leónidas, pariente de Olimpia, diósele luego por maestro al gran Aristóteles, que completó su enseñaza con el estudio de la filosofía, mientras los mas afamados guerre-

ros macedonios le amaestraban en los ejercicios corporales y en el arte de la guerra.

Asesinado Filipo por Pausanias, soldado de su guardia, heredó Alejandro el trono de Macedonia, y con él el dominio de la Grecia, cuando contaba solo la edad de veinte años.

Al ceñirse la corona el jóven rey, encontró sus Estados divididos por cien distintas parcialidades, en tanto que los pueblos á quienes Filipo habia subyugado, se preparaban á recobrar su independencia por medio de las armas.

Los magnates macedonios, temiendo las consecuencias de una sublevacion general, aconsejaron á Alejandro que procurase calmar á los descontentos transigiendo con ellos. Empero el valeroso mancebo, confiando solo á su audacia la conservacion de la herencia paterna, reunió un ejército, lo condujo á las riberas del Ister [1], y despues de sofocar, con harta efusion de sangre, los gérmenes de insurreccion que se advertian entre las naciones bárbaras de aquellas regiones, tributarias de la Macedonia, volvió precipitadamente á Grecia, que se habia sublevado en gran parte durante su ausencia.

Tébas, que al levantarse asesinó á la guarnicion macedonia, fué arruinada enteramente, despues de una tenaz resistencia. Seis mil de sus ciudadanos murieron combatiendo; mayor número sucumbieron indefensos despues de rendidos, y treinta mil de los que quedaron con vida fueron vendidos como esclavos, sin que el implacable Alejandro perdonase mas que á los sacerdotes y á los descendientes del gran lírico Píndaro.

Entre los horrores de que fué teatro aquella desgraciada ciudad, refiérese que una dama tebana, ultrajada en su honra por un capitan tracio, precipitó á éste en un pozo.

Cargada de cadenas fué conducida aquella infeliz á la presencia de Alejandro, á quien dijo fieramente:

«¡Soy Timoclea, hermana de Teágenes, que murió en Queronea combatiendo valerosamente contra tu padre por la libertad de la Grecia! ¡Condéname ahora á muerte si te atreves!»

Atónito el vencedor al escuchar las palabras de aquella mujer, que con tanta energía habia sabido vengar su honor y defender su vida, la honró delante de sus capitanes, dejándola marchar en libertad.

Aténas, que tambien se habia rebelado, atemorizada con lo ocurrido á

[1] Hoy el Danubio.

Tébas, depuso las armas, implorando el perdon de Alejandro, que se lo concedió.

Pacificada la Grecia, solo pensó el jóven monarca en la conquista de la Persia, para cuya empresa le preparara su padre con sus lecciones y con los elementos de guerra que habia acumulado.

Antes de partir para esta expedicion, recibió Alejandro, hallándose en Corinto, la visita de los mas eminentes filósofos y oradores griegos, que acudieron á cumplimentarle y á despedirse de él. Como advirtiese que no se hallaba entre ellos Diógenes el Cínico, cuya sabiduría era el asombro de sus contemporáneos, decidió ir en persona á verle, con ánimo sin duda de darle una leccion de cortesía.

Seguido de sus oficiales, llegó Alejandro al apartado barrio de la ciudad en que vivia el filósofo, á quien halló tendido delante de la pocilga que le servia de morada.

Despues de saludarle Alejandro, le preguntó en qué podia serle útil.

A lo que respondió Diógenes, sin levantar siquiera la cabeza:

«Me harias un gran favor si te echases á un lado, para dejarme tomar tranquilamente el sol.»

Asombrado el rey del desprecio que mostraba aquel hombre hácia el que hacia temblar la Grecia, alabó su grandeza de alma, y volviéndose á sus oficiales, que se burlaban de la hediondez del filósofo, les dijo:

«¡Reid cuanto querais; pero os aseguro, que si no fuese Alejandro, quisiera ser Diógenes!»

Terminados los preparativos indispensables para llevar á cabo el proyecto que meditaba, tal vez el mas vasto que haya concebido ningun hombre, púsose el caudillo macedonio al frente de treinta y cinco mil guerreros escogidos, y embarcándolos en ciento sesenta naves triremes, cruzó rápidamente el Helesponto, é invadió los dominios de la Persia.

En el momento de abandonar el suelo de la patria, distribuyó Alejandro entre sus capitanes una gran parte de sus rentas, con objeto de ganarse sus voluntades.

Perdicas, uno de sus mas hábiles generales, reprendiéndole por tanta generosidad, de la que tambien él habia participado, le dijo:

—Si lo das todo, ¿qué guardas para tí?

—La esperanza, contestó gravemente Alejandro.

Reinaba á la sazon en la degenerada Persia, Darío Codomano, monarca no desprovisto de valor, que creyendo cosa fácil rechazar al macedonio, le

esperó con un numeroso ejército en las orillas del Gránico. Pero el temerario arrojo de Alejandro, que, para dar ejemplo á sus soldados, atravesó el rio á la cabeza de una parte de su caballería, y combatió esforzadamente en primera fila, dando la muerte por su mano á Résaces, general de Darío, triunfó de todo. Los persas perdieron en esta batalla treinta y dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Esta brillante victoria dió un sesgo favorable á los asuntos de Alejandro, haciéndole dueño en poco tiempo de las ciudades mas importantes del Ásia Menor, que se rindieron voluntaria ó forzosamente á sus armas.

En medio de sus conquistas, vióse momentáneamente detenido Alejandro por una enfermedad que le acometió en Cilicia, poniéndole á las puertas de la muerte; pero triunfando su vigorosa constitucion del mal que le aquejaba, prosiguió su victoriosa marcha á través del territorio enemigo, hasta que, encontrándose otra vez con Darío, le derrotó enteramente, apoderándose de sus tesoros, y haciendo prisioneras á su mujer é hijas, no obstante haber peleado el persa con encarnizamiento, hasta el punto de no retirarse del campo de batalla sino cuando vió caer muertos los caballos de su propio carro.

Los soldados macedonios llevaron á la tienda de Alejandro las princesas cautivas; pero el héroe no quiso verlas, porque no se ofendiera su pudor, contentándose con enviarlas á decir, por medio de uno de sus oficiales, que nada debian temer del hombre, que, aunque vencedor de su esposo y padre, le compadecia en su desgracia.

Esta accion de Alejandro es doblemente meritoria, si se tiene en cuenta que era muy aficionado al bello sexo, y que la esposa de Darío pasaba por la princesa mas hermosa del mundo, así como el soberano persa era el mas agraciado de los hombres.

Mirando á su familia en poder de Alejandro, propúsole Darío la paz, ofreciéndole por el rescate de su familia todos los paises situados á la parte del Eufrates inmediata á la Grecia, diez mil talentos [1] y la mano de una de sus hijas.

Estas proposiciones fueron comunicadas por el rey á sus capitanes, quienes opinaron que no eran aceptables, excepto uno de ellos, llamado Permenion, que tomando la palabra, dijo, que él las admitiria desde luego si fuera Alejandro.

—Y yo tambien, respondió al punto el héroe, si fuese Permenion.

[1] Doscientos millones de reales aproximadamente.

E hizo decir al persa, que si venia voluntariamente á su campo á entregarse prisionero, le concederia lo que deseaba, y le trataria con las consideraciones debidas á su elevada categoría.

Tan altiva respuesta exasperó á Darío, que reuniendo un ejército de ochocientos mil combatientes, marchó resueltamente á buscar á Alejandro.

El macedonio, por su parte, salió al encuentro de su enemigo, encontrándose en los campos de Arbela sus soldados, pocos en número, pero muy disciplinados y valientes, con la muchedumbre de gente mercenaria ó forzada que componia el ejército de Darío, y que, ademas de su inexperiencia en el manejo de las armas, marchaba embarazada por una inmensa comitiva de mujeres, eunucos y bagajes.

Trabada la batalla, la táctica y valor del insigne caudillo de la Grecia triunfó del mayor número, como de costumbre, dando la mas completa victoria á los macedonios, que hicieron en los persas una horrible matanza, no sin que Darío se mostrase digno de mejor suerte en aquel gran desastre, que inútilmente trató de impedir, combatiendo como animoso soldado, y portándose en la fuga general en que se vió envuelto con mas generosidad que Napoleon en el paso del Beresina y en Leipzig, no permitiendo que se cortase un puente despues de haberlo él pasado, y negándose luego á fiar la defensa de su persona á griegos mercenarios, por no humillar á sus persas.

Pero sus mismos compatriotas le vendieron. Beso, ambicioso sátrapa que todo se lo debia á Darío, viéndole derrotado y fugitivo, le asesinó cobardemente.

Moribundo el desventurado soberano, encargó á un soldado macedonio que fuese de su parte á hacer presente á Alejandro su reconocimiento por la generosa conducta que habia observado con su mujer é hijas al hacerlas prisioneras.

Inmediatamente despues de la victoria de Arbela, los griegos se hicieron dueños de todos los dominios de los persas. Susa, Ecbatana y Babilonia tuvieron que rendirse; los defensores de la primera de estas ciudades fueron pasados á filo de espada, y Alejandro, ébrio de gloria y de vino, é incitado además por la cortesana Thais, que seguia al ejército griego, incendió por su mano á Persépolis, cuyas llamas anunciaron al mundo el fin del imperio del gran Ciro.

La Bactriana, en donde el traidor Beso habia intentado formarse un reino, humilló su fuente al vencedor. Alejandro castigó al asesino de Darío,

y continuó sus conquistas hasta llegar á las fronteras de la India.

Pero la prosperidad, como sucede generalmente á todos los favorecidos por la fortuna, trastornó la cabeza de Alejandro, haciéndole entregar, á medida que aumentaba su poder, á extravagancias y crueldades sin cuento. Queriendo imitar el deplorable fausto de los monarcas persas, llegó á gastar hasta sesenta mil reales en cada cena que daba á unos cuantos amigos, con quienes se emborrachaba todas las noches. Hizo comprar toda la púrpura que se encontró en la Jónia, para vestir con este distintivo de los reyes á quinientos de sus cortesanos. La tienda en que daba sus audiencias estaba apoyada en ocho columnas de oro, y contenia quinientos lechos. Dos mil guardias con trajes de color amarillo vivo y escarlata daban la guardia á su persona. En medio de la tienda se levantaba el trono que era de plata maciza, bajo un dosel recamado de oro y pedrería.

Cuesta trabajo creer lo que los historiadores antiguos refieren acerca de la prodigalidad del gran conquistador. Derramaba á manos llenas las dignidades y donativos sobre cuantos se le acercaban, sin hacer distincion entre propios y extraños. Gastó quinientos millones de reales en pagar las deudas de los capitanes macedonios, y habiendo licenciado á diez mil de sus soldados auxiliares, repartió entre ellos veinte mil talentos. En su serrallo llegaron á contarse trescientas sesenta concubinas, y multitud de odaliscas, que estaban alojadas y servidas con régia ostentacion.

Los títulos de dios, é hijos de los dioses, eran comunes á los monarcas orientales. Alejandro adoptó estos vanos dictados, ofendiendo con ellos á los patricios macedonios, que no podian ver con gusto á su belicoso rey convertirse de pronto en un afeminado Shah persa.

De aquí se originaron murmuraciones, que despues se convirtieron en quejas, y quizás en tramas contra la vida del invicto monarca; y como las adulaciones que le prodigaban sus favoritos le habian acostumbrado á no encontrar obstáculos en nada, indignado de que le censurasen sus compatriotas, se hizo severo y cruel.

Casandro, que acababa de llegar de Macedonia, viendo las adoraciones de que era objeto aquel rey de orígen democrático, no pudo contener la risa, con lo que, ardiendo en cólera Alejandro, lo cogió por los cabellos, y le golpeó repetidas veces contra la pared.

Agriado su carácter, llegó á ver un enemigo en cada uno de sus guerreros que no aplaudia sus locuras. Filótas, excelente soldado, que le prestaran muy útiles servicios, fué condenado á muerte por el ingrato rey,

bajo el pretexto de que no habia querido descubrir una conspiracion que se tramaba contra su vida. Parmenion, su padre, el mejor general de los ejércitos de Filipo y Alejandro, y amigo de este último, sufrió tambien la muerte, por temor de que pensase en vengar á su hijo. Clito, otro amigo del macedonio, se atrevió á echarle en cara su ingratitud en medio de un festin, y embriagado el tirano, le atravesó el cuerpo con la lanza que arrancó de las manos de uno de sus guardias. El filósofo Calixtenes, sobrino de Aristóteles, que hacia gala de vivir en la córte y no adular al rey, fué acusado de complicidad en una conjuracion, y condenado al último suplicio.

Extremado en sus odios como en sus amistades, Alejandro amaba entrañablemente á Efestion, su compañero de armas. Cuando, por su glotonería, murió este personaje, hizo crucificar á Glauco, médico que le asistió en su enfermedad; demoler los muros de Ecbatana; cortar las crines á todos los caballos; derribar el templo de Esculapio, y apagar el fuego sagrado en toda la Persia. Habiendo vencido á los Coreos, pueblo belicoso de la Media, los degolló á todos, sin distincion de edad ni sexo, como hecatombe á los manes de su amigo. Despues echó á tierra quinientas toesas de los muros de Babilonia, para levantarle con los materiales un inmenso túmulo; consumió en los funerales las rentas de veinte ricas provincias, y envió el cadáver á Egipto, prometiendo á Cléomenes, perverso gobernador de aquel pais, la impunidad de sus crímenes y vejaciones, si lograba que los sacerdotes deificasen á Efestion.

Seria interminable el catálogo de las crueldades y extravagancias que pueden echarse en cara á Alejandro durante su permanencia en Persia, por lo que, dejando á un lado este asunto, pasamos á narrar sucintamente una de las empresas mas gloriosas que llevó á cabo este conquistador.

Dueño de gran parte del Asia, la fortuna, que siempre se le mostrara propicia en sus negocios, y las adulaciones de sus admiradores, le animaron á emprender nuevas conquistas, haciéndole concebir el proyecto de poner el Océano Oriental por límite de su imperio.

Con esta idea, pidió á Macedonia nuevos contingentes de tropas; reformó su ejército; organizó una buena escuadra, y tras penosas marchas, entró en la parte septentrional de la India que los indígenas denominaban Penjab, y los griegos Pentapotamias, pais considerado por los indios como tosco y bárbaro, pero que, en cambio, estaba bien cultivado y era ya entonces la patria de la casta guerrera de la India, tanto, que Alejandro

encontró en él mas viva oposicion que en ninguna otra parte, sin contar conque, ignorante de las lluvias periódicas á que está sujeta aquella region, penetró en ella á la entrada de la primavera, precisamente cuando, empezando á llover en las montañas, se engruesan los rios, lo que dificultó durante setenta dias las marchas de los macedonios, haciéndoles perder mas gente que si hubieran sufrido una gran derrota.

En esta expedicion se vió expuesto Alejandro á los mayores peligros, y recibió varias heridas, alguna de ellas grave.

Siempre el primero en los combates, llevaba su valor hasta la temeridad cuando observaba que vacilaban sus soldados. En el sitio de Nysa, ciudad defendida por un profundo rio, como rehusaran atravesarlo los macedonios para dar el asalto, se arrojó al agua sin dejar el escudo de la mano, con objeto de dar ejemplo á los medrosos. Apenas habia dado algunos pasos, embarazado con el peso de las armas, hubiera perecido ahogado, si sus capitanes no se dieran prisa á socorrerle. Sacado á la orilla exclamó con desesperacion:

—«¡Miserable de mí, que no aprendí á nadar!...»

Este incidente no impidió que fuese tomada Nysa.

Conquistando cuantas ciudades encontraba á su paso, halló la mas obstinada resistencia en una de ellas, en que se habia encerrado un número considerable de valerosos guerreros indios, que causaban á sus tropas mucho daño en las frecuentes salidas que efectuaban.

Viendo lo difícil que era el apoderarse de la plaza á viva fuerza, propuso Alejandro una honrosa capitulacion, que aceptaron los sitiados. Pero cuando, en cumplimiento de ella, habian depuesto las armas y se retiraban tranquilamente, hízoles cargar el rey por su caballería, degollándolos á todos.

Esta perfidia arrojó una indeleble mancha sobre la historia militar de Alejandro, que hasta entonces habia hecho la guerra, sino humanamente, á lo menos segun las leyes que ella prescribe.

Internándose cada vez mas en la Alta Ásia las huestes griegas, cerróles el paso Poro, rey de una considerable parte de la India, que se habia atrincherado á la otra parte del Hidáspes, con un numeroso ejército, y muchos elefantes formados en batalla frente al rio, como una muralla viva en que debian estrellarse los esfuerzos de los macedonios.

Era Poro, segun nos le pintan los historiadores griegos, un príncipe dotado de indomable valor y de una fuerza hercúlea. Tenia cinco codos de

altura, y lanzaba los venablos con la misma violencia conque los despidiera una balista.

Reconocida por Alejandro la posicion del enemigo, y temiendo las pérdidas que necesariamente debia ocasionarle el choque con la línea de elefantes que se le oponia, ideó atacar á los indios por uno de sus flancos, á cuyo fin tomó una parte de sus infantes y la flor de su caballería, yendo á pasar el rio por una isleta que se veia en su centro, mas abajo del campamento indio.

El consumado general habia elegido para llevar á cabo esta atrevida operacion una noche sombría y tempestuosa, en que el agua caia á torrentes y el viento derribaba á los soldados.

Sin que le detuviera la muerte de muchos de sus guerreros, á quienes arrastraba la corriente ó perecian heridos por el rayo, Alejandro logró ganar la isleta, y ya se disponia á pisar la otra márgen del Hidáspes, cuando sintió hundirse el terreno bajo sus piés.

Era el rio, que bajando extraordinariamente crecido, se habia llevado parte de la ribera.

Un esfuerzo sobrehumano salvó al héroe la vida en aquel apurado trance. Aferrándose con ambas manos á la resbaladiza orilla, consiguió tomar tierra cuando habia casi agotado sus fuerzas. Entonces exclamó amargamente:

«¡Oh, griegos! ¿Podreis imaginar siquiera á qué peligros me expongo por merecer vuestras alabanzas?

No obstante cuantos obstáculos oponian la naturaleza y los hombres al paso de los macedonios, éstos atravesaron el Hidáspes, arrojándose en seguida, guiados por el rey, sobre el ala izquierda de los indios, que deshicieron enteramente, mientras la derecha era destruida por Céno, capitan de Alejandro, que habia pasado el rio en barcas con el resto del ejército.

Los soldados de Poro que lograron escapar de aquella acometida, se refugiaron detrás de la línea de elefantes.

La pelea fué muy empeñada y sangrienta en aquel punto, durando hasta las dos de la tarde siguiente á la noche de que vamos hablando, hora en que el enemigo emprendió la fuga, dejando el campo cubierto de innumerables cadáveres.

Poro se condujo en esta sangrienta jornada con la mayor bravura. Montando un corpulento elefante, este animal defendió encarnizadamente á su ginete, rechazando á cuantos le atacaban. Mas cuando sintió que,

cubierto de heridas su dueño, empezaba á desfallecer, doblando sus piernas, le puso blandamente en tierra, y empezó á arrancarle con la trompa los dardos que tenia clavados en el cuerpo.

Habiendo caido Poro en poder de los macedonios, éstos lo presentaron á Alejandro, que justo admirador de los valientes, preguntó al prisionero:

—¿Cómo quieres que te trate?

—Como á rey, respondió Poro.

—¿Nada mas deseas?

—Nada mas: todas mis aspiraciones están comprendidas en esas palabras.

Alejandro, portándose generosamente con el vencido soberano, no solo le dejó su reino, sino que añadió á él los inmensos territorios que conquistaran sus armas en aquellas regiones.

Este memorable combate tuvo lugar el año 327 antes de Jesucristo.

Las pérdidas sufridas por los macedonios en aquella batalla, les quitaron las ganas de penetrar mas adelante en la India. En vano quiso obligarlos Alejandro á atravesar el Gánjes: el ejército en masa se negó á dar un paso mas en un pais desconocido, en el que tantos trabajos y miserias tenia que soportar, y donde, por otra parte, no comprendia qué ventajas pudiera reportarle la victoria.

En vista de semejante negativa, no tuvo mas remedio el héroe que recoger sus tropas, y despues de dejar guarnecidas las principales ciudades de que se hiciera dueño, embarcóse en el Indo en chalupas de poco calado, que hizo construir al efecto, descendiendo este rio y otros varios, hasta desembocar en el golfo Ganjético,[1] donde le esperaba su escuadra, mandada por el cretense Nearco.

Despues de nombrar á este hábil marino almirante de la flota griega, dejó en ella una parte de sus tropas, y con las restantes se dirigió á Persia, perdiendo en el camino muchos de sus soldados, á consecuencia del excesivo calor que hacia y de la falta de víveres que experimentaron.

Á su llegada á Persia, tuvo Alejandro que castigar á algunos sátrapas de aquellos Estados, que, confiando en la impunidad que parecia asegurarles su larga ausencia, se habian mostrado con él ambiciosos, avaros é insolentes.

Llevado de su resentimiento, mató el rey por su mano de un lanzazo á Oxyartes, hijo de Abulites, gobernador de Susina.

[1] Golfo de Bengala.

Se habia atraido este sátrapa el enojo de Alejandro, descuidando obedecer la órden que le envió de reunir cuantas provisiones pudiera, á fin de remediar el hambre de sus tropas.

Creyendo que el monarca le perdonaria fácilmente su negligencia si le presentaba mucho oro, ofrecióle hasta tres mil talentos (cerca de sesenta millones de reales) que habia acumulado. Alejandro recibió el dinero; hízolo echar en los pesebres de sus caballos, y como éstos ni siquiera lo olieran, dijo airado á Abulites:

«¡Ya ves de qué me sirve esta clase de provisiones!»

E hizo encerrar el sátrapa en un calabozo, cargado de cadenas.

Arreglado que hubo los asuntos de Persia, ocupóse el gran conquistador en recobrar sus Estados de Grecia, que se habian repartido durante su expedicion á la India, Olimpia, su madre, y su hermana Cleopatra.

Reducidos á la obediencia los rebeldes, con la ayuda de Nearco, que le prestó en esta empresa excelentes servicios, creyó Alejandro que era llegado el momento de consolidar sus conquistas, formando con la Grecia, la Persia y la parte de la India que le obedecia, un vasto imperio, cuyo capital debia ser Babilonia.

Antes de poner en ejecucion este proyecto, y hallándose en Susa, casó á noventa de sus mas íntimos amigos con otras tantas jóvenes persas, de las mas distinguidas por su belleza y nacimiento, desposándose él mismo con Statira, una de las hijas del difunto Darío, no obstante haberse casado algunos años antes con la hermosa Rojana, hija de un sátrapa de los bactrianos, de quien se enamoró en un banquete que le ofreció su padre.

Las bodas de que dejamos hecho mérito se celebraron con inusitada magnificencia. Plutarco dice que asistieron al festin nupcial nueve mil convidados, cada uno de los cuales recibió como regalo una copa de oro para las libaciones.

Cinco dias duraron los festejos, en los que derrochó Alejandro fabulosas sumas.

Deseoso de realizar cuanto antes los grandiosos planes que habia concebido, dirigióse á Babilonia, en cuya ciudad entró, á pesar de los siniestros augurios que le anunciaban el fin de sus dias.

Efectivamente, bien fuera á consecuencia de las extraordinarias fatigas que habia sufrido en sus expediciones guerreras, ora á causa de las emanaciones pestíferas de los canales de Babilonia que se estaban limpiando cuando llegó á ella, ó bien, y es lo mas probable, efecto de los placeres

báquicos y amorosos á que se entregó sin freno toda su vida, y particularmente en sus últimos años, el hecho es que una fiebre maligna, que le acometió al salir de un banquete, le condujo al sepulcro el dia 20 de Mayo del año 324 antes de la era cristiana, á la edad de treinta y dos años, diez meses y veinte y dos dias.

Contra lo que aseguran muchos historiadores de que el héroe macedonio muriera envenenado, existe la convincente prueba de que fué natural su muerte, en el mero hecho de no haberse observado en su cuerpo ninguna de las alteraciones que generalmente produce el veneno, y eso que el cadáver quedó abandonado en su lecho mortuorio durante algunos dias, á causa de la discordia que estalló inmediatamente entre los capitanes griegos, que querian repartirse los Estados del gran conquistador.

Puestos momentáneamente de acuerdo los generales, tributaron á su difunto rey los mayores honores fúnebres que hayan podido ofrecerse á ningun soberano. Encerrado el cadáver en una caja de oro echa á martillo, fué colocado en un carro del mismo metal, y trasladado desde Babilonia á Egipto, cuyo rey Tolomeo, queriendo honrar al héroe, salió á recibir sus restos hasta la Siria, acompañado de su ejército.

Al exhalar Alejandro el último suspiro, habia exclamado con esa horrible intuicion que se advierte en los que están próximos á terminar la vida:

«Dejo mi imperio al mas digno; mas preveo que mis amigos celebrarán mis exequias con las armas en la mano.»

Y así fué en efecto. El mismo dia en que, ya moribundo, dió á besar su mano á los soldados, éstos quisieron hostilizarse delante de la puerta de la cámara en que agonizaba su general.

Despues, sus capitanes y amigos, Antípatro, Cratero, Perdicas, Lisímaco, Ariston, Euménes, Antígono, Seléuco, y otros que seria prolijo y fuera de propósito nombrar, se apoderaron por medio de la astucia ó de la fuerza de los diversos paises que constituian aquel vastísimo imperio, empezando entre sí una série de sangrientas guerras, en las que perecieron la mayor parte de ellos, arruinando de paso sus Estados, y facilitando así á las armas romanas la conquista de la Grecia y del Ásia, cuando los descendientes de Rómulo llevaron á aquellas regiones sus victoriosas águilas.

Príncipe dotado de grandes cualidades, pero de mas grandes defectos, Alejandro ofreció un acabado ejemplo de cuántas debilidades y grandezas puede abrigar el corazon humano.

Arrojado hasta rayar en temerario, arriesgó constantemente su vida como el último de sus soldados.

En el sitio de Mallas, la ciudad mas belicosa de la India, trepó el primero por una escala hasta lo alto de los muros, donde combatió casi solo contra la muchedumbre de enemigos que cayeron sobre él, matando á muchos de ellos, y recibiendo en cambio varias heridas, entre ellas un flechazo en el pecho, que le derribó en tierra, y que hubiera sido causa de que acabase allí su existencia, si levantándose prontamente, no hubiera dado muerte al indio que le habia herido y que se disponia á cortarle la cabeza con su alfanje.

Estando á punto de morir de sed al atravesar los desiertos de Libia, le fué presentado un jarro de agua, que derramó en el suelo, no queriendo ser el único entre sus guerreros que satisfaciese aquella apremiante necesidad.

Excesivamente confiado en ciertas ocasiones con sus amigos, presentó con una mano á Filipo, su amadísimo médico, la carta en que le acusaban de querer envenenarle, mientras apuraba con la otra una pocion que le habia preparado.

Cuando la madre de Darío cayó prisionera, juntamente con la esposa é hijas del monarca persa, como dejamos dicho, se echó á los piés de Efestion, tomándole por el héroe macedonio, quien mirando cariñosamente á su amigo, dijo á la infeliz reina:

«¡No te equivocaste, oh, madre; es otro Alejandro!»

Naturalmente liberal y magnánimo, supo despreciar en un principio á los aduladores palaciegos, especie de vampiros que se alimenta con la sangre y el sudor de los pueblos, y que anida en las gradas de los tronos.

Hablando de este asunto con algunos amigos, díjoles un dia:

«¡Cuánto me gustaria resucitar dentro de pocos años para escuchar lo que hablarán de mí! Ahora no me sorprende que me alaben todos: unos me temen; otros esperan algo de mi munificencia.»

Durante su navegacion por el Hidáspes, Aristóbulo, su historiógrafo, le leia el diario de su expedicion á la India; y porque revestia la verdad de muchas ficciones, le arrancó el manuscrito de las manos, y lo arrojó al rio, diciendo:

«¡Otro tanto mereces que hiciera contigo, ya que te atreves á atribuir hazañas falsas á Alejandro!»

El arquitecto Estasicrates, se presentó á él, proponiéndole cortar el

monte Átos, de modo que figurase su estátua, la cual debia tener en una mano una ciudad de diez mil habitantes, y en la otra una peña que daba nacimiento á un caudaloso rio.

Alejandro rechazó desde luego este colosal proyecto, que á realizarse, habria legado su imágen á la mas remota posteridad.

Á punto de expirar, le preguntó Perdicas:

—¿Cuándo quieres, que te se tributen los honores divinos?

—Cuando seais dichosos, contestó el héroe.

Lo que queria decir:

—¡Nunca!

¡Deplorable es, en verdad, que tan hermosas cualidades, que presentan á este hombre extraordinario como el mas acabado tipo caballeresco de la antigüedad, se corrompieran por su carácter excesivamente violento, por una prosperidad continua, y sobre todo, por esa maldita raza de enemigos de la especie humana, los aduladores!

Los antiguos cortesanos de Dionisio el Jóven, tirano de Siracusa, acudieron despues de la caida de aquel malvado á adular á Alejandro. Los desdichados sofistas que extraviaban con sus predicaciones á los impresionables atenienses, empleaban su elocuencia en adormecer los remordimientos del héroe, justificando sus primeras iniquidades. Unos disculpaban el asesinato de Clito, atribuyéndolo á la cólera de Baco: otros procuraban atenuar este crímen, diciendo, que la justicia tiene su asiento junto al trono de Júpiter, para indicar con esto que son justas todas las acciones de los reyes.

Calixtenes, víctima á su vez de la suspicacia de Alejandro, disculpó indirectamente, no obstante su pretendida rectitud é independencia, la muerte del leal Parmenion. Anaxarco aconsejaba al gran conquistador que mandase traer á su mesa las cabezas de los reyes y sátrapas vencidos, y cuando oia bramar en los aires la tempestad, preguntaba descaradamente al macedonio:

«¿Eres tú quien truenas, oh, hijo de Júpiter?...»

Efectuábase el despojo del tesoro de Susa, donde se encontraron cuarenta y ocho mil talentos en barras, y nueve mil en monedas de oro; telas de púrpura que valian cinco mil talentos, tan hermosas, que parecian acabadas de salir de manos del obrero, aunque hacia ciento noventa años que estaban allí depositadas; vasijas llenas de agua del Nilo y del Danubio, para atestiguar la extension del imperio persa, y un trono de oro, maravillosamente esculpido.

Presentado este trono á Alejandro, sentóse en él; mas como era de corta estatura, y no llegase con los piés al suelo, uno de sus cortesanos le puso por escabel la mesa de Darío.

Testigo de tal profanacion un eunuco del desgraciado soberano, se echó á llorar amargamente, considerando que servia de peana al nuevo señor aquel mueble en el cual su antiguo amo se habia reclinado tantas veces.

Conmovido el héroe ante el sincero dolor que demostraba aquel hombre, ordenó que retirasen la mesa. Pero Filótas se opuso á ello, diciendo:

«No habiéndose puesto ahí por tu mandato, de nada tienes que avergonzarte. La Providencia lo permitió así, para indicar la instabilidad de las grandezas humanas.»

Convencido por estas artificiosas palabras, mandó el macedonio que dejasen la mesa donde estaba.

Demarato de Corinto lloraba enternecido viéndole sentado en aquel trono, llamando infelices á cuantos griegos habian muerto antes de contemplar á Alejandro en toda su majestad, y Atenófanes de Aténas, para divertirle mientras se bañaba, le sugirió la diabólica idea, que permitió, cruel, ejecutar, de ungir de nafta á un pobre jorobado, y prenderle fuego; horrible diversion que costara la vida á aquel infeliz.

Ya hemos visto cómo, incitado por una ramera, incendió por su mano á Persépolis.

Grande en los campos de batalla, Alejandro, si se nos permite la frase, fué todavía mas grande en la corrupcion. Despojándose de sus arreos militares, se presentaba unas veces vestido de Mercurio, y otras de Hércules ó de Júpiter, para llevar á cabo en infames trasformaciones infamias que el pudor nos prohibe descubrir.

Con objeto de amoldarse á los usos de los pueblos que conquistara, se hizo supersticioso en Egipto, disoluto en Persia, y en todas partes déspota, y de consiguiente cruel, ya á causa de la embriaguez á que se entregaba con demasiada frecuencia, ya movido por las sospechas que hacian nacer en él sus favoritos.

La horrible mortandad de Tébas; los defensores de Tiro y de Gaza crucificados; el incendio y saqueo de muchas ciudades, y el asesinato de sus mejores amigos, son hechos que acusan á Alejandro ante el tribunal de la posteridad, pidiéndole que sustituya al dictado de *grande* que le adjudicó, el de *azote de la especie humana.*

La familia de este conquistador se componia á su muerte de los indi-

viduos siguientes: Rojana y Statira, sus viudas, de las que la primera dió á luz, tres meses despues de haber fallecido el héroe, un niño, que debia ser el heredero del nombre de su padre y del imperio; Hércules y Filipo Arideo, hijo ilegítimo el uno, y hermano natural el otro de Alejandro; su orgullosa y vengativa madre Olimpia; Cleopatra, su hermana; la astuta Euridice, hija de Ciana, hermana de Filipo, que casó despues con Arideo, y por último, Tesalónica, hija tambien de Filipo, que se unió á Casandro de Macedonia.

Todos estos personajes, con cortas excepciones, sucumbieron de un modo trájico, unos por el veneno, otros por el puñal, y todos por su ambicion sin límites, que les impulsó á asesinarse mútuamente, sin respetar los lazos de sangre que los unian.

La maldicion de Dios pareció haber caido sobre la familia del héroe macedonio, igualmente que sobre el grande imperio que habia formado, y que se deshizo cual se disipa una columna de humo á impulso de una ráfaga de viento.

El primero tal vez que acarició el vano sueño de la monarquía universal, ¿qué dejó en pos de sí este conquistador? Ódios, insaciables ambiciones, guerras interminables, la esclavitud, en fin, de la Grecia y del Ásia.

Dos mil doscientos años han trascurrido desde que existió este héroe, y ya es un sér fabuloso para muchas personas poco versadas en la historia de la antigüedad. De aquí á igual período de tiempo, el nombre de Alejandro se habrá borrado de la memoria de los pueblos y de sus respectivos idiomas, como se olvidaron los de otros grandes capitanes que le precedieron.

¿Sucederá lo mismo con los gloriosos nombres de Guttemberg, Colon, Watt, Fulton, Stephenson, y otros cien bienhechores de la humanidad? ¡Ah! no: éstos vivirán eternamente, porque, como ha dicho muy bien un profundo escritor contemporáneo, «la posteridad solo hace justicia á los grandes hombres que no se valen de las armas para dominar á sus semejantes.»

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ALEJANDRO MAGNO.



ANNIBAL

ANÍBAL.

[illegible] de Cartago, era [illegible]
[illegible]
mundo, quedan[illegible] la contienda [illegible]
dernos en pormen[illegible]
de la gran repúbli[illegible]
Aníbal, el mas ilustre de [illegible]

Nacido en la misma Ca[illegible]
Amílcar Barca, exclarecido [illegible] en Sicilia y en España, y mas aun por la fundacion de Bar[illegible], que se le atribuye, hizo jurar al futuro héroe sobre el ara de Melkarth,[1] cuando contaba solamente la edad de nueve años, perpétua enemistad á los romanos.

No pudo, en verdad, [illegible] su ódio á persona mas capaz de satisfacerlo. Educado en los [illegible] de la [illegible]
reunia tanta capacidad como [illegible] las cosas mas opuestas [illegible]
obedecer y para mandar; para [illegible]
de los capitanes; para concebir [illegible]

Dotado de robusta constitu[illegible]
armas, y sediento de gloria y [illegible]
ser en extremo hábil en la tác[illegible]

[1] Nombre dado á Hercules en Gad[illegible]
su honor una inmensa hoguera, de [illegible]
águila, símbolo del año nuevo que [illegible]
ciudades se le sacrificaban niños.



ANIBAL.

(247 Á 183 ANTES DE J. C.)

Tan conocida como es la historia de Cartago, esa obstinada enemiga de Roma, á quien disputó encarnizadamente durante un siglo el imperio del mundo, quedando al fin vencida en la contienda, creemos ocioso extendernos en pormenores acerca de la fundacion, costumbres é instituciones de la gran república africana, pasando desde luego á referir la vida de Aníbal, el mas ilustre de sus generales.

Nacido en la misma Cartago el año 247 antes de nuestra era, su padre, Amílcar Barca, exclarecido por sus victorias en Sicilia y en España, y mas aun por la fundacion de Barcelona, que se le atribuye, hizo jurar al futuro héroe sobre el ara de Melkarth,[1] cuando contaba solamente la edad de nueve años, perpétua enemistad á los romanos.

No pudo, en verdad, legar Amílcar su ódio á persona mas capaz de satisfacerlo. Educado en los duros ejercicios de la guerra española, ninguno reunia tanta capacidad como Aníbal para las cosas mas opuestas; para obedecer y para mandar; para captarse la voluntad de los soldados y la de los capitanes; para concebir un plan y para ejecutarlo.

Dotado de robusta constitucion y de esbelta figura; apasionado por las armas, y sediento de gloria y de renombre, unia á estas cualidades la de ser en extremo hábil en la táctica y extrategia de su tiempo.

[1] Nombre dado á Hércules en Gades, Cartago, Malta y Tiro, donde todos los años se elevaba en su honor una inmensa hoguera, de cuyas llamas hacian salir los sacerdotes de esta divinidad un águila, símbolo del año nuevo que renacia de las cenizas del que le precediera. En alguna de dichas ciudades se le sacrificaban niños.

El mas intrépido entre los peones; el mejor de los ginetes; sobrellevando con alegría y sin distinguirse del mas ínfimo soldado las fatigas de las marchas y los trabajos del campamento; insensible á las inclemencias del tiempo; el primero en el ataque; el último en las retiradas; sin piedad, sin fé; incapaz de sentir remordimientos por la violacion de la palabra empeñada ó de los pactos hechos con el enemigo, reunia Aníbal cuantas dotes podian apetecerse en un caudillo destinado á hacer frente á los astutos al par que exforzados generales romanos.

Tal era nuestro héroe á los veinte y un años.

Hallábase en España militando á las órdenes de su cuñado Asdrúbal, general del ejército cartaginés que disputaba á Roma la posesion de nuestra Península, cuando, asesinado este caudillo por un esclavo galo, se vió elevado al mando en jefe de las tropas, por aclamacion de las mismas.

Sin que arredrase á Aníbal la grave responsabilidad que asumia al aceptar tan elevado cargo, púsose al frente del ejército.

Conociendo que para hacerse dueño absoluto de España, y librar á Cartago de su rival la poderosa Roma, era necesario llevar la guerra á la misma Italia, empezó, para asegurar la sumision del centro de España, por atacar á los Olcades y á los Carpetanos. Vencidos estos pueblos, encaminóse al Ebro. Pero allí le esperaban los romanos, que le cerraron el paso, dispuestos á hacerle respetar el tratado celebrado por ellos con Amílcar, por el cual aquel rio servia de límite á las posesiones de Roma y de Cartago.

Viéndose superior en número, y consultando solo á su animosidad, acometió Aníbal á sus enemigos, los derrotó, y continuó sometiendo los pueblos aliados de los romanos.

Precedido de la fama que le granjearan sus recientes victorias, llegó el cartaginés ante los muros de Sagunto, ciudad independiente y poderosa, situada en el mismo lugar que hoy ocupa Murviedro, en la provincia de Valencia.

Confiando los saguntinos en que Roma, su aliada, les enviaria socorro, despidieron fieramente á los parlamentarios que fueron á intimarles la rendicion en nombre de Aníbal.

Entonces el jóven general cercó estrechamente la plaza.

Despues de ocho meses de asedio, en que los sitiados hicieron prodigios de valor, aquejados del hambre, y viendo que no eran socorridos, tomaron la desesperada resolucion de perecer todos antes que rendirse.

A este fin, hicieron con sus mas preciosos muebles y ropas una inmensa

hoguera, á la cual se arrojaron, degollando antes á sus mujeres é hijos, para que no quedasen esclavos del vencedor.

Este acontecimiento tuvo lugar el año 219 antes de la era cristiana.

Al penetrar Aníbal en Sagunto, la halló convertida en un monton de humeantes ruinas, lo que no impidió que, al mismo tiempo que admiraba la indomable energía de aquellos valerosos iberos, se apoderase de las alhajas y objetos de valor que no habia podido consumir el fuego.

Mientras los saguntinos consumaban su noble sacrificio, Roma deliberaba acerca de si debia ó no socorrerlos. Cuando supo la catástrofe ocurrida á sus fieles aliados, envió embajadores á Aníbal, para protestar contra su agresion. Pero no queriendo escucharlos el caudillo africano, pasaron á Cartago, y pidieron que fuese destituido y castigado el gran general, como violador del derecho de gentes.

Enterado el Senado cartaginés de la demanda, respondió á los enviados, que aunque quisiera, no estaba en su mano el otorgar la satisfaccion que pedian.

Al oir esta respuesta Quinto Fabio, uno de los embajadores, alzando el extremo de su toga, dijo á los senadores:

—Ya que así lo quereis, aquí os traigo la paz ó la guerra: ¡escoged!

—Danos la que quieras, respondieron unánimes los cartagineses.

Fabio soltó la toga, y exclamó con voz solemne:

—¡Os dejo, pues, la guerra!

Y estalló la segunda guerra Púnica, que Tito Livio llama *maxime memorabile omnium*, y que la posteridad recuerda todavía con horror, despues de tantas como han ensangrentado la tierra.

Al emprender esta nueva lucha, no tenia Roma que habérselas con gavillas de ladrones de la Istria ó de la Iliria, ni con las tríbus galas, valientes, sí, pero faltas de táctica y disciplina. Esta vez debia medirse con un pueblo que hacia veinte y tres años que vencia en España, donde habia conquistado ciudades belicosísimas; que tenia un ejército aguerrido, y un gran general. Tratábase de una guerra de raza, de pasion, en la que debia emplearse la astucia antes que la fuerza, y en la cual habia de ser muy varia la fortuna y costosa la victoria.

Conociendo cuán fatal podia serle una derrota, hizo Roma grandes preparativos de ejércitos propios y aliados, y dirigió súplicas á los dioses para que dieran el triunfo á sus armas.

No contenta con esto, solicitó la amistad de los españoles; pero éstos respondieron, que la buscase entre otras gentes á quienes no hubiese enseñado el ejemplo de Sagunto con qué eficacia protegia á sus aliados.

Los galos, á quienes tambien se dirigió, rogándoles que cerraran el paso á los cartagineses, contestaron, burlándose, que ni Cartago habia merecido mal de ellos, ni debian á Roma ningun beneficio, y que solo sabian que esta última habia tratado de expulsar de Italia á sus hermanos.

En tanto Aníbal, rico con los despojos de los saguntinos, y juzgando que era llegado el momento de realizar sus planes, dejó diez y seis mil soldados á su hermano Asdrúbal para guardar la España, y se dirigió á Italia acaudillando un brillante ejército, compuesto de africanos é iberos auxiliares.

Creyendo los romanos que el cartaginés atravesaria el mar para invadir su territorio, cubrieron el Mediterráneo con sus triremes, esperando destruir la expedicion en una sola batalla. Pero Aníbal burló esta presuncion decidiendo ir á Italia por los Alpes.

Empresa en verdad difícil, sino imposible, era la que se proponia el caudillo africano; mas desde que Alejandro conquistara la India, atravesando para efectuarlo las regiones mas áridas é inhospitalarias, ninguna dificultad parecia invencible á los guerreros que tomaban á aquel héroe por modelo.

Antes de ponerse en marcha, hizo Aníbal extender el rumor entre sus soldados, de que Melkarth, su dios patrio, se le habia aparecido en el santuario de Gades, para anunciarle la victoria y enseñarle el camino, que comparó por su sinuosidad con los complicados anillos de una inmensa serpiente.

Al llegar á la cumbre de los Pirineos, disipó los recelos de los galos que habitaban la pendiente septentrional de aquellos montes, arreglando con ellos un tratado de alianza, célebre por su singularidad, puesto que en él se estipulaba entre otras cosas, que cualquiera discordia que pudiera surgir entre los cartagineses y los indígenas, seria dirimida por las mujeres galas. [1]

Seguro por este lado Aníbal, continuó su marcha; pasó el Ródano y el

[1] Otro tratado semejante refiere Pausánias hablando de los Eleos, que mirándose agraviados por los Pisanos, y habiendo pedido inútilmente satisfaccion á Demofonte, tirano de Pisa, á la muerte de éste convinieron con los ofensores en someter sus diferencias á la decision de diez y seis mujeres, escogidas una por cada ciudad de los Eleos. Agradó tanto la sentencia que pronunciara aquel Jurado femenil, que se estableció un tribunal de diez y seis matronas, para que presidiera los juegos de Juno, y concediese el premio al que considerara mas digno de él.

Durance, y principió á últimos de Octubre á atravesar los Alpes, nevados, peligrosos, y tan temibles, que hasta entonces solo algunas hordas galas habian osado aventurarse en ellos, para caer, cual bandadas de famélicos buitres, sobre las posesiones romanas, que saqueaban y destruian, ó ir á unirse á sus hermanos establecidos en las riberas del Pó.

A pesar de que algunos de aquellos galos debieron servir de guias á Aníbal en su difícil viaje, fué éste tan desastroso, que de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos conque habia salido de Cartagena, no le quedaban al pisar el suelo de la Italia mas que veinte mil combatientes de á pié y seis mil de á caballo.

Empero quedábale su alianza con los galos, y su indomable valor; por lo que, habiendo llegado á los cinco meses de marcha al pais de los Taurinos, bajó resueltamente al Pó, donde ya sus aliados habian derrotado á los romanos, mandados por el cónsul Manlio.

La primera resolucion de Roma al saber la invasion que la amenazaba, fué enviar un ejército al África, otro á España y otro á la Galia. Este último fué deshecho por los galos, como queda dicho, y los otros dos, viendo á Aníbal descender de los Alpes, se detuvieron para atender á la defensa de la patria.

Rehecho algun tanto el cartaginés de su penosa caminata, llegó á orillas del Tesino. Allí, Publio Cornelio Escipion, que acaudillaba uno de los citados ejércitos, le presentó batalla; pero la perdió. Igual suerte cupo á Tiberio Sempronio, que se opuso á Aníbal junto al Trebia, donde quedaron tendidos treinta mil romanos.

Las llanuras del valle del Pó ofrecian un magnífico campo de batalla á la excelente caballería africana. Los galos alistados por los romanos, desertaban á miles, pasándose á Aníbal, que de este modo se encontró en breve á la cabeza de noventa mil guerreros.

No tenia, sin embargo, demasiados motivos de alegría á pesar de sus triunfos. Su ejército se componia de aventureros de diversos paises, allegados de cualquier modo, ardientes, indóciles, orgullosos con la victoria, que querian imponer á su general la hora y el sitio de la batalla, y que refrenados por su férrea mano, conspiraban contra él, hasta el punto de que, para eludir sus asechanzas, se viera obligado á cambiar continuamente de traje.

Desde el Trebia, donde habia quebrantado el poder romano, encaminóse el cartaginés al Trasimeno. Allí encontró otra vez á sus enemigos,

mandados por Flaminio, y los derrotó de nuevo, matando á su caudillo.

Al penetrar en Italia el astuto africano, habia dicho que iba á libertarla del yugo de Roma. Por eso, los pueblos sojuzgados por la orgullosa república, acogieron con los brazos abiertos al pretendido libertador, prestándole toda clase de auxilios en hombres y elementos de guerra, y levantando al punto el grito de independencia, que resonó desde los Alpes hasta las costas del Adriático.

Este levantamiento, unido á los sangrientos reveses que sufrieran sus armas, infundió gran terror en Roma, que anteponiendo á sus instituciones republicanas su propia conservacion, ofreció la dictadura al prudente Fabio Máximo, el único hombre de guerra capaz de medirse con el caudillo cartaginés.

Sin que desconociera Fabio la magnitud de la empresa que acometia, aceptó la mision de defender su patria. Como primeras medidas, fortificó á Roma, y cortó sus magníficos puentes. Despues, comprendiendo que no se trataba ya de defender la Italia, sino la capital, tuvo el valor de esperar la ocasion de tomar la ofensiva, sufriendo con heróica resignacion los insultos de sus conciudadanos, que le acusaban de impericia y cobardía, mientras Aníbal penetraba á su vista en la Italia Meridional y en la Umbría hasta Espoleto, devastando las feraces campiñas de Falerno.

Los acontecimientos vinieron á encargarse de justificar la conducta del prudentísimo dictador.

Padeciéndose escasez de víveres en el campo de Aníbal, pensaba ya el gran general en retroceder hasta la Galia, cuando el cónsul Marco Terencio Varron, confiando en el brillante ejército que mandaba, y desoyendo temerariamente los consejos de Fabio y de Paulo Emilio, su colega en el mando, presentó la batalla al cartaginés, en Cannas, á orillas del Ofanto.

Los guerreros de Aníbal parecieron intimidados al ver que los romanos les eran infinitamente superiores en número; pero el consumado general, sin hacer caso de este movimiento de terror, montó á caballo, hizo tomar las armas á sus soldados, y seguido de una pequeña escolta, fué á situarse sobre una altura inmediata á su campo, desde donde pudo contemplar al ejército de Varron, formado en batalla y pronto á acometerle.

Giscon, uno de los oficiales que le acompañaban, hombre de elevado nacimiento, llamó su atencion sobre la muchedubre de enemigos que tenia delante.

Frunció Aníbal las cejas al escuchar la observacion de Giscon; pero dominándose al punto, dijo jovialmente:

—Una cosa mas asombrosa aun se te ha escapado, amigo.

—¿Cuál? preguntó el oficial.

—La de que entre esa multitud de guerreros no hay uno solo que se llame Giscon.

Este chiste hizo reir, por lo inesperado, á cuantos se hallaban presentes, y repetido por ellos á los soldados, fué celebrado con grande algazara, infundiéndoles ánimo, pues no podian creer que su general se chanceara en el momento del peligro, si no se considerase bastante fuerte para derrotar al enemigo.

Segun varios autores que han reseñado esta célebre batalla, empleó Aníbal para vencer en ella dos estratajemas á cual mas ingeniosas, que le dieron excelentes resultados. Fué la primera la de colocar sus tropas de modo que recibiesen por la espalda un fuerte viento de levante que reinaba, y que alzando inmensa polvareda de la arenosa llanura en que se combatía, azotaba de frente á los romanos, cegándolos y obligándoles casi á romper las filas. El segundo ardid consistió en dar á su órden de batalla la forma de un triángulo, en cuyo vértice se colocó él mismo con los soldados menos aguerridos, poniendo á los lados á los mas fuertes y animosos, á quienes ordenó, que adelantándose rápidamente cuando vieran al enemigo arrollar el ángulo en que él se hallaba, lo rodearan por todas partes; con lo que les aseguró que seria suya la victoria.

Esta maniobra es exactamente la misma que dos mil años despues practicó Nelson en Trafalgar; la famosa cuña conque rompió la línea de la armada franco-española, destrozándola, y hundiendo en el Océano el poderío de nuestra marina, sin que le fuera dado hacer lo mismo con su gloria.

Empezado el combate, lanzó el cartaginés una exclamacion de alegría, viendo que todo sucedia como lo habia pensado. Sus huestes de africanos, cubiertos de corazas ganadas en las batallas del Trebia y del Trasimeno; sus galos auxiliares, con sus largos aceros; sus españoles, tan sufridos y veloces en la carrera; aquellos desnudos hasta el ombligo; éstos vestidos de blanco y con los escudos iguales, cayeron como tigres sobre los romanos á una señal de Aníbal, haciendo en ellos espantosa matanza.

Roma perdió setenta mil hombres en esta desastrosa jornada, entre ellos ochenta senadores y muchos personajes distinguidos que servian en clase de voluntarios; siendo tantos los caballeros que perdieron allí la vida,

que con sus anillos de oro se llenaron tres modios y medio, que ofreció Aníbal al Senado cartaginés como trofeo de la victoria.

De los dos cónsules que mandaban en Cannas el ejército romano, uno de ellos, Varron, pudo salvarse huyendo á rienda suelta con muy pocos ginetes; el otro, Paulo Emilio, despues de combatir como un héroe, se hizo matar honrosamente al frente de sus tropas.

Indecible espanto se apoderó de Roma al tener noticia de esta catástrofe que la ponia á merced de su enemigo. Muchos de los principales ciudadanos hablaban ya de entrar en pactos con el cartaginés para desarmar su cólera; pero prevaleciendo la opinion de los que amaban verdaderamente la patria, se decidió resistir hasta el último extremo.

Mas no tuvieron necesidad los romanos de imitar el heroismo de los saguntinos. Aníbal se contentó con presentarse delante de la gran ciudad, y contemplarla desde una altura: despues, alejándose bruscamente, fué á establecer sus cuarteles en Cápua.

Esta imprevista determinacion disgustó al ejército, que ansiaba apoderarse de Roma para enriquecerse con sus despojos; llegando á tal extremo el descontento, que Maharbal, general de la caballería, que habia contribuido poderosamente á ganar la victoria de Cannas, se atrevió á decir á su jefe:

«¡Sabes vencer, Aníbal; pero no aprovecharte de la victoria!»

Cuantos historiadores se han ocupado del gran guerrero cartaginés, no pueden disimular su extrañeza ante tan misteriosa retirada. Pero, ¿podia verdaderamente apoderarse de Roma el africano, y conservar su conquista de un modo estable por la sumision de todos los pueblos tributarios ó aliados de la ciudad de Rómulo? En primer lugar, se habia separado demasiado del Norte de la Italia, por donde reforzaba sus ejércitos con los contingentes de su amiga la belicosa Galia; habia perdido además la mayor parte de los caballos, tan preciosos para los africanos, y en general para los soldados mercenarios, que privados de patria y de familia, cifran todo su cariño en el noble animal que les ayuda á soportar las fatigas de la guerra, y no teniendo á su disposicion ni una ciudad, ni una fortaleza, le era necesario hacerse con una de ellas, donde pudiera establecer sus almacenes y recojer sus tropas en el caso de mostrársele adversa la fortuna en sus nuevas empresas.

Hé aquí porqué, en nuestro concepto, retrocedió Aníbal sin atacar á Roma.

Instalado en Cápua, que le abrió sus puertas, brindándole con los placeres de la segunda ciudad de Italia, vió el africano con honda pena relajarse la disciplina de sus soldados y disminuir su valor.

En efecto, aquellos audaces aventureros, númidas, galos, italianos é iberos, que tenian por único oficio la guerra, y á quienes la silla del caballo ó el helado suelo del campamento habian servido de lecho durante tres años, embriagados con los deleites y el bienestar que encontraron en la voluptuosa Cápua, se afeminaron, llegando á perder sus hábitos militares, y hasta á rebelarse contra el caudillo que siempre les guiara á la victoria, cuando trató, por medio del castigo, de que renaciera en ellos su antiguo ardor bélico.

En tanto los romanos, aleccionados por la desgracia, hicieron justicia al talento y pericia de Fabio, confiándole enteramente la direccion de la guerra.

Ciñéndose en un principio á la defensiva, evitó Fabio cuidadosamente empeñarse con Aníbal en otra batalla campal, que hubiera completado la ruina de su patria, contentándose con molestar á los cartagineses privándoles de los socorros de sus aliados, y tomándoles á traicion algunas ciudades que ellos habian ganado del mismo modo.

Roma se ostentaba mas grande cuanto mayores fueran sus desgracias. Ante lo inminente del peligro, toda la juventud tomó las armas; ocho mil esclavos formaron un cuerpo de voluntarios, que combatió heróicamente en defensa de sus señores, y con los restos de las legiones derrotadas en el Trebia y en Cannas formáronse otras nuevas, que, llenas de confianza en la victoria, ansiaban lavar la mancha que cayera sobre sus armas en aquellas desastrosas jornadas.

Cuando Fabio creyó que su ejército estaba bastante aguerrido para medirse con los invasores, se presentó delante de Cápua, que tomó, á pesar de los prodigios de valor que hizo Aníbal para salvarla.

No pudiendo contar ya el gran general con el antiguo valor de sus degenerados mercenarios, se abrió paso con ellos por entre el ejército romano, reconcentrándolos en la Daunia y en la Laconia, enviando en seguida á llamar á su hermano Asdrúbal, que como dejamos dicho, habia quedado en España con una parte de las tropas cartaginesas.

Roma, para impedir la reunion de las fuerzas de ambos hermanos, opuso á Asdrúbal en la Península Ibérica á Cneo y Publio Escipion, que alcanzaron al principio algunas ventajas contra los africanos; pero que

despues fueron vencidos y muertos por Asdrúbal en una sangrienta batalla dada en las inmediaciones de Lorqui, villa de la provincia de Murcia.

De nada sirvió que se encargara de vengar á su tio y padre el jóven Publio Cornelio Escipion, llamado despues el Africano, que pasó á España llevándolo todo á sangre y fuego, pues no pudo impedir que llevase Asdrúbal su ejército á Italia.

Este general, á quien llama Diodoro el mas grande de su época despues de Aníbal, atravesó rápidamente los Pirineos y los Alpes, y ya lisonjeaba al héroe cartaginés la esperanza de su próxima llegada, cuando una noche arrojaron á su campo la cabeza de su hermano, que habia sido derrotado y muerto en Metauro, por los cónsules Livio Salinator y Claudio Neron.

No quedando ya otro recurso á Aníbal que mantenerse á la defensiva, se retiró al Abruzo, donde con su débil ejército hizo frente durante tres años á sus numerosos enemigos, que no pudieron vencerle, aunque le veian maltratado por la fortuna y abandonado de todos sus aliados.

Comprendiendo Cartago la difícil posicion en que se hallaba su gran general, consintió en enviarle socorro, haciendo desembarcar en Génova á Magon, su segundo hermano, con catorce mil hombres escogidos. Pero vencido tambien este caudillo, consiguió á duras penas reunirse con Aníbal, á quien llevó solamente su valeroso brazo.

La marcha de Asdrúbal habia facilitado á Escipion la conquista de toda la España cartaginesa hasta Cádiz.

Animado por sus victorias este tan jóven cuanto hábil general, y con objeto de echar de Italia á Aníbal, concibió la atrevida idea de llevar la guerra á la misma Cartago; idea que realizó, á pesar de la viva oposicion que encontró en Roma semejante proyecto.

Venciendo cuantos obstáculos se le ofrecieron, reunió Escipion en Sicilia un poderoso armamento, y dándose á la vela, desembarcó en África el año 204 antes de nuestra era.

Sorprendida Cartago ante esta inesperada invasion, se creyó perdida, y llamó á toda prisa á Aníbal y á Magon para que la salvaran.

No sin despecho obedeció Aníbal la órden que le imponia el deber de dejar la Italia, aquel hermoso pais que tanto codiciara y del que hubo un dia en que se creyó dueño. Diez y seis años lo habia recorrido en todas direcciones, robándolo, talándolo, arruinando á amigos y á enemigos, y exterminando á cuantos le inspiraban temor ó de cuyos bienes tenia necesidad para mantener á sus mercenarios.

Estando á punto de abandonarlo, y bajo pretexto de visitar las guarniciones que dejaba en las fortalezas que aun poseia, envió Aníbal sus comisarios á saquear á los mas ricos ciudadanos, y porque los pueblos se opusieron á estas depredaciones, hubo muchas violencias y gran derramamiento de sangre.

Horrible fué, por cierto, su salida de la Península Itálica. Queria llevarse á África veinte mil italianos que militaban bajo sus banderas; pero como no accedieran á seguirle sino los reos de muerte y otros criminales que se miraban fuera de la ley, hizo á los demas esclavos de éstos; y porque se avergonzaban de convertirse en señores de sus propios hermanos, los reunió á todos con cuatro mil caballos y bastantes bestias de carga, y los pasó á cuchillo.

¡Con esta inmensa hecatombe se despidió de Italia el africano!

Apenas vió Cartago á su gran general, cobró aliento creyéndose salvada, y faltando á la tregua que tenia pactada con los romanos, se apoderó de algunas naves de éstos, que, impelidas por la tempestad, buscaron un refugio en su puerto.

Este ultraje enardeció á Escipion, que juró tomar de él señalada venganza.

Puesto inmediatamente Aníbal al frente de todas las fuerzas cartaginesas, cerró el paso á Escipion. Ambos caudillos, reconocidos como los dos mejores generales de su tiempo, pretendieron engañarse por medio de admirables maniobras, que aun hoy dia son estudiadas por los que se dedican al arte de la guerra, sin que ni uno ni otro pudiera alcanzar ninguna ventaja sobre su antagonista.

Aníbal, que conocia muy bien el formidable enemigo que se le oponia, no se daba prisa á combatir. Cuando sus conciudadanos, cansados de tanta dilacion, le excitaron á dar la batalla, les respondió, que cuidase cada cual de cumplir su deber, porque el estarse quieto ó moverse era negocio exclusivamente suyo.

Demasiado sagaz para comprender que no podia luchar con ventaja contra Escipion, que le era igual en conocimientos militares, y muy superior en cuanto á fuerzas y elementos de guerra, solicitó Aníbal una entrevista con el general romano.

Escipion accedió á la demanda, y tuvo lugar entre los dos capitanes una conferencia, en la que el cartaginés pidió la paz á su adversario, ofreciendo cederle en cambio la Sicilia, la Cerdeña y la España, que tenia ya perdidas.

Rechazó Escipion las condiciones que se le proponian, imponiendo á su vez otras, que Aníbal consideró inadmisibles.

Entonces, rotas las negociaciones, se dió la sangrienta batalla de Zama, el año 202 antes de Jesucristo, y aun cuando los cartagineses pelearon como hombres que defienden su patria y sus familias, desplegando además todo el ódio de la raza africana contra la latina, fueron vencidos y casi exterminados.

Despues de esta batalla, que puso á Cartago á los piés de su implacable enemiga, recibió la paz con las condiciones de que habia de entregar todos sus elefantes, máquinas de guerra y naves, excepto las triremes; que pagaria en cincuenta años una indemnizacion de diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma, y que daria como rehenes cien de sus principales ciudadanos.

Era esta una de aquellas paces que degradan á un pueblo, y que le reducen para siempre á la impotencia.

Cuando los embajadores cartagineses fueron á Roma á solicitar la sancion del tratado, preguntóles un senador:

—¿Á qué dioses llamareis ahora por testigos de vuestras pacíficas intenciones, vosotros que ofendísteis á todos con vuestros perjurios?

—Invocaremos á los que nos han castigado con tanta severidad, respondió con amargura uno de los embajadores.

¡De tal modo se sentia Cartago envilecida!

El despecho de tal humillacion hizo que recobrase su influencia Aníbal, que, fiero é indomable, se halló de pié cuando todos estaban postrados. Seis mil quinientos mercenarios que le habian quedado, acostumbrados á vencer con él en España y en Italia, le constituian en árbitro de la desarmada Cartago. Así, se hizo nombrar *sufeta*,[1] y empezó, tan hábil político como gran general, á regenerar la patria, mejorando la administracion de la Hacienda, pagando las deudas antiguas, haciendo volver al fisco lo mal tomado, y mostrando que la represion de los concusionarios reporta mas beneficios á un Estado que la imposicion de un tributo nuevo. Además de lo dicho, empleó á los soldados ociosos en plantar olivos y en otras tareas análogas, esperando con la agricultura y el comercio vigorizar á la aniquilada Cartago, á la cual deseaba convertir en el centro de una gran liga contra Roma.

[1] Nombre conque se designaba á los primeros magistrados de Cartago. Su autoridad duraba un año como la de los cónsules romanos.

A este fin, entabló secretas relaciones con los españoles, con los galos, con los macedonios, en una palabra, con todos los que odiaban á los romanos, y ya se disponia á arrojarse de nuevo sobre la Italia á la cabeza de un formidable ejército, compuesto de los contingentes que debian aprontar los citados pueblos, cuando el Senado de Roma, informado de estos designios, exigió á los cartagineses que le entregasen á Aníbal, como perturbador de la paz y violador de los tratados.

No hallándose todavía dispuesta á resistir, iba Cartago á cometer una insigne cobardía poniendo en manos de sus mortales enemigos al ilustre caudillo; pero el vencedor de Cannas ahorró este oprobio á su patria, huyendo de ella para ir primero á buscar un asilo en Siria, al lado de Antíoco, y despues en Bitinia, junto á Prusias II, que le acogió con todas las consideraciones debidas á su mérito y á sus desgracias.

Anciano y enfermo vivia allí Aníbal, pensando tal vez en regenerar á su envilecida patria, cuando Tito Quinto Flaminino, que llegó de Roma para tratar con Prusias diferentes asuntos, vió al gran guerrero en la córte de este príncipe, y le exigió imperiosamente que se lo entregara.

De nada sirvieron las vivas instancias de Prusias para que Flaminino desistiera de su intento: amenazado por el romano con la guerra, tuvo que ceder, y hubiera consumado aquella infamia, si Aníbal, que estaba instruido de lo que pasaba, no decidiera quitarse la vida antes que verse prisionero de los que tanto odiaba.

Segun varios autores, hizo el cartaginés que un esclavo le ahogase; pero es mas verosímil que tomara un veneno, que á prevencion llevaba siempre consigo.

Refiere Tito Livio, que al darse la muerte, exclamó el desventurado caudillo:

«¡Libremos de una vez á Roma de este pobre viejo á quien tanto teme! ¡Pero Flaminino no reportará con mi muerte una victoria noble ni digna de los antiguos romanos, que avisaron á Pirro, su enemigo y vencedor, de que su médico queria envenenarle!»

Tan miserablemente acabó sus dias, el año 183 antes de Jesucristo, el hábil general que estuvo á punto de cambiar los destinos de la humanidad, puesto que, á haber vencido en Zama, Cartago habria sustituido á Roma en el dominio del mundo.

Cruel por naturaleza, avezado á los horrores de las batallas y heredero del ódio tradicional de su familia hácia todo lo que llevase el nombre romano,

Aníbal ejecutó inauditas crueldades, derramando friamente la sangre de sus enemigos. Ambicioso, sin fé y fecundo en ardides, nunca reparó en los medios que emplcara, con tal que pudieran conducirle al logro de sus deseos.

En cambio de tan malas cualidades, deben concederse al héroe africano las de una incontrastable fuerza de voluntad y un amor inmenso hácia su patria.

Aníbal poseia conocimientos muy superiores á los de los hombres de su tiempo; hablaba diferentes idiomas, y dejó escritas en griego muchas obras, entre ellas la *Historia de las expediciones de Cneo Manlio Vulso al Ásia contra los Galo-Griegos,* obras que desgraciadamente se han perdido.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ANÍBAL.



VIRIATO

[illegible]

[illegible] la desgraciada república at[illegible] el vigor necesario para agi[illegible]

Empero, no por eso esta[illegible] que un pueblo, invicto siemp[illegible]

Este pueblo era España[illegible]

[illegible] dose dueños los roma[illegible] Sudoeste la Lusitani[illegible]

Pero los espa[illegible] hazaron muy [illegible] sus ha[illegible]



VIRIATO.

(De 149 á 140 antes de J. C.)

Sentada triunfalmente Roma sobre las humeantes ruinas de Cartago, podia proclamar el triunfo de la fuerza sobre el derecho. Ningun nuevo enemigo se presentaba á continuar el tremendo duelo en que sucumbiera la desgraciada república africana, porque ni aun les quedaba á los vencidos el vigor necesario para agitarse bajo las espadas de los terribles legionarios romanos.

Empero, no por eso estaba cerrado en Roma el templo de Jano, puesto que un pueblo, invicto siempre que trató de defender su independencia, se habia atrevido á detener el vuelo de las águilas romanas.

Este pueblo era España.

Cuarenta años despues de terminada la segunda guerra Púnica, viéndose dueños los romanos de una gran parte de la Península Ibérica, la dividieron en dos provincias, á saber: al Levante la Tarraconense, y al Sudoeste la Lusitania ó Bética, dándoles dos pretores para gobernarlas.

Pero los españoles, así como habian repugnado el yugo de Cartago, rechazaron muy pronto el de Roma, tanto, que apenas iban trascurridos seis años desde que cesó enteramente en la Península la dominacion cartaginesa, empezaron contra los romanos una guerra homicida, ya por la naturaleza montuosa y quebrada del pais, ya por el indómito carácter de sus habitantes, los cuales, varones y hembras, jóvenes y ancianos, combatian encarnizadamente, teniendo á gloria el morir sin exhalar un gemido, convirtiendo cada eminencia, cada matorral, en una fortaleza;

haciendo, en fin, esa guerra sangrienta é interminable, que en nuestros dias debilitó el poder del gran Napoleon, preparando, ó mejor, acelerando su ruina.

Unidos ya de antiguo los españoles en sociedades numerosas, juraban vivir ó morir juntos cuando se veian amenazados de algun peligro, y ni uno solo faltaba á su juramento sobreviviendo á los demas; llegando á tal extremo su amor á la libertad, que se vió á una madre cántabra matar por su mano á su hijo único por no dejarlo en poder de los enemigos.

Expirando en el suplicio de la cruz, ó en cualquiera de los infinitos géneros de muerte que prodigaban los romanos, los prisioneros entonaban cantos bélicos, insultando á sus verdugos y desafiando su saña.

Vencidos muchas veces, pero jamás sojuzgados, llevaban consigo activos venenos, para darse la muerte si eran derrotados; y si por azar se veian reducidos á la esclavitud, mataban á sus amos, ó echaban á pique las embarcaciones en que eran conducidos.

Para dar una idea de la altivez de aquellos indomables iberos, bastará decir, que despues de haber sufrido una gran derrota, enviaron á decir á los romanos vencedores:

«Os dejaremos salir vivos de España, si nos dais un vestido, un caballo y un sable por cabeza.»

Preciso les fué á los romanos, para sujetar á tales hombres, el echar mano de toda clase de armas, expecialmente de aquellas en que los sencillos españoles eran menos diestros, esto es, la astucia y la traicion.

Suscitando discordias entre ellos, armaban á hermanos contra hermanos, y cuando llegaba la ocasion propicia, los acometian y destrozaban.

Lúculo en la Celtiberia y Galba en la Lusitania, so capa de amistad, ofrecieron pingües tierras á los confiados hispanos, y cuando los vieron establecidos en la seguridad de la paz, arrojándose repentinamente sobre ellos, los degollaron sin piedad.

El feroz Galba se glorió en Roma de haber asesinado así á treinta mil iberos, sin que la gran república pensara en castigar á aquel malvado.

No hay que preguntar si los esforzados españoles tomarian cumplida venganza de semejantes agravios. Por eso era tan temida la guerra de nuestra Península, á la que los romanos llamaban el *sepulcro de las legiones,* que los tribunos de la plebe solicitaban con afan que se eximiera de marchar á España á sus protegidos, y no obteniendo este favor, los libraban del compromiso aprisionándolos.

El cónsul Marco Fulvio sufrió por los años de 185 á 179 antes de Jesucristo tan completa derrota, que el dia de su aniversario se consideró en Roma nefasto como el de la batalla de Cannas.

No obstante lo dicho, Marco Porcio Caton y Sempronio Graco, haciendo la guerra por mucho tiempo en la España Citerior, y atacando á los celtíberos en sus guaridas, sujetaron todo el pais comprendido entre el Ebro y los Pirineos, y pudieron jactarse de haber tomado setecientas ciudades á los españoles.

Pero el duro dominio de los romanos no era el mas á propósito para que se arraigase la paz en la Península. Considerando la España del mismo modo que ésta consideró la América muchos siglos despues, es decir, como una tierra destinada exclusivamente á producir oro, era para ellos el mayor triunfo el del general que, al regresar á Roma, llevaba mas barras de ese metal precioso.

Además, los procónsules enviados á nuestra Península para reprimir á sus fieros habitantes, encadenados, sí, pero no sumisos, ni menos envilecidos, saciaban su codicia ejerciendo el monopolio de los granos, y produciendo, por consiguiente, el hambre en el pais.

Tal era el estado de España cuando el animoso Viriato se presentó, el año 149 antes de nuestra era, como el vengador de sus compatriotas.

Nacido en Lusitania, sin que pueda fijarse de un modo cierto el sitio ni la época de su nacimiento, fué este hombre extraordinario pastor en un principio; y como su grande alma no le permitiera continuar en tan humilde condicion, hízose cazador, para aprender, luchando con las fieras, á hacer la guerra á los enemigos de su patria.

Cansado de su nuevo oficio, juntó el lusitano algunos hombres que se le unieron, movidos de su valentía y destreza en los ejercicios corporales, y empezó con ellos á saltear en los caminos, robando expecialmente á los romanos, á quienes trataba sin piedad.

La fama de sus atrevidos golpes le granjeó cierta popularidad, aumentando su banda de tal modo, que pudo formar un pequeño ejército. Entonces, avergonzado de su vil profesion, la abondonó, para convertirse en excelente jefe de guerrilleros, llegando pronto á verse al frente de diez mil hombres, que habian jurado morir primero que doblar sus cuellos al yugo romano.

De aventajada estatura, astuto, nada avaro de su sangre, y conocedor como ninguno de todos los senderos y torrentes del pais en que operaba,

Viriato sabia reunir en un instante, y en otro instante dispersar sus bandas: tan pronto aparecia en el fondo de un valle, para picar la retaguardia del enemigo, como le provocaba inpunemente desde la cima de una elevada montaña.

Secundado por los pueblos de la España Citerior, y expecialmente por los saguntinos, llevó sus miras mas allá de lo que pudiera esperarse de un jefe de aventureros, al proponerse coaligar á los lusitanos y á los celtíberos, para oponer estas dos belicosas naciones al poderío de Roma.

No empeñando al principio ningun combate en que no estuviese seguro de vencer, ó de poder al menos retirarse sin grave daño de los suyos, el antiguo pastor llegó á aguerrir sus huestes, que tenian en él la mas ciega confianza.

Depuesto el sanguinario Galba el año 148 antes de Jesucristo, le reemplazó en el gobierno de la Bética el pretor Marco Vitilio, que considerando como su primer deber el atajar los progresos de Viriato, le atacó al frente de diez mil romanos; pero engañado por el lusitano, cayó en una celada, y pereció con cuatro mil de sus soldados.

Roma tembló de cólera al ver destrozadas sus legiones y muerto su caudillo por una partida de bandidos, como llamaba á los bravos iberos que formaban el ejército de Viriato.

Ardiendo en deseos de vengar lo que consideraba un gran ultraje, envió el año siguiente contra nuestro valeroso caudillo al pretor Cayo Plaucio. Pero éste fué vencido como su antecesor, teniendo que huir ante Viriato, despues de dejar tendidos en los campos de Evora la mayor parte de los diez mil infantes y mil trescientos caballos que tenia á sus órdenes.

Claudio Unimano y Cayo Nigidio, que acaudillaron sucesivamente á los romanos, no experimentaron mejor suerte, pues el primero fué vencido y muerto por Viriato en Urique, y el segundo se vió enteramente derrotado en una batalla dada en las inmediaciones de Viseo.

Tan brillantes victorias hicieron temer á Roma que iba á perder el dominio de la Península, como habria sucedido, si no se hubiera apresurado á enviar á España al pretor Cayo Lelio y á los cónsules Fabio Emiliano y Quinto Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, quienes combatiendo con mejor fortuna, alcanzaron considerables ventajas contra el lusitano, que sin desanimarse por eso, continuó la guerra, desplegando mas valor y mas grandeza de alma cuanto mayores eran los reveses que sufria.

Obligado á retirarse momentáneamente de las comarcas de España

que dominara, establecióse Viriato en Lusitania, donde hizo frente á diversos generales romanos, entre ellos al famoso Pompeyo, que tuvo que cederle el campo en distintas ocasiones, y expecialmente en otra batalla dada cerca de Evora, en que perdió buen número de soldados, teniendo que abandonar al vencedor gran parte de la Bética hasta Córdoba, donde se encerró esperando refuerzos.

Mejorados los asuntos de Viriato con esta victoria, aumentó considerablemente el número de sus parciales, y acometiendo al procónsul Fabio Serviliano, que habia reemplazado á Pompeyo en el mando, le cercó en un lugar en que no tenia mas remedio que rendirse ó perecer con su ejército. Pero el generoso caudillo, en vez de pasar á cuchillo á los enemigos, como podia muy bien hacerlo, suspendió las hostilidades, proponiendo la paz á los romanos, con la condicion de que, conservando lo que poseian en España, le reconociesen como señor de la Lusitania y de las comarcas limítrofes en que dominaba.

Aceptada la proposicion, Serviliano firmó un tratado con Viriato, por el cual le declaraba aliado y amigo del pueblo romano, en cuyo nombre se comprometia además á dejarle en pacífica posesion de la Lusitania.

Impulsado por la dura ley de la necesidad, aprobó el orgulloso Senado este pacto que le deshonraba, con lo que pudo el esforzado guerrillero crearse un Estado independiente á expensas de Roma.

Habria conseguido Viriato llevar á cabo su glorioso empeño de arrojar de la España á sus opresores, si Quinto Servilio Cepion, hermano del procónsul de que mas arriba dejamos hecho mérito, no hubiese solicitado del Senado el permiso de romper aquella paz, que calificaba de vergonzosa para la gran república.

Obtenido sin dificultad el consentimiento de los padres conscriptos, vino Cepion á España acompañado de numerosas tropas, y no logrando con una série de crueles ofensas é innobles intrigas obligar á Viriato á faltar al tratado, le declaró la guerra sin razon ni pretexto para ello.

No estaba preparado nuestro héroe para aquella desigual lucha, por lo que sufrió varios reveses, teniendo que huir ante los romanos hasta la Carpetania, á donde le siguió Cepion, lisonjeándose ya con la esperanza de derrotar y coger prisionero al temible caudillo. Pero éste se le escapó de las manos, merced á una de sus hábiles maniobras, con lo que, desesperando el romano de vencer definitivamente á Viriato por medio de las armas, recurrió á la traicion para librar á Roma de tan formidable enemigo.

Con este objeto, fingió Cepion dar oidos á las proposiciones de paz que el lusitano le enviara, movido del deseo de que cesara la prolongada y sangrienta guerra que destruia á su patria.

Como primera condicion para la mencionada paz, pidió el cónsul que se le entregasen los que habian excitado á las revueltas á algunas ciudades sujetas á los romanos; y aunque entre aquellos animosos patriotas se contaba el suegro de Viriato, suscribió éste el vil pacto, y permitió que se les cortase á todos la mano derecha en castigo de su rebelion.

Cobrando nueva audacia Cepion, exigió al lusitano que desarmase sus tropas. Pero Viriato, sintiendo renacer su valor ante tamaña afrenta, renovó las hostilidades, si bien no desesperando de obtener la paz, tanto, que envió nuevos mensajeros para tratar de ella.

Estos embajadores, cuyos nombres estampamos aquí para su eterno oprobio, se llamaban Aulaces, Ditalcon y Minuro, los cuales, dejándose corromper por las dádivas y promesas del cobarde Cepion, en vez de tratar con él el modo de terminar la lucha, concertaron los medios de dar muerte á su jefe.

Convenidos en todos los detalles de su inícuo proyecto, volvieron los enviados al campo de Viriato, á quien dijeron que el romano aceptaba en principio sus proposiciones, y que deseaba le fuesen formuladas por escrito.

Esto, como se comprenderá, no era mas que un ardid para ganar tiempo mientras se presentaba ocasion de efectuar el crímen, ocasion que tardó bien poco en ofrecerse, porque como Viriato, á fuer de precavido capitan y hombre robusto, tuviese la costumbre de dormir armado, para hallarse dispuesto á combatir si fuese necesario, sin consentir que ninguno le guardase el sueño, permitiendo, por el contrario, que sus amigos y capitanes entrasen en su tienda á cualquier hora sin guardar miramientos, Aulaces y sus cómplices, que tenian entrada franca en el aposento de su general, penetraron una noche cual si fuesen á tratar con él de cosas importantes, y viéndole dormido, le cosieron á puñaladas antes de que pudiera defenderse ni lanzar un grito.

Consumado el crímen, los asesinos salieron en silencio de la tienda, refugiándose en el campamento romano, donde supo Cepion con trasportes de alegría la muerte del valeroso lusitano.

Al dia siguiente, admirados los oficiales de Viriato de que su jefe no hubiese abandonado el lecho, á pesar de estar muy adelantada la mañana, entraron en la tienda, y le hallaron sin vida en un lago de sangre.

Divulgada al instante la fatal nueva, resonó un alarido de rabia en el campo ibero, rabia que acreció el ver que no podia encontrarse á los asesinos para tomar en ellos señalada venganza.

Pasado aquel movimiento de furor, los españoles derramaron amargas lágrimas por su esforzado capitan, á quien amaban entrañablemente, acordando dedicarle unos magníficos funerales, á cuyo efecto hicieron una grande hoguera, en que se puso el cuerpo de Viriato cubierto con sus mejores armas y adornado con sus mas ricas galas.

Mientras las llamas consumian el cadáver, todo el ejército dió vueltas al rededor de la hoguera, cantando las hazañas del ilustre difunto; y cuando el cuerpo quedó reducido á cenizas, las recogieron cuidadosamente, enterrándolas en medio de los gemidos de aquellos fuertes soldados, muchos de los cuales, para demostrar el inmenso dolor que embargaba sus almas, y creyendo honrar mas la memoria del que fué su jefe, combatieron desesperadamente de dos en dos hasta matarse sobre su sepultura.

Despues de dejar cumplidos tan tristes deberes, los iberos eligieron por caudillo á un capitan llamado Tántalo, que menos aventajado que Viriato en autoridad, valor y prudencia, tardó poco en entregarse á Cepion con gran parte de los suyos, mientras los demas se dividian en pequeñas partidas para seguir hostilizando á los romanos.

En cuanto á los asesinos del héroe, recibieron la [paga que merecian, pues como reclamasen del cónsul el precio de la sangre de su jefe, respondióles que no les debia nada, y que lo único que podia hacer por ellos, era proporcionarles un salvo-conducto para salir de España, sustrayéndolos así á la venganza de sus antiguos compañeros.

Llegados á Roma aquellos malvados, pidieron al Senado la recompensa de su alevosa accion, presentándola como un señalado servicio hecho á la gran república. Mas les fué respondido, que los romanos no acostumbraban recompensar á los asesinos de sus generales, y que podian agradecer que no se les pidiese cuenta de aquel crímen.

Así los traidores son aborrecidos por los mismos á quienes sirven, siendo muchas veces castigados en lugar de alcanzar las mercedes que se proponian.

El lúgubre acontecimiento que dejamos narrado tuvo lugar el año 140 antes de nuestra era.

La muerte de Viriato fué sentida hasta por sus enemigos, quienes, no obstante el ódio que debian abrigar hácia el que tantas veces les venciera,

no pudieron dejar de hacer justicia á sus grandes cualidades de hombre de gobierno y de esforzado caudillo, llegando los historiadores romanos hasta llamarle el Rómulo de España, con lo que hicieron su mayor elogio.

Por nuestra parte solo añadiremos, que la memoria de esta gran figura histórica, una de nuestras mas legítimas glorias nacionales, vivirá eternamente en el corazon de todo hombre amante de la independencia de su patria.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE VIRIATO.

MARIO.

(153 Á 86 ANTES DE J. C.)

No es lo ilustre del nacimiento lo que engrandece al hombre y le conduce al templo de la inmortalidad.

Tal sucedió á Cayo Mario, á quien sus altos hechos elevaron á las primeras dignidades de Roma, señalándole un distinguido lugar en la historia de aquel pueble gigante, para quien fué estrecho el ámbito del mundo.

Nacido en 153 antes de Jesucristo, en Arpino, ciudad de la Tierra de Labor, cuya fundacion se atribuye á los volscos, sus padres, humildes labradores, le ocuparon durante una parte de su juventud en los trabajos de la agricultura.

Dotado de robusta constitucion y de un valor indomable, parecia nacido para las armas, á las que desde su infancia se mostró aficionado. Por eso, abandonando las pacíficas tareas á que se dedicaba, alistóse en el ejército romano, haciendo su primera campaña en la Península Ibérica contra los celtíberos, bajo las órdenes de Escipion el Africano, desplegando en aquella guerra tanta bravura, que mereció por ello las mayores distinciones de su ilustre general.

Mario era tan ambicioso como valiente. De vuelta en su patria, creyó que le seria fácil escalar la cima de los honores y del poder; pero como hombre oscuro y sin amigos, sufrió muchos desaires, hasta que, á fuerza de paciencia, se abrió por sí mismo camino, obteniendo primero la cuestura y despues el tribunado.

Mientras desempeñaba estas funciones, propuso un nuevo método de

emitir los votos, con objeto de hacer imposibles los manejos y fraudes que se cometian en los comicios, y habiéndose opuesto á este proyecto el cónsul Cotta, entró Mario audazmente en el Senado, exigió á Cotta que desistiera de su oposicion, é hizo arrestar á Metelo, príncipe de los senadores, favorable al cónsul.

Tanta osadía advirtió á los padres conscriptos y al pueblo, que habian hallado en aquel plebeyo un hombre inaccesible al miedo y decidido á sostener á toda costa la causa popular.

Nombrado pretor de la España Ulterior, arrojó de ella las partidas de guerrilleros que la infestaban. Despues regresó á Roma; tomó una principal tarea en los negocios de la república, y aunque privado de riquezas y elocuencia, y ajeno todavía á las intrigas políticas, con su firmeza de carácter, su infatigable laboriosidad y la sencillez de sus costumbres, logró granjearse mucha popularidad, que se aumentó despues por su enlace con Julia, tia de aquel Julio César, que, andando el tiempo, habia de ser el mas grande de los romanos.

Á la llaneza y sobriedad que ostentaba Mario en su vida pública y privada unia una voluntad de hierro, que le hacia casi insensible á los mayores sufrimientos físicos, dando una prueba de ello con motivo de una cruel operacion quirúrgica que se hizo practicar.

Tenia ambas piernas cubiertas de gruesos tumores que las desfiguraban, y queriendo evitar aquella deformidad, llamó á un cirujano, á quien ordenó que sajase los tumores, sin permitir que nadie le sujetara, como se acostumbra en tales casos. Empezó al punto el cirujano á ejecutar lo que se le ordenaba, sufriendo Mario sin lanzar un suspiro, con tranquilo semblante y en la mas perfecta inmovilidad, los crueles dolores que debia ocasionarle cada incision; y solo cuando, extirpados los tumores de una pierna, quiso el operador pasar á la otra, rehusó alargársela, diciendo con la mayor naturalidad:

«Dejémoslo, pues veo que la curacion no vale la molestia que te causo y el tiempo que perdemos.»

Dividian entonces entre sí el dominio de Roma los patricios y los caballeros. Poseian los primeros el poder y la magistratura; los segundos las tierras y el dinero, y consintiendo los unos los excesos de los otros, encaminaban de consuno sus esfuerzos á esclavizar á los plebeyos.

Hijo del pueblo, Mario conocia perfectamente los manejos de las dos clases privilegiadas, y parecia tener empeño en contrarrestarlos. Pero poco

acostumbrado á perorar en público, no sabia aprovecharse de las alternativas de lucha y de concordia de los partidos contendientes, apareciendo tan pusilámine é inútil en el manejo de los asuntos públicos, como intrépido y hábil se mostrara en la guerra. Así, conociendo que ésta le era indispensable para engrandecerse, pidió y obtuvo la plaza de lugarteniente de Quinto Cecilio Metelo en la guerra que sostenia Roma contra Yugurta, rey de Numidia.

Era Metelo uno de esos hombres en cuyos corazones no halla cabida la compasion ni el amor al oro, é hizo á Yugurta una guerra de exterminio, consiguiendo despues de mil esfuerzos rechazarle hasta los confines del Gran desierto.

Mirándose vencido, pidió la paz el númida, y se la otorgó á condicion de que entregase veinte mil libras de plata, todos sus elefantes, armas y caballos, y á mas los desertores romanos que militaban bajo sus banderas, los que en número de tres mil, fueron degollados, quemados vivos ó mutilados.

Pero, cuando además de lo que queda dicho, recibió Yugurta la órden de constituirse prisionero de Metelo, haciendo mil pedazos el tratado de paz que habia aceptado, exclamó con ira:

«¡Un cetro pesa menos que una cadena!»

Y emprendiendo nuevamente la lucha, disciplinó á los gétulos, y ayudado por Bocco, su suegro, rey de la Alta Numidia, detuvo por algun tiempo á los romanos.

De mucho le sirvió á Metelo el tener por lugarteniente á Mario. En el curso de esta larga y difícil campaña, viósele despreciar intrépidamente los mayores peligros, y atender con extraordinaria prevision á lo que otro cualquier jefe hubiera creido poco importante. Superior á los demas caudillos en prudencia y rectitud, daba ejemplo al soldado de una paciencia y abnegacion sin límites, compartiendo con él, armado de la piqueta y el azadon, los trabajos del campamento, durmiendo sobre la misma paja en que él descansaba, y comiendo con semblante alegre el pan moreno que él comia.

Semejante conducta extendió por el África y la Italia la gloria de su nombre, y le granjeó el cariño, ó mejor, la admiracion de los soldados, muchos de los cuales, al escribir á sus amigos y parientes de Roma, les decian que no verian el fin de aquella guerra hasta que se encargase á Mario el mando superior del ejército.

El ambicioso jefe, por su parte, no desperdiciaba la menor ocasion de rebajar á Metelo ante los ojos de sus conciudadanos. Lejos de atribuir á su general el mérito de las victorias obtenidas sobre Yugurta, acusóle en Roma de prolongar á sabiendas una guerra que se podia terminar de un solo golpe.

Los caballeros, cuyo productivo comercio con el África estaba interrumpido, prestaron oidos á aquellas acusaciones, y se presentaron dispuestos á favorecer á Mario. Apoyóle además la plebe, á quien él habia alistado antes que á nadie en la milicia, y á la que halagaba lanzando invectivas contra la antigua nobleza, deshonrada por su ineptitud ante los hombres del pueblo, que debian su elevacion á sus propias virtudes y merecimientos.

No escapaban á Metelo estos amaños, y se arrepintió, aunque tarde, de la proteccion que dispensara al ingrato Mario, contra quien concibió un ódio inextinguible.

En tanto Mario tenia grande interés en volver á Roma, donde sus partidarios se agitaban para hacerle elegir cónsul; y solicitó de Metelo que le diese licencia para dejar el ejército. Pero conociendo aquel caudillo las intenciones de su lugarteniente, retardó concederle el permiso, hasta que no faltando mas que doce dias para la eleccion, le dejó partir, creyendo que no llegaria á tiempo de recoger el fruto de sus intrigas.

Se equivocaba; porque dando pruebas de maravillosa actividad, el audaz guerrero se trasladó en seis dias desde el interior de Numidia á Roma, donde fué recibido por el pueblo con trasportes de júbilo.

Sin tomarse el tiempo indispensable para descansar de su penoso viaje, presentóse Mario en los comicios; acusó nuevamente á Metelo de apatía é ineptitud, y pidió el consulado, prometiendo, si se le concedia, el matar por su mano á Yugurta, ó llevarlo prisionero á Roma.

Semejante promesa, juntamente con las declamaciones de sus parciales, valieron á Mario el ser elegido cónsul, sin que ninguno pensara en disputarle tan alta dignidad.

Puesto inmediatamente en posesion de su nuevo cargo, que le conferia un poder casi ilimitado sobre sus conciudadanos, Mario creó nuevas legiones, alistando en ellas, contra lo que disponia la ley, multitud de esclavos y gentes de la hez del populacho, con los que pasó al África para encargarse del ejército de Numidia.

Despechado Metelo, dejó el campo romano, é hizo que Rutilio, su

lugarteniente, entregase el mando al nuevo cónsul, quien despues de arengar á los soldados, los guió contra el enemigo; derrotó de nuevo á Yugurta; tomó á Capsa, cuyos habitantes pasó á cuchillo, á pesar de haberles prometido la vida, y precedido por el terror que inspiraban sus armas, prosiguió el curso de sus victorias.

Desalentado Bocco, resolvió abandonar á Yugurta é implorar la amistad de los romanos, quienes se la ofrecieron, con tal que les probase su arrepentimiento por medio de algun señalado servicio; y el servicio fué hacer traicion, despues de sostener una larga lucha consigo mismo, al que era á un tiempo su huésped y su suegro, poniéndole cobardemente en manos de Sila, cuestor de Mario á la sazon, que envió á Roma al desgraciado rey cargado de cadenas.

De este hecho provino el implacable ódio que se profesaron despues estos dos grandes capitanes y que inundó la Italia de sangre y de cadáveres, amenazando destruir el poderío de Roma, pues no pudiendo tolerar el orgulloso cónsul que su cuestor le usurpase la gloria de haber aprisionado al valeroso númida, á quien tenia ya reducido al último extremo, se declaró su mortal enemigo, correspondiendo Sila á aquella enemistad con una guerra á muerte, que duró hasta que Mario, acabado por la edad y los achaques, hubo exhalado su postrer suspiro.

Á pesar de todo, Mario obtuvo los honores del triunfo, y atravesó Roma llevando aherrojado detrás de su carro al desdichado rey.

Corrian anhelantes los ciudadanos á contemplar de cerca á aquel formidable enemigo, tan astuto como denodado, durante cuya vida habian desesperado de tener paz.

Viéndose encadenado y sirviendo de espectáculo á una insolente turba, el monarca africano empezó á lanzar horribles bramidos, lo que hizo decir á los romanos que se habia vuelto loco.

Despues, llevado á la cárcel, le desgarraron los lóbulos de las orejas para quitarle los zarcillos de oro que llevaba puestos, y lo arrojaron desnudo en un húmedo calabozo, sin que se le oyera pronunciar mas que estas palabras:

— «¡ Por Hércules, que está muy frio vuestro baño!»

Y allí murió de hambre al cabo de seis dias.

Mario habia traido de África tres mil setecientas libras de oro en barras, seis mil de plata y veinte y nueve mil dracmas en dinero, sin contar muchas piedras preciosas, armas riquísimas y multitud de esclavos. Todo

lo paseó triunfalmente, deslumbrando á los atónitos romanos. Pero este triunfo le acarreó la envidia de los nobles, que no podian sufrir á aquel hombre de oscuro nacimiento que los trataba brutalmente; que alistaba á la ínfima plebe bajo sus banderas; que preferia el valor personal á los mas ilustres timbres de la aristocracia, y que incitaba al pueblo á reconquistar sus derechos.

Empero los envidiosos hubieron de enmudecer viendo la popularidad de Mario, y sobre todo, ante un nuevo é inminente peligro que amenazaba á Roma, y que aumentó, si cabe, la importancia del vencedor de Yugurta.

Era el año 112 antes de Jesucristo, cuando las mas fuertes hordas címbricas y teutónicas, en número de trescientos mil combatientes, con innumerable séquito de ancianos, niños y mujeres, atravesaron el Danubio; cayeron como un devastador torrente sobre la Nórica, asolando todos los paises que hallaron á su paso, y amenazando á Italia, hicieron extremecerse de terror á los altivos patricios romanos, que se vanagloriaban de dar la ley al mundo.

En vano se habian opuesto á los bárbaros las mejores tropas y los mas hábiles generales de Roma. Carbon, Casio, Cepion y Manlio fueron derrotados sucesivamente y exterminados los ejércitos que acaudillaban. Unidos los cimbrios y teutones á algunas tríbus galas que moraban en los Alpes Helvéticos, destrozaron tan completamente á Cepion y Manlio, que á duras penas pudieron salvarse estos dos generales seguidos de diez ginetes.

Cumpliendo los vencedores un horrible voto que tal vez habian hecho, quemaban el botin, arrojaban al agua el oro, la plata y los caballos y degollaban á los prisioneros.

Atemorizada Roma, tendió la vista en derredor buscando un nuevo Favio que la salvara, y creyendo encontrarle en el conquistador de Numidia, prorogó por cuatro años su consulado, faltando abiertamente á las leyes[1], y sancionando así el gran principio de *salus populis*, que nosotros, los *libres* é *ilustrados* hijos del siglo XIX posponemos muchas veces á nuestros ridículos temores ó estúpidas preocupaciones.

Crítica era, en verdad, la situacion de la gran república, y comprendiéndolo así Mario, se hizo cargo del mando con la abnegacion del hombre que está dispuesto á dar su vida por la salvacion de su patria.

Las circunstancias exigian mas habilidad que valor. Era preciso levantar á toda costa el espíritu público, y para conseguirlo, se valió el antiguo

campesino de un medio tan grosero como él, pero que le produjo excelentes resultados. Hizo que su esposa Julia le enviara una mujer de baja extraccion, llamada Marta, oriunda de Siria, que gozaba gran fama de adivina, y que sugeria ó aprobaba lo que Mario creia conveniente; y como es natural, predijo la victoria, causando este presagio gran alegría entre el pueblo, é infundiéndole aliento.

Además de esto, armó á todos los hombres útiles, sin distincion de clases, y los acostumbró á las fatigas de la guerra y á la mas rigurosa disciplina, bajo severas penas. Fortuna fué para Roma que los bárbaros, en vez de caer desde luego sobre la Italia, cogiéndola desprevenida, se dirigieran por la cordillera de los Pirineos á invadir la España. Una parte de los cimbrios quiso penetrar en este hermoso pais; pero encontrando tenaz resistencia en los celtíberos y en las tropas romanas mandadas por Marco Fulvio, se encaminaron á Italia por la Helvecia y la Nórica, mientras avanzaban al través de los Alpes Marítimos los galos y los teutones, cuando ya tenia Mario organizado un poderoso ejército, aumentado con las aguerridas legiones que hizo venir apresuradamente de Numidia.

Infundian gran pavor aquellos bárbaros que no daban cuartel á nadie, que se alimentaban de carne cruda, y cuya gigantesca estatura, torba mirada y extravagantes armaduras parecian fascinar al enemigo aun antes de llegar con él á las manos. Teutoboco, uno de sus reyes, muy diestro en el manejo de las armas, y que saltaba seis caballos puestos de frente, desafió con arrogancia á Mario á singular combate; pero el cónsul le respondió friamente:

«¡Si estás cansado de vivir, cuélgate de un árbol!»

Y se atrincheró con su ejército, sin que pudieran sacarle á campo raso las provocaciones de los bárbaros, ni los ataques que dieron á su campamento.

Viendo que no aceptaba la batalla con que le brindaban, validos de su excesivo número, los teutones decidieron pasar adelante. Seis dias enteros estuvieron desfilando por frente á las trincheras de los romanos, á quienes dirigian mil insultos, diciéndoles por mofa:

«Vamos en busca de vuestras mujeres, que no habeis sabido defender. ¿Quereis que les llevemos algun mensaje vuestro?»

Se estremecia de indignacion la juventud romana al escuchar tales denuestos, y pedia á gritos á Mario que la llevase al combate. Mas el prudente general procuraba por todos los medios posibles calmar la irritacion

de sus soldados, llegando hasta el extremo de amenazar con la pena de los traidores al que, sin órden suya, saltase las trincheras para atacar al enemigo.

Despues, cuando vió alejarse á los bárbaros, levantó el campo, y los fué siguiendo cautelosamente hasta Aix, en cuyas inmediaciones tomó posicion sobre una altura, que le ponia al abrigo de un ataque imprevisto, permitiéndole observar los movimientos de sus adversarios.

El terreno en que acampaban los romanos carecia de agua, y como los soldados se quejasen de que padecian sed, respondióles Mario, mostrándoles un rio que atravesaba el campo de los teutones :

«¡Allí teneis que ir á comprar el agua á costa de vuestra sangre!»

Y aprovechando con suma habilidad una ocasion en que los bárbaros parecian descuidados, arrojóse sobre ellos como una avalancha desprendida de un ventisquero de los Alpes, y los destrozó con escasa pérdida de los suyos.

Las mujeres de los teutones, que desde su campo les excitaban con sus gritos y ademanes á pelear bravamente, viéndoles venir vencidos, empuñaron las armas, y combatiendo como furias, impidieron á los romanos penetrar en sus atrincheramientos, hasta que una segunda y completa derrota que experimentaron algunos dias despues los aniquiló enteramente.

Algunos autores aseguran que el número de bárbaros muertos ó prisioneros en estas dos batallas llegó á trescientos mil, y si bien esta cifra nos parece exagerada, es efectivo que debió ser inmensa la mortandad que les causó Mario, cuando el terreno en que libraron tan sangrientos combates recibió el nombre de *Campo de la putrefaccion*, á causa sin duda de los pestilentes miasmas que exhalaban los infinitos cadáveres que quedaron insepultos.

Al tener noticia de tales acontecimientos, respiró libremente Roma, cual si se viera salvada de su total ruina, y para premiar el valor y prudencia que desplegara Mario en aquella campaña, elevó en su honor una pirámide que existió hasta el siglo XV, y un templo dedicado á la Victoria, del cual quedan hoy dia algunas ruinas.

En tanto atravesaban los cimbrios los Alpes, deslizándose desnudos sobre la nieve, sentados en sus largos broqueles; y bajando por el Tirol al valle del Adigio, espantó de tal modo su aspecto feroz al ejército que el procónsul Quinto Lutacio Cátulo guiaba contra ellos, que la mayor parte de los soldados apeló á la fuga, sin parar hasta Roma.

Si los cimbrios, aprovechándose del terror que inspiraban, hubieran marchado adelante, Roma estaba perdida. Pero habian dado cita á los teutones, que debian reunírseles á orillas del Pó, é hicieron alto allí para aguardarlos.

Lo delicioso del clima de Italia, el pan, el vino y la carne cocida que tenian en abundancia, enervaron la fiereza de los bárbaros, que hallándose muy bien en aquel suelo, esperaban con bastante paciencia la llegada de sus hermanos.

Empero, en vano aguardaban un dia y otro á los teutones: éstos no parecian, y en vez de ellos fué Mario el que llegó con un ejército aguerrido y envalentonado por la victoria.

Los cimbrios enviaron un mensaje al general romano, amenazándole con caer sobre Roma y reducirla á cenizas si no se les cedian aquellas tierras para sí y sus aliados.

Mario escuchó en silencio á los mensajeros, y cuando hubieron acabado su discurso, les preguntó sonriendo, de qué aliados hablaban.

Los enviados respondieron que de los teutones.

«¡No paseis cuidado por ellos, dijo el cónsul con irónico acento, pues ya les hemos dado una tierra que conservarán eternamente!»

Comprendiendo los embajadores el horrible sarcasmo que encerraban aquellas palabras, se desataron en atroces injurias contra los romanos, asegurándoles por fin, que al momento iban á hacerles arrepentir de sus burlas, primero los cimbrios, y despues los teutones.

«En cuanto á esos, ya están aquí, replicó Mario sin abandonar su equívoca sonrisa, y como no creo que cometais la ingratitud de marcharos sin saludar á vuestros hermanos, voy á presentároslos.»

Y ordenó á uno de sus oficiales que trajera, encadenados como estaban, á los reyes de los teutones, que habia hecho prisioneros cuando huian hácia los Alpes.

Abandonaron los enviados el campo romano, para dar cuenta á los suyos de lo que habian oido.

Inmediatamente se aprestaron los cimbrios al combate. Boyorix, su rey, avanzando á la cabeza de algunos ginetes hasta el campo romano, invitó fieramente al cónsul á que fijase lugar y dia para dar la batalla que habia de decidir de la suerte de Italia, y quizás del universo.

Mario respondió cual debia á esta provocacion.

«Aun cuando los romanos, dijo, no solemos tomar consejo de nuestros

enemigos para combatir, vamos ahora á faltar á nuestra costumbre por complacerte.»

Y señaló el dia 30 de Julio del año 104 antes de Jesucristo, y la llanura de Vercelli, para que tuviera lugar el formidable reto.

Ambos ejércitos acudieron puntualmente á la cita. Decididos á vencer ó morir, los cimbrios que formaban en las primeras filas se habian atado unos á otros con gruesas cadenas, para impedirse mútuamente la fuga, caso de ser vencidos.

Mario los atacó impetuosamente al frente de sus tropas, portándose como consumado estratégico é intrépido soldado; sacó partido con su acostumbrada habilidad del sol y del viento, que daban en el rostro á los bárbaros, y les mató ciento veinte mil hombres, haciéndoles sesenta mil prisioneros.

Contemplando la carnicería que los romanos hacian en sus maridos, las mujeres cimbrias, vestidas de luto, se refugiaron en su campamento, y pidieron á los vencedores que respetasen su pudor y que las entregaran como esclavas á las sacerdotisas de Vesta. Pero como vieran desechada su justa peticion, dieron muerte á sus hijos, y se mataron ellas mismas, arrojándose debajo de las ruedas de sus carros, ó echándose al cuello lazos corredizos, dejando sus cadáveres bajo la custodia de multitud de mastines que pululaban por su campo, á los cuales fué imposible alejar de aquel sitio, hasta que los soldados los exterminaron á saetazos.

Los prisioneros fueron distribuidos en las ciudades como esclavos públicos, ó destinados como gladiadores á los juegos del circo.

Así acabó aquella formidable irrupcion de hombres del Norte, que amenazaba destruir la civilizacion romana, convirtiendo el mundo en patrimonio de un jefe de horda teuton ó cimbrio.

Aun cuando se debió en gran parte al procónsul Cátulo la victoria obtenida sobre los bárbaros, el favor popular atribuyó á Mario todo el mérito de aquella jornada. Entusiasmado el pueblo, le tributó honores mas que humanos: fué proclamado el *tercer Rómulo*, y comparado á Baco; y envanecido con su fortuna el antiguo soldado de Escipion, llegó al extremo de no beber sino en la copa de que, segun la tradicion, se habia servido aquel dios despues de la conquista de las Indias.

Idolatrado por el ejército, y mirado por la muchedumbre como el único hombre que podia sostener el esplendor de Roma, Mario no tuvo mas que significar su deseo de conservar el poder, para que se le honrase con

un sexto consulado, siendo entonces el árbitro de la república y pudiendo ver satisfecha su ambicion de mando.

Dejamos dicho que la prision de Yugurta fué la causa de la rivalidad, ó mejor, del ódio á muerte que se profesaron Mario y Sila mientras vivieron.

En tanto que el primero de estos ilustres capitanes salvaba á Roma triunfando de los bárbaros, Sila desempeñó diversos cargos en el ejército, con tanta inteligencia como valor, adelantando rápidamente en su carrera.

Está fuera de duda, que á haber querido Mario deshacerse de aquel á quien podia mirar como un temible competidor, fácilmente hubiera conseguido su propósito; pero demasiado generoso, y confiando, quizás mas de lo que debiera, en el ascendiente que ejercia sobre sus conciudadanos, le dejó engrandecerse, sin calcular que semejante apatía le habia de ser fatal.

El carácter de Mario era franco y violento; el de Sila hipócrita y de una crueldad calculada. Educado Mario entre campesinos, ostentaba poca erudicion, y tan mal gusto, que hizo construir por un artista romano y con piedras en bruto el templo dedicado á la memoria de sus victorias sobre los cimbrios: instruido Sila en las letras griegas, encubria sus vicios con agradables exterioridades, y merced á sus robos, reunió muebles, armas y vasos preciosos para hermosear sus palacios y quintas de recreo. Dejábase Mario arrastrar por su carácter impetuoso, sin saber á dónde: Sila se adelantaba á pasos contados hácia un objeto fijo, cualquiera que fuese el camino que se propusiera seguir. Ambos eran intrépidos soldados, y parecian igualmente sedientos de honores y de gloria. Mario obtuvo seis consulados casi consecutivos, empleando para ello el valor, la intriga y el dinero: Sila solicitó y alcanzó la pretura, ofreciendo al pueblo darle espectáculos como aun no se habian visio; y en efecto, Bocco le envió de África cien leones, á los que hizo combatir con hombres, acostumbrando á Roma á aquellos espectáculos, como en compensacion de los sacrificios humanos que el Senado acababa de prohibir.

Hácia el año 91 antes de Jesucristo estalló en Italia la *guerra social*, en la cual, como es de presumir, tomaron parte Mario y Sila mandando los ejércitos de Roma; y bien fuese que los años hubiesen quitado á Mario su antigua actividad, bien, y es lo mas probable, que repugnara pelear contra aquellos italianos que pretendian arrancar á viva fuerza á la metrópoli los mismos derechos de ciudadanía que él pensaba otorgarles pacíficamente,

es positivo que llevó las operaciones de la guerra con suma lentitud, y que con el pretexto de hallarse enfermo, dejó despues el mando y se retiró á Roma.

Sila, por el contrario, desplegó la mayor energía en aquella lucha; contribuyó poderosamente á terminarla, aumentando con esto su crédito entre los senadores y caballeros, y creyéndose ya bastante fuerte para luchar con Mario, arrojó la máscara y le atacó de frente.

Oponiéndose primero á las leyes favorables al pueblo que proponia el vencedor de los cimbrios, y disputándole despues el mando del ejército que enviaba Roma al Ásia contra Mitrídates, rey del Ponto, logró á fuerza de intrigas arrebatarle momentáneamente una parte de su popularidad. Pero volviendo Mario en sí, respondió á la intriga con la violencia: hizo que el tribuno Sulpicio, su fiel amigo, invadiese á la cabeza de sus parciales el templo de Castor, donde estaba reunido el Senado, y dispersase á los padres conscriptos, no sin derramamiento de sangre, teniendo Sila que huir de aquel sitio y refugiarse en casa del mismo Mario, que tuvo la suficiente grandeza de alma para salvar la vida á su mortal enemigo, contentándose con exigirle la promesa de que cesaria de oponerse á sus designios.

Semejante acto de vigor intimidó por el pronto á los partidarios de Sila, y devolvió á Mario su crédito entre la multitud.

El pueblo aplaude siempre á los audaces cuando el éxito corona sus golpes de mano.

Vencedor Mario en la contienda, obtuvo el mando del ejército de Ásia, en perjuicio de Sila, que estaba ya designado para aquel cargo; y disponiéndose á marchar, envió dos pretores á Sila, ordenándole que pusiera á su disposicion los treinta mil infantes y cinco mil caballos que acaudillaba, y que eran los designados para aquella expedicion.

Lejos de obedecer, Sila hizo asesinar á los pretores, sublevó á los soldados, y marchó con ellos contra Roma, donde Mario se preparó á la defensa, prometiendo la libertad á cuantos esclavos se le unieran, y degollando, por via de represalias, á algunos amigos de Sila.

Resuelto el pueblo á sostener á Mario, pero careciendo de armas, combatió con tejas, piedras y palos, armas terribles en manos de la plebe. Á pesar de todo, Sila entró en Roma á viva fuerza; condenó á muerte á Sulpicio; obligó á Mario á emprender la fuga, y puso precio á su cabeza, no obstante la oposicion del jurisconsulto Escévola, que exclamó indignado:

«¡Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los cimbrios!»

Dueño del poder, Sila hizo perseguir encarnizadamente á su enemigo, que se ocultó de choza en choza, hasta que pudo al fin embarcarse en un buque que se dirigia á África.

Obligado á tomar tierra por los vientos contrarios que sufrió en su navegacion, Mario desembarcó en Circea, y anduvo errante, mendigando su sustento, pasando las noches en los bosques y ocultándose de dia en los cañaverales del Líris, hoy el Garigliano, para librarse de los sicarios de Sila, que le buscaban ávidamente.

Á orillas de aquel rio le hallaron sus perseguidores, metido en el limo hasta los hombros, y echándole una cuerda al cuello, lo llevaron á Minturno.

Segun el decreto de proscripcion que pesaba sobre Mario, debia dársele muerte donde quiera que se le encontrase.

Los magistrados de Minturno, despues de una larga deliberacion, resolvieron cumplir aquel decreto, y no encontrando en la ciudad ningun italiano que quisiera encargarse de matar al ilustre guerrero, eligieron para desempeñar el oficio de verdugo á un esclavo cimbrio, que se prestó gustoso á ello por ódio al exterminador de su raza.

Hallábase Mario en su prision, meditando tal vez sobre su reciente infortunio, cuando apareciendo el cimbrio con la espada desnuda, quiso hundirla en el pecho del héroe; pero este, lanzando al bárbaro una centelleante mirada, exclamó con terrible acento:

«¡Miserable! ¿osarias asesinar á Cayo Mario?»

Aterrado el esclavo por aquella mirada que penetraba como un puñal candente hasta su corazon, tapóse el rostro con las manos, arrojó su arma, y huyó veloz, presentándose luego á los jueces, á quienes dijo:

«¡Haced de mí lo que querais; pero no puedo matar á Cayo Mario!»

El asombro primero, y despues la compasion, se apoderaron de los habitantes de Minturno, así como de los jueces, que arrepentidos de su cruel resolucion para con el hombre que salvara á la Italia, le pusieron en libertad, abandonándole en la orilla del mar.

«Vaya á donde quiera á cumplir su destino, se dijeron: nosotros rogamos á los dioses que no nos castiguen por arrojar de nuestra ciudad á Mario, tan miserable y sin amparo.»

Algunos admiradores del ilustre proscripto le proporcionaron una embarcacion que le trasladó á Cartago.

Apenas hubo desembarcado allí, presentósele un lictor de Sextilio,

gobernador romano de aquella colonia, y le intimó la órden de partir, si no queria que le tratase como á enemigo de Roma.

Mario escuchó en silencio al mensajero, y envolviéndole luego en una de sus terribles miradas:

«Vé á decir á Sextilio, respondió, que has visto á Mario sentado sobre sus ruinas de Cartago.»

Semejantes palabras, que encerraban una gran leccion para el gobernador, puesto que le demostraban lo efímero de las grandezas humanas, le obligaron á cerrar los ojos sobre la permanencia de Mario en África.

Protegia además al fugitivo la gloria de su nombre, y el convencimiento que se tenia de que su partido, abatido, sí, pero no aniquilado, podia alzarse de nuevo y vengarlo un dia ú otro.

Mientras el infeliz caudillo tenia que soportar tales trabajos y humillaciones, Sila habia empezado con buen éxito la guerrra contra Mitrídates. Su ausencia de Roma alentó á los parciales de Mario, entre los que se contaba el animoso Lucio Cornelio Cinna, que creyendo propicia la ocasion de entregar el mando á su antiguo jefe, levantó el grito de insurreccion en la metrópoli, cuyas calles quedaron regadas con la sangre de diez mil combatientes. Pero vencido, á pesar de sus prodigios de valor, tuvo que abandonar la ciudad, refugiándose en los campos, donde llamando á las armas á los esclavos y á los veteranos de la *guerra social*, pudo reunir bastantes hombres y dinero para formar treinta legiones, con las que amenazó á Roma, aunque sin osar acercarse á sus murallas.

Llegados á noticia de Mario aquellos acontecimientos, abandonó el África, y desembarcando en Telamon, villa marítima de la Etruria, fué alegremente recibido por los italianos, á quienes se presentaba como un libertador.

Tan pronto como pisó el suelo de la patria, Mario proclamó libres á todos los esclavos, alistó bajo su bandera á los campesinos mas robustos, y tuvo la fortuna de que Sertorio, uno de los mas valientes generales de la república, se declarara en su favor; con lo que doblemente animado, marchó al encuentro de Cinna, y de acuerdo con él, dirigió sus fuerzas contra la ciudad eterna.

Rehusando cuantos títulos y distinciones le ofreció su cómplice, á quien aparentaba dejar todo el honor de aquella atrevida empresa, caminaba Mario abatido, y como agobiado bajo el peso de sus muchos años é indecibles padecimientos, vistiendo como un mendigo y llevando extraordinaria-

mente crecidos los cabellos, que, segun decia, no se habia cortado desde que huyó de Roma. Empero, no obstante aquellas fingidas muestras de melancolía, abrigaba su corazon y disimulaban mal sus ojos el deseo de venganza, la inmensa sed de sangre que le devoraba.

Llegados Mario y Cinna á la vista de Roma, la cercaron estrechamente, viéndose entonces combatir ciudadanos contra ciudadanos, con todo el encarnizamiento de dos razas que se odiaran á muerte.

Dos hermanos lidiaron entre sí con el mayor furor, hasta que uno de ellos cayó herido en el corazon. En aquel instante, reconociendo el homicida á su hermano, arrojóse en sus brazos, y recogiendo su postrer suspiro, exclamó:

«¡Ya que nos separaron los partidos, que nos reuna la hoguera!»

Y se atravesó el pecho con la espada fratricida.

¡Horrible caso, tan frecuente en las guerras civiles!

Los generales que defendian á Roma no estaban á la altura de su mision, ni podian medirse con el viejo guerrero que los asediaba.

Mario se habia asegurado la posesion de Ostia y otras ciudades marítimas, y tomado el Janículo, con lo que cundió el desaliento entre los defensores de la gran ciudad, que se vió precisada á rendirse, á causa del hambre, de la peste y del levantamiento de los esclavos.

Abiertas á los vencedores las puertas de Roma, Cinna penetró en ella como triunfador. En cuanto á Mario, se abstuvo de entrar, diciendo que no cumplia á un miserable proscripto presentarse ante sus conciudadanos, sin que antes hubiesen anulado la sentencia de muerte que sobre él pesaba.

Temiendo su venganza, el Senado se apresuró á llamarle, reconociéndole inocente de los delitos que le atribuian los partidarios de Sila. Pero aun no habia acabado de leer el mensaje en que los padres conscriptos le participaban este acuerdo, infame prueba de su cobardía, penetró Mario en Roma como un tigre famélico, mandando á la turba de esclavos que le seguia dar muerte sin piedad á cuantos él les señalase como enemigos, y á todos aquellos á quienes no se dignara devolver el saludo.

Entonces empezó una horrible carnicería. El cónsul Octavio y los mas ilustres senadores fueron asesinados, sin contar los amos de los esclavos partidarios de Mario, contra quienes éstos ejercieron espantosas venganzas.

Cátulo, su antiguo colega en el consulado, y cuyo único crímen era haber tomado una parte muy activa en la derrota de los cimbrios, se envenenó para quitar á Mario el placer de darle muerte.

Destinado á sufrir la misma suerte Merula, gran sacerdote, se dirigió al templo; despojóse de las cintas sagradas, y sentado en su silla pontifical, hízose abrir las venas, muriendo en medio de las horribles imprecaciones que lanzaba contra Mario, y salpicando el ara con su sangre.

Perseguido el elegante orador Marco Antonio, abuelo del célebre amante de Cleopatra, y maravilla de su tiempo, como le llama Ciceron, refugióse en la casa de campo de un fiel amigo, que gozoso de recibir tal huesped, envió á su esclavo á la taberna por un vino mejor que el que él tenia.

No sabiendo el daño que podia hacer con sus palabras, el esclavo descubrió el nombre de aquel á quien su amo habia dado asilo, y el tabernero le denunció al momento.

Guiados por aquel malvado, los satélites de Mario se apoderaron de Marco Antonio, y aunque los contuvo un momento la elocuencia del orador y su majestuosa figura, al fin le degollaron.

Hallábase Mario sentado á la mesa con sus amigos cuando le participaron la muerte de Marco Antonio, y faltó poco para que abrazara al que le llevaba aquella nueva.

Despues, quiso ver las sangrienta cabeza de su víctima, y para que sirviera de irrision, la mandó exponer en los *Rostros*, [1] en aquel sitio donde tan elocuentemente habia defendido el sabio la verdad y la justicia, y donde pocos años despues debia colgarse tambien la cabeza del orador mas ilustre de que pudo envanecerse Roma.

Sembradas las calles de cadáveres, pasaban sobre ellos los verdugos, mientras resonaban en las casas los lamentos de las mujeres violadas y los gemidos de los hijos que habian visto asesinar á sus padres.

La pluma se resiste á seguir describiendo tan horroroso cuadro.

Cansados de matar los esclavos, reclamaron á Mario las pagas que les adeudaba, y como tardase en satisfacerles mas de lo que querian, amenazaron rebelarse; por lo que el vengativo Mario hizo que Cinna y Sertorio los cercasen con sus tropas mientras estaban entregados al sueño, y los pasó á cuchillo.

Ebrio, aunque no harto de sangre, quizás meditaba el feroz caudillo nuevas hecatombes de sus conciudadanos, cuando una noticia tan terrible como inesperada vino á herirle en medio de su triunfo.

Sila habia terminado la guerra contra Mitrídates, recobrando las

1 Tribuna adornada con rostros de naves, destinada á arengar al pueblo romano.

provincias que este conquistador arrebatara á Roma, é informado de cuanto ocurria en su patria, se disponia á regresar á ella á la cabeza de su ejército victorioso, resuelto á castigar á los autores de tantos crímenes.

Amenazaba á Italia otra guerra civil, que prometia ser mucho mas sangrienta que la anterior, atendido el carácter vengativo de Sila y las considerables fuerzas de que disponia.

Unidos ante el peligro, los parciales de Mario olvidaron al punto sus ambiciones personales, y volviendo los ojos hácia el viejo caudillo, le nombraron cónsul por sétima vez, mirando en él al único hombre de guerra capaz por su consumada pericia y extraordinaria osadía de oponerse con ventaja al vencedor de Mitrídates.

Empero Mario, aleccionado por sus muchos años, lejos de abrigar la menor confianza en el buen resultado que pudiera tener para él la próxima lucha, la veia acercarse con temor, considerando que no era á un general vulgar á quien tenia la imprescindible necesidad de vencer, sino á aquel Sila que ya una vez le arrojara de Roma, y que acababa ahora de rechazar al gran Mitrídates hasta el Ponto Euxino.

Tales reflexiones le recordaban su larga emigracion, igualmente que las privaciones y peligros que tuviera que sufrir en ella; y creyendo que tal vez tendria que huir de nuevo ante su formidable adversario, envidiaba la suerte del oscuro soldado, que defendiendo á su patria, cae sin vida, pero con honor, bajo los golpes del enemigo.

Añádase á lo dicho los crueles remordimientos que necesariamente debian acosarle por la mucha sangre que derramara durante el curso de su larga vida, y se comprenderá la horrible situacion de aquel hombre, que á estar dotado de un carácter menos arrebatado, en vez del azote, habria sido la delicia de sus conciudadanos.

Una de las cosas que mas le atormentaban era el insomnio: queria olvidar, sofocar la voz de su conciencia, y para conseguirlo, se entregó á la embriaguez.

Mas su avanzada edad no le permitió abusar impunemente de la bebida. Una dolencia aguda, que Posidonio, su contemporáneo, dice fué una pleuresía, le llevó al sepulcro el 15 de Enero del año 86 antes de nuestra era.

Los historiadores de la antigüedad que defendieron las prerogativas de la aristocracia romana, á la cual no se limitó Mario á reprimir, sino que insultó y quiso aniquilar, han pintado á este gran general como un

demagogo furibundo y ávido de sangre, mientras los modernos escritores demócratas miran en él á uno de los mas desinteresados y valientes defensores de los derechos del pueblo.

Sin negar nosotros que, aparte el inmenso servicio que prestó á su patria salvándola de la invasion cimbria, demostró en varias ocasiones vivísimo interés por los oprimidos, y en general por las clases desvalidas, no podemos dejar de condenar su desmedida ambicion, su crueldad, y sobre todo las horribles venganzas que llevó á cabo por satisfacer su amor propio ofendido, pudiendo solamente consignar en su elogio, que entre los infinitos crímenes conque manchó su nombre, no lo infamó al menos con las bajezas y deslealtades, tan comunes entre los hombres de Estado sus contemporáneos.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MARIO.



MITRIDATES

MITRÍDATES el GRANDE

El reino del Ponto tomó su nombre del Euxino, que [illegible] al Norte, confinando por los demas puntos cardinales con [illegible] menia, la Cólquide y el rio Hális.

El primer soberano de este pais de que la historia hace [illegible] Artabazo, al que [illegible] reyes, hasta Mitrídates VI, [illegible] hizo alianza con los romanos, les proporcionó socorros en la [illegible] Púnica, y se mantuvo fiel á su causa cuando la victoria de Ar[illegible] Craso dió por resultado la rebelion de casi todos los Estados [illegible]

Asesinado este príncipe, tuvo por sucesor á su hijo [illegible] *Eupator*, apellidado el *Grande*, que habiendo ocupado el [illegible] de doce años, hizo perecer, segun la costumbre de los [illegible] á su madre y á sus parientes mas próximos; habituó [illegible] al trabajo, se casó con su hermana [illegible], á [illegible] muerte como culpada de traicion; y recorriendo el Asia y estudiando sus leyes y costumbres, mereció dominarla.

Además del Ponto, habia heredado Mitrídates la Frigia, y los derechos que sus antecesores creian tener sobre la Paflagonia y la Capadocia, [illegible] paises pretendia apoderarse, no obstante la viva oposicion de [illegible]

[illegible]

[illegible] dates, intrigó en Roma, á fin [illegible] [illegible] soberano.



MITRÍDATES el GRANDE.

(136 Á 65 ANTES DE J. C.)

El reino del Ponto tomó su nombre del Euxino, que le servia de límite al Norte, confinando por los demas puntos cardinales con la Pequeña Armenia, la Cólquide y el rio Hális.

El primer soberano de este pais de que la historia hace mencion, fué Artabazo, al que siguieron ocho reyes, hasta Mitrídates VI, *Evergetes*, que hizo alianza con los romanos, les proporcionó socorros en la tercera guerra Púnica, y se mantuvo fiel á su causa cuando la victoria de Aristónico sobre Craso dió por resultado la rebelion de casi todos los Estados del Ásia.

Asesinado este príncipe, tuvo por sucesor á su hijo Mitrídates VII, *Eupator*, apellidado el *Grande*, que habiendo ocupado el trono á la edad de doce años, hizo perecer, segun la costumbre de los monarcas orientales, á su madre y á sus parientes mas próximos; habituó su cuerpo y espíritu al trabajo, se casó con su hermana Laodicea, á quien despues condenó á muerte como culpada de traicion, y recorriendo el Ásia y estudiando sus leyes y costumbres, mereció dominarla.

Además del Ponto, habia heredado Mitrídates la Frigia, y los derechos que sus antecesores creian tener sobre la Paflagonia y la Capadocia, de cuyos paises pretendia apoderarse, no obstante la viva oposicion de los romanos.

Nicomedes, rey de Bitinia, temiendo el engrandecimiento de Mitrídates, intrigó en Roma, á fin de que el Senado desbaratase los planes del ambicioso soberano.

Los padres conscriptos se apresuraron á declarar independientes la Capadocia y la Paflagonia, y comisionaron á Sila para que se presentase á Mitrídates con apariencias de embajador, pero en realidad para contrarestar sus designios.

Sila desempeñó su encargo con grande habilidad, mas no pudo impedir que el rey del Ponto colocase á su hijo, niño de pocos años, en el trono de Capadocia, y que á la muerte de Nicomedes se apoderase de sus Estados.

Un hijo natural de Nicomedes imploró el auxilio de Roma, y ésta envió ejércitos que le pusieron en el trono de Bitinia, y á Ariobarzánes en el de Paflagonia, como dos vigilantes centinelas contra el infatigable Mitrídates.

El belicoso rey, que deseaba un pretexto para romper con Roma, aprovechó la coyuntura que ésta le ofrecia. Poniendo en juego toda su actividad, reunió un grande ejército, derrotó á los bitinios y á las legiones de Casio y Aquilio, y luego, sin perder momento, obligó á los romanos á evacuar la Frigia, la Misia, el Ásia propiamente dicha, la Caria, la Licia, la Panfilia, la Paflagonia, la Bitinia y cuantos paises habian sometido ó eran sus aliados hasta la Jónia.

Los habitantes de estas regiones, que aborrecian el yugo romano, especialmente desde que Mitrídates les habia devuelto sus prisioneros sin exigir rescate, ensalzaron hasta las nubes al generoso vencedor, á quien llamaban el padre, el dios, el único monarca del Ásia.

Cansadas de sufrir las depredaciones de los procónsules romanos, cuya insaciable avaricia no podian satisfacer, las principales ciudades del Ásia Menor abrieron sus puertas al que se presentaba ante ellas como un libertador. Mitilene, Efeso y Magnesia le acogieron en medio de inmensas aclamaciones, y derribaron los monumentos erigidos por sus dominadores.

Se habian establecido en los citados paises muchos ciudadanos romanos, de los que Mitrídates queria desembarazarse de un solo golpe. Á este fin expidió una órden secreta, y en un dia determinado fueron asesinados todos los que pudieron haberse á las manos, hombres, mujeres, niños y ancianos.

Los bienes de las víctimas se dividieron entre el tesoro real y los asesinos; se declararon libres los esclavos que degollaran á sus amos; se perdonó la mitad de sus deudas al que matase á un acreedor, si era romano, y se condenó á muerte á todo el que hubiera ocultado ó salvado la vida á un italiano.

Imposible es recordar tales atrocidades sin maldecir al que las mandara ejecutar.

Muchos romanos fueron degollados ante los altares de Efeso y en el templo de Esculapio, en Pérgamo, donde se habian refugiado; otros murieron á flechazos mientras huian á nado hácia Lésbos, llevando á sus hijuelos sobre las espaldas. Los caunios despedazaron inhumanamente á los niños de pecho en presencia de sus madres, de las cuales unas perdieron la vida ante semejante espectáculo, y otras la razon.

Algunos escritores hacen ascender á ciento cincuenta mil el número de víctimas de aquella espantosa matanza, que tuvo lugar el año 88 antes de Jesucristo.

Asegurada su dominacion en el interior del Ásia Menor, empezó Mitrídates á someter los pueblos comarcanos. Encontró en Cos inmensos tesoros, traidos de Egipto por Tolomeo Alejandro, é intentó inútilmente tomar á Rodas, donde se habian hecho fuertes los italianos que escaparon del general degüello. Su lugarteniente Arquelao ocupó á Aténas, y allí dió muerte é hizo cargar de cadenas á los partidarios de los romanos, acometiendo en seguida á Délos, cuya guarnicion sorprendió y pasó á cuchillo.

Tratando blandamente á los que le reconocian por señor, y aniquilando á cuantos le oponian la menor resistencia, Mitrídates sometió en breve tiempo la Eubea, la Macedonia, la Tracia, la Grecia y las islas del Archipiélago hasta las Cícladas; de modo que le obedecian veinte y cinco naciones, en cuyo número se contaban los rossanianos, que son los rusos modernos, y él entendia y hablaba los idiomas de todos aquellos pueblos.

Era la intencion del conquistador hacer con las naciones bárbaras que habitaban las costas del Euxino lo que habia practicado Aníbal con los pueblos de África, de España y de la Galia, esto es, disciplinarlos y aguerrirlos para arrojarlos luego contra Roma. Á este fin se ligó estrechamente con algunas tribus de sármatas y germanos que moraban en las riberas del Danubio, y dió á su hija Cleopatra en matrimonio á Tígranes III, el *Grande*, rey de Armenia, con quien firmó un tratado, por el cual podia aumentar sus ejércitos con todas las fuerzas de que disponia este soberano.

Roma vió el peligro, y trato de evitarlo, enviando contra Mitrídates á Cornelio Sila, á la cabeza de las mejores tropas de la república.

Aterraron á la sazon al conquistador espantosos prodigios. Una estátua de la Victoria, preparada por los habitantes de Pérgamo para que á su paso por la ciudad le ciñera las sienes con una corona, cayó de improviso,

y la corona se hizo pedazos. Habiendo mandado prender fuego á un bosque consagrado á las Furias, se oyeron salir de él estrepitosas carcajadas, sin que pudiera descubrirse quién las daba; y como declarasen los sacerdotes que convenia sacrificar una vírgen á aquellas crueles divinidades, la víctima empezó tambien á reir, de modo que nadie se atrevió á consumar el sacrificio.

Á pesar de tan siniestros augurios, no vaciló Mitrídates en salir al encuentro de los romanos; pero sufrió tal derrota en Queronea, que Sila aseguró en sus comentarios haberle muerto ciento diez mil hombres, sin perder mas que doce legionarios.

Otras dos batallas no menos sangrientas que perdió en la Beocia, y los reveses que experimentaron sus generales donde quiera que osaran medir sus armas con las romanas, le obligaron á presentar proposiciones de paz á Sila, que deseoso de terminar cuanto antes aquella lucha para poder intervenir en los negocios de Italia, recibió afablemente á los embajadores de Mitrídates, y consintió en conferenciar con él en Dárdano, ciudad de la Troade.

Acudió allí el rey, acompañado de veinte mil infantes, seiscientos caballos y muchos carros falcados: Sila llevó solo dos legiones y doscientos ginetes; pero éste dictó las condiciones, y aquel no tuvo mas remedio que aceptarlas, conviniendo en que retiraria sus tropas de todos los paises que no le estaban sometidos antes de la guerra; que devolveria la Bitinia al hijo natural de Nicomedes; que pondria en libertad á los prisioneros que tenia, sin pedir rescate por ellos; que pagaria á Sila dos mil talentos, y le proporcionaria ochenta bajeles tripulados por quinientos arqueros, y por último, que no se vengaria de las ciudades que se habian declarado en favor de Roma.

Despues que hubo firmado este tratado que le arrebataba la mayor parte de sus conquistas, preguntó Mitrídates á su vencedor:

—¿Y ahora, qué me dejas?

—Te dejo, respondió Sila, la mano que firmó la sentencia de muerte de cien mil romanos.

De este modo dió el afortunado general, en menos de tres años, término á una de las guerras mas peligrosas, durante la cual recobró la Jónia, la Macedonia y gran parte del Ásia Menor; declaró libres y aliados de Roma á los magnesios, troyanos y chiotas; mató ciento setenta mil hombres á Mitrídates, y á querer hacerlo, habria podido aprisionarle á él mismo, ahorrando así á su patria treinta años de guerra.

Efectivamente, el astuto rey no habia hecho la paz sino para reponerse de sus pérdidas y prepararse á acometer nuevas y mas atrevidas empresas, impulsado por su prodigiosa actividad é indomable energía.

Ocupada Roma en sus discordias intestinas, ocasionadas por las rivalidades de Sila y Mario, le dejó engrandecerse nuevamente y reunir en abundancia armas, dinero y hombres, entre los que se contaban muchos italianos, que, proscritos de su patria, iban á ofrecer al conquistador sus brazos, su habilidad y el ódio intenso que profesaban á sus conciudadanos.

Los Estados del Ásia y de la Grecia, que no se hubieran atrevido aisladamente á hostilizar á Roma, por temor de verse abandonados por sus aliados en lo mas récio del peligro, mirando en Mitrídates al enemigo personal é implacable de los romanos, se unieron abiertamente al belicoso rey que los llamaba á la libertad.

Entonces, sin prévia declaracion de guerra, se arrojó de improviso Mitrídates sobre la Cólquide, que sometió, y como sus habitantes le pidieran por rey á su hijo, receloso de que este príncipe los indujera á rebelarse, le hizo atar con cadenas de oro, y mandó darle muerte. Hecho esto, envió un fuerte ejército y una poderosa escuadra contra los pueblos que habitaban las orillas del Bósforo. Pero Murena, á quien Sila habia dejado de pretor en Ásia, temiendo que se propusiera el conquistador ocupar otra vez la Capadocia, se apresuró á invadirla, á pesar de las protestas de Mitrídates, y devastó las costas y los confines del Ponto, intentando además tomar á Sínope, residencia del rey, esperando hacer allí tanto mal, que mereciese por ello los honores del triunfo. Mas Mitrídates cerró el paso á los romanos; los rechazó, y encendiendo grandes hogueras en la cima de las montañas, anunció á sus aliados que la Capadocia quedaba libre de enemigos.

Despues de enseñorearse de las riberas del Bósforo, invadió el Ásia, donde las concusiones de los exactores romanos hicieron que se le mirase como á un libertador.

Habíanse visto aquellas provincias en la necesidad de tomar á préstamo de algunos comerciantes italianos veinte mil talentos que les exigió Sila, siendo tan usurario el premio, que acumulado al capital, se elevó en pocos años la deuda á la fabulosa suma de ciento veinte mil talentos.

No pudiendo pagar los infelices deudores, se vieron despojados de sus bienes; tuvieron que vender las ofrendas de sus templos, sus mujeres, sus

hijas, sus pequeñuelos, y muchos acabaron por venderse á sí mismos como esclavos.

Mitrídates, que no ignoraba la triste situacion de aquel pais, se atrajo con su liberalidad muchas ciudades que vacilaban en rebelarse contra Roma, y consiguió ahuyentar de ellas á sus enemigos.

Habiéndole enviado Sertorio desde España, donde combatia contra sus compatriotas, un cuerpo de tropas mandadas por oficiales romanos de mucho mérito, hacia que éstos le precedieran en sus invasiones, como para justificarlas; y advirtiendo que las armas de sus soldados, por ser lujosas, no eran mas fuertes, mandó fabricar espadas y escudos como los de sus vencedores; dió á sus ejércitos la táctica y disciplina romanas; se proporcionó buena caballería, y concentró todos sus pensamientos en la guerra.

Por aquel tiempo murió Prusias, rey de Bitinia, dejando á los romanos en herencia su reino. Pero Mitrídates los suplantó, apoderándose de aquel pais, juntamente con la Capadocia, tan poblada hácia la época de que vamos hablando, que Tígranes pudo sacar de ella hasta trescientos mil hombres para poblar su ciudad de Tigranocerta.

Roma comprendió que era indispensable desenvainar de nuevo la espada para impedir el engrandecimiento de su obstinado enemigo.

Como la primera guerra mitridática habia enriquecido enormemente á Sila y á sus parciales, muchos caudillos de gran reputacion solicitaban el mando del ejército destinado á combatir al rey del Ponto, distinguiéndose entre los pretendientes Lucio Lúculo, ardiente partidario de Sila, estudioso, ilustrado, expléndido y decidido protector de todos los griegos que residian en Roma.

Valiéndose del ascendiente que la célebre cortesana Pretia ejercia sobre Cayo Cétego, árbitro entonces de la república, alcanzó Lúculo el mando del ejército, y rehusó los tres mil talentos que le concedió el Senado para los gastos de la expedicion, diciendo que tenia confianza de encontrar en el tesoro de Mitrídates con qué pagar á sus soldados.

Desembarcado en Ásia con sus legiones, Lúculo se halló frente á frente del valeroso rey, que habia puesto en pié de guerra ciento cincuenta mil infantes, doce mil caballos y cien carros falcados, contando además con una escuadra de cuatrocientas naves, con cuyas imponentes fuerzas acometió por diferentes puntos á los romanos, que se vieron al principio obligados á mantenerse á la defensiva por la superioridad del enemigo; de

modo que mas de una vez persiguió Mitrídates y degolló á los ayudantes de Lúculo á la vista de este general.

No pudiendo vencer á su adversario en campo abierto, atrincheróse Lúculo, esperando pacientemente que se le presentase una ocasion de alcanzar la victoria. Esta se le ofreció al fin en Cízico, de donde arrojó á Mitrídates, matándole muchos miles de soldados. Siguióle despues al Helesponto y á la Bitinia, que no tardó en rendírsele, así como la Paflagonia y la Capadocia, y desplegando tanta actividad en la persecucion como inaccion habia mostrado al empezar la lucha, estrechó tan vivamente al rey, que abandonado éste de su ejército, vióse precisado á refugiarse al lado de su yerno Tígranes, no llevando consigo mas que sus inmensos tesoros.

Hubiera caido Mitrídates en poder de sus enemigos, á no haber apelado á la astucia de horadar algunos sacos de oro que llevaba detrás de sí, ardid á que debió su salvacion, pues entretenidos los romanos en recoger las monedas de que estaba sembrado el camino, perdieron el tiempo, que en la guerra es todo, y dejaron escapar al fugitivo.

Mitrídates habia dejado en Farnacia sus mujeres, sus concubinas y sus hermanas, y para evitar que el vencedor se apoderase de ellas, envió al eunuco Báquides con órden de matarlas.

Entre aquellas desgraciadas se encontraba Monima de Mileto, tan magnánima como hermosa, á la cual, siendo aun niña, regaló Mitrídates quince mil monedas de oro, sin conseguir seducirla. Pero la ofreció hacerla su esposa, y en cuanto se unió á él, la relegó al serrallo, donde no cesaba de echar de menos la libertad griega, comparándola con la fastuosa esclavitud en que yacía.

Cuando llegó el eunuco, preguntó á cada una de las mujeres el género de muerte que mas le agradaba. Monima trató de ahorcarse con la banda real que llevaba puesta; pero como se rompiera bajo el peso de su cuerpo, exclamó arrojándola con desprecio:

«¡Maldito andrajo, ni para esto sirves!»

Mitrídates buscó asilo en la córte de Tígranes, que recibió á su suegro con bastante frialdad, sin acceder á verle, ni menos á celebrar con él ningun nuevo tratado.

Roma, que no olvidaba los lazos de parentesco que unian al rey de Armenia con su mortal enemigo, aprovechó la ocasion que le ofrecia para moverle guerra, y con esta intencion ordenó á Lúculo que reclamase de Tígranes la entrega del vencido soberano.

Tígranes recibió con altanería á los embajadores que le envió al efecto el general romano, y como no le pareciesen bastante humildes los términos en que expusieron su peticion, no solo se negó á entregar á su suegro, sino que le trató desde aquel momento con mas humanidad; escuchó sus consejos, y le puso al frente de diez y seis mil caballos para que tratase de restablecer su fortuna en el Ponto.

Lúculo respondió á esta provocacion pasando el Eufrates á la cabeza de quince mil hombres, y penetrando luego atrevidamente en el corazon de la Armenia.

Al primero que llevó á Tígranes la noticia del movimiento de los romanos, lo mandó ahorcar como impostor. Pero cuando vió confirmada aquella nueva, exclamó desdeñosamente:

«Para embajadores son demasiados, para guerreros pocos.»

Y reuniendo en breve tiempo sus ejércitos, salió al encuentro de los invasores.

Lúculo, que venciera á Mitrídates con la lentitud, triunfó de Tígranes con la rapidez. En vano aconsejaba el astuto Mitrídates á su yerno que esquivase el combatir y se ciñera á talar el pais, para que el ejército romano pereciera de hambre. Tígranes no quiso escuchar nada, y presentó la batalla á los romanos.

Al empezar la accion, uno de los oficiales de Lúculo le advirtió que aquel dia (6 de octubre del año 69 antes de Jesucristo) era de mal agüero para Roma, á causa de la sangrienta derrota que sufrió Cepion al atacar á los cimbrios.

Pero el caudillo romano respondió tranquilamente al oficial:

«Yo haré que de hoy en adelante este dia fatal se tenga por de feliz pronóstico.»

Y en efecto, con el puñado de héroes que mandaba, derrotó á los doscientos mil combatientes que le opuso Tígranes, entre los que se contaban diez y siete mil ginetes cubiertos de hierro.

Mostróse el rey de Armenia tan cobarde en la desgracia cuanto orgulloso habia sido en la prosperidad; mas el indomable Mitrídates redobló sus esfuerzos para reunir un nuevo ejército en las llanuras que se extienden al otro lado del Tauro.

Fué á buscarle allí Lúculo, y le derrotó enteramente cerca de Artaxata, consiguiendo escaparse de nuevo, seguido de Tígranes, que le acompañaba en aquella desesperada tentativa.

Podia ya Lúculo confiar en que anonadaria á su enemigo, cuando el ejército se negó á obedecerle. En vano el general fué de tienda en tienda suplicando uno á uno á los soldados. Publio Clodio, cuñado suyo, hombre de depravadas costumbres, los habia incitado á la rebelion. Por eso, mostrándole los legionarios sus bolsas vacías, le dijeron que fuera á pelear él por todos, puesto que él solo reportaba provecho de la victoria.

Tal vez era verdad que Lúculo se embolsaba las enormes sumas que arrancaba á las ciudades que libraba del pillaje de sus tropas. De todos modos, es positivo que en Roma, declamando sus enemigos contra lo que llamaban su insaciable avaricia, obligaron al Senado á pensar en darle un sucesor. El tribuno Manlio propuso que se nombrase á Pompeyo; Ciceron sostuvo al candidato, y el pueblo le nombró á pesar de la oposicion de los nobles.

Sucedió, pues, Pompeyo á Lúculo, no en las fatigas y cuidados de la guerra, sino en los honores del triunfo.

Diciendo Lúculo que aquel afortunado jóven iba como los cuervos á cebarse en cadáveres, trató de despedirle por inútil para una empresa ya terminada. Pero Pompeyo se apoderó del mando; no permitió que nadie se acercara á Lúculo; dió por nulo cuanto éste habia hecho, y no le dejó mas que seiscientos hombres para que le escoltasen hasta Roma.

Como no podia dejar de suceder, aprovechóse Mitrídates de las disensiones ocurridas con motivo del reemplazo de Lúculo para entrar nuevamente en el Ponto, invadir la Capadocia y abrir á sus aliados el camino del Cáucaso.

En grave peligro se hubiera visto Roma, si, encontrando mas facilidad en las comunicaciones, hubiera podido Mitrídates reunirse á los piratas de Sicilia y á los cuarenta mil esclavos conque hacia frente á la sazon el tracio Espartaco á los mejores generales de la república. Pero la fortuna, que siempre habia sonreido á Pompeyo en sus empresas, se le mostró tambien propicia en esta ocasion. Un hijo de Tígranes se rebeló contra su padre, y derrotado por éste, se pasó á los romanos, entregándoles las mejores plazas de la Armenia, y privando de este modo al aliado natural de Mítridates de secundarle en sus empresas.

Desanimado Tígranes, se presentó á Pompeyo; prosternóse ante él, y estando presente su desnaturalizado hijo, se proclamó feliz en tener por vencedor á semejante héroe.

Pompeyó recompensó este acto de inaudita cobardia devolviendo la

Armenia al degradado soberano, con condicion de pagar por ella seis mil talentos, y de abandonarle la Capadocia, la Cilicia y la Siria.

Despues de esto, Tígranes se declaró amigo y sócio de los romanos, y no solo dejó de ayudar á Mitrídates, sino que por congraciarse con sus vencedores, llevó su vileza hasta el punto de ofrecer cien talentos al que le presentara la cabeza de su yerno.

Hé aquí lo que muchas veces llaman los reyes razon de Estado, y que no es otra cosa que la suprema ley de la necesidad, ó un móvil de cruel egoismo.

Viendo desbaratados sus proyectos, Mitrídates solicitó entrar en negociaciones con Pompeyo; mas los romanos que seguian sus banderas, temiendo verse sacrificados, le obligaron á romper todo convenio. Derrotado nuevamente á orilla del Eufrates, y abandonado de los suyos, el indomable guerrero tuvo que huir solo en medio de la noche, yendo á refugiarse en la Crimea, donde sin perder nada de su antiguo valor y actividad, armó á los albaneses, á los iberos y á otros pueblos del Cáucaso. Pero tambien le siguió allí Pompeyo, costándole muy poco trabajo exterminar aquellas hordas mil disciplinadas; y luego, sin aventurarse en la Hircania, ni atreverse á penetrar en el Bósforo por el pais de los escitas, torció al Mediodía, y sometió muchas provincias indefensas y dispuestas á sufrir el yugo del primer conquistador que cayera sobre ellas.

No oyendo hablar de Mitrídates durante algun tiempo, creyó Pompeyo que habria sucumbido en alguno de los últimos combates. Halagado por esta idea, dirigió sus armas á otra parte, y en una expedicion semejante á un paseo triufal, ocupó la Siria y la Judea, dándolas á quien quiso; despues de lo cual, y cada vez mas sediento de gloria y de renombre, se dispuso á conquistar la Arabia.

Empero Mitrídates no habia muerto. Anciano como era, y aquejado por una horrible enfermedad que convertia su cuerpo en una inmensa úlcera, acariciaba todavia el colosal proyecto de sublevar todas las naciones bárbaras, y arrastrar contra Roma á los escitas, galos y partos, á cuyo fin dirigia con febril actividad embajadores y emisarios á todas partes.

De repente, y cuando menos se pensaba en él, apareció en el Ponto; armó nueve cohortes; recobró muchas ciudades, y envió sus hijas á los príncipes escitas para proporcionarse yernos y aliados.

Tal vez habria conseguido por semejantes medios el astuto Mitrídates poner en pié de guerra un ejército, formidable no tanto por la calidad de

los soldados cuanto por su gran número, si los que escoltaban á las princesas sus hijas no se hubieran apoderado de ellas y entregádolas á los romanos.

Tampoco desanimó á Mitrídates este contratiempo. Fecundo en recursos cuanto mas apurado se veia, concibió el plan de conducir por el Bósforo Cimerio, y al través de la Escitia y la Panonia, sus mejores soldados, para penetrar con ellos en la Galia, desde donde, reforzado con las hordas que encontrara á su paso, podia caer como un rayo sobre la Italia, que contaba encontrar desprevenida.

Empero el belicoso anciano vió desvanecido su atrevido proyecto por la cobardía de sus oficiales, que calificaron de temeraria semejante empresa, y que se negaron á seguirle al ver que se empeñaba en llevarla á cabo.

A la cabeza de los que se oponian á aquella expedicion estaba Farnáces, el hijo mas querido de Mitrídates, que de acuerdo con los romanos, con los eternos enemigos de su padre, aprovechó el descontento de las tropas y se proclamó rey.

Obligado á huir delante de aquel malvado hijo, en quien la ambicion acallaba la voz de la naturaleza, Mitrídates intentó en vano conmoverle con los afectuosos mensajes que le envió; pero como no consiguiera hacerle arrepentir de su crímen, y se mirase á punto de caer en sus manos, aconsejado solo de su inmensa desesperacion, se envenenó, y envenenó tambien á sus concubinas y á dos de sus hijas, que estaban prometidas á los reyes de Chipre y de Egipto.

Mientras que las mujeres perecieron, no produjo el veneno ningun efecto en el desventurado soberano, que habia contraido la costumbre desde su juventud de tomar gradualmente varias sustancias ponzoñosas; por lo que tuvo que recurrir á la espada para darse la muerte. Farnáces, que le perseguia encarnizadamente, le halló espirando en un lago de sangre, y con bárbara piedad mandó curar su herida y conservarle para que sirviera de ornamento al triunfo de Pompeyo, su cómplice y protector. Mas un soldado galo, compadecido quizás de tanto infortunio, desenvainó su espada, y dirigiéndose al moribundo, lo degolló.

La muerte de este grande hombre tuvo lugar el año 69 antes de Jesucristo.

El premio que Pompeyo dió al infame Farnáces por su parricidio fué la investidura del Ponto; y en prueba de agradecimiento el mónstruo coronado, llevó su vileza hasta el extremo de enviar al general romano el

cadáver del autor de sus dias, para que se convenciera de que ya no existia el valeroso enemigo de Roma.

Algunos historiadores romanos dedican muchas páginas á enumerar las riquezas encontradas en los tesoros del gran rey: solo la ciudad de Telaura entregó, como de su pertenencia, dos mil copas de ónice incrustadas de oro: los comisarios de la república emplearon treinta dias en formar el inventario de los vasos de oro y plata, muebles, armas, bridas y sillas de montar adornadas de diamantes que se encontraron en los palacios de Mitrídates. En uno de ellos se halló un juego de damas, hecho de dos únicas piedras finas, de tres piés de ancho y cuatro de largo, cuyas piezas eran tambien piedras preciosas, y encima del cual habia una luna de oro que pesaba treinta libras. Tambien se hallaron allí estátuas de oro macizas dedicadas á los dioses, y una del rey que tenia ocho codos de alta.

Mitrídates reinó sesenta y un años, ofreciendo durante este largo período un cúmulo de grandes virtudes y de enormes vicios. Ciceron, que se ocupó varias veces de él, no titubeó en proclamarle el mayor de los reyes despues de Alejandro Magno, elogio que no parecerá exagerado, en vista de las brillantes victorias que alcanzó, de su incansable actividad, de lo inagotable que era en recursos en medio de sus desventuras, y sobre todo, de la alegría conque el ejército y el pueblo romano acogieron la noticia de su muerte. Era además de esto, valerosísimo soldado y hombre instruido; hablaba, como dejamos dicho, los idiomas de todas las naciones que le estaban sometidas; escribió en griego un tratado de botánica; entendia de medicina, y fué el inventor del antídoto que durante muchos años ha llevado su nombre.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MITRÍDATES EL GRANDE.



Espartaco.

ESPARTACO.

[illegible]

Desde que Marco y Decio Bruto ofrecieron por primera vez al [illegible] romano un combate de gladiadores en los honores fúnebres [illegible] á su padre, empezó á ser un arte el aprender á matar [illegible] [illegible] juegos del circo.

Cada vez mas aficionados [illegible] mundo á [illegible] espectáculos, el lujo y la crueldad que se [illegible]garon en ellos fué naturalmente en aumento. Los tres hijos del augur Emilio Lépido hicieron luchar once parejas de hombres durante tres dias, hasta que sucumbieron la mayor parte de ellos. César presentó primero en sus juegos hasta cuatrocientos leones africanos, y despues hizo combatir [illegible] elefantes [illegible] quinientos soldados de á pié y otros tantos de á caballo; [illegible] cientas cuarenta parejas de gladiadores, que [illegible] á la arena para divertir [illegible] [illegible] ello los cimientos de su [illegible] popularidad mas que con sus esclarecidas victorias. Tito, *delicia del género humano*, mandó que continuasen las luchas de hombres por espacio de cien dias, y el *bondadoso* Trajano las prorogó [illegible] ciento veinte y tres, ofreciendo al efecto dos mil combatientes.

[illegible] debemos advertir que no eran solamente esclavos ó criminales [illegible] en estas horribles fiestas [illegible] [illegible] mas abyecta se [illegible]. Neron á pelear en el anfiteatro [illegible]



ESPARTACO.

(DE 72 Á 70 ANTES DE J. C.)

Desde que Marco y Decio Bruto ofrecieron por primera vez al pueblo romano un combate de gladiadores en los honores fúnebres que tributaron á su padre, empezó á ser un arte el aprender á matar ú morir públicamente, y un lucrativo oficio la educacion de los infelices destinados á los juegos del circo.

Cada vez mas aficionados los dominadores del mundo á esta clase de espectáculos, el lujo y la crueldad que se desplegaron en ellos fué naturalmente en aumento. Los tres hijos del augur Emilio Lépido hicieron luchar once parejas de hombres durante tres dias, hasta que sucumbieron la mayor parte de ellos. César presentó primero en sus juegos hasta cuatrocientos leones africanos, y despues hizo combatir cuarenta elefantes con quinientos soldados de á pié y otros tantos de á caballo, sin contar seiscientas cuarenta parejas de gladiadores, que arrojó á la arena para divertir á sus conciudadanos, adquiriendo un título á su gratitud y echando con ello los cimientos de su inmensa popularidad mas que con sus esclarecidas victorias. Tito, *delicia del género humano*, mandó que continuasen las luchas de hombres por espacio de cien dias, y el *bondadoso* Trajano las prorogó hasta ciento veinte y tres, ofreciendo al efecto dos mil combatientes.

Aquí debemos advertir que no eran solamente esclavos ó criminales los que figuraban en estas horribles fiestas, pues en tiempo de los emperadores, cuando mas abyecta se ostentaba la dignidad humana, obligó un dia Neron á pelear en el anfiteatro á cuatrocientos senadores y quinientos

caballeros, y el feroz Commodo no creyó rebajarse despojándose de la púrpura imperial, para bajar al circo á lucir entre los gladiadores su colosal estatura y extraordinarias fuerzas.

En vano Marco Aurelio, mas humano respecto á este punto que sus antecesores, mandó que exclusivamente se usaran en el circo armas embotadas, ú *corteses:* el pueblo pedia sangre, y fué preciso dársela; y continuó embriagándose en aquel espectáculo, hasta que la inflexible voluntad de Constantino, y sobre todo, la heróica abnegacion conque los cristianos arrostraban la muerte por la integridad de su creencia, pusieron fin á tan bárbara diversion.

¡Los que se quejan de que los misterios de la pasion de Cristo, colocados hoy en el Coliseo, le desfiguran y hacen perder su sello de antigüedad, que recuerden los rios de sangre que el cristianismo ha ahorrado á la especie humana al convertir aquel campo de exterminio en un lugar de piadoso recogimiento, de santa meditacion!

Maestros muy hábiles en su siniestro oficio *(lanistæ)* enseñaban, no solo á los hombres libres, sino á los ciudadanos romanos, á dar la muerte ó recibirla con la risa en los labios, y á caer del modo mas gracioso, para alcanzar los aplausos de los espectadores. Ricos empresarios almacenaban en sus casas multitud de hombres escogidos entre los mas gigantescos y animosos que podian encontrar, á quienes mantenian y ejercitaban cuidadosamente para salir al circo.

Petronio dice, que al contratar á aquellos desgraciados, se les hacia prestar el siguiente juramento:

«¡Juro sufrir la muerte en el fuego, en las cadenas, con el azote ú con la espada, y someter mi alma y mi cuerpo á la voluntad de mi amo, como verdadero gladiador!»

El edil que, á causa de su elevacion á este cargo, debia ofrecer espectáculos al pueblo; el rico que queria granjearse su admiracion y conquistar sus sufragios para la próxima eleccion de cuestor ó tribuno de la plebe, se dirigian al empresario, y trataban con él, comprándole el número de gladiadores que necesitaban, ó alquilándolos por determinadas funciones, segun la especie de lid á que los destinaban.

Los combates, por lo tanto, eran mas ó menos sangrientos, puesto que en caso de venta, se deshacia el empresario de los hombres mas débiles ó menos diestros que tenia en su *depósito,* y si se trataba de alquilarlos, daba los mas robustos y experimentados en la lucha, para que, ora venciendo,

ora derramando su sangre hasta la última gota, aumentasen el crédito de su *establecimiento.*

Uno de los dias mas felices para los romanos era aquel en que podian leer en las tabletas colocadas al efecto en la via pública un anuncio como este:

«Regalo de gladiadores. *(Munus gladiatorum).*—El edil recompensará á sus conciudadanos por haberle elegido para desempeñar tan honroso cargo, ofreciéndoles cincuenta parejas de valientes acuchilladores, que combatirán hasta la muerte.»

Ante tan grata noticia, saltaba de alegría el pueblo-rey, y olvidando el dia señalado para la fiesta que tenia hambre, y que al siguiente volveria á tenerla, invadia desde las primeras horas de la mañana la gradería del circo. Tambien se dirigian allí, pero algo mas despacio, los senadores y caballeros, á quienes aquel pueblo dominaba en el foro con sus votos y servia en sus casas como doméstico, siguiéndoles en sus literas las mas aristocráticas damas de Roma, que habian pasado cuatro ó cinco horas en el tocador, para borrar las huellas que la edad y los excesos marcaran en sus rostros.

Prévia la vénia del magistrado que preside la funcion, se da la señal de empezarla.

Pero, ¿por qué tardan en presentarse los gladiadores? Un inmenso murmullo, semejante al retumbo del trueno precursor de la tempestad que se acerca, se eleva de aquella muchedumbre que ansía saborear su espectáculo favorito.

Al fin aparecen los combatientes. ¡Qué fuertes músculos! ¡Qué apostura tan gallarda! ¡Qué fiereza en sus miradas! El corazon de cada uno de cuantos los contemplan palpita de alegría al considerar que pende de una señal suya la vida de aquellos hombres.

Y á semejanza de lo que en nuestros dias sucede en un circo de gallos, ó en una lucha de pugilato entre los *civilizados* ingleses, se cruzan apuestas por tal ó cual campeon, segun las simpatías ó esperanzas que ha excitado en los espectadores.

De pronto resuena una trompeta, y comienza la lucha.

Al principio pelean los adversarios con espadas de palo *(arma lusoria),* mostrando cada cual su habilidad en herir y en parar los golpes que le dirigen. Pero llega el momento de poner término á semejantes juegos de niños, indignos de la majestad del pueblo romano. Otra señal, y los gladia-

dores blanden afiladas espadas del mas fino acero. Entonces se atacan con vigor; se enfurecen; redoblan los golpes, y el pueblo contempla con delicia las heridas y la sangre.

Uno de los combatientes tiene abierto el pecho de una cuchillada; vacila, y retirándose, alza el dedo en señal de pedir gracia. ¿Ha peleado valerosamente? ¿Ha mirado impávido acercarse la muerte? Si esto ha hecho, el magnánimo pueblo le concede la vida, para que pueda arriesgarla otra vez en su obsequio. Mas si ha dado el menor indicio de cobardía, ó si aquella desapiadada muchedumbre de hambrientos plebeyos, orgullosos patricios y altivas matronas deslumbrantes de oro y pedrería, quiere ver hasta dónde llega la energía del desgraciado luchador; si desea divertirse en contar las boqueadas de un moribundo y los sacudimientos de un cuerpo que exhala el alma en el vigor de la edad y en la plenitud de la vida, cierra el puño dirigiendo el pulgar hácia el combatiente, y con voz semejante al rugido de los tigres encerrados en las jaulas del circo, grita:

—¡*Recipe ferrum!*

Y el vencedor, obedeciendo este mandato, arrójase jadeante y cubierto de sangre sobre su enemigo; lo derriba, y oprimiéndole el pecho con su rodilla, lo degüella al momento, cayendo muchas veces sobre su víctima debilitado por el peso de su victoria.

Apenas anuncia la trompeta la muerte de un gladiador, es arrastrado al *spoliarium*, donde el vencedor le quita sus armas y vestido, que se aprópia, y lo remata si todavía respira, mientras que algun miserable epiléptico acude á beber la sangre que sale á borbotones del cuello de la víctima, y que cree ha de curar su terrible dolencia.

Ha terminado el espectáculo, y el pueblo aplaude al vencedor, que recibe en premio de su bravura una corona de lentisco y una palma, y á veces la libertad, aunque esto sea muy raro, pues su amo tiene interés en conservarle para que luzca su destreza en nuevos combates.

¡Ah! ¡qué pueblo el romano en cuya historia solo se vé una guerra de once siglos, y cuya diversion favorita consiste en contemplar el exterminio del hombre por el hombre!

Los depósitos de gladiadores de que antes hemos hablado eran, además de focos de perversion, una especie de ejército de reserva para los descontentos y facciosos, que comprando una banda de ellos, tenian siempre á su disposicion aquella gente tan acostumbrada á derramar sangre, como agena al amor patrio y al doméstico.

Léntulo Batiato, opulento patricio, poseia en Cápua algunos centenares de aquellos desgraciados, en su mayoría prisioneros de guerra galos y tracios, á quienes, aunque no pudiera imputárseles ningun delito, tenia aprisionados como criminales.

Entre ellos se encontraba un hombre, que á una hermosa figura, á una fuerza hercúlea y á un valor de leon, unia una prudencia y grandeza de alma muy superiores al miserable estado en que le colocara su destino.

Aquel hombre se llamaba Espartaco, y era de raza númida, aunque nacido en Tracia, de donde era tambien su esposa, que amándole apasionadamente, habia querido compartir con él las amarguras de su cautiverio.

Vendido varias veces á diferentes empresarios, Espartaco habia tenido precision de luchar y vencer en el circo de Roma. Allí, en cierta ocasion, vióse durante su sueño una serpiente que le ceñia el rostro con sus anillos, con lo que la mujer del gladiador, que ejercia el oficio de adivina, ó decidora de buena ventura, auguró que su marido llegaria á ser poderoso, feliz y formidable á sus opresores.

Un dia apareció Léntulo en el encierro de sus esclavos, y previno á Espartaco que se dispusiera á presentarse en el circo de Cápua, donde debia luchar á muerte con un atleta galo, que, segun dijo, habia dejado siempre tendidos en la arena á sus adversarios.

El gladiador escuchó aquella órden sin despegar los lábios, y cuando hubo salido su amo, dijo á sus compañeros:

«Ya que es preciso morir, ¿por qué no hacerlo combatiendo contra nuestros tiranos?»

Estas palabras produjeron el efecto de la chispa en la mina preparada. Doscientos de aquellos hombres se pusieron de acuerdo para huir, jurando todos ser libres ó perecer con las armas en la mano.

Señalado el dia en que debian llevar á cabo la evasion, iban á efectuarla, cuando advirtieron que, habiendo descubierto el proyecto, sus guardianes tomaban precauciones para impedir la fuga.

Al observar esto Espartaco, reunió á los conjurados, los incitó á imitarle, y arrojándose impetuosamente sobre los carceleros, derribó á cuantos le opusieron resistencia, saliendo á la via pública con setenta y ocho gladiadores que pudieron seguirle.

Una vez libres, asaltaron la tienda de un pastelero que hallaron á su paso; se apoderaron de sus cuchillos y asadores, y abandonaron la ciudad, dirigiéndose al Vesubio.

En el camino encontraron los fugitivos algunos carros cargados de armas de gladiadores que se enviaban á otra poblacion, y hechos dueños de ellas, rechazaron á los soldados que salieron de Cápua en su persecucion, armándose de un modo mas conveniente con las espadas y picas que les quitaron.

Despues de esta victoria eligieron por jefe á Espartaco, y vieron engrosarse sus filas con muchos de sus compañeros, que rompiendo las puertas de sus encierros, fueron á reunírseles.

Clodio, que marchó desde Roma con tres mil hombres para sofocar la rebelion, encontró á los gladiadores atrincherados entre las rocas del Vesubio, en un sitio cubierto de vides silvestres, á donde solo podia subirse por un sendero estrecho y tortuoso, que ocupó el romano para que no pudieran escapar los insurrectos.

Viéndose encerrado en su posicion, mandó Espartaco cortar las vides mas sólidas que pudo encontrar, y haciendo con ellas largas escalas, descendió con su gente á la llanura por el lado opuesto al en que le esperaban los sitiadores, á quienes atacó por la espalda tan brusca é inopinadamente, que despues de una corta resistencia abandonaron el campo de batalla, sin poder retirar sus heridos.

Tan señalado triunfo valió á Espartaco la ayuda de gran número de campesinos de la Tierra de Labor, gente robusta y valerosa, que acudieron á alistarse bajo su bandera. El jefe de los gladiadores armó á aquellos hombres, los disciplinó á la romana y los empleó como exploradores y tropas lijeras.

El segundo general que marchó contra los insurrectos fué Publio Varino[1], que envió delante á su lugarteniente Furio, con dos mil legionarios escogidos.

Espartaco derrotó á aquellas tropas, y arrojándose luego sobre Cosinio, consejero y colega de Varino, que acudia en socorro de Furio con un numeroso cuerpo de ejército, lo destrozó enteramente, apoderándose de su campamento, y dándole muerte en singular combate.

Poco tiempo despues tocó á Varino la vez de ser vencido. El bravo gladiador le batió en diferentes escaramuzas, y despues, en una batalla campal, le mató una tercera parte de su gente; apoderóse de sus lictores y hasta del caballo que montaba, y á duras penas pudo salvar su vida por medio de la fuga.

Tan brillantes victorias aumentaron considerablemente la hueste de

Espartaco, que se vió á la cabeza de diez mil gladiadores, formidables soldados, tanto por su destreza en el manejo de toda clase de armas, cuanto por el desprecio conque miraban la vida, acostumbrados como estaban á arriesgarla en las luchas del circo.

Cualquiera otro que no hubiera sido nuestro héroe se habria envanecido con sus contínuas victorias. Pero dotado de clarísima inteligencia, conocia perfectamente Espartaco que era empresa harto árdua el triunfar del poderío romano; y como no habia tomado las armas para convertirse en conquistador, sino con el objeto de recobrar su libertad y darla á sus camaradas, alcanzado este fin, recogió su ejército, y atravesando gran parte de la Italia, lo condujo hácia la Galia Cisalpina, de donde eran la mayor parte de sus secuaces, y donde pensaba establecerse con su mujer, que no le habia abandonado un solo instante.

No todos los soldados de Espartaco se conformaron con la resolucion de su jefe. Algunos de ellos, creyéndose bastante fuertes para caer sobre Roma y saquearla, eligieron por caudillo á un gladiador llamado Cnixo, y separándose del grueso del ejército, camparon por su cuenta. Pero fueron atacados por el cónsul Gelio, que les seguia la pista, siendo muy pocos los que escaparon de la matanza que este general hizo en aquellos mal aconsejados.

Al anuncio de esta derrota retrocedió Espartaco; atacó y deshizo al cónsul Cornelio Léntulo, encargado de perseguirle, y luego al mismo Gelio, y mirando huir ante él, despreciado esclavo, á las invictas legiones y á los dos generales de Roma, dejándose llevar de su ódio hácia sus antiguos señores, mandó que no se diera cuartel á ningun romano.

Rico de botin y devastando las comarcas que encontraba á su paso, Espartaco continuó su marcha, sin encontrar por de pronto quién se le opusiera. Casio, que vino contra él á la cabeza de diez mil soldados, se vió derrotado y fugitivo despues de combatir encarnizadamente.

Indignado el Senado al contemplar la cobardía ó mala fortuna de sus generales, los depuso ignominiosamente, encargando á Marco Licinio Craso la suprema direccion de la guerra.

Gran número de jóvenes pertenecientes á las principales familias romanas, siguieron á Craso en clase de voluntarios, llevados de la amistad que le profesaban y de su gran reputacion militar.

Al encargarse del mando el nuevo general, fué á acampar en el Piceno (hoy la Marca de Ancona), esperando á Espartaco, que se dirigia hácia

aquella region de la Italia, ordenando antes á Mummio, su teniente, que con las dos legiones que mandaba, fuera siguiendo los pasos al enemigo, sin presentar batalla, ni empeñarse en la menor escaramuza, por mas que se le provocase.

Siguió Mummio al principio las instrucciones de su jefe; pero creyendo luego que se le presentaba la ocasion de derrotar á los gladiadores y alcanzar la gloria de terminar la guerra en una batalla, la presentó á Espartaco, que le batió como á cuantos se atrevian á hacerle frente, matándole la mitad de sus soldados, y obligando á los demas á arrojar las armas para huir con mas lijereza.

Llegados los fugitivos al campo de Craso, dióles éste otras armas, haciéndoles jurar que las defenderian en adelante con mas valor, y sacando de entre ellos á los que formaban á la cabeza de las legiones, y que lejos de cumplir su deber dieron el ejemplo de la fuga, los diezmó en presencia de todo el ejército.

Despues de castigar á sus soldados, los llevó Craso contra el enemigo.

En tanto, Espartaco, á quien su victoria sobre Mummio habia dejado expedito el camino, atravesó la Lucania dirigiéndose al mar. En el estrecho de Mesina encontró algunas naves de piratas sicilianos, y concibió el proyecto de pasar á Sicilia, á fin de dejar allí dos mil hombres, que creia suficientes para reanimar la sublevacion de los esclavos, que, sofocada hacia muy poco tiempo, no necesitaba mas que una chispa para producir un vasto incendio.

Convenido con el jefe de los piratas, á quien entregó el precio del pasaje, se disponia á embarcarse; pero le engañaron los corsarios haciéndose á la vela durante la noche y dejándole en tierra.

Mirándose burlado, abandonó Espartaco la orilla del mar, yendo á acampar en la península de Reggio.

Craso, que seguia de cerca á los sublevados, no tardó en presentarse ante su campo, y no considerando prudente atacarlos en sus atrincheramientos, quiso encerrarlos en la península, construyendo en la única salida que tenian una muralla de quince leguas de extension y de una elevacion enorme, tras de la cual se atrincheró á su vez, esperando que la falta de víveres obligaria á capitular ó á desbandarse al ejército de los gladiadores.

Miró Espartaco al principio con desprecio el colosal proyecto del general romano; pero viendo acabada la muralla y que empezaban á faltarle los

mantenimientos, pensó en salir á todo trance de la especie de trampa en que se habia metido.

Como para ejecutar su designio necesitase excitar el ardor de sus soldados, que, creyéndose perdidos, hablaban de rendirse, mandó crucificar á un prisionero, y mostrándolo á todos, les dijo:

«¡Hé ahí la suerte que os aguarda, si no combatís con vuestro ordinario arrojo mientras os queden fuerza en los brazos y sangre en las venas!»

En seguida, aprovechando una noche tempestuosa, escaló la muralla; embistió fieramente al enemigo, y abriéndose paso con la espada por medio de sus legiones, salió de la península con las tres cuartas partes de su ejército.

Temeroso Craso de que el intrépido gladiador marchase sobre Roma, se disponia á encaminarse allá para defender la capital de la república, cuando la division que se declaró entre los enemigos vino á tranquilizarle, haciéndole variar de propósito.

Efectivamente, mientras una parte de los rebeldes queria seguir la suerte de su valeroso caudillo, otra se separó de sus banderas, y bajo la conducta de dos de sus jefes, llamados Cannicio y Casto, acampó en las orillas del lago de Lucania.

Craso se dirigió contra esta fraccion del ejército enemigo, que era la menos numerosa; la derrotó con facilidad, y la hubiera exterminado, si Espartaco, que acudió rápidamente en auxilio de los suyos, no le hubiera arrebatado la victoria.

Tantos combates indecisos, y tantas marchas y contramarchas, hacian que la lucha se prolongase mas de lo que convenia á la dignidad del Senado, que queriendo terminar cuanto antes la contienda, llamó á Pompeyo y á Lúculo, que guerreaban el primero en España y el segundo en Tracia, para que ayudasen á Craso en su empresa. Pero este general, que no estaba dispuesto á compartir con nadie los laureles de la victoria, viendo que se acercaban aquellos jefes al teatro de la guerra, decidió arriesgarlo todo al trance de una batalla decisiva. Con este propósito arrojóse con todas sus fuerzas sobre los sublevados, y no obstante la bravura conque combatieron y los prodigios de valor que practicó Espartaco, los derrotó en el combate mas sangriento de aquella campaña. Doce mil trescientos gladiadores quedaron tendidos en el campo, con la particularidad de que, entre aquella muchedumbre de cadáveres, solo se hallaron dos que tuvieran

las heridas en la espalda; lo que prueba que los demas habian sucumbido presentando sus pechos al enemigo como buenos soldados.

Despues de tan gran derrota, retiróse Espartaco hácia las montañas de Petelia, tenazmente perseguido por Quinto y Escrofas, el primero teniente de Craso y el segundo su cuestor. Mas volviéndose bruscamente el gladiador contra ellos, los hizo huir con gran pérdida de gente. Escrofas quedó herido de gravedad, y á duras penas pudieron arrancarle sus soldados del poder del enemigo.

Esta victoria, que infundió gran aliento á los gladiadores, fué la causa de su ruina. Avergonzados de huir ante los romanos, empezaron á pedir á gritos que se les llevara nuevamente al combate, y amenazando con sus armas á Espartaco, que, mas prudente que ellos, rehusaba medirse por entonces con un enemigo que le era muy superior en número, le obligaron á volver á la Lucania y á tomar la ofensiva.

Esto era justamente lo que deseaba Craso. Acababa de saber que Pompeyo se acercaba á su campo llevándole refuerzos, y por lo mismo, tenia sumo interés en dar á los gladiadores el golpe de gracia sin la cooperacion de aquel caudillo.

Inspirándose solo en esta idea, acampaba de contínuo lo mas cerca que podia del enemigo. Un dia que sus soldados abrian una trinchera, atacaron los sublevados á los trabajadores. Al punto se empeñó una encarnizada lucha, y como de una y otra parte se enviasen á cada momento refuerzos, vióse Espartaco en la necesidad de lanzar todo su ejército al combate.

Cuando sus escuderos presentaron al heróico gladiador su caballo de batalla, sacó la espada y lo degolló, diciendo:

«Si alcanzo la victoria, encontraré un caballo mejor que este entre los del enemigo: si soy vencido, ¿para qué lo necesito?»

Dichas estas palabras, lanzóse intrépidamente contra los romanos; se metió entre sus filas, tratando de acometer á Craso á pesar de la lluvia de dardos que se le dirigian, y viendo que no podia alcanzarle, volvióse contra dos centuriones que le atacaban por la espalda, y les dió muerte. Cubierto de heridas, continuó combatiendo como un leon, dejando tras sí un rastro de heridos y moribundos, hasta que traspasado por cien javalinas y casi desangrado, cayó de rodillas. Así continuó luchando y tendiendo á sus piés á cuantos osaban acercársele, cayendo al fin sin vida sobre un monton de cadáveres.

Tan gloriosamente acabó sus dias el año 70 antes de Jesucristo aquel

oscuro tracio, que de la condicion de esclavo se elevó hasta el punto de poder competir con los mejores generales de su época; que al santo grito de libertad hizo temblar á la orgullosa Roma, y que á mandar á hombres mas disciplinados, tal vez habria plantado el lábaro de los gladiadores en los muros de la ciudad eterna.

Muerto Espartaco, decidióse la suerte de la batalla. Cuarenta mil sublevados perecieron en ella; los demas, en número de cinco mil, apelaron á la fuga. Pero se encontraron con Pompeyo, que los exterminó fácilmente, bastando esto para que pretendiera arrebatar á Craso la gloria de haber puesto término á la lucha, puesto que se atrevió á decir al Senado:

«Craso venció á los esclavos; pero yo he extirpado de raiz la rebelion.»

Y esta jactancia, apoyada por sus muchos parciales, valió á Pompeyo los honores del triunfo, en perjuicio del que con su valor y pericia libró á Roma de la peligrosa guerra de los gladiadores.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ESPARTACO.



POMPEYO

POMPEYO.

[illegible] recoger acerca de la infancia de este personaje. Nacido el año [illegible] de nuestra era, Cneo Pompeyo fué hijo de Estrabon, uno de los [illegible] generales de Roma, bajo cuyas órdenes, siendo aun muy jóven, [illegible] guerra á Cinna, durante las discordias civiles [illegible] por la [illegible] de Mario y Sila.

Dejando á un lado lo que acerca de sus relaciones amorosas con la célebre cortesana Flora y otras mujeres galantes de su época refiere Plutarco en la vida de este varon ilustre, creemos oportuno dar principio á su biografía desde el punto en que le vemos empezar á mezclarse en los negocios públicos de Roma.

Á la muerte de Estrabon, como le acusasen de defraudador, viose obligado Pompeyo á defender la honra del autor de sus dias, y lo hizo con tanta elocuencia y habilidad, que no solo consiguió rehabilitar la memoria de su padre, sino que Antiscio, presidente del tribunal que pronunció la sentencia, le ofreció la mano de su hija Antiscia, acompañada de un magnífico [illegible]

Pompeyo aceptó desde luego la proposicion, y se unió á Antiscia cuando contaba solamente la edad de veinte y dos años.

Era la época en que con mas furor ardia la guerra entre Mario y Sila [illegible]



POMPEYO.

(106 Á 48 ANTES DE J. C.)

Escasas y desprovistas de interés son las noticias que hemos podido recoger acerca de la infancia de este personaje. Nacido el año 106 antes de nuestra era, Cneo Pompeyo fué hijo de Estrabon, uno de los mas hábiles generales de Roma, bajo cuyas órdenes, siendo aun muy jóven, hizo la guerra á Cinna, durante las discordias civiles promovidas por la rivalidad de Mario y Sila.

Dejando á un lado lo que acerca de sus relaciones amorosas con la célebre cortesana Flora y otras mujeres galantes de su época refiere Plutarco en la vida de este varon ilustre, creemos oportuno dar principio á su biografía desde el punto en que le vemos empezar á mezclarse en los negocios públicos de Roma.

Á la muerte de Estrabon, como le acusasen de defraudador, vióse obligado Pompeyo á defender la honra del autor de sus dias; y lo hizo con tanta elocuencia y habilidad, que no solo consiguió rehabilitar la memoria de su padre, sino que Antiscio, presidente del tribunal que pronunció la sentencia, le ofreció la mano de su hija Antiscia, acompañada de un magnífico dote.

Pompeyo aceptó desde luego la proposicion, y se unió á Antiscia cuando contaba solamente la edad de veinte y dos años.

Era la época en que con mas furor ardia la guerra entre Mario y Sila, y como puede comprenderse, nuestro héroe no podia dejar de tomar partido por uno ú otro de los contendientes.

Pompeyo se decidió por Sila, y no queriendo poner solo su brazo al servicio de aquel gran capitan, levantó en el Piceno un magnífico cuerpo de tropas, con el cual hizo frente á las fuerzas de Celio y de Carbon, partidarios de Mario; acabó por derrotar á estos generales, y fué á reunir sus huestes á las de Sila, que creyéndole en peligro, acudia á socorrerle.

Quedó Sila admirado de encontrar vencedor al jóven caudillo á quien creia vencido, y en prueba de su agradecimiento, le saludó al frente de sus soldados con el título de *emperador*,[1] prodigándole las mayores muestras de aprecio y consideracion.

Tales honores no envanecieron á Pompeyo, como lo prueba el hecho de que, habiendo querido darle Sila el mando del ejército que operaba en la Galia, bajo la conducta del veterano general Metelo, se negó á admitir tan codiciado puesto, alegando que no parecia justo quitar el mando de aquel ejército á un jefe de mas edad que él, y que además gozaba de una buena reputacion militar; no aceptando el cargo que se le conferia hasta que el mismo Metelo le escribió suplicándole que fuera á compartir con él la gloria de aquella guerra.

Accediendo á esta súplica, marchó Pompeyo á la Galia, donde sus brillantes victorias le granjearon la admiracion de Roma, que empezó á ver en él uno de sus mas grandes capitanes.

En tanto Sila, dueño de la Italia y proclamado dictador, quiso recompensar á los que principalmente le ayudaran á labrar su fortuna. Despues de mil honores conque distinguió á Pompeyo, trató de asegurarse su adhesion por medio de los lazos del parentesco. Á este fin le propuso, al volver de la Galia, que repudiara á su esposa Antiscia, para unirse á su nieta Emilia, casada con Manio Glabrio, y próxima á ser madre. Pompeyo cometió la vileza de acceder á este infame proyecto; repudió á Antiscia, cuyo padre acababa de ser muerto alevosamente en el Senado por defender á su ingrato yerno, y sin reparar en la mancha que arrojaba sobre su honra al introducir en su hogar á una mujer en cinta, cuyo marido vivia aun, se casó con Emilia.

La madre de la infeliz Antiscia, no pudiendo soportar la afrenta de su hija, se suicidó, y su muerte no fué mas que el prólogo de la trajedia en que acabó esta boda, pues casi al mismo tiempo murió Emilia de parto en

[1] Asi se llamaba en los ejércitos de Roma al general en jefe, y particularmente al que habia obtenido alguna victoria memorable ú conquistado una provincia ó reino. Despues pasó á ser el título del jefe absoluto del imperio romano.

casa de Pompeyo, que en pocos dias se vió casado con dos mujeres y viudo de ellas.

Sila, tal vez en premio de su docilidad, dió á su favorito el mando del poderoso ejército que enviaba contra Perpenna, Domicio y Carbon, partidarios de Mario, que levantaban en Sicilia y África la bandera de aquel ilustre capitan.

Apenas hubo desembarcado en Sicilia nuestro héroe, obligó á Perpenna á abandonar la isla; hizo prisionero á Carbon, y sin tener en cuenta que este distinguido caudillo habia sido honrado tres veces con el consulado, le hizo llevar ante sí cargado de cadenas, y le condenó á muerte.

Pacificada la Sicilia, marchó Pompeyo al África; deshizo las huestes de Domicio, que perdió la vida combatiendo, y sometió á Roma parte de la Numidia, sin haber empleado en esta expedicion mas que cuarenta dias.

Pompeyo contaba solamente la edad de veinte y cuatro años, y ya habia ilustrado su nombre con tan gloriosas empresas.

Cuando se preparaba á volver triunfante á Roma, recibió un despacho de Sila, en que le ordenaba licenciar sus tropas y quedarse solo con una legion, mientras llegaba el jefe que debia reemplazarle.

Indignados los soldados al tener conocimiento de esta órden tiránica, rehusaron abandonar á su general, amenazando sublevarse si se les obligaba á obedecerla. Pompeyo empleó toda su elocuencia en calmarlos, y únicamente lo consiguió al asegurarles que se daria la muerte por su mano antes que ser la causa de una nueva guerra civil.

Despues de esto, resignó el mando, y volvió á Sicilia, desde donde se dirigió á Roma.

Grande fué el asombro de Sila al saber que, lejos de rebelarse contra una disposicion dictada por el temor que empezaba á inspirarle el afortunado general, éste se habia dado prisa á obedecer. Por eso, y como si quisiera premiar públicamente aquel acto de subordinacion, salió á recibir al jóven vencedor hasta las puertas de la ciudad; le abrazó estrechamente, y mandó á cuantos le seguian que en adelante añadiesen al nombre de Pompeyo el adjetivo de *Grande.*

Animado por estas muestras de cariño, pidió Pompeyo al dictador que le dejase entrar en triunfo en Roma. Pero se negó Sila á satisfacer este deseo, dando por pretexto, que tan extraordinaria distincion, que solo se otorgaba á los cónsules y senadores que habian subyugado un reino ó salvado la patria de un peligro inminente, atraeria sobre el triunfador la

envidia y la malevolencia de algunos importantes jefes del ejército, que solicitaran en vano disfrutar tal honor.

No quedó otro recurso á nuestro héroe que resignarse á entrar en la ciudad eterna como un particular, aunque las frenéticas aclamaciones del pueblo le indemnizaron ámpliamente del desaire que acababa de sufrir.

Para prevenir el resentimiento que pudiera abrigar contra él el popular caudillo, Sila, con su ordinaria sagacidad, hizo que se le abriesen las puertas del Senado, antes de que cumpliera la edad prescrita por la ley. En cuanto á Pompeyo, aparentando mirar con indiferencia el favor que se le concedia, se aprovechó del crédito que le daba su nueva dignidad para hacer nombrar cónsul á su amigo Marco Emilio Lépido, adversario de Sila, y uno de los hombres mas intrigantes y ambiciosos de su época.

No habia dejado de mirar con envidia el dictador el engrandecimiento de su favorito; pero temiendo rebajarse si le ponia obstáculos en su carrera, le dejaba elevarse, persuadido de que bastaria una palabra suya para echar por tierra sus proyectos y esperanzas.

Tal indulgencia se trasformó en animosidad cuando vió á Pompeyo favorecer á Lépido y darle muestras de cordial amistad; y no pudiendo ya contener su indignacion, echó en cara al jóven su ingratitud, augurándole que aquel amigo se convertiria pronto en su mas formidable adversario.

La profecía de Sila se cumplió al poco tiempo. Muerto el dictador á consecuencia de la desordenada vida á que se entregó en su avanzada edad, pretendió Lépido apoderarse del mando, levantando audazmente el estandarte de la rebelion; y ayudado de Junio Bruto, padre de aquel esforzado romano del mismo nombre que algunos años despues hundió su puñal en el pecho de César, se hizo dueño de una parte de la Italia y de toda la Galia Cisalpina.

Llamado naturalmente Pompeyo por sus prendas personales, por sus grandes conocimientos militares, y sobre todo por su inmensa popularidad, á ocupar el primer puesto en el gobierno de su patria, no vaciló un momento acerca del partido que debia seguir. Abominando la conducta de Lépido, rompió las relaciones que á él le unian; púsose de parte de los que, cansados de la dictadura de Sila, temian encontrar un nuevo tirano en el ambicioso cónsul, y marchó contra él á la cabeza de un ejército reunido á toda prisa entre los veteranos de Sila y los soldados que habian permanecido fieles á la causa del pueblo.

La presencia sola de Pompeyo bastó para que se sometieran la mayor

parte de las ciudades de Italia en que dominaba Lépido. Mutina [1] únicamente, defendida por Bruto, le detuvo algun tiempo ante sus muros. Pero al fin fué tomada, pues Bruto, traidor á sus soldados, ó vendido por ellos, se rindió á Pompeyo, que aparentando perdonarle la vida, le dió un salvoconducto, y envió luego detrás de él á Geminio, uno de sus oficiales, que le dió muerte.

Esta inícua accion del gran Pompeyo disgustó extraordinariamente á los hombres honrados de Roma.

En tanto Lépido, aprovechando la detencion de Pompeyo ante Mutina, habia acampado bajo las murallas de la ciudad eterna, á la que amenazaba con sus bandas ávidas de saqueo. Mas sabedor de la muerte de Bruto, y temiendo verse envuelto por el victorioso caudillo que se adelantaba contra él, levantó el sitio, licenció sus tropas y fué á refugiarse en Cerdeña, donde murió de pena al saber que su esposa le era infiel.

Mientras tenian lugar en Italia los acontecimientos que dejamos narrados, Sertorio, valerosísimo soldado y hábil general, habia sublevado parte de la España al grito de independencia, tan halagüeño siempre para los indomables hijos de esta noble tierra, y rechazando por do quiera á los romanos, amenazaba alzarse con el dominio de la Península.

En vano habian pretendido someter á los insurrectos los mas afamados generales de la república: su actividad y valor se estrellaban en la inquebrantable constancia de los españoles y en la pericia de su jefe. Gastadas todas las reputaciones en aquella guerra, preciso fué recurrir á la fortuna del jóven caudillo que parecia llevar atada á su carro la victoria, y á instancias suyas, fué enviado á España con las tropas que acababan de sofocar la rebelion de Lépido.

Llegado á la Península, su moderacion, su afabilidad, y sobre todo, las dotes militares que le adornaban, granjearon á Pompeyo las simpatías de los naturales, que empezaron á abandonar á Sertorio, con harto despecho de esté intrépido caudillo.

Tenia cercada á la sazon Sertorio á Laurona, ciudad que obedecia á los romanos, situada en el mismo lugar que hoy ocupa Liria á cuatro leguas de Valencia, y deseando Pompeyo libertar á los sitiados, se dirigió allá con treinta mil infantes y poco mas de mil caballos, dando á los sertorianos varios ataques para obligarlos á levantar el sitio.

Creia el vencedor de Lépido ver realizado pronto su deseo, cuando

[1] Hoy Módena.

cayendo en una emboscada que le preparó su astuto adversario, tuvo que retroceder, despues de dejar muertos ó prisioneros diez mil de sus soldados.

Laurona fué tomada y entregada á las llamas, sin que Pompeyo pudiera hacer nada para impedirlo. Pero casi inmediatamente se desquitó de este revés, batiendo cerca de Valencia á Herennio y Perpenna, capitanes de Sertorio.

En compensacion de esta victoria, se vió derrotado y fugitivo en una batalla dada á orillas del Júcar, en la cual tuvo que combatir encarnizadamente contra un español de colosal estatura, al que cortó una mano de una cuchillada, saliendo él ligeramente herido, y faltando poco para que cayera en poder del enemigo.

Difuso seria dar aquí cuenta detallada de los varios sucesos en que abundó esta guerra. Así, creemos que basta para nuestro propósito dejar consignado, que rara vez consiguió Pompeyo ventajas positivas sobre el valeroso caudillo de los iberos, y que á no haber perecido éste á manos de sus traidores oficiales, tal vez no alcanzara la gloria de pacificar la España y conservarla para Roma.

Muerto Sertorio, Perpenna, su asesino, se alzó con el mando de los españoles, creyendo poder hacer frente á las legiones de Pompeyo. Empero este general salió á su encuentro; le derrotó completamente en un combate decisivo, y habiéndole hecho prisionero, le condenó á muerte, no tanto como á enemigo de Roma, que como á traidor.

Habíase apoderado Perpenna de los papeles de su desventurado jefe, entre los que habia algunas cartas que comprometian extraordinariamente á varios principales personajes romanos, y pensando alcanzar la vida en cambio de aquellos documentos, los ofreció á Pompeyo, que dando una prueba de su grandeza de alma y de su prevision, los quemó al punto sin leerlos, diciendo al mismo tiempo:

«¡Ahorro á mi patria otra guerra civil!»

Y apresuró el suplicio de Perpenna.

Corria el año 70 antes de nuestra era. Derrotados en todas partes los sertorianos, y viendo muertos á sus principales jefes, tardaron poco en someterse, devolviendo á España la tranquilidad.

Pompeyo permaneció en la Península el tiempo indispensable para consolidar su pacificacion, y asegurada ésta, volvió á Italia atravesando los Pirineos, en cuyas altas cimas dejó varios trofeos para que atestiguaran

sus victorias á las futuras generaciones, trofeos de los que, segun Ambrosio de Morales, se conservaban restos en su tiempo.

Al regresar Pompeyo á Italia con el ejército que acababa de sujetar la España, halló empeñada á su patria en la guerra de los gladiadores, llegando á tiempo, segun dejamos dicho en la biografía de *Espartaco,* para recoger los laureles que conquistara Craso, y que nuestro héroe, poco excrupuloso en esta ocasion, como en cuantas se trataba de aumentar su popularidad, se apropió por el mero hecho de haber exterminado algunos miles de fugitivos que encontró á su paso, tristes reliquias del formidable ejército que acababa de deshacer aquel general.

Amado por el pueblo, que cifraba en él grandes esperanzas, é idolatrado por sus tropas, llegó á temerse que Pompeyo, imitando á Sila, quisiera proclamarse dictador. Pero con general asombro viósele licenciar sus soldados, despues de triunfar con ellos en Roma, y esta prueba de moderacion le valió el ser elegido cónsul, juntamente con Craso, á quien aparentaba protejer, por mas que no dejase de mirar con envidia el merecido crédito que gozaba este caudillo entre la nobleza y los senadores.

Puestos en posesion de sus elevados cargos, aquellos dos hombres empezaron á estar en desacuerdo en todo, y este desacuerdo, que conocia por causa el resentimiento del uno y la vanidad del otro, estuvo á punto de ser fatal á la república.

Temiendo ver estallar una nueva guerra civil, el pueblo y el Senado suplicaron á los cónsules que desistieran de su animosidad. Hízose intervenir en el asunto á los sueños y á los dioses, y no se perdonó medio alguno para reconciliarlos. Pero Pompeyo resistió, hasta que Craso le alargó en público la mano, brindándole con su amistad. Entonces se reconciliaron aparentemente, y como iba á expirar el año de su consulado, del que no dejaron, por cierto, agradable memoria, ambos colegas dimitieron, retirándose Craso por algun tiempo á la vida privada, é yendo Pompeyo á encerrarse en su casa, de donde no salia sino acompañado de numeroso séquito de amigos y admiradores, trompetas de la fama que pregonaban por todas partes la gloria de su nombre.

Mientras Roma, ocupada en sus guerras civiles y extranjeras, descuidaba el limpiar los mares de algunas naves de piratas que aparecieran en las aguas de Cilicia, éstos iban creciendo en poderío, llegando á constituir en la época de que nos ocupamos un verdadero peligro para la paz pública.

Eran los piratas una muchedumbre de cilicios, sirios, cipriotas, panfi-

lios, pónticos, isaurios y otros asiáticos, que parecian haberse propuesto vengar en la Italia los latrocinios y atropellos que cometieran en sus patrias respectivas los soldados romanos. El abandono en que dejara Roma su marina despues de la destruccion de Cartago les permitia llevar fácilmente á cabo atrevidas empresas, habiendo llegado ya á fundar un pujante imperio en medio de los mares.

Tenian excelentes arsenales, puertos, atalayas, remeros, pilotos expertísimos y buques de todas clases, tan magníficos como terribles, con popas doradas, remos plateados y velas de púrpura, y por do quiera que pasaban se oian resonar los gritos de la orgía ú los acordes ecos de la música.

No solo la hez de los pueblos asiáticos, sino muchos italianos distinguidos por su nacimiento y valor, se habian juntado á ellos, atraidos por el cebo de la riqueza y de la libertad de que gozaban en medio de su vida aventurera.

Estos corsarios infestaban ya los mares con mas de mil bajeles, y no contentos con apresar las naves mercantes, habian tomado cuatrocientas poblaciones, entrándolas á saco, ó imponiéndolas enormes contribuciones, y profanado templos por nadie violados hasta entonces.

Cada vez mas audaces, habian dejado el mar, y adelantándose tierra adentro, amenazaban de contínuo la seguridad de los patricios romanos, llegando hasta asaltar sus quintas de recreo y llevarse sus mujeres é hijas, por las que exigian fabulosos rescates, sin contar con que, en una ocasion, se apoderaron de dos pretores, á quienes precedian sus lictores, y los pasearon triunfalmente haciendo escarnio de ellos.

Tan sanguinarios como enemigos del nombre romano, cuando alguno de sus cautivos alegaba para ser respetado su cualidad de ciudadano de la gran república, le pedian con aparente humildad que les perdonase; le devolvian su calzado y su toga, y despues, asegurándole que estaba en libertad de volverse á la ilustre ciudad, poniéndole en la escala del barco, lo arrojaban al mar.

Publio Servilio, que los derrotó en algunos combates, obtuvo por esto el nombre de *Isáurico;* pero no logró domeñarlos. Marco Antonio los atacó de nuevo cerca de la isla de Creta; mas perdió muchas naves, y hubo de pasar por la vergüenza de ver á sus soldados colgados de las entenas enemigas con las cadenas que habia llevado para los piratas.

Roma deseaba ardientemente acabar con semejantes enemigos. Por eso, el tribuno Gabinio, hechura de Pompeyo, cuyo poder deseaba aumentar,

presentó una ley, por la cual debia investirse á un general acreditado de la mas absoluta autoridad en todos los mares y en cuatrocientos estadíos dentro de la costa, facultándole además para alistar los soldados y marineros que creyese necesarios, gastar del erario público sin rendir cuentas y conservar su mando durante tres años.

El Senado comprendió desde luego que Gabinio habia puesto los ojos en Pompeyo para tan importante cargo, y conociendo la ambicion de este caudillo, se negó en un principio á conceder la especie de dictadura que para él se solicitaba. Pero el pueblo amaba ciegamente al favorito de la fortuna, y por otra parte, cansado de la tiranía de tantos oligarcas, propendia á dejarse gobernar por uno solo, con tal que no se llamase rey. Así, significó tumultuosamente su deseo de que Pompeyo fuese el elegido para marchar contra los piratas, é hizo poco caso de los discursos de los senadores, de las protestas de los cónsules y de los avisos de las personas cautas.

El cónsul Calpurnio, que se atrevió á decir en el Senado al dichoso general, que si aspiraba á ser un Rómulo encontraria tambien el trágico fin de éste, se libró á duras penas del furor popular.

Preciso fué ceder á los deseos de la muchedumbre. Pompeyo fué investido con el título de procónsul del mar, dándole el mando de doscientos bajeles, ciento veinte mil infantes y cinco mil caballos. Aparte de esto, y para realzar doblemeute su autoridad, se le concedieron quince senadores por lugartenientes, dos cuestores, y dos mil talentos áticos como anticipo para los gastos de la guerra.

Teniendo á su disposicion tales recursos, ¿qué impedia ya á Pompeyo seguir el ejemplo de Sila y hacerse dueño absoluto de la república? Lo impedian lo indeciso de sus convicciones políticas, y su extraordinaria presuncion; porque, preciso es confesarlo, nuestro héroe era uno de esos ambiciosos que no toman de la ambicion mas que la pompa y la magnificencia. Aspiraba al mando supremo, y no osaba apoderarse de él: no podia sufrir un señor, y hubiera deseado, decimos mal, creia que debia ofrecérsele la soberanía por medio del colegio de los sacerdotes un dia en que Roma estuviese tan embriagada con su gloria que quisiera entregársele voluntariamente como esclava.

Poca dificultad habia en vencer con tan grandes fuerzas á los piratas, por numerosos que fueran. Á la cabeza de una parte de su ejército, Pompeyo los atacó en la Cilicia; los derrotó completamente en una gran batalla

naval, en que perdieron noventa de sus naves armadas de espolones de bronce y tripuladas por veinte mil hombres, y se fué apoderando una tras otra de cuantas ciudades ocupaban en el Archipiélago Griego.

Empero, lejos de mostrarse inhumano con los prisioneros, como habria hecho cualquier otro general, el vencedor los perdonó la vida; señalóles tierras para que vivieran con sus familias, y pobló tambien con ellos á Malo, Adana, Epifania y Pompeyópolis, que edificó sobre las ruinas de Soli.

Esta noble conducta le valió la entera sumision de los piratas, y su agradecimiento. En menos de cuatro meses que duró la guerra devolvió la libertad á gran número de cautivos romanos, que al regresar á sus hogares, extendieron por todas partes las alabanzas de su salvador, que pudo jactarse con justicia de haber restablecido la seguridad en todos los mares de la república.

Creta, primero amiga y aliada de Roma, y que despues favoreció á sus adversarios y fué uno de los principales refugios de los piratas, merecia que se le diese el premio de su traicion. Pompeyo se dirigió contra esta isla, y la sometió, declarándola provincia romana; y aunque Cecilio Metelo, pariente del general del mismo nombre que guerreó en España, podia reclamar en parte la gloria de aquella empresa, los admiradores de Pompeyo adjudicaron por entero á su ídolo el honor de la conquista, diciendo, «que »habia preparado á fines del invierno, emprendido en la primavera y con»cluido á mediados del verano, una guerra de tal importancia y tan con»tinuada, que se extendia por dilatados paises y afligia á diversas gentes »y naciones.» [1]

Al saberse en Roma que estaba terminada la guerra de los piratas, el pueblo aclamó á Pompeyo como á su bienhechor. Entonces, aprovechando hábilmente este entusiasmo el tribuno Manilio, propuso que se diese al victorioso general el mando de las tropas conque Lúculo combatia á Mitrídates y á Tígranes en el Ponto y en Armenia, autorizándole además para conservar las imponentes fuerzas de mar y tierra conque terminara la guerra de los piratas.

Recelosos los patricios del inmenso poder que iba á depositarse en manos del afortunado general, se opusieron, y con razon, á que se aprobase el proyecto de Manilio. Pero el pueblo amenazó rebelarse, y hubo necesidad de ceder: la ley *Manilia*, apoyada por Ciceron, fué aprobada, dándose por

[1] Cic., *Pro lege Manilia*, 12.

ella á Pompeyo todo lo que Sila solo habia podido usurpar por medio de las armas y haciendo la guerra á su patria.

Cuando algunos amigos del ilustre caudillo fueron á felicitarle por el alto cargo que acababa de conferírsele, y que tanto halagaba su ambicion, los recibió con desabrimiento, exclamando:

«¡Qué! ¿no habrá para mí reposo en la tierra? ¿Estaré condenado á pasar contínuamente de un mando á otro, sin poder librarme de la envidia de mis enemigos, y sin que me sea dado vivir oscura y apaciblemente en el seno de mi familia?»

No obstante este aparente deseo de tranquilidad, dióse prisa á reunir sus tropas, que estaban repartidas en diversos acantonamientos, pasando con ellas al Ásia, á donde, como ha podido verse en la biografía de *Mitrídates el Grande*, llegó á tiempo de poder arrebatar á Lúculo la gloria de que se habia cubierto en su campaña contra el rey del Ponto.

Ajeno á nuestro propósito el fatigar al lector con el interminable relato de las diversas batallas libradas en esta que los historiadores llaman la tercera y mas grande guerra Mitridática, nos limitamos á decir, que Pompeyo, despues de haber obligado á Mitrídates á darse la muerte, librando así á su patria de su mas formidable adversario, y sometido casi toda el Ásia Menor, la Judea y una parte de la Arabia, en cuyos paises dejó por gobernadores á amigos ó aliados de Roma, regresó á Italia, donde fué recibido por el pueblo con trasportes de júbilo.

Al verle llegar á la cabeza del victorioso ejército conque acababa de terminar una de las guerras mas sangrientas que habia tenido que sostener la república, temieron otra vez muchos patricios que quisiera apoderarse del mando por medio de la fuerza. Pero nada estaba mas lejos que esto del ánimo de nuestro héroe, que dando en esta ocasion una señalada muestra de desinterés, no bien hubo pisado el suelo de la Italia, arengó á sus adictas legiones, las distribuyó en sus ordinarios cuarteles, y entró en Roma seguido solamente de algunos amigos, como si regresara de un corto viaje.

Tanta modestia, verdadera ó impuesta por las circunstancias, disipó los recelos de sus adversarios, y acrecentó, si cabe, la popularidad del ilustre guerrero, que á querer proclamarse dictador, no habria tenido mas que pronunciar una palabra para que el pueblo se apresurara á darse un señor absoluto en el hombre á quien miraba como á un semi-dios.

Vencedor, pues, de la Europa, del Ásia y de los mares, le fué dado á Pompeyo el obtener el año 62 antes de nuestra era el triunfo mas

espléndido que se habia visto hasta entonces. No le bastó una procesion de dos dias para ostentar ante los ojos de sus conciudadanos los despojos y trofeos de sus innumerables victorias. El Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Média, la Cólquide, la Iberia, la Albania, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, la Fenicia, la Palestina, la Judea, la Arabia, los piratas; mas de mil quinientos castillos; cerca de novecientas ciudades; ochocientas naves de corsarios; treinta y nueve ciudades repobladas; las rentas públicas aumentadas desde cincuenta millones de dracmas á casi ochenta y dos; veinte mil talentos depositados en el erario, sin contar mil quinientas dracmas distribuidas á cada soldado, todo esto tenia su emblema ó figuraba en aquella colosal exhibicion, donde hasta se veia la estátua del vencedor incrustada de perlas.

Además de los rehenes de los albaneses, de los iberos y del rey de Comagene, llevaba Pompeyo detrás de su carro triunfal trescientos veinte y cuatro prisioneros de clase noble ó de sangre real, entre los cuales se contaban el jefe de los piratas, el traidor hijo de Tígranes con su mujer y su hija, Zozima esposa del mismo Tígranes, Aristóbulo II, rey de los hebreos, la hermana de Mitrídates con cinco hijos, y muchas mujeres escitas. [1]

Terminado el triunfo, Pompeyo, segun la costumbre romana, tenia el derecho de hacer degollar á sus prisioneros. Pero lejos de seguir tan bárbara costumbre, los restituyó á sus respectivas patrias cargados de regalos, escepto á Aristóbulo y al hijo de Tígranes, á quienes altas razones de Estado impedian devolver la libertad. Con esto las alabanzas del generoso caudillo subieron hasta el cielo, y de comun acuerdo ratificaron sus conciudadanos el título de *Grande* que le diera Sila, no obstante que quien lo habia merecido era su fortuna y no él, que, como veremos en el curso de esta biografía no supo conservar tan glorioso dictado.

Puede decirse que esta fué la época mas feliz de la vida de Pompeyo. Rodeado contínuamente de un enjambre de aduladores, que bajo el pretexto de admirar sus hazañas, solo procuraban medrar á expensas de su omnímoda influencia, dejó que le comparasen á Alejandro, y aun que le

[1] Plinio nos ha conservado la siguiente elegantísima, aunque vanidosa inscripcion, colocada por Pompeyo en el templo de Minerva, construido de órden suya en el Campo de Marte en memoria de su triunfo: «CNEIUS POMPEIUS MAGNUS IMPERATOR, BELLO TRIGINTA ANNORUM CONFECTO, FURIS, FUGATIS, OCCISIS, IN DEDITIONEM, ACCEPTIS HOMINUM, CENTIES VIGIES SEMEL, CENTENIS OCTOGINTA TRIBUS MILLIBUS; DEPRESSIS AUT CAPTIS NAVIBUS SEPTINGENTIS QUADRAGINTA SEX; OPPIDIS, CASTELLIS MILLE QUINGENTI VIGINTI OCTO IN FIDEM RECEPTIS; TERRIS A MÆOTIS LACU AD RUBRUM MARE SUBACTIS, VOTO MERITO MINERVÆ.»

adjudicaran la edad del gran conquistador macedonio, no obstante que éste habia muerto en la flor de la juventud, mientras que el general romano contaba ya cuarenta y cinco años.

Ebrio de vanidad, creyéndose quizás superior á los demas mortales, el vencedor de Mitrídates se dejaba incensar hasta lo infinito, y como si quisiera llevar al último extremo la admiracion, ó mejor, las adoraciones de que era objeto, volvió á encerrarse en su palacio, afectando mantenerse retirado de los negocios públicos en una especie de soledad majestuosa, como el dios tutelar de la república á quien ésta recurria en los grandes peligros que la amenazaban. Así, cuando se dignaba honrar á los romanos con su presencia, lo que hacia raras veces á fin de no prodigar su persona, era un verdadero espectáculo para el pueblo la larga fila de secuaces que acompañaban su litera, y hasta resonaban aplausos y silbidos en torno del ilustre general.

Era esto que algunos ciudadanos mas despreocupados que los demas, silbaban el fausto real de aquel hombre que no tenia energía bastante para hacerse rey, mientras otros aplaudian á causa del despecho que el Senado y la nobleza mostraban al contemplar el aparato y pompa del ídolo del pueblo.

¡Dichoso el brillante caudillo, si, cual Alejandro, hubiera acabado sus dias cuando tocaba al apogeo de su gloria! Pero no está en la mano de los hombres, por grandes que sean, el escoger el momento oportuno de su muerte, y Pompeyo, que no podia eludir el cumplimiento de la ley impuesta por Dios á todos los humanos, conservó su feliz existencia, para terminarla oscuramente algunos años despues á manos de tres asesinos en el fondo de una barca.

Los primeros disgustos que sufrió nuestro héroe fueron debidos al encono de algunos hombres á quienes habia ofendido, ó á las intrigas de otros con quienes imprudentemente contrajera amistad.

Lúculo, que no podia perdonarle el que le hubiera usurpado el fruto de sus victorias en Ásia, le atacó rudamente en el Senado, echándole en cara su ambicion y avidez de renombre; y como Pompeyo se sentia culpable, defendióse mal, y perdió parte de su prestigio.

Pero lo que le causó mas pena fué el contemplar la naciente popularidad de Julio César, á quien en un principio protegiera, sin adivinar que aquel hombre era capaz de dar á sus beneficios el mismo pago que él dió á los de Sila, y que ilustrado ahora por su prudente conducta en España

y por sus victorias en la Galia, se presentaba como candidato al consulado, ó mejor dicho, le disputaba el puesto que de derecho creia corresponderle.

Herido en su amor propio, no habria tenido reparo el orgulloso general en apelar á la violencia para deshacerse del competidor que amenazaba eclipsarle, si, inspirándose en un sentimiento de patriotismo, segun afirman sus apologistas, no hubiera decidido aliarse con el futuro dominador del universo, con objeto de evitar á su patria los horrores de una guerra civil.

Así, ora le impulsara el móvil que dejamos apuntado, ó bien, y es lo mas cierto, que obrara aconsejado por su egoismo, es positivo que ofreció á su rival su amistad y el influjo que aun ejercia entre sus conciudadanos.

César aceptó al punto la alianza que le ofrecia Pompeyo, quien para hacerla doblemente duradera, cásose con Julia, hija del mismo César, no obstante la enorme diferencia que se advertia en la edad de ambos esposos.

Verificado este enlace, y contando ya con la adhesion de César á todos sus proyectos, Pompeyo empezó por mezclarse abiertamente en los negocios públicos, haciendo sentir en ellos el peso de su influencia, apoyado por la elocuencia de Ciceron, y sobre todo por gran número de sus antiguos legionarios, que hizo entrar en Roma con diversos pretextos, y que se mostraban dispuestos á asesinar á cualquiera que osara contrarestar los designios de su idolatrado general.

No encontrando ya quien pudiera oponérsele por medio de la fuerza, Pompeyo se hizo nombrar cónsul, juntamente con Craso. Despues, puestos ambos de acuerdo con César, convinieron en repartirse el poder supremo, formando así el primer triunvirato que fué orígen de grandes discordias y de la ruina de la república; porque ni César ni Pompeyo habian nacido para consentir la igualdad ó la superioridad de otro en el mando.

Enterado el Senado del pacto celebrado entre los citados personajes, opúsose á su realizacion; pero el pueblo, seducido por aquellos tres hombres que personificaban la gloria, la riqueza y el génio, tomó parte en el asunto, y les otorgó con su voto la dictadura á que aspiraban.

Árbitros del poder, los tres caudillos se distribuyeron las provincias de Roma, como si fueran patrimonio suyo, asignando á Pompeyo el mando del África y de la España, el de la Siria á Craso, y á César el de la Galia Cisalpina y Trasalpina.

Arregladas de este modo las cosas, César salió de Italia, dejando que sus compañeros de mando se desacreditasen con sus eternas rivalidades, mientras él contaba adquirir en las Galias gloria, soldados y riquezas, para hacerse dueño absoluto de Roma, cuando ésta, cansada de agitaciones, le llamara para que la salvase.

Este cálculo no tardó en realizarse. Las disensiones entre Pompeyo y Craso continuaron, hasta que el último, deslumbrado por el oro y la gloria que Aulo Gabinio alcanzara en Oriente, decidió, á pesar de sus sesenta años, marchar al Ásia para someter el reino de los Partos.

Pompeyo, que á toda costa deseaba alejar de Roma aquel competidor, prestó á Craso su poderosa ayuda para que realizase su proyecto, con lo que á la cabeza de las mejores tropas de la república invadió la Partia, el año 54 antes de Jesucristo, despues de saquear los paises que encontrara á su paso, y de apoderarse, al cruzar la Siria, de diez mil talentos depositados en el templo de Jerusalen, tesoro que el mismo Pompeyo no habia osado apropiarse.

Eran los Partos una nacion guerrera, valiente y de expecial habilidad para disparar huyendo sus largas flechas y demas armas arrojadizas. Acostumbrados desde su infancia á montar á caballo, comian, dormian y deliberaban á caballo y armados, y desde los veinte hasta los cincuenta años todos eran soldados. En los combates no hacian uso de tambores, trompetas ni otros instrumentos bélicos, bastándoles solo para lanzarse sin vacilar sobre el enemigo la voz de su impetuoso valor.

La principal virtud de estos hombres consistia en cumplir exactamente la palabra empeñada. Vivian con sobriedad, ateniéndose á los productos de su suelo, y no solo descuidaban la agricultura, el comercio y todas las demas profesiones, sino que animados de ese recelo que muestran todavía varios pueblos del Ásia, como los chinos y japoneses, interrumpian las comunicaciones entre el Occidente y el Oriente, privándose del trato con los extranjeros y prohibiendo á éstos penetrar en sus tierras.

Por lo que hace á religion, la de los Partos consistia en un grosero culto que tributaban á la naturaleza; creian destinados á la inmortalidad á los que perecian en los campos de batalla; se casaban con sus hermanas, y hasta con sus madres, y tenian por el mas feliz de entre ellos al que contaba con mas numerosa familia.

Hé aquí bosquejado en pocas líneas el pueblo que Craso pretendia conquistar.

Acometiendo á los Partos cuando estaban mas lejos de esperar una invasion romana, el codicioso triunviro logró al principio algunas ventajas sobre ellos, y envanecido con sus fáciles triunfos, se dejó adjudicar por sus soldados el título de *Emperador*.

Tal vez habria salido airoso de su empresa, si aprovechando la consternacion del pais, hubiese marchado en derechura sobre Seleucia. Pero en lugar de hacerlo así, volvió á Siria á contar el producto de sus rapiñas, á calcular como un asentista los ingresos de las contribuciones y derechos de peaje que pensaba establecer, y á saquear los templos, expecialmente el de la diosa siria Astargates, famoso en todo el Oriente, y en el cual asistió en persona al acto de pesar la plata que hizo arrancar de las paredes del santuario.

En tanto, repuestos los Partos del asombro que les causara tan injusta agresion, se aprestaron á rechazar á los invasores.

Antes de empezar las hostilidades, Oródes, rey de Partia, envió una embajada á los romanos, para preguntarles qué les inducia á proceder de aquel modo.

Craso respondió altivamente á los enviados, que daria la contestacion en Seleucia.

Entonces Vagiso, jefe de la embajada, dijo al triunviro, enseñándole la palma de su mano:

«Primero que tomes á Seleucia verás aquí nacer pelo.»

Y efectivamente, habiendo dejado que los romanos se internasen en el pais, lejos del mar, por donde podian recibir auxilios de su flota, cayó sobre ellos el intrépido Surena con su excelente é innumerable caballería; envolvióles por todas partes, y atacándolos por fin encarnizadamente en las llanuras de Cárres, las dejó cubiertas con los cadáveres de veinte mil legionarios, entre los que se contaba el animoso hijo de Craso.

Precisado á huir por la indisciplina de los soldados que sobrevivieran á tan sangrienta batalla, el desgraciado general se vió además forzado por las amenazas de los suyos á tener una entrevista con el caudillo vencedor, y aunque sospechaba la suerte que le estaba reservada, mostró la mas heróica grandeza de alma en tan crítico trance, como puede verse por las siguientes palabras que dirigió á los que le impelian á la muerte:

«¡Cuando esteis de vuelta en nuestra patria, decid en honor de Roma, que Craso pereció engañado por el enemigo, y no abandonado por sus conciudadanos!»

Su presentimiento no tardó en realizarse. Olvidando Surena lo que se debia á sí mismo y al reconocido valor del ilustre romano, le hizo asesinar cobardemente, y presentó su cabeza á Oródes, que la llenó la boca de oro derretido para insultar la avaricia del anciano triunviro.

Puede decirse que solo un puñado de legionarios lograron volver á la madre patria, acaudillados por el cuestor Casio. Los que escaparon á la matanza de Cárres cayeron prisioneros, y olvidándose de que eran romanos, pusiéronse al servicio de sus enemigos y se casaron con sus hijas.

La muerte de Craso, que tuvo lugar el año 53 antes de nuestra era, disipó la esperanza de mantener por mas tiempo la armonía que parecia existir entre Pompeyo y César, quienes odiándose en el fondo del corazon, se respetaban por miedo de que Craso inclinara la balanza poniéndose de parte de uno de ellos.

Además de lo dicho, aceleró el rompimiento entre aquellos dos hombres el fallecimiento de Julia, que ocurrió á la sazon, y que amada entrañablemente por su padre y su esposo, era la única persona capaz de evitar, ó por mejor decir, de retardar el choque entre ambos competidores.

Con el pretexto de que necesitaba fuerzas para mantener la tranquilidad pública, alterada á cada paso por los diversos bandos que agitaban á Roma, aunque en realidad para que César no le cogiera desprevenido, Pompeyo levantó un ejército, contraviniendo á la ley, que daba únicamente al Senado la facultad de aumentar ó disminuir las tropas de la república.

Empero fermentaban cada vez mas las facciones; frecuentes asesinatos de importantes personajes hacian sentir la necesidad de un poder dictatorial que enfrenase las pasiones, y Pompeyo, mostrándose hombre de órden, encaminaba todos sus esfuerzos á que comprendieran sus conciudadanos que él era el único que podia sacarlos de la violenta situacion que atravesaban.

No se ocultaba al Senado el peligro que corria su autoridad al desprenderse de ella, siquiera fuese momentáneamente, para trasmitirla á un dictador; pero comprendiendo que César, por medio de sus emisarios, y con el apoyo de su excelente ejército de las Galias, aspiraba al poder soberano, se echó resueltamente en brazos de Pompeyo, rogándole que salvase la libertad, como si ésta pudiera existir allí donde el gobierno tiene que acogerse á la proteccion de un ciudadano, por virtuoso que sea.

Henchido siempre de orgullo y de amor propio, Pompeyo cometió la torpeza de no querer confesar al Senado que se habia unido anteriormente á César para oprimir á la patria, así como tampoco quiso reconocer que

se dejó engañar por su astuto rival al confiar en que los lazos de parentesco que á él le unian serian bastantes para poner un freno á su ambicion.

De esta obcecacion provino la vacilante conducta que observó nuestro héroe en su lucha con César, y que fué causa de su completa ruina.

Hácia la época de que vamos hablando, Pompeyo, que por lo visto se consolaba fácilmente de la pérdida de sus esposas, y se casaba segun convenia á sus intereses, ó á lo que entre los poderosos de la tierra se llama razon de Estado, contrajo matrimonio con Cornelia, hija de Cecilio Metelo, y viuda del hijo de Craso que pereció en la guerra de los Partos.

Era Cornelia una de las mujeres mas hermosas de Roma; tenia grandes conocimientos en filosofía, en geometría y en literatura, y su prudencia igualaba, sino sobrepujaba á su belleza.

Este casamiento de conveniencia valió á Pompeyo el apoyo de los patricios, entre quienes Metelo tenia gran ascendiente; de modo que creyéndose ya bastante fuerte para desbaratar los designios de César, se hizo nombrar cónsul único de la república, intrigó hasta alcanzar que se le prorogase por otros cinco años su gobierno de África y España, y asoció al consulado á su suegro, no obstante que era á él solo á quien se confiriera tan alta dignidad.

No le faltaba mas para desembarazarse de César y reducirle á la impotencia que quitarle su ejército; pero el vencedor de las Galias se hallaba menos dispuesto que nunca á dejar el mando desde que supo que su compañero de triunvirato habia hallado medio para conservar su pingüe gobierno, y como tenia en Roma muchos partidarios comprados con dinero ó seducidos por su afabilidad, pidió, de acuerdo con ellos, que se le prorogara á él tambien por cinco años mas el tiempo de su proconsulado.

Llevada al Senado esta peticion, fijóse dia para discutirla; pero habiendo acudido á la sesion todos los parciales de Pompeyo, se desechó por mayoría de votos.

Al tener noticia de la negativa un centurion de César, que esperaba á la puerta del Senado, dijo con cólera á algunos padres conscriptos que salian:

«Lo que vosotros habeis negado á César, ésta se lo concederá.»

Y apoyó la mano en el puño de su espada.

En efecto, César, que se habia mostrado no menos bravo para conquistar la Galia, que prudente para organizar y gobernar aquel pais, se disponia á repasar los Alpes, y descubriendo con vista segura los amaños de su

émulo, empezó á desbaratarlos, prodigando con una mano el oro y empuñando con la otra el acero.

El influyente Paulo Emilio, enemigo declarado suyo, se pasó á su partido por mil quinientos talentos que le adelantó; el tribuno Escribonio Curion, uno de los principales apoyos de Pompeyo, fué sobornado por César, que le pagó sus inmensas deudas; por lo cual, en vez de pedir la dimision del gobernador de la Galia, como Pompeyo deseaba, propuso que se prorogase á los dos el mando, ó que se destituyese á entrambos; y por mas que el Senado quiso embrollar el asunto, la asamblea del pueblo adoptó la proposicion como ley, acrecentando esto grandemente la audacia de los cesarianos.

Así las cosas, hubo quien aconsejó á los contendientes que sometieran sus diferencias á la decision del pueblo, constituido en alto tribunal de justicia, y hubo momentos en que pareció que los dos caudillos estaban prontos á dar esta prueba de patriotismo. Pero ni Pompeyo ni César tenian sincera intencion de abandonar un mando con tantos artificios obtenido: lo único que cada cual queria evitar era ser el primero en lanzarse á la guerra civil, que, por otra parte, ambos creian inevitable.

Los mejores ciudadanos participaban tambien de esta creencia, y prevían la caida de la república, por lo que Ciceron escribia, refiriéndose á los dos ambiciosos caudillos:

«El uno no quiere amo: el otro no sufre igual. César piensa en conquistar un trono: Pompeyo quiere que se lo den.»

Y Caton exclamaba en pleno Senado:

«¡Si vence Pompeyo, me destierro de Roma: si triunfa César, me mato!»

Pero en bien diversa situacion se hallaban los dos competidores. Pompeyo pretendia pasar por tutor de la república, y como tal suponia que seguian su bandera todos los romanos. Así, cuando Ciceron, que no se atrevia á declararse por uno ú otro de los adversarios, y que deseaba servir de mediador entre ellos, preguntó á Pompeyo conqué fuerzas contaba para hacer frente á las aguerridas legiones de César, respondió el presuntuoso general.

«Basta que dé con el pié en tierra, para que broten de ella legiones.»

Nécia confianza que le hacia despreciar los infinitos medios de resistencia que pudiera utilizar, mientras que César, no contando mas que con sus propios recursos, multiplicaba y consolidaba sus fuerzas, se granjeaba par-

tidarios á cualquiera costa, y adulaba al pueblo, presentándose como el único defensor de sus derechos.

No era ya un misterio para nadie que César se preparaba á pasar á Italia al frente de su ejército, por lo que los senadores Marcelo, Léntulo y Escipion, acérrimos partidarios de Pompeyo, obligaron á los padres conscriptos á expedir un edicto, por el que se intimaba á aquel general que resignase el mando de sus tropas en un breve plazo, so pena, si no obedecia, de declararle enemigo de la patria.

Como es de presumir, los tribunos cesarianos Longino, Curion y Marco Antonio quisieron oponerse á que se adoptase esta resolucion extrema; pero no se les escuchó, y fueron arrojados ignominiosamente del Senado, lo que fué causa de que, protestando del ultraje que se inferia á la inviolabilidad de su cargo, huyeran de Roma disfrazados de esclavos, yendo á refugiarse en el campo de César, y llevando con sus personas la legalidad al que ya tenia de su parte la fuerza.

El guante, pues, estaba arrojado: la guerra civil debia estallar tan pronto como César lo recogiera, y en verdad, que no tardó en hacerlo.

Despues de excitar la indignacion de sus legionarios, mostrándoles los tribunos expulsados, y enardecido su valor con el recuerdo de sus gloriosas hazañas, les preguntó si podia contar con ellos para la grande empresa que meditaba. Todos respondieron que le seguirian á donde los llevase; y entonces, atravesando con ellos los Alpes, penetró en Italia, sin que nadie le estorbara el paso.

Al llegar al Rubicon, confin del territorio de su mando, no se le oponia mas que un decreto que declaraba sacrílego, parricida y enemigo de Roma á quien pasara armado aquel riachuelo.

César permaneció algun tiempo meditabundo, cual si pesara en su imaginacion todos los horrores de una guerra civil. Pero de pronto, alzando la cabeza, y con un esfuerzo semejante al de un hombre que pretendiera saltar un abismo, exclamó, dirigiéndose en lengua griega á los que le seguian:

«¡La suerte está echada!»

Y atravesó el rio.

Entonces resonaron en Roma mil gritos de miedo y de impotente indignacion: entonces apareció la vanidad de los nombres pomposos. Los senadores vacilaban en sus consejos; los principales ciudadanos se refugiaban en el campo, y Pompeyo, que tenia dispersas sus fuerzas en diversas provincias, no se hallaba en disposicion de resistir.

Testigo de su desaliento el senador Favonio, le dijo con mofa:

«¡Oh, grande hombre! ¿por qué no das ahora con el pié en tierra, para que broten las prometidas legiones?»

Pompeyo soportó con resignacion esta sangrienta burla; bajó los ojos, y se contentó con pedir consejo á los amigos que le rodeaban.

Pero como no hay peor consejero que el miedo, los parciales del atribulado general le sugirieron la idea de huir de Roma, y así lo hizo, retirándose á Cápua tan precipitadamente, que ni siquiera se acordó de poner en seguridad el tesoro acumulado desde los tiempos de Breno, para subvenir á las necesidades de una gran guerra ú otra calamidad.

César, en tanto, con su portentosa diligencia, se adelantaba hácia la capital. Cada correo llevaba la noticia de la toma de una ciudad. Se apoderó de Arezzo, luego de Pésaro, despues de Fano y en seguida de Osimo: llegó al Piceno, hizo capitular las treinta cohortes que formaban la guarnicion de Corfinio, y habiéndose apoderado en esta plaza de algunos senadores enemigos, los puso generosamente en libertad.

Espantado Pompeyo ante los rápidos progresos de su adversario, se refugió en Bríndis; pero César le alcanzó allí, le sitió, y el vencedor de Mitrídates, temiendo que le cerrasen el puerto, única salida que le quedaba, huyó hácia el Oriente, dejando el campo á su rival, que despues de haber conquistado la Italia en sesenta dias, sin derramamiento de sangre, se dirigió á Rama.

Llegado que hubo delante de la ilustre ciudad, el audaz capitan, fingiendo respeto hácia la antigua legalidad que acababa de romper con la espada, acampó en los arrables. Pero el pueblo salió en tropel á admirarle, y los tribunos refugiados en su campo le prodigaron sus alabanzas, é indujeron á los senadores á venir á escuchar su arenga. En ella justificó César su conducta, sosegó los temores, y aconsejó que se enviasen algunas personas de crédito, para persuadir á Pompeyo y á los senadores que le seguian á aceptar la paz conque les brindaba.

Fácilmente se comprenderá que esta proposicion no tenia mas objeto que hacer recaer sobre su enemigo toda la responsabilidad que entrañaba una negativa á poner término á la guerra civil.

Habiendo al fin penetrado en Roma, hizóse proclamar dictador; destituyó á las autoridades adictas al Senado, reemplazándolas con hechuras suyas, y haciéndose entregar las llaves del tesoro, tan inconsideradamente abandonado por los fugitivos, sacó de él trescientas mil libras de oro, des-

pojo de las naciones vencidas, con lo que pudo proporcionarse abundantes recursos para continuar la lucha.

En España, provincia predilecta de Pompeyo, se habian refugiado todos los partidarios de lo que aun se llamaba libertad, y mandaban poderosos ejércitos Varron en la Ulterior y Petreyo y Afranio en la Citerior.

Dirigiéndose contra estos generales, halló César la Galia Narbonense inclinada á su rival, principalmente Marsella, donde mandaba Domicio.

Dejando quien sitiase la mencionada ciudad, pasó César los Pirineos, y peleando delante de Lérida con Petreyo y Afranio, tuvo que retirarse, viéndose á punto de tener que rendirse por la grande escasez de provisiones que experimentó, á causa de una avenida del rio Segre, que inundó su campamento cortándole las comunicaciones.

Empero, inagotable en recursos, no solo salió con honor de tan difícil trance, sino que redujo á los dos lugartenientes de Pompeyo á cederle la España Citerior, y á volver á Italia, bajo la promesa de no empuñar mas las armas contra él, con lo que desanimados los defensores de la Ulterior, se sometieron á su vez, dejando así el dictador pacificada toda la España en menos de cuatro meses.

Marsella, que seguia resistiendo, reclamó la presencia de César, quien la combatió enérgicamente é hizo que se rindiera á discrecion. El general vencedor respetó las vidas de los ciudadanos, exigiéndoles en cambio sus armas, buques y dinero.

Dueño César de Marsella, volvió en seguida á Roma.

La noticia del peligro que corriera delante de Lérida habia hecho que se resolvieran muchos en favor de Pompeyo, quien en su vanidad, se formó la ilusion de que le seguian los que no hacian mas que huir detrás de él, y dejaba que sus aduladores escarnecieran á César, y asegurasen desvergonzadamente que el solo nombre de Pompeyo el Grande seria un insuperable baluarte contra el vencedor de los galos. Mas no por eso descuidaba nuestro héroe el reunir cuartas fuerzas podia. Las Cicladas, Corcira, Aténas, el Ponto, la Bitinia, Creta, Cilicia, la Fenicia, y Egipto le habian suministrado hombres, embarcaciones y víveres en abundancia. Aparte de esto, contaba con las legiones itálicas, los veteranos, los nuevos reclutas, los mercenarios, y la flor de los caballeros romanos. Quinientos bajeles de guerra y un número infinito de trasporte estaban á sus órdenes. Además, y como principal elemento de resistencia, contaba Pompeyo con doscientos padres conscriptos, que le formaban un Senado mas númeroso que el de

Roma, y que arrogándose la representacion pública, decretó que la causa de su caudillo era noble y justa y que no debia darse muerte á ningun romano como no fuera en batalla ordenada.

Por lo que hace á César, decidido á terminar cuanto antes la contienda, salió de Roma con su ejército, y sitió á Durazzo, de la que Pompeyo habia hecho su capital. Pero no pudo sostener el cerco, y hubo de levantarlo. Exhausto enteramente de víveres, se mantuvo un momento á la defensiva, mientras Pompeyo, dejando á Durazzo, penetró en Grecia, seguido á cierta distancia por su enemigo, que no queriendo derramar mas sangre italiana, ó desconfiando tal vez de sus propias fuerzas, le propuso la paz, con condicion de que ambos licenciaran sus tropas en el término de tres dias, y de renovar su antigua alianza.

Conociendo Pompeyo por experiencia lo que podia fiar en la palabra de su adversario, desechó la proposicion, mirando en ella un nuevo lazo que le tendia, dándose prisa á tomar posiciones, esperando el ataque de los cesarianos, que reducidos á una extrema miseria, y convencidos de su indisputable superioridad sobre sus enemigos, buscaban con ahinco la ocasion de dar una batalla decisiva que les proporcionase los recursos de que carecian.

Cada mañana iban algunos de ellos á escaramuzar delante de los atrincheramientos de Pompeyo, y aunque en estos combates parciales solian llevar la mejor parte, llegó un dia en que fueron derrotados en uno mas formal que se trabó, y en el que además de perder dos mil hombres, estuvieron á punto de ser completamente derrotados.

Pompeyo combatió en esta ocasion con la bravura que se le viera desplegar en sus años juveniles, y á quererse arriesgar un poco, habria puesto término á la guerra entrando en el campamento enemigo al mismo tiempo que los fugitivos. César aseguró á sus oficiales que aquel dia habrian alcanzado los pompeyanos una gran victoria si su general hubiera sabido vencer.

Esta ventaja, que en nada mejoró la situacion de Pompeyo, infundió tanto aliento á sus parciales, que considerando empresa fácil anonadar á las legiones vencedoras de los galos, se creian ya triunfantes, habiendo algunos que hasta se repartian los prisioneros, los consulados y las preturas, mientras otros enviaban emisarios á Roma para anunciar que la contienda habia terminado con la derrota y fuga de César.

No abrigaba Pompeyo tales ilusiones. Como hábil general, sabia per-

fectamente que tenia enfrente de sí á uno de los mas grandes capitanes de su época, á quien lejos de desanimar una derrota, solo servia para estimularle mas y mas y lanzarle á empresas sobrehumanas, que muchas veces solia coronar el éxito. Por eso en vez de acceder á los deseos de sus oficiales, que le pedian marchar contra el enemigo, empleó toda su elocuencia en calmar su ardimiento, asegurándoles que la miseria y las enfermedades que se padecian en el campo contrario les darian la victoria mas pronto que por medio de las armas, disgustando extraordinariamente con esta respuesta á sus capitanes, que empezaron á llamarle cobarde y traidor, amenazando abandonarle si no atacaba al punto.

Ante semejante amenaza no le quedaba otro recurso á Pompeyo que combatir, y bien á pesar suyo, el dia 12 de Mayo del año 48 antes de Jesucristo, presentó la batalla á César en la llanura que se extiende entre Farsalia y Tébas, cometiendo el gravísimo error de no haberse procurado á sus espaldas el refugio de una plaza fuerte para el caso de una derrota.

El ejército pompeyano constaba de cuarenta y cinco mil combatientes, entre los que se contaban muchos senadores y multitud de caballeros romanos, que formaban un cuerpo privilegiado, y cuya mayoría arrostraba quizás por primera vez las fatigas y peligros de la guerra. César disponia solo de unos veinte y seis mil soldados; pero todos disciplinados, veteranos, adictos á su general hasta el fanatismo, encanecidos bajo las armas, acostumbrados á las mayores privaciones; hombres de hierro, en fin, avezados á luchar cuerpo á cuerpo con los feroces galos y germanos, á quienes siempre vencieran, y que morian con la sonrisa en los labios si César se dignaba pronunciar una palabra en elogio de su bravura.

Con tales soldados no le era lícito al ilustre capitan dudar de la victoria. Así, cuando sus exploradores corrieron á decirle que el enemigo presentaba batalla:

«¡Al fin, exclamó, ha llegado el dia en que lucharemos con hombres, y no con el hambre!»

Y mandó rellenar los fosos y destruir las trincheras de su campamento, asegurando á sus soldados que aquella noche dormirian en el campo de Pompeyo.

Tomadas estas disposiciones, formó á su vez su ejército en batalla, ordenando á seis cohortes escogidas, que cuando cargase el cuerpo de nobles, se adelantaran á las primeras filas, é hiriesen en el rostro á los caballeros, quiénes, segun aseguró, volverian las espaldas por temor de verse desfi-

gurados y no poder, además, resistir los destellos del acero que brillaria ante sus ojos.

Segun el mismo César, que ha descrito aquella célebre batalla en que ganó el imperio del mundo, el ala derecha del ejército de Pompeyo estaba mandada por este general en persona, que recorria á caballo las filas animando á sus soldados; el centro obedecia á Metelo, su suegro, y el ala izquierda, protegida por el cuerpo de caballería noble, la guiaba Domicio, inteligente capitan y esforzado soldado.

Por lo que hace á la hueste de César, éste habia colocado al intrépido Marco Antonio en el ala que hacia frente á la de Pompeyo; á Lucio Albino en el centro, mandando él el ala opuesta á la de Domicio.

Dada por ambas partes la señal del combate, los pompeyanos se lanzaron impetuosa y desordenadamente sobre sus enemigos, que serenos y en buen órden, cual si se hallaran en un simulacro, esperaron el choque.

La caballería noble, antes de que el ala que protegia hubiese llegado á las manos con la en que se hallaba César, deseosa sin duda de destrozarla, extendió sus escuadrones con un movimiento envolvente, dejando abandonada la infantería que debia sostener.

Este era justamente el momento que esperaba César: á una señal suya se adelantaron las cohortes que tenia prevenidas, y cayendo con ímpetu irresistible sobre los caballeros, empezaron á herirles en el rostro con sus afiladas javalinas.

Aquellos visoños soldados, que no esperaban semejante acometida, ni menos podian esperar con serenidad los repetidos golpes que los cesarianos les dirigian á los ojos, volvieron la cabeza cubriéndose la cara con las manos, y se pusieron en vergonzosa fuga.

En vez de perseguirlos, los de César se dirigieron contra el ala que la caballería dejaba descubierta; la atacaron de flanco y de frente, y arrollándola, la desbandaron por completo.

Pompeyo cometió en esta ocasion una falta imperdonable á un general tan experimentado. En vez de lanzar inmediatamente las tropas que tenia bajo sus inmediatas órdenes en auxilio de su ala izquierda, permaneció inactivo contemplando átonito la derrota de su caballería, perdiendo un tiempo precioso, que aprovechó hábilmente César para romper su centro de batalla y rechazarle hasta su campamento, donde entraron los cesarianos revueltos con los que huian.

Pompeyo vió que estaba derrotado, y olvidando su glorioso nombre,

que le imponia el deber de morir aquel dia, volvió la espalda al enemigo, abandonando, aunque lentamente, el campo de batalla.

Rodeado de algunos fieles partidarios, llegó á su tienda, donde se sentó dando señales del mas profundo abatimiento. Pero como llegasen á sus oidos los gritos de victoria de los de César, que se extendian ya por el campamento, despues de destrozar las cohortes que lo defendian, levantándose repentinamente, exclamó indignado:

—«¡Qué! ¡hasta en mi campo!...»

Y sin añadir una palabra mas, quitóse el casco y la coraza, envolvióse en un manto, y montando á caballo, huyó hácia Larisa, cuya ciudad atravesó sin detenerse, cruzando igualmente el valle de Tempe, donde aquejado por la sed, tuvo que beber de bruces en la orilla de un rio, él, que algunas horas antes solo bebia en copas de oro y perlas.

César, segun afirma él mismo y confirman graves historiadores, solo perdió en la batalla de Farsalia doscientos hombres, matando quince mil enemigos y haciendo veinte y cuatro mil prisioneros. Aparte de esto, se apoderó de las inmensas riquezas que encerraba el campamento de Pompeyo y de un enorme material de guerra.

Si el caudillo vencido hubiera tenido el suficiente valor para probar otra vez la suerte de las armas, tal vez le fuera dado reparar su derrota. Dueño del mar, su poderosa escuadra asediaba á Mesina. Egipto, África, Numidia, el Ponto, Cilicia, Capadocia y Galacia podian auxiliarle con respetables contingentes, poniéndole en disposicion de levantar un ejército mas aguerrido y numeroso que el que perdió en Farsalia. Pero desanimado al ver que la fortuna le arrancaba en una hora los laureles acumulados sobre su frente durante treinta y cuatro años de combates y victorias, no fió mas que en la fuga.

César era uno de los pocos generales que saben vencer y aprovechar el triunfo. Sin detenerse mas que el tiempo preciso para dar un ligero descanso á sus soldados, lanzóse en persecucion de Pompeyo, que temiendo caer en manos de su enemigo, huyó mas velozmente; llegó á orillas del mar, y encontrando una nave que iba á darse á la vela, se embarcó en ella con algunos leales amigos, despues de despedir á los esclavos que le habian seguido, á quienes aconsejó que se presentaran á César sin temor.

Algunos dias permaneció el desdichado caudillo costeando el Archipiélago, sin atreverse á bajar á tierra: sus amigos lo hicieron por él, y habiendo recogido algun dinero que le enviaron sus parciales de Macedonia

y Tracia, enderezó la proa á Mitilene, en la isla de Lésbos, con objeto de reunirse á su esposa Cornelia y á su hijo Sexto, á quienes, al empezar la guerra, habia enviado allí como á un seguro asilo.

Apenas hubo echado el ancla delante de la isla, envió un mensajero á su mujer, participándola su llegada.

Creia Cornelia que su esposo llegaba vencedor, como se lo hicieran esperar las lisonjeras noticias que recibiera pocos dias antes de la batalla de Farsalia; pero al ver á Pompeyo fugitivo y casi abandonado, se arrojó en sus brazos, llevando su ternura hasta el punto de acusarse de ser ella, y no los desaciertos y ambicion del ilustre caudillo, la causa de tantas desventuras.

Tomado que hubo á bordo de su nave á su mujer é hijo, abandonó Pompeyo á Lésbos; tocó en diversos puntos del Archipiélago, tratando de reunir hombres y elementos de guerra para reconquistar el poder, y convencido al fin de cuán inútiles eran sus tentativas, tratándose de un enemigo tan formidable y activo como César, que de un momento á otro podia caer sobre él sorprendiéndole en medio de sus preparativos, desistió de la empresa, pensando solamente en buscar un refugio dónde salvar su vida.

Despues de mil vacilaciones y consejos que celebró con sus amigos, éstos le propusieron retirarse á Partia, África ó Egipto. Su desgraciado síno le hizo elegir este último pais, y á él se dirigió.

Reinaba á la sazon allí Tolomeo XII, de quien Pompeyo era tutor, por nombramiento del Senado, y creyendo que su régio pupilo le acogeria con el agradecimiento que merecian los inmensos favores que le dispensara en tiempo de su prosperidad y con las consideraciones debidas á su grande infortunio, el vencido caudillo, no bien hubo avistado las playas de Egipto, envió á uno de sus oficiales para que participase al soberano la visita que le llegaba.

Al recibir tal nueva, Tolomeo, ó mas bien, sus ministros, concibieron el inícuo proyecto de asesinar al ilustre fugitivo, creyendo conquistar así el favor del victorioso César, y á este fin pasaron á la nave de Pompeyo, invitándole á que desembarcara, asegurándole que hallaria en aquel suelo la proteccion y auxilio que merecia.

El vencido de Farsalia dudó un instante si se fiaria ó no de aquellos hombres; pero comprendiendo que si manifestaba algun recelo era bastante para proporcionar á los asesinos la escusa de su crímen, desatendió los

ruegos de su esposa, que le abrazaba estrechamente procurando retenerle á su lado, y desprendiéndose de ella, saltó á la lancha que le ofrecian los ministros del rey.

En el instante en que ponia los piés en la frágil embarcacion, y cual si presintiera el fin que le aguardaba, volviéndose hácia Cornelia y su hijo, que le contemplaban derramando abundantes lágrimas, les dirigió por via de despedida este dístico de Sófocles, tan en armonía con su triste situacion.

«Cualquiera que á un tirano pide hospitalidad,
Por mas que libre sea, pierde su libertad.»

Estas fueron las últimas palabras que dirigió á los suyos. Impelida la barca por cuatro esclavos, separóse del costado de la nave, y voló hácia la ribera. Distaba solo de ella cuatro brazas, y ya Pompeyo, puesto de pié, se preparaba á pisar la orilla, cuando dos miserables que formaban parte de la comitiva de los egipcios, dos cobardes romanos, llamados Septimio y Salvio, antiguos centuriones bajo las banderas del ilustre caudillo, levantándose de pronto y arrojándose por detrás sobre su antiguo jefe, lo atravesaron con sus espadas.

Al recibir el primer golpe, volvióse la víctima hácia sus asesinos; se tapó el rostro con su manto, y sin tratar de huir, sin pedir gracia, sin hacer nada, en fin, indigno de su gran corazon, lanzó un suspiro y presentó valerosamente su cuerpo á los aceros de los sicarios, que lo acuchillaron, hasta que cayó en el fondo de la barca luchando con las ansias de la muerte.

Presenciando Cornelia desde la cubierta de su embarcacion el asesinato de su esposo, empezó á lanzar espantosos gritos que resonaron por toda la ribera. Despues, como observaran sus amigos y esclavos que algunas barcas tripuladas por soldados de Tolomeo remaban hácia ellos en ademan hostil, levaron precipitadamente el áncora, y emprendieron la fuga, ayudados por un viento de popa que les hizo perder pronto de vista la costa de Egipto.

Muerto Pompeyo, los asesinos dejaron abandonado su cuerpo en la playa, despues de cortarle la cabeza, que presentaron al monarca egipcio, quien á su vez la ofreció á César, cuando este grande hombre pasó á aquel pais con objeto de asegurar en él la supremacía de Roma.

César no pudo contener sus lágrimas al contemplar el sangriento despojo que le presentaba el feroz Tolomeo, quien en lugar del aplauso y recompensa que esperaba en pago de su infamia, solo alcanzó el desprecio, el

ódio del poderoso dictador, que honrándose á sí mismo al vengar la muerte de su ilustre enemigo, persiguió sin descanso é hizo morir á sus asesinos.

El mutilado cuerpo de Pompeyo habria servido de pasto á los buitres, si su fiel liberto Filipo no lo hubiera recogido y quemado, entregando despues sus cenizas á Cornelia, que las depositó en un suntuoso panteon en su casa de Alba.

Pompeyo murió el año 48 antes de Jesucristo, el dia siguiente del en que habia cumplido cincuenta y ocho años.

Cuantos historiadores, y no son pocos, se han ocupado de este esclarecido varon, convienen en que era de aventajada estatura, majestuosa presencia y agradables modales. Respecto á su valor y extraordinarios talentos militares, acreditados en cuantas guerras tomó parte, están reconocidos aun por sus mas implacables enemigos.

En cambio de tan buenas cualidades, tenia nuestro héroe dos defectos imperdonables en un hombre público: estos defectos eran, su imprevision, y su falta de carácter, es decir, de la única cosa que puede sostener en el mando á un ambicioso, aunque sea un ignorante.

Hé aquí la causa de que cometiera Pompeyo muchos yerros, de los cuales fué el mas grave el de haber allanado á César el camino del trono.

La amistad de César y de Pompeyo, cuando aun eran jóvenes, no podia ser efecto de cálculo ni especulacion; porque el primero pudo estimar á Pompeyo, y á éste ne le era dado todavía adivinar los destinos de César. Mas cuando el vencedor de la Galia pretendió el consulado, se presentaba ya tan amenazador, que no puede disculparse á Pompeyo la candidez con que se prestó á secundarle en sus designios.

Ambos caudillos habian dado pruebas de ser muy ambiciosos; pero por parte de Pompeyo con una ambicion que no sabia atentar á la legalidad, ni respetarla; mientras que César, con su grande habilidad, con su desprecio de los hombres que rayaba en cinismo, y sobre todo, con su avidez de gloria y distinciones, daba claros indicios de que no miraba la ley sino como un obstáculo que debia apartar para llegar al fin de su camino.

Ahora bien, Pompeyo, que hasta el último momento no sabe ver en César á un temible rival; que le desprecia á los cuarenta años, cuando el astuto Sila le temia á los veinte; Pompeyo, que se une con César y con Craso y aflige á la antigua Roma republicana por el fútil placer de representar el papel de dictador; Pompeyo, que corona con la inmensa aureola de sus victorias y popularidad á César, ávido de autoridad absoluta;

Pompeyo, el majestuoso Pompeyo, que se convierte en juguete de César, y que al mirarle pasar los Alpes y acercarse á Roma á la cabeza de solos cinco mil trescientos de sus veteranos, huye delante de él abandonándole el inmenso tesoro de la ciudad eterna, para dejarse vencer en Farsalia é ir á morir oscuramente en una playa egipcia; Pompeyo, repetimos, ¿fué verdaderamente un hombre grande?

Para el que solo rinde adoracion al dios *Éxito,* Pompeyo fué solamente un hombre vulgar, elevado por la casualidad á grande altura, y á quien su excesiva prosperidad impidió adquirir aquel vigoroso temple de alma que solo la desgracia proporciona; pero para el que, despojada la mente de todo espíritu de pandillaje ó granjería, le sigue paso á paso durante el curso de su agitada vida, y sabe apreciar las altas prendas que le adornaban en medio de sus innegables defectos, para ese es positivo que solo faltó al vencedor de España, de los piratas y de Mitrídates para sobrepujar á César, su refinada astucia, su desprecio de los hombres y de las leyes y su inmensa fortuna. Sin el momento de alucinacion que padeció en Farsalia nuestro héroe, ¿qué memoria habria dejado César? La de un oscuro aventurero, ó cuando mas la de un Perpenna, un Clodio ó un Catilina.

Grande en la dicha, cuanto grande en la desventura, la vida de Pompeyo nos ofrece el mas perfecto ejemplo de lo que son el poderío y las glorias de los hombres.

De las cuatro ó cinco mujeres que tuvo este hombre ilustre, dejó dos hijos, llamados Cneo y Sexto. Estos sostuvieron valerosamente por algun tiempo en la Península Ibérica la causa de su padre, que apellidaban de la libertad, hasta que César, obligándolos á aceptar la batalla de Munda, los derrotó enteramente, hiriendo á Cneo, que pereció cuando trataba de huir el año 45 antes de nuestra era.

En cuanto á Sexto, continuó la lucha despues de la célebre batalla de que dejamos hecho mérito; venció á dos generales de César, y á la muerte de éste, consiguió de Roma 7.000,000 de sextercios y el título de general de los mares, en los que se hizo formidable; se apoderó de Sicilia, venció varias veces á Octavio, y al fin fué derrotado por Marco Vepsanio Agripa, teniendo que huir á Armenia, donde cayó en manos de los subalternos de Antonio, que le dieron muerte el año 35 antes de Jesucristo, extinguiéndose en él la raza de Pompeyo.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE POMPEYO EL GRANDE.



CICERON

CICERON.

(106 Á 43 ANTES DE J. C.)

Marco Tulio Ciceron disipó él mismo las dudas que podrian abrigarse acerca de la época precisa de su nacimiento, diciéndonos que vió la luz del dia en Arpino, patria tambien de Mario, el 3 de Enero del año 647 de Roma,[1] unos 106 años antes de la venida de Jesucristo.

La madre de Ciceron, descendiente de una de las familias mas honradas de Roma, se llamaba Elvia: en cuanto á su padre, unos autores le hacen descender de reyes,[2] y otros le suponen hijo de un batanero.

Sin meternos nosotros á discutir lo ilustre ó bajo de su estirpe, diremos, siguiendo á Plutarco, que el apellido del célebre orador procedia de que el primero de su familia que lo usó tenia en la nariz una escrecencia ó berruga, del tamaño y figura de un garbanzo (*cicer* en latin), de donde, siguiendo la costumbre romana de apellidar á ciertos individuos por sus cualidades personales, por sus ocupaciones, ú por sus méritos y servicios, es probable que, no hallando inconveniente el progenitor de nuestro héroe en que le designasen con el apodo de *cicer*, lo legase á su descendencia como apellido, corregido y aumentado á gusto de sus compatriotas que se lo [illegible].

A propósito de esto, [illegible] ha hecho caer á muchos escultores de mérito, que han representado á

[1] [illegible]
[2] [illegible]
[3] [illegible]



CICERON.

(106 Á 43 ANTES DE J. C.)

Marco Tulio Ciceron disipó él mismo las dudas que podrian abrigarse acerca de la época precisa de su nacimiento, diciéndonos que vió la luz del dia en Arpino, patria tambien de Mario, el 3 de Enero del año 647 de Roma,[1] unos 106 años antes de la venida de Jesucristo.

La madre de Ciceron, descendiente de una de las familias mas honradas de Roma, se llamaba Elvia: en cuanto á su padre, unos autores le hacen descender de reyes,[2] y otros le suponen hijo de un batanero.

Sin meternos nosotros á discutir lo ilustre ó bajo de su estirpe, diremos, siguiendo á Plutarco, que el apellido del célebre orador procedia de que el primero de su familia que lo usó tenia en la nariz una escrecencia ó berruga, del tamaño y figura de un garbanzo (*cicer* en latin), de donde, siguiendo la costumbre romana de apellidar á ciertos individuos por sus cualidades personales, por sus ocupaciones, ú por sus méritos y servicios, es probable que, no hallando inconveniente el progenitor de nuestro héroe en que le designasen con el apodo de *cicer*, lo legase á su descendencia como apellido, corregido y aumentado á gusto de sus compatriotas que se lo adjudicaron.

Á propósito de esto, es gracioso el error en que la opinion de Plutarco ha hecho caer á muchos escultores de mérito, que han representado á

[1] *Epist. ad Atticus.*—Cic.
[2] «Regia progenies et Tullo sanguis ab alto.»—Sil. Ital.

Ciceron con una magnífica berruga en la nariz, sin tener en cuenta que fué el apellido, y no la berruga, lo que heredó de sus mayores.

Por lo demas, nunca pareció disgustado de su apellido el ilustre orador, como lo prueba el que, al hacer á los dioses la ofrenda de una copa de plata, cuando desempeñaba el cargo de cuestor en Sicilia, hizo poner en la dedicatoria sus dos primeros nombres, *Marco Tulio,* y en vez del tercero, quiso que se grabase un garbanzo, aludiendo sin duda al orígen de su apellido.

Ciceron era el primogénito de su familia. Su hermano, llamado Quinto, de quien tendremos ocasion de hablar mas adelante, contaba tres ó cuatro años menos que él; figuró á su vez en los acontecimientos de su época, y tuvo un fin tan desgraciado como el del esclarecido varon objeto de esta biografía.

Como la mayor parte de los hombres de génio, Ciceron dió desde sus primeros años inequívocas señales de su inmenso talento en la facilidad con que aprendia cuanto se le enseñaba. Por eso, comprendiendo su padre que llegaria á sobresalir en la ciencia del Foro, le dedicó á ella, y no bien hubo acabado en su pueblo natal su primera educacion, lo llevó á Roma, con objeto de que estudiase la filosofía en la academia del famoso Filon, y la jurisprudencia bajo la direccion de Mucio Escévola, uno de los mas célebres jurisconsultos de su época.

Llegado á la edad de diez y ocho años, y completados en gran parte sus estudios bajo la direccion de tan grandes maestros, Ciceron tuvo que abandonar momentáneamente el cultivo de las letras para empuñar las armas, con motivo de la *Guerra social,* en la que sirvió algun tiempo á las órdenes de Sila. Pero viendo agitada la república por tantos partidos, abandonó la milicia, entregándose de nuevo á sus tareas favoritas, en particular al estudio del griego y de las matemáticas, sin olvidar por eso la poesía, en la que demostró que habria brillado tanto como en la elocuencia si hubiera cultivado aquella con el mismo empeño que ésta.

Veinte y seis años próximamente contaria Ciceron cuando se presentó en el Foro, adornado ya de todos los conocimientos necesarios para la mejor defensa de cualquiernegocio que se le encargara.

Los biógrafos antiguos y modernos del célebre orador están discordes acerca de la primera causa que defendió. Algunos creen que fué la de Quintio, mientras otros suponen que la de Roscio. Pero unos y otros se engañan, porque acerca de la primera dice textualmente el mismo Ciceron

que ya habia defendido otras, y de la segunda solamente se infiere que era la primera causa criminal de que se encargaba, siendo verosímil que antes de tomar á su cargo un negocio de tanta importancia, se hubiese ensayado en otros menores, para probar sus fuerzas y empezar á formar su reputacion.

En la causa de Quintio se trataba de defenderle de una acusacion de bancarrota, intentada por un acreedor que habia hecho secuestrar sus bienes, y aunque era éste un empleado subalterno de los tribunales de justicia, y estaba defendido por el gran orador Hortensio, nuestro jóven letrado ganó el pleito probando la inocencia de su defendido.

Tan glorioso ensayo fué seguido de otras cuestiones menos importantes, hasta la de Roscio. Este asunto era muy espinoso, porque habiendo sido muerto el padre de este personaje por órden de Sila, sus bienes, que valian cerca de tres millones de reales, fueron vendidos por dos mil dracmas á L. Cornelio Crisógono, liberto de Sila, que para afianzarse en la posesion de aquellos bienes, acusaba al hijo de parricida, presentando varias pruebas de ello.

Roscio, pues, se veia amenazado no solo de perder sus bienes, sino aun su honor y vida, y para mayor desgracia, todos los abogados de crédito se excusaban de defenderle, porque temian atraerse el resentimiento de Sila oponiéndose á los designios de su liberto.

Abandonado de todos el desgraciado Roscio, dirigióse á Ciceron, que no vaciló un punto en declararse defensor de la justicia, teniendo la satisfaccion de hacer declarar inocente á Roscio, á quien fueron devueltos sus bienes; con lo que el valor y habilidad del generoso jóven fueron admirados en Roma, pasando desde entonces por uno de los abogados á quiénes se podian confiar con seguridad los negocios mas árduos.

Mas no alcanzó este noble triunfo sin granjearse el ódio del rencoroso Sila, por lo que Ciceron, á fin de sustraerse á la venganza del dictador, determinó hacer un viaje á Grecia, dando como pretexto de él la necesidad de restablecer su salud, un tanto quebrantada por el estudio y las vigilias.

Llegado á Aténas el jóven orador, asistió á las lecciones del ilustre filósofo Antíoco Ascalonita, contrayendo amistad con todos los hombres mas ilustrados de aquel emporio de la civilizacion y de las ciencias.

Despues de haber permanecido algun tiempo en Aténas, pasó Ciceron al Ásia, donde cultivó el trato de los filósofos y retóricos eminentes de

aquel pais, recibiendo en todas partes las muestras de consideracion debidas á su profundo saber é irresistible elocuencia.

La noticia que recibió en Ásia de la muerte de Sila, decidió á Ciceron á volver á Roma, al cabo de dos años de ausencia, sin que pensara por de pronto en ejercer nuevamente su noble profesion; pero las vivas instancias de su padre y de algunos amigos le impulsaron á entregarse otra vez á las tareas del Foro, en las que aumentó su reputacion, captándose el aprecio de sus conciudadanos, que le confirieron la cuestura de Sicilia, en una época en que la gran escasez que se padecia en Italia hacian necesarias la mayor prudencia y energía para desempeñar un cargo público.

Puesto en posesion de su destino, forzoso es confesar que disgustó bastante á los sicilianos, á causa de las enormes exacciones de trigo que se vió precisado á autorizar para aliviar el hambre que reinaba en Roma. Pero cuando se reconocieron su integridad, rectitud y bondadoso trato, aplaudieron todos sus medidas, y le dieron mas testimonios de estimacion y gratitud que á ninguno de los cuestores que le habian precedido.

Terminada su mision en Sicilia, Ciceron regresó á la Metrópoli, justamente orgulloso de la grata memoria que dejaba en la isla.

Á propósito de este viaje nos ha trasmitido el célebre orador una aventura en extremo graciosa que le ocurrió, y que refiere con su habitual franqueza, por mas que no dejara de picar su amor propio.

Fué el caso, que al atravesar la Campania, como encontrase á un distinguido ciudadano de Roma, á quien creia su amigo, llegóse á hablarle, y creyendo que no se hacia otra cosa en la capital que alabar los talentos que desplegara en la administracion de Sicilia, le preguntó qué pensaban de él los romanos y de cuánto habia hecho en su cuestura.

Al oir esta pregunta, encogióse de hombros el interpelado, y mirando á su interlocutor como si no le hubiera visto en veinte años, contestó con aire indiferente:

«¡Eh! ¡Eh! ¿De dónde sales ahora, amigo Ciceron? ¿Vienes de Siracusa?»

Esta respuesta dejó frio á nuestro héroe, porque comprendió, que, ausente de Roma, se disipaba su reputacion cual se disipa el humo agitado por el viento.

Habiendo ya tomado parte en los negocios públicos, decidió Ciceron aplicarse á ellos con toda la energía de que era capaz.

Una de las cosas que excitaba mas la admiracion de cuantos le cono-

cian, era que no poseyendo sino una mediana fortuna, no admitia honorarios ni recompensa alguna por los servicios que prestaba á cuantos á él acudian, y este desinterés resaltó doblemente en la acusacion de Verres, de la que pasamos á dar al lector una ligera idea.

Cayo Licinio Verres, antiguo lugarteniente de Dolabela en Ásia, habia desempeñado durante tres años el cargo de pretor de Sicilia, provincia que dejó arruinada con sus latrocinios y excesos de todo género. Querian los sicilianos vengar el daño que les causara aquel malvado, y encargaron á Marco Tulio que le llevase ante los tribunales, como lo hizo el ilustre orador, consiguiendo con su prodigiosa elocuencia que fuese Verres condenado á destierro perpétuo y al pago de una multa de setecientas cincuenta mil dracmas, que no era, sin embargo, la décima parte de lo que habia robado.

Quedaron satisfechos los sicilianos de la justicia que alcanzaran contra su antiguo pretor, y deseando manifestar á Ciceron su reconocimiento, aprovecharon la ocasion de haber sido nombrado edil para ofrecerle mil objetos preciosos y una respetable suma, á fin de que pudiera sufragar los gastos inherentes á su nueva dignidad. Pero en vez de apropiarse aquellos presentes, como pudiera hacerlo, el nuevo edil los invirtió íntegros en socorrer á los pobres y en hacer que se abaratasen en Roma los artículos de primera necesidad.

No tenemos testimonio cierto del año en que se casó nuestro ilustre orador; pero es probable que fuese hácia la época de su vida que vamos historiando. En cuanto á la familia de su esposa Terencia, tampoco podemos decir nada con seguridad, á pesar de que las circunstancias de haber llevado en dote ciento veinte mil dracmas, y el tener una hermana vestal, inducen á creer que era de noble casa.

Finido el tiempo de su edilidad, cargo que no era sino el primer escalon para llegar á la pretura y aun al consulado, Ciceron solicitó el primero de dichos empleos, que obtuvo, á pesar de pretenderlo algunos influyentes personajes de Roma.

Ocioso parecerá decir que Ciceron desempeñó su importante destino con la rectitud y probidad que eran de esperar de su ilustracion y amor á la justicia.

Ciceron tenia entonces cuarenta y tres años y estaba en el apogeo de su talento. Bien quisto entre los nobles y gozando de merecida popularidad, solo le faltaba la circunstancia de descender de una familia senato-

rial para poder aspirar al consulado. Mas por una feliz casualidad, de que no hay otro ejemplo en la historia de Roma, el pueblo y la nobleza se pusieron de acuerdo, sin entenderse préviamente, y á pesar de carecer del indicado requisito, le eligieron cónsul el año 691 de Roma y 63 antes de Jesucristo, juntamente con Antonio, hijo del célebre orador del mismo nombre asesinado por los sicarios de Mario durante las matanzas de los partidarios de Sila.

Pero no se trataba solo de premiar los servicios del eminente repúblico al conferirle tan alta dignidad. Roma necesitaba un hombre honrado, un magistrado vigilante y enérgico, que descubriese y estirpara con mano firme el cáncer que la corroia amenazando devorarla.

Lucio Sergio Catilina, descendiente de una familia patricia, audaz, emprendedor, instruido, afable, servicial con sus amigos, pero de depravadas costumbres, tanto, que habiéndose enamorado en los primeros años de su juventud de Aurelia Orestilla, viuda sin mas mérito que su hermosura, hizo asesinar á su hijastro para poseerla; que mas adelante se casó con una hija que tuvo de ella, y sedujo además á la vestal cuñada de Ciceron; incansable en el trabajo, franco en la conversacion, pródigo de lo suyo, codicioso de lo ajeno, simulador y disimulador, tan pronto en las palabras como en llevarlas á efecto, aspiraba á la dictadura, lisonjeando tal vez sus esperanzas el buen éxito obtenido por Sila.

En tiempo de éste habíase señalado Catilina por su feroz celo en ejecutar los mandatos del dictador, excediéndose casi siempre de los límites que le prescribiera; de modo que alcanzó las primeras dignidades, llegando á ser cuestor, lugarteniente en muchas guerras, pretor en África, y por último senador.

En África, cometió Catilina tales atrocidades, que los mismos romanos enviaron diputados á reclamar contra él ante el Senado, *faltando poco* para que se administrase justicia.

No siéndole suficientes las concusiones y otros reprobados medios de que echaba mano para adquirir el oro que derrochaba con loca prodigalidad, estaba abrumado de deudas; y no encontrándose, por otro lado, bastante poderoso para hacer olvidar los asesinatos é incestos conque se habia manchado, trataba de ver cómo trastornaba el órden en la república, á fin de elevarse sobre sus ruinas.

Regalando á los necesitados, prestando dinero, favor, y en caso necesario el brazo que ejecuta y la cabeza que concibe el delito, se habia

rodeado de multitud de amigos, algunos de ellos hombres de bien, atraidos por ciertas exterioridades de virtud, los mas sumidos en el vicio, oprimidos por la necesidad, estimulados por la ambicion ó la avaricia; veteranos de Sila que habian derrochado fácilmente sus fáciles adquisiciones; hijos de familia que se comieran su herencia antes de recibirla; italianos despojados de sus bienes; provincianos arruinados; gentes todas acostumbradas á vender su testimonio y su firma en los juicios ó su brazo en las contiendas civiles, y que tenian puestos los ojos en los ricos, no aguardando mas que una señal para despojarlos.

Con tales malvados habia formado Catilina una especie de asociacion secreta, de la cual era el jefe, y cuyos individuos, además de ligarse con los mas terribles juramentos, llegaron al extremo de sellarlos bebiendo en una misma copa la sangre de un hombre que degollaron. [1]

El plan de los conspiradores consistia en derribar el gobierno, asesinar á los cónsules y magistrados, é incendiar á Roma, cuyas llamas debian ser la señal del pillaje general de la Italia; y á este fin estaban en inteligencia con Mallio, antiguo oficial de Sila, tan entendido como animoso, residente en Fiésole de Etruria, donde moraban gran número de veteranos del dictador, á los cuales atrajeron á sus designios con la promesa del saqueo, constituyendo con ellos el núcleo de un grande ejército.

Prestaban ancho campo á las esperanzas de los conspiradores las circunstancias de hallarse Pompeyo en Ásia haciendo la guerra á Mitrídates con las mejores tropas de la república, y de no haber en Roma una fuerza regular capaz de contrarestar sus designios.

Al procederse á la eleccion de cónsules, Catilina, fuera por ambicion, ú lo que es mas probable, con el objeto de disimular sus atroces designios, se presentó como candidato al consulado; pero como el pueblo y la nobleza le negasen unánimes sus votos, creyó que era llegado el momento de dar cima á su empresa, y con esta intencion aumentó sus huestes con cuantos descontentos pudo reclutar entre la hez del populacho.

En tanto Ciceron habia tomado posesion de su cargo, y no obstante los graves y múltiples negocios en que debia entender, tenia la vista fija en Catilina, cuyas maquinaciones sospechaba, vigilando tambien á algunos

[1] Plutarco, en sus *Varones Ilustres*, *Vida de Ciceron*, asegura que «degollaron un hombre y comieron su carne.» Salustio menciona tambien este horrible sacrificio, diciendo, que «bebieron la sangre de aquel hombre,» aunque sin garantizar la exactitud de su aserto.

individuos de malos antecedentes, que por sus relaciones con él hacian suponer que podian ser sus cómplices.

Entre aquellos sugetos se encontraba Quinto Curio, amante de Fulvia, dama de buena familia, pero de vida licenciosa, que viendo arruinado á su querido, dejó de dispensarle sus favores cuando él cesó de regalarla. Alimentando Curio grandes esperanzas con las promesas de Catilina, empezó á prometer á su amada montones de oro dentro de breve plazo, con lo que Fulvia, entrando en sospechas, le sonsacó con maña los secretos de los conjurados, y dueña de ellos, corrió á descubrirlos á Ciceron.

En el momento en que el celoso cónsul adquirió la conviccion de que no eran infundados sus recelos, dió parte al Senado de cuanto ocurria, y ordenó á Catilina que se presentase ante aquel alto cuerpo á responder de su conducta.

Lejos de amedrentarse el conspirador, acudió al Senado, y como Ciceron empezase á echarle en cara sus delitos, preguntándole qué excusas daria para justificarse, aquel desalmado respondió audazmente:

«Veo en la república una cabeza sin cuerpo, y un cuerpo sin cabeza: ésta seré yo.»

Una declaracion tan positiva sorprendió al Senado, dándole á conocer que solo la seguridad de su fuerza podia inspirar tanto arrojo á aquel hombre, y que debia estar cercano el momento de la rebelion.

Los padres conscriptos recurrieron, pues, al supremo remedio usado en los grandes peligros, que consistia en mandar á los cónsules que velasen por la conservacion de la república, invistiéndoles por medio de un decreto de una especie de dictadura, que debia cesar tan pronto como desaparecieran las causas que motivaran tal medida.

En cumplimiento, pues, de la órden que recibiera, dobló Ciceron la guardia del Senado, hizo entrar algunas tropas en la ciudad, prometió impunidad y galardon á los conjurados que hicieran revelaciones, y tomó otras varias medidas para afianzar la paz pública. Pero á fin de que el pueblo comprendiera el riesgo en que se hallaba, y para animarle á defenderse, se presentó á él cubierto con una coraza, que aparentaba ocultar bajo su toga, aunque de modo, que, como por descuido, se viese parte de ella.

Seguro ya de que si los conspiradores se lanzaban al ataque encontrarian quien les hiciera frente, el diligente cónsul reunió el Senado en el templo de Júpiter, para darle cuenta de sus disposiciones y tomar nuevas órdenes.

Contra lo que era de esperar de un hombre acusado de tan horrendos crímenes, Catilina tuvo la audacia de ir á ocupar su sitio entre los senadores; mas los padres conscriptos que se sentaban en el mismo banco, lo abandonaron al momento, no queriendo estar cerca de aquel malvado. Entonces Ciceron, indignado al observar el inaudito cinismo de que hacia alarde el miserable, pronunció el célebre discurso en que tan vigorosamente le apostrofó por sus viles designios, y que por su vehemencia y elevacion de ideas asombró á cuantos lo escucharon.

Oyó Catilina sin moverse de su asiento la formidable acusacion lanzada contra él, y dirigiéndose tranquilamente á la Asamblea, dijo, que despreciaba las habladurías del cónsul, su enemigo capital, que habia jurado perderle á cualquier precio, y que el verdadero criminal era el que daba crédito á aquel plebeyo advenedizo, que ni casa tenia que perder en el incendio inventado por él para probar hasta dónde llegaba la credulidad de los senadores.

Tanta arrogancia agotó la paciencia de los padres conscriptos, que cortaron la palabra á Catilina, llamándole á gritos, asesino, incendiario y parricida; de modo que no pudiendo él contenerse mas, exclamó ébrio de furor:

« ¡ Ya que me obligais á ello, apagaré ese incendio no con agua, sino con sangre y ruinas ! »

Y decidido á todo, salió primeramente del Senado, y despues de la ciudad, con trescientos de sus secuaces, precedido de lictores y banderas, cual si se hallase revestido de la autoridad de un general de la república, ordenando antes á los cómplices que dejaba en Roma, que asesinaran á sus enemigos, y á Ciceron con preferencia á todos, ofreciéndoles volver en breve á la cabeza de un ejército que asegurara el triunfo de su causa.

Mirando á Catilina en abierta rebelion, el Senado le declaró enemigo de la patria; decretó que Ciceron permaneciera en Roma, encargado de su defensa, y envió á Antonio, el otro cónsul, contra los revoltosos.

Mientras se tomaban tales medidas, Catilina habia llegado á Etruria, donde unido con Mallio y los veteranos que éste tenia reunidos, organizó un respetable ejército, que engrosaba cada dia con nuevos partidarios.

Los pastores, esclavos de los caballeros, se rebelaron en el Abruzo y en la Apulia, y las cumbres de los Apeninos aparecieron coronadas de insurrectos, á los que los veteranos proporcionaron armas é instruccion militar.

Siendo muy importante para ellos que respondiese la Galia á aquel movimiento, los cómplices de Catilina que quedaron en Roma solicitaron el

apoyo de los embajadores de los Alóbroges, que por aquellos dias habian llegado á la ciudad eterna, ofreciéndoles la independencia si sublevaban á sus compatriotas. Pero ellos, no solo descubrieron á Ciceron lo que ocurria, sino que por consejo del sagaz cónsul fingieron acceder á los deseos de los conjurados, hasta que les arrancaron un contrato en que constaban las firmas de los jefes.

Así que Ciceron tuvo en su poder aquel documento, mandó prender á Léntulo, Cepario, Gabinio, Estatilio y Cetego, todos de ilustre cuna, y registradas sus casas, se encontraron en la del último gran cantidad de armas recien afiladas y de materias inflamables.

Presentados los presos al Senado, tuvieron que confesar su delito, y sin que sirvieran de nada los esfuerzos practicados por César para salvarlos, fueron condenados á la última pena.

Aunque se levantó á hora muy adelantada la sesion en que fueron condenados, el activo cónsul se dirigió á las prisiones de los reos para apresurar su suplicio, y terminado éste, anunció en alta voz á la muchedumbre, que los conspiradores *habian vivido.* [1] Al otro dia, volviendo á reunir á sus conciudadanos, les aseguró, mas enfáticamente de lo que conviniera á un hombre de su posicion «que la república, la vida de todos, los bienes, las esposas, los hijos, la residencia del clarísimo imperio, la afortunada y hermosísima ciudad, por especial amor de los dioses inmortales, y merced á sus fatigas, á su prudencia y al inminente peligro á que se viera expuesto, se miraba libre de las llamas, de la esclavitud, de la muerte, y restituida á ellos.» [2]

Mientras Ciceron desplegaba tanta actividad, y hasta puede decirse, tan feroz energía, no permanecia ocioso Catilina. Habia llegado á reunir doce mil hombres, muchos de los cuales no tenian mas armas que las que su furor les deparara, esto es, palos, lanzas y dardos; pero los otros estaban bien armados.

El osado caudillo estaba persuadido de que si tenian éxito los manejos de sus amigos de Roma, dispondria de cuantos soldados quisiera. Por eso se negó á admitir á los siervos que en gran número corrian á alistarse bajo su bandera, para que no creyeran sus compatriotas que amalgamaba la causa de los ciudadanos con la de los esclavos.

[1] Horrible frase á que recurrió Ciceron á fin de evitar el pronunciar las entre los romanos funestas palabras: *¡Han muerto!*

[2] *Catilinam, ad Quirites.*

Cuando vió que el cónsul Antonio, enviado contra él, como queda dicho, se le acercaba al frente de numerosas fuerzas, hizo varias marchar y contramarchas, encaminándose unas veces á Roma, y otras alejándose de ella, con objeto de ganar tiempo hasta recibir las noticias que esperaba de sus partidarios. Pero luego que los que le seguian supieron la muerte de Léntulo y demas conjurados, faltó el valor hasta en los mas atrevidos, y desertaron muchos á quienes no lanzara á aquella aventura mas que la esperanza del saqueo.

Algo desanimado Catilina, tomó el partido de pasar á la Galia, á ver si allí tenia mejor fortuna; y con tal propósito se dirigió á los Apeninos por caminos poco frecuentados. Pero Q. Metelo Celer, á quien Ciceron enviara preventivamente hácia aquellos parajes, habia ocupado todos los pasos, apostándose en ellos con tres legiones, mientras Antonio, con fuerzas aun mas considerables, se colocaba á retaguardia de los rebeldes, cual si quisiera bloquearlos en las montañas.

Antonio no tenia gana de atacar á Catilina, y tal vez le habria dejado huir, si su cuestor Sextio, adicto enteramente á Ciceron, y Marco Petreyo, su lugarteniente, caudillo de mucha experiencia y sincero amante de la república, no le hubieran estrechado para que forzase á Catilina á combatir.

El caudillo rebelde, viéndose ya en el último apuro, y en la imperiosa necesidad de morir ó vencer, resolvió probar fortuna con Antonio antes que con Metelo, sin embargo de contar el primero con mayor número de soldados, fiándose tal vez en que la antigua amistad que le unia al cónsul le obligaria á hacer algo en su favor.

Llegado el dia de la batalla, sobrevino á Antonio un ataque de gota, ó al menos lo fingió, para evitarse el tener que destruir á su amigo. Pero Petreyo tomó el mando al instante, y arrojándose cerca de Pistoya sobre los revoltosos, les obligó á aceptar el combate.

Como desde el principio de la lucha no se diera cuartel á los heridos de una y otra parte, ambos ejércitos pelearon con un encarnizamiento superior toda ponderacion. Catilina, pensando no en vencer, sino en vender cara su vida, combatió ferozmente, y pereció, sucumbiendo con él todos sus parciales en el mismo sitio en que él los colocara, cual si estuvieran animados del deseo de venganza que animaba á su jefe. Por lo que toca al ejército consular, la mitad de él quedó tendida en el campo de batalla.

Esta fué la famosa conjuracion que puso á Roma al borde del abismo, y en la que brillaron tanto la perspicacia y energía del ilustre orador.

En el primer impulso de su gratitud, los romanos tributaron á Ciceron tantas demostraciones de afecto y tantos aplausos como pudiera apetecer. El antiguo cónsul L. Gelio declaró al pueblo que debia ofrecerle una corona cívica. Cátulo, príncipe del Senado, [1] le proclamó ante aquel alto cuerpo *Padre de la patria,* y habiéndole dado el mismo título Caton desde los *Rostros,* lo confirmó la muchedumbre con sus aclamaciones.

Todas las ciudades de Italia siguieron á porfía el ejemplo de la capital, prodigando á Marco Tulio extraordinarios honores. Cápua le nombró su expecial protector y le erigió además una estátua dorada.

Puede comprenderse si tantas distinciones, justa recompensa del inmenso servicio que acababa de prestar á su patria, darian á Ciceron autoridad entre sus conciudadanos. Pero esta autoridad, y sobre todo, la mala costumbre que ya tenia, y que aumentó en esta ocasion, de alabarse á sí propio como orador y hombre de Estado, le acarrearon la enemistad de muchos personajes distinguidos, á quienes no podia dejar de ofender que procurara elevarse á expensas suyas oscureciendo sus méritos y eminentes servicios.

Siempre que peroraba en el Senado, en la Asamblea del pueblo ó ante los tribunales, no se le caia de la boca el nombre de Catilina, llevando á tal extremo esta debilidad, que llenó una parte de sus obras con sus propios elogios, siendo esto la causa de que su palabra, tan dulce y elocuente, llegara á hacerse por algun tiempo insoportable á su auditorio.

Esta desmesurada vanidad, especie de enfermedad crónica que jamás pudo curarse el gran Ciceron, debia, andando el tiempo, ocasionarle gravísimos disgustos.

El año de su consulado estaba á punto de expirar. Solo faltaba á Marco Tulio resignar su autoridad en la Asamblea del pueblo, jurando antes, segun costumbre, haber cumplido fielmente las obligaciones de su cargo.

Como esta ceremonia proporcionaba siempre al cónsul saliente ocasion de pronunciar un discurso, debia esperarse de una magistratura tan fecunda en acontecimientos y de un orador tan insigne como Ciceron una perorata magnífica y á la altura de las circunstancias. Pero Metelo, uno de los nuevos tribunos de la plebe, impaciente por ostentar su poder, como solian hacer muchos funcionarios de su clase, y deseando indicar al mismo tiempo la conducta que se proponia seguir durante el año de su tribunado,

[1] Nombre dado al senador que el censor nombraba en primer lugar al verificar cada quinquenio el empadronamiento de los patricios romanos.

quitó bruscamente la palabra al cónsul, que estaba ya en la tribuna, declarando que no le permitiria arengar al pueblo, ni pronunciar mas frases que las extrictamente necesarias para prestar el juramento, dando por razon de su proceder, que el que habia condenado á muerte sin oirlos á varios patricios romanos, no era digno de ser escuchado por sus conciudadanos.

Cualquiera otro que no fuera el orgulloso orador, habria acatado sin replicar la decision del tribuno; pero él, alzando cuanto pudo su robusta voz para que le oyese la muchedumbre, juró « que él solo era quien habia salvado de su ruina á Roma y la república. » [1]

El pueblo acogió con inmensos aplausos este juramento, y juró á su vez muchas veces que lo que el cónsul habia dicho era la verdad pura, acompañándole despues en triunfo hasta su casa, haciendo resonar la ciudad con sus aclamaciones.

De este modo se convirtió en una ovacion para nuestro héroe el grosero insulto que le dirigiera Metelo.

Nombrados nuevos cónsules, quedó Ciceron sin mas empleo que el de senador consular, como otros muchos que se hallaban en el mismo caso, y que gozaban en Roma de la mas alta consideracion. Tenian en el Senado banco aparte, votaban los primeros, y por lo regular eran los que decidian las cuestiones mas graves. Como habian pasado por todos los empleos de la república, conocian perfectamente los diferentes ramos del gobierno, y esta experiencia les daba mucha autoridad, haciendo que se les mirase como los mas hábiles en política y tambien como los mas desinteresados, puesto que se creia que no les quedaba ya nada que desear.

Esta situacion era la que mas convenia al carácter y deseos de Ciceron. No aspirando al gobierno de una provincia, ni al mando de un ejército, su campo de batalla era el Senado y el Foro, desde donde, cual experimentado

[1] En prueba de lo que dejamos dicho acerca de la inmodestia conque rebajaba en parte su extraordinario mérito este grande hombre, reproducimos el siguiente párrafo de una de sus cartas, por el que puede apreciarse la alta opinion que tenia de sí mismo: «Quinto Cátulo me llamó en pleno Senado *Padre de la patria;* L. Gelio, varon clarísimo, dijo que se me debia ofrecer una corona cívica. Siendo ya togado, me dió el Senado testimonio, no como á muchos de haber administrado bien , sino como á ninguno de haber salvado la república, y con un género expecial de súplica, abrió en mi nombre los templos de los dioses inmortales. Al dejar la magistratura, no habiéndome permitido el tribuno decir lo que tenia preparado, sino solo que jurase, juré sin vacilar que la república y esta ciudad habian sido salvadas por mí. Todo el pueblo romano allí reunido me concedió, no el parabien de un dia solo, sino la eternidad y la inmortalidad, cuando aprobó unánime tal y tan grande juramento. —*(In L. Pisonem.)*

general, podia velar sobre las leyes y los legisladores, encaminándolos en sus deliberaciones al bien general de sus conciudadanos.

El ilustre repúblico volvió, pues, á ejercer su profesion de abogado, con tanto lucimiento para sí como provecho para sus clientes, que miraban ganados sus pleitos si era Ciceron el encargado de defenderlos.

Un acontecimiento tan ridículo como escandaloso que ocurrió hácia la época de que vamos hablando, atrajo sobre Marco Tulio un sin fin de desgracias, siendo además la causa de que empezase la ruina de la república.

Existia en Roma un personaje quizás mas audaz y depravado que Catilina, un jóven descendiente de familia patricia, llamado Clodio, á quien se encontraba siempre figurando en primera fila en todos los motines y escándalos de la capital, y que enamorado de Pompeya, esposa de Julio César, se introdujo una noche en su estancia, disfrazado de mujer, en ocasion en que las principales matronas romanas celebraban en casa del mismo César los misterios de la *Buena diosa,* á los que á ningun varon le era dado asistir.

Sorprendido por una esclava en el aposento de su señora, Clodio fué arrojado de aquella casa que pretendia infamar, y llevado ante los tribunales, donde Ciceron declaró contra él, á pesar de ser uno de los que con mas celo le ayudaran á descubrir y sofocar la conjuracion de Catilina.

El resultado de este escándalo fué que Clodio salió absuelto, merced á la venalidad de los jueces, y que César repudió á su mujer, «no porque la creyese adúltera, como dijo él mismo, sino porque la esposa de César debia parecer incapaz de cometer una accion que la deshonrase.»

Libre Clodio del cuidado que necesariamente debia inspirarle el resultado del proceso que se le formara, juró vengarse de Ciceron. Para lograr su intento, aparentó observar una conducta irreprensible; se hizo adoptar por una familia plebeya, y á fuerza de intrigas y dinero alcanzó el ser nombrado tribuno de la plebe. Despues ganó al pueblo con leyes generosas que propuso, y á los cónsules prometiéndoles pingües gobiernos cuando cesaran en su magistratura; y creyéndose ya bastante fuerte pera atacar de frente al ilustre orador, publicó una ley por la que sujetaba á responsabilidad criminal á todos los funcionarios públicos que injustamente hubieran dado muerte á algun ciudadano romano.

Ciceron conoció al punto que el golpe se dirigia contra él, y como tenia que acusarse interiormente de la precipitacion conque llevó al suplicio á Léntulo, Cetego y demas cómplices de Catilina, se creyó perdido.

En realidad, la vida de Ciceron estaba amenazada. Una turba de miserables asalariados por su enemigo, le seguia á todas partes, dirigiéndole groseros insultos, y arrojándole piedras y fango, mientras el mismo Clodio aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian para burlarse de su cobardía y darle á conocer el ódio intenso que le profesaba.

Necesario era, pues, á Marco Tulio, buscar un apoyo contra las asechanzas del malvado tribuno. A este fin, y con objeto de excitar las simpatías de sus conciudadanos, se presentó en público vestido de luto, dejándose crecer la barba y los cabellos, segun costumbre de los que se miraban acusados de algun delito grave. Pero solo conquistó la estéril compasion de los senadores y caballeros, que le escoltaron por las calles de Roma en número de veinte mil, y que para significar el duelo de la patria por la persecucion de que era objeto el insigne repúblico, vistieron tambien de negro.

Mas esta manifestacion excitó la cólera del poderoso tribuno, que no pudiendo contenerse, convocó al pueblo en el circo Flaminio, donde citó tambien á los nobles y senadores que habian tomado con mas empeño la defensa de Ciceron, y luego que comparecieron, los hizo acuchillar por sus sicarios, hiriendo á muchos, entre ellos á Vibieno, respetable senador, que murió á poco á consecuencia de sus heridas.

Despues de este atentado habria sido una temeridad en Ciceron el exponer su vida permaneciendo en Roma, y aunque podia muy bien reunir una tropa de mercenarios y revoltosos, cual la que acaudillaba Clodio, para rechazar cualquiera agresion, prefirió desterrarse de su patria, antes que convertirse en caudillo de una faccion que la desgarrara, prestando así un nuevo servicio á aquel ingrato pueblo, que algunos meses antes le aclamaba como á su salvador, y que aplaudia ahora, sino ayudaba, á sus perseguidores.

Antes de partir tomó una pequeña estátua de Minerva que veneraban sus antepasados como una divinidad tutelar de la familia, y llevándola al templo de Júpiter Capitolino, la consagró al dios con esta inscripcion: *Minerva, protectora de Roma,* dando á entender con esto á sus conciudadanos, que despues de haberles protegido por cuantos medios estaban á su alcance, los dejaba bajo el amparo de sus dioses lares.

Llevado á cabo este acto religioso, salió Ciceron de Roma con algunos amigos, que le acompañaron durante dos dias, dejándole despues continuar su camino hácia Sicilia, donde por la buena memoria que dejara durante el

tiempo que gobernó la isla, se proponia encontrar un asilo seguro y agradable.

No quedó satisfecho el vengativo Clodio con el destierro de su víctima: su sed de venganza le impulsaba á echar mano de cuantos medios pudieran contribuir á oscurecer la gloria del grande hombre. Así, no bien hubo sabido su fuga, convocó al pueblo, ó mejor dicho, á una multitud de vagos y perdidos, entre los cuales no se hallaria un ciudadano honrado, é hizo que sancionaran una ley, concebida poco mas ó menos en los siguientes términos:

« Siendo notorio que Marco Tulio Ciceron condenó á muerte durante su »consulado á varios ciudadanos romanos, sin oir sus defensas y sin proceso »formal, y que para cometer este crímen fingió un decreto del Senado que »autorizaba la ejecucion, se os ruega mandeis que le sean negados el agua »y el fuego; que bajo pena de la vida nadie ose darle asilo, y que los que »pidieren su perdon, dieren su voto, ó hicieren alguna diligencia para ello, »sean tratados como enemigos públicos, á no ser que antes hayan resucitado »los ciudadanos á quienes Ciceron mató injustamente.»

Al llegar á este punto debemos advertir, que era costumbre en Roma, al votar una ley, consignar en ella el nombre de la primera tribu y el del primer ciudadano que empezaba á votar, [1] y como en esta ocasion se reservara tal honor á un ciudadano oscuro é indigente, llamads Sedulio, que mas adelante declaró que ni siquiera se hallaba en Roma el dia que se votó la citada ley, dió esto motivo á Ciceron para observar despues, reconviniendo á Clodio, que Sedulio pudo muy bien haber votado el primero, porque no teniendo cosa ni albergue conocido, dormia de ordinario en el pórtico del Foro, siendo de admirar que no se hubiese elegido para encabezar la votacion á un sugeto menos despreciable.

Aprobada por el populacho aquella ley, la consecuencia de ella era la inmediata confiscacion de los bienes del ilustre proscripto.

Clodio se encargó de este trabajo.

Empezó por saquear y quemar la casa que Ciceron tenia en la ciudad, dejando que le robasen sus muebles y mármoles; hizo lo mismo con la preciosa quinta que el célebre orador poseia en Túsculo, de la que se llevaron hasta los árboles, y para quitarle toda esperanza de reedificar algun dia su vivienda, se apropió gran parte del terreno que ocupaba, levantando en el resto un templo consagrado á la *Libertad*.

[1] Esta era, con corta diferencia, la fórmula empleada en tales votaciones: «Tribus Sergia principium fuit.—Pro Tribu, L. F. Varro, primus scivit.» —(FRONTIN, *de Aquæd.*)

Además de lo dicho, aquel malvado procuró apoderarse por cuantos medios pudo del tierno hijo de Ciceron, con propósito de asesinarle, salvándose la infeliz criatura por la solicitud de algunos fieles amigos de su padre, que supieron sustraerle á la venganza del sanguinario tribuno.

Desde el instante en que el gran orador hubo abandonado su casa, no se creyó segura en ella su esposa Terencia; por lo que fué á refugiarse en el templo de Vesta. Pero ni aquel asilo pudo salvarla del furor de Clodio, que la arrancó de allí, haciéndola comparecer públicamente en juicio, para examinarla acerca de los bienes que pretendia haber ocultado su marido, sin que lograse otra cosa que el placer de vejar á aquella noble matrona.

Ciceron, entre tanto, habia llegado á Vibo, [1] donde se detuvo algunos dias en la casa de campo de un amigo á quien habia protegido en tiempo de su prosperidad. Allí recibió la noticia de su condenacion, y por no comprometer al que le diera asilo, se encaminó á Sicilia. Pero apenas la avistó, el pretor Cayo Virginio, que debia tambien grandes atenciones al ilustre desterrado, le hizo notificar que se abstuviese de poner los piés en aquella isla.

Este golpe inesperado consternó al fugitivo, que mudando de camino, volvió atrás hácia Bríndis, con ánimo de embarcarse para Grecia. Hízolo así, y llegado á Dirrachio, en la Iliria, recibió de los habitantes de aquella ciudad las mayores muestras de interés y respeto, esmerándose tambien en demostrarle su cariño los representantes de muchas ciudades griegas, que fueron á ofrecerle hospitalidad.

Pero todas estas pruebas de afecto no podian disipar la honda pena que embargaba el corazon de Marco Tulio. Humillado, abatido por el infortunio, demostró en esta ocasion menos grandeza de alma de lo que convenia á un hombre que habia pasado gran parte de su vida en el estudio y la meditacion, y que sabia perfectamente cuán efímeras son las grandezas humanas.

En medio de sus cuidados y tristezas, recibió Ciceron una noticia de Roma que le consternó, y que le llevó al extremo de recurrir á una superchería indigna del que hacia alarde de defender en todos sus actos los fueros de la verdad.

Fué el caso que á instigacion de Clodio, que se proponia desacreditarle ante los que activamente trabajaban en Roma para alcanzar su rehabilitacion, se publicó una oracion satírica, compuesta por Ciceron para divertir á sus amigos, en la que esgrimia las armas del ridículo contra un senador

[1] Hoy Monteleon, en Calabria.

distinguido, que no nombraba, pero que desde luego se adivinaba era Curion, uno de los que con mas celo defendian su causa, hasta con riesgo de su propia vida.

Temiendo las consecuencias que pudiera acarrearle la publicacion de semejante escrito, no vaciló en rebajar su dignidad dando á su íntimo amigo el célebre Tito Pomponio Ático las siguientes instrucciones acerca de aquel desdichado asunto:

« Me has consternado con la noticia de haberse publicado esa oracion. » Aplica todos los remedios posibles á esa herida abierta en mi reputacion. » Confieso que yo la compuse, pero fué en un momento de cólera, para » rebatir otra que el personaje aludido habia hecho contra mí; mas la » oculté con tanto cuidado, que no creí se divulgase en la vida, y ni aun » ahora concibo porqué medio se hicieron dueños de ella mis enemigos. » En fin, como jamás he tenido la menor disputa en público con la persona » de que se trata, y el estilo de esa oracion es mucho mas débil que el que » yo he usado en las demas, *se puede sostener que no es mia.* Si ves que de » este modo es posible cicatrizar la llaga, procura hacerlo, y sino, dejemos » consumar mi ruina. » [1]

Como hemos indicado, se trabajaba mucho á fin de que quedara anulada la ley que condenaba al orador á perpétuo destierro. Sus principales agentes en Roma eran su hermano Quinto, Terencia su mujer, Pison su yerno, Ático y Sextio.

Terencia y Quinto tenian muy mal genio, y sus contínuas disputas aumentaban los disgustos del proscripto, que en todas sus cartas les exhortaba con mucha suavidad á respetarse mútuamente, y á vivir unidos, cual buenos hermanos, ya que eran tan pocos los amigos que les habian quedado en medio de su infortunio.

Como es de presumir, Terencia era la que mas se agitaba en pro de los intereses de su marido, y lejos de abatirse con la desgracia y ruina de su fortuna, mostraba cada dia mas esfuerzo para resistir á sus enemigos. A continuacion trascribimos una de las muchas cartas que Ciceron escribió á su esposa, por la que el lector podrá tener idea del carácter de Terencia, así como del dolor que demostraba el grande orador al verse separado de aquella mujer, á la que algunos años despues debia repudiar sin razon ni motivo plausibles, para unirse á una jóven, cuyas riquezas le halagaban quizás mas que su extremada belleza.

[1] *Ad Attic.* III, 12.

Hé aquí la mencionada epístola:

« No creas que yo escriba á nadie cartas mas largas que á tí, si no es » cuando las recibo muy dilatadas, y á las que me es forzoso contestar » punto por punto. Nada tengo que escribir yo á los demas, y en mi triste » situacion no hay cosa que tanta molestia me cause como el hacerlo. » Cuando te escribo á tí, y á mi Tuliecita, no puedo contener las lágrimas. » ¿Y cómo puede dejar de ser así, viéndoos las mas infelices de las mujeres, » cuando yo he deseado siempre que fuéseis las mas dichosas, como lo » seríais si no me hubiese faltado el valor?

» Estoy sumamente agradecido á los servicios de Pison, y le escribo » dándole las gracias que merece, y exhortándole á continuar favore- » ciéndome.

» Al parecer, todas tus esperanzas se cifran en los nuevos tribu- » nos. Yo tambien confío en ellos, si Pompeyo les presta su poderosa ayuda.

» Veo el valor y afecto conque trabajas por mí, y no me maravilla; » pero nuestra desgracia es muy cruel, pues no te es posible procurar el » alivio de la mia sin que te expongas á mil humillaciones. P. Valerio, » nuestro fiel amigo, me escribe lo que no he podido leer sin derramar un » torrente de lágrimas, viendo con cuánta indignidad te han arrancado del » templo de Vesta, arrastrándote al público tribunal de justicia. ¡Ah, que- » rida esposa mia! ¿Es posible que sea á tí á quien se ha inferido tan cruel » insulto? ¿Que de ese modo hayan atropellado á mi Terencia, á la que en » otro tiempo recurrian las gentes para obtener mercedes por su poderosa » intercesion? ¿Y he de ser yo la causa de tu ruina, yo, á quien tantos » deben su conservacion?

» En cuanto á lo que me escribes de nuestra casa, esto es, del sitio que » ocupaba, cuando se nos restituya me creeré yo indemnizado. Pero esto no » depende de nosotros.

» Lo que mas me aflige es que todos los gastos caen sobre tí, cuando » estás ya tan miserable y despojada. Si lográsemos ver el fin de estas des- » dichas, todo se podria reparar. Mas si nos oprimiere todavía la desgracia » con nuevo rigor, ¿por qué has de malbaratar tú lo que te resta y necesitas » para vivir? ¡Por los dioses inmortales, amada mia, deja que hagan los » gastos aquellos, que si quieren, aun pueden hacerlos, y si me amas, no » hagas cosa que perjudique tu delicada salud!

» Dia y noche te tengo delante de mis ojos; veo cuánto trabajas, y temo » no puedas resistir á tanta fatiga. Considera que todo depende de tí, y que,

» por consiguiente, tu mayor cuidado debe ser la salud, si has de llegar al » término de tus deseos y á cojer el fruto de tus afanes.

» Escríbeme en cuantas ocasiones puedas, sobre todo si descubres alguna » esperanza. ¡ Adios, amor mio, adios ! » [1]

Mientras tantas aflicciones y cuidados embargaban el ánimo del desterrado, sus negocios en Roma iban mejor de lo que él pudiera imaginar.

Era el año 57 antes de Jesucristo y el 49 de la vida de Ciceron. Clodio acababa de cesar en su detestable tribunado, durante el cual se habia hecho odioso por sus crímenes y arbitrariedades hasta á los que un tiempo fueran sus partidarios.

Entre los que tenian alguna ofensa que vengar del turbulento tribuno, se hallaba el gran Pompeyo, que de regreso de Ásia, donde se cubriera de gloria combatiendo á Mitrídates, era á la sazon el hombre mas popular de Roma.

Incitado, pues, por los patrocinadores del célebre orador, para que les ayudara á abrirle las puertas de la patria, accedió Pompeyo á lo que le pedian, y seguros entonces de que, contando con el voto del conquistador del Ásia, aprobarian el pueblo y el Senado la ley que se proponian presentar acerca de este asunto, los cónsules Léntulo y Metelo pidieron á los padres conscriptos que llamasen á Ciceron, y que le reintegrasen en sus honores y dignidades.

Discutida inmediatamente aquella peticion, los senadores, siguiendo el ejemplo que les diera Pompeyo, votaron unánimes la vuelta del eminente repúblico, y este acuerdo habria tenido desde luego fuerza de ley, si el tribuno Atilio, sobornado por Clodio, no hubiera interpuesto su formidable *veto,* declarando que consideraba ilegal cualquiera medida que se tomara sin el asentimiento del pueblo, á quien únicamente competia derogar la ley que condenaba á Ciceron á destierro perpétuo.

Semejante oposicion, que nadie esperaba, indignó á los padres conscriptos; pero como no abrigaban la menor duda de que los ciudadanos honrados aprobarian su determinacion, expidieron un decreto convocando al pueblo para que sancionara el acto de justicia que se trataba de llevar á cabo.

Llegado el dia en que debia verificarse la reunion popular, Fabricio, uno de los tribunos, amigo de Ciceron, se dirigió á ocupar la tribuna, seguido de buen número de hombres armados.

[1] *Epist. fam.*, XIV, 2.

Pero el astuto Clodio habia madrugado mas, y era ya dueño de todas las bocas-calles que conducian al Foro, bien prevenido para recibir á los que quisieran arrojarle de allí. Su escolta se componia de muchos gladiadores que tenia reunidos para las fiestas de su edilidad, empleo que contaba obtener, y de otros hombres de igual clase que pidiera prestados á su hermano Apio, con los cuales y sus esclavos y clientes, atacó á Fabricio, le mató una parte de sus parciales y puso en fuga á los demas.

Otro tribuno, llamado Cispio, que acudió en socorro de su colega, fué rechazado con mas pérdida.

El principal empeño de los gladiadores, segun las instrucciones de su caudillo, era matar á Quinto Ciceron, que se encontraba entre los combatientes; y habrian logrado su propósito, si el hermano del orador no hubiera recurrido al ardid de ocultarse debajo de un monton de cadáveres, donde permaneció hasta que hubo acabado la refriega.

Sexto, otro de los tribunos, quiso poner término al combate; pero quedó mas maltratado aun que sus compañeros. Los del bando enemigo habian jurado su muerte, por lo que, persiguiéndole encarnizadamente, le hirieron de suma gravedad, y creyéndole muerto, le abandonaron en medio del Foro, donde fué recogido por sus amigos, que le volvieron á la vida.

Al ver el sesgo que iban tomando las cosas, reflexionó Clodio que la muerte de un tribuno, cuya persona era sagrada, atraeria sobre su cabeza la venganza del pueblo, y á fin de precaver este daño, imaginó un medio extraordinariamente singular, cual fué el de asesinar á otro tribuno amigo suyo, para poder acusar á sus contrarios del mismo crímen que pudieran achacarle.

La víctima elegida al efecto, fué Numerio Quincio, oscuro campesino, que habia tomado el nombre de Graco para hacerse mas popular, y á quien la muchedumbre habia elevado por puro capricho á tan alta dignidad. Mas aquel astuto patan sospechó lo que se tramaba contra su vida, y disfrazado con el mismo vestido de arriero que traia puesto cuando entró por primera vez en Roma, escapó llevando una canasta en la cabeza.

Todas las relaciones que nos han quedado de aquella horrorosa jornada, aseguran que fué tan sangrienta, que el Tíber y las cloacas quedaron llenos de cadáveres; que la sangre corria por el Foro, y que fué necesario enjugarla con esponjas.

Nunca se habia visto tal carnicería, ni aun en tiempo de las matanzas de Sila.

Enardecido Clodio con su victoria, recorrió la ciudad con la espada en una mano y una tea en la otra; incendió el templo de las Ninfas, y atacó las casas del pretor Cecilio y del tribuno Tito Annio Milon, celosos partidarios de Ciceron, siendo en ambas partes rechazado con numerosas pérdidas.

Hizo Milon prisioneros algunos gladiadores, y los presentó al Senado, donde no pudieron dejar de confesar su delito.

Justamente irritado Milon, acusó á Clodio ante los tribunales como perturbador de la paz pública. Mas el cónsul Metelo, amigo tambien del jefe de los revoltosos, le puso á cubierto de esta acusacion, prohibiéndole por un edicto comparecer en justicia, y al acusador seguir su instancia, con el pretexto de que no estaba hecha la eleccion de cuestores, á quienes tocaba designar los jueces, favoreciendo al mismo tiempo la pretension de Clodio á la edilidad, cuyo empleo le eximia por un año de toda pesquisa judicial.

Milon, viendo que por las vias legales le era imposible obtener justicia, determinó oponer fuerza contra fuerza, á cuyo fin compró una tropa de gladiadores, con los cuales raro era el dia en que no libraba alguna batalla con los parciales de su enemigo en las calles de Roma.

Estas furiosas tentativas de un partido que á toda costa queria impedir la vuelta del orador, sirvieron solamente para animar mas y mas al Senado en su empresa. En una nueva junta resolvió suspender todos los demas negocios hasta concluir éste, y para librar á los tribunos de una nueva agresion, mandó á los cónsules que publicasen por toda la Italia, que cuantos amasen el bien público acudieran á Roma.

Aquel llamamiento dió nuevo aliento á los buenos, y reunió en pocos dias en la ciudad eterna gran número de partidarios del célebre orador, dispuestos á sostener su causa á todo trance, lo que bastó para que, al reunir el Senado las centurias del pueblo con objeto de someter á su aprobacion definitiva el asunto de Ciceron, no se atreviese nadie á interrumpir la votacion, que dió por resultado el levantar el destierro á Marco Tulio, y reintegrarle en sus derechos de ciudadano romano, así como en la posesion de sus bienes y dignidades.

El dia en que tuvo lugar este acontecimiento fué de júbilo para Roma, como lo demuestra el hecho de que, representándose en el teatro la tragedia de Accio titulada *Bruto,* el fundador de la república romana, habiendo sustituido un actor el nombre de *Tulio* al del citado personaje, fueron tales los aplausos del público, que se vió obligado á recitar muchas veces sus versos.

Hallábase en Grecia nuestro héroe cuando recibió la anhelada noticia de su rehabilitacion, y sin detenerse mas que el tiempo indispensable para despedirse de sus numerosos amigos, se embarcó para Italia, yendo á tomar tierra en Bríndis, donde ya le esperaba su hija Tulia, en compañía de la cual se encaminó á Roma, cuyos habitantes le recibieron con trasportes de júbilo.

Plutarco dice que nada exajera Ciceron al asegurar que volvió á su patria sobre los hombros de sus conciudadanos.

« Aquel dia, continúa el mismo Ciceron, me granjeó la inmortalidad. » Al llegar ante los muros de Roma, el Senado, con los principales ciudada- » nos y todo el pueblo, salieron á recibirme, con tal alegría, que parecian fuera » de sí por el placer de abrazar á su salvador. Cuando atravesé la poblacion » ví los templos, los pórticos, y hasta los terrados de las casas, cubiertos de » gente, que me saludaba con aclamaciones inexplicables,[1] continuando mi » marcha con estos honores hasta el Capitolio, donde hallé otra multitud » que me esperaba. En medio de satisfaccion tan completa no pude dejar de » hacer la triste reflexion, de que una ciudad tan agradecida á su bienhechor, » se hubiera visto tan miserablemente oprimida. »

Era costumbre que todos los que entraban en la ciudad en triunfo, ó entre las públicas aclamaciones, fueran primeramente á dar gracias á Júpiter en el Capitolio, y creyéndose obligado Ciceron á practicar aquel acto religioso, se dirigió allí antes de abrazar á su mujer, saliendo luego del templo con un innumerable acompañamiento, que no le abandonó hasta llegar á casa de su hermano Quinto, donde Terencia y su familia recompensaron con sus caricias los sufrimientos que el grande hombre tuvo que soportar durante los diez y siete meses que duró su destierro.

Establecido en Roma Ciceron, determinó observar diferente conducta de la que hasta entonces siguiera. La experiencia le habia demostrado dónde residia la principal fuerza y autoridad de la república, y lo poco que debia contar con sus partidarios de la aristocrácia.

Pompeyo, el Senado y los que pudiéramos llamar hombres del estado llano, eran los que demostraran verdadero celo por su causa. En ellos, pues, pensó apoyarse para reconquistar la posicion que le arrebatara el ódio de su implacable enemigo.

El dia despues de su llegada convocaron los cónsules al Senado, con objeto de proporcionar al ilustre orador una ocasion de tributar el testimonio

[1] *In Pison.*, 22.

de su agradecimiento á aquel alto cuerpo. Ciceron, despues de manifestar lo que creia deber á todos en general, dió particularmente las gracias á los cónsules, tribunos y pretores que coadyuvaran á su rehabilitacion, llamando á Léntulo, que tanto habia trabajado por alcanzarla, *padre y Dios de su fortuna y vida.*

Cumplido aquel deber en el Senado, subió á los *Rostros* para arengar á la muchedumbre. En su oracion, modelo de elocuencia tribunicia, pintó la emocion que le embargaba al encontrarse nuevamente en medio de sus conciudadanos, de quienes su corazon no se habia separado durante su destierro; y aprovechando hábilmente la ocasion que se le presentaba para ensalzar á Pompeyo, el ídolo del pueblo, se extendió acerca de su mérito, llamándole el mayor hombre de cuantos habian existido hasta entonces, por su valor, prudencia y gloria, confesando que le debia cuanto un hombre puede deber á otro. [1]

Ocioso parecerá decir que desde este dia volvió Ciceron á gozar de su anterior prestigio y popularidad. Nada tenia que desear respecto á honores y dignidades, que se le habian devuelto con creces; pero sus negocios domésticos se encontraban en un estado poco lisonjero, á causa de no habérsele dado ninguna compensacion por sus casas quemadas y bienes confiscados. Es cierto que el Senado tenia resuelto que se le restituyese cuanto habia perdido; pero la ejecucion de esta órden encontraba sérias dificultades, por haberse levantado un templo, como dejamos dicho, sobre una parte del solar de su casa, y aplicado el resto del terreno á otros usos públicos y privados.

Preciso fué que el insigne orador reclamase enérgicamente la devolucion de sus bienes, teniendo que convertirse, con harto disgusto, en abogado de su propia causa. Mas defendió sus derechos con tanta elocuencia, demostrando la urgente necesidad conque las leyes reclamaban que se le hiciese completa justicia, que alcanzó del Senado un decreto, por el cual se disponia: que inmediatamente se reedificase su casa del Monte Palatino; que todas las autoridades de Roma coadyuvaran á la ejecucion de aquella órden, y que se le diese una indemnizacion pecuniaria por los edificios rústicos y mobiliario de que se le habia despojado.

A ciento setenta y cinco mil duros ascendia la suma que recibió por estos conceptos, sin que tan crecida cantidad le resarciera, ni con mucho, de sus pérdidas; pero tomó el partido de callarse y tomar el dinero.

[1] *Ad Quirit.*, 7.

Como algunos amigos le dijeran que era un exceso de desprendimiento el desatender así sus intereses, respondió, « que los que le habian cortado » las alas no gustarian de que le renacieran, y que tal vez los mismos que » fueron sus abogados durante el destierro y la indigencia, al verle ahora » opulento, podian envidiar su fortuna y convertirse de adictos que eran » en secretos enemigos. »

En cumplimiento del decreto de que dejamos hecho mérito, se demolió el templo de la *Libertad,* y empezó á edificarse la casa de nuestro orador.

Adelantaban rápidamente los trabajos, cuando un dia se vieron atacados los obreros por una turba de hombres armados, acaudillados por el mismo Clodio, que ahuyentando á los que se resistieron, arrasaron las obras. Despues de esto, asaltaron aquellos furiosos la habitacion de Quinto, donde estaba alojado Ciceron, y la incendiaron, salvándose los dos hermanos y sus familias por medio de la fuga.

Lanzado otra vez á sus acostumbrados excesos, corrió Clodio las calles con sus incendiarios, amenazando reducir á cenizas la ciudad, y como encontrase al orador en la Via Sacra, arremetió á él con la espada desnuda, mientras le apedreaban sus compañeros.

No estaba preparado Ciceron para tal encuentro, y así, no tuvo mas remedio que refugiarse bajo el pórtico de una casa vecina, donde por fortuna acudieron algunos amigos, que unidos á las gentes de su comitiva, hicieron frente á los agresores, obligándolos á retirarse despues de una empeñada lucha.

En el calor de la refriega pudo muy bien Ciceron dar muerte á su encarnizado enemigo; pero no lo hizo, porque, como dijo despues, « queria mas curarle con dieta que con sangría. »

Ansiando vengar su derrota en alguno de los partidarios de Ciceron, Clodio atacó otra vez la casa de Milon. Pero como éste vivia siempre prevenido contra un enemigo tan pérfido y tenaz, hizo una salida á la cabeza de buen número de esclavos y gladiadores que mantenia al efecto; le mató parte de sus secuaces, y le hubiera quitado la vida, á no buscar asilo en casa de Publio Cornelio Sila, sobrino del difunto dictador, que le era muy adicto.

Tan escandalosos desórdenes hicieron conocer al Senado la imperiosa necesidad que habia de que cesaran para siempre, imponiendo á Clodio un ejemplar castigo. Mas como el revoltoso caudillo ejercia todavía gran ascendiente sobre el populacho, y gozaba de la amistad ostensible ú oculta de Pompeyo, César y otros distinguidos personajes, se habló mucho sobre su

represion, acabando, como siempre, por dejar impunes sus delitos; con lo que, doblemente alentado el perturbador, trabajó activamente para alcanzar el cargo de edil, y lo obtuvo por inmensa mayoría de votos.

Tal vez parezca extraño que semejante hombre, cuya vida fué una no interrumpida série de insultos á todas las leyes divinas y humanas, pudiera, no solo sustraerse á la accion de la justicia, sino obtener por las vias legales los principales empleos de una ciudad libre y celosa de sus leyes; pero una breve descripcion que haremos del carácter de Clodio y del tiempo en que vivió, bastará para desvanecer cualquier duda que pudiera abrigarse respecto á este punto.

Los que conocen la constitucion de la antigua Roma, no ignoran el respeto, la veneracion conque miraba aquel pueblo á los descendientes de las primitivas familias patricias; y como la de Clodio remontaba su orígen á la fundacion de la ciudad de Rómulo, en cuyas glorias habia tenido una principal parte, merced á la memoria de sus ilustres ascendientes, toleraban al agitador sus conciudadanos los desmanes y extravagancias que de otro no habrian sufrido.

Ciceron llamaba muy acertadamente á los nobles de aquella clase *pretores* y *cónsules hereditarios,* porque sus nombres solos bastaban para allanarles los primeros destinos de la república.

Añádase á lo dicho la circunstancia de que Clodio reunia las cualidades mas á propósito para hacerse adorar del populacho. Era valiente, de génio alegre, liberal y gastador sin medida; hablaba en público con gran facilidad, y se hacia querer mas por ser el primero de su familia que abrazara la causa de los plebeyos, contra las tradiciones de sus mayores, que les fueron acérrimos enemigos y defendieron constantemente el partido de la aristocrácia.

Además de esto, los encontrados intereses de las facciones que agitaban la Italia, contribuian mucho á sostenerle, pues los diversos generales que momentáneamente se erigieran en dictadores de la república, simulando unas veces desaprobar sus violencias, y otras fomentándolas bajo mano, hacian su poder menos odioso, y cuasi necesario en apariencia, para servir de freno al furor de aquel incendiario; y cuando alguna vez se desencadenaba contra ellos, tomaban el partido de disimular algo, por no perder un instrumento, que, aunque inconscientemente, trabajaba en beneficio suyo, puesto que turbando y hostigando la república, la obligaba á echarse á discrecion en sus brazos.

En contraposicion á lo dicho, el Senado, que nada odiaba tanto como á los dictadores, creia que las temeridades de Clodio podian ser útiles para desbaratar sus designios, excitando al pueblo contra ellos en las ocasiones que fuere necesario, juntándose á los senadores los envidiosos de Ciceron, que deseando ver menguados su prestigio y autoridad, alentaban secretamente á un enemigo que por todos los medios procuraba anonadarle.

Hé aquí el conjunto de circunstancias que hizo se cerraran los ojos sobre unos crímenes que en ningun tiempo se hubieran perdonado á otro ciudadano, por grandes que fueran sus merecimientos.

Su cualidad de edil daba á Clodio mucha ventaja sobre Milon. Uno y otro se odiaban á muerte; pero el primero estaba revestido de la autoridad de su empleo, y el segundo vivia como un mero particular; y como Clodio no era hombre capaz de dejar vivir en paz á su adversario, empezó por acusarle de los mismos delitos que Milon le habia acusado á él, esto es, de violencia pública, infraccion de las leyes, y de sostener una compañía de gladiadores, con la que atemorizaba la ciudad.

Tuvo Milon que presentarse ante los tribunales para sincerarse de aquella acusacion, y como de costumbre, no se castigó á nadie, acabando el pleito á cuchilladas entre los partidarios de ambos litigantes.

Tarea enojosa seria dar aquí cuenta de todos los disturbios ocasionados por la animosidad de aquellos dos hombres, igualmente arrojados y poderosos, y tan perjudiciales uno como otro para el sosiego de la república; por lo que, con objeto de salir cuanto antes de este asunto, que ha alargado mas de lo que quisiéramos la presente biografía, vamos á referir, tan sucintamente como nos sea posible, el siniestro acontecimiento que puso fin con la vida de Clodio á sus ódios y ambiciones.

El año 700 de la fundacion de Roma, y el 54 antes de nuestra era, presentóse Milon como candidato al consulado, cometiendo tales violencias y sobornando tan descaradamente á los electores, que no parecia sino que tan alta dignidad debia ser el premio del atrevimiento y de la corrupcion.

Por lo que hace á Clodio, se valia de los mismos medios para alcanzar la pretura, no dejando al propio tiempo de intrigar cuanto le era posible, á fin de impedir que su mortal enemigo obtuviese el consulado, en cuyo empleo, como tan superior al que él solicitaba, podria fácilmente castigar sus crímenes.

Favorecido por Ciceron, cuya elocuencia habia inclinado á su favor los votos del Senado y de la mayor parte de los tribunos, estaba á punto Milon

de lograr su deseo, cuando un incidente tan desgraciado como imprevisto vino á dar en tierra con sus esperanzas.

Un dia Milon y Clodio se encontraron en la Via Apia, á corta distancia de Roma. Clodio regresaba de su quinta de Albano, á caballo, con tres amigos y treinta criados bien armados. Milon habia salido en carruaje de la ciudad, llevando consigo á su esposa y á uno de sus clientes, pero con una escolta mas numerosa que la de su adversario, y sobre todo, mas temible, puesto que la formaban robustos y atrevidos gladiadores.

Al encontrarse ambas comitivas, empezaron á insultarse recíprocamente. Clodio, con su tono ordinario de insolencia y cólera, amenazó á las gentes de Milon. Entonces un gladiador le contestó dándole una cuchillada en un hombro, con lo que se trabó una encarnizada lucha, en la que Clodio recibió varias heridas peligrosas, que le obligaron á refugiarse en una hostería cercana, en la que se hizo fuerte.

Cegado por el deseo de venganza, siguióle allí Milon; atacó la hostería; la tomó por asalto, y mató á Clodio, no obstante su desesperada resistencia, dando muerte tambien al hostelero y á once enemigos mas, y poniendo en fuga á los restantes.

Quedó el cadáver del miserable Clodio arrojado en medio del camino, sin que ninguno de los suyos se atreviera á recogerle, hasta que pasando por allí el senador L. Tedio, dió órden á sus criados de que lo llevaran á Roma, y lo depositó, cubierto de sangre, en medio del Foro.

Al ver muerto á su jefe, el populacho se agolpó en torno suyo, sin pensar mas que en llorarle. Pero al dia siguiente, Servio Clodio, deudo del difunto y principal agente de sus violencias é iniquidades, hizo desnudar el cadáver para que se vieran mejor las heridas; lo expuso en la tribuna pública, y arengó patéticamente á la muchedumbre, incitándola á vengar aquella muerte.

Los mercenarios de Clodio, enardecidos con aquel sedicioso discurso, arrebataron el inanimado cuerpo de su caudillo; lleváronlo tumultuariamente á la sala del Senado, y tomando los bancos, puertas y cuantas materias combustibles hallaron á mano, hicieron de todo una inmensa pira, en que lo quemaron. Las llamas prendieron en el edificio; lo consumieron, y extendiéndose á la basílica Porcia, que estaba contigua, quedó tambien reducida á cenizas.

Cada vez mas furiosos los incendiarios se arrojaron sobre la casa de Milon, y la habrian arrasado despues de hacer pedazos á su dueño, si éste,

que estaba prevenido para recibirlos, no les hubiera opuesto tan enérgica resistencia, que tuvieron que huir apresuradamente, dejando el teatro de la lucha cubierto de cadáveres.

Estas excesivas violencias, que amenazaban envolver á Roma en los horrores de una guerra civil, indignaron en extremo á los buenos ciudadanos, quienes á fuerza de pedir justicia, consiguieron que el Senado expidiera un decreto, por el cual se mandaba á Pompeyo, la primera espada de la república, que levantase un ejército permanente, para asegurar la tranquilidad de Roma; lo que equivalia á conferirle una especie de dictadura, que habia de ser fatal para la libertad, y aun para los mismos que se la otorgaran.

El primer cuidado de Pompeyo, así que se vió investido de tan ilimitada autoridad, fué inundar la capital de soldados, con los que fácilmente pudo imponer respeto á los revoltosos. Despues, queriendo representar el papel de legislador, hizo que aprobase el Senado diferentes leyes, imponiendo severos castigos á los cohechadores, y abreviando los procedimientos para la mas pronta administracion de justicia, é instruyó causa á Milon sobre la muerte de Clodio.

Era muy natural que nuestro insigne jurisconsulto se encargara de la defensa de Milon, del hombre á quien, además de la amistad que se jactaba de profesarle, debia el inapreciable beneficio de verse libre para siempre de las asechanzas de su implacable adversario, y así lo hizo á pesar de las amenazas de muerte conque trataron de amedrentarle los partidarios de Clodio.

Fué esta una de las causas en que mas esforzó su elocuencia el grande orador; pero como era necesario acallar de algun modo el general clamor, que pedia el castigo de los perturbadores de la paz pública, Milon fué condenado á destierro, lo que no dejaba de ser un beneficio para él, en razon á que, agobiado de deudas, sus acreedores no le dejaban un momento de tranquilidad, y un dia ú otro hubiera tenido que desterrarse voluntariamente de Roma para librarse de ellos.

Hácia la época de que vamos hablando, Ciceron tuvo el gusto de ver sentenciado al ostracismo al tribuno T. Munacio Planco Bursa, uno de sus mayores enemigos, á quien acusó de haber tomado parte en el incendio de la sala del Senado.

Merecia ciertamente por su ingratitud el citado personaje la venganza de Ciceron, que habiéndole defendido en otra causa gravísima, no habia recibido en recompensa mas que injurias y agravios.

Contaba Bursa con la proteccion del omnipotente Pompeyo, el cual se interesó tanto por él, que le sirvió de abogado ante los jueces que él mismo habia elegido. Mas á pesar de eso, la vigorosa elocuencia de Ciceron y su habilidad hicieron que saliese condenado por todos los votos.

Poco importantes fueron los sucesos que ocurrieron á nuestro héroe durante los dos años que mediaron entre el destierro de Clodio y su nombramiento de procónsul de Cilicia, cargo de que se vió investido cuando menos lo esperaba, y que tuvo que desempeñar contra su voluntad, en virtud de haberle designado la suerte para el mando de la citada provincia en el reparto que se hizo entre los senadores consulares, en cumplimiento de la ley de Pompeyo sobre los cohechadores.

De nada sirvió que el orador pretendiera declinar aquel cargo, alegando que era totalmente ajeno á su profesion é inclinaciones: la ley no admitia excusas, y fué preciso obedecer.

Al marchar á Cilicia quiso Ciceron llevar consigo en clase de lugarteniente á su hermano Quinto, que aplicándose á la carrera de las armas, desempeñaba igual destino en las Galias al lado de César, despues de haber ejercido honoríficamente los importantes cargos de pretor y procónsul en el Ásia.

Quinto hizo dimision de su mando en el ejército de César, y reuniéndose en Roma con su hermano, ambos se dirigieron á Aténas, en cuya ciudad descansaron algunos dias, encaminándose desde allí á Cilicia, donde les esperaba un cuerpo de doce mil infantes y dos mil seiscientos caballos, que el Senado habia puesto á las órdenes del nuevo procónsul para sostener en aquella provincia la autoridad de Roma.

Llegados á este punto, debemos advertir á aquellos de nuestros lectores que encuentren extraño ver á un hombre de letras abandonar sus pacíficas tareas para ponerse al frente de un ejército, que entre los romanos, pueblo conquistador por excelencia, una buena y sólida educacion, no solo comprendia las artes de la paz, sino tambien y mas principalmente la ciencia de la guerra, de la que debia tener nociones todo el que aspiraba á figurar en política ó á desempeñar un cargo público. Camilo, Coriolano, los Gracos, Favio Máximo, los Escipiones, Sila, Pompeyo, Lúculo, fueron tan eminentes oradores como grandes soldados. César, además de su irresistible elocuencia, poseia cuantos conocimientos literarios podian adornar al hombre mas ilustrado de su época, y su asesino Bruto, el austero republicano, el heróico y último campeon de la libertad romana, el intrépido caudillo á quien un

momento de irreflexion arrebató en Filipos con la vida la gloria de borrar para siempre de los respectivos idiomas de los pueblos la palabra *tirano,* habia alcanzado como abogado triunfos que envanecieran al mismo Ciceron.

De lo dicho se infiere que los letrados mas ilustres de Roma fueron tambien los mas eminentes capitanes; y no existiendo motivo alguno para creer que el grande hombre de quien nos ocupamos no tuviese la aptitud necesaria para mandar algunos miles de soldados, debe cesar toda extrañeza acerca de este asunto, pasando por lo tanto á dar cuenta de cómo desempeñó Marco Tulio sus funciones de general.

Tenian por costumbre los procónsules romanos, cuando visitaban sus provincias, viajar con sus comitivas á expensas de los pueblos por donde pasaban. Pero lejos de imitar Ciceron esta costumbre, desde el momento en que puso los piés en el territorio de su mando, no permitió que ninguna ciudad ni particular hiciese el menor gasto por su causa. Tampoco consintió que sus gentes aceptasen mas que el alojamiento y las camas, y donde encontraba proporcion de levantar sus tiendas, no daba siquiera esta incomodidad.

El pequeño ejército de nuestro procónsul estaba acampado en Iconio en la Licaonia. Ciceron pasó allí á fin de revistarlo, y no bien lo hubo hecho, Antíoco, rey de Comagene, le envió un mensajero para participarle que los partos, acaudillados por Pacoro, habian pasado el Éufrates, con ánimo de saquear las posesiones romanas.

En vista de semejante novedad, encaminóse el procónsul hácia la parte de su gobierno llamada propiamente Cilicia, para defenderla de las correrías de los enemigos y prevenir cualquier movimiento de los habitantes de aquella region, que suspiraban por su independencia.

Como para esta expedicion no se ofrecia á Ciceron otro camino que el de Capadocia, penetró en aquel reino, y acampó en Cilistro, al pié del monte Tauro.

A los doce mil infantes y dos mil seiscientos ginetes de que constaba su ejército, agregó el procónsul las tropas auxiliares de las provincias comarcanas, y las que le envió Deyotaro, rey de Galacia, su íntimo amigo y el aliado mas fiel del pueblo romano.

Mientras daba algunos dias de descanso á sus tropas, desempeñó una comision expecial que le confiara el Senado, y que consistia en ofrecer su proteccion á Ariobarzanes, rey de Capadocia, á cuyo favor expidieran los

padres conscriptos un decreto sin ejemplo con ningun otro soberano, puesto que en él se declaraba que la vida de aquel monarca era de la mayor importancia para la república.

El padre de Ariobarzanes habia sucumbido á manos de sus mismos vasallos, y se temia que, descontentos como estaban del hijo, le hicieran sufrir la misma suerte.

En un consejo de guerra que celebró con el rey, le notificó Ciceron el decreto del Senado, ofreciéndole además sus fuerzas para cuanto condujese á su seguridad y á la de sus Estados.

Mostróse agradecido Ariobarzanes á tan generosa oferta, y aseguró al general romano que por entonces nada necesitaba. El procónsul le dió la enhorabuena, aconsejándole, sin embargo, que no olvidase la desgracia de su padre, y que estuviese sobre aviso, con lo cual le despidió. Pero vióle volver al dia siguiente, acompañado de un hermano, para pedirle con muchas lágrimas algunas tropas para su defensa, puesto que aquella noche, segun dijo, habia descubierto una conjuracion, que tenia por objeto arrebatarle la corona y la vida.

Reflexionó Ciceron en vista de tamaña novedad lo que mas convenia á sus intereses, y contestó al atribulado soberano, que estando en vísperas de sostener una sangrienta guerra contra los partos, le aconsejaba la prudencia no debilitar su ejército, del cual, en su concepto, no tenia el rey grande necesidad, porque habiéndose ya descubierto la conspiracion, las fuerzas de Capadocia serian suficientes para castigar á los culpables, hecho lo cual, poco miedo debia quedar al rey, mayormente cuando le escudaba el decreto del Senado y tenia cerca las legiones romanas para sostenerle.

Despues que hubo animado así á Ariobarzanes, dió Ciceron cuenta de todo á los cónsules y al Senado, escribiéndoles dos cartas, una acerca de los negocios de Capadocia, y otra sobre las intenciones de los partos, cuyos movimientos observaba desde su campamento del monte Tauro, donde supo que el enemigo acababa de dividirse en dos cuerpos, uno de los cuales penetró por la Siria hasta Antioquía, en cuya ciudad tenia sitiado á Casio, que con las reliquias del ejército del desventurado Craso se habia encerrado en ella, mientras el otro se adelantaba á largas jornadas hácia Cilicia.

Sin desmayar un punto ante aquella temible invasion, levantó inmediatamente su campo nuestro procónsul, y atravesando el Tauro, fué á apoderarse de los desfiladeros de Amano, elevada montaña, que separando la Siria de la Cilicia, servia de límite á ambas provincias.

Viéndose cortados los partos por Ciceron en su rápida marcha, retrocedieron apresuradamente, con lo que, desanimados los que sitiaban á Antioquía, levantaron el cerco. Entonces Casio, saliendo de la plaza, los atacó en su retirada, matando é muchos de ellos, é hiriendo mortalmente á su general Osaces.

Ante la perspectiva de una guerra con los terribles partos, que desde la derrota y muerte del esforzado Craso, el insigne vencedor de Espartaco, se hicieran formidables á los romanos, los amigos de Ciceron, que no tenian formado el mejor concepto de sus talentos militares, estaban cuidadosos; pero el grande orador, viéndose empeñado en tan nueva carrera, apeló á toda su prudencia y valor, demostrando á sus conciudadanos que estaba á la altura de las circunstancias en que la suerte le colocara.

« Vivo lleno de confianza, escribia á su amigo Ático, y como creo haber » tomado bien mis medidas, espero que me ayudará la fortuna. Acampo en » la frontera de Cilicia, en sitio muy ventajoso; tengo abundantes víveres, » y soy dueño de los desfiladeros. Mi ejército no es grande, pero me tiene » afecto. Puedo contar con nuestros aliados mejor que los demas goberna- » dores, porque están encantados de la dulzura conque les trato, y sobre » todo, admirados de mi desinterés. Ahora hago tomar las armas á cuantos » ciudadanos romanos viven en mi provincia; establezco almacenes de trigo » en las plazas fuertes: en una palabra, está á mi arbitrio el atacar al ene- » migo, si se me presenta la ocasion, y el impedir que pueda forzar mis » posiciones. »[1]

No tuvo necesidad el previsor caudillo de llegar á las manos con los partos, que encontrando bien defendida la Cilicia, volvieron á su tierra.

Desvanecido el peligro de la guerra, á lo menos durante aquel año, no quiso Ciceron despedir sus tropas auxiliares sin sacar algun provecho de ellas.

Los habitantes de las montañas de Amano, especie de bandidos que saqueaban frecuentemente las posesiones de Roma, habian hecho frente á sus ejércitos, fiados en su bravura y en la ventajosa posicion de sus fortalezas.

Comprendió Ciceron cuán conveniente le seria reducir estos vecinos tan indómitos; pero disimuló sus intenciones para sorprenderlos mejor.

Habiendo dado órden de levantar el campo, mandó hacer alto despues de dos jornadas, cual si quisiera que descansase el ejército, y dejando el ba-

[1] *Ad Áttic.*, v, 18.

gaje bien asegurado, volvió atrás rápidamente; se apoderó de nuevo de los desfiladeros, donde llegó de noche, y al rayar el alba, llevando divididas sus fuerzas en dos columnas, atacó á los montañeses en uno de sus lugares mas fuertes y poblados, mientras sus tenientes ejecutaban lo mismo con otros, matando gran número de habitantes y haciendo prisioneros á los que escaparan del filo de la espada.

En esta acometida fueron tomados seis castillos, é incendiados mayor número de pueblos.

Erana, capital del pais, se defendió bravamente durante algunas horas; pero fué asaltada y destruida, con escasa pérdida de los romanos, que en el entusiasmo de la victoria, dieron á Ciceron el título de *emperador*.

Cinco dias empleó el procónsul en demoler las fortificaciones de Erana y tomar diversas providencias para asegurar su conquista, marchando luego contra otra nacion vecina, no menos enemiga del nombre romano, y tan independiente, que jamás habia estado sujeta á ningun rey.

La ciudad principal de aquella comarca se llamaba Pindeniso, y estaba asentada en la cima de un elevado risco. El arte y la naturaleza parecian haber competido para hacerla inexpugnable, y la industria y vigilancia de sus moradores la habian provisto de todo lo necesario para una larga defensa.

Pindeniso era el refugio de todos los desertores y criminales de la Cilicia, y tenia por aliados á los partos, que hacian de aquella plaza su base de operaciones en las incursiones que verificaban sobre las provincias asiáticas dependientes de Roma.

Decidido Ciceron á tomar la ciudad á toda costa, intentó sorprenderla; pero no pudiendo conseguir su propósito, empezó á sitiarla en toda regla, y aunque contaba con bastantes máquinas de guerra y con un ejército valiente y disciplinado, tuvo que emplear cincuenta y siete dias para obligarla á rendirse á discrecion.

La ciudad se dió á saco al soldado, y los habitantes fueron inmediatamente vendidos como esclavos, sin distincion de edades ni de sexos; de modo que cuando Ciceron dió parte al Senado de su victoria, ya habia producido la venta mas de dos millones de reales.

El terror que esparcieron estas conquistas movió á los Tuburanos, otro pueblo no menos indómito de aquella region, á entregarse voluntariamente á nuestro procónsul, dándole en rehenes sus principales jefes.

Como se aproximase la estacion de las lluvias, envió Ciceron su ejército

á cuarteles de invierno, encargando á su hermano, que le acompañó en esta expedicion, y cuya experiencia en las cosas de la guerra le fué en extremo útil, que colocara guarniciones en los pueblos con cuya fidelidad no pudiera contarse.

Durante esta campaña, Papirio Peto, hombre de grande ingenio y amigo del eminente orador, con quien sostenia correspondencia sobre literatura y otras materias, movido de su celo por el novel general, le envió una táctica militar que él habia escrito.

Recibió Ciceron aquel regalo, y aunque agradeció interiormente la buena voluntad de Papirio, al contestar á la carta en que se lo remitia, le dijo por burla:

« Tu libro me ha convertido de repente en un gran capitan: no te creia » tan ducho en el arte de la guerra. Se conoce que has leido á Pirro y á » Cineas, y no dudes que aprovecharé tus lecciones; pero añadiré á ellas » alguna nave que esté siempre pronta á darse á la vela con mi persona y » gloria al menor asomo de peligro, pues tengo averiguado que no hay de» fensa igual contra la terrible caballería de los partos. » [1]

Aunque la guerra que acababa de sostener no era de tan escasa importancia, puesto que le granjeó por aclamacion de las tropas el honroso título de *emperador*, esperó Ciceron la toma de Pindeniso para dar cuenta de sus operaciones al pueblo romano, lisonjeándose con la idea de que sus compatriotas decretarian en su honor acciones de gracias, y aun prometiéndose nada menos que entrar en triunfo en la ciudad eterna, á cuyo fin practicó vivas gestiones antes y despues de volver á Roma, sin que pudiera alcanzar tan señalada distincion.

El tiempo que le restaba para acabar su proconsulado, lo empleó Ciceron en arreglar los negocios de su provincia, aplicando particularmente su atencion á librar á muchas ciudades y pueblos de las enormes deudas que la avaricia excesiva de sus predecesores les habia obligado á contraer.

Su regla invariable era no ocasionar el menor dispendio á sus administrados, y porque L. Tulio, uno de sus oficiales, exigió en una marcha los subsidios á que le daba derecho la ley, reprendióle ágriamente, cual si con aquel hecho hubiera infamado su gobierno.

Las ciudades ricas de la provincia pagaban gruesas contribuciones por eximirse de alojar las tropas que se enviaban á cuarteles de invierno, abonando solamente por este concepto la isla de Chipre doscientos talentos

[1] *Epist. fam.*, IX, 25.

anuales. Ciceron perdonó esta contribucion, y el producto de otras, unido á los regalos y demas emolumentos de que gozaba, y que podia embolsarse sin excrúpulo, lo destinó al socorro de los pueblos mas menesterosos.

Tanto desprendimiento, á que no estaban acostumbrados por parte de los procónsules romanos, admiró á los habitantes de la Cilicia, que en testimonio de gratitud, levantaron á su generoso gobernador templos y estátuas, acuñaron medallas con su busto y le prodigaron otras mil distinciones.

Aparte de lo dicho, habiendo sobrevenido una gran carestía, tomó tan acertadas medidas para remediarla, que consiguió que el trigo se vendiera á un precio moderado.

El siguiente fragmento de una de las cartas que dirigió á Ático contiene un resúmen de su conducta en el gobierno, conducta que, imitada por nuestros modernos gobernantes, les granjearia el cariño de los pueblos, en vez del ódio y maldiciones que les valen sus arbitrariedades y desaciertos.

« Veo, dice Ciceron á su amigo, que las noticias de mi moderacion y » desinterés te causan infinita alegría. Mayor seria ésta si estuvieras á mi » lado, porque acabo de hacer cosas extraordinarias en Laodicea, donde he » arreglado todos los negocios de mi departamento. Las ciudades que esta- » ban agobiadas de deudas, se han librado de ellas, ó las han disminuido » considerablemente. Dejo que los magistrados del pais fallen los pleitos con » arreglo á sus antiguas leyes, y esta condescendencia las ha hecho revivir, » con gran aplauso de los naturales. He proporcionado á mi provincia dos » medios excelentes de pagar sus deudas: el primero es no exigirla nada » para mis gastos de manutencion y representacion, y cuando digo nada, no » exagero, porque no la soy gravoso en un maravedí: el segundo medio » consiste en que he examinado detenidamente la conducta de cuantos han » desempeñado algun cargo público de diez años á esta parte, obligándoles » á confesarme sus rapiñas, y sin exponerlos á la vergüenza de ser conde- » nados en justicia, les he hecho restituir lo estafado. Con este socorro han » satisfecho las ciudades los tributos atrasados que debian á los recaudado- » res de la república, y lo corriente del año. De aquí podrás inferir los » buenos ojos conque me miran estos funcionarios. Dirás que no es gente in- » grata: ya estoy en eso. Con el mismo cuidado desempeño las demas fun- » ciones de mi oficio, haciendo que todos admiren mis buenos modales y » afabilidad. Mi casa no está cerrada como la de otros gobernadores; ni para » hablar conmigo es necesario gratificar á mis ayudantes y camareros. Antes » de amanecer, ya me paseo por casa con las puertas abiertas, como cuando

» era pretendiente. Esta conducta admira, y á mí me cuesta poquísi-
« mo observarla. »[1]

Hácia esta época tenian lugar en Roma graves acontecimientos. La rivalidad entre Pompeyo y César acababa de estallar, amenazando convertir la tierra, cuyo dominio se disputaban aquellos dos ilustres ambiciosos, en un Océano de sangre.

Afligido Ciceron con las noticias que recibia de Italia, esperaba impaciente el fin de su gobierno, y con objeto de no demorar un instante su partida cuando llegase este caso, mandó hacer una cuenta general de las sumas que habian pasado por su mano, y por las de sus subalternos, de cuya cuenta hizo sacar tres copias, una para presentar en la tesorería de la metrópoli, y las otras para dejarlas archivadas en las dos principales ciudades de Cilicia.

Ocho meses habian trascurrido desde que expirara el término de su mision, y viendo que las turbulencias de que era teatro Roma no habian dejado tiempo al Senado de pensar en darle sucesor, resignó el mando en su cuestor Celio, poniéndose en camino para Italia.

Al llegar á su patria, la encontró Ciceron preparándose para empezar la sangrienta guerra civil, que habia de decidir en Farsalia, por el triunfo de César, los destinos del mundo.

Un hombre de la importancia de Ciceron, necesariamente habia de declararse por uno ú otro de los contendientes. Pero temiendo coadyuvar al entronizamiento de un tirano si se unia á César, y perder su fortuna y posicion abrazando el partido de Pompeyo, decidió permanecer neutral por el momento, esperando á que el curso de los sucesos le señalase definitivamente la línea de conducta que debia seguir, sin que á pesar de semejante determinacion dejara de trabajar cuanto le fué posible para reconciliar á los dos poderosos rivales, de cuyo choque previa que no podia resultar otra cosa que la pérdida de la libertad.

Empero, fueron de todo punto inútiles sus generosas tentativas. Pompeyo y César deseaban la guerra, y cuando el último de estos generales, despues de pasar audazmente el Rubicon, marchó contra la ciudad eterna al frente de su victorioso ejército de las Galias, obligando á su competidor á refugiarse en Bríndis con los principales senadores y patricios romanos, volvió á sus dudas y vacilaciones nuestro orador, como puede verse por el siguiente fragmento de una de sus cartas:

« ¿A qué lado debo inclinarme? Pompeyo tiene el motivo mas noble

[1] *Ad Áttic.*, VI, 2.

» para sostener la guerra; pero César despliega tanta actividad y cuenta con » tantos elementos, que estoy seguro de que será suyo el triunfo. Yo sé bien » que debo huir de Roma sin perder tiempo; mas no veo en cuál de ambos » caudillos puedo encontrar mi salvacion. »[1]

Mientras esto escribia Ciceron, viendo Pompeyo que no se hallaba entre los fugitivos que le siguieran, pensó fundadamente que habia abrazado el partido de César, quien por su parte, procuraba ganar para su causa por medio de emisarios y de halagos á un hombre de tanta prudencia y autoridad en la república.

Solicitado por uno y otro contendiente, siguió luchando Marco Tulio entre la voz de su interés, que le llamaba al lado del conquistador de la Galia, y la de su conciencia, que le impulsaba á seguir á Pompeyo, el único representante de la legalidad, hasta que al fin, pudiendo mas en él el noble sentimiento del deber, salió secretamente de Roma en compañía de su hermano, yendo á reunirse con Pompeyo, y « precipitándose voluntariamente » y á ojos abiertos, como dijo á Ático, en el abismo de su ruina, siguiendo, » contra lo que reclamaban sus intereses, á la mayoría de los hombres de » bien, como la oveja se junta por instinto á su rebaño. »

La llegada de Ciceron al campo pompeyano produjo diferentes impresiones, pues mientras unos le recibieron con los brazos abiertos, otros desaprobaron de un modo terminante su resolucion, creyendo que hubiera sido mas útil para su causa que el orador permaneciera en Roma, donde en caso de un revés, habria podido servir de mediador para llegar á un arreglo con César.

Tan encontrados pareceres hicieron arrepentirse á nuestro héroe del paso que acababa de dar, mayormente cuando vió que Pompeyo, que le habia dispensado una cariñosa acogida, ocupado quizás en mas graves asuntos, no seguia sus consejos, ni le empleaba en nada de importancia, pareciendo hasta ignorar que estaba entre los suyos.

A decir verdad, se habia atraido en gran parte Ciceron con su conducta esta indiferencia, pues desde el punto en que vió á sus aliados, y héchose cargo de los recursos conque contaban, no habia puesto cuidado en disimular lo pesaroso que estaba de haber ido á reunírseles, burlándose además abiertamente de los preparativos de Pompeyo, y ridiculizando sus proyectos con los mas picantes epígramas.

Por lo demas, como no tenia mando en el ejército, se paseaba todo el

[1] *Ad Áttic.*, VIII, 7.

dia por el campamento con aire taciturno, sin que dejara por eso de lanzar de cuando en cuando uno de sus amargos chistes, que excitaban la risa de los pocos amigos que allí le rodeaban.

No creemos fuera de propósito reproducir alguna de aquellas agudezas, que prueban, á mayor abundamiento, la disposicion de su ánimo.

Lucio Domicio, que pretendia se concediera el grado de capitan á un favorito suyo, hombre poco á propósito para la guerra, ensalzaba su dulzura y sus buenas costumbres.

« Si es tan virtuoso tu protegido, le dijo marco Tulio, ¿por qué en vez de exponerle á dar la muerte ó recibirla en una batalla, no le haces ayo de tus hijos? »

Habiendo empezado César las hostilidades, y reportado algunas ventajas en las primeras escaramuzas, tenia casi bloqueados á los pompeyanos en Dirrachio; y como para animar á sus amigos y animarse á sí propio hubiese dicho Léntulo que los soldados de César parecian tristes y meditabundos, respondió Ciceron:

« ¿Quieres hacernos creer que están enfadados con su general? »

Un patricio llamado Marcio, recien llegado de Italia, aseguró que en Roma corria el rumor de que Pompeyo estaba estrechamente sitiado en su campamento.

« ¿Y tú has venido, le preguntó el mordaz orador, á asegurarte de que eso era verdad? »

Despues de la derrota de Pompeyo, procuraba Nonnio levantar el ánimo de los vencidos, diciéndoles que todavía les quedaban en su campo siete *águilas*. [1]

« Cierto, replicó Ciceron, esas *águilas* nos darian la victoria si tuviéramos que combatir contra un ejército de grajos. »

Labieno, abrigando la mayor confianza en ciertos augurios que él solo sabia, sostenia que aun cuando Pompeyo se dejara batir, acabaria por alcanzar un señalado triunfo cuando lo creyese necesario.

« Y entre tanto, objetó Marco Tulio, con ese ardid de guerra hemos perdido nuestro campamento. »

Ciceron no se halló en la batalla de Farsalia. Enfermo de cuerpo y de espíritu al ver el fatal sesgo que tomaban los negocios del partido que tan irreflexivamente abrazara, habia tenido que retirarse á Dirrachio, sin poder

[1] Insignias que servian de banderas á las legiones romanas, y que usaron despues los ejércitos de diversos pueblos, expecialmente los franceses.

aceptar ningun mando en el ejército. Pero antes de partir habia dado palabra á Pompeyo de seguirle luego que su salud se lo permitiese, y como prueba de la sinceridad de sus intenciones, le dió en prenda á su hijo, el cual, á pesar de su corta edad, se distinguió mucho al frente de un escuadron de caballería que Pompeyo puso á sus órdenes.

Hallábase Caton acampado delante de Dirrachio, con quince cohortes que mandaba, cuando Labieno llevó allí la noticia del desastre de Farsalia. Turbado ante tal nueva, brindó Caton á nuestro orador con el mando de aquellas tropas, considerándole superior en autoridad; pero él rehusó admitir tan peligroso honor, y esta conducta, calificada por algunos de cobardía, excitó hasta tal punto la indignacion de Sexto, el menor de los hijos de Pompeyo, que hubiera atravesado con su espada á Ciceron, á no estorbarlo Caton poniéndose por medio.

La derrota de Farsalia consternó de tal modo á los partidarios de Pompeyo, que en vez de procurar hacer frente á la adversidad, solo pensaron en huir hácia donde les guiaban su temor ó esperanza, esparciéndose inmediatamente por las diferentes provincias de Roma, inclusa el África, donde se refugiaron los que quisieron continuar la lucha, juntamente con las reliquias del ejército vencido.

En cuanto á Ciceron, completamente desalentado, resolvió que aquella desgracia, á la cual no veia remedio alguno, fuera para él el fin de una guerra que detestaba, é inspirándose en esta idea, empezó á exhortar á sus amigos á que siguieran su ejemplo, haciéndoles presente que, puesto que no habian podido vencer á César cuando tenian reunidas todas sus fuerzas, no debian prometerse mejor fortuna teniéndolas dispersas y diezmadas. Despues de esto, disgustado de una campaña tan miserable, que solo le produjera disgustos y la pérdida de su salud, tomó el partido de entregarse al vencedor.

César se hallaba entonces en Egipto, á donde habia pasado para arreglar los asuntos de aquel pais, y sabiendo Ciceron que á su regreso á Italia debia aquel general detenerse en Bríndis, fué á esperarle á dicha ciudad. Allí supo la muerte de Pompeyo, sorprendiéndole poco esta noticia, segun se desprende de la siguiente reflexion que encontramos en una de sus cartas, y que, por otra parte, es el mejor elogio que pudiera hacerse del infeliz vencido de Farsalia.

« Nunca dudé, dice, que el fin de su vida fuera trágico. Su situacion era » tan desesperada, que en cualquiera parte á donde se hubiese refugiado,

» creo que le habria sucedido igual desgracia. Yo, sin embargo, lloro su pérdida, porque le tuve siempre por hombre recto, moderado y juicioso. »[1]

Lleno de incertidumbre respecto á su futura suerte, seguia esperando Marco Tulio al victorioso César, que, efectivamente, á su vuelta de Egipto, desembarcó en Tarento, y se dirigió á Bríndis, sabedor ya de la resolucion del ilustre orador.

Abochornado ante la idea de que César pudiera dispensarle una mala acogida, estuvo á punto nuestro héroe de desistir de su propósito. Pero obligado por lo expecial de su situacion, cerró los ojos, y salió al encuentro del afortunado caudillo, que lejos de obligarle á hacer nada que pudiera rebajar su dignidad, apenas le hubo visto, se adelantó á su séquito, corrió á abrazarle, y entró con él en Bríndis, prodigándole las mas señaladas muestras de respetuoso aprecio.

Libre ya Ciceron de este cuidado, regresó á Roma, resuelto á no mezclarse para nada en los negocios públicos, y á consagrarse exclusivamente á las tareas del Foro.

¡ Feliz él si hubiera sabido sostener esta juiciosa determinacion ! Pero gozaba demasiada celebridad para que amigos y enemigos le dejaran retirar tan fácilmente á la vida privada.

Su reaparicion en el Foro se señaló por el mas bello triunfo que le haya sido dado obtener á ningun orador.

Quinto Ligario, exforzado capitan pompeyano, y acérrimo adversario de César, fué llevado ante el tribunal de su enemigo, proclamado ya dictador, y temiéndolo todo de la mala voluntad que sabia le profesaba el victorioso general, encargó su defensa á Ciceron.

Algunos aduladores de César, le aconsejaron que no permitiera á Ciceron defender á Ligario; pero el vencedor de Farsalia les dijo sonriendo:

« ¿ Qué importa que le dejemos hablar ? ¡ Hace tanto tiempo que no le » hemos oido !... En cuanto al acusado, es un miserable á quien detesto, y » cuya muerte tengo decidida.»

No obstante estas palabras, cuando con voz sonora y majestuoso ademan empezó Marco Tulio á sincerar á su patrocinado de los delitos que le imputaban, palideció César, mostrándose hondamente conmovido; llegando á tal extremo su emocion cuando el elocuente abogado le recordó, al fin de su discurso, que el primer deber que le imponia su victoria de Farsalia era la clemencia con los vencidos, que no pudiendo contenerse, se extremeció de

[1] *Ad Áttic.* xi, 6.

piés á cabeza, dejó caer unos documentos que tenia en la mano, y absolvió á Ligario, mandándole poner en libertad.

Su momentáneo alejamiento de la política permitió á Marco Tulio echar una mirada sobre sus asuntos domésticos, en los que descubrió tales cosas, que le obligaron á divorciarse de Terencia, cuando contaba ya la edad de sesenta y dos años.

Este paso disgustó bastante á los amigos de Ciceron, á quienes no pareció justo se separase de una esposa con quien habia vivido mas de treinta años, y de la que tenia dos hijos que amaba tiernamente.

Por lo demas, tenia Terencia un génio áspero é imperioso; gastaba sin medida, y en vez de remediar en algo sus profusiones con la inteligente vigilancia de una hacendosa madre de familia, dejaba abandonado á los criados y esclavos el cuidado de su casa. Añádase á lo dicho que era chismosa, intrigante y amiga de mezclarse en negocios ajenos, y que cuando su marido gobernaba la república pretendió arrogarse el derecho de conceder ó negar todas las gracias.

Habia sufrido Ciceron con sin igual paciencia todos los caprichos de Terencia, mientras su edad y su fortuna estuvieron florecientes; pero los años, los disgustos, los achaqnes, y sobre todo, la necesidad que sentia de vivir tranquilo, le obligaron por fin á separarse de una mujer que ya le era imposible soportar.

El divorcio, sin embargo, no podia subsanar todos los perjuicios que, en concepto de Ciceron, le causara Terencia en sus intereses, sin contar además conque no le era fácil aprontar el cuantioso dote que le trajera al unirse con él, y que era forzoso devolver.

Esta dificultad impulsó á Marco Tulio á contraer matrimonio con Publilia, jóven hermosa, rica y noble, de quien era tutor, con cuya dote devolvió el de Terencia y pagó muchas deudas.

La libertad del divorcio, que no conocia límites entre los romanos, de nada servia para asegurar la paz del matrimonio, siendo, por el contrario, causa de que los cónyuges fueran mas obstinados y caprichosos, y de que al menor disgusto que ocurriera entre ellos aprovechasen el recurso de separarse, con la esperanza de mejorar de suerte, hallando por lo regular nuevos motivos de infelicidad en un nuevo enlace.

La esterilidad, la dureza de carácter, la accion mas inocente, ó el capricho, eran bastantes para que una mujer se viera repudiada por su marido. Paulo Emilio se divorció de su esposa, sin alegar otro motivo que el de

haber sido ofendido por ella; Sulpicio Galo se separó de la suya porque salió una vez á la calle con la cabeza descubierta; Antistio Veter porque la halló hablando en secreto con una liberta; Publio Sempronio porque asistió á los juegos públicos sin su conocimiento; Bruto, el virtuoso Bruto, despidió á Claudia para casarse con Porcia, y Ciceron, á quien pidió parecer sobre este enlace, le aconsejó que se casara cuanto antes, para acallar las habladurías del vulgo, y mostrar que no lo hacia por seguir la costumbre, sino por el placer de unirse á la hija del ilustre Caton. Un famoso gastrónomo estuvo á punto de desechar á su mujer, porque temió que le dejase agriar el vino en la bodega, y Titinio de Minturno se casó deliberadamente con la disoluta Fannia, para repudiarla despues como impúdica y gozar su dote, en lo que muchos le imitaron. César tuvo tres esposas, Pompeyo cuatro y Augusto otras tantas, habiendo mujeres que contaban los años por los maridos que habian tenido, y no por los cónsules, segun se acostumbraba.

Con tal libertad y tales matrimonios, ¿es posible que tuvieran algun valor para los romanos los dulces vínculos de la familia, base de la felicidad humana, y principal elemento del poderío de las naciones?

No dejó de valer amargas burlas á Ciceron el desigual enlace que contrajera; pero él despreció cuanto se dijo sobre el particular, mostrándose muy satisfecho de haberlo efectuado.

Un año habria trascurrido apenas desde su casamiento con Publilia, cuando experimentó nuestro orador uno de los mayores dolores que pueden afligir á un cariñoso padre. Su hija Tulia, unida en primeras nupcias á Pison, y viuda de éste, casada con Furio Crasipedes, de quien se divorció para enlazarse con P. Cornelio Dalabela, murió de sobreparto, cuando contaba apenas la edad de treinta y un años.

Por las pocas noticias que nos dejaron de ella los historiadores romanos, venimos en conocimiento de que estaba dotada Tulia de un carácter apacible y de grande hermosura, realzada por profundos conocimientos literarios, que la hacian pasar por la dama mas instruida y espiritual de su época. Amaba tiernamente á su padre, que orgulloso de ella, se desveló siempre por hacerla feliz. Así, no deben extrañarse las muestras de dolor que dió Marco Tulio por esta pérdida, de la que no pudo consolarse jamás.

Llevando pintada en el semblante la honda pena que le devoraba, abandonó su casa el ilustre orador luego que hubo muerto su adorada hija, yendo á pasar algunos dias al lado de su amigo Ático, y ocultándose despues en una de sus quintas llamada Astura, situada cerca de Anzio, á la orilla del

mar, donde triste é inconsolable, parecia huir el trato de sus amigos, rechazando los consuelos que éstos le prodigaban.

Los principales personajes de Roma tomaron parte en el duelo de Ciceron. El mismo César, en medio de sus graves ocupaciones, le envió desde Sevilla, donde se encontraba, una carta de pésame, y Bruto le escribió otra tan tierna y elocuente, que conmovió al desgraciado padre.

Empero, los consuelos de sus amigos servian de poco á Ciceron; solo pensaba en Tulia, y como su cariño hácia ella rayaba en adoracion, concibió la idea de convertirla en diosa, edificando un templo consagrado á honrar eternamente su memoria.

« ¡ Sí, decia en medio de sus trasportes de dolor, quiero divinizarte, hija » mia, porque eras la mejor y la mas instruida de las mujeres! ¡ Los dioses, » estoy seguro de ello, no desaprobarán mi determinacion, y así voy á co- » locarte entre ellos, para que seas adorada de todos los mortales! »

En sus cartas á Ático le da cuenta de este proyecto, así como de su impaciencia por verlo realizado.

La única dificultad que le detenia, era encontrar un sitio á propósito para levantar aquel monumento. Su primera intencion fué fabricarlo en una de sus propiedades; pero pensándolo mejor, decidió comprar un jardin situado á la orilla del Tíber, cerca de la ciudad, á fin de que cuantos pasaran por allí se detuvieran á contemplar el templo, é hiciesen á Tulia objeto de su adoracion.

Guiado por esta idea, encargó á Ático que adquiriese aquel terreno á cualquier precio, sin reparar en el estado de su fortuna, pues que de buena gana, segun aseguró, empeñaria toda su hacienda, reduciéndose á lo puramente necesario, por conseguir aquella dulce satisfaccion.

« Los bosques y parajes solitarios, decia el orador refiriéndose á este » asunto, solo convienen á las deidades cuyo culto y nombre están ya gene- » lizados; mas para la deificacion de los mortales, son necesarios sitios des- » cubiertos y frecuentados, que atraigan las miradas y exciten la curiosidad » del pueblo. »

Debió hallar Ático grandes dificultades para comprar el terreno, por lo que aconsejó á su amigo que levantase el monumento en una de sus posesiones, sin que á pesar de los deseos é impaciencia que demostró Ciceron por ver realizado su empeño, podamos saber si llegó á edificarse el templo; al menos ningun autor antiguo lo menciona, siendo probable que alguno habria celebrado un edificio tan singular, si realmente hubiera existido.

Quizás el ilustre orador, ya consolado, y mirando su proyecto con mas filosofía, conoció lo perecedero de semejantes monumentos, cuya duracion se extiende á pocos siglos, y aplazó, en consecuencia, la realizacion de su designio. [1]

Por lo demas, le era tan agradable en aquella época la soledad, que habiéndole pedido con grande instancia Publilia el permiso de visitarle, acompañada de su madre y hermano, la respondió, que entonces mas que nunca necesitaba estar solo. Y no confiando en que su esposa le dejase tranquilo en su retiro, encargó á Ático que le avisara si aquella abandonaba á Roma con ánimo de verle.

Esta conducta acredita el aserto de Plutarco respecto á que Ciceron odiaba á su mujer, porque habia mostrado alegrarse de la muerte de Tulia. De cualquier modo, el hecho es que Marco Tulio se divorció de Publilia poco tiempo despues de haber perdido á su hija, y que no encontrándose en disposicion de devolverla el dote, suplicó á Ático que arreglase el asunto con su familia.

Libre de tal cuidado por la solicitud de Ático, continuó Ciceron encerrado en su quinta, sin recibir á ninguno de sus amigos, y entregándose con febril ardor á la composicion de algunas de las obras que han contribuido á inmortalizar su nombre.

« Nadie creerá lo que yo escribo, decia á Ático ; pero si no tuviera este » recurso en mi melancolía, no sé lo que seria de mí. »

El objeto de su asíduo trabajo era el cultivo de la filosofía griega, á la que tan aficionado se mostrara en su juventud, y que entonces amaba con verdadera pasion.

Viéndose en la necesidad de renunciar, siquiera fuese momentáneamente, á los negocios públicos ; sin poder ser útil á sus conciudadanos de otro modo que procurando reformar las costumbres é instruyendo á la juventud, se propuso escribir en el idioma patrio todas las partes de aquella filosofía, á fin de que los romanos tuvieran la gloria de no verse precisados á acudir á otra lengua para estudiar tan sublime ciencia.

[1] Segun afirma Celio Rodiginio, en el siglo xv, bajo el Pontificado de Sixto IV, se descubrió en la Via Apia, «enfrente del sepulcro de Ciceron,» una momia de mujer, cuyos cabellos estaban trenzados con hilos de oro, y que por una inscripcion que se halló allí cerca, podria creerse que eran los restos de Tulia. «Aquel cuerpo, dice el citado autor, estaba tan bien embalsamado, que se habia conservado entero ; pero tres dias despues de descubierto, se convirtió en polvo.» No es verosímil nada de esto, porque nadie mas que Rodiginio ha referido tal hallazgo, ni consta que estuviera sepultado Ciceron en la Via Apia.

« Las desgracias de la república, dice á este propósito en una de sus » obras, [1] me obligaron á echar mano de este recurso, viendo que durante » la confusion y estragos de la guerra civil me era imposible servirla segun » mi antigua costumbre, ni dispensarla ningun otro beneficio, aunque debo » confesar que no podia elegir otra ocupacion mas digna y apropiada á mi » carácter.

» Creo que mis conciudadanos no han de vituperar mi conducta, y que » lejos de esto, merecerá su aprobacion el que despues de haberse apoderado » del mando un afortunado general, no me he escondido ni apocado, ni me » enfurecí contra el que causó este trastorno, ni me pasmé de su fortuna, ni » le adulé avergonzándome de mi mala suerte.

» Platon y la filosofía me han enseñado que estos cambios en las repú- » blicas son naturales, y que el poder y la fuerza pasan frecuentemente de » las manos de muchos á las de pocos, y de las de éstos á las de uno solo.

» Así ha sucedido en nuestra patria, y por eso, cuando me ví privado de » mis antiguas ocupaciones, volví á mis estudios, para aliviar mis penas y » servir á la patria del modo que me es posible servirla. Los libros son ahora » mis votos en el Senado, mis arengas al pueblo, y las investigaciones » filosóficas han sustituido á mis consejos y advertencias sobre el gobierno » del Estado. »

Segun se desprende de las precedentes líneas, Ciceron, además de los disgustos domésticos que le agobiaban, sufria tambien por la pérdida de la libertad.

César, al convertirse en tirano de su patria, no habia abusado del poder para vengarse de sus enemigos, y esta moderacion es tal vez uno de los mas raros ejemplos de generosidad que registra la historia. Pero nuestro orador, á quien sus recientes desgracias llenaran la imaginacion de vanos terrores, creyendo que un dia ú otro podria el vencedor acordarse de que tenia en la mano la vida de sus adversarios, procuraba congraciarse con él, no haciendo públicamente nada que le disgustara, escribiéndole en términos afectuosos, y aun recibiendo, y tal vez solicitando sus visitas, mientras en sus cartas familiares manifestaba el odio inmenso que le profesaba.

« Me preguntarás, decia á Casio, uno de los que conspiraban contra » César, que dónde está mi filosofía: la tuya bien sé que está en tu cocina; » pero la mia me molesta, porque me avergüenzo de ser esclavo. » [2]

[1] *De Divinat.*, lib. II.
[2] *Epist. fam.*, XV, 18.

Ciceron habia previsto la muerte de César, que deseaba ardientemente, y no disimuló la alegría que le causó un suceso que le libró de la necesidad de reconocer un superior y de la indignidad de hacerle la córte.

« El reinado de César, escribia á Ático, no durará seis meses: es infali» ble que acabará en breve por sí mismo, ó á impulso de los ataques de sus » enemigos, y espero no morir sin verlo. » [1]

Por lo demas, aun cuando el orador no tomó parte activa en aquella muerte, á causa de no considerarle los conjurados con bastante valor para hundir un puñal en el pecho del grande hombre, la estrecha amistad que le ligaba á Bruto y Casio, y su frecuente correspondencia con ellos, hacen sospechar con harto fundamento que contribuyó poderosamente con sus exhortaciones á armar los brazos de los asesinos.

El dia 15 de Marzo del año 44 antes de Jesucristo, César, cosido á puñaladas, cayó sin vida en pleno Senado al pié de la estátua de Pompeyo. Ciceron asistió á la sesion en que fué muerto el dictador, lo que prueba que por aquella época, dando treguas á su dolor, habia dejado su retiro y vuéltose á mezclar en los negocios públicos.

Llevada á cabo aquella *empresa de niños, ejecutada con un valor de hombres,* segun calificó nuestro orador la violenta muerte del mas ilustre, pero tambien mas ambicioso de los capitanes romanos, abandonaron los conjurados la sala del Senado, atravesando armados la ciudad, con un gorro colocado en la punta de un palo á guisa de bandera, y llamaron al pueblo en su ayuda, diciéndole que acababan de librarle del tirano, del rey.

Bruto iba á la cabeza de sus cómplices; blandia iracundo su sangriento puñal, y como si quisiera autorizar su atentado con el voto del célebre orador, gritó en medio del Foro:

« ¡ Ya tienes, oh, Ciceron, vengada la república ! »

En seguida, como los conjurados vieran que nadie les seguia, se refugiaron en el Capitolio, confiando su seguridad á los gladiadores alojados en aquel edificio.

El cónsul Marco Antonio, hechura de César, y no menos sediento que éste de gloria y de poder, asumió el mando; hizo que Lépido, amigo del difunto dictador, ocupase el Campo de Marte con una legion, y convocó al Senado para que declarase si César habia sido un tirano ó un legítimo jefe del Estado, y por consiguiente, si era su muerte un acto de justicia ó un odioso asesinato que debia vengarse.

[1] *Ad Áttic.*, x, 8.

Comprendiendo los padres conscriptos lo grave de la declaracion que se les exigia, eludieron prudentemente el emitirla, confirmando cuanto habia hecho César, y concediendo, á instancias de Ciceron, ámplia amnistía á sus matadores.

Entonces salieron los conjurados del Capitolio, y afectando reconciliarse con los que se presentaban como vengadores del dictador, Bruto cenó en casa de Lépido, y Antonio en la de Casio, que interrogado por su huésped acerca de si llevaba oculto algun puñal, respondió:

«¡Llevo uno para quien pretenda convertirse otra vez en tirano de la patria!»

Aquella tregua, impuesta por las circunstancias, debia durar muy poco. Antonio, que habia llamado á Roma á los partidarios del dictador, viéndose ya bastante fuerte para arrojar la máscara, hizo leer al pueblo el testamento de César, por el que nombraba herederos á sus sobrinos Octavio, Lucio Pinario y Quinto Pedio, regalaba al pueblo romano sus hermosos jardines de la orilla del Tíber, ordenaba se entregasen tres mil sextercios á cada ciudadano, y dejaba á sus matadores varios legados y benévolos recuerdos. [1]

No fué menester mas para excitar el odio del pueblo contra los asesinos del grande hombre, odio que se aumentó cuando Antonio presentó á la muchedumbre la ensangrentada túnica del dictador, en cuyo elogio pronunció un vehemente discurso.

Inflamados por las palabras del cónsul, el pueblo y los soldados arrojaron un grito de venganza, y apoderándose de los tizones de la hoguera en que se reducia á cenizas el cuerpo de César, corrieron á incendiar las casas de los conjurados, que tuvieron que abandonar á Roma.

Celebradas entre desórdenes las exequias del dictador, el Senado, que le aborrecia en vida, le inscribió muerto entre los dioses, mientras el pueblo creia ver su alma en un cometa que por aquel tiempo apareció en el cielo.

Antonio y Marco Tulio eran á la sazon los personajes mas poderosos de la república.

Antonio, gran soldado, educado en la escuela de César, disponia de la

[1] Era costumbre de los romanos acordarse al testar de todos sus amigos, parientes y bienhechores, considerándose como una injuria el olvidarlos. Esta era la única recompensa que recibian en Roma los abogados, y de este modo se enriqueció Ciceron, el cual hace mérito en sus epístolas de muchos pingües legados que le dejaron sus clientes. En tiempo de los emperadores tenia tal fuerza esta costumbre, que se turbaba al heredero en la posesion de la herencia, si el finado no dejaba al pueblo ó á sus amigos una parte de su hacienda, y en varias ocasiones se llegó hasta á anular el testamento hecho exclusivamente en beneficio de la familia del testador.

fuerza, y mostraba deseos de vengar la muerte de su general. Ciceron dominaba por su elocuencia en el Senado, que simpatizaba con los conjurados, mirándolos como restauradores de la libertad.

Mucha sangre habria dejado de derramarse, y tal vez serian otros los destinos del mundo, si estos dos hombres, dejando á un lado su antagonismo, hubieran aunado sus esfuerzos para hacer dichosa á su patria. Empero, lejos de esto, se odiaban á muerte. Antonio no podia perdonar al orador la oposicion que constantemente encontraran en él sus planes de engrandecimiento y los satíricos discursos de que le hiciera objeto, mientras que Ciceron, presintiendo que la brutal ambicion de aquel soldado habia de ser la ruina de las instituciones republicanas, procuraba desacreditarle entre sus conciudadanos, descubriendo sus tramas y acusándole mas ó menos embozadamente de aspirar á la dictadura, y tal vez al trono, por medio de las armas.

Tal era el estado de Roma á la muerte de César, cuando llegó á ella Octavio, á reclamar en apariencia la herencia de su tio, pero en realidad para tratar de sucederle en el poder.

Uno de los primeros actos de Octavio fué cambiar su nombre por los de Cayo Julio César Octaviano, lo que le imponia la obligacion de vengar á su tio, ó de sucumbir en la demanda; pero demasiado astuto, á pesar de sus diez y ocho años, para pensar en esto antes de haber escalado el puesto que ambicionaba, creyó necesario ante todo aliarse á alguno de los hombres que por su influjo y especial posicion en el Senado pudiera prestarle el apoyo de su elocuencia y reputacion.

Nadie mas á propósito que nuestro orador para este objeto, y comprendiéndolo así Octavio, visitó á Marco Tulio, le halagó, llamóle padre, ofrecióle guiarse exclusivamente por sus consejos, y Ciceron, ora obrase impulsado por el odio que profesaba á Antonio, ora creyera que al tomar bajo su tutela á aquel mancebo iba á ser otra vez el árbitro de la república, prometióle su ayuda, hiriendo así de muerte la causa de la libertad, y contribuyendo, quizá inconscientemente, al restablecimiento de la monarquía.

Contando con tan poderoso protector, no vaciló ya Octavio en disputar á Antonio el poder que retenia con diversos pretextos. Su esclarecido nombre, su afabilidad, su afectada modestia, le granjearon las simpatías del pueblo, y sobre todo, el cariño de los veteranos de César, que esperaban encontrar en él al vengador de su idolatrado general.

En cuanto á Ciceron, cumplió su promesa con mas solicitud de lo que

tal vez le conviniera. No contento con arengar al pueblo en favor de su protegido, afirmó en el Senado del modo mas categórico, que Octavio seria siempre tan buen ciudadano como celoso defensor de las instituciones republicanas.

« Me atrevo, oh, padres conscriptos, dijo á este propósito, me atrevo á » empeñar mi palabra ante vosotros, ante el pueblo y ante la república, sin » temor de ser tachado de temerario; prometo, aseguro y garantizo, que » Cayo César Octaviano será siempre tan buen ciudadano como hoy, y cual » debemos desear que sea. » [1]

Ciceron pretendió en vano cohonestar su inconsecuencia, su facilidad en cambiar de partido, con el siguiente ingenioso argumento:

« Si veo mi nave viento en popa dirigirse, no al puerto que otras veces » deseaba, sino á otro no menos seguro y tranquilo, ¿habré de empeñarme » en luchar con la tempestad, en vez de huir de ella y procurar salvarme? » No creo que sea inconstancia el variar de opinion, como se varía el rumbo » de una nave, ó se cambia de camino segun lo exijen las circunstancias. » Así lo he oido, visto y leido, y lo mismo han hecho sapientísimos é ilus- » tres varones de ésta y otras ciudades; que no deben seguirse siempre las » mismas opiniones, sino defender aquellas que requieren el estado de la re- » pública, la tendencia de los tiempos y la conservacion de la paz pública. » Yo obro y obraré así mientras viva, creyendo que la libertad, que he de- » fendido y defenderé constantemente, no consiste en la obstinacion, sino » en cierta moderacion juiciosa y calculada. » [2]

La defeccion del hombre que les animara de contínuo con sus discursos y consejos, indignó en extremo á los republicanos.

« No es un señor lo que teme Marco Tulio, decia Bruto, quejándose de » esta conducta, sino un amo que no le mime y llene de honores. ¡Cuán » diferente es en esto de nuestros abuelos, que no podian sufrir la servi- » dumbre por dulce que fuera! »

Y en una carta que dirigió al mismo Ciceron, le dijo:

« Destruyendo el poder de Antonio, no atiendes mas que á aumentar el » de Octavio. Aborreces la guerra civil, y no temes una paz infame. »

Mas explícito aun fué al comunicar á Ático sus impresiones respecto al paso dado por nuestro orador:

« ¿Cómo puedo apreciar, preguntaba, los inmensos conocimientos que

[1] *Philip.*, v, 8.

[2] *Pro Cn. Plancio.*

» posee Ciceron, cuando tan mal sabe poner en práctica lo que ha escrito » acerca de la libertad, de la patria, del verdadero honor, de la muerte y » del destierro? La muerte, el destierro, la pobreza, parecen grandes males » á Ciceron; y con tal que él tenga lo que desea, con tal que se vea re- » verenciado y aplaudido, no teme una servidumbre honrada; como si el » honor pudiera ir unido á cosa tan infame como la esclavitud. En cuanto á » mí, no he resuelto todavía si haré la guerra ó mantendré la paz; pero con » la una ó la otra no seré nunca esclavo. »

Separado de sus antiguos amigos los republicanos, siguió prestando el orador muy útiles servicios á Octavio. Por su consejo reunió éste en la Campania diez mil veteranos, y acercándose á Roma con el pretexto de defenderla contra la tiranía de Antonio, penetró en ella con permiso del pueblo.

Mirándose inferior en fuerzas, salió Antonio de la ciudad. Entonces el Senado, á propuesta de Ciceron, decretó que se erigiese á Octavio una estátua, y le concedió la gracia de nombrarle cónsul diez años antes de cumplir la edad que requeria la ley.

Ciceron vió logrados sus deseos de derribar á Antonio, y de tomar una parte activa en la direccion de los negocios públicos; pero en cambio de estas satisfacciones, contribuyó poderosamente á encender de nuevo en su patria la devoradora hoguera de la guerra civil.

Dócil á la voz de Marco Tulio, que hablaba siempre en nombre de la libertad, el Senado declaró á Antonio enemigo de Roma. Pero el soldado halló pronto soldados; organizó un numeroso ejército, y entre Bolonia y Módena hizo frente á las tropas de Hircio y Pansa, y aunque quedó derrotado, tuvo el consuelo de que murieran en el combate los dos generales enemigos.

Sin desmayar Antonio en aquel trance, se encaminó á los Alpes, con ánimo de atraerse las legiones que acaudillaba Lépido, teniendo la fortuna de que este general se uniera á él con las fuerzas que mandaba. Entonces, y á la cabeza de veinte y tres legiones y diez mil caballos, marchó imponente sobre la gran ciudad, de la que poco antes saliera fugitivo.

Aterrado el Senado, volvió los ojos á Ciceron, que desplegando mayor actividad cuanto mas inminente era el peligro que le amenazaba con el triunfo de su mortal enemigo, no paró hasta alcanzar que los padres conscriptos diesen á Octavio el encargo de levantar las tropas necesarias para hacer frente á Antonio.

No se descuidó Octavio en hacer lo que se le mandaba. Con rara diligencia reunió un ejército no menos numeroso que el que tenia la mision de

combatir, y salió á campaña, llegando hasta Bolonia, donde Antonio y Lépido habian sentado sus reales. Pero en lugar de presentarles la batalla, les envió un mensaje invitándolos á olvidar lo pasado, y á unirse á él para tomar venganza de la muerte de César.

Esta proposicion, que les hiciera Octavio anteriormente por medio de diversos emisarios, agradó á Antonio y Lépido; por lo que quedó convenido entre los tres caudillos tener una entrevista, señalando al efecto una isleta formada por el Reno, á dos millas de Bolonia.

Allí se reunieron aquellos tres hombres un dia de Noviembre del año 43 antes de Jesucristo, adoptando todas las precauciones que les sugirieran sus caractéres recelosos y mútuas sospechas.

Iba acompañado cada uno de cinco legiones escogidas, que formaron tres campos separados alrededor de la isleta, en la que Lépido penetró el primero, para asegurarse de que no se les tenia preparada una celada.

Convencidos de que no habia peligro, por una señal que les hizo Lépido, pasaron á la isleta Antonio y Octavio, por dos puentes construidos de antemano, en cuyas entradas dejó cada uno una guardia de trescientos hombres, y luego que estuvieron reunidos, en vez de saludarse y abrazarse, se empezaron á registrar mútuamente hasta debajo de la ropa, para ver si alguno de ellos llevaba oculto un puñal ú otra arma cualquiera.

Tres dias duró aquella conferencia, que dió por resultado la formacion del segundo triunvirato que acabó con lo poco que quedaba á Roma de su antigua libertad.

Las condiciones que despues de mil disputas firmaron los triunviros, fueron: que los tres generales gobernarian juntos la república, mandando independientemente Octavio en África, Sicilia y demas islas del Mediterráneo, Lépido en España y la Galia Narbonense, y Antonio en el resto de las Galias de una y otra parte de los Alpes.

Además de lo dicho, quedó resuelto que los tres caudillos se desharian de todos sus contrarios, á cuyo efecto formaron una lista de trescientos senadores y dos mil caballeros, que debian morir bajo el puñal de sus sicarios, en cuya lista figuraba el primero Ciceron.

Los autores antiguos aseguran que los triunviros se hallaron embarazadísimos para ponerse de acuerdo respecto á este punto, y que despues de vivas discusiones, no encontraron mas medio de avenencia que sacrificar cada cual á la venganza de sus compañeros alguno de sus mejores amigos.

Como es de presumir, exigió Antonio la muerte de Marco Tulio, en

cambio de la de Lucio César, su tio, á quien abandonó á la venganza de Octavio. En cuanto á Lépido, inscribió sin el menor excrúpulo entre los condenados á su mismo hermano L. Emilio Paulo.

Dado conocimiento á los soldados de tan horrible pacto, lo celebraron con grandes demostraciones de alegría, y exigieron que se ratificase por medio del casamiento de Octavio con Claudia, hija de Fulvia, mujer de Antonio, que tuvo á Publio Clodio por primer marido.

Varios historiadores, y particularmente Plutarco, pretenden persuadir que Octavio no abandonó á Ciceron á la venganza de sus compañeros, sino despues de haber resistido durante dos dias á sus vivas instancias. Pero tal resistencia, si es que la opuso el sobrino de César, fué seguramente fingida, con objeto de dar á su ingratitud y diabólica perfidia un tinte menos odioso, puesto que la muerte del ilustre orador, del hombre que gozaba en Roma de mas autoridad, tanto por su talento como por los eminentes servicios que prestara á la patria, era una consecuencia necesaria de la union de aquellos ambiciosos, y un sacrificio que cada uno de los tres debia exigir como igualmente necesario á sus intereses.

Poco tardó en saberse en Roma la formacion del nuevo triunvirato.

Advertido Ciceron del peligro que corria su vida y la de tantos ilustres ciudadanos, voló al Senado, maldiciendo la imprudente confianza que depositara en el infame Octavio, y obligó á los padres conscriptos á expedir un decreto, por el que se privaba á los triunviros del mando de las tropas, y se les ordenaba que comparecieran ante aquel alto cuerpo á dar cuenta de su conducta.

Pero era tarde ya para que tales medidas diesen sus resultados. En vez de obedecer, los caudillos rebeldes marcharon contra Roma; acogieron amigablemente á cuantos se les unieron; apoderáronse del tesoro, y dieron enseguida principio á la matanza, que dejó muy atrás las horribles hecatombes de Mario y Sila.

Al ver aproximarse á Roma á los triunviros, y conociendo Ciceron que no podia esperar gracia de Antonio si caia entre sus manos, habíase retirado á su quinta de Túsculo, en compañía de su hermano y sobrino. Mas no creyéndose seguro en aquel sitio, corrió á refugiarse en su posesion de Astura, que, próxima á la orilla del mar, le proporcionaba el medio de huir mas fácilmente de sus enemigos.

Quinto, que no tenia hecho preparativo alguno para tan impensado viaje, volvió á Roma con su hijo, á fin de recoger algun dinero, mientras nuestro

orador, encontrando en Astura una nave que iba á darse á la vela, se embarcó en ella, obligándole bien pronto los vientos contrarios á saltar en tierra cerca de Circea.

Asaltado de mil inquietudes, pasó la noche en la playa Marco Tulio, vacilando entre buscar asilo al lado de Bruto, que defendia en Macedonia á la cabeza de un poderoso ejército la causa de la república, ó regresar á Roma para implorar la proteccion de Octavio. Pero repugnando á su dignidad el deber la vida al hombre de cuyo partido habia desertado, y confiando muy poco en los sentimientos generosos de Octavio, resolvió abandonarse á su destino, esperando tanquilamente á los sicarios de Antonio, que sabia le buscaban ávidos de su sangre.

Las instancias de sus esclavos le obligaron á abandonar esta resolucion, y confiándose á ellos, embarcóse de nuevo, prosiguiendo su viaje hasta Gaeta, donde volvió á desembarcar, encaminándose á su quinta de Formia,[1] distante poco mas de una milla de la costa.

Fatigado del viaje, se acostó Ciceron así que entró en su casa, y hacia ya algunas horas que dormia, cuando llegaron varios campesinos, diciendo que acababan de ver un grupo de hombres sospechosos muy cerca de la quinta.

Justamente alarmados los esclavos, despertaron á su señor, y casi á la fuerza le obligaron á entrar en una litera, con la que precipitadamente se dirigieron á la orilla del mar.

Un instante despues llegó á la quinta una turba de sicarios enviados por Antonio, á cuyo frente marchaban el centurion Herenio, y Popilio Lena, tribuno militar, que denunciado algunos años antes á los tribunales como reo de parricidio, debió la vida á la elocuencia de Ciceron.

Como hallasen cerradas los recien venidos las puertas de la quinta, las echaron al suelo, y no encontrando dentro á Marco Tulio, ni dándoles noticias de él algunos criados que quedaran en la casa, preguntaron á un mancebo, llamado Filólogo, liberto de Quinto Ciceron, á quien el orador habia instruido en las ciencias y letras, el cual les indicó al momento el camino que tomaran los fugitivos.

Seguro de encontrar al que buscaba, lanzóse Lena con su gente en pos de los que conducian la litera, mientras Herenio, dando un rodeo por

[1] Hoy Mola de Gaeta, villa de Nápoles con 2000 habitantes, perteneciente á la de Tierra de Labor, en cuyas cercanías fué asesinado Ciceron, y donde todavía se levanta una torre cuadrada, que pasa entre los naturales por ser el sepulcro del célebre orador.

detrás de un bosquecillo inmediato á la quinta, iba á cortarles la retirada hácia el mar.

Viendo acercarse á sus perseguidores, los esclavos dejaron en el suelo la litera, y alineándose delante de ella, quisieron defenderse; pero su amo les mandó estarse quietos, y sacando la cabeza por la portezuela, apoyando la barba en su mano izquierda, cual tenia por costumbre, púsose á mirar de hito en hito á Lena, que llegaba corriendo con la espada desnuda.

Luego, con voz que denotaba aquel sublime desprecio de la vida, última virtud de los romanos, dijo el grande orador:

«¡Ven aquí, veterano! ¡Veamos si sabes herir!»

Acabadas de pronunciar aquellas palabras, arrojóse el tribuno sobre su noble defensor, hundió el acero en su garganta, y palpitante aun, le cortó ferozmente la cabeza y las manos, que envolvió en una punta de su manto, tomando inmediatamente el camino de Roma.

Así murió el ilustre Ciceron el 7 de Diciembre del año 43 antes de nuestra era, á la edad de sesenta y tres años, once meses y cinco dias.

Hallábase Antonio en el Foro, rodeado de su guardia y de un inmenso populacho, cuando llegó Popilio, y como le enseñara desde lejos la lívida cabeza de su enemigo, que reconoció al instante, exclamó alegremente:

«¡Hé aquí acabada ya la proscripcion!»

Y con salvaje alegría se puso á contemplar el sangriento presente que le ofrecia su sicario, á quien mandó entregar en el acto una corona de oro y cerca de un millon de reales en metálico.

Llevó Antonio á su esposa Fulvia, casada primeramente con Clodio, como dejamos dicho, la cabeza del célebre orador, y aquella infame, despues de prorumpir en atroces injurias contra el constante enemigo de sus maridos, le traspasó la lengua con un alfiler de oro.

Consumada tan horrible profanacion, mandó Antonio clavar en los *Rostros* aquella cabeza, que desde el mismo sitio y con tanta gloria defendiera la vida de sus conciudadanos y la libertad de su patria.

Conservaron los romanos durante algunos siglos tan fresca la memoria de la muerte del célebre orador, que han trasmitido á la posteridad todos los detalles de aquel asesinato, considerándolo como uno de los principales y mas siniestros acontecimientos de su historia.

Prescindiendo del eterno baldon que granjeó á Antonio su odioso crímen, debió sentir Octavio grandes remordimientos por su negra ingrati-

tud, como lo prueba el que ninguno de sus aduladores y favoritos osó pronunciar nunca en su presencia el nombre de Ciceron.

Refiérese que un dia, cuando el sobrino de César ceñia ya á sus sienes la corona imperial, sorprendió á uno de sus nietos leyendo las obras del insigne orador, y que lejos de ofenderse por ello, cogió el libro de manos del lector, ojeó algunas páginas, y se lo devolvió, diciendo:

« ¡ Fué grande hombre, y muy amante de su patria ! »

Compilando algunas de las infinitas noticias que nos quedan respecto á la persona de Marco Tulio, diremos que era de alta estatura, algo flaco, de facciones regulares, semblante varonil y serena mirada, que inspiraba á un mismo tiempo respeto y confianza. Su complexion, débil en su juventud, él la fortaleció en la edad madura con su severa frugalidad, de modo que logró gozar siempre de buena salud en medio de su azarosa vida y de su constante aplicacion al trabajo.

El método que habia adoptado para conservarse sano, consistia en madrugar mucho, bañarse á menudo, frotarse el cuerpo y dar cada dia un regular paseo, con objeto de conservar la voz. [1]

Por lo que hace á su traje, observaba lo que prescribe en su tratado de *Officiis*, esto es, evitar cuidadosamente el singularizarse, vistiendo con la decencia y modestia que convienen al carácter y dignidad de un hombre de letras.

En su vida privada, con sus domésticos, amigos y parientes, era lo mas amable que pueda imaginarse. Padre indulgente, leal amigo y amo generoso, sus cartas atestiguan cuán tiernamente amaba á su familia, pues que confiesa en ellas á cada paso que las caricias de sus hijos le hacian olvidar todos sus trabajos y le aliviaban de las fatigas del Senado y del Foro.

Como prueba de la bondad conque Ciceron trataba á sus esclavos, reproducimos con el mayor placer el siguiente fragmento de una de sus epístolas:

« Tengo turbada la mente y desgarrado el corazon, por la muerte del » pobre Sositeo, mi lector, jóven de grandes esperanzas, cuya pérdida me ha » afligido mas de lo que pudiera esperarse tratándose de un esclavo. » [2]

Respecto á la amistad, nada mas sublime que la idea que Marco Tulio tenia de esta noble afeccion. Nunca se vió que le faltasen constancia y actividad al defender los intereses de cualquiera á quien solo una vez hubiera dado el título de amigo.

[1] « Cum recreandæ voculæ causa mihi necesse esset ambulare. » — *Ad Áttic.*, II, 23.

[2] *Ad Áttic.*, I, 12.

« La amistad, solia decir, no merece este nombre si solamente buscamos » en ella nuestro propio interés. En tal caso, no será mas que un vil comer» cio, en el que cada uno busca su utilidad. »

Por eso se complacia en hacer la fortuna de sus amigos y en socorrerlos en las adversidades; pero con mas ardor en este último caso, porque conocia la mayor necesidad que tenian entonces de sus auxilios. Y era tan sabido en Roma su modo de pensar sobre este punto, que uno á quien distinguia con su cariño, al pedirle perdon de la importunidad conque le demandaba un favor, le dijo: « que sus amigos estaban acostumbrados, no á pedirle las » cosas, sino á exigírselas. »

En cuanto á la gratitud, la llamaba la *madre de todas las virtudes*, y empleaba indistintamente las palabras *agradecido* y *virtuoso*, cual si fueran sinónimas.

El lujo conque estaba alhajada su casa correspondia á la nobleza de su carácter y á lo elevado de su posicion. Sus galerías contenian estátuas y pinturas de los mejores artistas griegos: sus muebles y vajillas armonizaban por lo exquisito del trabajo con lo precioso de la materia. Plinio cita una riquísima mesa de cedro que existia en su tiempo, y que, segun dice, fué la primera de esta clase que vió en Roma, por la que Ciceron habia pagado ochenta mil reales.

Cada mañana invadia sus antesalas multitud de ciudadanos y extranjeros distinguidos, que iban á saludarle mientras se vestia, y el gran Pompeyo no desdeñó el mezclarse mas de una vez con los que formaban su séquito cuando salia de casa. El mayor número de ellos acudia allí, no solo con objeto de visitar al orador, sino tambien para acompañarle al Senado y al Foro, donde esperaba á que hubiese evacuado todos sus asuntos, para volver con él á su domicilio.

Los dias en que algun negocio no le obligaba á salir, acostumbraba recibir visitas hasta las diez de la mañana, encerrándose luego en su biblioteca, sin mas distraccion que las caricias de sus hijos en algun momento de reposo.

Frugal en su alimento, su principal comida era la cena, en la que, segun costumbre de las personas acomodadas de aquel siglo, reunia á la mesa á sus mejores amigos, pasando con ellos parte de la noche, lo que no le impedia abandonar el lecho antes del alba.

Contra lo que naturalmente podia esperarse de un hombre de tan extraordinarios conocimientos y sobrecargado de tantos cuidados, su génio era

alegre, y le sugeria contínuamente dichos agudos y picantes, que le fueron muchas veces útiles en el Foro para reprimir la insolencia de sus adversarios, así como para granjearse la atencion y favor de los jueces é inclinarlos á suavizar sus sentencias, provocando á menudo la risa del auditorio á costa del acusador.

Ciceron poseia un gran número de quintas y haciendas en diferentes puntos de Italia. Algunos autores cuentan hasta diez y ocho que él mismo edificó ó adquirió, á excepcion de la de Arpino, que heredó de sus mayores. Por lo comun estaban situadas aquellas posesiones á distancias proporcionadas unas de otras, á lo largo de la costa del Mediterráneo, siendo las que mas le gustaban y en las que solia pasar mas tiempo las de Túsculo, Anzio, Astura, Arpino, Formia, Cuma, Puzzolo y Pompeya.

Túsculo era el asilo donde con mas frecuencia iba el grande orador á buscar soledad y entregarse al estudio. Desde allí, alejado de Roma tres leguas, es decir, lo extrictamente necesario para ocultarse á las miradas de sus conciudadanos, le era dado á Marco Tulio contemplar su ciudad predilecta, que no podia dejar de ver por mucho tiempo. Sentado en lo alto de la colina á cuyo pié estaba edificada la quinta, ofrecíase á sus ojos un cuadro vasto y variado, tan rico de memorias históricas como de bellezas naturales. La llanura que se extendia á sus piés habia servido de campo de batalla á los primeros reyes de Roma y á los fundadores de la república. Por todas partes se ostentaban marmóreos monumentos sepulcrales de ilustres patricios y de varones consulares. Las largas líneas que surcaban el suelo eran las vias militares, pisadas por los ejércitos que llevaran victoriosas las águilas romanas hasta entre los partos y los árabes. Desde la azotea de la casa se divisaban las blancas torres de Esulo, de Preneste y de Tívoli. A un lado bosques, prados, riachuelos; al otro Alba, cobijada en su cuna de verdura, el elevado templo de Júpiter Lacial, las encinas de Aricia, los pinos de Laurento, y en fin, el mar, cubierto de naves de todas las naciones, que dirigian sus proas hácia Ostia, completando este delicioso cuadro el panorama de la ciudad reina del mundo, cuyos suntuosos edificios, dorados por un sol expléndido, tenian por dosel el puro cielo de la Italia.

La antigua Roma no lanzaba á los aires las atrevidas torres y cúpulas de la Roma moderna; pero las siete colinas en que está asentada, separadas por muros, se distinguian mejor, y las innumerables estátuas de los dioses que coronaban sus templos parecian un ejército de séres inmortales prontos á defender sus sagradas moradas.

Es positivo que el lector, recordando que Ciceron no heredó un pingüe patrimonio, no acertará á explicarse de dónde sacó los capitales necesarios para sostener tanto lujo y adquirir tan ricas posesiones; pero lo comprenderá pronto si se detiene á considerar los diferentes medios que se le ofrecieron para aumentar honradamente su fortuna.

Los hombres importantes de Roma solian enriquecerse en el gobierno de las provincias, por medio de los legados que les dejaban sus clientes y amigos, ó con los regalos de los reyes ó Estados que se ponian bajo su proteccion; y aunque nuestro orador fué un modelo de gobernantes por su desinterés y probidad, los crecidos sueldos correspondientes á los importantes empleos que desempeñó, y mas de veinte millones de reales que le legaron sus clientes en prueba de agradecimiento á sus servicios, bastaron en manos de un hombre tan sóbrio, tan prudente y tan superior á cierta clase de placeres ruinosos, para sufragar todos sus gastos.

Nadie ha acusado á Ciceron de estar dominado por ninguno de los vicios que deshonraban á la mayor parte de sus contemporáneos. Lejos de esto, en el mas corrompido de todos los siglos, su vida fué un modelo de virtudes públicas y privadas.

Bosquejado el retrato de Ciceron como hombre político, vamos á terminar su biografía dando cuenta de cómo acabaron sus dias algunos individuos de su familia, y señalando sus principales obras.

Segun dejamos dicho, al separarse del orador su hermano Quinto, volvió á Roma de incógnito en compañía de su hijo, con ánimo de recoger dinero para pasar á Macedonia, donde ambos pensaban refugiarse. Pero la vigilancia de los satélites de Antonio los descubrió al instante. Preso primero el hijo, rehusó constantemente declarar dónde estaba el autor de sus dias, á pesar de los horribles tormentos conque procuraban los sicarios arrancarle el secreto, hasta que no pudiendo Quinto soportar que fuese el generoso jóven víctima de su amor filial, se descubrió á sí mismo, pidiendo por favor á los verdugos que le mataran á él primero. El hijo demandó la misma gracia, y entonces los asesinos, para satisfacer á los dos, los degollaron al mismo tiempo.

Tulia y Marco fueron los hijos que tuvo de Terencia el insigne orador. La primera murió, como hemos visto, en la flor de su edad: en cuanto al segundo, mientras unos autores nos lo presentan como un dechado de virtudes, otros, y entre ellos Plinio,[1] dicen que fué un hombre ocioso, amigo de

[1] Hist. Nat., XIV, 22.

placeres y dado á la embriaguez, y que se hizo famoso por la enorme cantidad de vino que bebia de una asentada, cual si quisiera arrebatar á Marco Antonio, el asesino de su ilustre padre, y tambien su enemigo, la gloria de pasar por el mayor borracho de su tiempo.

Sea de esto lo que quiera, lo que parece cierto es que por órden de Ciceron pasó una parte de su juventud en Aténas, estudiando al lado de Cratipo y otros insignes filósofos griegos; que se distinguió extraordinariamente en Farsalia mandando algunos escuadrones de Pompeyo; que combatió tambien en Filipos como general de la caballería de Bruto, y que mas tarde le distinguió Octavio nombrándole su colega en el consulado, enviándole despues de procónsul á Ásia, donde es probable que muriese de edad muy avanzada.

Plinio y Valerio Máximo aseguran que Terencia vivió ciento tres años, y segun San Jerónimo, despues de divorciada de Ciceron, se unió primero al ilustre historiador Salustio, acérrimo adversario de nuestro orador, y despues á Mesala. Dion Casio la da por cuarto marido á Vibio Rufo, elevado al consulado en el reinado de Tiberio, el cual se alababa de poseer dos cosas que habian pertenecido á dos grandes hombres, á saber: la mujer de Ciceron y la silla en que se sentó César el dia en que le mataron.

Entre la muchedumbre de escritores que han consagrado su vida á ilustrar á sus semejantes, no hay ninguno que nos haya dejado frutos tan abundantes de su aplicacion en todas las ciencias y artes liberales como el gran orador romano. La elocuencia, la poesía, la filosofía, la jurisprudencia, la historia, la crítica y la moral fueron tratadas por él con mas acierto y profundidad que por los mas célebres autores de todos los siglos.

Solo nos queda una pequeña parte de las obras que compuso este hombre extraordinario, y aunque algunas de ellas han llegado hasta nosotros mutiladas ó alteradas por la barbárie de ineptos traductores y copistas, son miradas con justicia como los mas preciosos monumentos del saber humano que nos legó la antigüedad.

No siéndonos posible ofrecer aquí un análisis de estas obras, de muchas de las cuales solo existen fracmentos, siendo otras conocidas entre los eruditos por mera tradicion, nos limitaremos á consignar los títulos de las que se atribuyen á Ciceron, á saber: sobre filosofía del gusto ó retórica: *Rhetoricorum, Rhetorica libri II, De partitione oratoria, De oratore ad Quintum fratrem libri III, De claris oratoribus, De optimo genere dicendi, De optimo genere oratorum, Topica ad C. Trebatium* y *Comunes loci.* Sobre filosofía polí-

tica: *De republica libri VI, De legibus, De jure civili, Epistola ad Cæsarem de ordinanda republica.* Sobre filosofía moral: *De officiis libri III, De virtutibus, De senectute, De amicitia, De gloria libri III* y *De consolatione.* Sobre filosofía especulativa: *Academicorum libri IV, De finibus bonorum et malorum libri V, Tusculanarum quæstionum libri V, Paradoxa estoicorum, Hortensius, seu de Philosophia* y *De universo.* Sobre religion: *De natura deorum libri III, De divinatione libri II, De fato liber singularis, De auguriis* y *Auguralia.* Poemas: *Versus Homerici, Arati Phænomena, Arati Prognosticata, Alcyones, Uxorius, Nilus, Limon, Marius, De rebus in consulatu gestis, De meis temporibus, Livellus jocularis, Pontius Glaucus* y *Epigramma in Tironem.* Obras históricas y sobre diversos asuntos: *De meis consiliis, De consulatu, De laude Cæsaris, Laus Porciæ, Laus M. Catonis, Cronographia* y *Admiranda.* Oraciones: veinte y cinco forenses, entre las que se cuentan las famosas *Verrinas,* ó sean las siete que pronunció contra Cayo Licinio Verres, y cuarenta y ocho discursos parlamentarios, ú oraciones consulares, en las que van inclusas las cuatro célebres *Catalinarias,* que tanto renombre dieron á nuestro orador. A este gran número de obras debe añadirse el *Epistolario,* que comprende, segun Cantú, sobre ochocientas cartas, en las que no se sabe qué admirar mas, si la profundidad de pensamientos, ó la elegante sencillez conque están escritos.

Llegamos al fin de la biografía del mas ilustre de los oradores romanos, sintiendo que las especiales condiciones de este libro nos hayan obligado á encerrarla en tan estrechos límites.

Cualquiera que sea el lugar que la pasion de partido señale á Ciceron como hombre público, nadie le negará el derecho de figurar en primer término entre los mas sabios varones de los tiempos pasados. En su patria se revela á cada paso la memoria de su glorioso nombre. El admirable edificio político á cuya conservacion consagró su vida, y que en sus obras se complace en llamar eterno, ha desaparecido; es un recuerdo histórico para nosotros: de aquí á quinientos años será un mito. En la altiva metrópoli, reina un tiempo del mar y de la tierra, están profundamente grabadas las huellas de la destruccion. Los dorados techos del Capitolio, brillantes un dia cual preciada diadema de la ciudad cuyo ornamento eran, hace siglos que vinieron á tierra. El fastuoso sacerdote no sube ya, seguido de la víctima, los cien escalones que conducian al ara de sus mentidos númenes. La yerba crece en el desierto Foro. Una columna que milagrosamente permanece entera, es el único resto de los soberbios edificios consagrados á Júpiter To-

nante y á la Concordia, donde tantas veces se reunieran los padres conscriptos para fijar la suerte de los reyes vencidos. Y sin embargo, en medio de tanta soledad y tanta ruina, la voz de Ciceron parece resonar todavía hablando al oido del asombrado viajero, que cree ver levantarse aun sobre la tribuna la majestuosa figura del orador romano.

Tal es el sublime poder del génio, que sobrevive al tiempo y á las ruinas, y que al desaparecer de la tierra, deja en pos una ráfaga de eterna luz que alumbra á las generaciones venideras.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CICERON.



JULIO CÉSAR

CÉSAR.

Difícil es hallar en la historia de ningun pueblo u[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]ntre las grandes figuras que ofrece á nuestra [illegible]

[illegible] Cayo Julio César [illegible]

[illegible]

[illegible] que se nos han [illegible]

célebre personaje cuya biografía vamos á narrar acerca de los estudios [illegible] inclinaciones y demás particularidades de su infancia, por lo que nos limitarémos á decir que vió la luz del dia en Roma, el año 100 antes de la era [illegible] y que su juventud [illegible] sentó por cierto como un modelo de buenas costumbres.

Disipado, audaz, amigo de aventuras, aficionado á mujeres, como todos los [illegible] prestado, valido del crédito que inspiraba su ilustre familia y tanto derrochó en regalar á sus queridas y [illegible] amigos, que antes de llegar á obtener ningun cargo público debia la enorme suma de mil [illegible]

[illegible]se de descender en línea recta de Vénus [illegible] y de un rey, no habia nada que le [illegible]lo á demostrar en medio de sus locuras [illegible] la [illegible]ardo que le devoraba.



CÉSAR.

(100 Á 44 ANTES DE J. C.)

Difícil es hallar en la historia de ningun pueblo una época tan abundante en eminentes varones como durante el siglo que precedió al nacimiento de nuestro Redentor.

Entre las grandes figuras que ofrece á nuestros ojos esta época, descuella la de Cayo Julio César, hijo de Aurelia, noble dama romana, y de un hermano de Julia, esposa de Mario.

Muy escasas noticias nos han legado los escritores contemporáneos del célebre personaje cuya biografía vamos á narrar acerca de los estudios, inclinaciones y demas particularidades de su infancia, por lo que nos limitaremos á decir que vió la luz del dia en Roma, el año 100 antes de la era cristiana, y que la juventud del futuro dominador del mundo no puede presentarse por cierto como un modelo de buenas costumbres.

Díscolo, audaz, amigo de aventuras, aficionado á mujeres, como todos los jóvenes nobles de su época, y mas pródigo que ninguno de ellos, tomaba prestado, valido del crédito que inspiraba su ilustre familia, y tanto derrochó en regalar á sus queridas y buscarse amigos, que antes de llegar á obtener ningun cargo público debia la enorme suma de mil trescientos talentos.

Gloriándose de descender en línea recta de Vénus y de Anco Marcio, es decir, de una diosa y de un rey, no habia nada que le pareciese difícil de alcanzar, empezando á demostrar en medio de sus locuras juveniles la sed de gloria y mando que le devoraba.

Casado á los diez y siete años con Cornelia, hija de Cinna, César tuvo valor para desobedecer al poderoso Sila, que le mandó divorciarse de su esposa.

Resentido el vengativo dictador de aquella negativa, ó tal vez acordándose de que aquel jóven era sobrino de Mario, del hombre que mientras vivió fué su implacable enemigo, le incluyó al punto en la lista de los que, durante las atroces matanzas conque se manchó, debian caer bajo el puñal de sus sicarios.

La intercesion de algunos hombres compasivos que recordaron al sanguinario caudillo cuán injusto é inútil era asesinar á un adolescente, le salvaron la vida. El dictador concedió la gracia que se le pedia, pero dijo á los que la solicitaron:

« En ese muchacho que os parece tan inofensivo encontrareis muchos Marios. »

Y no fué vana aquella profecía.

Advertido César del peligro á que se viera expuesto, y desconfiando de que fuese sincero el perdon que le otorgara Sila, creyó prudente desterrarse de Roma mientras se disipaba la tormenta, yendo á refugiarse al lado de Nicomedes III, rey de Bitinia, que le tomó bajo su proteccion, y con quien, segun varios autores, contrajo relaciones tan vergonzosas, que fueron causa de que sus mismos soldados le llamasen despues la *reina de Bitinia.*

Permanecido que hubo algun tiempo al lado de aquel soberano, César determinó volver á Roma, y embarcándose con algunos amigos, fué apresado por unos piratas cerca de Farmacusa.

Como los aprehensores le pidieran por su rescate veinte talentos, no pudo menos de burlarse interiormente de ellos, viendo que ignoraban la calidad del prisionero que hicieran, y les ofreció cincuenta.

Aceptada la oferta, envió á sus acompañantes á diferentes poblaciones para reunir la suma convenida, quedándose con uno solo de sus amigos y dos criados en medio de los corsarios, á quienes, no obstante estar reputados por los hombres mas feroces de la Cilicia, trataba con el mayor desprecio, hasta el punto de que cuando se acostaba les mandaba imperiosamente guardar silencio. Cual si fuera su jefe, jugaba con ellos, hacia ejercicios gimnásticos y componia arengas, que les leia, y si no le aplaudian, los llamaba bárbaros é ignorantes, llegando algunas veces hasta amenazarlos con la horca.

Reunidos los cincuenta talentos, fué puesto en libertad. Entonces equipó

en Mileto algunas naves, y se dirigió contra los piratas, á quienes sorprendió é hizo prisioneros en su mayor parte, conduciéndolos luego á Pérgamo, donde les hizo ahorcar segun les ofreciera.

De vuelta en Roma César, los triunfos que obtuvo en el Foro, su afabilidad, la benevolencia conque recibia á todos, grandes y pequeños, la suntuosidad de su mesa y su munificencia, le valieron popularidad é influjo en el gobierno, á pesar de sus émulos, que no haciéndole caso en un principio, no pudieron mas tarde neutralizar los efectos de su perseverancia. Solo Ciceron acertó á distinguir en medio de la suavidad de su conducta política el carácter dominante de César, del cual decia:

« En todos sus proyectos y acciones veo fines tiránicos, á pesar de que » su pulcritud me impida creer que abrigue formalmente el negro designio » de derribar la república. »

Pronto recibió César pruebas del cariño del pueblo, que le nombró tribuno militar en competencia de Cayo Pompilio, y aplaudió, en la oracion fúnebre que dedicó á la muerte de Julia, esposa de Mario, el atrevimiento de elogiar á este caudillo, que habia sido declarado enemigo de la patria.

Encargado de la conservacion de la Via Apia, empleó en ella parte de su fortuna, y en las fiestas de su edilidad, entre otros espectáculos, hizo combatir trescientas veinte parejas de gladiadores.

Dividida Roma en dos facciones, á saber, la de Sila, extraordinariamente poderosa, y la de Mario, muy debilitada, César quiso animar á esta última, colocando de noche en el Capitolio la imágen del vencedor de los cimbrios, rodeada de victorias, trofeos é inscripciones, cuya audacia fué aplaudida por el pueblo, á pesar de las recriminaciones de algunos ciudadanos que acusaban á César de aspirar á la dictadura.

Citado ante el Senado á consecuencia de aquel hecho, Cátulo Lutacio, uno de los mas autorizados miembros de aquel alto cuerpo, tomó la palabra para proferir aquella expresion que se miró despues como una profecía, á saber: «Que César no atacaba á la república de un modo encubierto, sino » que abiertamente asestaba sus tiros contra ella. »

Poco trabajo costó á César justificar su conducta, con lo que adquirió todavía mas prestigio, é hizo augurar á sus admiradores que llegaria á obtener el primer puesto en Roma.

En competencia con Isáurico y Cátulo, dos de los mas ilustres personajes de Roma, solicitó el cargo de Gran Pontífice. Cátulo, que temia la influencia de César, le ofreció secretamente sumas considerables si desistia de

su pretension; mas el ambicioso jóven contestó, que pediria prestadas sumas mayores para sostenerla.

Llegado el dia de la eleccion, dijo abrazando á su madre:

« ¡ Madre mia, hoy verás á tu hijo Gran Pontífice, ó proscripto ! »

Muchos obstáculos tuvo que allanar nuestro héroe para alcanzar la alta dignidad que pretendia; pero al fin fué elegido, y el éxito que obtuvo en esta empresa hizo preveer al Senado y á los mejores ciudadanos el ascendiente que iria tomando sobre el pueblo, á quien temian que arrastrase á los mayores excesos.

Llevados de esta idea, Pison y Cátulo dirigieron fuertes cargos á Ciceron, por no haber envuelto á César en la causa que se formó contra Léntulo y Cetego, cómplices en la conjuracion de Catilina, la cual, como sabemos, causó en Roma tan honda sensacion.

Aun cuando es dudoso que César tomara parte en la conspiracion y quisiera auxiliarla, es efectivo que defendió elocuentemente á Léntulo y Cetego en un discurso hábilmente preparado. Mas no logró desvanecer la evidencia de las pruebas que militaban contra aquellos dos personajes, amigos y agentes de Catilina, y fueron condenados.

Al salir de la sesion del Senado en que se pronunció la última pena contra Léntulo y Cetego, algunos de los jóvenes patricios que habian formado una especie de guardia pretoriana para defender la vida de Ciceron, quisieron matar á César; pero se opuso á este designio el célebre orador, ya fuese por temor al pueblo, ó bien porque creyera que era inútil aquel asesinato.

Pocos dias despues tuvo César que justificarse ante el Senado de las sospechas y acusaciones de que era objeto, y como se prolongase la Asamblea mas tiempo que el ordinario, rodeó la muchedumbre el edificio, pidiendo á grandes gritos que se dejase salir libremente á su favorito.

Para impedir, y aun amenguar el favor que el pueblo dispensaba á César, favor tanto mas temible en cuanto este caudillo iba á ejercer la pretura de Roma, propuso Caton á los padres conscriptos que mensualmente se repartiera á los indigentes de la ciudad el trigo necesario para su alimento, munificencia que solo representaba un aumento en los gastos anuales de cinco millones de sextercios. Pareciendo excelente aquella idea, púsose en práctica al momento, con lo que el famélico populacho llegó casi á olvidar á César, prodigando sus aplausos al Senado que le daba de comer.

En estas circunstancias tuvo lugar en casa de nuestro héroe un hecho

muy desagradable, que le mortificó sobremanera y que vamos á relatar sucintamente.

Vivia en Roma un jóven patricio, llamado Publio Clodio, tan distinguido por sus riquezas como por su insolencia y audacia superiores á toda ponderacion. Este mancebo se enamoró perdidamente de Pompeya, segunda mujer de César, la que, segun varios autores, le miraba con buenos ojos, y aun le correspondia; mas estando guardada por la vigilante Aurelia, madre de César, mujer de gran virtud, que empezando á concebir sospechas de su nuera no la dejaba un instante sola, las ocasiones que se le ofrecian para hablar con Clodio eran tan raras como peligrosas, segun va á verse por lo que sucedió.

Sabido es que los romanos adoraban una divinidad conocida con el nombre de la Buena Diosa, y que cuando las mujeres celebraban su fiesta, estaba prohibido á los hombres, bajo severas penas, el mezclarse con ellas.

Por lo comun tenia lugar esta ceremonia en la casa del cónsul ó del pretor en ejercicio, los cuales la abandonaban al punto, así como todos los hombres que en ella vivian, encargándose la mujer de adornarla, hecho lo cual llegaban las matronas convidadas y pasaban la noche entre diversiones y conciertos.

Durante la pretura de César, Pompeya fué encargada de hacer los honores de la fiesta, y Clodio, que todavía era imberbe, creyendo no ser conocido, se disfrazó de cantora, siendo introducido sin obstáculo en casa de Pompeya por una de sus esclavas que estaba en el secreto de aquellos amoríos, y que despues de dejar al jóven en el aposento de su señora, corrió á avisarla la visita de su amante.

Debió tardar Pompeya mas de lo que permitia la impaciencia del enamorado mozo, por lo que, abandonando la estancia en que se ocultaba, empezó á recorrer la casa, evitando el ser visto; mas á pesar de eso, encontrándole una de las criadas de Aurelia, quiso entablar conversacion con él, y conociendo por su voz el sexo á que pertenecia, se puso á gritar desaforadamente, diciendo que habia un hombre en la casa.

El espanto se apoderó entonces de las mujeres. Aurelia mandó cesar las ceremonias y cerrar bien las puertas, y tomando una antorcha examinó detenidamente todos los rincones de la casa, hallando al fin á Clodio en el aposento de la esclava que le habia introducido, sin que pudiera explicar de un modo satisfactorio para el honor de Pompeya su presencia en aquel sitio.

Arrojado Clodio ignominiosamente de la casa que pretendia infamar, la abandonaron las mujeres aquella misma noche, yendo á contar á sus respectivos esposos el escándalo ocurrido.

El atrevimiento del jóven patricio llenó de indignacion á muchos ciudadanos, que acusaron á Clodio de sacrílego, y de tener ilícito comercio con su misma hermana, casada con Léntulo.

A pesar de las irrecusables pruebas que presentaron los acusadores, no se atrevieron los jueces á condenar al libertino, que gozaba de gran popularidad por su valor y desprendimiento, y el mismo César, quizás para no malquistarse con la muchedumbre, declaró formalmente que no tenia conocimiento del atentado de Clodio contra su honra, llevando hasta tal punto el disimulo, que al preguntarle algunos porqué, si era inocente, habia repudiado á Pompeya, contestó:

« Porque la mujer de César debe ser tal, que nadie tenga que sospechar de ella. »

Acabada su pretura, cúpole en suerte á César el mando de España, para donde partió, despues de haberle prestado fianza Craso, el mas rico de los romanos, por la suma de ochocientos treinta talentos que exigian los acreedores para dejarle marchar.

De su viaje se cuenta, que al atravesar los Alpes y pasando por una aldea de los galos, los amigos de César le preguntaron, bromeando, si entre tan miserables gentes habia rivalidades y envidias para ocupar los primeros puestos, y que él contestó, que preferiria ser el primero entre aquellos bárbaros que el segundo entre los romanos.

Tambien se refiere otro hecho de César, que revela claramente cuánto le embargaban ya las ideas de dominacion. Durante su permanencia en España, estaba leyendo cierto dia la vida de Alejandro, y reflexionando sobre ella, llegó á derramar lágrimas; por lo que, maravillados sus amigos, le preguntaron qué tenia, y él contestó:

« ¡ A mi edad reinaba ya Alejandro sobre muchos pueblos, y yo todavía no he hecho nada digno de memoria ! »

Llegado á España, levantó en pocos dias diez cohortes, que juntó á las veinte que ocupaban ya el pais, emprendiendo en seguida la guerra contra los gallegos y lusitanos, á quienes sojuzgó, extendiendo el dominio de Roma hasta el Océano.

Terminada felizmente esta guerra, dedicóse César á cicatrizar las heridas que habia causado, reconciliando ciudades enemigas y dictando aquella

célebre ley que obligaba á los deudores á entregar los dos tercios de sus rentas á los acreedores, hasta la extincion de sus deudas.

Al salir de España se llevó el hábil general, además de las simpatías de sus administrados, cuantiosas riquezas y el favor de los soldados, á quienes habia colmado de bienes, y que le saludaron con el título de *emperador*.

No permitiendo la ley que residiera en Roma el general que solicitase los honores del triunfo, César determinó renunciar á él, pidiendo en su lugar el consulado, lo cual era lícito hacer dentro de la capital. Entró al punto en la ciudad, y su primer cuidado fué conseguir la reconciliacion de Craso y Pompeyo, suceso que produjo grande efecto, y que engañó á todos, menos al previsor Caton, quien vió que por tal medio César habia adquirido el poder junto con aquellos dos poderosos adversarios, y que no tardaria en emplearlo contra la república.

Apoyado por Craso y Pompeyo, obtuvo César el consulado, y presentó leyes dignas, no de un cónsul, sino del tribuno mas audaz; leyes en que proponia reparticiones de tierras y distribuciones de trigo entre el pueblo.

Los senadores mas influyentes se negaron á apoyar estas leyes.

César, despues de haber protestado ante el Senado y quejádose de que la conducta injusta y dura del mismo le obligaba á arrojarse en brazos de los proletarios, se presentó á la Asamblea del Pueblo, teniendo á un lado á Craso y al otro á Pompeyo.

Habiendo preguntado en alta voz á los citados caudillos si aprobaban las leyes que acababa de proponer, ellos contestaron afirmativamente.

Entonces les exhortó á defenderle contra los que, amenazándole con el puñal, pretendian que las retirase, y ambos le ofrecieron su apoyo, añadiendo Pompeyo, con la arrogancia que le era peculiar, que á los puñales opondria él su victoriosa espada.

Poco tiempo despues, Pompeyo se casó con Julia, hija de César, y luego, habiendo querido éste que el pueblo sancionara las leyes que propuso, su yerno llenó el Foro de soldados, y no solo consiguió la sancion, sino tambien que César gobernase por cinco años las Galias Cisalpina y Trasalpina.

Indignado Caton al contemplar la audacia de aquellos ambiciosos, quiso oponerse en el Senado á que se firmaran los decretos que solicitaban, por cuyo motivo iba á ser conducido á la cárcel; pero viendo el mal efecto que causaba en el pueblo tan arbitraria medida, mandó Pompeyo ponerle en libertad.

A consecuencia de este acto, los senadores no acompañaban ya á Pompe-

yo al Senado, con motivo, segun dijo Considio, de temer sus armas y sus soldados.

— ¿ Por qué, pues, preguntó César á aquel senador, ese mismo temor no te obliga á quedarte en tu casa ?

— Mi vejez, contestó Considio, me impide tener miedo : tan corta es ya mi vida, que no vale la pena de guardarla.

A pesar de todo, ninguno de los actos de su consulado perjudicó tanto á César como el patrocinar el nombramiento para el cargo de tribuno del pueblo de aquel mismo Clodio, violador de su casa y de los misterios religiosos que celebraban las damas romanas, eleccion hecha en perjuicio de Ciceron, á quien Clodio obligó á salir de Italia antes de partir César para su gobierno de las Galias.

Tales son, en compendio, los principales sucesos de la vida de César que precedieron á sus empresas en las Galias. Las sangrientas guerras que allí tuvo que sostener, y las famosas expediciones en que se empeñó, cuyo resultado fué la completa sumision de aquellos paises, abrieron á nuestro héroe nuevos caminos para satisfacer su ambicion, y para demostrar á sus conciudadanos que era tan hábil capitan y bravo soldado, como los generales mas ilustres de la guerrera Roma

Efectivamente, ya se le compare con Fabio, Metelo y Escipion, que tantos dias de gloria dieron á su patria, ó con sus contemporáneos Sila, Mario, Lúculo y aun con el mismo Pompeyo, «cuya gloria y nombre llegaron á los cielos,» se reconocerá que por sus altos hechos los sobrepuja á todos.

Aquellos legionarios que mandaba, y que conducidos por otros caudillos y en diferentes guerras, se distinguian apenas de los demas soldados, llevados del cariño que profesaban á su general, se arrojaban impávidos á los mayores peligros haciéndose invencibles. Tal fué Acilio, que en un combate naval dado cerca de Marsella, abordó una nave enemiga; perdió la mano derecha de un sablazo, y atacando con su brazo izquierdo armado del escudo, no solo defendió su vida, sino que descargando furiosos golpes en la cara á sus enemigos, los venció, haciéndose dueño de la nave.

Otro ejemplo de esta clase se ofreció en el combate de Dirrachio : herido por una flecha en un ojo, atravesados espalda y muslo por dos venablos, y habiendo recibido ciento treinta golpes en el escudo, Casio Esceva se adelantó hácia los enemigos fingiendo querer rendirse, y de los dos contrarios que se le aproximaron, dejó muerto á uno y mal herido al otro, volviendo despues tranquilamente á reunirse con sus compañeros.

Tambien merecen citarse los siguientes hechos, el primero de los cuales pasó á la vista del mismo César.

En la guerra de la Gran Bretaña, algunos oficiales cesarianos, cercados por el enemigo en un terreno pantanoso, estaban á punto de caer prisioneros, cuando un oscuro legionario se arroja en medio de los bárbaros, hace prodigios de valor, y salva á los oficiales, siendo el último que, sosteniendo la retirada, atravesó el pantano, y ya andando, ya á nado, logró llegar á terreno firme.

Testigo César de aquella heróica accion, corrió á felicitar al soldado por su bravura; pero el guerrero, en vez de mostrarse orgulloso por las alabanzas del general, se arrojó á sus piés, pidiéndole con los ojos bañados en lágrimas que le perdonase el haber olvidado su escudo entre los enemigos.

En un combate naval dado en la costa de África, el cuestor Granio Petron mandaba una nave de César, que cayó en poder de Metelo Escipion, suegro de Pompeyo, el cual pasó á cuchillo la tripulacion, conservando solo la vida del cuestor.

Viendo tal vez un insulto en aquella gracia, pidió Petron que se hiciese con él lo que con sus soldados, y como el vencedor se negara á matarle, exclamó fieramente:

« ¡ Los soldados de César dan la vida á sus prisioneros; pero no la reciben de los enemigos ! »

Y sacando su espada, la hundió en su cuerpo hasta la empuñadura.

César mantenia esta noble emulacion merced á las recompensas y honores que concedia con mano pródiga, y á la esperanza que daba á sus soldados de distribuirles las riquezas que amontonaba, y que, segun decia, solo tenia en depósito para premiar á los mas intrépidos.

Aparte de lo dicho, César se exponia voluntariamente á todos los peligros, sin hacer nada para librarse de las duras fatigas de la guerra, lo que no maravillaba á sus soldados, puesto que sabian cuánto era su amor á la gloria; pero les sorprendia la portentosa constancia conque se ocupaba en trabajos superiores á sus fuerzas físicas, porque su cútis era blanco y delicado, débil su cuerpo, y padecia dolores de cabeza y ataques epilépticos.

Conociendo cuán desventajosa le era su débil constitucion, procuraba fortificarla por medio de ejercicios gimnásticos, marchas forzadas, un régimen frugal, y durmiendo al aire libre, ó bien en litera ó carro, á fin de que, aun durante el sueño, no cesara su cuerpo de estar en movimiento.

De dia visitaba las fortalezas, las villas y los campos, acompañado de

un secretario, que debia escribir, aun marchando, lo que le dictase, siguiéndole un soldado que llevaba su espada.

El historiador Cayo Opio, amigo del ilustre capitan, afirma que en las guerras de las Galias adquirió César la costumbre de dictar las cartas á caballo, llegando hasta ocupar á un mismo tiempo á dos ó mas secretarios.

El siguiente rasgo que refiere Plutarco dará una idea de la indiferencia conque soportaba toda suerte de penalidades.

Obligado por una tempestad á refugiarse en una choza en que no habia mas que un reducido aposento, capaz apenas para cobijar á una persona, dijo sonriendo á los oficiales que le acompañaban:

« Debemos ceder á los grandes los sitios mas honrosos, y los mas abrigados á los enfermos. »

Y obligó al mencionado Opio, que se sentia indispuesto, á dormir en el cuarto, pasando él la noche á la intemperie delante de la choza.

Citados estos hechos como introduccion á la guerra de César en las Galias, guerra que duró cerca de diez años, vamos á dar cuenta de sus conquistas en aquellas regiones.

Los primeros contra quienes empló sus armas, fueron los helvecios y tigurianos, los cuales, despues de haber incendiado doce ciudades y mas de cuatrocientas aldeas de su pertenencia, siguiendo la antigua derrota de los cimbrios y teutones, se dirigieron á la parte de la Galia ya ocupada por los romanos, formando una masa de trescientas mil personas, de las cuales habia noventa mil hombres en estado de llevar las armas.

Conducia César su ejército á Bibiacta, [1] cuando los helvecios cayeron sobre él impetuosa é inopinadamente. No obstante la sorpresa y lo rudo del ataque, puso en órden sus tropas, y cuando le llevaron su caballo de batalla, lo rechazó, diciendo:

« Guardadlo para perseguir á los fugitivos. ¡ Ahora á pié, y á ellos ! »

Costóle gran trabajo desbaratar los batallones helvecios; pero fué todavía mas empeñado el combate que tuvo que sostener para ganar su campo atrincherado, que defendieron con encarnizamiento sus mujeres y niños, haciéndose matar y peleando hasta media noche.

Despues de la victoria reunió á los prisioneros y dispersos, en número de cien mil, y les indujo á volver á su pais, para reedificar sus ciudades y aldeas, á fin de impedir que los germanos pasaran el Rhin y fueran á establecerse en aquellas tierras abandonadas.

[1] Hoy Autun.

El objeto de la segunda guerra que emprendió César fué defender á los celtas contra los germanos. El rey de éstos, Ariovisto, habia sido reconocido, á instancias de César, aliado de los romanos; pero los pueblos sometidos á Roma no podian soportar la vecindad de Ariovisto, que poco satisfecho de lo que poseia, intentaba apoderarse del resto de la Galia.

Antes de acometer esta empresa, tuvo el ilustre general que vencer algunas dificultades que se le presentaban. Los mas jóvenes y nobles oficiales de su ejército, que solo le seguian con la esperanza de enriquecerse y de vivir en medio del lujo y los placeres, manifestáronse contrarios á la nueva guerra, por lo cual César les reprendió diciéndoles: que podian separarse del servicio cuando gustasen; que cobardes y afeminados como eran, no debian exponerse de mala voluntad á los peligros de la guerra, y que solo necesitaba la décima legion para derrotar á los bárbaros, puesto que no eran enemigos mas temibles que los cimbrios, ni se consideraba él inferior á Mario en valor y pericia.

Lisonjeada la décima legion por tal prueba de aprecio, envió al general una comision de oficiales para ofrecerle el testimonio de su gratitud; con lo que las demas legiones, desaprobando la conducta de sus jefes, siguieron á César durante una marcha de muchos dias, hasta que las hizo acampar á ocho leguas escasas del enemigo.

Creyendo Ariovisto que los romanos no osarian hacer frente á sus aguerridas tropas, quedó sorprendido de tanta audacia, alcanzando esta misma sorpresa á sus soldados, y aun á sus sacerdotisas, que augurando un fatal resultado si se las desobedecia, prohibieron empeñar la batalla antes de que llegara la nueva luna.

Aprovechando hábilmente César el asombro de los bárbaros, se adelantó hasta su campamento atrincherado, cual si se propusiera tomarlo por asalto. Entonces salieron ellos de sus reales en órden de batalla, y despues de un combate largo y sangriento, fueron completamente derrotados y perseguidos hasta orillas del Rhin, cuyas aguas atravesó Ariovisto escoltado por muy pocos ginetes, dejando tras sí ochenta mil cadáveres de los suyos.

Despues de esta hazaña, y habiendo dado á su ejército cuarteles de invierno en el pais de los secuanos, se trasladó César á la parte de la Galia bañada por el Po, perteneciente al territorio de su mando, y cuyo límite era el Rubicon. Desde allí podia informarse mejor, é intervenir de un modo mas directo en los asuntos de Roma, de donde recibia diariamente las visitas de sus amigos y partidarios, á quienes colmaba de regalos ó de esperanzas.

Durante el curso de esta guerra, Pompeyo no llegó á sospechar que la política de César consistia en domar á los bárbaros con las armas romanas, y comprar á los romanos con las riquezas que arrebataba á sus enemigos.

Habiendo tenido noticia de que los belgas, es decir, el mas poderoso de los pueblos galos, se habian sublevado, poniendo en pié de guerra un numeroso ejército, dejó César las orillas del Po, y marchando rápidamente sobre los revoltosos, hallólos ocupados en asolar las tierras de los aliados de Roma. Sin darles tiempo apenas para defenderse, los atacó el activo caudillo, haciendo en ellos tal matanza, que sus soldados pudieron atravesar rios y lagos sirviéndoles de puentes los cadáveres de sus enemigos, impresionando tan vivamente este destrozo á algunos pueblos bárbaros que habitaban á orillas del Océano, que sin tratar de oponer resistencia se sometieron al vencedor.

Doblemente alentado con estas victorias se dirigió César contra los nervianos, el mas salvaje y belicoso pueblo de la Bélgica. Mientras se ocupaba en abrir trincheras, ageno enteramente al peligro que le amenazaba, los nervianos, en número de sesenta mil hombres, se arrojaron sobre su ejército, dispersaron su caballería, envolvieron la sétima y la duodécima legion, cuyos oficiales pasaron á cuchillo, y si César, apoderándose del escudo de uno de sus soldados, no hubiese atacado denodadamente al enemigo, mientras la décima legion acudia en su socorro cargando con furor á los bárbaros, es positivo que aquel dia no habria quedado un romano vivo en aquella parte de las Galias.

Electrizados por la bravura de su general, los legionarios combatieron en esta jornada con un valor superior á sus fuerzas; mas no pudieron hacer volver la espalda á los nervianos, que perecieron en el campo de batalla, á excepcion de quinientos que se abrieron paso á través de las filas romanas.

El Senado celebró esta victoria ofreciendo solemnes sacrificios por espacio de quince dias y fiestas públicas como no se hicieran jamás por ningun triunfo, puesto que el alcanzado sobre los nervianos acababa de evidenciar el número y poder de las naciones bárbaras subyugadas por las armas de Roma.

Inútil es decir si estas hazañas aumentarian la popularidad de César, que procuraba ganarse nuevos partidarios proporcionando dinero y recomendaciones á cuantos hombres de algun valer solicitaban cargos públicos, á fin de tenerlos dispuestos á ayudarle en sus planes.

Despues de esto, creyéndose ya bastante fuerte para poner en práctica

sus ambiciosos designios, citó en Luca á Pompeyo, Craso, Apio, gobernador de Cerdeña, Népote, procónsul de España, y á doscientos senadores adictos, con los que dejó convenido que Craso y Pompeyo serian nombrados cónsules; que se le conferiria por otros cinco años el gobierno de las Galias, y que se le daria el dinero necesario para sostener sus tropas.

Este golpe de Estado irritó á los amigos de la libertad; pero Caton, que era el único que pudiera reivindicar sus derechos, no estaba en Roma, y su amigo Favonio intentó en vano oponerse á que el Senado y la Asamblea del Pueblo sancionaran con sus votos el pacto de Luca.

Las hazañas de César y el prestigio de Pompeyo y Craso se llevaron tras sí las voluntades de la mayoría.

Arreglado este asunto, tomó otra vez el mando de su ejército, marchando contra los usipos y los tenchteros, pueblos germanos que habian pasado el Rhin é invadido las posesiones de Roma.

Antes de empeñarse en una guerra cuyo resultado no podia prever, trató César de entrar en negociaciones con los bárbaros, y aun celebró con ellos una tregua, durante la cual ochocientos caballos germanos sorprendieron y derrotaron á cinco mil ginetes romanos.

Indignado ante semejante perfidia, y viendo que los bárbaros osaban todavía enviarle una embajada con objeto de engañarle de nuevo, retuvo á los embajadores y atacó de improviso al enemigo, destrozándole tan completamente, que de los cuatrocientos mil germanos que pasaron el Rhin solo se salvó un corto número que pudo refugiarse entre los sicambros.

Alcanzada esta gran victoria, César aprovechó la ocasion que se le ofrecia de apropiarse la gloria de ser el primer caudillo de Roma que llevara sus ejércitos á la otra parte del Rhin, sobre el cual echó un puente de madera, á pesar de las balsas y troncos de árboles que los bárbaros abandonaban á la corriente para impedir los trabajos.

Echado el puente, nada se opuso al paso del ejército romano. Los bárbaros se retiraron al fondo de sus valles cubiertos de impenetrables bosques, mientras César talaba todo el pais descubierto, reanimando á los pueblos aliados.

No encontrando ya enemigos que combatir, volvió á las Galias el hábil general, habiendo empleado solamente diez y ocho dias en aquella gloriosa expedicion.

A la campaña de que hemos dado cuenta siguió el desembarco que efectuó César en la Gran Bretaña, siendo el primer general de Roma que con

una armada se arriesgó en el Océano, llevando un ejército á conquistar una isla que debia ser el límite del imperio romano en Occidente.

Muy poco tardó César en apoderarse de la mayor parte de la isla; pero como el pais no era muy abundante, no sacó ninguna ventaja de su conquista, teniendo que contentarse con imponer tributos y llevarse rehenes.

Al regresar otra vez á las Galias recibió cartas de Roma, en que sus amigos le comunicaban que su hija, esposa de Pompeyo, habia muerto de parto.

Esta desgracia afligió tanto al padre como al marido, siendo causa de que sus respectivos partidarios empezaran á temer el rompimiento de una alianza que sostenia el soplo de vida que quedaba á las instituciones republicanas.

En aquellas circunstancias, y habiendo llegado el invierno, que fué muy escaso en mantenimientos, César se vió obligado á distribuir su numeroso ejército en diversos cantones, bastante distantes entre sí, lo que incitó á los indomables galos á levantarse en masa para recobrar su independencia.

Ambiorix, uno de sus caudillos, púsose al frente de sesenta mil hombres, con los que atacó y destrozó las legiones de Cotta y de Titurio, pasando luego á sitiar el campamento de Quinto Ciceron, hermano del célebre orador, cuyos soldados resistieron valientemente, no obstante haber recibido casi todos ellos heridas mas ó menos graves.

Tan pronto como supo César el nuevo movimiento de los galos, tomó siete mil hombres, únicos que tenia cerca de sí, y se lanzó en socorro de Quinto Ciceron.

Viéndole aproximar, los sitiadores salieron al encuentro del gran general, que fingiendo esquivar el combate, llevó á los bárbaros á un sitio ventajoso, donde se atrincheró, prohibiendo á sus soldados empeñar la menor refriega, á fin de que los enemigos creyesen en su cobardía.

Esta estratagema surtió todo el efecto que esperaba. Los galos, llenos de confianza en el triunfo, atacaron desordenadamente su campo atrincherado, y entonces, haciendo salir César á sus veteranos, los arrojó unidos y compactos sobre los bárbaros, que no pudiendo resistir el choque, se desbandaron, buscando su salvacion en la fuga.

Semejante derrota atajó por el pronto los progresos de la rebelion; pero no se extinguieron por eso las revueltas. Se iban desarrollando lentamente los gérmenes sediciosos sembrados de antemano por jefes valientes entre los pueblos mas belicosos de las Galias, dando al cabo por fruto la guerra mas

sangrienta que tuvieron que sostener los romanos en aquellas inhospitalarias regiones.

Entre los elementos acumulados por los naturales del pais para lanzarse á una lucha suprema, contaban con una juventud entusiasta y ansiosa de sacudir el yugo que oprimia á su patria, con abundantes acopios de armas y provisiones y con gran número de plazas fuertes abastecidas convenientemente. Además de lo dicho, habian habilitado para la defensa sitios inexpugnables por su naturaleza.

La estacion se presentaba favorable á los bárbaros: el invierno era duro; los rios estaban helados; el pais se ostentaba cubierto de nieve; las inundaciones se sucedian sin interrupcion, y los caminos, ó estaban cubiertos de hielo ó anegados por los torrentes y rios que salieran de cauce.

Tantas dificultades dieron la conviccion á los galos de que César no osaria ir á atacarlos, y en esta creencia, los arvernios y los carnutos, pueblos los mas bravos y poderosos entre los galos, levantaron de nuevo el estandarte de la rebelion, eligiendo por jefe al animoso Vercingentorix, cuyo padre habia muerto á manos de sus compatriotas, por creer que aspiraba á esclavizarlos.

Hecho cargo del mando, Vercingentorix dividió sus huestes en varios cuerpos, á los cuales dotó de capitanes valientes y experimentados, é hizo entrar en la liga á todas las naciones que poblaban la Galia hasta el Saona.

El plan de este tan valeroso cuanto astuto caudillo consistia en hacer tomar de repente las armas á todos sus compatriotas, mientras tramaba en Roma una conspiracion contra César; y á haber tenido bastante calma para empezar la lucha cuando el ilustre general se hallara empeñado en la guerra civil, es positivo que habria puesto á la Italia en mayor apuro que la pusieron los cimbrios y teutones.

Advertido oportunamente César de los grandes aprestos de los bárbaros para el movimiento que intentaban, aprovechó el tiempo con su acostumbrada diligencia, y sin desviarse de los caminos conocidos, á pesar de los obstáculos que los obstruian, lanzó su ejército contra los revoltosos; destruyó sus campamentos; arrasó sus ciudades; taló el pais; se apoderó de su dinero y víveres, y los venció, por fin, en sus mismos refugios.

Todo esto fué ejecutado, segun dijeron los mismos bárbaros, en menos tiempo del que hubiera empleado un correo en llevar de un pueblo á otro la noticia de aquella série de victorias.

No obstante lo dicho, cuando los eduos, hasta entonces amigos de los

romanos, se declararon tambien contra ellos, un profundo desaliento se apoderó de las tropas de César, que se vió precisado á abandonar parte del territorio, é ir á establecer su línea de defensa en el pais de los secuanos, pueblo aliado y mas cercano á Italia que el resto de la Galia.

Allí tuvo que sostener diariamente sangrientos combates, estando rodeado por todas partes de enemigos, y aunque al fin triunfó de todos ellos, parece que sufrió algun revés, puesto que los arvernios tuvieron por largo tiempo suspendida en uno de sus templos, como trofeo de victoria, la espada de César, que él mismo impidió á sus soldados que quitaran de allí, considerándola como cosa sagrada.

Obligado á su vez Vercingentorix á huir delante del ilustre general, se encerró con setenta mil hombres en Alesia, ciudad importante, situada en lo alto de un cerro, que parecia no poderse tomar sino despues de un largo cerco, en vista de lo cual, al asediarla César, abrió en su rededor una línea de fosos y trincheras de once millas de largo.

Antes de que estuviese acabada aquella obra, hizo Vercingentorix una vigorosa salida, y al verse rechazado despues de un sangriento combate, despidió su caballería, con órden de que se esparciera por el pais y pidiera socorro á sus hermanos en favor de la patria y de la libertad, mientras él se sostenia en Alesia, que solo tenia provisiones para treinta dias.

Por varios prisioneros y desertores supo César la determinacion que tomara Vercingentorix, y á fuer de precavido capitan, tomó varias medidas para su seguridad, levantando á su espalda nuevos muros y torres almenadas, ahondando los fosos, que llenó del agua de un rio que sangró, y rodeando el campamento de una doble estacada interior y exterior.

Debemos advertir, que durante estos trabajos tenia que procurarse los materiales y víveres que necesitaba, y rechazar además las frecuentes salidas conque le molestaba el enemigo.

Prento llegaron delante de Alesia los socorros pedidos por Vercingentorix, en número de doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos.

El peligro de César era inminente; pero en ningun otro trance desplegó tanta audacia ni tanto talento militar.

El primer ataque de los galos empezó al medio dia, y se prolongó hasta muy entrada la noche, sin que pudieran alcanzar ninguna ventaja. Tampoco les dió resultado otra embestida, que de concierto con los sitiados, dieron al campamento romano.

A pesar de la extensa línea de cerco y del escaso número de soldados

conque contaba César para cubrirla, aquellos resistieron, y aun persiguieron á los galos hasta obligarles á encerrarse en su campo.

Mas fatal aun fué á los auxiliares una tercera y decisiva batalla que presentaron al sitiador, batalla prolongada, sangrienta, desesperada, en la que fueron derrotados y puestos en completa dispersion.

Imponderable valor mostraron los galos en aquellas jornadas; pero como no solo ignoraban el arte de los sitios y de los campamentos, en que eran maestros los romanos, sino que despreciaban la táctica, persuadidos de que la única ciencia militar consistia en el valor, prevaleció la disciplina sobre la fuerza, resultando estériles todos sus esfuerzos.

Perdida la esperanza que fundaran los de Alesia en el ejército auxiliar, pidieron capitulacion. César les contestó que le entregaran á su jefe, y que se entregaran á discrecion.

Al oir esta respuesta Vercingentorix, montó á caballo; mandó abrir las puertas, y á todo correr se lanzó fuera de la ciudad, yendo á ponerse delante de César, á cuyos piés arrojó su espada, escudo y yelmo sin pronunciar palabra.

La jigantesca estatura del galo espantó á los mas animosos legionarios; pero el caudillo vencedor, echándole duramente en cara lo mal que habia correspondido á sus favores, nombre que daba á las lisonjas que empleara con él para que vendiese á su patria, así como llamaba ingratitud al haberla defendido hasta el último extremo, le cargó de cadenas, y reservándole para que sirviera de ornamento á su triunfo, le envió á Roma, donde fué cobardemente ahogado el año 47 antes de Jesucristo.

Los alesianos, despues de verse desarmados y despojados de sus bienes, quedaron reducidos á la condicion de esclavos, distribuyéndose uno de ellos á cada legionario.

Escarmentados por lo sucedido en Alesia, se sometieron los eduos y los arvernos, excepto algunos de sus capitanes, que formando pequeñas partidas, trataron aun de sostener la guerra.

César, con aquella rapidez que no daba lugar á tomar precauciones, cayó sobre los rebeldes, derrotándolos en todos los encuentros y obligándoles á buscar asilo en paises extraños.

¡Desgraciado el galo que caia en poder de los implacables vencedores! Los jefes eran azotados y decapitados en seguida; otras veces se cortaban las manos á los prisioneros, y esto mandando aquel César, celebrado unánimemente por su índole humana y su expontánea generosidad, y que

solia decir, que seia un molesto compañero de su vejez el recuerdo de una sola crueldad que hubiera cometido.

La guerra de las Galias estaba concluida: César gozaba de un renombre igual al de Pompeyo. Habia llegado, pues, la hora en que aquellos dos hombres iban á disputarse el imperio del mundo, puesto que Craso, el único que podia reemplazar á cualquiera de los dos, habia muerto combatiendo á los partos.

Pompeyo desde Roma y César allende el Rubicon, empezaron los preparativos de guerra.

Los romanos estaban mas que nunca preparados á admitir un dictador. La corrupcion habia llegado al extremo de establecerse tiendas en medio de las plazas públicas, donde se compraban los sufragios de los ciudadanos, los cuales iban despues al campo de Marte, no solo á dar sus votos en favor del candidato que los habia comprado, sino á ayudarle con la espada, el dardo ó el puñal.

Queriendo poner término á esta anarquía, los ciudadanos sensatos y pacíficos no miraban como un mal el imponerse un señor, tanto, que aun el mismo Caton, segun Plutarco, apoyó en el Senado la idea de dar el consulado con ilimitados poderes á una sola persona, á fin de que Pompeyo, satisfecho con aquella especie de dignidad real conque queria investírsele, conforme hasta cierto punto con las leyes, no osara proclamarse dictador.

Así que llegó á noticia del César el decreto del Senado por el que se conferia á Pompeyo el encargo de velar por la salvacion de la república, pidió el consulado y la renovacion de sus gobiernos por otros cinco años, sosteniendo sus solicitudes por medio de presentes y gruesas sumas con que compraba votos y se granjeaba voluntades.

Aparentando rechazar la inmensa responsabilidad que iba á caer sobre él si era el primero en lanzarse á la guerra civil, ofreció César deponer las armas, con tal que las dejase Pompeyo, «á fin de que uno y otro, segun dijo, pudieran esperar tranquilamente los honores que con entera libertad quisieran conferirles sus conciudadanos.»

Curion, que hizo en nombre de César este ofrecimiento en la Asamblea del Pueblo, fué muy aplaudido; mas estando presente Metelo Escipion, suegro de Pompeyo, sostuvo que contra un bandido como César debian esgrimirse las armas y no darse decretos, produciendo tal tumulto con sus palabras entre los respectivos partidarios de ambos caudillos, que el presidente de la Asamblea se vió en la precision de disolverla.

Los buenos ciudadanos, espantados por el cúmulo de males que debian surgir de estas disensiones, se vistieron de luto.

Como llegara á la sazon á Roma el ilustre Ciceron, y se enterase de una nueva carta de César, en que ofrecia desistir de todas sus pretensiones, con tal que se le mantuviese en su gobierno de las Galias y se le concedieran dos legiones hasta obtener un nuevo consulado, intentó reconciliar á los contendientes. Pompeyo cedió á las instancias de Ciceron; pero se resistieron Léntulo y otros senadores, los cuales arrojaron ignominiosamente del Senado á Antonio y Curion, que huyeron de Roma disfrazados de esclavos, dando así á César el mas expecioso de los pretextos para su ulterior conducta, y haciéndole resolver á conseguir por medio de la fuerza lo que no pudiera alcanzar por la astucia.

César sentia que habia llegado el momento que debia decidir de su destino. Su ejército estaba á la otra parte de los Alpes, y no tenia consigo mas tropas que unos cinco mil infantes y trescientos caballos, insuficientes á su parecer para realizar una empresa que debia llevarse á feliz término, mas por la audacia y prontitud de su ejecucion, que por lo ruidoso de los preparativos. Sin embargo, previno á los jefes de su ejército trasalpino que se acercaran á Italia con sus fuerzas, para estar prontos á acudir en su ayuda al primer aviso.

Tomadas estas disposiciones, puso en movimiento sus cinco mil hombres, ordenando á sus capitanes que no llevasen mas armas que sus espadas, y que se apoderasen de Ariminio, [1] villa importante de la Galia Cispadana, con el menor tumulto y derramamiento de sangre posibles.

El dia en que tomó César tan grave determinacion, lo pasó tranquilamente divirtiéndose en ver combatir algunos gladiadores. A la caida de la tarde tomó un baño, y se sentó á la mesa con varios amigos, á quienes dejó á poco, rogándoles que le esperaran y asegurándoles que no tardaria en volver. Pero en lugar de hacerlo se dirigió hácia el Rubicon, [2] donde ya le esperaban sus soldados, que no osaban atravesar el rio sin órden de su jefe.

Llegado á aquel sitio, y espantado tal vez por lo grandioso de la em-

[1] Hoy Rímini.

[2] Riachuelo afluente del Adriático, que limitaba la Galia Cisalpina y la Italia propiamente dicha. El Senado romano, con objeto de asegurar á Roma contra una sublevacion de las tropas que tenia en la Galia Cisalpina, habia dado un senado-consulto, por el que se ofrecia á los dioses infernales y se declaraba sacrílego y parricida á todo el que pasase el Rubicon á la cabeza de una legion y hasta de una cohorte.

presa que meditaba y lo inminente del peligro á que se exponia, detúvose un buen rato el ilustre caudillo, vacilando entre si deberia retroceder ó seguir adelante, hasta que al fin, escuchando solo la voz de la ambicion, exclamó :

— *¡ Allea jacta est !* [1]

Y pasó el Rubicon seguido de sus tropas, llegando á Ariminio al despuntar el dia.

Fácil es comprender que al traspasar los límites de su gobierno y al tomar á Arimino, César habia encendido en su patria la antorcha de la guerra civil.

Aterrados los pueblos, huian en masa delante de él, é iban á refugiarse en Roma, donde llevaron los fugitivos tal confusion y espanto, que cónsules, senadores, magistrados, soldados y todos cuantos le odiaban ó temian, incluso el mismo Pompeyo, abandonaron precipitadamente la ciudad á la aproximacion del vencedor de las Galias.

¡ Espectáculo digno de lástima fué en verdad el abandono de la ciudad eterna ! Mas por deplorable que fuese aquel acto de inmensa cobardía, debe decirse, en honor de la verdad, que los romanos consideraban el campo de Pompeyo como el único asilo de la patria y de la libertad; de modo, que aun algunos á quienes muy particularmente apreciaba César, cual su amigo Labieno, entendido capitan y lugarteniente suyo en la guerra de las Galias, siguieron á Pompeyo.

Viendo que su enemigo no le esperaba en Roma, pasó César de largo, yendo á acampar en frente de Corfinio, [2] que estaba defendida por el pompeyano Domicio, quien desesperando de salvar la plaza, pidió un veneno á uno de sus esclavos, que era médico, y se lo tragó; pero sabiendo luego la suavidad del trato de César para con los prisioneros, se arrepintió de su precipitada determinacion.

Afortunadamente para Domicio, el esclavo le habia dado un narcótico en lugar de un veneno, por lo que, muy contento de conservar la vida, se rindió á César, quien le recibió benignamente y tomó sus tropas á sueldo, lo que no impidió que á la primera ocasion que se le presentó volviera al campo de Pompeyo.

Con objeto de aumentar sus huestes, el activo caudillo incorporó á su pequeño ejército las levas de soldados que estaba haciendo Pompeyo, el

[1] « ¡ La suerte está echada ! »
[2] Hoy Sulmona, en los Abruzos.

cual se retiró á Bríndis, donde le dejó César por carecer de naves para perseguirle.

Sesenta dias solamente necesitó el ilustre capitan para dominar toda la Italia sin derramar una gota de sangre. Conseguido tan asombroso triunfo, entró en la capital.

La tranquilidad y la confianza habian renacido en la ciudad, á donde regresaron gran número de personas importantes, entre ellas muchos senadores, á quienes rogó César que aceptaran el cargo de mediadores entre él y su enemigo, ofreciendo razonables condiciones. Mas ya fuese que temieran exponerse á la ira de Pompeyo, por haberle abandonado, ó por no creer en la sinceridad de César, no hubo uno que quisiera encargarse de aquella mision.

Así las cosas, quiso el tribuno Metelo impedir á César que tomara dinero del tesoro público, imprudentemente abandonado por Pompeyo en su fuga, invocando al efecto las leyes que castigaban aquel crímen.

« Cuando las armas hablan, dijo César, las leyes callan: si no apruebas » mis propósitos, retírate, que la guerra no sufre la libertad de la palabra. » Restablecida la paz y depuestas las armas, hablarás cuanto quieras. Ademas, no uso todavía de todos mis derechos, por cuanto siendo enemigos » mios, me perteneceis por derecho de conquista. »

Despues de esto, como encontrara cerradas las puertas del tesoro, ordenó que las derribaran.

En vano pretendió todavía Metelo oponerse al saqueo, cubriendo con su cuerpo el arca que encerraba las riquezas de Roma, porque mirándole el vencedor con airados ojos, le dijo:

« ¡ Retírate, ó te mato! Bien sabes que mas fácilmente lo hago que lo digo. »

Intimidado con esta amenaza, cedió Metelo.

Provisto de los recursos que necesitaba, se dirigió á España el afortunado caudillo, con objeto de hacerse dueño de este pais y atraerse de camino las legiones de Afranio y Varron, lugartenientes de Pompeyo, lo cual consiguió, á pesar de las emboscadas que le prepararon los citados jefes y de una gran escasez de víveres que afligió á su ejército y que le puso en el mayor apuro.

Afranio y Varron, despues de una desesperada resistencia, tuvieron que huir de España, yendo á reunirse con Pompeyo, y César volvió á Roma, no dejando trás sí ni un solo enemigo.

Nombrado dictador por un Senado que él mismo se formara, llamó á los

desterrados, restableció en el goce de sus derechos á los hijos de los proscritos por Sila y declaró libres de una parte de sus deudas á los deudores.

Once dias ejerció la dictadura, al cabo de los cuales la depuso, y se hizo nombrar cónsul, en union de Servilio Isáurico, uno de sus admiradores.

Habiéndose así atraido nuevas adhesiones, y no quedándole en Occidente ningun adversario, se ocupó exclusivamente de Pompeyo, que con sus fuerzas se habia situado en Grecia, siendo tal su impaciencia por llegar á las manos con su odiado enemigo, que no quiso aguardar una parte de su ejército que iba tras él, y se embarcó en Bríndis con cinco legiones y seiscientos caballos, en el mes de Enero, época la menos favorable para la navegacion, atravesando el mar Jónico y desembarcando entre Orico y Apolonia, en Macedonia.

En tanto las legiones que le seguian daban señales de descontento, quejándose de que su general no les concedia el reposo que necesitaban despues de tantas fatigas y combates; pero luego que llegaron á Bríndis y supieron la partida de César, se acusaron á sí propias de traicion por no haber apresurado la marcha, y subiendo á lo mas empinado de la costa dirigian sus miradas hácia el mar, por si podian aun distinguir las naves que se llevaban á su amado caudillo.

Llegado á Apolonia, conoció César con harto sentimiento que le seria imposible vencer con las escasas fuerzas que tenia, y para convencerse de que podia contar con las tropas rezagadas, tomó la atrevida resolucion de volver á Bríndis en un desvencijado barquichuelo de doce remos, en ocasion en que cubrian el mar las escuadras enemigas.

En una noche oscura y tempestuosa, el vencedor de las Galias, disfrazado de esclavo, entró confundido con otros pasajeros en la frágil barquilla, que fué al momento juguete de las revueltas ondas, y cuyo piloto, asustado ante el peligro que corria, pretendió ganar otra vez el puerto de donde saliera. César se opuso á esta resolucion, y como el marinero persistiese en su idea, descubriéndose el ilustre guerrero, exclamó con enérgico acento:

«¿Qué temes cuando están en tu barco César y su fortuna? ¡Valor! ¡Llévame á la otra orilla!»

Empero, fueron vanos cuantos esfuerzos hicieron los remeros para cruzar el mar: la tempestad se desencadenaba con inaudita furia, siendo forzoso que consintiera César en volver á Apolonia.

Al verle regresar sus soldados, salieron en tropel á recibirle, empe-

zando á lamentarse de que no quisiera vencer con ellos solos y expusiera su vida por buscar auxilios que no necesitaba, sabiendo cuánto le amaban y cuál era su aliento, demostrado en cien gloriosos combates.

Poco tardó César en recibir los refuerzos que desde Bríndis le llevó Marco Antonio, con lo que lleno de confianza, provocaba diariamente á Pompeyo acercándose á sus trincheras y presentándole combate.

Duró esta situacion hasta un dia en que, cansado Pompeyo de tanta audacia, lanzó inopinadamente su ejército sobre los cesarianos, que sorprendidos, volvieron las espaldas, refugiándose en su campamento, cuyas inmediaciones dejaron cubiertas de muertos y heridos.

Testigo César de aquella derrota, acudió á repararla. Pero pretendió en vano hacer volver á su puesto á los fugitivos, estando él muy cerca de perder la vida en aquel trance al querer contener á uno de sus soldados, que furioso porque su general queria obligarle á cumplir su deber, levantó la espada contra él, y le habria muerto sin duda, si su escudero no hubiese prevenido el golpe dando una cuchillada al insubordinado legionario.

Treinta y dos insignias dejaron los de César en poder de los pompeyanos, que hubieran terminado aquel dia la guerra, si su caudillo no se limitara á perseguir al enemigo hasta su campo, sin hacer nada para forzarlo.

Al terminar la batalla, reconociendo César que habia sido derrotado, dijo á sus oficiales :

« La victoria era de Pompeyo, si hubiera sabido vencer. »

La noche que siguió á aquel infausto dia la pasó César encerrado en su tienda, reconviniéndose por haber escogido un campo de batalla desventajoso para él, y sobre todo para sus soldados, que no encontrando ningun género de provisiones, tenian que alimentarse con raices machacadas y rociadas con leche, en tanto que Pompeyo acampaba en una feraz comarca próxima al mar, por donde le llevaba tambien su flota cuantos recursos necesitaba.

Ansiando salir cuanto antes de tan difícil posicion, resolvió César levantar el campo é internarse en la Macedonia, con el doble objeto de obligar á Pompeyo á seguirle y elegir para teatro de sus operaciones una comarca en que las condiciones de subsistencia estuvieran mas equilibradas.

La retirada de los cesarianos infatuó de tal modo á los oficiales de Pompeyo, que todos á porfía indujeron á este caudillo á mover su ejército en persecucion del imprudente que se atrevia á fiar su fortuna á veteranos que no podian ya soportar las fatigas de la guerra, y que además estaban

aquejados de una enfermedad contagiosa, originada por la insuficiencia y mala calidad de los alimentos.

«¿Qué tienes que temer, le decia Afranio, de ese mercader de gobiernos que le vendiste?»

Obligado por las excitaciones de sus partidarios, pero sintiendo abandonar la rica comarca en que acampaba, púsose Pompeyo en persecucion de su enemigo, teniendo que desistir del prudente partido que tomara de dar largas á la guerra, para no verse en la precision de arriesgar su alta reputacion militar y los grandes intereses que defendia á la suerte de una batalla.

Continuando su marcha, que tenia mas bien apariencias de fuga, César llegó á Gomfos, ciudad de la Tesalia, que defendia por Pompeyo el pretor Androsthenes con una numerosa guarnicion.

Mucho importaba á César hacerse dueño de aquella plaza antes de que Pompeyo ó su suegro Metelo la socorrieran. Por eso, á pesar de la grande elevacion de sus muros y de la bizarría conque fué defendida, la tomó por asalto, encontrando en ella inmensos depósitos de víveres, con los que devolvió la salud y alegría á sus veteranos, que tantas privaciones habian sufrido desde que abandonaran la Italia.

Dejamos dicho que Pompeyo perseguia á su adversario, pero siempre con ánimo de no empeñar una batalla que pudiese decidir de su suerte, hallándose entonces tanto mas firme en su resolucion, cuanto que á consecuencia de un sueño que habia tenido, abrigaba el temor de ser vencido por César.

Empero, no eran de este parecer sus principales capitanes: Domicio, Espinter y Metelo, se disputaban ya el sumo sacerdocio que ejercia César, sin contar conque otros habian mandado alquilar en Roma las casas mas suntuosas y dignas de alojar á cónsules, pretores y otros principales magistrados, no dudando obtener estos empleos al fin de la guerra que tan próximo miraban.

Así la vanidad y la ambicion se agitaban en derredor de un caudillo preocupado por siniestros augurios.

Siguiendo sus evoluciones ambos ejércitos habian ido á acampar frente á frente en las llanuras de Farsalia. Pompeyo disponia de cincuenta y cinco mil infantes y siete mil jinetes, casi todos hijos de nobles casas, que se mostraban orgullosos de sus brillantes armas, de su gallardía y de la fuerza que proporciona la abundancia de mantenimientos que reinaba en su campo.

Las fuerzas de César se reducian á veinte y seis mil veteranos y solos mil caballos, extenuados por todo género de privaciones y por contínuas marchas.

Mirándose á tan corta distancia del enemigo, y comprendiendo que de un momento á otro podia ser atacado, convocó César á sus soldados, para comunicarles que Cornifucio y Caleno, sus tenientes, venian en su ayuda con dos legiones el primero, y con quince cohortes el segundo, preguntándoles luego si querian esperar la llegada de estos refuerzos, ó arriesgar solos la batalla.

La respuesta de los legionarios fué la que aguardaba su animoso jefe: todos se negaron á esperar, y le pidieron que imaginase alguna estratagema para atraer al combate á los enemigos.

Mas no fué necesario este recurso, por cuanto al dia siguiente, en el instante en que mandaba César recoger las tiendas para mudar su campamento, vinieron los escuchas á decirle que se acercaba el enemigo en órden de batalla.

Lleno de gozo el hábil general con esta nueva, dióse prisa ó ordenar su ejército, encargando á Domicio Calvino el centro, poniendo á Marco Antonio al frente del ala izquierda y encargándose él mismo de la derecha, á la cual oponia el enemigo su numerosa caballería. César, que temia el empuje de estos escuadrones, sacó secretamente de su última línea seis cohortes que colocó de refuerzo detrás del ala derecha, despues de haber instruido á los soldados escogidos que las formaban del papel que debian desempeñar cuando cargase la caballería.

Por lo que hace al ejército de Pompeyo, este caudillo mandaba el ala derecha, Domicio la izquierda y Metelo Escipion el centro.

Como dejamos indicado, Pompeyo colocó toda su caballería en el ala derecha, intentando lanzarla sobre la izquierda del enemigo, con objeto de que empezara la derrota en el mismo lado que mandaba César.

En esta disposicion los dos ejércitos, ordenó Pompeyo á su infantería que esperase inmóvil el choque del enemigo, órden que calificó César de gravísima falta, por cuanto el ataque á la carrera no solo aumenta las fuerzas del soldado, sino que le hace mas audaz, por el deseo de llegar antes que ninguno al enemigo y distinguirse así de sus compañeros.

Iba ya César á lanzar sus legiones contra los pompeyanos, cuando vió á uno de sus centuriones, hombre de grande experiencia en materia de guerra y de una fidelidad á toda prueba, que alentaba á sus soldados encargándoles que se portasen aquel dia como hombres de corazon.

César, que conocia por sus nombres á todos sus capitanes, se dirigió al centurion:

— ¿Cómo estamos de valor, Crasinio? le dijo: ¿venceremos hoy?

— ¡Sí, venceremos, respondió el interpelado con poderosa voz; nuestra será la victoria, y vivo ó muerto mereceré tus elogios!

Dichas estas palabras, arrojóse impetuosamente Crasinio sobre el enemigo, seguido de los ciento veinte hombres que mandaba, y penetró en sus filas derribando cuanto hallaba á su paso, hasta que una estocada que le atravesó el cuello le tendió sin vida sobre el monton de cadáveres que levantara su terrible espada.

Empezado el combate en el centro tan ruda y encarnizadamente, desplegó Pompeyo sus escuadrones, amagando envolver el ala en que se hallaba César; pero éste, sin darles tiempo para cargar, adelantó de pronto las seis cohortes que tenia prevenidas, y cuyos soldados, siguiendo las instrucciones que recibieran de su general, en vez de arrojar desde lejos sus venablos, cual tenian por costumbre, arremetieron á los jinetes, descargándoles en los rostros furibundos golpes, con lo que aquellos visoños soldados, preciados de su juventud y belleza, temiendo quedar desfigurados, se cubrieron primero la cabeza con sus escudos y luego volvieron grupas, llevando el desórden y el espanto al resto del ejército.

Desde aquel instante quedó decidida la jornada, porque atacando rudamente por la espalda á los pompeyanos, los soldados de César los dispersaron, convirtiendo el combate en una verdadera carnicería.

Viendo Pompeyo derrotada su brillante caballería, pareció haber perdido el juicio, y sin esperar el fin de la batalla, ni dar órden alguna para salvar á los miles de romanos que morian por su causa, se retiró á su tienda, donde observando que el enemigo habia ya penetrado en el campamento, exclamó indignado:

«¡Cómo! ¿hasta en mi campo?»

Y despojándose de las insignias de su alta dignidad, montó á caballo, y huyó rápidamente.

Al contemplar el campamento de Pompeyo inundado de cadáveres, dijo César arrojando un suspiro:

«¡Ay, ellos lo han querido! ¡Ellos me han puesto en la alternativa de vencer ó morir! Si yo hubiese licenciado mi ejército, habria sido condenado, á pesar de los gloriosos hechos conque he contribuido al poderío de mi patria.»

César incorporó á sus legiones la mayor parte de los veinte y cuatro mil prisioneros que hizo, y perdonó á los mas distinguidos, entre ellos á Bruto, á cuyas manos debia perder la vida en expiacion de haberse despojado de sus laureles de conquistador para ceñirse una corona real.

Loable fué, no debemos callarlo, la generosidad del ilustre caudillo despues de esta batalla. La posteridad, á la cual no deslumbra el éxito, aprecia en poco las alabanzas que suelen prodigar á los vencedores sus panegiristas; pero recordando á Mario, Sila y otros muchos héroes asesinos de los vencidos, aplaudirá siempre á César por su moderacion. En lo mas récio de la pelea corria de un lado á otro mandando á sus soldados que perdonasen la vida á los ciudadanos romanos, y habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el armario que encerraba sus cartas, lo quemó sin leerlas, prefiriendo ignorar las traiciones, á verse precisado á castigarlas.

César sabia vencer y aprovechar la victoria. A fin de no dejar respiro á su enemigo, lanzóse al punto en su persecucion. En el Helesponto encontró la escuadra de Pompeyo, compuesta de sesenta bajeles, que se rindió á su primera intimacion.

Llegado á Alejandría, tres dias despues de haber sido asesinado aquel infortunado caudillo, le fué presentada su cabeza, de la que apartó la vista derramando lágrimas, mandando perseguir y condenando al último suplicio á sus asesinos.

Muerto Pompeyo, nada quedaba que hacer á César en Egipto. Sin embargo, allí como en Roma, y como en todas partes, intentó realizar sus planes de engrandecimiento, hallando una ocasion favorable en las disensiones intestinas de aquel pais.

Tolomeo Dionisio y Cleopatra, hijos de Tolomeo Auletes, habian quedado, al fallecimiento de este soberano, bajo la tutela de un eunuco llamado Fotino, el cual, valiéndose del grande ascendiente que ejercia sobre Tolomeo, despues de haber hecho matar á Pompeyo, desterró á Cleopatra, que se refugió en Siria, donde levantaba un ejército para disputar el trono á su hermano.

A pesar de que César no habia llevado consigo á Egipto mas que tres mil doscientos infantes y ochocientos caballos, se inclinó á proteger á los partidarios de Cleopatra, la que enterada de esto, dejó la Siria, y se hizo introducir una noche en el palacio de Alejandría y en la cámara de César, el cual por la mañana se encontró enteramente dispuesto á prestar á la régia ramera su poderosa ayuda.

Para empezar á quitar de en medio los obstáculos que se oponian á la elevacion de Cleopatra, César hizo matar á Fotino, con lo que indignado Tolomeo, y sintiéndose lastimado en sus derechos de rey, llamó al pueblo en su ayuda y declaró la guerra á los romanos.

César, casi solo en medio de una populosa ciudad que le era hostil, prefirió sostener una série de encarnizadas luchas antes que entregar á Cleopatra, reclamada por su hermano, y como los alejandrinos quisieran apoderarse de su escuadra, vióse en la precision de pegarla fuego. Las llamas se comunicaron al arsenal, y de allí á la biblioteca real, reduciendo á cenizas quinientos mil volúmenes reunidos en ella por los Tolomeos.

En esta guerra corrió el gran capitan los mayores peligros. Cercada una parte de sus tropas en la isla del Faro, acudia á su socorro, cuando se vió rodeado de enemigos, no teniendo otro recurso para salvar su vida que arrojarse al agua y nadar largo rato entre la lluvia de dardos que le dirigian.

Necesario le fué al insigne guerrero desplegar toda su habilidad para no sucumbir con los suyos antes de recibir los socorros que ansiosamente esperaba de Italia.

Llegados los refuerzos, César atacó rudamente al enemigo, y lo derrotó, obligando á Tolomeo á emprender la fuga, en la que halló la muerte al atravesar el Nilo.

El vencedor malgastó algun tiempo en Alejandría en triunfales solaces y en los amores de Cleopatra, con la cual hasta pensó casarse. Con ella se embarcó en el Nilo, seguido de una escuadra de cuatrocientas velas, y habria penetrado en la Etiopía si sus soldados hubieran querido seguirle.

Cleopatra quedó reconocida como reina de Egipto, y despues de haber dado á luz un niño, á quien los alejandrinos llamaron Cesarion, el ilustre caudillo abandonó el pais, que dejó bajo el protectorado de Roma.

Al saber el Senado la muerte de Pompeyo, nombró á César cónsul por cinco años, dictador por uno y jefe vitalicio de los tribunos, con autoridad para hacer la paz y declarar la guerra, lo que equivalia á poner en sus manos mayor poder que el usurpado por Sila merced á sus sangrientas proscripciones.

Antes de regresar á Italia se dirigió César contra Farnaces, rey del Bósforo Cimerio, que durante la guerra civil intentara recobrar los dominios de su padre Mitrídates, y que habiendo subyugado la Cólquide y tomado muchas fortalezas en Armenia, en la Capadocia, en la Bitinia y en el Ponto,

y derrotado á Domicio Calvino, teniente de César, amenazaba al Ásia propiamente dicha.

Lanzado César desde los placeres de Alejandría á las fatigas de la guerra, corrió al encuentro de Farnaces, obligando antes á Deyotaro, rey de Galacia y partidario de Pompeyo, á cederle una legion que tenia instruida á la romana, con cuyo auxilio derrotó y dió muerte al soberano del Bósforo, colocando en su trono á Mitrídates de Pérgamo, pudiendo entonces dar cuenta á Roma del feliz resultado de aquella campaña con estas tres palabras, que pintan de un modo gráfico la rapidez de sus operaciones:

«Veni, vidi, vici.» [1]

De vuelta en Roma el vencedor de Farsalia, se mostró magnánimo con los amigos de Pompeyo, á quienes perdonó, á excepcion de los que estaban todavía en armas contra él.

No fué menos político para con sus soldados y el pueblo romano. Como llegara á la capital en ocasion en que Dolabela proponia la abolicion de las deudas, contra el parecer de Marco Antonio, de lo cual se originó un combate en el que perecieron ochocientas personas, César indujo al pueblo á rechazar la proposicion de Dolabela, y para conseguirlo, distrajo á la plebe con donativos y espectáculos. Despues, observando que sus soldados trataban de imponérsele por creerse todavía necesarios, los reunió en el campo de Marte y les dijo:

«¡Bastante habeis sufrido, *oh, ciudadanos!* Os relevo del juramento que prestásteis, y os daré la paga que mereceis.»

Y á pesar de su resistencia en volver al estado civil, y de que se quejaran amargamente de que su general les hubiera llamado *ciudadanos* y no *soldados,* les distribuyó tierras apartadas unas de otras, pagó sus sueldos y los despidió.

Despues de la batalla de Farsalia debia César vencer la tendencia hácia un pasado y una patria augusta tanto por sus virtudes como por sus costumbres severas y sus leyes, que han llegado hasta los tiempos modernos.

Personificaba esta tendencia el virtuoso Caton, que con las reliquias del ejército de Pompeyo, que logró reunir en Corcira, habia pasado al África. Con él partieron muchos hombres ilustres, que á la muerte del desventurado caudillo, jurando morir por la libertad, le confiaron la direccion de los negocios.

Gracias á la proteccion que dispensó á los fugitivos el rey númida Juba,

[1] «Vine, ví, vencí.»

ocuparon á Cirena, atravesaron la Mauritania y se reunieron con Metelo Escipion, que se habia refugiado con sus tropas en aquel pais.

Un oráculo habia augurado que los Escipiones serian invencibles en África, y por este motivo Metelo Escipion se hizo nombrar general de las fuerzas allí reunidas. Mas el cáncer que corroia á Roma en aquella época se manifestaba por do quier iban los romanos, y los celos, la envidia, el afan de mando, fueron allí, como en todas partes, la principal causa de la ruina de los pompeyanos, que ocupados en sus rencillas, no supieron aprovechar la ocasion que se les presentaba de triunfar mientras estaba entrenido César en sus amoríos con Cleopatra.

Sabida en Roma la formacion de aquel nuevo núcleo de resistencia, marchó al momento el dictador al África, con tres mil infantes y algunos centenares de caballos, que desembarcó á dos leguas de Ruspina, donde llegó mas tarde el resto de sus tropas.

Empezadas las operaciones, César, por burlarse quizás del oráculo referente á los Escipiones, obligó á combatir á la cabeza de su ejército, como si fuera el verdadero general, á uno de sus mas oscuros y cobardes soldados, que por ser de la raza de aquellos ilustres varones, era conocido entre sus camaradas con el nombre de Escipion *Salucio.* [1]

En tanto los infatigables jinetes númidas dominaban la campaña, impidiendo que la caballería de César se abasteciera de forrajes, siendo esto causa de que tuvieran que alimentarse los caballos con algas marinas maceradas en agua dulce y mezcladas con zulla.

Cierto dia en que gran número de cesarianos estaban distraidos mirando la maravillosa danza ejecutada por un africano al son de una flauta, cayeron sobre ellos los númidas, y los arrollaron y persiguieron hasta su mismo campamento, donde entraron con ellos; y sin las providencias que tomaron César y Pollion, deteniendo á los fugitivos, quedaba en aquel mismo dia concluida la guerra.

Ya en otro encuentro estuvo expuesto César á ser derrotado, lo que pudo evitar merced á su presencia de ánimo, de la que es una prueba el hecho de que, viendo huir cobardemente á un abanderado, corrió á él, y haciéndole dar media vuelta, le dijo:

« ¡ Allí está el enemigo, y es allí donde debes llevar tu bandera ! »

Contra el consejo de Caton, Metelo se dispuso á presentar batalla á César en las cercanias de Tapso, de cuya villa habia hecho su base de ope-

[1] Segun Suetonio, significa esta voz hombre infame ó de costumbres corrompidas.

raciones, apoyado por la caballería de Juba y el cuerpo de romanos que acaudillaba Afranio.

En cuanto llegaron á noticia de César los preparativos de Metelo, levantó secretamente su campo, y atravesando con extraordinaria rapidez terrenos pantanosos y terribles desfiladeros, cayó de improviso sobre Metelo; destrozó su ejército, y aprovechando la ocasion, se lanzó sobre el cuerpo de Afranio, que sufrió igual suerte, y luego sobre el de Juba, que puso en dispersion.

Así en un solo dia se apoderó de tres campos atrincherados, y mató cincuenta mil enemigos, sufriendo por su parte escasas pérdidas.

Al anuncio de esta victoria, las ciudades que aun se sostenian por Pompeyo abrieron sus puertas al vencedor. Juba y los principales caudillos pompeyanos murieron con las armas en la mano, excepto Labieno, que logró refugiarse en España, á donde Caton habia enviado á los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, para que sublevaran el pais.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, hallábase Caton en Utica, donde habia reunido un Senado compuesto de trescientos romanos, á quienes exhortó á la concordia, único medio de hacerse temer armados ó de alcanzar buenas condiciones cediendo, aun cuando no desesperaba todavía del triunfo de su causa, al ver que España se levantaba al grito de libertad, que Roma parecia dispuesta á sacudir el yugo del dictador y que Utica estaba perfectamente guarnecida y municionada.

Resueltos á defenderse los mercaderes italianos establecidos en la ciudad, propusieron libertar y armar á los esclavos. Pero Caton se negó á autorizar esta medida, afirmando que no era lícito lastimar así los derechos de propiedad; con lo que los mas tímidos, juzgando demencia el resistir á aquel ante quien se humillaba el universo, hablaron de rendirse, y cundiendo el desaliento entre los defensores de Utica, enviaron á César proposiciones de capitulacion.

Contra lo que era de esperar, no se opuso Caton á este paso; pero no quiso que se estipulara nada en favor suyo.

« El conceder la vida, dijo, supone el derecho de quitarla, lo cual es un acto de tiranía, y yo no quiero deber nada á un tirano. »

Y despues de arreglar tranquilamente sus asuntos y de recomendar á sus hijos á uno de sus amigos, el insigne filósofo pidió su espada, y se suicidó, pereciendo con él la raza de aquellos antiguos republicanos, para quienes era la vida un bien inútil si no podian emplearla en servicio de su patria.

Los habitantes de Utica y cuantos conocian á Caton le lloraron como al último romano que supo morir libre, y hasta el mismo César dijo al saber su desgraciada suerte:

« ¡ Me ha quitado la gloria de conservarle la vida ! »

Dueño César de Utica, invadió la Numidia y la Mauritania, y las redujo á provincias de Roma, dejando en ellas de pretor al historiador Crispo Salustio, cuya avaricia consideró muy conveniente para desangrar á aquellos paises, de modo que no pensaran nunca en recobrar su independencia.

No quedándole en África ni un solo enemigo, César regresó á Roma, donde fué recibido con los mas señalados honores. El servil Senado le prorogó la dictadura por diez años; aumentó hasta el número de sesenta y dos los veinte y cuatro lictores que le daban guardia; le nombró censor único; declaró sagrada su persona ; facultóle para ser el primero en emitir su parecer en las asambleas ; le puso en los espectáculos una silla curul, que no debia quitarse hasta su muerte; ordenó que no se principiaran las funciones del circo hasta que él diese la señal ; permitió que cuatro caballos blancos tirasen de su carro, cual se hizo con Camilo, vencedor de los galos, elevándole, por fin, al lado de la de Júpiter, una estátua en la que se le presentaba apoyándose en el globo terrestre, con este lema en el pedestal: CÉSAR, SEMI-DIOS.

Cual si le fueran debidas tales adoraciones, César dejaba que se las tributaran ; pero conociendo pronto que era el miedo y no la admiracion de los romanos quien le divinizaba, se apresuró á tranquilizar á amigos y enemigos, asegurando solemnemente, que renunciando á tomar venganza de los que le ofendieran, no renovaria las matanzas de Mario y Sila.

« Así hubiera podido, dijo, evitar el que se derramara una gota siquiera » de sangre romana. Vencidos ahora los enemigos, depondré la espada, de- » dicándome á conquistar con la benevolencia á los que persisten en odiarme. » Por lo demas, conservaré los ejércitos, no tanto para mi defensa, como » para que defiendan la república. »

Mas tranquilos con esto el Senado y el pueblo, decretaron á César cuatro triunfos por sus victorias en las Galias, en Egipto, sobre Farnaces y sobre Juba. En el primero de estos triunfos ostentó una lista de trescientos pueblos y ochocientas ciudades sometidas, y como se rompiera el eje de su carro triunfal, magnífico en todo, hizo adelantar cuarenta elefantes cargados de antorchas, colosales candeleros que alumbraron la retrasada procesion.

No menos pompa desplegó en los tres triunfos siguientes, en el último de los cuales desagradó á los romanos el que presentara las estátuas de Metelo Escipion, Caton y Petreyo, y que llevara entre los esclavos que seguian su carro al hijo de Juba, niño todavía.

En sesenta y cinco mil talentos se valuaron los vasos de oro y plata que exhibió el triunfador, sin contar mil ochocientas veinte y dos coronas, del peso de quince mil treinta y tres libras, ofrecidas por diversas ciudades, que redujo á moneda, y con cuyo producto regaló expléndidamente á los soldados y dió al pueblo un banquete, para el que levantó veinte y dos mil mesas y en el que se sirvieron las viandas y vinos mas raros y exquisitos.

Conociendo Pompeyo las inclinaciones del pueblo que pretendia dominar, le habia construido el circo mas capaz que se viera hasta entonces. En él cabian doscientas cincuenta mil personas sentadas. Un canal de agua cristalina recreaba la vista, poniendo al abrigo del peligro á los espectadores, que estaban además defendidos por una alta balaustrada de hierro. Allí hizo luchar César á dos mil gladiadores para divertir á sus conciudadanos, ofreciéndoles tambien luchas de elefantes, simulacros de batallas terrestres y combates navales, para lo que tuvo que convertir el circo en una *naumaquia* de inmensas dimensiones.

Segun Dion, ni aun faltaron en aquellas fiestas sacrificios humanos, y tanta gente atrajeron á Roma, que muchas personas tuvieron que dormir al aire libre durante algunas noches, pereciendo bastantes estrujadas entre la muchedumbre.

Terminados los festejos, hubo de pensar César en perseguir á algunos enemigos que le quedaban. Los hijos de Pompeyo habian logrado reunir en España las reliquias de los ejércitos derrotados en Farsalia y Tapso, y apoyados por muchos naturales que recordaban las victorias de su ilustre padre, recorrian triunfantes los campos, obligando á los cesarianos á refugiarse en las fortalezas.

En vista del incremento que iba tomando aquella rebelion y de la impotencia de sus capitanes para sofocarla, decidió el dictador trasladarse á España, donde su presencia cambió al momento el aspecto de la guerra. Despues de apoderarse de varias plazas y de tener á raya á los pompeyanos, les dió una gran batalla ante los muros de Munda, [1] el dia 17 de Marzo del año 46 antes de Jesucristo.

[1] Ciudad de la Bética, situada en el lugar que hoy ocupa Montilla, á seis leguas de Córdoba.

Al principiar este encarnizado combate, alcanzaron tales ventajas los sublevados, que desesperado César, estuvo á punto de atravesarse con su espada. Empero, recobrando de pronto su indomable energía, gritó á sus legionarios, que empezaban á huir:

« ¿ No os avergonzais de abandonar cobardemente á vuestro general en manos de esos mozuelos ? »

Dicho esto se metió entre las filas enemigas, y arrastrando á los suyos á la pelea, alcanzó la victoria.

Treinta mil pompeyanos, entre los que se contaban el valiente Labieno y tres mil caballeros, quedaron tendidos en el campo de batalla.

Cegando con los cadáveres de los vencidos el profundo foso que rodeaba á Munda, los cesarianos la asaltaron, haciéndose dueños de ella con harta efusion de sangre, mientras el dictador perseguia sin descanso á los fugitivos.

Para dar una idea del peligro á que se expuso César en esta jornada, bastará saber, que al regresar á su campamento, dijo á sus oficiales:

« Siempre he combatido por vencer; pero hoy solo lo he hecho por salvar la vida. »

De los dos generales que mandaban á los sublevados, Cneo Pompeyo fué muerto en la fuga: Sexto, su hermano menor, logró refugiarse entre los celtíberos; sobrevivió á César, y por mucho tiempo mantuvo alzada con gloria la bandera de la libertad.

Acabada en siete meses una guerra tan difícil como sangrienta, César regresó á Roma, obtuvo un nuevo triunfo, y fué nombrado dictador perpétuo.

Entonces empezaron á llover sobre el favorito de la fortuna cuantos honores y adulaciones les fué dado inventar á los romanos para envilecerse.

Entre los infinitos monumentos, estátuas y arcos triunfales que se le erigieron, sus admiradores elevaron un templo en honor de su clemencia, que fué, en verdad, lo único en que estuvieron acertados, puesto que, natural ó impuesta por sus miras políticas, era ésta la sola virtud que en él sobresalia.

Efectivamente, César tenia dadas inequívocas pruebas de que sabia olvidar las ofensas, perdonando á gran número de enemigos que le combatieran con las armas en la mano, y aun concediendo á algunos dignidades y empleos, en particular á Bruto y Casio, á quienes nombró pretores. Además de lo dicho, habia hecho levantar las estátuas de Pompeyo, que sus aduladores

derribaran creyendo complacerle, lo que fué causa de que dijera Ciceron al hablar de este asunto, que respetando César las estátuas de su mayor enemigo, habia asegurado las suyas. Todo esto sin contar conque daba al pueblo opíparos banquetes, distribuia trigo entre los indigentes, fundaba colonias militares y procuraba atraerse la benevolencia de los ciudadanos mas ricos é influyentes ofreciéndoles consulados, preturas y otras mil distinciones.

Así trataba el dictador de hacer mas ligeras á sus conciudadanos las cadenas en que los aherrojara, completando por medio de la dulzura la obra de dominacion que empezara su victoriosa espada.

Segun Plutarco, émulo de la misma gloria que habia adquirido, César abrigó el proyecto de declarar la guerra á los partos, y despues de vencidos, recorrer la Hircania á lo largo del mar Caspio y del monte Cáucaso, sometiendo los paises vecinos de la Germania, y aun la misma Germania, y regresar á Italia por las Galias, redondeando así el imperio romano, cuyo límite por todos lados debia ser el Océano.

Mientras maduraba en su imaginacion tan colosal designio, estudiaba los medios de romper el istmo de Corinto; de convertir el Tíber en un canal que, desembocando en el mar Tirrénico, facilitase el comercio con Roma; de desecar las lagunas Pontinas para entregarlas á la agricultura, y de construir, en fin, un vasto puerto y arsenales en Ostia.

No le fué dado á César ver realizados tan magníficos planes; pero en cambio, pudo llevar á cabo la reforma del calendario, que en aquellos tiempos estaba sujeto á intercalaciones arbitrarias.

El año romano, bajo Rómulo, se componia de 304 dias, y empezaba por el mes de Marzo. Numa añadió los meses de Enero y Febrero, y además un mes intercalar, llamado *Mercedonio;* y así vino á constar el año de 366 dias. Pero constando el año astronómico de 365 dias 5 horas 48 minutos y 51 segundos, era clara la falta de coincidencia entre este año y el civil, á pesar del mes *Mercedonio,* creado exprofeso para remediar tamaño inconveniente; por lo que, con objeto de disimular de algun modo tan erróneo cálculo, se autorizó á los sumos pontífices para dar al mes intercalar el número de dias que las circunstancias exigieran. Mas los sumos pontífices, dando al olvido su sagrada mision, no resistieron á la tentacion de abusar de esta facultad discrecional para prolongar la duracion de la magistratura de sus amigos, ó abreviar la de sus enemigos, como igualmente para adelantar ó retrasar los vencimientos de los créditos de los arrendatarios del fisco. Y á tal estado llevaron el calendario la ignorancia, la supersticion y el amor

al fraude del alto sacerdocio, que hubo año en que las fiestas de otoño se celebraron por la primavera, y las de la siega en lo mas crudo del invierno.

A estos desórdenes puso correctivo César cortando por lo sano, puesto que prolongó el año 45 antes de nuestra era, en que hizo la reforma, á mas de 400 dias, y consultando el asunto con varios filósofos y astrónomos, entre ellos el egipcio Sosígeno, estableció una intercalacion regular, y no discrecional, suprimiendo desde luego el mes *Mercedonio.*

Partiendo de la base de que el año tendria 365 dias y 6 horas, añadióle cada cuatro años un dia mas, que intercaló en el mes de Febrero entre los dias sexto y sétimo, de manera que para no alterar el número de dias del mes de Febrero, que era de 28, fingió un segundo dia sexto, y de aquí la denominacion de año bisiexto, que se da al que contiene el dia intercalado. Mas los pontífices sucesores de César, encargados de la ejecucion de la reforma, consideraron cada año bisiexto trascurrido como formando parte de los cuatro años siguientes, incurriendo, por tanto, en el absurdo de igualar un *cuarto* á un *tercio,* de manera que los años bisiextos se median cada tres años, persistiendo en este error durante treinta y seis años, hasta que el emperador Augusto lo corrigió quitando un número de dias equivalente al de los bisiextos intercalados demas.

Por agradecimiento sin duda á estos dos reformadores, los meses que en el antiguo calendario llevaban los nombres de *quintilis* y *sextilis,* fueron denominados Julio y Agosto. Sin embargo, la reforma de César no fué completa, ya que el año astronómico no es de 365 dias y 6 horas, sino como hemos dicho, de 365 dias 5 horas 48 minutos y 51 segundos, lo cual se remedió en 1582 por el papa Gregorio XIII, de cuya correccion no nos ocuparemos aquí por ser tan conocida y agena hasta cierto punto á la biografía de nuestro héroe.

Plutarco dice que la reforma del calendario mereció las censuras de los contemporáneos de César, y se lamenta de que Ciceron se burlara de ella. Parece ser esto dolencia de todos los tiempos. Cuando Meton descubrió el ciclo que lleva su nombre, y que contiene los *números áureos* indispensables al antiguo calendario griego, Aristófanes le ridiculizó en una de sus comedias. En nuestra época, cuando Leverrier designó el sitio del cielo donde debia encontrarse el planeta ahora llamado Neptuno, pero entonces desconocido, causa de las perturbaciones que se notaban en el movimiento de Urano, hizo á Leverrier objeto de innobles sarcasmos una parte de la prensa

francesa. En todos tiempos y para ciertos hombres es un delito en el varon estudioso el distinguirse del comun de las gentes por sus virtudes ó talentos.

Dejamos narrados los principales acontecimientos de la vida de César hasta la edad de cincuenta y seis años, en que le vemos proyectar vastas obras y atrevidas conquistas, pareciendo ser el engrandecimiento del imperio romano, tal vez la monarquía universal, la única pasion que le dominaba.

César, ejerciendo la dictadura, era un rey en efecto, y un rey absoluto. ¿Aspiraba en realidad á ceñir la corona? Los romanos así lo temieron, y en prueba de ello, vamos á consignar algunos de los hechos que sirvieron de base á esta sospecha.

Segun queda indicado, el gran guerrero abrigaba la idea de someter á los indomables partos, y como al decir de sus aduladores, un oráculo de los libros sibilinos aseguraba que las armas romanas no obtendrian la victoria si no las guiaba un rey á aquellas apartadas regiones, deducian de aquí la necesidad de investirle con la soberanía, llevándoles su celo hasta el extremo de apellidarle rey un dia que entraba en Roma de vuelta de su posesion de Alba, lo que fué causa de que, observando el mal efecto que producia en el pueblo aquel título, pareciese indignado, y respondiera secamente á los que le aclamaban:

«¡No me llamo rey, sino César!»

Observóse tambien que en cierta ocasion en que el Senado le tributaba extraordinarios honores en medio de una plaza pública, no se levantó César de su asiento para contestar á los padres conscriptos, lo que se consideró como un desprecio que hacia á la misma Roma.

En la fiesta de las Lupercales,[1] á la que asistia César ocupando en la tribuna reservada á los senadores un asiento de oro, Antonio, que en su calidad de cónsul debia figurar en la ceremonia, le presentó una diadema entretejida de laurel, que César rechazó por dos veces entre los aplausos de la muchedumbre. Por órden del dictador se depositó aquella diadema en el Capitolio, pero al siguiente dia todas las estátuas de César aparecieron adornadas con este distintivo de la soberanía, que Flavio y Marcelo, tribunos de

[1] Fiestas que celebraban los romanos por el mes de Enero en honor del dios Pan, durante las cuales los jóvenes patricios, los sacerdotes de aquel ídolo y los principales magistrados de Roma corrian semi-desnudos por la ciudad, pegando á cuantos encontraban con unos látigos de piel de cabra. Las mujeres se exponian gustosas á aquellos golpes, creyendo que eran un excelente remedio contra la esterilidad y que mitigaban los dolores del parto.

la plebe, mandaron quitar de la vista del público, prendiendo de camino á algunos individuos que habian aplaudido, aunque débilmente, la tentativa de Antonio.

Despechado César al saber la accion de los tribunos, que calificó de insulto á su persona, los destituyó de sus cargos, permitiéndose apostrofar con soeces dictados á la plebe, que habia demostrado su satisfaccion por la entereza de aquellos funcionarios.

Fácil es comprender si tal conducta irritaria á los enemigos del dictador, y aun al pueblo mismo, que empezaba á cansarse de la altanería de aquel soldado, y sobre todo del desprecio conque le trataba la turba de aduladores y favoritos de que contínuamente le viera rodeado.

Entre los que menos ostensible, pero mas intensamente, odiaban á César, se distinguia Cayo Casio, que desde su niñez mostrara aborrecer la tiranía, como lo prueba el hecho de que, habiendo oido á Fausto, hijo de Sila y su condiscípulo, alabarse del ilimitado poder de su padre, le dió de bofetadas, y reprendido por los parientes del ofendido, en vez de dar excusas, aseguró que le abofetearía de nuevo si osaba repetir aquellas palabras.

Están contestes la mayor parte de los historiadores que se ocuparon de este exforzado varon, en que, aparte de su carácter resuelto y de su amor á la libertad, tenia motivos particulares para detestar á César, fundando este aserto en que el dictador se habia apropiado algunos leones que reservaba Casio para distraer al pueblo en las fiestas de su edilidad.

Sin negar nosotros que pudo ser este hecho la primitiva causa del resentimiento de Casio, estamos persuadidos de que no fué el deseo de vengar tan fútil ofensa lo que le impulsó á acometer la grande empresa que llevó á cabo, y sí la noble indignacion en que ardia su pecho al mirar á su patria esclava de un tirano, muy ilustrado, muy elocuente, es cierto, pero que al fin y al cabo era un tirano.

Mas dejando á un lado esta cuestion histórica, por el temor de alargar demasiado la presente biografía, el hecho fué que Casio concibió el proyecto de devolver á Roma sus instituciones republicanas matando al dictador, y que necesitando un hombre de corazon para que le ayudase en su proyecto, creyó encontrarlo en Marco Junio Bruto.

Era este personaje culto escritor, orador elegante y excelente soldado. Educado por su tio Caton, y profesando, por consiguiente, las doctrinas de los estóicos, estaba preparado para los mayores sacrificios y para los mas

sublimes actos de abnegacion. Habiendo hecho Pompeyo morir á su padre, porque nadie creyera que anteponia á la causa de la república, que representaba aquel caudillo, su resentimiento personal, se unió á él, y con él fué vencido en Farsalia.

César, que durante mucho tiempo sostuvo relaciones amorosas con su madre Servilia, apreciaba á Bruto, [1] haciendo justicia á las altas prendas que le adornaban. Por eso mandó en Farsalia á sus soldados que respetaran su vida si caia prisionero, y se regocijó cuando le vió llegar sano y salvo á su campo, perdonándole desde luego y confiándole el importantísimo gobierno de la Galia Cisalpina, donde por su excelente comportamiento mereció que los milaneses le erigieran una estátua.

Acabado el tiempo de su gobierno, César dió á su protegido la pretura de Roma, sin que esta nueva prueba de benevolencia le granjease la estimacion, ni siquiera el agradecimiento del austero republicano, que no podia anteponer al afecto privado la libertad comun, ni ver en aquel hombre que aun contra su voluntad le distinguia mas que al opresor de su patria.

Segun dejamos dicho, Casio habia creido hallar en Bruto el hombre que necesitaba; pero no atreviéndose á declararle abiertamente sus intenciones, envió algunos amigos para que trataran de sondearle, recordándole en sus conversaciones ora la heróica muerte de su tio Caton, ora la noble empresa del antiguo Bruto, bajo cuya estátua, y aun en el mismo asiento que ocupaba diariamente el hijo de Servilia en la pretura, hizo que sus agentes escribieran estas significativas palabras:

« ¡ Oh, Bruto! ¿ Por qué no vives todavía? — Bruto, ¿ duermes? — ¡ Tú no eres de la raza de Bruto! »

Tales excitaciones causaron el efecto que esperaba su autor. Bruto se mostró dispuesto á sacudir el yugo, y entonces Casio le declaró su intento, haciéndole presente cuán indigno era de hombres que habian nacido libres el tolerar por mas tiempo la servidumbre de la patria, que les pedia angustiada la libertasen de un tirano.

[1] Varios autores, para hacer mas dramática la muerte de César, han supuesto que Bruto era el fruto de sus amores con Servilia, hermana de Caton y esposa repudiada de Lúculo, sin tener en cuenta que el año 85 antes de Jesucristo, en que nació Bruto, contaba excasamente César la edad de quince años, no siendo probable que en su adolescencia pensase el futuro dominador del mundo en sostener amores con la madre del que, andando el tiempo, debia figurar entre sus asesinos. Los amoríos de César con Servilia están probados por el testimonio de sus contemporáneos; pero no tuvieron lugar en la época que muchos han creido, sino cuando el ilustre general frisaba en los cuarenta y siete años.

Desde aquel instante quedó resuelta la muerte del dictador. Bruto accedió á entrar en la conjuracion, á la que su intachable nombre arrastró hasta sesenta y tres senadores y principales ciudadanos, algunos de ellos enemigos de César por sus sentimientos republicanos, y otros que le odiaban por no haber recibido de él ningun beneficio.

Puestos de acuerdo los conjurados, decidieron llevar á cabo su terrible designio, al presentarse César en el Senado en la sesion que debia celebrarse en los *idus* de Marzo. [1]

Por mas que el dictador fuese muy descuidado tocante á su seguridad personal, no habian podido menos de excitar sus sospechas los frecuentes coloquios de Casio con algunos de sus cómplices y el aspecto cada vez mas sombrío del autor de la conjuracion.

« ¿ Qué estará proyectando Casio ? dijo en una ocasion á los que le rodeaban ; me parece que nada bueno puede concebir una frente tan lívida como esa. »

Otro dia, como algunos de sus favoritos acusaran á Antonio y Dolabela de estar fraguando una conjuracion, respondió el dictador :

« No temo yo á esas gentes gordas y bien cuidadas : los que me dan qué pensar son esos hombres tan pálidos y flacos. »

Y señalaba á Bruto y Casio.

Habiéndole advertido un adivino que le amenazaba una desgracia hácia los *idus* de Marzo, encontró en la calle á aquel hombre al encaminarse al Senado, y le dijo sonriendo :

— Ya ves que estamos cerca de los *idus*, y nada me ha pasado.

— Sí, respondió el agorero, estamos cerca de los *idus*; pero no han empezado todavía.

La víspera del dia señalado para asesinarle, cenó el dictador en casa de Lépido, y como uno de los convidados preguntara á los otros cuál era en su opinion la mejor muerte, César, aun cuando parecia distraido en firmar algunos documentos, contestó :

« ¡ La inesperada ! »

Despues de la cena se retiró á su casa, y se acostó.

Al levantarse, Calpurnia su mujer le suplicó llorando que no fuese aquel dia al Senado, porque un terrible sueño que acababa de tener la hacia temer que no volveria á verle.

[1] Los romanos llamaban *idus* á una de las tres partes en que dividian el mes, y que caia el dia 15 en Marzo, Mayo, Julio y Octubre, y el 13 en los demas meses del año.

César se rió al principio del terror de su esposa; pero vencido al cabo por sus ruegos, estaba á punto de mandar á Antonio que aplazara la sesion del Senado para el dia inmediato, cuando llegó Décimo Bruto Albino, persona que gozaba de la entera confianza del dictador, tanto, que le habia designado como su segundo heredero, y que á pesar de todo, figuraba entre los conjurados.

Enterado de lo que ocurria, Albino incitó á César á asistir al Senado, diciéndole que los padres conscriptos le estaban aguardando, pareciendo dispuestos á proclamarle aquel dia rey de todos los paises que obedecian á Roma.

« Y si ahora, continuó, va alguien á decir á los senadores que se retiren y no vuelvan á reunirse hasta que Calpurnia tenga mejores sueños, ¿ qué pensarán de tí ? Sin embargo, si consideras que este dia es nefasto, vé tú mismo á decírselo y á citarlos para cuando bien te parezca; que solo así puedes evitar el desaire que creerian recibir esperándote en balde. »

Dichas estas palabras, cogió Albino la mano del dictador, y le obligó á seguirle.

En la puerta de la calle encontraron la litera de César, y habiéndole hecho Albino entrar en ella, dió órden á los conductores de que se encaminaran al Senado.

Mientras se dirigian allí, se acercó á la litera el literato griego Artemidoro de Cnido, que por sus relaciones de amistad con varios de los cómplices de Bruto y Casio habia llegado á saber su secreto, y entregó á César un escrito en que le advertia el peligro que corria su vida; pero viendo que el dictador alargaba el aviso sin mirarlo á uno de los oficiales de su séquito, dijo vivamente:

« ¡ César, lee eso al instante, que te interesa mucho ! »

Excitada la curiosidad del general por el tono conque pronunció Artemidoro aquellas palabras, fijó varias veces los ojos en el escrito; mas fueron tantos los que consecutivamente llegaron á saludarle y á presentarle peticiones, que por mas que hizo no consiguió leerlo.

El Senado celebraba sesion aquel dia en un edificio adosado al gran teatro de Pompeyo, en cuya sala principal se levantaba la estátua de este ilustre caudillo.

Cayo Trebonio, uno de los conjurados, encargado de entretener á Antonio, bien porque se temiese su fuerza hercúlea y su adhesion á César, ó bien porque se opuso Bruto á que muriera, esperaba á la puerta, y viendo

á Antonio que se acercaba al lado de César, le llamó aparte, entablando con él una larga conversacion.

Al presentarse el dictador se levantaron los senadores para saludarle, y así que hubo tomado asiento le rodearon los conjurados, presentándole á Tulio Cimber, que empezó á pedirle con vivas instancias que levantase el destierro á su hermano.

Como mostrara César no hallarse dispuesto á conceder la gracia que se le pedia, los conjurados unieron sus súplicas á las de Cimber.

Incomodado el dictador por tanta insistencia, hizo ademan de rechazar á los importunos, y tal vez iba á abandonar la sala, cuando Cimber se arrojó sobre él, y agarrándole el manto con ambas manos, le descubrió los hombros.

A esta señal, que era la convenida entre los conjurados, Casca, que se hallaba detrás del dictador, desenvainó un puñal y lo clavó en su espalda.

Sintiéndose herido, volvióse rápidamente César hácia el agresor, y cogiéndole la mano que empuñaba el arma, gritó con voz terrible:

« ¡ Malvado Casca ! ¿ qué haces ? »

Sorprendidos los senadores ante tan imprevista acometida, no acertaron á socorrer á César, ni siquiera á abandonar la sala, permaneciendo la mayor parte en sus asientos, mudos de horror y temblando de miedo.

En tanto los conjurados, acaudillados por Casio, sacaron sus puñales, acometieron por todos lados al dictador, que soltó entonces la mano de Casca, y le hirieron en los brazos y en el rostro.

Semejante á una fiera acosada por los cazadores, César, huyendo de una parte á otra y lanzando furibundos gritos, procuraba evitar los golpes que le dirigian, hasta que viendo á Bruto adelantarse hácia él en ademan hostil, cubrióse el rostro con el manto, exclamando:

« ¡ Tú tambien, hijo mio ! »

Y dejando de hacer resistencia, abandonó su cuerpo á los aceros de sus enemigos.

Bruto le dió una cuchillada en la ingle, y los demas conjurados le cosieron materialmente á puñaladas, siendo tal el encarnizamiento conque le atacaron, que algunos de ellos se hirieron entre sí al querer todos á la vez clavarle sus puñales.

Fuera casualidad, ó bien porque sus matadores le llevaran allí de intento, César cayó sin vida al pié de la estátua de Pompeyo, cuyo pedestal manchó con su sangre.

Parecia que el vencido de Farsalia presidia la venganza que tomaban sus partidarios del que fuera la causa de su muerte y de la esclavitud de su patria.

Así acabó sus dias, el 15 de marzo del año 44 antes de nuestra era, á la edad de cincuenta y seis años, el hombre extraordinario que llenó el mundo con la fama de sus altos hechos, y á quien, para eclipsar la gloria de los mas esclarecidos varones de la antigüedad, solo faltó un poco de dominio sobre sí mismo para acallar la voz de la inmensa ambicion que le devoraba.

Debiendo referir en la vida de Bruto los acontecimientos que siguieron á la muerte de César, vamos á terminar su biografía con algunas noticias referentes á su carácter y costumbres.

Gran guerrero, gran orador, gran político, hombre de doctrina y de accion, habilísimo matemático, como lo prueban la reforma del calendario, el atrevido puente que echó sobre el Rhin y la asombrosa precision de sus evoluciones militares, César estaba además dotado de tan poderosa imaginacion, que leia, escribia, dictaba y oia á la vez á cuatro personas, y á veces dictó diferentes cartas á cuatro secretarios.

Desde el extremo de la Península Ibérica, hasta la Etiopía, alcanzó señaladas victorias, y las refirió con magnífico estilo. Aficionado al bello sexo, le ocuparon á un tiempo la guerra y el amor. Dotado de grande elocuencia, valíase de ella para dominar las asambleas y reprimir los tumultos de sus tropas.

Creyéndose superior á sus contemporáneos, César se atrevió á todo, sin que se le viera retroceder jamás ante el temor de violar las leyes ó de recurrir á supercherías indignas de un hombre de su mérito. [1]

Las costumbres de César, ya lo hemos indicado, eran corrompidas. Aparte de su monstruosa intimidad con Nicomedes, por la que, como dejamos dicho, le apellidaron la *Reina de Bitinia,* el padre de Curion llegó á llamarle en público *marido de todas las mujeres, y mujer de todos los maridos.*

[1] Para dar una idea del desprecio conque trató César al Senado durante su dictadura y de lo poco que reparó en ejecutar actos que hoy se castigarian con las penas reservadas á los falsarios, baste saber, que llegó hasta hacer él mismo muchos decretos y firmarlos con los nombres de los mas respetados senadores, sin siquiera consultarlos. Véase, en corroboracion de lo dicho, lo que acerca del mismo asunto escribe Ciceron: «Diferentes veces he oido decir que ha llegado » á Siria ó Armenia, segun conviene á César, un decreto del Senado, del que yo no tenia la » menor noticia; y algun tiempo despues me ha escrito un príncipe desde aquellos paises, dán» dome las gracias por haber opinado que se le concediera el título de rey, mientras que yo ni » siquiera sabia que estuviese en el mundo.» — (*Epist. fam.*, IX, 15.)

Cuando entró en triunfo en Roma, vencedor de los galos, cantaban sus adictos legionarios:

« ¡Romanos, esconded las esposas, que os traemos al calvo lascivo que compró las mujeres de la Galia con el oro robado á sus maridos. »

Como le tachase un senador de afeminado, diciéndole que una mujer jamás lograria esclavizar á Roma, César se contentó con responder:

« Recuerda que Semíramis sojuzgó el Oriente, y que las amazonas conquistaron el Ásia. »

En compensacion de tan graves defectos, no habia soldado mas robusto ni valiente que él para domar un caballo, soportar el calor, el frio, el hambre y nadar por mas tiempo, á lo que ha de agregarse un valor indomable, una grandeza de alma poco comun y una constancia y actividad para las cuales nada parecia acabado si aun quedaba algo que hacer.

Grande hombre y mal romano, César llevó sus armas victoriosas del uno al otro confin del mundo conocido en su época; pero trastornó por completo la política y las leyes de su patria, preparando su ruina al señalar el camino del trono á aquella larga série de emperadores, que, desde Augusto hasta Augustúculo, no hicieron mas que minar el edificio de gloria y poderío levantado por Roma á la sombra de sus instituciones republicanas.

Teniendo únicamente en cuenta sus altas cualidades de hombre de guerra, los admiradores de César no han vacilado en colocarle en primera fila entre los mas preclaros varones de la antigüedad. Pero muchos y muy apreciables historiadores modernos, á quienes no deslumbra la aureola de engañosa gloria que rodea la cabeza de este ambicioso héroe, en vez de aplausos, solo tienen para él censuras y desprecio.

Por nuestra parte, creemos firmemente que, como Alejandro, Atila, Carlo-Magno, Napoleon y otros cien grandes conquistadores, habria sido mejor para la especie humana que no hubiera existido.

Las obras que dejó escritas César, son: *De bello gallico, De bello civile, Cartas* y *Comentarios.*

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CÉSAR.



JUNIO BRUTO

M. JUNIO BRUTO.

(85 á [illegible] DE J. C.)

[illegible] g'eron una estátua de [illegible] reyes, con una espada desnuda [illegible] habia sido quien hizo libre á Roma [illegible] aboliendo la dignidad real.

Por línea materna descendia Bruto de aquel Servilio Ahala que, convencido de que Espurio Mela aspiraba á la tiranía por los medios [illegible] entonces conocidos de excitar al pueblo á la sedicion, le mató á la [illegible] de la plaza pública. Además, Servilia, madre de nuestro [illegible] de Caton el filósofo, que se suicidó en Útica por no [illegible] Con tales ascendientes no debe maravillarnos [illegible] doblegarse ante la tiranía. Sin embargo, su [illegible] del matador de Tarquino, sino benigno, igual, y [illegible] ponia á sus mismos enemigos, quienes no pudieron dejar [illegible] á las virtudes cívicas y privadas que le adornaban.

Entusiasta de su tio Caton, ansió seguir sus huellas, estudiando al efecto las doctrinas de todos los filósofos griegos, y apreciando en [illegible] nueva Academia de su tiempo, siguió por fin la escuela de Platon, que estudió [illegible] Aristo, [illegible] Antioco [illegible]



M. JUNIO BRUTO.

(85 Á 42 ANTES DE J. C.)

Entre los ascendientes del inflexible republicano cuya biografía vamos á narrar se contaba aquel Junio Bruto á quien los antiguos romanos erigieron una estátua de bronce, que colocaron en el Capitolio entre las de los reyes, con una espada desnuda en la mano, como para demostrar que él habia sido quien hizo libre á Roma arrojando á los Tarquinos del trono y aboliendo la dignidad real.

Por línea materna descendia Bruto de aquel Servilio Ahala que, convencido de que Espurio Mela aspiraba á la tiranía por los medios ya entonces conocidos de excitar al pueblo á la sedicion, le mató á la luz del sol y en medio de la plaza pública. Además, Servilia, madre de nuestro héroe, era hermana de Caton el filósofo, que se suicidó en Utica por no deber la vida á César. Con tales ascendientes no debe maravillarnos el que Bruto fuera incapaz de doblegarse ante la tiranía. Sin embargo, su carácter no fué áspero como el del matador de Tarquino, sino benigno, igual, y tan simpático, que se imponia á sus mismos enemigos, quienes no pudieron dejar de hacer justicia á las virtudes cívicas y privadas que le adornaban.

Entusiasta de su tio Caton, ansió seguir sus huellas, estudiando al efecto las doctrinas de todos los filósofos griegos, y apreciando en poco la nueva Academia de su tiempo, siguió por fin la escuela de Platon, que estudió en Aténas, teniendo por maestro á Ariston, hermano del célebre Antíoco Ascalonita.

Quizá fué Bruto menos instruido que los filósofos de su tiempo, pero á ninguno de ellos cedió en cuanto á prudencia y pureza de costumbres.

Conociendo á fondo el idioma del Lacio, así como el heleno, las dotes oratorias que le adornaban le valieron legítimos triunfos en el Foro y arengando al ejército.

Celoso defensor de la justicia y de la libertad, mostró su abnegacion al estallar la guerra civil, triste resultado de las rivalidades de Pompeyo y César.

Como recordará el lector, Pompeyo hizo morir á Marco Bruto, padre de nuestro héroe, despues de rendido en Módena; por lo que, odiándole en el fondo de su corazon como asesino del que le diera el sér, no saludaba Bruto á aquel caudillo ni cruzaba con él la palabra, á pesar de su elevada posicion y extraordinario mérito.

Mas persuadido de que el interés público reclamaba el concurso de los buenos ciudadanos para poner un freno á la ambicion de César, Bruto sacrificó en aras de la patria su resentimiento y se afilió al partido de Pompeyo.

Tomada esta resolucion, abandonó la Sicilia, donde desempeñaba el cargo de legado de Sextio, gobernador de aquella provincia, pasando á incorporarse en Macedonia, como simple voluntario, al ejército pompeyano.

La generosa conducta de Bruto ganó el afecto de Pompeyo, que al saber su llegada al campamento, corrió á abrazarle, prodigándole las mayores muestras de distincion y aprecio.

Estas demostraciones triunfaron al fin de la antipatía que por tanto tiempo mantuviera á Bruto alejado del ilustre general.

Desde que llegó al campo pompeyano dió Bruto muestras de extraordinario celo y actividad en pro de la causa que defendia, sin que dejara por eso de emplear los ratos de ócio que le dejaban sus marciales deberes en terminar algunos trabajos literarios que tenia empezados, entre ellos un compendio de la *Historia general* de Polibio, en el que trabajó tranquilamente la misma víspera de la batalla de Farsalia. ¡Tanto en aquella vigorosa organizacion se sobreponian las facultades intelectuales á todas las demas!

Descrita en otra parte de este libro la jornada de Farsalia, no daremos aquí mas pormenores de ella, limitándonos á decir, que Bruto, despues de haberse portado como buen soldado y experto capitan en aquel sangriento

combate, tomó el partido de someterse á César, que no solo le perdonó la vida, sino que le trató con igual ó mayor distincion que á sus mejores amigos.

El hijo de Servilia aprovechó las favorables disposiciones del vencedor para que admitiera en su gracia á su amigo y correligionario Cayo Casio, y para obtener que no se destronara á Deyotaro, rey de Galacia, que se habia puesto bajo su proteccion.

En un principio negóse César á complacer á Bruto, pero vencido por sus vivas instancias, cedió por fin, diciendo á sus amigos, para disculpar lo que ellos llamaban un acto de debilidad:

« Yo no sé lo que quiere ese jóven; pero cuando él desea una cosa, la desea con vehemencia. »

Al marchar César á África contra Caton y Metelo Escipion, nombró á Bruto gobernador de la Galia Cisalpina, cuyos habitantes le recibieron con las mayores muestras de alegría, por haber llegado hasta ellos la fama de sus virtudes.

Bruto no desmintió en su gobierno la reputacion de hombre enérgico é íntegro que tenia ya adquirida, y administró la parte de la Galia que le estaba confiada tan á satisfaccion de sus naturales y del mismo César, que los primeros le levantaron una estátua, y el segundo quedó tan satisfecho á su vuelta de África del floreciente estado en que halló aquel pais, que para premiar al hábil gobernador decidió confiarle la pretura urbana de Roma, sin advertir, él, que se vanagloriaba de conocer á los hombres, que la severidad de principios del sobrino de Caton debia llevarle á convertirse en juez de sus actos dictatoriales, y que una vez condenado, él mismo se convertiria en ejecutor de su propia justicia.

En efecto: ¿podia echar en olvido el dictador que Bruto se habia afiliado al partido del matador de su padre, solo porque le pareció mas justa la causa que representaba? Si, pues, entre César que le habia prodigado tantas muestras de simpatía, y Pompeyo, contra el cual debia abrigar tan poderosos motivos de odio, prefirió ser justo, acallando la voz de la venganza para servir los intereses públicos, ¿cómo pudo decidirse César á tener á su lado, en Roma, á un hombre que debia espiar no solo sus actos, sino sus mismas intenciones y sueños de monarquía; á un hombre que al defender á Milon, asesino del turbulento Clodio, habia calificado de accion virtuosa el dar muerte á un tirano?

Siguiendo la inclinacion fatal que sentia por Bruto, César fió á su pro-

tegido la pretura urbana de Roma, uno de los mas importantes cargos de la ciudad eterna, en perjuicio de Casio, que la solicitaba tambien, y aun con mayores méritos, segun opinion del mismo dictador.

Efectivamente, era Cayo Casio descendiente de una familia ilustre por los servicios que prestara á la patria. Espurio Casio, uno de sus ascendientes, despues de haber gozado los honores del triunfo y ejercido por tres veces la dignidad de cónsul, fué muerto por su propio padre, porque abrigaba el designio de proclamarse dictador.

Cayo habia dado pruebas de su valor en la guerra de Partia, bajo el mando de Craso, de quien era cuestor, y si aquel desdichado caudillo hubiese seguido sus consejos, habria salvado su ejército y su vida. Despues de la derrota de los romanos, hizo una gloriosa retirada, conduciendo á Siria los restos de las legiones, y viéndose perseguido por los enemigos, que le sitiaron despues en Antioquía, donde fué á encerrarse, aprovechó tan hábilmente sus descuidos, que no solo salvó la ciudad, sino que les ganó una gran batalla en la que murió su general.

Habiendo tomado parte en la guerra civil á favor de Pompeyo, reunió despues de la derrota de Farsalia las reliquias del ejército vencido, y embarcándolas en diez y siete naves, pasó con ellas á la costa de África, con ánimo de continuar la guerra.

Algunos autores aseguran que Casio pudo haber hecho prisionero á César al cruzar este gran capitan el Helesponto en una barquilla, y que asustado al verle, le dejó libre y le rindió cobardemente su escuadra.

Por grande que sea la autoridad de los que aseveran el mencionado hecho, parece increible tratándose de un hombre de su temple, mayormente cuando, hablando Ciceron del mismo asunto, asegura en su segunda *Filípica,* que sabedor Casio de que César se acercaba ó la costa, se apostó en una bahía de la Cilicia, á la embocadura del Cidno, con la esperanza de sorprenderle y acabar con él; pero que el afortunado César desembarcó en otro sitio; por lo que desanimado Casio, y viendo al vencedor ocupar un pais que le era muy adicto, no tuvo mas remedio que someterse á él y entregarle sus naves.

Casio estaba casado con Junia, hermana de Bruto, lo que no obstaba para que en varias ocasiones no estuvieran de acuerdo ambos cuñados, puesto que Casio diferia de Bruto en profesar una moral mas acomodaticia, que si bien no le llevaba á contrariar las causas nobles y justas, le impedia defenderlas, como no fuera cuando estaban ligadas á sus intereses particulares.

Resentido de la preferencia que obtuviera Bruto en la cuestion de la pretura, Casio cortó sus relaciones con el hermano de su esposa, volviendo solo á reanudarlas cuando lo exigió la salud de la patria.

Siendo Bruto uno de los hombres á quienes mas amaba César, podia aspirar á sucederle en la dictadura; pero la austeridad de sus virtudes republicanas por un lado, y por otro las instigaciones de los partidarios de Pompeyo, le apartaban cada vez mas del dictador.

En tales circunstancias, concibió Casio el designio de asesinar á César; pero no podia recabar de sus amigos que secundaran su proyecto, por temor de que el pueblo no aprobase la muerte del dictador si no veia al frente de la conjuracion á un hombre de la virtud y austeridad de Bruto.

Esta observacion convenció á Casio, que para disipar los escrúpulos de los que habia elegido por cómplices, decidió reconciliarse con su cuñado, á cuyo fin procuró sobrexcitar la imaginacion del hijo de Servilia por medio de escritos que le incitaban á librar á Roma del tirano.

Un dia hizo escribir al pié de la estátua del antiguo Bruto las siguientes palabras:

« ¿ Por qué no vives todavía ? »

Y en el mismo tribunal en que administraba justicia nuestro héroe encontraba diariamente algunas tabletas, en que una mano invisible parecia apostrofarle por su apatía, diciéndole:

« Bruto, ¿ duermes ? ¡ No, tú no eres Bruto ! »

Exaltada su imaginacion por tantas excitaciones, procuraba Bruto adivinar de dónde procedian, cuando recibió la visita de Casio.

Despues de saludarse ambos cuñados y de disipar con mútuas explicaciones y muestras de amistad el ligero resentimiento que existia entre ellos, preguntó Casio á nuestro héroe:

— ¿ Asistirás á la sesion del Senado el dia de los *idus,* en que, segun he oido, los amigos de César tratan de proclamarle rey ?

— No iré, respondió Bruto.

— ¿ Y si nos llaman ? observó intencionadamente Casio.

— En ese caso, replicó el sobrino de Caton exaltándose á medida que hablaba, si mis palabras no bastan á impedir ese crímen, pereceré antes que ver morir la libertad.

Entusiasmado Casio por esta respuesta:

— ¿ Qué romano, exclamó, presenciaria impasible tu muerte ? ¡ Poco sabes, oh, Bruto, cuán querido eres en Roma ! ¿ No te han revelado los pro-

vocativos escritos que encuentras en tu tribunal, que no solo el pueblo, sino los ciudadanos mas distinguidos, esperan de tí la salud de la patria? Mientras nuestros hermanos aguardan de los demas pretores donativos, espectáculos y luchas de gladiadores, reclaman de tí que rompas sus cadenas, creyéndote obligado á satisfacer esta deuda de honor, como descendiente de aquel que hundió en el polvo el trono de los Tarquinos, haciendo de Roma un pueblo libre y poderoso. ¡Muéstrate tal cual eres, oh, Bruto, muestra que corre por tus venas la generosa sangre de Caton, y nos hallarás á todos dispuestos á seguirte y á luchar por la libertad hasta exhalar el último suspiro!

Acabando de proferir estas palabras, estrechó Casio á Bruto entre sus brazos, y se separó de él, llevando la seguridad de que cooperaria con todas sus fuerzas al mejor resultado de la árdua empresa que meditaba.

Así quedó acordada la muerte de César entre aquellos dos hombres á quienes separaban sus rivalidades y que vino á unir el amor á la patria.

Mientras Casio corria á participar á sus adeptos el resultado de su entrevista con Bruto, empezó éste á iniciar en la conjuracion á algunos de sus amigos á quienes se señalaba como acérrimos adversarios del dictador.

El primero con quien se avistó fué con Quinto Ligario, que acusado ante César de haber sido uno de los mas consecuentes partidarios de Pompeyo, fué perdonado por el generoso vencedor, pero que, menos reconocido á aquel beneficio que irritado por el peligro que corriera, continuaba odiando al dictador tanto como apreciaba á Bruto.

Como al penetrar en su casa nuestro héroe le encontrase gravemente enfermo:

— ¡En qué mala ocasion enfermaste! le dijo.

Miró Ligario atentamente á su interlocutor, é incorporándose vivamente en su lecho:

— ¡Bruto, exclamó estrechando su mano: si meditas alguna empresa digna de tí, héme aquí ya curado de mi dolencia!

Los jefes de la conjuracion siguieron eligiendo sus cómplices no solo entre sus partidarios, sino entre los ciudadanos cuya audacia y desprecio de la vida les eran conocidos. Hé aquí porqué ocultaron su designio á Ciceron, de cuya prudencia y fidelidad no podian dudar, pero que por su edad, así como por su escaso valor, no parecia á propósito para tomar una parte activa en la conspiracion.

El prestigio del sobrino de Caton animó á tomar parte en el complot á muchos distinguidos senadores, entre los cuales se contaba Décimo Bruto,

apellidado Albino, pariente de nuestro héroe, inmensamente rico y grande amigo de César, como lo prueba el hecho de haberle nombrado el dictador uno de sus herederos. Los demas conjurados eran jóvenes patricios que deseaban vengar la muerte de sus parientes ó la ruina de sus familias, ú oscuros ciudadanos cuya fidelidad y discrecion eran notorias á Bruto y Casio.

Despues de celebrar varias reuniones parciales, los conspiradores decidieron en una junta general llevar á cabo su proyecto durante la sesion que debia celebrar el Senado por los *idus* de Marzo, contando conque los senadores y el pueblo aplaudirian su accion y se declararian al punto en favor de los que arriesgaban sus vidas por romper sus cadenas.

No obstante esta esperanza, se convino, para hacer frente á cualquier acontecimiento imprevisto que pudiese ocurrir, que Décimo Bruto, que mantenia un gran número de gladiadores, los tuviese armados y dispuestos para acudir donde se les llamara.

Puestos de acuerdo respecto á lo esencial de sus designios, la única cosa en que no estaban conformes los conjurados era sobre lo que debia hacerse de Antonio y Lépido. Los mas querian matarlos juntamente con César, en especial á Antonio, que era el mas ambicioso de los dos, y el que, por consiguiente, debia mostrar mas empeño en contrariar sus planes.

Casio en particular fué el que insistió en que se deshicieran de aquel hombre; pero le defendió Bruto, diciendo que no convenia derramar mas sangre que la necesaria, porque harian daño á su propia causa y adquiririan fama de crueles, si en vez de vengar la esclavitud de la patria y devolverla su libertad, parecia que trataban de satisfacer sus resentimientos personales.

Estas razones hicieron gran fuerza en el ánimo de los conjurados; pero lo que no dejó de contribuir á salvar á Antonio fué la persuasion en que muchos estaban de que perdiendo el apoyo de César, aquel soldado se pondria de su parte si le ofrecian honores y riquezas; error que les hizo perder el fruto de su empresa y que fué muy fatal á los republicanos, como Ciceron les echó en cara, diciéndoles:

« Habeis cortado el árbol; pero dejásteis las raices. »

Llegado el dia señalado para dar muerte á César, Bruto, sin mas confidente de su secreto que su fiel y animosa esposa Porcia, salió de su casa, llevando un puñal oculto debajo de su toga, y se dirigió al Senado. Los demas conjurados se reunieron en la habitacion de Casio, con el pretexto de acompañar á la plaza pública á su hijo, que aquel dia debia vestir la

toga viril, pasando desde allí al pórtico de Pompeyo, donde esperaron la llegada de César.

Cualquiera que, sabedor de la terrible escena en que debian tomar parte aquellos hombres, los hubiese observado, se habria maravillado de la calma é impasibilidad que se pintaban en sus semblantes. Algunos, en su calidad de pretores, debian administrar justicia, y no solo escucharon con atencion la defensa de una y otra parte contendiente, sino que sus rectos fallos demostraron cuán exentos de preocupacion se encontraban sus ánimos.

Exasperado uno de los litigantes porque le condenara Bruto á pagar una fuerte multa, empezó á vociferar que apelaria á César de aquella sentencia que calificó de injusta, lo que dió motivo á que dijera Bruto mirando á los que le escuchaban:

« ¡ Jamás me impedirá César el juzgar con arreglo á las leyes ! »

En tanto ocurrieron algunos incidentes que turbaron á los conspiradores. En primer lugar, la tardanza de César les hacia temer que acaso fuera conocido su designio y se tomaban providencias para prenderlos, cuando la demora reconocia por causa los reiterados sacrificios que mandara hacer el dictador en averiguacion de la certeza ó falsedad de los sueños de su esposa Calpurnia, que le suplicaba diferir la reunion del Senado, considerando aquel dia como de mal agüero.

Motivo de zozobra fué tambien para ellos el acercarse misteriosamente un senador al conjurado Casca, y decirle:

« Con mucha reserva guardabas tu secreto; pero Bruto me ha enterado de todo. »

Sorprendido Casca iba á confesarlo todo á aquel hombre, cuando añadió con aire jovial:

« ¿ Cómo has podido allegar en tan corto tiempo riqueza bastante para aspirar á la edilidad ? »

Nueva inquietud sintieron cuando otro senador, llamado Popilio Lenas, saludó á Bruto y Casio con mucha mas atencion que de ordinario, y les dijo en voz baja:

« ¡ Ruego á los dioses que os concedan el mas feliz éxito en vuestra empresa; pero os aconsejo que no perdais tiempo, porque se ha traslucido el secreto ! »

Y volviéndoles la espalda, les dejó casi en la creencia de que estaba descubierta la conjuracion.

En aquel momento llegó un esclavo de Bruto, anunciándole que habia

muerto su esposa, y aunque tan triste nueva no resultó cierta, no estaba desprovista de fundamento.

Efectivamente, Porcia, que sabia el grave riesgo á que se exponia Bruto, permaneció toda la mañana presa de una violenta agitacion. El menor ruido ó grito la sobresaltaban; pedia noticias de su marido á los que venian de la plaza y enviaba de contínuo emisarios para saber lo que pasaba en el Senado. Tan angustiosa situacion acabó por agotar sus fuerzas; acometióla un síncope, y cayó en brazos de sus sirvientas, que creyéndola muerta, empezaron á lanzar agudos gritos, pidiendo socorro á los vecinos, quienes extendieron por la ciudad la falsa noticia de su muerte, aun cuando al cabo de algunas horas recobró Porcia el conocimiento, merced á los cuidados que se la prodigaron.

El siniestro mensaje que le llevara su esclavo puso á Bruto en grande confusion. Sin embargo, anteponiendo el interés público á sus desgracias particulares, ni siquiera pensó en abandonar el Senado.

Cuando mas impacientes estaban los conjurados, anunciaron los lictores la llegada de César, que habiéndose apeado de la litera, se puso á hablar en secreto con el citado Popilio Lenas, de quien, segun dejamos dicho, se sospechaba que conocia el secreto de la conjuracion.

Pareció á los conspiradores que el dictador prestaba mucha atencion á Lenas, y como no podian escuchar las palabras de éste, presumieron que les estaba denunciando.

Dominados por tal recelo, miráronse los conjurados mútuamente, llegando á comunicarse por la expresion de sus semblantes la firme resolucion que tomara cada uno de ellos de matarse antes que sufrir la afrenta del castigo.

Ya Casio y algun otro buscaban los puñales debajo de sus togas con intencion de hundirlos en sus pechos, cuando Bruto observó por la actitud de Lenas y sus miradas que no se trataba de una denuncia, sino de demandar una gracia.

Estando rodeado Bruto de senadores ajenos á la conspiracion, no pudo comunicar á sus amigos la luminosa idea que cruzara su mente; pero la viva satisfaccion que se pintó de pronto en su fisonomía tranquilizó á Casio, que vió con gran placer retirarse á Lenas, despues de besar la mano del dictador, en agradecimiento sin duda de alguna merced que le otorgara.

Mientras tenia lugar el episodio que dejamos narrado, fueron penetrando en la sala los senadores.

Algunos conjurados se colocaron cerca del sitial que debia ocupar César, cual si quisieran ser los primeros en saludarle.

Al acercarse el instante decisivo, dirigió Casio una larga mirada á la estátua de Pompeyo, pareciendo pedir á la efigie del desventurado caudillo la energía que empezaba á faltarle.

Siendo Antonio uno de los que formaban el acompañamiento del dictador, y estando convenido que, tanto para salvar su vida como á fin de que no emplease su extraordinaria fuerza muscular para impedir la muerte de su general, se le entretuviese con cualquier pretexto, salió á su encuentro el conjurado Trebonio, y llevándole al pórtico del edificio, le detuvo hablándole de diversos asuntos.

A la entrada de César en el salon todos los senadores se levantaron en señal de respeto, y así que hubo tomado asiento le rodearon los conspiradores, é hicieron adelantar á Tulio Cimber, quien le pidió gracia para su hermano que estaba en el destierro.

Unieron los conjurados sus ruegos á los de Tulio, y tomando las manos del dictador, le besaron la cabeza y el pecho.

César rechazó desde luego tan apremiantes solicitudes, y como insistieran los importunos, se levantó para repelerlos por la fuerza. Entonces Cimber, cogiéndole el manto con ambas manos, le descubrió los hombros, y á esta señal convenida de antemano, Casca, que se habia colocado detrás del dictador, le dió la primera puñalada, causándole en la espalda una herida larga, aunque poco profunda.

Sorprendido César, volvióse vivamente hácia el agresor, y cogiéndole la mano que blandia el puñal, díjole en latin:

« ¿ Qué haces, malvado Casca ? »

Creyéndose perdido Casca, exforzábase por desasirse, mientras reclamaba la ayuda de uno de sus hermanos, que era á la vez su cómplice, gritando en griego:

« ¡ Socorro, hermano mio ! »

Los conjurados desnudaron entonces sus puñales, arrojándose en tropel sobre el dictador, que en un principio intentó defenderse, pero que viendo adelantarse á Bruto con el puñal alzado, soltó la mano de Casca, se cubrió la cabeza con el manto y abandonó su cuerpo á la venganza de sus enemigos.

Fué tal la furia conque aquellos hombres acuchillaron á César, y tanto se apiñaron en torno suyo, que se hirieron unos á otros. Bruto resultó he-

rido en una mano, y todos quedaron manchados con la sangre de la víctima.

Muerto César, colocóse Bruto en medio de la sala en ademan de arengar á los senadores, quienes aterrorizados y temiendo por sus vidas, huyeron en desórden, como si realmente fueran perseguidos.

Dijimos ya que Bruto no quiso convenir en la muerte de Marco Antonio, inspirándole tanta confianza su voluble carácter y avidez de gloria, que esperaba verle contribuir con todas sus fuerzas á la libertad de la patria. Pero Antonio, sintiéndose tan ambicioso como César y tan culpable como él, huyó de Roma disfrazado con el traje de un hombre del pueblo.

Viendo que era imposible detener á los senadores y que nadie se les unia, los conjurados, llevando á la cabeza á Bruto y Casio, atravesaron la ciudad, blandiendo sus ensangrentados puñales al grito de libertad, y fueron á ocupar el Capitolio, donde se hicieron fuertes.

En los primeros momentos que siguieron á la muerte de César, hubo confusion, carreras y gritos; mas los romanos se tranquilizaron pronto al observar que los conspiradores no se entregaban á ningun exceso, resolviéndose algunos senadores y principales ciudadanos á presentarse en el Capitolio, donde acudió tambien la muchedumbre. Bruto arengó al pueblo conforme requerian las circuntancias, y habiéndole instado algunos á que subiera á los *Rostros*, abandonó el Capitolio, seguido de sus cómplices y de gran número de patricios que le servian de escolta.

Ocupado que hubo la tribuna, Bruto habló extensamente para explicar el grande acto de justicia que acababan de ejecutar los conjurados, sin que una sola voz interrumpiera su discurso, á pesar de estar ocupado el Foro por numerosas turbas dispuestas á lanzarse á la sedicion, dando en ello una prueba del respeto que les merecia la virtud y energía del hijo de Servilia.

Despues de Bruto quiso arengar al pueblo el conjurado Cinna; pero como empezara por denigrar á César, no lo pudo sufrir la multitud, que principió á vomitar injuriar contra el orador, dando señales de querer pasar á vias de hecho contra él, originándose de esto tal tumulto, que los conspiradores tuvieron que retirarse de nuevo al Capitolio para sustraerse al furor popular.

Bruto empezó á temer que habia sido inútil la muerte del dictador. Acostumbrados á la servidumbre, no respondian los romanos al grito que les llamaba á la libertad, pareciendo sentir que hubiera habido hombres bastante audaces para romper con sus puñales sus doradas cadenas.

Al dia siguiente al en que tuvieron lugar semejantes acontecimientos,

reunióse el Senado en el templo de la Tierra. Planco y Ciceron tuvieron el suficiente valor para proponer á los padres conscriptos que concedieran una amnistía á los conjurados, y que distribuyeran entro ellos diversas dignidades.

Esta proposicion fué apoyada por el fugitivo Antonio, que viendo que nada tenia que perder con la muerte de César, y sí mucho que ganar, habia vuelto á Roma y ocupado su puesto en el Senado.

Siguiendo una política de conciliacion digna de su prudencia, los padres conscriptos concedieron la amnistía solicitada, repartieron honores entre los matadores de César y demostraron al mismo tiempo sentir su muerte decretándole magníficas exequias.

Los conjurados, en tanto, seguian atrincherados en el Capitolio, siendo necesario que Antonio les dejase en rehenes á su hijo para decidirles á abandonar aquel asilo.

Aceptadas por los amigos y adversarios de César las decisiones del Senado, sellaron con un abrazo aquel acto de concordia, que hubiera evitado la guerra civil sin la perfidia de Antonio, procediéndose luego á repartir las dignidades acordadas.

Dióse á Bruto el gobierno de Creta, á Casio el de África, á Cimber el de Bitinia, á Trebonio el de Ásia y á Albino el de la parte de la Galia que limitaba el Po.

Efectuada esta distribucion, pidió Antonio que se leyera públicamente el testamento del dictador, y que se le enterrara á la vista de todos los romanos.

Comprendiendo Casio cuán pérfida intencion encerraban aquellas peticiones, las combatió enérgicamente; pero el confiado Bruto asintió á que las aprobara el Senado, cometiendo con esto una nueva falta en extremo funesta para su causa.

Facultado Antonio para celebrar los funerales de César, hizo leer al pueblo su testamento, por el que disponia se entregara á cada ciudadano la cantidad de setenta y cinco dracmas, y legaba á la ciudad los inmensos jardines que poseia á la orilla del Tíber.

Tal generosidad despertó de repente la gratitud de los romanos, que empezaron á sentir la pérdida del espléndido dictador, convirtiéndose en indignacion su sentimiento cuando el astuto Antonio, despues de pronunciar la oracion fúnebre del ilustre caudillo, les enseñó su ensangrentada túnica y su cuerpo cosido á puñaladas.

Enfurecida ante aquel espectáculo la multitud, prorumpió en gritos de muerte contra los conjurados, y apoderándose de cuantas materias combustibles pudo hallar á mano, formó con ellas una inmensa pira, en que quemó el cuerpo del difunto, arrojándose luego á incendiar las casas de los conspiradores, que apercibidos á la defensa, rechazaron la agresion con gran derramamiento de sangre.

Durante aquel tumulto, el pueblo, confundiendo al poeta Helvio Cinna, partidario de César, con el personaje del mismo nombre que figuraba entre los conjurados, lo asesinó en medio de la calle; por lo que, temiendo sufrir igual suerte Bruto y sus amigos, salieron de Roma, esperando un cambio de opinion que no tardó en realizarse entre aquella inconstante muchedumbre.

En efecto, Antonio no era capaz de recoger mas que la espada del dictador. Educado en los campamentos, acostumbrado á emborracharse con los soldados, ávido de placeres y del oro que los proporciona, pródigo y mal pagador, distaba mucho de poseer el genio, la habilidad política, y sobre todo, la humanidad de su general. Adhiriéndose ya á los cesarianos, ya á los republicanos, se habia hecho sospechoso á todos y odioso al pueblo, que temiendo encontrar en él un nuevo amo, menos benigno que el que acababa de sucumbir bajo el puñal de los conspiradores, echaba de menos la imparcialidad de Bruto, y deseaba que volviera é Roma, aunque no fuese mas que para presidir las fiestas de su pretura, que aun no habia celebrado.

A pesar de lo excepcional de su situacion, tuvo nuestro héroe bastante sangre fria para hacer que se celebrasen aquellas fiestas de un modo espléndido, aunque se abstuvo de presentarse en Roma, sabedor de que Antonio habia hecho entrar secretamente en la ciudad gran número de veteranos de César, con ánimo de asesinarle juntamente con sus partidarios.

Tal era el estado de los negocios, cuando vino á imprimirles un nuevo carácter la llegada del jóven Octavio, hijo de una sobrina del dictador, y nombrado por éste su heredero.

En Apolonia, donde estaba estudiando filosofía, supo Octavio la muerte de su tio, y á pesar de su escasa salud y de las lágrimas de su madre, partió inmediatamente, y se presentó en Roma á reclamar su herencia.

Interesado en conquistar las simpatías del pueblo, uno de sus primeros actos fué cambiar su nombre por el de César. Despues, habiendo distribuido religiosamente la cantidad legada á cada ciudadano, logró formarse un partido numeroso, mas formidable aun por hallarse afiliados

en él muchos de los veteranos que sirvieran bajo las banderas de César.

Dividida Roma entre Octavio y Antonio, vendíanse las legiones al mejor postor, con harto sentimiento de Bruto, que desesperando casi de poder restablecer en toda su pureza el gobierno republicano, abandonó la Italia, yendo á establecerse en Elea, villa de la Lucania, donde se despidió de su esposa Porcia, que le habia seguido en su fuga y á quien llamaba á Roma el cuidado de su casa.

Bruto sintió en extremo aquella separacion que debia ser eterna. Las siguientes palabras que dirigió á su amigo Acilio, demuestran la alta idea que tenia de su mujer:

« Si la debilidad de su sexo no la permite compartir con nosotros las » fatigas de la guerra, la elevacion de su alma la hace capaz de los mayo» res sacrificios en beneficio de la patria. »

Desde Elea, donde residió algun tiempo, pasó á Aténas nuestro héroe, siendo recibido en la ciudad emporio de las ciencias y del saber en medio de entusiastas aclamaciones. Allí, para desorientar á sus enemigos de Roma, fingió ocuparse solamente de las bellas letras y de cultivar la amistad de Cratipo y otros ilustres filósofos, á cuyas cátedras asistia, mientras en realidad se preparaba á arrojar de su patria á los tiranuelos que la oprimian.

De acuerdo con Casio y otros consecuentes republicanos, habia enviado á Heróstrato á Macedonia, con objeto de atraer á su partido á Hortensio, gobernador de aquella provincia, y á los comandantes de las tropas que la guarnecian.

Mientras esperaba el resultado de la mision de Heróstrato, afilió Bruto entre sus partidarios al hijo de Ciceron y á muchos jóvenes romanos que completaban en Aténas sus estudios, y no pudiendo ya ocultar por mas tiempo los preparativos de su empresa, declaró públicamente sus intentos, y se dirigió á Caristo, en la Eubea, donde acababa de llegar una flota romana que conducia caudales de Ásia, y cuyo jefe, buen patriota y grande amigo suyo, al saber que estaba levantando un ejército para librar á Roma de sus nuevos señores, le entregó los caudales y las naves, poniéndose á sus órdenes.

Contando ya con este recurso y con quinientas mil dracmas que le enviaron sus amigos de Italia, Bruto, secundado por el jóven Ciceron y por los demas romanos que le habian seguido, recogió los soldados dispersos del ejército de Pompeyo, que erraban todavía por la Tesalia despues de la derrota y muerte de su general, y formando con ellos un pequeño ejército, se

apoderó de quinientos caballos que iban destinados á Dolabela en Ásia. Luego, sabiendo que existia en Demetríade un inmenso depósito de armas, juntadas allí por César cuando meditaba invadir la Partia, pasó por mar á dicha ciudad, y se hizo dueño de ellas, á lo que debe agregarse que Hortensio se declaró por él, cediéndole el gobierno de Macedonia, y que los reyes de aquella parte de la Grecia le auxiliaron con hombres y dinero, prometiendo apoyarle con todo su poder.

Animado por tan prósperos sucesos, marchó Bruto sobre Apolonia, hácia donde se dirigia tambien Cayo, hermano de Antonio, para encargarse del mando de las tropas reunidas en dicha ciudad. Bruto venció á aquel jefe en diversos encuentros, hízole al fin prisionero, é incorporó á sus fuerzas gran parte de las que acaudillaba Cayo, consiguiendo reunir un ejército considerable, al mismo tiempo que Casio levantaba otro bastante numeroso en Egipto.

Disponíase Bruto á unir sus huestes á las de Casio para invadir la Italia, cuando supo los graves acontecimientos ocurridos en Roma despues que él la dejara.

Protegido por el Senado, Octavio habia llegado á arrojar á Antonio de Roma, haciéndole declarar enemigo de la patria.

No creyéndose bastante fuerte Antonio para luchar con su jóven competidor, se ayudó de Lépido, uniendo á sus parciales las legiones que mandaba este general, y se hizo á su vez temible á Octavio, que desplegando ya toda la astucia de un consumado tirano, á pesar de contar solo la edad de veinte años, propuso á aquellos dos ambiciosos caudillos dividir con ellos el mando, formando, el año 43 antes de Jesucristo, el segundo triunvirato que oprimió á Roma, y cuya primera medida fué el degüello de mil caballeros y doscientos senadores, entre los cuales figuraba el ilustre Ciceron.

Al saber Bruto semejantes horrores, no pudo contener su indignacion, y en represalias del asesinato del grande orador, mandó quitar la vida á su prisionero Cayo Antonio.

« Siento menos dolor, exclamó, por la muerte de Ciceron, que vergüenza por haberla causado; aunque quien tiene la culpa de tantos males no son nuestros tiranos, sino los mismos republicanos que sufren impasibles las iniquidades de los triunviros. »

Despues, abandonando momentáneamente su propósito de dirigirse á Italia, invitó á Casio á reunirse con él, y dejando la Macedonia, salió al encuentro de su amigo, con quien se juntó en Esmirna, hallándose así

ambos generales al frente de un formidable ejército y de una escuadra bastante poderosa que les permitian resistir ventajosamente á sus enemigos por mar y tierra.

Puestos de acuerdo respecto al plan de campaña que debian seguir, dirigióse Casio contra la isla de Rodas, cuya capital tomó y trató duramente, no obstante que quisieran aplacarle los habitantes dándole el título de rey y señor.

Indignado el caudillo republicano al contemplar el servilismo de los rodios:

« No soy vuestro rey, les dijo, sino el matador de aquel que quiso ser nuestro soberano, y á quien castigué por su odiosa ambicion. »

Mientras hacia efectiva Casio la enorme contribucion de guerra que impuso á Rodas, pasó Bruto á la Licia, donde sometió diversas ciudades y fortalezas, dando libertad sin exigir rescate á los prisioneros, á fin de granjearse la benevolencia de los naturales; pero éstos, excitados por los discursos de uno de sus oradores, llamado Naucrates, se hicieron fuertes en la ciudad de Xanto, que defendieron contra el caudillo republicano con un heroismo igual al de nuestros indomables numantinos.

En una de las diversas acometidas que dieron los xantios al campo de los sitiadores, lograron incendiar sus torres y máquinas de guerra, y aunque fueron rechazados, continuaban batiéndose desesperadamente, cuando un viento tempestuoso que se levantó, comunicó el fuego á las almenas de la ciudad. Bruto, tratando de atajar el incendio, acercó sus soldados á las murallas, para que socorrieran á los sitiados; pero éstos, lejos de querer contribuir á su salvacion, juntaron cuanta leña y materias combustibles pudieron encontrar, y alimentaron con ellas el voraz elemento, al mismo tiempo que atacaban furiosamente á los republicanos, obligándoles á volver á su campo.

Pronto se extendió el incendio por todos los ángulos de la poblacion, y como si este espectáculo acrecentase la desesperacion de los xantios, hombres libres y esclavos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, no encontrando enemigos que combatir, empezaron á matarse entre sí, ó se arrojaron á las llamas, sin que bastaran las exhortaciones de Bruto ni las recompensas que ofreció á sus soldados por cada sitiado á quien salvaran la vida, pues perecieron todos, excepto ciento cincuenta que quisieron aprovecharse de la generosidad del vencedor.

Cuando la desdichada ciudad no era ya mas que un monton de hu-

meantes ruinas, hallóse á una mujer colgada de una cuerda, con un niño muerto suspendido del cuello, y que por una tea que apretaba su crispada mano se conocia que ella misma habia pegado fuego á su propia casa.

Muchos años antes, en una guerra contra los persas, los habitantes de Xanto habian dado el mismo ejemplo de heroismo, incendiando la poblacion y sepultándose bajo sus ruinas.

Temiendo Bruto que los de Patara, que se preparaban á una vigorosa defensa, quisieran imitar á los xantios, no quiso cercarlos desde luego, aunque entraba en sus miras apoderarse de aquella plaza.

Tenia prisioneras algunas mujeres pertenecientes á las principales familias de la ciudad, á quienes habia tratado con los miramientos que su sexo y calidad merecian, y las puso al momento en libertad, encargándolas que informaran á sus parientes de cuán suave era el trato que daba Bruto á los que se sometian voluntariamente á sus armas.

Ensalzaron tanto aquellas hembras la justicia y moderacion del general republicano, que decidieron á sus padres y esposos á abrirle las puertas de la plaza, ejemplo que, imitado por los demas pueblos de la Licia, les valió ser tratados con mas benignidad que esperaban.

Dueño ya de aquella region del Ásia Menor, llevó Bruto su ejército á la Jonia, donde cayendo casualmente en su poder el retórico Teodoto, que se jactaba de haber sido el principal instigador de la muerte de Pompeyo, le hizo sufrir la última pena.

Reunidos Bruto y Casio en Sárdis, estallaron entre ellos algunas disensiones, por querer Bruto observar la mas extricta justicia, mientras Casio prescindia de ella siempre que lo creia conveniente, cerrando los ojos para no ver las iniquidades de sus amigos.

Con objeto de dar una ligera idea de la rigidez de principios del personaje cuya biografía vamos escribiendo, consignamos aquí uno de los motivos de desavenencia de que dejamos hecho mérito.

Acusado de concusionario Lucio Pella, ex-pretor y valiente soldado, que habia desempeñado diversos cargos de confianza en el ejército republicano, le condenó Bruto, despues de probado su delito, á la degradacion militar con nota de infamia. Casio, que pocos dias antes se contentara con reprender en secreto á dos amigos suyos convictos de igual crímen, absolviéndolos en público y conservándolos á su lado, tachó á Bruto de sobradamente recto y severo en un tiempo en que era necesario olvidar las leyes y contemporizar con las circunstancias.

Indignado Bruto al escuchar semejante argumento, recordó á Casio los *idus* de Marzo, en que mataron á César, no porque el dictador oprimiera á sus conciudadanos, sino porque dejaba que otros lo hicieran en su nombre.

« Si puede haber pretextos honrosos para violar las leyes, añadió, mejor » hubiera sido sufrir la injusticia de los amigos de César que disimular la » de nuestros amigos. La indiferencia respecto á los excesos de los primeros » no argüia mas que falta de valor en nosotros; mas tolerando los delitos » de nuestros amigos, nos hacemos sus cómplices. »

Arregladas aquellas diferencias por la intervencion de algunos de los oficiales de los dos caudillos, y mirándose dueños de las provincias romanas de Oriente desde el Olimpo hasta el Éufrates, resolvieron pasar á Macedonia, para cerrar el paso á Antonio y Octavio, que desde Italia marchaban contra ellos al frente de un poderoso ejército, precediéndoles su teniente Norbano con algunas cohortes.

Llegados á Macedonia Bruto y Casio, encontraron á Norbano atrincherado entre Filipos y Neápolis, en un sitio llamado las Gargantas, y habiéndole cercado, le obligaron á abandonar su posicion. Estaban á punto de hacerle prisionero con sus tropas, cuando le socorrió Antonio, merced á una rapidísima marcha que asombró á los republicanos arrebatándoles una victoria que creian ya segura.

Diez dias despues de este suceso llegó Octavio al teatro de la guerra, estableciendo sus reales frente al campamento de Bruto, mientras acampaba Antonio delante del de Casio.

El terreno que separaba á los enemigos fué llamado por los romanos la llanura de Filipos.

Jamás las guerras civiles de Roma habian puesto frente á frente ejércitos tan numerosos. El republicano constaba de ochenta mil infantes y dos mil caballos, y aun cuando los triunviros disponian de mas fuerzas, aventajaban los soldados de Bruto y Casio á sus contrarios por su excelente personal y por la riqueza de sus armas defensivas, en su mayor parte de oro y plata, por haber creido aquellos generales, á imitacion de Sertorio y de César, que engalanado el soldado con una costosa armadura, se mostraba doblemente impetuoso en el ataque, y sobre todo, mas obstinado en la resistencia, puesto que defendian su fortuna de la rapacidad del enemigo.

Segun costumbre de los romanos, hizo distribuir Octavio á sus soldados una pequeña medida de trigo y cinco dracmas por cabeza para la celebracion en el campamento de un sacrificio expiatorio. A tal ruindad respondió

Bruto purificando su ejército en campo raso, dándole al efecto considerable número de víctimas y regalando cincuenta dracmas á cada legionario.

Tal liberalidad enardeció el valor de las tropas, aumentando, si cabe, el cariño que profesaban á su caudillo.

Viendo acercarse el momento de una batalla que podia ser decisiva, insinuó Casio á su amigo lo conveniente que seria para ellos mantenerse á la defensiva, dando largas á la guerra, porque ocupando su ejército un terreno alto y seco, en comunicacion con el mar, en que dominaba su escuadra proveyéndoles de cuanto necesitaban, no debian temer el hambre, al paso que los enemigos, acampados en sitios bajos y pantanosos, recibian penosamente por tierra los víveres que consumian, sin contar conque, estando próxima la estacion de los frios, que se anunciaba ya con copiosas lluvias, la escasez y las enfermedades diezmarian primero y dispersarian despues las huestes de los triunviros, que ansiando salir cuanto antes de tan peligrosa situacion, provocaban cada dia al combate á los republicanos con lijeras escaramuzas en que frecuentemente llevaban la peor parte.

Contrario al parecer de Casio, deseaba Bruto combatir cuanto antes, porque los males de la patria, la esclavitud de sus conciudadanos y las vejaciones que causaba el enemigo en las comarcas que dominaba, exigian la pronta terminacion de aquella guerra que tan frecuentemente le obligaba á faltar á sus principios de equidad y justicia.

Aparte de lo dicho, abrigaba nuestro héroe fundadas esperanzas de alcanzar la victoria, puesto que en cuantos combates parciales empeñaran sus tropas, especialmente su caballería, habian puesto en fuga á sus adversarios.

No estando de acuerdo los dos caudillos, y como se notaran en el campo republicano bastantes deserciones, celebróse un consejo de guerra, en el que la mayor parte de los capitanes amigos de Casio adoptaron el parecer de Bruto, á excepcion de uno de ellos, llamado Atelio, que propuso diferir la batalla hasta el siguiente invierno.

— ¿ Y qué beneficio esperas durante ese tiempo ? preguntó Bruto á aquel oficial.

— El menor que puedo reportar, respondió Atelio, es vivir un año mas.

Esta contestacion disgustó extraordinariamente al consejo, y en especial á Casio, que en un arranque de indignacion decidió que al dia siguiente se diera la batalla.

La noche que precedió á aquel aciago dia, cenó Casio en su tienda, en

compañía de Mesala y tres ó cuatro amigos, mostrándose, contra su génio alegre y decidor, silencioso y sombrío.

Al levantarse de la mesa tomó Casio la mano de Mesala, y estrechándola afectuosamente, dijo:

« Te tomo por testigo de que, como el gran Pompeyo, me veo obligado » contra mi voluntad á confiar á la suerte de una batalla la salud de mi » patria. Sin embargo, debemos confiar en la fortuna, que hasta el presente » no nos ha sido adversa. »

Acabando de proferir estas palabras, abrazó á Mesala, y se despidió de él.

Por lo que hace á Bruto, pasó algunas horas departiendo tranquilamente con sus oficiales, y se retiró temprano á descansar.

Al apuntar el dia veíanse ya plantadas delante de las tiendas de los generales republicanos las largas picas que sostenian las túnicas de púrpura, señal de la batalla entre los romanos.

Igualmente diligentes ambos caudillos, estaban ya de pié, y reuniéndose en el espacio que separaba sus dos campamentos, exclamó Casio:

— ¡ Quieran los dioses, oh, Bruto, favorecernos hoy con la victoria, y que dichosos y libres pasemos juntos el resto de nuestros dias! Pero como son tan inciertos los cálculos humanos, y no es fácil que volvamos á vernos si el éxito de la batalla no corresponde á nuestras esperanzas, dime: si somos derrotados, ¿preferirás la fuga á la muerte?

— Casio, respondió Bruto con voz solemne: siendo muy jóven compuse un discurso en el que censuraba á Caton por haber apelado al suicidio para librarse de la deshonra. Hoy pienso de otro modo: si somos vencidos, no quiero entregarme á nuevas esperanzas, ni prolongar la guerra, estando decidido á sustraerme á la infamia y á la esclavitud quitándome la vida.

Un rayo de alegría iluminó el adusto semblante de Casio al escuchar aquellas palabras, y estrechando á su amigo contra su corazon:

— Puesto que estamos de acuerdo en todo, le dijo sonriendo, vamos al enemigo, y le destrozaremos, ó nada tendremos que temer de los vencedores.

Convenidos respecto al plan de la batalla, los dos caudillos dieron á sus oficiales las órdenes convenientes para empezar el ataque. Casio cedió á Bruto el mando del ala derecha, á pesar de corresponderle por su edad y mayor experiencia en la guerra, llevando su desprendimiento hasta el punto de disponer que la legion de Mesala, la mas aguerrida de su ejército, robusteciera el ala en que debia combatir su amigo.

Dada la señal de acometer, púsose Bruto al frente de su magnífica caballería, á la que seguian los infantes en órden de batalla.

Mientras salvaban el espacio que les separaba del enemigo, habló Bruto á los suyos de la gloria que alcanzarian devolviendo la libertad á su patria, ó muriendo por ella, excitando en ellos tal entusiasmo, que se arrojaron con furioso ímpetu sobre el campamento de Octavio derribando cuanto se les oponia, penetraron hasta la tienda del general y acribillaron á flechazos su litera, de tal modo, que se le creyó muerto, no faltando soldados que enseñaron á Bruto sus sangrientas espadas, asegurando que acababan de degollarle. Pero Octavio vivia, porque infaustos sueños, es decir, su habitual pusilanimidad, obligaron á alejar del combate á aquel caudillo destinado á alcanzar las mas señaladas victorias por medio de la mas abyecta cobardía.

Dueños del campamento enemigo, los soldados de Bruto empezaron á saquearlo y á perseguir á los fugitivos, sin dar cuartel á los que caian en sus manos.

En este terrible choque quedaron destrozadas tres legiones de Octavio, siendo pasados á cuchillo dos mil macedonios que servian como auxiliares en el ejército triunviral.

Al empezar la accion estaban ocupadas las tropas de Antonio en abrir un ancho foso, que partiendo de su campo y cortando la llanura, interceptaba á Casio su comunicacion con el mar. Fácil hubiera sido á los republicanos derrotar tambien esta parte del ejército enemigo, si, aunando sus esfuerzos, hubieran adelantado al mismo tiempo y con igual decision toda su línea de batalla. Mas llevados los de Bruto de su impetuosidad, se adelantaron considerablemente á su ala izquierda, que era la mas débil, dejándola sin apoyo, dando así tiempo á Antonio para que, aprovechando hábilmente aquella falta, reuniera sus legiones y cayera sobre la desamparada ala mandada por Casio, cuya caballería, presa de inexplicable pánico, huyó cobardemente hácia el mar sin esperar el choque.

Siguiendo el ejemplo de los jinetes, la infantería de Casio retrocedió á su vez, no obstante los prodigios de valor que practicara su general, quien arrebatando una águila de manos del oficial que la llevaba, la plantó en el suelo, como señal de que debian detenerse allí los fugitivos, sin que le fuese dado contener la completa dispersion de sus gentes.

Viéndose abandonado de los suyos, Casio, seguido únicamente de algunos oficiales que le eran adictos, se retiró á una altura vecina, desde donde pudo distinguir que el enemigo era ya dueño de su campamento.

En tal estado la batalla, Bruto, que creyera á Casio vencedor, no viendo elevarse el pabellon pretoriano de este general sobre las demas tiendas de su campamento, empezó á sospechar el desastre que acababa de ocurrir á los suyos, por lo que, sin detenerse un instante, hizo cesar la persecucion; dejó algunas fuerzas que guardaran el campo conquistado, y se lanzó en auxilio de su amigo á la cabeza de su caballería.

En tanto, viendo Casio acercarse al galope gran número de jinetes, á quienes no pudo distinguir bien á causa de la nube de polvo que levantaban, creyó que el enemigo pretendia apoderarse de su persona. Para averiguarlo, hizo adelantar á uno de sus mas bravos oficiales, llamado Titinio, que al encontrarse con sus camaradas, fué recibido por ellos con mil demostraciones de alegría y detenido mas tiempo del que permitia la impaciencia de Casio, que creyéndole prisionero, exclamó con amargura:

« ¡ Ha caido en manos de esos malvados uno de los hombres á quienes mas amaba! ¡ Mi vergonzoso apego á la vida le ha perdido! »

Y aconsejado de su desesperacion, se retiró á una tienda abandonada, llevando consigo á Píndaro, uno de sus libertos, á quien ordenó que le degollase.

Algunas autores creen que Píndaro, al dar muerte á su antiguo señor, no obedeció una órden que éste le diera, sino que le asesinó vilmente, fundando esta sospecha en la circunstancia de no habérsele vuelto á ver en el campo republicano, ni sabido jamás lo que fué de él. De cualquier modo, es efectivo que se halló á Casio nadando en su propia sangre, con la cabeza separada del tronco, y que al llegar Bruto un instante despues de ocurrir la catástrofe, lloró amargamente sobre los restos de su amigo, llamándole el último romano.

Efectivamente, no podia esperar Roma ver aparecer por entonces otro hombre de alma tan elevada y de tan indomable valor, por mas que tan brillantes cualidades se vieran en parte oscurecidas por el génio irascible de Casio y por su poco excrúpulo en derramar la sangre de sus semejantes.

Pagado que hubo el tributo de sus lágrimas á la memoria del desventurado caudillo, mandó Bruto conducir el cadáver con toda pompa á la isla de Thaso, temeroso de que sus funerales, celebrados delante del ejército, acabasen de desmoralizarle; despues de lo cual, reuniendo á sus soldados, procuró infundirles aliento, ofreciéndoles dos mil dracmas por plaza, para resarcirles de la pérdida de sus equipajes que quedaran en poder del enemigo.

Admirando el ejército tal generosidad, aclamó á Bruto como al único

invicto de los cuatro generales que tomaran parte en la batalla, mereciendo en verdad aquel título, puesto que con solo una parte de sus fuerzas destrozó las legiones de Octavio, y á haberle sido dable impedir que sus soldados se entregaran al saqueo en vez de completar la derrota del enemigo, habria logrado aquel dia libertar á su patria de la tiranía de los triunviros.

Ocho mil republicanos quedaron tendidos en el campo de batalla, elevándose á diez y seis mil bajas las que sufrió Octavio entre muertos, heridos y prisioneros.

Tan enorme pérdida desanimó al ejército triunviral, siendo necesario para sacarle de su abatimiento que le mostrase Antonio el manto y la espada de Casio, que compró al esclavo Demetrio á cambio de la libertad.

Animados por la muerte de un general tan temible por su valor y pericia, sacaron los triunviros sus fuerzas de sus atrincheramientos, y presentaron nueva batalla á Bruto. Pero éste la rehusó, convencido, aunque tarde, de que le convenia ganar tiempo y dejar que el hambre y las enfermedades combatieran por él contra el enemigo.

Esta prudente conducta habria dado el triunfo á los republicanos, si éstos, orgullosos por las ventajas que consiguieran sobre las tropas de Octavio, no hubieran obligado á su jefe á que los llevara nuevamente al combate, acusándole de cobardía y amenazando desertar de su campo si no les complacia.

Preocupado Bruto por la idea de que sobre él solamente descansaba la salud de la patria, y resuelto á sacrificarlo todo á tan grande objeto, despreció en un principio las acusaciones de sus soldados; pero viendo que cundia entre ellos la insubordinacion y la anarquía, para salir cuanto antes de tan embarazosa posicion les repartió el dinero que les tenia ofrecido, y reconviniéndoles por haber atacado al enemigo sin órden ni concierto en la anterior batalla, les prometió que, si en el inmediato combate á que iba á conducirlos se portaban valientemente, les entregaria en premio á Tesalónica y Lacedemonia para que las saquearan.

Aun cuando eran muy propios de tales tiempos y de tales ejércitos tener en poco la vida y propiedad agenas, al conjurarse Bruto contra César y tomar por bandera la libertad y los derechos de sus conciudadanos, debió necesariamente convertirse en reformador de sus bárbaras costumbres. Hé aquí porqué el ofrecimiento que hizo á sus soldados es una mancha indeleble en la vida de nuestro héroe, de quien sus compatriotas no podian esperar la libertad como no fuera por medios lícitos y honrosos.

Cierto es que se mostraron todavía mas criminales Octavio y Antonio, quienes despues del vencimiento de los republicanos repartieron entre sus legionarios las tierras y ciudades de gran parte de la Italia, arrojando de ellas á sus primitivos habitantes; pero debe tenerse en cuenta que estos dos ambiciosos hacian solo la guerra por vencer y dominar, siendo por tanto inútil que algunos admiradores del matador de César pretendan disculpar su cruel ofrecimiento, diciendo que en aquellos momentos de angustia tuvo por precision que echar mano de los mismos medios de que se valía la tiranía en beneficio de la libertad. Tal sofisma no habria acallado la voz de la conciencia del austero sobrino de Caton, que positivamente habria tenido que cumplir su promesa si la victoria hubiera favorecido sus armas.

Este lunar en la vida de Bruto, y otros actos de violencia que hubo de ejecutar, demuestran claramente que los hombres justos y honrados rara vez apelan á las armas sin herir con ellas los mismos principios que defienden.

Como sabe el lector, los ejércitos de Antonio y Octavio acampaban en terrenos bajos y pantanosos. Invadido su campo por las aguas y amenazados del hambre en presencia del enemigo y de la estacion mas enemiga todavía, los triunviros no tenian mas recurso que fiar su salud al éxito de una batalla decisiva. Esta necesidad se hizo mas apremiante cuando supieron que habian sido apresadas ó echadas á pique por la armada republicana las naves que les traian de Italia víveres y refuerzos.

Ignoraba Bruto este acontecimiento que cambiaba el aspecto de la guerra, siendo probable que, á haber sabido á tiempo el triunfo de su escuadra, se habria abstenido de probar otra vez la suerte de las armas. Pero llevó la noticia á su campo un desertor llamado Clodio, y no fué creido, ni siquiera presentado al general por sus oficiales, quienes creyeron que era mera invencion para granjearse una buena acogida. Sin embargo, la noticia era cierta, y á causa de este desastre, los triunviros, en la alternativa de perecer por el hierro ó por el hambre, apresuraron sus preparativos y ordenaron su ejército en batalla delante de los atrincheramientos republicanos.

Poco seguro de la fidelidad de sus tropas, y en especial de la caballería, que no queria batirse si no atacaba primero la infantería, vacilaba todavía Bruto en aceptar el combate; pero escuchando los gritos sediciosos de sus soldados; viendo desertar á algunos, entre ellos á Camulato, uno de sus mejores capitanes, que pasó tranquilamente á caballo por delante de él uniéndose en seguida al enemigo, y temiendo que tal ejemplo encontrase demasiados imitadores, hizo dar muerte á gran parte de los prisioneros que

tenia en su poder para ahorrarse el cuidado de su custodia, y poniéndose al frente de sus tropas, les dijo :

« ¡ Ya que quereis á todo trance aventurar una victoria que teníais ganada sabiendo esperar, alcanzadla á lo menos con valor! »

Y dió la señal de ataque, cuando el sol señalaba la hora nona. [1]

Nada mas vigoroso que el choque del ala izquierda de los republicanos. Su caballería se portó bravamente, obligando á las legiones de los triunviros á ceder el campo á los escuadrones que mandaba personalmente Bruto. Mas la otra ala, temiendo verse envuelta por el enemigo, que le era muy superior en fuerzas, se extendió demasiado, dejando sin apoyo el centro del ejército, que no pudiendo resistir, fué pronto derrotado.

Alcanzada esta primera ventaja, cayeron las legiones enemigas sobre el ala victoriosa de Bruto; la cercaron, y á pesar de que nuestro caudillo estuvo acertadísimo en sus disposiciones, combatiendo intrépidamente con desprecio de la vida para obtener la victoria, se la vió arrebatar de entre las manos, contribuyendo no poco á este fracaso la circunstancia de que los soldados de Casio que llevaba entre los suyos, desmoralizados todavía por su anterior derrota, fueron los primeros en emprender la fuga, llevando el desaliento y la confusion al resto del ejército.

Pronunciada la derrota de los republicanos, vióse allí á Marco Caton, hijo del inflexible suicida de Utica, hacer prodigios de valor al frente de la brava juventud romana. Estenuado de fatiga y cubierto de heridas, no quiso huir ni rendirse, y continuó peleando denodadamente, proclamando con robusta voz el nombre de su padre, hasta caer sin vida sobre el monton de enemigos que sucumbieran al filo de su espada.

La mayor parte de los oficiales superiores del ejército se hicieron matar en sus puestos ó defendiendo á Bruto.

Uno de los amigos de éste, llamado Lucilio, hombre de extraordinario arrojo, viendo que algunos jinetes tracios, sin hacer caso de la turba de fugitivos, perseguian con insistencia á su querido jefe, se propuso salvarle con riesgo de su vida, y dirigiéndose á ellos, dijo que él era Bruto, pidiéndoles que le entregasen á Antonio, en quien fiaba, y no á Octavio, á quien tenia razones para temer.

Felicitándose por su fortuna, apoderáronse los tracios del generoso Lucilio, yendo en seguida algunos de ellos á llevar tan grata nueva á Antonio, que lleno de alegría salió inmediatamente al encuentro del prisionero.

[1] Las tres de la tarde.

Al punto se extendió la noticia entre los vencedores, y mas que con satisfaccion fué recibida con pesadumbre. Quién lamentaba el infortunio del ilustre caudillo; quién miraba como indigno de su gloria el haberse rendido por conservar la vida.

Llegado Antonio á la vista de los jinetes tracios, se detuvo indeciso, pensando cómo recibiria á su prisionero, cuando presentándose Lucilio:

« Antonio, dijo, ningun enemigo podrá jactarse de haberse apoderado de » Bruto. ¡Serian injustos los dioses si permitieran que la fortuna tuviera » tanto poder sobre la virtud! Tus soldados hallarán quizás muerto á mi » noble amigo; pero si vive, se mostrará digno de su glorioso nombre. Por » lo que á mí hace, solo debo decirte, que habiendo engañado á los tuyos, » estoy pronto á sufrir el castigo que quieras imponerme. »

Admiraron semejantes palabras á cuantos las oyeron, y especialmente á Antonio, que volviéndose á los tracios, les dijo:

« Compañeros: sin duda os irritará el engaño de que fuísteis víctimas; » pero sabed que habeis hecho mejor presa que la que esperábais. En lugar » del enemigo que perseguíais, me traeis un buen amigo. A tener á Bruto » entre mis manos, ignoro cómo le habria tratado; mas prefiero adquirir » amigos del mérito y valor de éste, que tener en mi poder adversarios » como el jefe de los republicanos. »

Dicho esto, Antonio estrechó entre sus brazos á Lucilio, de quien recibió despues grandes pruebas de afecto y fidelidad.

En tanto habia llegado la noche, que extendia su manto sobre la llanura de Filipos sembrada de cadáveres. Bruto, desesperado de poder restablecer el combate al contemplar la fuga y destrozo de los suyos, se alejó lentamente del campo de batalla, seguido de algunos fieles amigos que no quisieron abandonarle en su desgracia.

Despues de atravesar un torrente de bordes escarpados y cubiertos de árboles, el vencido caudillo fué á sentarse presa de la mas honda desesperacion sobre una gran piedra que se veia en el fondo de un estrecho valle. Allí, elevando los ojos al cielo resplandeciente de estrellas, pronunció con furibundo acento el siguiente verso de la *Medea* de Eurípides, como una maldicion que lanzara á sus enemigos:

« ¡Castiga, oh, Jove, al infernal autor de tantos males! » [1]

Despues de esto, recordó entre suspiros los nombres de varios amigos á

[1] Véase Plutarco, en *M. Junio Bruto.*

quienes habia visto caer en la pelea, conmoviéndose especialmente al nombrar á Flavio, prefecto de los obreros, y á Labeon, su lugarteniente, que hallaran gloriosa muerte en las primeras filas de su caballería.

La sed le devoraba: uno de sus oficiales le trajo agua del torrente en su casco.

De pronto, acudió á su imaginacion la idea de que tal vez con los dispersos y las cohortes que dejara custodiando su campo podria reunir una regular fuerza para probar otra vez la suerte de las armas, y como manifestase á sus amigos lo que pensaba, ofrecióse uno de ellos, llamado Estatilio, á pasar al campamento por entre los enemigos, conviniendo con Bruto en que, si llegaba donde se proponia y hallaba las cohortes dispuestas á batirse, levantaria una antorcha y volveria enseguida á buscarle.

Segun habia ofrecido el valiente Estatilio, llegó al campamento é hizo la señal convenida; mas como trascurriera mucho tiempo sin que se le viese aparecer:

« ¡ Si Estatilio viviera, exclamó Bruto, estaria ya de vuelta ! »

Efectivamente: al regresar á aquel sitio habia caido en poder de los soldados de Casio, que le degollaron.

Estaba ya muy adelantada la noche cuando Bruto, perdida la única esperanza que le quedaba, se aproximó á su siervo Clito, diciéndole al oido algunas palabras, que solo tuvieron por respuesta un movimiento negativo de cabeza y un ahogado sollozo. Dardano, su escudero, á quien habló despues en secreto, retrocedió aterrado al escucharle. Entonces, volviéndose á su íntimo amigo Publio Volumnio, que estaba cerca de él, le dirigió la palabra en griego, conjurándole en nombre del entrañable afecto que á él le unia á que le ayudara á darse la muerte. Horrorizado Volumnio, rehusó desde luego lo que se le pedia, haciendo lo mismo los demas amigos á quienes hizo Bruto igual demanda. Por fin, como dijera uno de ellos que era hora de alejarse de aquel sitio:

« ¡ Sin duda es necesario huir, exclamó el infeliz caudillo; pero no por la ligereza de los piés, sino por la fuerza de las manos ! »

Y estrechando en sus brazos uno en pos de otro á cuantos le rodeaban, añadió casi con alegría:

« ¡ Cuán satisfecho estoy de que ninguno de vosotros me haya abandonado ! En esta hora suprema, no siento otro pesar que el de ver la desdicha de mi patria. Por lo demas, ya recuerde mi pasado, ya reflexione sobre mi fortuna presente, me creo mas feliz que mis vencedores, por

» cuanto dejo una reputacion de recto y virtuoso que ni sus armas y ri-
» quezas podrán nunca granjearles. Lejos de eso, las generaciones futuras
» dirán de ellos que, injustos y malvados, vencieron á hombres justos y
» buenos, por usurpar un poder al cual no tenian derecho alguno. »

Dichas estas palabras, volvió Bruto á abrazar á sus amigos, exhortándoles á que se pusieran en salvo, y apartándose de ellos, llamó de nuevo á Clito, ordenándole imperiosamente que le atravesase con su acero.

Aturdido el esclavo con aquel mandato, y acostumbrado á una obediencia ciega, vacilaba esta vez en obedecer á su amo, cuando Estraton de Epiro, de quien recibiera el vencido caudillo lecciones de elocuencia, y á quien le unian los lazos de la mas sincera amistad, acercándose rápidamente á él, exclamó:

« ¡ No se dirá jamás que por falta de un amigo pereció Bruto á manos de un esclavo ! »

Y sacando su espada, la presentó de punta al desgraciado, que se arrojó impetuosamente sobre ella, traspasándose de parte á parte, y exhalando el postrer aliento, mientras murmuraba:

« ¡ Oh virtud : te creí una realidad, y no eres mas que un sueño ; una vil esclava de la fortuna ! »

Así acabó su vida, blasfemando de la virtud, á los treinta y siete años, el 42 antes de Jesucristo, el último campeon de la libertad romana, el hombre que supo hacerse amar de amigos y adversarios por su carácter leal, por su humanidad y por sus constantes propósitos de virtud y justicia.

Como sucede generalmente á los grandes hombres despues de muertos, sus mismos enemigos honraron su memoria. Antonio dijo que entre los matadores de César solo Bruto habia obrado á impulso de una idea generosa y elevada, y no contento con esto, dió por mortaja al cadáver de su enemigo el mas rico de sus mantos de púrpura, mandó que se le tributaran los honores fúnebres debidos á sus altos merecimientos y envió sus cenizas á su madre Servilia. En cuanto á Octavio, cometió primero la vileza de insultar los restos mortales de aquel ante quien habia huido cobardemente ; pero viendo mas tarde en Milan la estátua erigida á Bruto por los habitantes de dicha ciudad, hizo que la dejaran en su sitio, alabando á los milaneses por la gratitud que demostraban hácia el ilustre caudillo republicano.

Afiliado constantemente, no al partido á que le llamaban sus simpatías é interés personal, sino al que creia mas justo y útil á su patria, fué como pudo Bruto adquirir la inmensa popularidad de que gozó, y reunir bajo

sus banderas á los hombres mas importantes de Roma. El mismo Ciceron no tuvo reparo en declarar que habia abrazado sus opiniones « á causa de » su virtud singular é increible, que le captaba la veneracion de sus conciu- » dadanos. »

Distamos mucho de aplaudir el asesinato de César; pero aquel grande hombre tiranizó á su patria, y se hizo reo de muerte, porque segun las leyes de Roma, todo hombre libre que la librara de un tirano, aunque fuera por medios violentos, estaba exento de pena. Hé aquí porque, aparte la imprudente promesa que hizo á sus soldados de permitirles el saqueo de dos ciudades amigas é indefensas, la única falta que puede echarse en cara al vencido de Filipos es la de haber desesperado de su noble causa, cuando aun estaba en aptitud de hacer nuevos esfuerzos para restablecer la república y librar á su patria del vergonzoso yugo de los triunviros.

Excepto algunas cartas dirigidas á Ciceron y á Ático, no conocemos otros trabajos literarios del exclarecido varon cuya biografía dejamos narrada. Pero es notorio que escribia el latin y el griego con purísima concision; que rivalizaba en elocuencia con el mas ilustre de los oradores romanos, y que en las bellas letras, en la historia, y especialmente en la filosofía, que fué la que vigorizó si cabe su voluntad de hierro, sabia cuanto era posible saber al hombre mas ilustrado de su tiempo.

Ningun historiador de aquella época ha dicho que Bruto dejase descendencia. Nicolás Damasceno y Valerio Máximo, escritores contemporáneos del insigne caudillo, aseguran que su esposa Porcia, al tener noticia del desdichado fin de aquel á quien tanto amaba, intentó suicidarse, designio que impidieron llevara á cabo por de pronto algunos amigos de su marido, que la pusieron guardas de vista; pero aprovechando ella un descuido de sus guardianes, tragó un carbon ardiendo, y cerrando fuertemente la boca, logró darse la muerte.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE M. JUNIO BRUTO.

SAN PEDRO y SAN PABLO.

(ERA CRISTIANA.)

Ni la índole de esta obra, ni nuestro propósito de no fatigar al lector con la excesiva extension de las biografías, nos permiten bosquejar los retratos de todos los personajes que caracterizan los diversos períodos de esta nueva, fecunda y trascendentalísima era cristiana, este nuevo cielo de la humanidad que tiene por sol á Jesucristo y por astros á sus apóstoles y discípulos.

Por mas que lo deseáramos ardientemente, no ofrecemos aquí la vida del hombre-Dios, porque se evidencia Él mismo de un modo irresistible por sus admirables obras, incesantemente fecundas, y porque la historia de su tránsito por la tierra reclama, no ya una biografía ni un volúmen, sino la obra de todos los siglos y los esfuerzos de cuantos escritores ilustres ha producido la antigüedad y la edad moderna.

Hé aquí porqué, desconfiando de nuestras fuerzas para llevar á cabo tan colosal empresa, nos limitamos á ofrecer en estas páginas un compendio de las vidas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, astros de primera magnitud que abrillantan el firmamento cristiano.

Negar la importancia de esas grandes figuras históricas, fuera insensatez; desfigurarlas, menguada pasion ó torpe ceguedad.

Siendo la imparcialidad la norma del historiador, del biógrafo, guiados por ella vamos á referir á grandes rasgos los hechos mas notables que hallamos en las vidas de los citados apóstoles.

Jesucristo no se presenta á nuestros ojos como el fundador de una

escuela filosófica; no abre academias como Platon ó Aristóteles; no se sabe que fuese discípulo de ningun sabio. Su única escuela fué el taller de un obrero; su biblioteca no tener libro alguno. Jesucristo no levantó cátedras para la instruccion de sus discípulos; no fué á escogerlos entre los nobles, ni entre los poderosos, ni entre los guerreros; no los preparó, en fin, con largos años de profundos estudios para la alta mision á que los destinaba. Al iniciar la asombrosa revolucion moral que llevó á cabo el Redentor, llamó á su obra colosal, como cooperadores, á unos hombres oscuros, ignorantes, débiles, á quienes no armó con la fuerza bruta, sino con el talisman regenerador de la palabra, de su Evangelio, que no escribió, que no les enseñó sino de viva voz, para que lo trasmitieran á los hombres de todos los pueblos, de todas las generaciones y de todos los tiempos.

Sentados estos preliminares, vamos á echar una rápida ojeada sobre la primera de esas dos nobles figuras del cristianismo: San Pedro.

El príncipe de los apóstoles nació en Bethsaida, cerca del lago de Genezareth, siendo su padre Jon, ó Juan, y su nombre primitivo Simon, que Jesucristo, al llamarle á su apostolado, trocó en *Cephas,* es decir, *Pedro,* ó *Piedra,* simbolizando así el destino especial que iba á conferirle de *piedra,* ó jefe visible de su Iglesia.

Como hijo que era de unos pobres pescadores, no le dieron sus padres otra educacion que la que los habitantes de las costas suelen dar á sus hijos, es decir, ninguna; lo que causará menos extrañeza si se tiene en cuenta el atraso de aquella sociedad y de aquellos tiempos.

Pescador como el autor de sus dias, Pedro tuvo ocasion de ver á Jesucristo; escuchó su divina palabra, y dejándolo todo, le siguió, para convertirse primero en su discípulo y despues en su primer apóstol.

Aunque fué grande la admiracion y amor de Pedro al celestial Maestro, como lo atestiguan sus hechos y palabras antes de ser preso el Redentor en Getsemaní, luego que Judas hubo consumado la mas inícua de las traiciones fué víctima el apóstol de una de esas debilidades que caen á veces como un rayo sobre las almas mas fuertes y honradas. El miedo de perder la vida le hizo negar tres veces, bajo juramento, que conociese ni tuviera nada de comun con el Redentor. Pero recobrado su valor bajo la dulce mirada de Jesucristo, borró su culpa con raudales de lágrimas, que fortalecieron su corazon para la peligrosa cuanto santa empresa que estaba llamado á acometer y cuyo término debia ser el martirio.

Huérfanos de su divino Maestro, y sembrada en la Judea la buena se-

milla, quisieron los apóstoles, iluminados ya por el Espíritu-Santo, llevar la fausta nueva á las gentes á quienes no habia llegado aun la doctrina de Cristo. En la distribucion que hicieron de los paises que debian ser teatro de su predicacion, tocóle á Pedro la capital de Oriente, Antioquía, donde estableció la primera silla episcopal á fines del reinado de Tiberio, y donde empezó á darse á los muchos adeptos conque contaba ya la religion del Crucificado el nombre de *cristianos.*

Considerando estrecha la populosa Antioquía para la santa actividad que le devoraba, recorrió nuestro apóstol gran parte del Ásia, anunciando á Jesucristo á los judíos esparcidos por el Ponto, la Galacia, la Capadocia, la Siria y la Bitinia, volviendo á Jerusalen, donde fué á buscarle San Pablo, poco antes convertido, para aprovecharse de sus luces é instruirse en las prácticas de la religion verdadera.

Un año habia trascurrido apenas desde la muerte del Salvador, y ya la cruz contaba gran número de adoradores y de mártires. El virtuoso Estéban, lapidado en Jerusalen nueve meses despues del suplicio de su divino Maestro, tuvo el alto honor de figurar el primero en la lista de los que derramaron su sangre por la fé.

Iniciada ya la persecucion contra los cristianos, y queriendo Herodes Agripa, tetrarca de Judea, congraciarse con sus súbditos, quitó la vida á Santiago, pensando hacer lo mismo con Pedro, á quien puso en la cárcel con guardias de vista. Pero la víspera del dia en que debia sufrir la muerte el animoso apóstol, vió milagrosamente rotas sus cadenas, pudiendo dedicarse de nuevo á la predicacion en la Judea y el Ásia.

Desde Antioquía, donde residió algun tiempo para afirmar mas sólidamente la silla episcopal que allí fundara, dirigióse el pescador de Genezareth á Roma, á la metrópoli del mundo, á fin de convertirla en centro de otra unidad mas indestructible que la cimentada por sus cónsules y emperadores en ocho siglos de guerras y conquistas, y para oponer á las infamias de Mesalina y á las atrocidades de Neron el contraste de la elevada razon y de la sublime virtud que perdona y consuela, y que sacrificándose por la humanidad hace inútiles los demas sacrificios cruentos.

La llegada de Pedro á Roma tuvo lugar el año 42 despues del nacimiento del Redentor, y de esta fecha data su pontificado de veinte y cinco años.

Despues de trabajar con gran fruto en la capital del mundo, Pedro volvió á Jerusalen, donde presidió el concilio apostólico que declaró abolida la circuncision.

Como le llamasen de nuevo á Roma los muchos neófitos que en ella dejara, volvió el apóstol á la ciudad eterna. Allí, los diversos prodigios que permitió Dios hiciera para convertir á los incrédulos, y el odio de Neron hácia los cristianos, encendieron contra ellos la mas horrible de las persecuciones, en la que, como es de suponer, fué envuelto Pedro.

Precisado á huir para salvar su vida, el apóstol vió presentarse ante él á Jesucristo, á quien habiendo preguntado á dónde iba, le respondió:

« A ser de nuevo crucificado aquí. »

Estas palabras, que parecian echar en cara al fugitivo su poco valor, le obligaron á retroceder á la ciudad, donde esperó el martirio, que no se hizo esperar. Pronto cayó en poder de los sicarios de Neron, que le condujeron á la cárcel Mamertina, al pié del Capitolio, hoy dia convertida en iglesia bajo el nombre de *San Pietro in carcere.*

Durante los nueve meses que permaneció Pedro en aquella horrible mansion, continuó activamente la propaganda de la fé, convirtiendo á dos de sus carceleros y á cuarenta y siete presos, á quienes bautizó.

Pronunciada contra el infatigable apóstol la sentencia de muerte, fué sacado de la cárcel el dia 29 de Junio del año 67 de Jesucristo y crucificado cabeza abajo, á instancias suyas, por no considerarse digno, segun dijo, de morir como su divino Maestro.

Las reliquias de este ilustre mártir se conservan en la iglesia subterránea de la magnífica basílica del Vaticano, que es el sitio donde, segun la tradicion, fué sepultado.

San Pedro dejó escritas diversas *Epístolas,* atribuyéndosele otras varias obras, como sus *Actos,* su *Evangelio* y su *Apocalipsis.*

Aunque al consignar estos apuntes biográficos sobre el príncipe de los apóstoles podríamos referir de camino la vida de San Pablo, la importancia de este apóstol, y sobre todo, la principalísima parte que tomó en la propagacion del Evangelio, reclaman que tratemos por separado de sus principales hechos y glorioso martirio.

Notable es en verdad San Pedro en la historia de la Redencion, porque á pesar de su humildísimo orígen, de su ruda educacion y de sus escasos conocimientos, mereció el alto honor de ser nombrado por Jesucristo su vicario en la tierra. Empero San Pablo se distingue por circunstancias mas extraordinarias, ocupando un lugar no menos brillante que su compañero de apostolado en los fastos del cristianismo.

Pablo, ó mejor, Saulo, como se llamó primero, nació en Tarso, ciudad

de la Cilicia, el año 749 de la fundacion de Roma, y el 2 despues del nacimiento de Jesucristo.

Descendiente de una ilustre familia hebrea, aunque ciudadano romano de nacimiento, Saulo recibió una excelente educacion bajo la direccion de Gamaliel, varon instruidísimo en el mosaismo, y á quien distinguian una gran cultura y tolerancia, segun se desprende de la valiente é imparcial defensa que, sin ser él cristiano, hizo de los apóstoles y de su causa ante el tribunal de los fariseos.

No supo imitar Saulo en su juventud aquel espíritu de severa justicia y noble imparcialidad que brillaban en su maestro, mostrándose, al contrario, ardiente enemigo del cristianismo y su mas tenaz perseguidor, hasta que advertido por una voz del cielo un dia que se dirigia en Damasco, reconoció su error y recibió el bautismo.

Desde aquel instante, la religion de que fuera encarnizado adversario halló en Saulo un ardiente partidario y un inspirado apóstol. Lanzado á la predicacion del Evangelio, propagó primero la palabra divina en Jerusalen, Cesarea y Antioquía, y luego en Chipre y Pafos, donde, entre otros muchos, convirtió el procónsul Sergio Paulo, en memoria de cuya conversion cambió su nombre por el de Paulo, ó Pablo.

Perseguido por el odio de los judíos, que no podian ver sin indignacion á uno de sus mas ilustres compatriotas renegar de su antigua creencia, no por eso dejó el valiente campeon del cristianismo de esparcir la verdad entre los habitantes de Jerusalen, desde donde, llevado en alas de su ardiente caridad, pasó al Ásia Menor, llegando á Aténas, último refugio del saber de los griegos y tambien de su supersticion. Allí, ante la asamblea mas venerada de la Grecia, ante el Areópago, defendió Pablo la doctrina de Jesucristo, con una elocuencia de que el mismo Demóstenes no conoció el secreto, obligando á los que le escuchaban á convertirse, ó á alejarse de él avergonzados, diciendo:

«Otra vez te oiremos.»

No obstante la severidad de aquel tribunal y los escarnios de que era objeto por parte de algunos obcecados epicúreos, Pablo logró en Aténas un noble triunfo bautizando considerable número de idólatras.

La Diana de Éfeso, símbolo oriental de la gracia y belleza humana, sumamente venerada en todas partes, [1] daba lugar á una infinidad de

[1] Segun Ulpiano, *Inst. tit.* XXII, los romanos podian testar á favor de esta divinidad, y aun algunos lo hacian en perjuicio de sus herederos

prácticas supersticiosas, y especialmente á la fabricacion de amuletos y talismanes, conocidos bajo el nombre de *letras efesíacas.* Pablo ordenó, que, como primera muestra de la sinceridad de su conversion, le llevasen los neófitos todos aquellos objetos mágicos, y aun cuando valian mucho dinero, los hizo quemar, juntamente con los libros de liturgia de la diosa. Este hecho, y el haber disuadido de comprar figuritas y otras vagatelas por el estilo relativas al culto de Diana, exasperaron á algunos fanáticos, que habrian asesinado al apóstol si no se diera prisa á abandonar á Aténas.

Vuelto á Jerusalen, un dia que predicaba en el templo el Evangelio, se vió asaltado por los hebreos, que le acusaron de incitarles á la rebelion y le maltrataron cruelmente, teniendo que intervenir para salvarle la guarnicion romana.

Lisia, gobernador de la ciudad, mandó azotar á Pablo como perturbador de la paz pública; mas el apóstol evitó tan vergonzoso castigo, alegando que gozaba el fuero de ciudadano romano. Comprobada la verdad de este aserto, Lisia puso á Pablo á disposicion de un tribunal de sacerdotes, compuesto de fariseos y saduceos, que en lugar de juzgarle, empezaron á disputar sobre sus respectivas creencias; por lo que, viendo el gobernador que no se trataba de ningun delito grave, se llevó al preso, entregándole á Félix, gobernador de Judea, quien lo retuvo en Cesarea durante dos años bajo su vigilancia, oyéndole entretanto discutir sobre la justicia, la castidad y la vida eterna.

Cansado el apóstol de que trascurriera tanto tiempo sin que le fuera dado disponer de su persona para continuar su predicacion, pidió ser juzgado por un tribunal romano, por lo que Festo, sucesor de Félix en el gobierno de Judea, le envió á Roma, donde llegó despues de haber hecho muchos prodigios durante su viaje.

A su llegada á la metrópoli del mundo, en vez de aprisionarle, se dejó á Pablo que circulase por la ciudad bajo la custodia de un soldado, lo que le permitió propagar la doctrina de Jesucristo, no solo entre sus compatriotas, sino entre los principales patricios romanos.

Durante otros dos años que permaneció Pedro en la ciudad eterna esperando á que se le juzgase, dirigió varias cartas encaminadas á fortalecer la fé de los conversos y á extirpar las supersticiones que contaminaban ya la pureza del dogma cristiano.

Por fin, reconocida su inocencia, no obstante la acusacion de perturbador que pesaba sobre él, Pablo fué absuelto en Roma, pudiendo entonces volver

á Oriente, para continuar su sagrada mision en Éfeso, Creta y Nicópolis, en cuya última ciudad residió algun tiempo, hasta que habiendo ido por segunda vez á la corrupta córte de los Césares, hácia el año 67 de Jesucristo, fué aprisionado y degollado por órden de Neron, sin causa ni pretexto para ello, el 29 de Junio del citado año.

Segun dejamos dicho, San Pablo dejó escritas varias cartas dirigidas á los fieles de las diferentes iglesias de Oriente y Occidente. En estas preciosas cartas, modelos de caridad evangélica, se ven claramente enunciadas las ideas del derecho natural y los principios de la democrácia, como puede verse por las siguientes sublimes máximas que extractamos de ellas:

« Una gran familia de hijos del mismo Dios habita el mundo bajo la » misma ley moral. » [1]

« Han caido las barreras que separaban á los hombres, y se han extin- » guido sus enemistades. » [2]

« El amor de toda la especie humana sucede á los rencores de naciona- » lidad. Ya no hay diferencia entre griegos y bárbaros, entre sabios é » ignorantes, entre hebreos y gentiles. » [3]

« La nueva ley que regenera á la humanidad no quiere derribar los » poderes establecidos, sino reconocer en los débiles y en los oprimidos » derechos que deben respetar los fuertes y los poderosos. » [4]

« El yugo que debe el hombre sacudir sin dilacion es el de la materia y » de los sentidos. De la materia provienen la disolucion, las enemistades, la » idolatría y los homicidios; y del espíritu la caridad, la paz, la paciencia, » la humanidad y la pureza. » [5]

« No se apague, pues, el espíritu; antes bien sustitúyase á la carne y » á la letra de la ley. » [6]

« La verdad será perseguida: sin embargo, no debe refugiarse el cris- » tiano en la muerte voluntaria, sino padecer bendiciendo á sus persegui- » dores, y pelear con el escudo de la fé, el yelmo de la salud y la espada » espiritual. » [7]

En sus cartas, San Pablo, ademas de fundar la teoría de las domina-

[1] Epist. *Ad Rom.*, xv, 24.
[2] Ib. *Ad Ephes.*, ii, 14.
[3] Ib. *Ad Rom.*, i, 14, x, 12.
[4] Ib. *Ad Rom.*, xiii, 1; *ad Ephes.*, v, 5; *ad Coloss.*, iv, 1.
[5] Ib. *Ad Corinth.*, ii, 15; *ad Galat.*, v, 19.
[6] Ib. *Ad Rom.*, iii, 14; *ad Corinth.*, iii, 7, 8.
[7] Ib. *Ad Thess.*, v, 19; *ad Rom.*, vii, 14; *ad Corinth.*, iii, 7, 8.

ciones, enseñando que Dios, y no el derecho hereditario, es la única fuente del poder, prohibe el divorcio, que expone el honor y la vida de la mujer á constantes peligros, y alaba la continencia, con tal que no contribuya á impedir el aumento de la especie humana.

Aparte de lo dicho, donde debe admirarse mas á este gran apóstol, es en su ardiente caridad, que le hace exclamar con toda la ingenuidad de su noble corazon:

« Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviera caridad, » seria como metal que no suena y campana que no tañe. Y si tuviese el » don de profecía, y supiera todos los misterios y cuanto se puede saber; » y si tuviese toda la fé, de manera que traspasase los montes, y no tu- » viera caridad, nada seria. Y si empleara todos mis bienes en dar de » comer á los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no » tuviese caridad, de nada me serviria. La caridad nunca perecerá, aunque » se hayan de acabar las profecías, y olvidar las lenguas y aniquilar la » ciencia. »[1]

Como se ve por los fragmentos que dejamos trascritos, las *Epístolas* de San Pablo revelan en su autor una razon vigorosa y clara, á cuya elevacion de conceptos no satisface á veces toda la riqueza del idioma griego.

Despues de lo que sobre este ilustre apóstol han escrito tantos autores sagrados y profanos, seria pálido cuanto pudiéramos nosotros recordar en su elogio. Así, terminamos esta biografía añadiendo, que además de las misivas evangélicas de que queda hecho mérito, se atribuyen á San Pablo varias obras, al parecer apócrifas, tales como las *Cartas á Séneca,* la *Vida de Santa Tecla,* un *Apocalipsis* y un *Evangelio.*

[1] Epíst. *Ad Corinth.*, XIII, 1, 2, 3, 8.

FIN DE LAS BIOGRAFÍAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO.

TRAJANO.

(DE 98 Á 117 DESPUES DE J. C.)

Marco Ulpio Trajano, emperador romano apellidado el *Optimo,* vió la primera luz del dia en Itálica, junto á Sevilla, sin que podamos precisar el año de su nacimiento.

Descendiente de una familia mas antigua que ilustre, y dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, adquirió fama de intrépido soldado y experto capitan en las diversas guerras del imperio, especialmente combatiendo á los partos.

En tiempo de Domiciano, disgustado nuestro héroe de la política de la córte de Roma, se retiró á su patria, desde donde le envió el citado emperador á gobernar la Baja Germania. En ella se granjeó el respeto de los naturales y el cariño de sus soldados, por su justicia y moderacion, y allí permanecia sin conspirar ni esperar nada, cuando el anciano Nerva, que ocupaba el trono por muerte de Domiciano, le designó por su sucesor, llevado de su buena reputacion, tomando posesion de su alta dignidad el 27 de Enero de 98 despues de Jesucristo, á la edad de cuarenta y dos años, sin que desmintiera con su ulterior conducta las halagüeñas esperanzas que en él se habian fundado.

De cuerpo robusto y acostumbrado á las fatigas de la guerra, de noble continente y de atentos modales, poco versado en los estudios, pero partidario de los estudiosos, era Trajano el mayor capitan de su época. En campaña marchaba siempre á pié; conocia uno por uno á sus veteranos y

sus proezas, y no se distinguia del último soldado en el traje, en los ejercicios ni en la sobriedad, sin que por eso permitiera que se relajara la disciplina, de la que se mostraba rígido observador.

Al empezar á ejercer el poder supremo, el nuevo emperador declaró formalmente que se consideraba obligado á obedecer las leyes como el mas oscuro ciudadano, y no faltó, en verdad, á su palabra.

Desde el principio de su reinado se mostró liberal en las distribuciones que hizo tanto al pueblo como á los soldados, comprendiendo en ellas á los ausentes, y aun á los menores de doce años, siendo un hecho histórico que sus frecuentes liberalidades alimentaron desde entonces á dos millones de personas.

No contento con esto, hizo que se vendieran á precio módico los granos y artículos de primera necesidad; dotó expléndidamente á muchos huérfanos; gastó enormes sumas en abrir el puerto de Civitavecchia y ensanchar el circo, donde no permitió que se pronunciase su nombre, para evitar que se reprodujeran los aplausos prodigados á tantos emperadores crueles y perversos, prohibiendo además á los abogados, á quienes remuneró con fondos del Erario, que recibieran dinero de los litigantes, los cuales debian jurar tambien no haberles dado ni prometido nada.

Aplicándose cada dia con mayor ahinco á cicatrizar las llagas que abrieran al imperio la tiranía y rapacidad de sus antecesores, disminuyó las rentas, la autoridad y las prerogativas imperiales en lo que al bien público convenia; abolió las penas que solian imponerse por delitos de lesa-majestad; castigó á los delatores, que habian llegado á ser una calamidad durante los reinados precedentes; reprimió las concusiones de los gobernantes, fomentadas por la excesiva indulgencia del apático Nerva; recibió con agrado á las personas de cualquiera clase y condicion que fuesen que llegaban á hablarle, y oyó pacientemente sus consejos, siguiéndolos si le parecian buenos.

Para desempeñar los cargos públicos buscaba á los mas dignos y beneméritos, y creia que así como las ficciones y el disimulo son innecesarias en la vida privada, igualmente lo son en la política.

Segun las elevadas nociones que este modelo de soberanos tenia de la justicia, la sospecha no debia ser motivo suficiente para imponer castigo, debiendo preferirse la impunidad de cien criminales á la condenacion de un inocente, apreciando tan poco su vida y su corona ante el cumplimiento de la ley, que al entregar á Suburano la espada de prefecto del Pretorio, le dijo:

« Si cumplo mis deberes, sírvete de ella en mi defensa; si falto á ellos, sepúltala en mi pecho. »

Hábil en escoger á sus amigos, y agradecido á los servicios que pudieran prestarle, depositó toda su confianza en Sura, á cuya solicitud debia el haber sido nombrado sucesor de Nerva. Habiéndole indicado algunos cortesanos que el sexagenario emperador, arrepentido de la proteccion que le dispensara, trataba de deshacerse de él, fué á cenar á su casa sin ser invitado; se hizo curar los ojos y afeitar por su médico y su barbero, y cuando al dia siguiente repitieron sus aduladores la misma acusacion, les contestó friamente:

« Si Nerva me quisiera asesinar, anoche pudo hacerlo. »

No vaya á creerse, en vista de lo que dejamos apuntado, que Trajano estuviera exento de culpas y defectos, puesto que era aficionado al vino, en tanto grado, que conociendo él mismo el daño que podia hacer á sus súbditos en un momento de embriaguez, *mandó que no se ejecutaran las órdenes que diera despues de comer*. Además de esto, dedicó á los placeres el tiempo que le dejaba libre el despacho de los negocios; permitió por vanidad que se pusiera su nombre en todos los edificios, no solo en los recien construidos, sino en los meramente restaurados, mereciendo por ello que le apellidasen *Parietaria*, por la propiedad de esta yerba de agarrarse á las paredes; toleró que le diesen el título de *Señor;* que se hicieran sacrificios delante de sus estátuas, y que el pueblo jurase por su vida y por su eternidad.

Pero todos estos defectos serian perdonables en un hombre que elevó á tanta altura el imperio de la justicia y que extendió tan considerablemente el poder de Roma, si no los abultase su odio hácia los cristianos, contra quienes autorizó la tercera de las persecuciones que sufrieron, durante la cual padecieron muchos el martirio, entre ellos Ignacio, obispo de Antioquía, y Simon, de Jerusalen, viéndose desterrado de su sede el virtuoso papa Clemente I.

Conociendo el valor de Trajano y deseando mantenerse en paz con él, le enviaron los germanos diversas embajadas, mientras los bárbaros de allende el Istro no se aventuraron á devastar de nuevo las posesiones de Roma, temerosos de sufrir una vez mas los efectos de su cólera. Pero las intenciones del emperador se traslucian por el siguiente juramento que tenia siempre en los labios:

« ¡ Así pueda yo reducir la Dacia á provincia romana, y pasar el

Danubio primero, y el Éufrates despues, sobre puentes que yo haya fabricado! »

Poco tardó en ver realizados sus bélicos proyectos. Algunos años antes el cobarde Domiciano habia comprado la paz á los dacios, sujetándose á pagarles tributo, lo cual pareció indigno á Trajano, con tanto mayor motivo cuanto que aquellos pueblos adquirian cada dia mayor poderío, merced á la alianza ofensiva y defensiva que su rey Decebalo celebrara con Pacoro, soberano de los partos, eternos enemigos de Roma.

El año 103 de la era cristiana, tomando por pretexto una ligera violacion de la frontera por parte de los dacios, levantó Trajano un formidable ejército, y penetró en la Dacia, devastando sus campos. No descuidó Decebalo acudir á la defensa, y llamando á su pueblo á las armas, cayó sobre los invasores. Pero la pericia del caudillo romano triunfó de su valor; fué derrotado en diversos encuentros, y reducido al último extremo, pidió la paz, que obtuvo con graves condiciones, tales como entregar las armas y máquinas de guerra; desguarnecer sus plazas, y declararse aliado y tributario de Roma.

Habiendo dejado Trajano fuertes guarniciones donde era necesario, y recibido pleito homenaje del soberano dacio, regresó á la metrópoli del mundo, donde celebró el brillante triunfo que acababa de obtener. Mas Decebalo, que solo habia cedido á la necesidad, no tardó en armarse de nuevo, en reforzar las plazas, y en solicitar el apoyo de sus vecinos para hacer frente á Roma.

Informado el emperador de estos preparativos, voló al Danubio, sobre el cual echó un puente de piedra de veinte pilares y ciento cincuenta piés de altura, puente tanto mas admirable cuanto que se asentó en un punto en que la corriente del rio es muy impetuosa en razon á la estrechez del cáuce, y que se terminó en poco mas de tres meses, conforme á los planos del insigne arquitecto Apolodoro de Damasco.

Terminada aquella obra colosal, Trajano pasó el rio, dirigiendo la guerra con mas prudencia que actividad para no aventurar la suerte de su ejército. Pero la serenidad conque él se exponia á los mayores peligros alentaba á los soldados, que renovaron en esta campaña los antiguos prodigios del valor romano. Zarmizegetusa, capital de la Dacia, fué tomada, cambiando su nombre por el de Ulpia Trajana, terminando el afortunado emperador el año 106 la conquista de aquella region de la Germania, que quedó convertida en provincia romana.

Satisfecho uno de sus votos con el paso del Danubio, quiso Trajano realizar el otro dirigiéndose al Éufrates para domar la arrogancia de los temibles partos, que eran los adversarios mas formidables que quedaban á Roma. Despues de atravesar el Tígris por un puente de barcas, se apoderó sin obstáculo del Adiaben, ocupó la Asiria y llevó sus legiones vencedoras hasta Nínive, Arbela y Gaugamela, ciudades célebres en la historia por las victorias de Alejandro.

Favorecido por las discordias de los partos, penetró Trajano hasta Babilonia, junto á la cual intentó abrir un canal entre el Éufrates y el Tígris, para trasportar las naves conque debia sitiar á Ctesifonte, capital de la Partia. Pero estorbó su proyecto el desigual nivel que tenian estos rios, por lo que haciendo llevar por tierra los barcos hasta donde él queria, expugnó á Seleucia y Ctesifonte, donde se apoderó de la hija del monarca parto y de su trono de oro, reduciendo tambien tan extensa region á colonia romana.

De regreso á Antioquía el emperador, mientras la córte y el numeroso ejército que le seguia estaban aglomerados allí, se experimentó un violento temblor de tierra, que destruyó gran parte de la poblacion causando innumerables víctimas. El mismo Trajano quedó herido, padeciendo el imperio grandes males con motivo del desastre de una sola ciudad.

A la entrada de la primavera del año 117, dió principio Trajano á una excursion que pudiera llamarse triunfal, puesto que no solo tenia por objeto someter nuevos paises, sino que mas principalmente se encaminaba á ostentar la majestad y el poder del imperio ante las naciones subyugadas.

Despues de recorrer una parte del Ásia, embarcóse Trajano en el Tígris, navegando hácia el golfo Pérsico; entró en el Grande Océano, y viendo un bajel que se hacia á la vela para las Indias, exclamó tristemente:

« Si yo fuera mas jóven, llevaria allí las águilas de Roma. »

Luego, desembarcando sus legiones, se dirigió á la Arabia Feliz; tomó el puerto de Aden, aquende el estrecho de Bab-el-Mandeb; redujo á provincias la Arabia Petrea, que aseguraba las comunicaciones comerciales entre el Ásia y el África; anunció al Senado el brillante resultado de su campaña, y no pudiendo avanzar mas, torció hácia Babilonia, sobre cuyas ruinas ofreció sacrificios á Alejandro.

Hallábase el imperio en el apogeo de su poderío con la anexion de cinco ricas y extensas provincias, á saber: la Arabia Petrea, la Armenia, la Mesopotamia, la Asiria y la Dacia. Pero duró muy poco esta prosperidad, cabiéndole al mismo Trajano el desconsuelo de ver escapársele todas sus con-

quistas. El terremoto de que dejamos hecho mérito hizo creer á los hebreos que anunciaba la caida del imperio, de manera que se sublevaron como un solo hombre, principalmente los que vivian en África. Los de Alejandría alcanzaron al principio algunas ventajas; pero despues fueron vencidos y casi exterminados. Los de Cirene, promovedores de la rebelion, talaron las llanuras egipcias, cometiendo horribles atrocidades, hasta el punto de devorar á sus enemigos y cubrirse con sus pieles.

Autores respetables dicen que perecieron en esta insurreccion doscientas mil personas solamente en la Libia, y doscientas cincuenta mil en Chipre, donde entre otras muchas ciudades quedó Salamina reducida á cenizas.

Atento á sofocar la rebelion, Trajano envió al momento fuerzas que destrozaron á los rebeldes en la Libia, y en Chipre dieron los romanos tal cuenta de ellos, que el hebreo que por su mala suerte llegaba despues á aquel pais, era despedazado. Así quedó apagado con raudales de sangre aquel incendio; pero como el ejemplo es contagioso, muchos pueblos nuevamente conquistados sacudieron las recientes cadenas, obligando á Trajano á llevar contínuamente la guerra de uno á otro extremo de su vasto imperio, hasta que habiéndose visto precisado por una hidropesía que le aquejaba á regresar á Italia, todas la provincias recien anexionadas se levantaron á la vez, recobrando sin grandes esfuerzos su independencia. Los partos, en una sublevacion general, expulsaron al rey Partamaspati que él les habia impuesto; los armenios eligieron un soberano á su gusto; la Mesopotamia se sometió á los partos, y tantos gastos y vidas como representaba la conquista de aquellas regiones vinieron á resultar estériles.

Trajano, como viera agravarse cada dia su dolencia, dejó el ejército, retirándose á Selinunte, en Cilicia, donde falleció el 10 de Agosto del año 117 de nuestra redencion, despues de haber imperado diez y nueve años y medio, durante los cuales puede decirse que su vida no fué mas que una prolongada campaña.

Las cenizas de este conquistador fueron llevadas á Roma en una urna de oro por su viuda Plotina y su sobrina Avidia, y recibidas en triunfo, quedaron sepultadas bajo la columna que le dedicaron los romanos para perpetuar sus gloriosas victorias.

Aparte de la inmensa reputacion que como general y hombre de Estado dejó este ilustre español, hicieron grata su memoria las expléndidas obras que llevó á cabo, entre las cuales son dignas de mencion el magnífico camino que abrió desde las Galias al Ponto Euxino, el que trazó á través de

las lagunas Pontinas y el que esplanó desde Benevento hasta Bríndis. Además, dotó á Roma de bibliotecas, fuentes y de un bellísimo teatro; restauró insignes edificios, siendo sobre todos famoso su Foro, que formó allanando una colina de ciento cuarenta y tres piés de altura, vasta construccion rodeada de un elegante pórtico, con cuatro arcos triunfales y tantos palacios y templetes, que constituia una maravilla en la ciudad de las maravillas.

Aparte de lo dicho, la libertad de que gozaron todos durante el reinado de Trajano de pensar y decir lo que querian, contribuyó poderosamente al explendor de las letras y las artes.

Sensible es, en verdad, que hallándose la historia minuciosamente informada de las locuras de un Calígula y de un Neron, cuando se trata de un Trajano le conozca solo por compendios imperfectos ó por apasionados panegíricos. A pesar de este olvido, no deja de consignar con satisfaccion en una de sus páginas, cual si quisiera hacer justicia á las altas prendas de este ilustre varon, que dos siglos y medio despues de su muerte, al arengar el Senado á un nuevo emperador, le auguró que seria *tan feliz como Augusto y tan virtuoso como Trajano.*

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE TRAJANO.



ATILA.

(De 433 á 453 despues de J. C.)

Extrañas y contradictorias son las noticias que han llegado hasta nosotros acerca del orígen de los hunos. Mientras unos autores les dan por patria la Sarmacia Asiática, otros pretenden que eran de la misma raza que los avares y húngaros, á quienes, quizás gratuitamente, hacen descendientes de aquellos pueblos bárbaros.

Sin pretender dilucidar tan debatido asunto, ajeno en cierto modo á la índole del libro que escribimos, diremos pura y sencillamente, que hácia el año 376 de la era cristiana, una parte de las hordas hunas ocupaba la vasta region que se extiende desde el Mar Negro al Danubio, acechando tal vez una ocasion propicia para arrojarse sobre la Europa, cuyo único baluarte era el ya tan abatido imperio romano.

Amiano Marcelino, historiador latino del siglo IV, y por lo tanto testigo ocular de muchos de los sucesos que vamos á narrar, pinta á los hunos como los hombres mas feroces de la tierra. Segun dicho escritor, apenas nacian les surcaban el rostro con un hierro candente, para que no les saliese la barba, lo que aumentaba, si cabe, su natural fealdad. Eran robustos, de vigorosos miembros, abultada cabeza y anchas espaldas, de tal modo, que parecian animales erguidos sobre las patas, ó groseras cariátides que sostuvieran las inmensas techumbres de los palacios de la antigua Babilonia.

Otros autores comparan sus rostros á pedazos de carne informes, con dos agujeros por ojos, y dicen que aunque pequeños parecian muy robustos;

que llevaban levantada la cabeza, y que además de ser famosos jinetes, arrojaban con singular destreza el lazo y la flecha.

En cuanto á las costumbres de los hunos, todos convienen en que vivian como salvajes, sin saber ni aun cocer las viandas y alimentándose con raices crudas y con carne ablandada entre la silla y el lomo de sus caballos.

Sus prisioneros de guerra cultivaban los campos ó cuidaban de los ganados; no habitaban en casas ni en cabañas; miraban todo recinto de paredes como un sepulcro, y se creian mal seguros debajo de otro techo que no fuera la bóveda celeste.

Acostumbrados desde la infancia á sufrir el frio, el hambre y la sed, mudaban á menudo de morada, trasportando en carros tirados por bueyes sus utensilios y mujeres, que cosian allí los vestidos de sus maridos y amamantaban á sus hijos.

Por lo que hace á sus trajes, los hacian de pieles de carnero, y no se los quitaban hasta que se les caian á pedazos. Aparte del escudo, su única arma defensiva era el casco. Envolvian sus piés y piernas en tiras de cuero sin curtir, pero tan tosca y desliñadamente, que apenas les era dado andar; por lo que no se apeaban casi nunca, estando dia y noche á caballo ó sentados: comian á caballo, se reunian en consejo del mismo modo y dormian echados sobre el cuello de sus cabalgaduras.

Extraordinariamente belicosos, su modo ordinario de combatir consistia en caer sobre el enemigo aullando espantosamente. Si hallaban resistencia, retrocedian, y volvian al ataque con la rapidez del relámpago, derribando entonces cuanto se les oponia.

Avanzando ó huyendo, disparaban flechas con puntas de hueso, tan duras y mortíferas como las de hierro. De cerca combatian con la cimitarra en una mano, y en la otra un lazo para prender al enemigo, y ninguno podia dar un golpe antes que diese el ejemplo uno de sus caudillos. Cuando la necesidad lo exigia combatian sus mujeres desesperadamente, y eran tan ignorantes, que un siglo despues de haber invadido la Europa no tenian aun idea del arte de escribir.

El año 376 diferentes tribus de estos pueblos, guiadas por su rey Valamiro, habiendo salido de las riberas del Volga y de la Meótides, sometieron á los acatziros, pueblo de su raza, y á los alanos del Tanais, y reforzados con ellos, inundaron al pais de los ostrogodos, cuyo rey Hermanrico, comparado á Alejandro por sus grandes conquistas, al ver en

su vejez caer sobre su nacion aquella tempestad, eludió la vergüenza que le causaba el verse vencido dándose la muerte. Vitimiro, su sucesor, quiso hacer resistencia; pero fué derrotado y muerto cerca de Erac. Atanarico, jefe de los godos tervingios, sufrió igual suerte á orillas del Dniester; por lo que los ostrogodos se dispersaron ó sometieron, teniendo los visigodos que demandar á los romanos que les admitieran en las tierras del imperio, dejando á los hunos el pais que está al Norte del Danubio, pais que habian ocupado durante siglo y medio, y que entonces se convirtió en el centro de un nuevo Estado que debia durar setenta y siete años.

Empero no querian establecerse allí los hunos, y Valamiro, envalentonado con el buen éxito de sus anteriores empresas, devastó las provincias del imperio de Oriente, destruyendo muchas ciudades, hasta que se calmó con la oferta de un tributo de diez y nueve mil libras de oro. Desde entonces se mezclaron los hunos en todas las contiendas del imperio, y hácia 425 pasaron el Danubio, guiados por su rey Roila, llegando hasta cerca de Constantinopla, de la que se habrian apoderado, si un rayo no hubiera muerto á su caudillo, mientras se veian ellos mismos diezmados por la peste.

En 430, Rua, sucesor de Roila, recibia del apocado Teodosio II el tributo anual de trescientas cincuenta libras de oro para que le dejase tranquilo; pero oyendo decir que los amilzuros, los itimaros, los tonozuros y otras naciones ribereñas del Danubio se habian aliado á Teodosio, le envió un mensaje, amenazándole con romper el tratado que con él celebrara, si no se separaba de aquellos pueblos.

Tal vez dió Rua este paso á instigacion del proscripto Aecio, que se habia refugiado á su lado; pero ya fuese por consejo de otro, ó por su propia iniciativa, es efectivo que dirigió á la corte de Bizancio aquella amenaza, y que llegó además á tratar de igual á igual con Valentiniano III, emperador de Occidente, muriendo al poco tiempo y dejando su trono á sus sobrinos Bleda y Atila, el *azote de Dios.*

Podria ponerse en duda si este hombre extraordinario es una figura histórica, ó un mito terrible, símbolo de inmensa destruccion, creado para aterrar á los crédulos hijos de la edad media, si no reseñaran sus hechos respetabilísimos biógrafos, y no le hubiera visto el mismo Prisco, grave historiador de aquellos tiempos, que formó parte de la embajada enviada por Teodosio el año 449 al rey de los hunos, y que nos ha dejado un verídico relato del objeto y resultado de aquella mision.

A la edad de treinta y cinco ó cuarenta años, era Atila, segun el fiel retrato que de él hicieron sus contemporáneos, una figura deforme, de color aceitunado, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños ojos hundidos, poca barba, cabellos blanquecinos, ancho pecho, cuerpo tosco, pero nervudo, y fiero continente é imponente mirada, como hombre que se siente superior á los que le rodean.

Sus palabras, lo mismo que sus actos todos, llevaban el sello de una afectacion calculada para producir el efecto que se proponia. Cuando destruia, lo hacia por el placer de dejar tras sí ruinas y desolacion; cuando mataba, era para ofrecer á sus guerreros el espectáculo de miles de cadáveres insepultos.

Uniendo á la irascibilidad del calmuco sus brutales instintos, se emborrachaba frecuentemente, y aunque poseia innumerables esposas, aumentaba cada dia su serrallo con las mas jóvenes y bellas que podia encontrar, llegando sus hijos á formar casi un pueblo.

Respecto á religion, no profesaba ninguna. Solamente algunos adivinos ó hechiceros, que formaban parte de su servidumbre, como los *chamanes* de la de los emperadores mogoles, investigaban en su presencia el porvenir en las circunstancias difíciles ó cuando se trataba de resolver asuntos importantes.

Acostumbrado desde la infancia al manejo de las armas, su vida era la guerra; mas sabia prudentemente abstenerse de hacerla cuando no convenia á sus planes.

Rígido en exigir justicia á los demas, tenia por tal su voluntad ó su capricho. Sin embargo, se mostraba atento con los que le suplicaban, y propicio á aquellos cuya fidelidad le era notoria.

Astuto al par que fiero, y no confiando solo en la fuerza bruta, hizo esparcir entre sus hordas cuantas supersticiones contribuyen entre los pueblos bárbaros á aumentar el religioso respeto que les liga á sus jefes.

Paciendo un dia una ternera, se hirió un pié: admirado el pastor, buscó la causa entre la yerba; vió salir la punta de una espada, que sacó fuera, y la presentó á Atila, el cual manifestó aceptarla con alegría, como un presente del cielo, como un símbolo de la soberanía que le otorgaba el dios de la guerra sobre todos los pueblos del universo.

«¡Las estrellas caen; la tierra tiembla, dijo: yo soy el martillo del mundo: donde pone su casco mi caballo no crece mas la yerba!»

Despues, habiéndole llamado un ermitaño *azote de Dios,* adoptó este

epíteto como un augurio de su horrible poder, y demostró al mundo que lo merecia.

Como puede comprenderse, no habia nacido semejante hombre para compartir con nadie el poder soberano. Mató á su hermano Bleda; se proclamó único rey de los hunos, y despues de vencer el mundo bárbaro, se dirigió contra el civilizado.

Persia fué la primera nacion sobre quien, en 444, se arrojó al frente de sus hordas sedientas de oro y sangre. Pero los descendientes de Ciro, recobrando su antiguo valor, le obligaron á retroceder, abandonando gran parte del botin que habia cogido.

Rugiendo de coraje el bárbaro, volvió á sus posiciones del Danubio, y meditaba acaso sobre qué pais debia pagar el baldon de que acababan de cubrirse sus armas, cuando el vándalo Genserico, temiendo que la union de los emperadores Teodosio y Valentiniano le arrebatase el África, de que se habia hecho dueño, le sugirió la idea de invadir el imperio de Oriente.

Atila aceptó con placer aquel proyecto, y se lanzó al momento como un torrente sobre la Mesia, que pasó á sangre y fuego, y despues sobre las fronteras de la Iliria, donde destruyó las florecientes ciudades de Sirmio, Singiduno, Ratiaria, Marcianópolis, Naiso y Sárdica.

Entonces se extendieron los bárbaros en una línea de quinientas millas desde el Euxino hasta el Adriático, y no encontrando quien les contrarestara, atrevióse su rey á decir por medio de sus mensajeros á los emperadores de Oriente y de Occidente:

« Atila, mi señor y el vuestro, va á venir, y os manda que le prepareis un palacio. »

Asustado Teodosio ante los rápidos progresos de los hunos, llamó en seguida las tropas que tenia preparadas en Sicilia para pasar al África contra Genserico y las que iban marchando á hacer la guerra á Persia.

Pero ni él deseaba ponerse al frente de su numeroso ejército, ni contaba con buenos generales ni con bastantes soldados disciplinados para hacer frente á los terribles invasores. Tres señaladas victorias que obtuvo abrieron al rey huno el paso hasta los arrabales de Constantinopla, donde un terremoto que sobrevino y que derribó parte de las murallas, hizo temer que ni aun esta fuerte ciudad podia servir de asilo al terror imperial.

En esta expedicion devastaron los hunos, despues de saquearlas, setenta ciudades, cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo ó reducidos á la esclavitud, y el *invicto* sucesor de los Césares, Augustos y Trajanos, privado de

los recursos que ofrece una vigorosa tiranía ó una generosa libertad, no halló mejor partido que *invocar la clemencia de Atila,* el cual le concedió la paz con estas condiciones: que el emperador le cediese los paises próximos al Danubio en una extension de quince jornadas; que aumentase desde setecientas hasta mil libras de oro el tributo anual que le pagaba, y que le entregase además otras seis mil de una vez como indemnizacion de guerra.

Esta suma, exorbitante para un tesoro exhausto por el lujo, la malversacion y los gastos inherentes á los preparativos de la guerra, no se pudo reunir sino imponiendo una contribucion arbitraria á los senadores y principales ciudadanos, que se vieron obligados á vender en pública almoneda las joyas de sus esposas é hijas y los muebles de sus palacios, y el orgullo romano, que habia sobrevivido á tanta humillacion, llamó sueldo á aquel tributo, y general del imperio al rey de los hunos, quien al saber tan pueril vanidad, dijo irritado:

«Los generales del emperador son siervos; los capitanes de Atila emperadores.»

Teodosio se obligó además á entregar todos los hunos prisioneros de guerra, á pagar doce monedas de oro por cada esclavo romano que se escapase á los bárbaros y á restituir á todo el que desertara del campo de Atila, que animado por el envilecimiento del emperador, le exigió que abandonase el señorío de los paises comprendidos desde el Danubio hasta Naiso y la Nava en Tracia.

Aparte de lo dicho, cuando el rey de los hunos queria premiar á alguno de los suyos, le enviaba con un mensaje á Constantinopla, para que insultase al emperador en su palacio, con el pretexto de pedir el cumplimiento de los tratados; pero en realidad para enriquecerle con los dones conque el débil Teodosio compraba la moderacion del enviado.

Entre la multitud de embajadores conque abrumaba Atila á Teodosio, á quien fascinaba por su génio y diabólica audacia, se contaban al panonio Orestes, su principal secretario, y al huno Edecon, capitan de su guardia, los cuales se hicieron despues célebres, el primero como padre de Augustúculo, último emperador romano, y el segundo como progenitor del hérulo Odoacro, primer rey bárbaro de Italia.

En los primeros meses del año 449 de la era cristiana llegaron los citados personajes á Constantinopla, llevando á Teodosio una carta de Atila, en que le conminaba con la guerra si no le cedia definitivamente una gran extension de terreno en la orilla derecha del Danubio.

Concluida su mision, Orestes y Edecon se dispusieron á volver á su campo, acompañados de Maximino, varon ilustre por las dignidades civiles y militares que con buen éxito habia ejercido, y á quien enviaba Teodosio como embajador para aplacar á Atila, ó hacer que moderase sus exijencias.

Deseando ahorrarse Maximino la incomodidad inherente al largo viaje que debia emprender con los dos bárbaros que se le daban por compañeros, ó sintiendo tal vez la necesidad de un buen consejero, hizo que partiera con él como colega su antiguo amigo el historiador griego Prisco, á quien debemos el relato de aquella expedicion. [1]

Ambas embajadas salieron de Constantinopla con numeroso acompañamiento de hombres y caballos, dirigiéndose primero á Sárdica, que encontraron reducida á cenizas, y luego á Naiso, arsenal un tiempo floreciente y entonces monton de humeantes ruinas, atravesando por último el Danubio en barcos hechos de un solo tronco.

Maximino habia tenido con sus compañeros de viaje algunos altercados por cuestiones de raza, y cuando menos se acordaba de ello le exigieron los ministros hunos que les manifestase las instrucciones que llevaba de su emperador. Negóse, como era natural, el enviado romano á satisfacer semejante exijencia; mas luego supo que aquellas instrucciones habian sido reveladas por traicion al enemigo.

Despues de grandes trabajos y de un largo viaje hácia el Norte, penetró Maximino en los Estados de Atila, obteniendo permiso de presentarse al rey. Guias bárbaros regulaban la direccion y velocidad de su marcha, y le llevaban las provisiones que consumia su gente, compuestas de carne, mijo, hidromiel y *camo,* licor extraido de la cebada.

Sorprendidos una noche los embajadores por un fuerte aguacero, anduvieron perdidos en la oscuridad, hasta que despertaron á sus voces los habitantes de una aldea que pertenecia á la viuda de Bleda, la cual hizo alumbrar con cañas los alrededores, ocurrió á sus necesidades y les ofreció, segun la costumbre de los escitas, gran número de hermosas mujeres, que ellos rechazaron, prosiguiendo despues su camino y llegando en breve á la residencia del soberano huno.

La capital del vastísimo reino que obedecia al *azote de Dios* era un campamento situado entre el Danubio, el Teis y los Carpacios, una inmensa reunion de cabañas de madera, paja ó barro, simétricamente alineadas y en

[1] La embajada que envió Teodosio á Atila el año 449 se halla descrita por Prisco en el t. I de los *Byzantinæ historiæ scriptores,* con el título de Ἐκ τῆς ἱστορίας Πρίσκου ῥήτορος καὶ σοφιστῆς.

número suficiente para albergar la córte y la familia del monarca. Onegesio, ministro favorito de Atila, habia hecho construir en la suya un baño de piedra á la usanza romana. La extensísima morada del rey era de madera, rodeada de una empalizada de tablas lisas, cortada á trechos por algunas torres. Cada una de las mujeres de Atila ocupaba una habitacion separada, y como el carácter poco celoso del soberano huno no las privaba del trato de los hombres, pudieron Maximino y Prisco penetrar hasta la habitacion de Kerka, reina favorita, con objeto de ofrecerla sus respetos y presentarla los regalos que trajeran para ella de Constantinopla.

Contra lo que podia esperarse de un pueblo tan soez, Kerka recibió amablemente á los embajadores recostada en un blanco lecho, en una elegante cámara en la que no faltaba ni regularidad en las proporciones ni gusto en los adornos, y rodeada de sus servidores y de sus damas, que bordaban trajes para los conquistadores del mundo, á quienes gustaba mostrar su poder por medio del oro y las piedras preciosas conque adornaban ya sus personas, armas, arreos de los caballos, y aun los platos y vasos de oro conque sobrecargaban sus mesas.

Contrario á tanto fausto, ostentaba Atila la mayor sencillez en su traje: sus únicos adornos eran las armas, que apenas se diferenciaban de las del último de sus guerreros. En la mesa se servia únicamente de platos y copas de madera, no comiendo otras cosas que pan y carne medio cruda.

En sus banquetes, al entrar en la sala los convidados, bebian á la salud del rey, y despues se sentaban tres ó cuatro á cada una de las mesitas colocadas á ambos lados de la mesa real, algo mas elevada que las demas, y á la que, aparte del monarca, solo tenian derecho á sentarse sus hijos y algun personaje de alta jerarquía. A cada entrada ó plato bebia el rey tres veces á la salud de alguno de sus amigos ó capitanes, y el favorecido debia ponerse en pié y devolver el bríndis. Terminada la comida se servia vino á discrecion, pudiendo fácilmente comprenderse si los convidados conservarian serenas las cabezas al ver á su régio anfitrion darles ejemplo de intemperancia.

Mientras duraba el banquete, dos poetas hunos cantaban junto á Atila versos de su invencion, elogiando las hazañas de este conquistador y las de sus antepasados, sucediendo á los poetas algunos bufones que provocaban con sus extravagancias la hilaridad del auditorio, siendo solo Atila el único que se mantenia sério é inmóvil, sin permitirse otra distraccion que la de

acariciar de vez en cuando el rostro de Ernakh, el menor y mas querido de sus hijos, que colocaba siempre junto á sí.

La primera vez que recibió Atila á los embajadores de Teodosio, estaba sentado en un trono de madera blanca, rodeado de numerosa guardia. Así que hubo sabido el objeto que allí les llevaba y recibido los regalos de que eran portadores de parte de su soberano, les echó en cara con tono amenazador el engaño de que creia ser víctima por no haberle entregado mas que diez y siete desertores hunos de los muchos que él reclamaba al emperador. En otra audiencia renovó sus soberbias reconvenciones por el incumplimiento de los tratados que tenia celebrados con Teodosio, y como procurasen los enviados calmar su enojo con protestas de amistad, mas aplacado ya, los despidió cortesmente, dándoles algunos esclavos por poco rescate, é invitando á sus cortesanos á que cada uno de ellos hiciese algun regalo á los embajadores, apresurándose todos á complacer á su señor, ofreciéndoles pieles, vestidos bordados y caballos magníficos.

Pero mientras se esforzaba Maximino en librar de la guerra á su soberano, habia fraguado éste una conjuracion para quitar la vida al rey de los hunos. Cuando Edecon y Orestes estuvieron en Constantinopla, manifestó el primero su admiracion al contemplar las inmensas riquezas que encerraba el palacio de Teodosio. Testigo de aquella admiracion Crisafo, eunuco favorito del emperador, hizo decir al bárbaro, por medio del intérprete Vigilio, que alcanzaria mayores riquezas que las que habia visto si asesinaba á Atila.

No rechazó Edecon tal vil propuesta, y habiendo tenido algunas entrevistas con Crisafo, y aun con el mismo Teodosio, dejó concertado con ellos el plan del crímen que meditaban, recibiendo del emperador, como anticipo, una bolsa con cincuenta libras de oro. Pero ora fuese que hubiera entrado en el complot con intencion deliberada de vender á sus cómplices, ó bien que despues se arrepintiera de haber prometido la muerte de su rey, es lo cierto que á su regreso al campo de los hunos, lo primero que hizo fué descubrirlo todo á Atila, el cual, lejos de atentar á la vida de los embajadores, como debia esperarse del resentimiento de un bárbaro, les guardó todo género de consideraciones, contentándose con apoderarse de Vigilio, que en su calidad de intérprete acompañaba á Maximino y Prisco, y dándole á elegir entre presenciar la muerte de su hijo, que imprudentemente llevara consigo, ó decirle la verdad, le arrancó la confesion del delito, llevando su generosidad ó avaricia hasta el extremo de conceder la vida al reo, mediante doscientas libras de oro, sin que dejara por eso de insultar á

Teodosio por su felonía, puesto que envió á Constantinopla á Esfa y á Orestes con la bolsa que sirviera de premio á la traicion, pero vacía, con encargo de decir al emperador en presencia de sus cortesanos:

« Atila, hijo de Moundzoukh, y Teodosio, descienden de doble estirpe. » Atila se ha conservado digno de sus antepasados; pero Teodosio se » declaró esclavo del rey de los hunos al pagarle tributo, y es inícuo que » como un siervo malvado y desleal tienda lazos á su señor. »

Viendo descubierto su cobarde proyecto cuando se creia ya libre del terrible jefe de los hunos, no perdonó Teodosio ninguna concesion ni bajeza para desarmar su cólera. Envióle otra embajada mas pomposa, cargada de ricos presentes, y amansado Atila á la vista de los regalos, perdonó al emperador y al intérprete; pero se mostró inflexible respecto al eunuco Crisafo, autor de la conjuracion, cuya cabeza exigió con empeño.

Poco tiempo despues de estos sucesos murió Teodosio de resultas de una caida de caballo, el 28 de Julio del año 450 de la era cristiana, al cabo de cuarenta y tres años de un reinado deshonrado por el envilecimiento del imperio y por su ineptitud para el mando, que ejercieron en su nombre su hermana Pulqueria y un consejo de eunucos.

Un pueblo cuyos soberanos se portaban cual débiles mujeres, debia por precision llamar á una de éstas para que le gobernara. Por eso aclamó emperatriz á Pulqueria, quien conociendo que tenia necesidad de un colega, eligió por esposo al sexagenario Marciano, á quien entregó las riendas del poder, despues de haberle hecho jurar que guardaria continencia con ella.

Era Marciano por su valor y virtudes el único hombre que hubiera podido sostener el vacilante imperio de Oriente, á no encontrarse en frente de un adversario tan formidable como el guerrero huno.

Comprendiendo lo importante que era conservar la paz con aquel enemigo, pero no á costa de mas humillaciones, puso el mayor cuidado en no ofrecer á Atila ningun pretexto para reiterar sus agresiones. Mas cuando el bárbaro envió á pedirle arrogantemente el tributo que le pagaba Teodosio, respondió á sus enviados:

« Decid á vuestro rey que Marciano tiene oro para sus amigos y hierro para sus adversarios. »

Estas nobles palabras, último destello del valor romano, inflamaron la cólera de Atila, que en el primer movimiento de furor dudó si se dirigiria hácia Oriente ó hácia Occidente, para borrar del número de los pueblos á Constantinopla ó á Roma.

Un acontecimiento novelesco, que influyó poderosamente en su determinacion y que costó mucha sangre al mundo, le impulsó á aplazar por algun tiempo su venganza.

Hácia el año 434, Honoria, hermana de Valentiniano III, á quien el pomposo título de *Augusta* que se la habia dado para que nadie se atreviera á aspirar á su mano no libraba de las debilidades inherentes á las de su sexo, no pudiendo sufrir el perpétuo celibato á que se veia condenada, se entregó á su intendente Eugenio. Descubiertos aquellos amoríos, Honoria fué enviada á expiar su error en un convento de Constantinopla, en la devota compañía de las vírgenes hermanas de Teodosio. Empero siéndole tambien insoportable la austeridad del claustro, envió secretamente su anillo nupcial, por medio de un eunuco, al hijo de Moundzoukh, que acaba de subir al trono de los hunos.

Atila, como todos los orientales, gustaba solo de las mujeres castas y recatadas. Dejó, pues, sin respuesta la proposicion de Honoria, y se guardó su anillo, trascurriendo quince años sin que se acordase de aquella aventura, y tal vez no habria pensado mas en la princesa, si al revolver en su mente los diversos planes de venganza que le sugirió la altiva contestacion de Marciano, no le hubiera parecido una excelente ocasion aquella para reclamar la mano de su prometida en union de su dote.

Formado este proyecto, envió un mensajero á Valentiano, para que le dijera, « que Atila, rey de los hunos y señor del mundo, habia sabido con » profundo disgusto que su prometida Honoria padecia por su causa estrecho » cautiverio, y que no viendo ninguna mengua para el emperador en que le » hubiera elegido á él por esposo, le exigia la pronta libertad de la que ya » miraba como esposa, juntamente con la parte que le correspondia de la » herencia paterna, á saber, la mitad de los bienes personales del último » emperador Constancio III, y la mitad del imperio de Occidente. »

La historia guarda silencio sobre las aventuras de Honoria despues de la época de que vamos tratando. Cantú pretende que se la casó con un hombre oscuro para ocultar su deshonra, siendo encerrada luego en una prision perpétua, donde acabó sus dias; mientras Thierry [1] asegura que se efectuó aquel matrimonio á fin de que Valentiniano pudiera responder al bárbaro, « que estando ya casada su hermana, le era imposible acceder á » su demanda, en razon á que las leyes romanas no toleraban la poligamia, » permitida entre los hunos.» De cualquier modo, es efectivo que Atila vió

[1] *Histoire d'Attila et de ses successeurs*, I, 128.

negada su exigencia, y que insistiendo nuevamente en ella, para probar su derecho á la mano de Honoria, hizo presentar al emperador el anillo que aquella le entregara, obteniendo una nueva negativa.

No esperaba otra cosa el rey de los hunos. Previendo el resultado de su peticion, habia reunido una infinidad de pueblos germanos y asiáticos, amigos ó tributarios suyos: hunos negros y blancos; gépidos, ostrogodos, burgundios y acatziros; alanos armados de desmesuradas lanzas y con corazas hechas de tiras de cuero; hérulos rápidos como el viento en la carrera y crueles como tigres; gelones con los cuerpos pintados de diversos colores, provistos de afiladas segures y vestidos con sayos de piel humana. Estas horribles hordas y otras cien que fuera prolijo nombrar, habian acudido presurosas á la voz de Atila, prontas á arrojarse sobre la presa que él les señalara.

Jamás, desde las invasiones de Jerges, habia visto la Europa congregarse contra ella tantos pueblos bárbaros, cuyos contingentes reunidos se elevaban á la enorme cifra de quinientos mil combatientes.

Los jefes de este hormiguero de naciones temblaban delante de Atila, manteniéndose á respetuosa distancia de él cual si fueran sus guardias de honor; corriendo presurosos á ejecutar sus órdenes á la menor inclinacion de cabeza, á la mas insignificante de sus miradas, contemplando sin duda en el terrible huno á su digno caudillo, á su rey, al génio, en fin, de la destruccion.

En los primeros dias de Enero del año 450 de Jesucristo, Atila, al frente de aquellas salvajes muchedumbres, abandonó las dilatadas llanuras de la Panonia, que le sirvieran de punto de reunion, llegando despues de una marcha de dos meses al sitio en que el Rhin se une al Neker. Allí se le incorporó el considerable cuerpo que le enviaba Clodion, poderoso jefe de los francos, y pasando en balsas el rio, se lanzó como un rayo sobre las provincias belgas.

Los borgoñones que ocupaban la Helvecia Occidental quisieron detener aquel torrente; pero el rey de los hunos los venció fácilmente, y despues de destruir á Augusta de los Rauracos, Vindonisa y Argentuaria, bajó por la izquierda del Rhin hasta Maguncia, marchando precedido del terror y seguido de la desolacion.

Tréveris y Escarpiana cayeron en podér del *azote de Dios*, que las abandonó á la rapacidad de sus soldados, y en Metz, que tomó por asalto en medio de la noche, despues de un largo asedio, pasó á cuchillo á cuantos

habitantes cayeron en sus manos, degollando hasta á los niños, á quienes el obispo se habia apresurado á bautizar.

En Ruan cortaron los bárbaros la cabeza al pié del altar al obispo Nicasio y á sus clérigos, que procuraban excitar su piedad con cantos religiosos.

Dejando ya incendiadas, saqueadas, despobladas cuantas ciudades encontrara á su paso al Norte del Loira, Atila se dirigió hácia Troyes, que se salvó de su total ruina merced á las elocuentes súplicas de su prelado Lupo, á quien el feroz huno se llevó prisionero, diciéndole por burla, que mientras le tuviera en su poder no tendria que temer la ira del Dios de los cristianos. En cuanto á París, vió pasar de largo á los invasores, gracias á los méritos de la virtuosa Genoveva de Nanterre, que tranquilizó á los asustados habitantes de aquella ciudad, y exhortó á sus mujeres á encerrarse con ella en el templo, prometiendo á todos que sus oraciones les salvarian de la muerte y de la deshonra, como se efectuó, no obstante que los hombres, indignados contra la que retenia á sus esposas é hijas impidiéndoles huir, intentaron matarla, designio que impidió llevar á cabo el archidiácono de Auxerre, asegurando á los parisienses que Genoveva era una buena y santa jóven que obedecia la inspiracion de Dios. Á esta circunstancia se debe sin duda el que la antigua Lutecia, hoy convertida en emporio de las ciencias y las artes, no quedase convertida, como tantas otras ciudades galas, en un monton de ruinas, donde buscara afanosamente el curioso anticuario las huellas que dejara el caballo de Atila.

Contando conque podria apoderarse de Orleans, gracias á la secreta inteligencia que mantenia con Sangiban, jefe de las tribus alanas encargadas por los romanos de defender el paso del Loira, el rey de los hunos se encaminó allá; atravesó sin dificultad el rio, y embistió la ciudad.

Animados los orleaneses por el obispo Lupo, que les aseguraba que tardarian muy poco en ser socorridos, hicieron una enérgica resistencia.

Empero no bastaba el valor de los sitiados para rechazar á los bárbaros. Las robustas murallas de la plaza habian venido á tierra, dejando el paso libre á los hunos, que ocupaban ya los arrabales, empezando en ellos el saqueo y la devastacion, cuando Aniano, con voz que dominaba el estruendo del combate, gritó:

« ¡ El socorro ! ¡ Hé aquí el socorro del-Señor ! »

Efectivamente: las águilas romanas, guiadas por el insigne Aecio, acababan de aparecer delante de Orleans.

Aecio, por cuyas venas corria mezclada la sangre huna con la italiana, uniendo, por lo tanto, la astucia del bárbaro á la noble firmeza del patricio romano, sin dejarse engañar ni por los insidiosos mensajes de Atila, á quien conocia bien, ni por las intrigas de una faccion que en la córte de Valentiniano III favorecia la paz por miedo de la guerra, convertido voluntariamente en paladin del cristianismo y de la civilizacion, habia reunido el mayor número de tropas romanas que le fué posible, engrosando extraordinariamente su ejército con las tribus de los borgoñones, sajones, suevos, francos, visigodos y otras que se le unieron, impulsadas tanto por su gran reputacion, como por la imperiosa necesidad de hacer frente al comun enemigo.

Los visigodos, que por su severa disciplina y extraordinario arrojo componian el nervio del ejército, iban mandados por su anciano rey Teodorico, que á instigacion de su amigo Avito habia consentido en unir sus armas á las de Aecio.

Con la llegada de sus libertadores se reanimó el abatido ánimo de los orleaneses, que acometiendo denodadamente á los sitiadores dentro de la ciudad, mientras la caballería romana les cargaba á la orilla del Loira, y aun sobre sus aguas, les obligaron á levantar el cerco, sin que abandonaran por eso el inmenso botin que habian cogido.

Esta jornada, que salvó la civilizacion de Occidente, tuvo lugar el 23 de Junio del año 451 de la era cristiana. La iglesia de Orleans celebró durante algunos siglos su aniversario con solemnes funciones, en que los nombres de Aniano, Aecio y Teodorico se confundian en las acciones de gracias elevadas al Altísimo por tan señalada victoria.

Maldiciendo á Aecio y á sus auxiliares, el *azote de Dios* abandonó las cercanías de Orleans en el silencio de la noche, buscando un campo de batalla donde pudiera desplegar cómodamente la innumerable caballería huna que constituia la fuerza principal de su ejército.

Al Norte de la ciudad de Sens, entre el valle del Yonne y el del Aisne, se desenvuelve una série de llanuras cortadas por caudalosos rios, que abarca una extension de cincuenta leguas de largo por treinta y cinco de ancho, á cuya extremidad Nord-este los desfiladeros del Argonne pueden servir de paso hácia el Rhin á un ejército que tuviera precision de ganar el curso inferior de este rio. Á este pais, que devastara ya al atravesarle algunos meses antes, condujo Atila sus feroces hordas, y allí le siguió Aecio, trabándose en él, á la orilla del Aube, un sangriento combate entre la reta-

guardia de los hunos y la vanguardia romana, precursor de la gran batalla que iba á decidir en breve los destinos del mundo.

Esta batalla se verificó al fin en los campos Cataláunicos, á corta distancia de Chalons, donde el rey de los hunos, viendo que no podia esquivar por mas tiempo el terrible choque, hizo frente á los confederados.

Comprendiendo que iba á jugar el todo por el todo, formó Atila un inmenso círculo con los innumerables carros en que llevaba sus bagajes, levantando sus tiendas en el interior de aquella movible fortificacion.

Pocas horas despues sentaba Aecio sus reales á corta distancia de los hunos, acampando sus legiones segun las reglas de la castrametacion romana, mientras los bárbaros auxiliares lo hacian al aire libre, sin atrincheramientos ni empalizadas, y separados por tribus ó naciones.

Allí, pues, se hallaban frente á frente el mundo asiático, el romano y el germánico; aquellos á quienes se escapaba la vieja Europa y los que afirmaban su dominio en ella. Al lado de las águilas romanas iban á combatir visigodos, galos, armóricos, sajones, borgoñones, sármatas, francos y ripuarios, y bajo las órdenes de Atila otros francos y borgoñones, boios, hérulos, turingios, gépidos y ostrogodos, es decir, bárbaros contra bárbaros, hermanos contra hermanos, que despues de una larga separacion se encontraban por fin en aquel vasto campo de batalla para exterminarse como bestias feroces.

La noche que precedió al dia en que debia tener lugar el tremendo duelo que vamos á intentar describir, la pasó Atila presa de la mas horrible agitacion. El desaliento que observaba en sus hordas, debilitadas por las privaciones y considerablemente reducidas en hombres y caballos por las enfermedades y los combates, le hacian presentir una derrota. Por eso, queriendo consultar á sus arúspices sobre el resultado de la próxima lucha, los reunió en su tienda, y aquellos sacerdotes del infierno, despues de iuvestigar lo porvenir en las entrañas de diversas víctimas, en cuya repugnante operacion les ayudó su mismo soberano, le predijeron que quedaria vencido, pero que alcanzaria el consuelo de ver morir en el combate á su mayor enemigo.

Creyendo que se referia á Aecio aquella prediccion, brillaron de alegría los ojos del sanguinario huno. ¿Qué le importaba una derrota si conseguia librarse del ilustre caudillo á quien hallara siempre en su camino como un muro de acero donde constantemente se estrellaran su astucia y sus esfuerzos?

« ¡ Combatiré, exclamó: la muerte de Aecio vale bien una derrota de Atila! »

Y sin consultar mas, al dia siguiente, uno de los mas calurosos del verano del año 451 de la era cristiana, el *azote de Dios* formó su ejército en batalla, colocando en el ala izquierda á los ostrogodos, acaudillados por Valamiro, y en la derecha á los gépidos y otras naciones sujetas á los hunos, al mando de Ardarico, situándose él mismo en el centro con los hunos propiamente dichos.

Por lo que toca á Aecio, luego que vió á los bárbaros abandonar sus atrincheramientos, ordenó sus soldados, colocando en el ala izquierda de su línea las legiones romanas; oponiendo en la derecha los visigodos á los ostrogodos, y situando en el centro á los borgoñones, francos, armóricos y demas pueblos que seguian sus banderas.

Las disposiciones tomadas por Atila indicaban claramente su plan. Al aglomerar en el centro, cerca de sus trincheras, su formidable caballería huna, queria evidentemente dar un vigoroso ataque al frente enemigo, al mismo tiempo que aseguraba su retirada hácia su campamento si no podia romper las líneas romanas. Aecio, por el contrario, distribuyendo sus fuerzas entre sus flancos, se proponia aprovechar el atrevido movimiento del caudillo enemigo para envolverle rápidamente y cortarle aquella retirada que queria asegurarse.

Al empezar la accion, como no observara Atila en sus guerreros el mismo ardor que demostraran en tales ocasiones, reunió á sus principales capitanes, y con voz semejante al rugido de una fiera, les dirigió esta enérgica arenga, cuya autenticidad garantiza el godo Jornandes, historiador del siglo IV y notario del rey de los alanos:

« Despues de tantas victorias alcanzadas sobre tan diversas naciones » y de lo mucho que tenemos adelantado en la conquista del mundo, creeria » rebajarme ó ponerme en ridículo si pretendiera infundir valor con mis » palabras á hombres que saben bien lo que es batirse. Semejante conducta » seria digna de un general bisoño que mandase soldados sin experiencia. » Porque, ¿cuáles son vuestra inclinacion y vuestro oficio sino la guerra? » ¿Ni qué hay mas dulce para los pechos valerosos que vengar sus agra- » vios con las armas en la mano? ¡Oh, sí! ¡Es un gran beneficio de la natu- » raleza el que pueda el guerrero saciar su corazon sediento de venganza! » Ataquemos con furia al enemigo: siempre es el mas intrépido el que da » el primer golpe. ¿Qué podeis temer de esa multitud indisciplinada, de

» lengua y costumbres diferentes, congregada solo por el temor? Todos » sabemos conqué trabajo soportan los degenerados romanos el peso de sus » armas. No digo la primera herida, sino el polvo de la batalla basta para » aterrarlos. No hagais caso de ellos: dejadles apiñarse detrás de sus escu- » dos, y pasad de largo. Caed impetuosamente sobre los visigodos: ellos » son los únicos que pueden disputaros la victoria. Rotos los huesos, el » cuerpo viene al suelo: cortados los nervios, no se mueven los miembros. » Desplegad este dia vuestro ordinario valor: no deis cuartel á nadie: » portaos cual verdaderos hunos. Que el herido no caiga sin ver la muerte » de su adversario; que el hombre sano beba hasta hartarse la sangre de » aquel con quien ha combatido. Al que está destinado á vivir no le » hieren las flechas: el que debe morir encuentra su destino aunque se » halle descansando en su lecho. Mi corazon me dice que venceremos. ¿Por » qué la fortuna nos habria dado el triunfo en tantos encuentros si no es » para prepararnos á los goces de esta gran batalla? Esa medrosa muche- » dumbre que teneis delante no osará sostener siquiera la mirada de los » hunos. Yo arrojaré la primer javalina al enemigo, y si alguno se atreve » á tener quietas las manos cuando Atila combate, puede darse por » muerto. »

Acabada esta salvaje alocucion, empezó entre el millon de hombres que poblaban los campos de Chalons una lucha horrible, encarnizada, atroz. La historia de las guerras que han diezmado á la humanidad no presenta otro ejemplo de tan espantosa matanza.

Un arroyo medio seco que atravesaba la llanura, salió de cauce henchido por la sangre que se mezcló á sus aguas, de modo, que los heridos que acudian á él para apagar su sed, solo encontraban una bebida horrible, emponzoñada, que aumentando sus dolores aceleraba su muerte. [1]

Los primeros en lanzarse á la pelea contra los godos que formaban el ala izquierda de Atila fueron los visigodos de Teodorico. Este anciano rey exhortaba á los suyos á combatir con la voz y el ejemplo, cuando cayó desplomado del caballo, y desapareció entre el flujo y reflujo de escuadrones que chocaban con inaudita furia, semejantes á las revueltas olas del mar embravecido. Jornandes dice que le mató un ostrogodo de la raza de los Amales, llamado Andagis, quien habiendo logrado acercársele, le pasó de parte á parte con su javalina.

Sin que en el ardor de la pelea pudieran advertir la muerte de su jefe,

[1] Jornandes, *De Reb. Get.*, 40.

los visigodos continuaron su vigoroso ataque, logrando derrotar á sus contrarios, mientras la caballería huna, por su parte, cargando desesperadamente sobre el centro del ejército romano, lo arrollaba y ponia en dispersion.

Quizás aquella carga hubiera decidido la batalla, si los visigodos, triunfantes en el ala derecha, no se hubieran vuelto contra la caballería de Atila, atacándola de flanco, mientras el ala izquierda de Aecio, intacta todavía, efectuaba al mismo tiempo un movimiento envolvente, que puso en grave aprieto al rey de los hunos, obligándole á retirarse precipitadamente hácia sus atrincheramientos, perseguido de cerca por el enemigo.

En este trance de la batalla, el *azote de Dios* corrió graves peligros, salvándose tan solo por la rapidez conque emprendió la fuga, seguido de sus tropas, que con enormes pérdidas pudieron refugiarse detrás de su línea de carros, desde donde rechazaron con una lluvia de flechas á los romanos que pretendian forzar el campamento.

La noche que siguió á este tremendo dia la pasó Atila detrás de sus trincheras, golpeando sus armas y haciendo resonar sus trompetas, con gran espanto del ejército vencedor, como el leon que ruge todavía amenazador en la caverna en que le han encerrado los cazadores.

Al dia siguiente, los primeros rayos del sol iluminaron los llanos de Chalons, cubiertos con los cadáveres de ciento sesenta y dos mil hunos y romanos. [1]

Amargó el triunfo de los visigodos, á quienes se debió principalmente el éxito de tan memorable jornada, la muerte de su rey, á quien enterraron con inusitada pompa, aclamando en seguida soberano sobre el mismo campo de batalla á su hijo Turismundo, que se dispuso á vengar á su padre asaltando el campo de los hunos. Pero temiendo Aecio que aquellos peligrosos auxiliares quisieran prevalerse de su fuerza para convertirse en señores del imperio romano, trató de desembarazarse de ellos, á cuyo fin, segun afirman varios historiadores, fué en persona á avistarse con su antiguo amigo Atila, y le dijo:

« Has exterminado solo una pequeña parte de los visigodos: mañana » vendrán tantos, que te agobiarán bajo su número, haciéndote imposible » la retirada. »

[2] Jornandes, *De Reb. Get.*, 40.—Los cronistas y obispos españoles Idacio y San Isidoro de Sevilla, el primero de los cuales vivió en tiempo de Atila, elevan las pérdidas de ambos ejércitos á trescientos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Reconccido el huno por esta advertencia, dió las gracias al general romano, regalándole además diez mil monedas de oro.

Desde el campo de Atila pasó Aecio á la tienda de Turismundo, á quien exageró el numeroso refuerzo, que, segun dijo, esperaban los hunos, procurando de paso hacer nacer en su ánimo la sospecha de que, mientras él combatia, pudieran sus hermanos usurparle la corona, lo que impulsó al nuevo rey á regresar con su gente á sus dominios. [1]

En tanto Atila, mirándose sitiado y temiendo no poder rechazar un nuevo ataque de los vencedores, á causa del desaliento en que sumió á los suyos la sangrienta derrota que acababan de experimentar, se preparó á morir, mandando hacer con las sillas y arreos de sus caballos una inmensa hoguera, para quemarse vivo antes que nadie pudiera gloriarse de haber muerto ó preso al vencedor de tantos combates. Así esperó el asalto, hasta que conociendo que el enemigo se habia ya retirado, por el silencio que se advertia en su campo, recogió sus carros cargados de botin, alejándose rápidamente de aquel funesto campo de batalla.

Aecio, cuyas fuerzas habian quedado reducidas á la mitad con la partida de sus aliados los visigodos, no se atrevió á atacar al leon en su retirada, contentándose con seguirle á cierta distancia, para impedirle saquear los pueblos por donde pasaba, y arrojarse sobre él tan pronto como se separara del camino que parecia trazarle.

Dejando señalado su paso por la larga línea de muertos y enfermos que abandonaba en su precipitada marcha, el *azote de Dios* repasó el Rhin, y costeando el Danubio, entró al fin en Panonia con las reliquias de los quinientos mil bárbaros que le siguieran á la conquista de Occidente, del que infaliblemente se hubiera apoderado sin la pericia y génio militar de Aecio, cuya recompensa por tan inmenso servicio fué la alevosa muerte que le dió por su mano el cobarde Valentiniano III, dos años despues de haberle salvado la corona y la vida.

A la primavera siguiente, esto es, el año 452 de Jesucristo, reforzado Atila con nuevos contingentes de bárbaros, y queriendo tomar un terrible desquite de su derrota, púsose en marcha hácia los Alpes, que cruzó como un águila, sitiando á Aquilea con máquinas de guerra fabricadas por desertores romanos que llevaba consigo en clase de ingenieros.

Despues de tres meses de inútiles ataques se preparaba ya el vengativo huno á levantar el sitio, cuando rondando en torno de la plaza vió una

[1] Idacio, in *Fredegar.*, Scrip., fr. II.

cigüeña que huia con sus hijuelos de la torre en que tenia su nido. Pronto á sacar partido de cualquier accidente que pudiera serle favorable, el astuto caudillo hizo creer á los suyos que la ciudad estaba á punto de rendirse, puesto que ya la abandonaban aquellas fieles aves; con lo que reanimando el arrojo de sus soldados, los condujo al asalto, y la desventurada Aquilea, saqueada é incendiada por sus cuatro costados, quedó convertida en un monton de ruinas.

Altino, Concordia y Pádua, que osaron resistir al *azote de Dios*, sufrieron igual suerte que Aquilea, yendo los pocos habitantes de estas ciudades que escaparon con vida del general degüello á refugiarse en las islas de la laguna que rodea á Rialto, fundando de este modo á Venecia, la reina del Adriático, que debia conservar el imperio del mar por mas tiempo que Roma conservó el de la tierra.

Precedidos del terror que inspiraba su temido nombre, los hunos se internaron en la Italia, destruyendo igualmente á Vicenza, Verona y Bérgamo. Pavía y Milan se libraron del fuego prosternándose á los piés del terrible hijo de Moundzoukh y cediéndole todas sus riquezas.

En la última de dichas ciudades, al penetrar el feroz huno en el palacio de los Césares, como llamase su atencion un cuadro que representaba á un emperador romano pisando reyes bárbaros, sonrió desdeñosamente, y rasgando el lienzo, hizo poner en su lugar otro cuadro en que se veia á los descendientes de Augusto vertiendo sacos de oro á sus piés.

Atónita la Italia y desanimada con los continuos desastres que sobre ella caian, desprovista de ejércitos y sin una mano enérgica que pudiera enfrenar el devastador torrente de los invasores, tendió sus brazos á las cadenas, sin pensar siquiera en defenderse, mientras el pusilánime Valentiniano, no creyéndose seguro en la antigua metrópoli del mundo, trataba de abandonarla y retirarse á Oriente.

En tan universal decaimiento, el papa Leon I, apellidado el *Grande*, y Avieno, opulento patricio de familia consular, tomaron el partido de ir á pedir á Atila que perdonase á Roma en nombre de la religion del Crucificado y de sus gloriosas tradiciones, y aun cuando esperaban los mas horribles tratos de parte del implacable vencedor, éste los acogió respetuosamente, concediéndoles la paz en cambio de las inmensas sumas que le ofrecieron como compensacion de la dote de Honoria, que continuamente reclamaba.

Varios autores cristianos, admirados de la generosidad del jefe de los

hunos, la atribuyeron á milagro, describiendo con disculpable candidez diversas batallas dadas entre bárbaros é italianos bajo los muros de Roma, tan encarnizadas, segun dicen, que perecieron en una de ellas todos los soldados de una y otra parte, excepto los jefes, y habiéndose separado las almas de los cuerpos, continuaron peleando los cadáveres tres dias y tres noches, cual si estuvieran vivos, no faltando alguno que asegure que San Pedro y San Pablo bajaron del cielo á proteger la ciudad en que reposan sus cenizas, amenazando con la muerte á Atila, que asustado, retrocedió al momento, milagro perpetuado por el pincel de Rafael y por el cincel del célebre Algardi.

Empero, sin recurrir á los prodigios para explicar la longanimidad del terrible conquistador, puede creerse racionalmente que el respeto á la antigua capital del mundo gentil y á la nueva del cristianismo fué lo que le contuvo. Aun estaba reciente el recuerdo de Alarico, que perdió la vida apenas hubo violado la ciudad eterna, y por otra parte, el impetuoso ardor de los soldados bárbaros para atacar al enemigo en campo abierto, decaia notablemente ante los trabajos y penalidades que debian soportar durante un largo sitio. Por otra parte: ¿qué necesidad tenia Atila de combatir para alcanzar un botin que le entregaban los romanos sin trabajo alguno?

Recibidas las sumas convenidas y satisfecha su vanidad viendo postrada á sus piés á la orgullosa córte de los Césares, el fiero huno, á cuyo solo nombre temblaba el universo, regresó á su ciudad de hediondas chozas, donde añadió la jóven y hermosísima Ildico á aquella multitud de concubinas que le habian hecho padre de una inmensa prole.

Atila celebró esta boda entregándose á una alegría nunca observada en él, [1] viéndosele vaciar repetidas veces su copa de madera en el banquete nupcial, hasta el punto de que, al retirarse de la sala del festin para pasar á su alcoba, parecia necesitar mas el reposo indispensable al hombre ébrio que las caricias de su nueva esposa. [2]

A la mañana siguiente, extrañando sus oficiales que no se levantara, á pesar de estar muy adelantado el dia, llamaron repetidas veces á la puerta de su cámara, y como nadie les respondiera, la derribaron, encontrando á su rey muerto sobre su lecho, y á su lado la novia, que contemplaba en silencio el cadáver derramando sobre él abundantes lágrimas.

Ante semejante espectáculo lanzaron los recien llegados mil gritos de

[1] «Ejusque in nuptiis, magna hilaritate resolutus.»—(Jornandes, *De Reb. Get.*, 49).

[2] «Vino, somnoque gravatus... temulentia...»—(Ib., ibid.)

furor, llegando algunos en su salvaje desesperacion hasta arrancarse los cabellos y desgarrarse el rostro con las puntas de sus puñales.

¿Qué habia pasado durante aquella horrible noche en la alcoba nupcial? Los rumores que circularon entre los jefes hunos fueron diversos y contradictorios; pero el especial cuidado que pusieron los principales de ellos en probar que la muerte de su rey habia sido natural, induce á creer que fué víctima de un asesinato. Algunos pretendieron que Ildico, á instigacion de la córte romana, degolló á su esposo cuando estaba dormido, no faltando quien asegurase que la habia ayudado á perpetrar el crímen un escudero del mismo Atila.

Los documentos latinos de donde se deduce esta última version, dan lugar á suponer una conjuracion semejante á la tramada algunos años antes por Teodosio contra la vida del *azote de Dios,* aunque mas pérfida y mejor organizada.

Por lo demas, la version convenida entre los hunos, version destinada sin duda á evitar acusaciones y represalias peligrosas á la paz, y quizás una inmediata disolucion del vasto imperio fundado por el terrible conquistador, fué que éste habia muerto de apoplegía; que sujeto á frecuentes hemorragias por la nariz, le habia sorprendido una de ellas durante el sueño, estando acostado boca arriba, y que no encontrando la sangre su ordinaria salida, se habia acumulado en la garganta, acabando por ahogarle. [1]

Hé aquí lo que los hijos de Atila, los jefes y los grandes de su córte dijeron tal vez por prudencia, por política ó por orgullo, y lo que entre el pueblo huno pasó como relato oficial de la muerte de su soberano.

Este misterioso y trascendental acontecimiento tuvo lugar el año 453 de la era cristiana.

Los funerales de este potentado del mundo bárbaro se celebraron con una pompa tan salvaje como su vida. Una tienda de seda levantada en el campo cobijó el cadáver, al rededor del cual daban vueltas los poetas hunos y los principales guerreros, entonando con sombría fiereza este canto fúnebre que la tradicion gótica conservaba todavía en tiempo de Jornandes, y que reproducimos tal como lo ha trasmitido á la posteridad el mencionado historiador:

[1] «Resupinus jacebat, redundansque sanguis, qui ei solite de naribus effluebat, dum consuetis meatibus impeditur, itinere ferali faucibus illapsus, eum extinxit...»—(Jorn., *De Reb. Get.*, 49).—«Attila in sedibus suis moritur, fluxu sanguinis e naribus subita erumpente.»—(Cassiod., *Fast., ad ann.* 453).

« El mas grande de los reyes hunos, Atila, hijo de Moundzoukh, señor » de los pueblos mas bravos de la tierra, poseyó solo, por efecto de su poder » inaudito, la Escitia y la Germania: aterró á ambos imperios romanos, » hasta el punto de que, por no entregar toda la presa, le calmaron con » súplicas y le ofrecieron un tributo anual. Ayudado por la fortuna, dió feliz » término á todas sus empresas, y murió, no de herida enemiga, ni por » traicion de los suyos, sino en medio del placer y sin sentir dolor. » [1]

Encerrado en tres cajas, una de oro, otra de plata y otra de hierro, el *azote de Dios* fué sepultado en la oscuridad de la noche con las armas y joyas mas preciosas que arrebató á sus enemigos y con los cadáveres de los esclavos que cavaran su fosa, en torno de la cual celebraron los magnates hunos desenfrenadas orgías para honrar la memoria de su jefe.

A la muerte de Atila conoció el mundo por su mal cuál era el colosal poder de aquel hombre, único que pudiera contener bajo su férrea mano á tantos pueblos bárbaros de índole tan desemejante. Sus hijos, libres del freno que se oponia á su ambicion de mando, despedazaron para repartírsele el vasto imperio huno, y sostuvieron flojamente la siniestra gloria del nombre que heredaran, llegando á convertirse en mercenarios de aquellos mismos Césares que obedecian sumisos los caprichos de su terrible padre.

Hé aquí la justa recompensa de los conquistadores. Despues de amasar con sangre y ruinas el edificio de su poderío, obtienen como galardon el ver destruido en un instante por el soplo de la muerte el fruto de sus fatigas y desvelos, llevándose á la tumba, con la rabia de su impotencia y el remordimiento de sus iniquidades, la eterna maldicion de los siglos.

[1] Jornandes, *De Reb. Get.*, 49.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ATILA

CLODOVEO.

(465 Á 511 DESPUES DE J. C.)

Clodoveo, el fundador de la monarquía francesa, fué hijo adulterino de Childerico, rey de los francos salios, que tenia á Tournay por capital de sus dominios, y de Basina, esposa de un soberano de Turingia cuyo nombre no consigna la historia.

En 481 de la era cristiana, cuando acababa de cumplir la edad de quince años, sucedió Clodoveo á su padre en el mando de la tribu salia, la mas poderosa é intrépida de las de su nacion.

Hácia la época de que vamos hablando estaba ocupada la Galia por diferentes naciones bárbaras, que se hacian entre sí cruda guerra segun sus intereses ó rivalidades lo exigian. El pais comprendido entre el Loira y los Pirineos pertenecia á los visigodos, dueños tambien de una gran parte de la España. Los borgoñones habian fundado un reino considerable de las comarcas bañadas por el Ródano y sus afluentes. Entre el Loira y el Somma, una confederacion de diversas ciudades formaban parte de la Armórica, cuyo centro pertenecia á los galo-romanos, que habiendo rechazado algunas invaciones de los bárbaros de la Germania, reconocian, siquiera fuese nominalmente, la autoridad de los emperadores de Roma. Finalmente, al Este, sobre las riberas del Rhin y al Norte del Somma, vivian algunas tribus francas, regidas por jefes independientes, tales como Sigeberto, en Colonia, Cararico entre Teruana y Boulogne, Regnacaro en Cambray, y, cual dejamos dicho, Clodoveo en Tournay con sus francos salios.

Al que quisiese, pues, consolidar un Estado grande entre aquellas agrupaciones de tribus, le era preciso destruir el resto de la dominacion romana y el noble apego á su independencia que mostraban los galos.

Nadie mas á propósito que Clodoveo para llevar á cabo semejante empresa. Dotado de una indomable energía, de una audacia para la cual no existia ningun obstáculo y de una ambicion inmensa, resolvió hacer de la Galia un poderoso reino, sujeto á su soberanía, cualesquiera que fuesen los medios que tuviera que emplear para conseguirlo. Á este fin empezó por aliarse á Regnacaro, y uniendo á sus guerreros el contingente que le envió este jefe, pudo reunir cinco mil valientes, con los cuales se presentó delante de Soissons, intimando la entrega de aquella ciudad á Siagrio su gobernador, hijo del conde Egidio, bajo cuyas órdenes habian peleado cien veces los francos.

Siagrio, que reunia cuantos al Norte del Sena se llamaban aun soldados romanos, ya fuesen legionarios, conscriptos ó bárbaros aliados, salió al encuentro de Clodoveo; pero fué derrotado, teniendo que refugiarse en Tolosa, al lado de Alarico II, rey de los visigodos, quien para captarse la amistad de los vencedores, entregó su huésped á Clodoveo, que le condenó á muerte é hizo de Soissons la capital de su naciente reino.

Este brillante triunfo estimuló al jóven conquistador para lanzarse á nuevas empresas. El inmenso botin y el crédito adquiridos en aquella campaña aumentaron el número de sus parciales, entre los que mantuvo una disciplina tan severa, que llegó á castigar con la última pena al soldado que cometia el menor desman en territorio amigo, aunque en compensacion de este rigor repartia equitativamente con los suyos los despojos cogidos al enemigo y los conducia siempre á la victoria.

Magnífica ocasion de extender sus dominios dieron á Clodoveo las discordias ocurridas entre los príncipes de Borgoña. Gundecaro, señor de esta parte de la Galia, dejó al morir cuatro hijos, á saber: Chilperico, Gundemaro, Gundegisilo y Gundebaldo, que reinaban respectivamente en Ginebra, Viena, Besanzon y Lion. Mas ambiciosos ó malvados Gundebaldo y Gundegisilo, declararon la guerra á Chilperico y á Gundemaro; los vencieron, y se repartieron sus Estados despues de darles muerte.

Quedaba de Chilperico la jóven Clotilde, célebre no tanto por su hermosura cuanto por la principalísima parte que tomó en la conversion al cristianismo del fundador de la monarquía francesa, que llevando adelante sus planes de engrandecimiento, pidió la mano de Clotilde, con el propósito

de tener un pretexto para declarar la guerra á los hermanos fratricidas si desechaban su solicitud, y si la acogian favorablemente, adquirir un título para reclamar en su dia la herencia de Clotilde.

Era ya demasiado poderoso el pretendiente para que nadie se atreviera á provocar su enojo. No osando desairarle Gundebaldo y Gundegisilo, le dieron por esposa á su sobrina, no obstante ser cristiana y estar sumido el novio en las tinieblas del paganismo.

De gran importancia fueron para los cristianos de la Galia estas bodas, que se efectuaron en 493, porque fijando los ojos en Clotilde, empezaron á acariciar la esperanza de que aquella noble jóven tendria el necesario ascendiente sobre su marido para atraerle á la verdadera religion y á la política racional y humana que ella impone á los reyes.

En cuanto á Clodoveo, indiferente á las creencias de su mujer, dejaba que la visitasen los obispos en su *palacio,* como llamaban con cortesanía romana á la tienda del conquistador, sin que por esto dejara de saquear las iglesias y los bienes del clero, siendo un vaso sagrado robado por uno de sus francos á la catedral de Reims lo que le puso en correspondencia primero, y despues en intimidad con Remigio, apóstol de la Galia y arzobispo de dicha ciudad.

Este prelado, á quien colocó la Iglesia en el número de sus santos, cultivó la amistad de Clodoveo, llegando á tanto el ascendiente que ejerció sobre él, que llegó hasta darle consejos sobre el modo de gobernar sus pueblos, segun se desprende del siguiente fragmento de una de las cartas que dirigió al afortunado caudillo de los francos.

« Cumple los designios de la Providencia; muéstrate moderado en el » poder, justo en los beneficios, condescendiente con los pontífices y dócil á » sus mandatos; que si te dignas obrar de acuerdo con ellos, vivirán felices » tus pueblos. Conserva la disciplina entre tus soldados, y no dejes que » opriman á ninguno. Consuela á los infortunados; alimenta á los huérfanos » hasta que estén en edad de servirte, y así sustituirás el afecto al temor. » La rectitud de tus juicios libre al débil y al extranjero de la rapacidad de » tus favoritos. No niegues á ninguno la entrada en tu palacio, y que nadie » salga de él descontento. »

Pero mas que la fuerza de las razones abrió los ojos de Clodoveo á la luz de la fé el amor á la victoria. Deseosos los alemanes de seguir los pasos y la fortuna de los francos, habian bajado hasta Colonia, donde atacaron á Sigeberto, rey de los ripuarios y tio de nuestro héroe, que acudió al punto

con sus salios en auxilio de su pariente, y encontrando en Tolbiac al enemigo, le derrotó despues de una de las luchas mas encarnizadas que recuerda la historia.

Cuentan las crónicas de aquel tiempo, que al empezar esta sangrienta batalla, como observase Clodoveo que sus francos llevaban la peor parte, dando indicios de querer huir, invocó en alta voz la ayuda del Dios de que Clotilde le hablara tantas veces, ofreciéndole abrazar la fé de Cristo si le otorgaba la victoria, y que animados sus guerreros con aquella promesa, cayeron impetuosamente sobre los alemanes, una parte de los cuales huyó en desórden, mientras la otra arrojaba las armas aclamando por rey al vencedor, que cumplió su palabra dejándose bautizar en Reims por San Remigio, con su hermana Aldofreda, en la pila que aun se conserva como recuerdo de uno de los acontecimientos mas memorables de la historia francesa.

La augusta ceremonia de que dejamos hecho mérito tuvo lugar el dia de Navidad del año 496 despues de Jesucristo, no omitiéndose en ella nada de cuanto pudiera excitar la admiracion del bárbaro neófito. Ricos tapices y velos de diversos colores cubrian las paredes del templo, en el que profusion de flores y perfumes árabes embalsamaban el aire, de tal modo, que sorprendido Clodoveo, preguntó á Remigio que marchaba á su lado en hábito pontifical deslumbrante de oro y pedrería:

«¿Es este el reino de los cielos que me prometiste?» [1]

Incmaro, arzobispo de Reims en el siglo IX, apoyándose en tradiciones y escritos anteriores al tiempo en que escribió, refiere, que no pudiendo acercarse á Remigio á causa de la muchedumbre que llenaba la iglesia el clérigo que llevaba la ampolla que contenia el crisma, oró el santo arzobispo y se vió una paloma mas blanca que la nieve que le presentó otra ampolla con un aceite de olor tan delicioso que extasió á los asistentes. [2]

Además de lo dicho, no faltó un cronista de aquellos tiempos aficionado á milagros, que declarase formalmente que un ángel regaló á Clodoveo una bandera bordada de flores de lis, y que Remigio le dio un frasco de vino para servirse de él en sus expediciones guerreras, vino que no disminuia si éstas habian de ser prósperas, por mas que el rey y sus soldados bebiesen hasta hartarse.

[1] «¿Est hoc regnum Dei?» — *(Gest., Reg. Franc.)*

[2] Segun Cantú, se conservó esta ampolla en la catedral de Reims hasta la época de la revolucion francesa de 1789, en que la hizo pedazos el jacobino Sühl, natural de Estrasburgo.

De tales locuras echó mano el fanatismo y la ignorancia para probar la intervencion divina en la fundacion del reino de Francia.

Por el mero hecho de abrazar Clodoveo el catolicismo fueron contados ya los salvajes francos entre las naciones civilizadas. El papa Anastasio II felicitó al recien convertido, dándole los títulos de *rey cristianísimo* y de *hijo primogénito de la Iglesia,* sin duda porque los demas príncipes de Occidente seguian los errores de Arrio y el emperador romano los de Eutiquio.

Siguiendo el ejemplo de su jefe, tres mil de los principales señores francos consintieron en bautizarse, siguiendo á éstos el resto de los de su nacion, mas por condescendencia y amor á la novedad, que porque supieran lo que significaba el bautismo, pudiendo inferirse por la conducta y la índole del mismo Clodoveo, que no se habia fatigado mucho en penetrar los fundamentos del cristianismo, ni entendido su moral, pues así como al oir la relacion de la pasion de Cristo habia exclamado en un arranque de noble indignacion: « Si yo me hubiera encontrado allí con mis valientes francos habria vengado su muerte, » [1] del mismo modo vió en la conversion un medio político para alcanzar sus fines. [2]

Efectivamente: poco tardó en tocar las consecuencias de aquel habilísimo acto de diplomacia, porque en breve se sometieron á su autoridad las ciudades armóricas; todos los galo-romanos le consideraron como su libertador contra los visigodos y borgoñones, fanáticos arrianos, y aun las cohortes romanas que guarnecian algunas ciudades entre el Sena y el Loira pusieron sus armas al servicio del rey *cristianísimo,* presentando el extraño espectáculo de ver marchar unidos al combate el glorioso lábaro de los antiguos señores del mundo y la sangrienta bandera de los bárbaros francos.

Fuerte con tan poderosos auxiliares, el sagaz Clodoveo, que no movia un pié sin mirar bien donde sentaba el otro, pensó que era llegada la ocasion de reivindicar la herencia de Clotilde. Viendo mal satisfecho á Gundegisilo de la parte conque su hermano habia pagado su complicidad en el doble fratricidio que llevaran á cabo, solicitó su ayuda contra Gundebaldo, y habiéndola obtenido, invadió repentinamente la Borgoña.

Sin tiempo Gundebaldo para defenderse por la rapidez del ataque, creyó

[1] In Fredegar., *Epit.*, 13

[2] Tan cierto es esto, que asociaba los títulos de *conquistador* y de *cristiano* para señalar los años de su dominacion, como puede verse por el siguiente fragmento de su carta de fundacion del monasterio de Réome: «Primo subjugationis Gallorum et susceptæ christianitatis nostræ anno.»

alejar la tempestad que se le venia encima reuniendo un concilio de obispos católicos, á quienes dijo:

« Si profesais la religion verdadera, ¿por qué no conteneis con vuestras » súplicas la ambicion de Clodoveo? ¿Hay fé en desear lo ageno y tener sed » de sangre? »

A lo que Avito, obispo de Viena, contestó:

« Nos son desconocidas las intenciones del monarca franco; pero fre- » cuentemente derriba Dios á los reyes que abandonan su ley. Vuelve á » ésta con tu pueblo, y Él te dará una paz duradera. »

En tanto proseguia Clodoveo su victoriosa marcha, acosando á su enemigo hasta obligarle á refugiarse en Aviñon, donde se preparó á una desesperada resistencia. Pero pareciendo inexpugnable aquella plaza al ignorante valor de los francos, se entró en negociaciones, estipulándose que Gundebaldo pagase tributo á Clodoveo; que cediese Viena y Ginebra á Gundegisilo, y que abrazase el catolicismo, aun cuando fuera en secreto y contra su voluntad.

Cumplió el vencido todas las condiciones del tratado; pero apenas se hubo retirado Clodoveo, sediento de venganza, sitió á Gundegisilo en Viena, y arrancándole de la iglesia en que se habia refugiado, le dió la muerte. Despues, aliándose á Alarico, creyóse bastante poderoso para negar el tributo ofrecido á Clodoveo, quien preparándose á la lucha, invocó el auxilio del ostrogodo Teodorico, su cuñado, sin que sepamos cuáles pudieron ser las vicisitudes de aquella guerra, constando solamente que Teodorico ocupó las comarcas enclavadas entre el Mediterráneo, el Vienés y los Alpes, conocidas con el nombre de Segunda Narbonense, cedidas en otro tiempo por los visigodos á Gundebaldo, y que éste, habiendo hecho la paz con Clodoveo, continuó siendo muy poderoso hasta su muerte, acaecida el año 517 de la era cristiana.

El auxilio que prestara Alarico al rey de Borgoña proporcionó pretexto á Clodoveo para declarar la guerra á los visigodos, guerra que hasta entonces procurara Alarico evitar conformándose en todo con la voluntad del soberano franco, que dando ya un carácter religioso á aquella lucha, se puso en marcha con imponentes fuerzas, haciendo antes jurar á sus soldados no cortarse la barba hasta vengar la ofensa que decia haberse inferido á su bandera, mientras el mismo Clodoveo, blandiendo con robusto brazo su francisca, la arrojaba á larga distancia, haciendo voto de levantar un templo á los apóstoles allí donde cayera el arma.

Al empezar aquella expedicion, para hacer gala de sus sentimientos religiosos, prohibió el franco bajo severas penas robar los vasos sagrados é insultar á las vírgenes y viudas. Al pasar junto á Tours no permitió á sus tropas tomar otra cosa mas que agua y yerba, por respeto á San Martin, y como quitase un soldado un manojo de heno á un pobre labrador, diciéndole: «Esta es yerba tambien,» le mandó el rey matar, exclamando:

«¿Cómo alcanzaremos el triunfo si empezamos por ofender á nuestro protector San Martin?»

Despues, habiendo entrado en la iglesia de este taumaturgo de las Galias, prestó suma atencion á las palabras del salmo que entonaban en aquel momento los clérigos, deduciendo de ellas un agüero de victoria.

Continuando su marcha, como encontrara muy crecido el rio Vienne, sin que le fuera fácil atravesarlo, buscó un vado, en el que entró el primero, diciendo á sus soldados que un ciervo blanco le mostró aquel paso la noche precedente, con lo que aumentó el entusiasmo de sus francos, que solo vieron en esta grosera superchería una prueba de la proteccion que el Todopoderoso dispensaba á su rey.

Prudente consejo hubiera sido para Alarico evitar en aquel momento el ímpetu del enemigo y esperar la llegada del ejército auxiliar que le llevaba desde Italia su tio Teodorico. Pero sin aguardar el refuerzo, cerró el paso en las inmediaciones de Poitiers á Clodoveo, y á pesar del desesperado valor que demostró en aquella jornada, quedó vencido y muerto á manos del rey franco, que le atravesó el cuerpo de un lanzazo, quedando él herido, aunque levemente, por Alarico.

Al anuncio de esta victoria toda la Aquitania aclamó por su rey al vencedor, que enriqueció los templos católicos con los despojos de los arrianos; se apoderó de los tesoros que tenia Alarico acumulados en Tolosa; respetó los bienes de los galos, repartiendo solo á sus soldados los de los vencidos, y envió luego á Tierry, su hijo primogénito, á someter á los auverneses y albigenses, entre los cuales habia ido á refugiarse Gesalico, hijo natural del desgraciado Alarico.

El rey de Italia, que se habia puesto en marcha para ayudar á su sobrino, se dirigia entonces á vengarlo, y encontrando á Tierry en los llanos de Arlés, lo derrotó; se hizo dueño de toda la Provenza, y unió la provincia de Arlés á la de Marsella, que ya poseia. En cuanto á Clodoveo, agregó á su reino la Tercera Aquitania, mientras que la Primera Narbonense, que tomó entonces el nombre de Gotia Septimania, quedó en poder

de los visigodos, cuyo reino tuvo por capital á Narbona en lugar de Tolosa.

Tanto se habia extendido la fama de Clodoveo, que á su llegada á París, donde estableció definitivamente su residencia, recibió del emperador Anastasio la púrpura y la corona de oro, emblemas del poder soberano, que aceptó el jefe franco como un tributo debido á su valor y altos merecimientos.

A tal extremo llegó la abyeccion de un sucesor de los altivos dueños del universo, á quienes sirvieran de escabel para subir á sus carros triunfales los cetros y diademas de los reyes vencidos.

No bastando á su insaciable ambicion las extensas provincias de que le hicieran dueño sus últimas victorias, dirigió Clodoveo su ávida mirada hácia los Estados de sus parientes los reyes de Teruana, Cambray, Mans y Colonia. Sigeberto, que gobernaba en ésta última á los ripuarios, estaba cojo á causa de una herida que recibiera en la jornada de Tolbiac.

El soberano franco, segun refiere un grave historiador de aquella época, envió un mensaje secreto á Cloderico, hijo de Sigeberto, diciéndole:

« Tu padre es viejo y cojo: si muriera, te corresponderia á tí su trono y nuestra amistad. »

Comprendiendo Cloderico el significado de aquellas insidiosas palabras que respondian á sus negros designios, resolvió, para granjearse la proteccion del señor de la Galia, asesinar al autor de sus dias.

Habiendo salido Sigeberto de Colonia para cazar en la selva de Buconia, descansaba en su tienda, cuando su feroz hijo le hizo asesinar, enviando al punto á decir á Clodoveo:

« Mi padre ha muerto, y tengo en mi poder su tesoro y su reino. Envía » al momento á alguno de los tuyos, y voluntariamente le entregaré lo que » te agradare. »

Alegre con tal nueva Clodoveo, respondió al parricida:

« Te doy gracias por tu buena voluntad. Ten á bien manifestar á mis » enviados los tesoros de tu padre. »

Llevaron esta contestacion á Cloderico dos magnates francos, á quienes dijo el príncipe:

« En esta arca guardaba mi padre sus monedas de oro. »

Y respondieron los enviados:

« Mete la mano hasta el fondo para que no quede nada ahí dentro. »

Apresuróse el desnaturalizado Cloderico á ejecutar lo que se le man-

daba, y como se encontrara inclinado sobre el arca, uno de los mensajeros levantó su francisca y le dividió la cabeza, tal como habia dispuesto se hiciese con su padre.

Al saber Clodoveo las muertes de Sigeberto y su hijo, se trasladó á Colonia, y convocando al pueblo, le habló de esta manera:

« Oid lo ocurrido: mientras yo navegaba por el Escalda, Cloderico, hijo » de un pariente, engañaba á su padre, diciéndole que yo queria matarle. » Huyendo Sigeberto por la Selva de Buconia, Cloderico envió detrás de él » asesinos que le mataron: luego fué muerto él mismo no sé por quién, » mientras abria los cofres de su padre. Yo no he tomado parte en estos » crímenes, ni por nada del mundo verteria la sangre de mis parientes, » porque es cosa prohibida. Pero ya que lo hecho está hecho, os doy un » consejo, y si os acomoda, seguidlo: recurrid á mí, y poneos bajo mi » proteccion. »

Aplaudió el pueblo aquel discurso, y alzando al pérfido Clodoveo sobre el escudo, le aclamó por rey, pudiendo así adquirir el reino y los tesoros de Sigeberto, qne agregó á los suyos.

Consumado tan odioso despojo, atacó el ambicioso soberano á Cararico, rey de Teruana; hízole prisionero á traicion, y habiéndole tonsurado, le encerró con su hijo en un convento, donde en breve recibió la muerte.

Despues de Cararico, pensó Clodoveo en su deudo y antiguo aliado Regnacaro, á quien puede decirse que debia cuanto era. Á fin de no verse en la precision de acudir á las armas para lograr su intento, recurrió al expediente de corromper á algunos magnates de aquel monarca, que se lo entregaron maniatado en union de su hermano Ricaro.

« ¿Cómo has envilecido nuestra raza hasta el punto de dejarte atar?» dijo Clodoveo al desgraciado rey.

Y le hendió la cabeza con su maza.

Luego, dirigiéndose á Ricaro, añadió:

« ¡Desgraciado! Si hubieses cumplido con tu deber, no habrian atado á tu hermano. »

Y lo mató allí mismo.

Entonces se quejaron los desleales magnates de que los vasos que se les habian dado en premio de su crímen eran de oro falso; pero el franco les respondió enojado, que no merecian mas los traidores, y que podian agradecerle que les dejase la vida.

Igual suerte que los anteriores sufrió Rignomero, rey de Mans, siendo

ocioso advertir que sus Estados y tesoros pasaron á aumentar los del insaciable soberano franco.

« Y así, dice con horrible fruicion el obispo-historiador Gregorio de » Tours, pintor siempre veraz de las costumbres y de los hechos de aquellos » siglos bárbaros, así diariamente hacia Dios caer á sus enemigos bajo la » mano de Clodoveo, y aumentaba su reino, porque él caminaba con sano » corazon delante del Señor, y hacia las cosas que son agradables á sus » ojos. »

No obstante la autoridad del mencionado obispo, para los que interpretan mas rectamente que él el Evangelio, para los que profesan una política mas humana, está fuera de duda que, lejos de pensar en servir á Dios asesinando á aquellos príncipes paganos, solo pensó Clodoveo en servir sus intereses particulares, sin que los muchos templos y otras instituciones piadosas que legó á la posteridad compensen en manera alguna la interminable série de crímenes que positivamente pensaba expiar con ellas.

El fundador de la unidad francesa gozó poco tiempo la satisfaccion de ver realizada su gigantesca obra, pues que murió en París en la flor de su edad, á los cuarenta y cinco años, el 511 despues de Jesucristo.

Inferior en génio y en virtud á su cuñado Teodorico el *Grande* de Italia, le superó en actividad y en ambicion, y mientras el pais de aquel estaba destinado á la division y á una prolongada servidumbre, Clodoveo echó los cimientos de la monarquía mas insigne de Europa, reduciendo á la unidad los desunidos miembros del poder militar de los francos, sin extinguir por eso enteramente la libertad de la Galia.

Tal fué el hombre á quien los franceses se confiesan deudores de su autonomía, religion y costumbres, y á quien, sin pedir cuenta de los atroces crímenes conque manchó su nombre, colocan entre los mas grandes capitanes, políticos hábiles, legisladores célebres é ilustres fundadores de naciones de que pueden gloriarse las pasadas edades.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CLODOVEO.



MAHOMA



MAHOMA

Mahoma, [illegible] lugar [illegible] principios [illegible] como es justo, á los que dieron [illegible] y [illegible] debe que [illegible] de fundador de una religion y de [illegible]

Mucho [illegible] un imperio y hasta como hombre; pero tales elogios son inmerecidos [illegible] que fundó [illegible] señorío, no un imperio; sus hechos de armas no fueron [illegible] que actos [illegible] bandolerismo ó correrías en pais enemigo, y sus conquistas son cosa in[illegible]ficante al lado de las de los califas, cuyas armas llegaron á dominar [illegible] de tan capitales defectos, Mahoma es uno de los mas grandes caractéres históricos, [illegible] su vida la mas interesante de todas las de los fundadores de religiones falsas, en primer lugar, porque no existen acerca de la vida de [illegible] porque no es solo Mahoma para los musulmanes el primero y últim[illegible] [illegible] fecta del mundo.



MAHOMA.

(570 Á 633 DESPUES DE J. C.)

Mahoma, profeta árabe, fundador del islamismo, no ocupa el primer lugar en las historias de los musulmanes y de los árabes, cuya era histórica principia en él, y sin embargo, se le considera como uno de los hombres mas célebres que hayan existido. Si el historiador comprende entre éstos, como es justo, á los que dieron impulso á los sucesos políticos de su época y ocasionaron extraordinarias trasformaciones en los destinos de los pueblos, debe dar á Mahoma un sitio preferente por su triple carácter de Profeta, de fundador de una religion y de legislador.

Muchos le han elogiado tambien como conquistador, como creador de un imperio y hasta como hombre; pero tales elogios son inmerecidos, porque fundó un señorío, no un imperio; sus hechos de armas no fueron mas que actos de bandolerismo ó correrías en pais enemigo, y sus conquistas son cosa insignificante al lado de las de los califas, cuyas armas llegaron á dominar el mundo. En cuanto á su vida privada, aun callando su incontinencia é impostura, está manchada con cien asesinatos que ordenó ó aprobó, y con su notoria propension á derramar la sangre humana. Á pesar de tan capitales defectos, Mahoma es uno de los mas grandes caractéres históricos, y su vida la mas interesante de todas las de los fundadores de religiones falsas, en primer lugar, porque no existen acerca de la vida de ninguno de ellos tantas particularidades y noticias históricas, y en segundo, porque no es solo Mahoma para los musulmanes el primero y último enviado de Dios, sino que es tambien el fundador de la religion mas perfecta del mundo.

Sentado este ligero preliminar á la biografía que nos ocupa, entramos en materia.

En la tribu de los coreiscitas, descendientes de Ismael, hijo de Abrahan, y una de las principales entre los árabes, era insigne la familia de Haschem, que en una grande escasez de víveres habia mantenido á todos los habitantes de la Meca con sus grandes riquezas ganadas en el comercio. Abdul-Mothalleb, su hijo, defendió bravamente la citada ciudad contra una invasion de los abisinios, y habiendo vivido ciento veinte años, tuvo trece hijos, de los cuales fué su predilecto Abdallah, que, á consecuencia de un imprudente voto del autor de sus dias, debia ser inmolado, nuevo Isaac, al ídolo Assaf; pero cuando iba á consumarse el sacrificio, se opusieron á ello todos los coreiscitas, protestando contra aquel peligroso ejemplo, que podia hallar imitadores y convertirse en costumbre.

—Es preciso que anules ese voto, dijeron á Abdul-Mothalleb. Interróguese sobre ello á la adivina del Hipschaf.

Accedió gustoso el padre de Abdallah á lo que le exigian sus conciudadanos, y puesto en presencia de la pitonisa, preguntóle ésta cuánto acostumbraba pagarse en expiacion de un homicidio, y por la vida de un hombre.

— Por la vida de un hombre se pagan diez camellos, respondió Abdul-Mothalleb.

— Ve, pues, contestó la adivina: pon á un lado el hijo que consagraste á la muerte, y al otro los diez camellos, y echa suertes: si el jóven saca el número mas alto, está salvo; si no, añade á los diez camellos otros diez, y sigue así hasta que la suerte favorezca á Abdallah. Cada vez que practiques esta operacion valdrá por diez camellos que debes inmolar en expiacion de tu voto.

Conforme habia ordenado la adivina, hizo Abdul-Mothalleb lotes de diez camellos, que sorteó contra su hijo. Nueve veces tocó la suerte á aquellos animales, hasta que la décima favoreció á Abdallah, quedando así redimido á costa de una hecatombe de cien camellos. Desde entonces quedó establecido como ley en la Meca que el delito de homicidio se castigara solo con una multa de cien camellos, y á este acontecimiento aluden las siguientes palabras que atribuye la tradicion á Mahoma al hablar de su nacimiento:

« Soy hijo de dos víctimas ofrecidas por medio de un voto, á saber: de » Ismael, padre adoptivo de todos los árabes, y de Abdallah.»

Segun las crónicas mahometanas, cuando Abdallah hubo cumplido veinte y cinco años, su padre Abdul-Mothalleb fué á casa de Weib, pariente suyo, de la distinguida familia de los Zaritas, á pedirle para él una sobrina de quien era tutor. Al mismo tiempo pidió para sí la mano de Halet, hija de Weib, y concedidas al punto ambas demandas, las dos primas Halet y Amina se casaron el mismo dia, la primera con Abdul-Mothalleb, y la segunda con Abdallah.

Los escritores árabes refieren cosas extraordinarias de la hermosura de Abdallah, llegando hasta asegurar que cien doncellas, perdidamente enamoradas de él, murieron de disgusto porque no las eligió por esposas, mientras que otras tantas, despechadas por la misma causa, no quisieron unirse á ningun hombre y llevaron una vida infeliz.

Cuenta la tradicion que Fátima, de la tribu de Cossaam, tan bella como rica, ofreció el dia del matrimonio al gallardo Abdallah cien camellos porque la concediera las primicias de la noche de boda, «pues como adivina » que era, habia descubierto que brillaba en la frente del mancebo la luz » de la profecía, trasmitida secretamente de generacion en generacion desde » el principio del mundo, y que debia manifestarse al fin en el Profeta » Mahoma. »

Al dia siguiente, segun el autor islamita de quien tomamos estas noticias, Fátima vió de nuevo á Abdallah; pero no le hizo ninguna oferta, porque la luz de la profecía que irradiaba en la frente del jóven habia pasado al seno de Amina; con lo cual la adivina, á quien no incitaba solamente la belleza de Abdallah, perdió la esperanza de ser madre del Profeta.

Los mas autorizados biógrafos del fundador del islamismo convienen en que éste vino al mundo el año 570 despues de Jesucristo, y que su abuelo Abdul-Mothalleb le puso por nombre *Mahoma,* esto es, *laudable;* despues se le llamó tambien *Ahmed,* ó sea *el dignísimo de alabanza,* y *Mahmud,* ó *el alabado.* Para los expositores del *Coran, Mahoma* es el nombre conque se le conoce en la tierra, *Ahmed* el que le dan los ángeles y *Mahmud* los condenados en el infierno. Por lo demas, los nombres del Profeta se aumentaron luego por medio de atributos y epítetos hasta el número de mil, lo que no parecerá extraño teniendo en cuenta la rica imaginacion de los orientales, entre quienes principalmente se extendió la doctrina islamita.

Haciendo caso omiso de los falsos prodigios conque los escritores mahometanos señalan el nacimiento del hijo de Abdallah, y que para todo buen musulman son artículos de fé, diremos que apenas contaba un año el futuro

Profeta cuando murió su padre en Medina, á donde le llevaran asuntos de comercio.

La herencia que dejó el hermoso Abdallah consistia únicamente en cinco camellos y una esclava negra, llamada Bereket, que en un principio dió el pecho al infantillo. Despues le siguió criando Tawiha, sierva de Ebu-Leheb, tio paterno de Mahoma, la cual dividia su leche entre él, su hijo Masrub y otros dos niños, nombrados Amsa y Abu-Selame. Amsa no era solo hermano de leche, sino tambien el mas jóven de los tios de Mahoma, que tenia una docena de tios y media de tias por parte de padre, pero ni tio ni tia por parte de madre, como tampoco hermanos.

La tercera y verdadera nodriza de Mahoma fué Halime, de la tribu de los Beni-Saad. Todos los años iban á la Meca algunas mujeres beduinas á encargarse de criar niños, pues los habitantes de la ciudad santa tenian tal pasion por contar una numerosa descendencia, que no querian conceder á sus esposas el descanso inherente al tiempo empleado en lactar á sus hijos.

Amina dió con mucho gusto su hijo á la nodriza de la tribu de Beni-Saad, porque esta y la tribu vecina de los Beni-Bekr eran de buena raza y vivian en pais sano.

Hasta los tres años cumplidos permaneció Mahoma con Halime entre los Beni-Saad, y los tres siguientes con Amina. Cuando contó seis años, lo llevó su madre á Medina, alojándose ambos en casa de Nabiga. Allí aprendió á nadar el niño en el estanque de Ada, donde iban á verle mancebos judíos, y allí murió Amina, siendo enterrada en el collado de Aschim. El Profeta visitó mas tarde su sepulcro.

Huérfano Mahoma á los siete años, hubo de encargarse de su tutela su abuelo Abdul-Mothachen, á quien tambien perdió en breve, pasando entonces á vivir en compañía de su tio Abu-Taleb, jefe de los coreiscitas y el primer personaje de la Meca, que le llevó consigo á la Siria en una de sus expediciones comerciales.

Adelantando en años Mahoma, llegó á la adolescencia, en cuya edad peleó contra los quenanitas y los avazenitas, tribus árabes que habian violado el sagrado territorio de la Meca, y así como dió entonces pruebas de valor, las dió tambien de talento en sus conversaciones con los principales varones de su tribu que se reunian en casa de su tio, y que por la llaneza de sus costumbres y palabras le apellidaron *Al-Amin* ó *el sincero*.

Hácia la época de que vamos hablando, habiendo sido destruida la Caaba por un incendio, trataron los coreiscitas de reedificarla con arreglo á

su plan primitivo, aunque dándola mayores proporciones en atencion al inmenso número de devotos que la frecuentaba.

Estando el edificio á la altura conveniente para depositar en él la famosa piedra negra, objeto de la mayor veneracion entre los habitantes de la Meca, se disputaron este honor las diferentes tribus que contribuyeran á la obra, y no hallando avenencia iban á pasar de las palabras á los hechos, cuando los ancianos propusieron someter la discordia á la decision del primero que se presentase en el umbral de la santa casa. La fortuna ó la astucia condujo allí á Mahoma, quien ordenó que se colocase la piedra sobre una alfombra, y que un representante de cada tribu ayudara á levantarla á la altura de un hombre, hecho lo cual cogió él mismo la piedra y la puso en su sitio.

Este hábil recurso aumentó la consideracion que granjearan al hijo de Abdallah su ingenio, su gallardía, su larga barba, sus negros y penetrantes ojos, la expresion de su fisonomía y la elocuencia de su palabra. Dotado de una asombrosa memoria, de una viva imaginacion y de recto criterio, hablaba el dialecto mas puro de la Arabia. Criado entre los miembros de una de las primeras familias de su tribu, habia aprendido á discurrir con elegancia. Así, sus maneras eran al mismo tiempo cultas y graves, aunque estaba tan atrasado respecto á instruccion, que no sabia leer ni escribir.

En 595 despues de Jesucristo, cuando contaba Mahoma la edad de veinte y cinco años, enamorada de él Cadiga, rica viuda que contaria ya sus ocho lustros, hizo que su confidenta Nefise le ofreciese su mano, y aceptada con placer por el jóven, aprobó Abu-Taleb aquella union, presentándose al punto en casa de la novia, donde pronunció el siguiente discurso por via de peticion matrimonial:

« Loor á Dios que nos hizo nacer de la estirpe de Abrahan, de la tribu » de Ismael; que nos encargó la custodia de la santa Caaba; que nos ha » cubierto y defendido el santuario, y que nos concedió el dominio sobre los » hombres. Mahoma, mi sobrino, hijo de Abdallah, supera en virtud á » todos los coreiscitas; pero tiene pocos bienes de fortuna, que por otro » lado, no son mas que fugaz sombra. Mahoma, cuya parentela os es cono- » cida, pide en matrimonio por mi boca á Cadiga, hija de Choweiled, » prometiéndola lo que posee. Esta es para Dios una gran noticia y un » importante asunto. »

A lo que respondió Werka, próximo pariente de Cadiga:

« Loor á Dios que os colocó, como habeis dicho, á la cabeza de los

» árabes y os hizo su caudillo. La tribu no niega vuestras grandes cualidades: ningun hombre impugna vuestra gloria y nobleza, á las que » deseamos asociarnos. Apelo al testimonio de todos los coreiscitas, en » prueba de que caso á Gadiga, hija de Choweiled, con Mahoma, hijo de » Abdallah, por cuatrocientos dineros. »

Despues de esta respuesta, pagó Abu-Taleb el dote de su sobrino, consistente en doce onzas de oro y veinte camellos, con lo que vino á encontrarse Mahoma en igual posicion que las personas mas pudientes de la Meca.

Las historias y leyendas árabes guardan silencio sobre los primeros diez años de matrimonio de Mahoma, quien durante este tiempo, y aun mientras vivió Cadiga, no tuvo otra mujer ni concubina. Los únicos acontecimientos notables que anuncian las crónicas respecto á la vida del Profeta, son los nacimientos de Alí, hijo de Abu-Taleb, su futuro yerno y su cuarto sucesor como califa, y de Moavia, hijo de Sofian, que sucedió á Alí en el califato.

Poco mas se sabe de los cinco años siguientes, ó sea el tercer quinquenio desde que se casó hasta que se presentó como reformador de las creencias religiosas de sus compatriotas, creyendo sus sectarios que pasó gran parte de ese tiempo en contemplacion ú orando en una gruta del monte Heran, cerca de la Meca, aunque lo mas probable es que empleara aquellos años en adquirir la instruccion necesaria para llevar á cabo la colosal empresa que meditaba. De cualquier modo, es positivo que á la edad de cuarenta años, cuando se halla el hombre en toda la plenitud de sus fuerzas físicas é intelectuales, adquirió Mahoma, ó fingió adquirir la conviccion de que estaba destinado por el cielo para abolir por medio de una religion nueva todas las religiones anteriores.

Para empezar á ejercer su mision, el hijo de Abdallah refirió á su mujer, que hallándose en su acostumbrado retiro del monte Heran, se le apareció una noche mientras oraba el arcángel Gabriel, y le dijo, presentándole un pergamino en que habia escritos caractéres de fuego:

« Lee. »

Y como contestara que no sabia, repuso Gabriel:

« Lee en nombre de Dios creador, que formó al hombre uniendo los » dos sexos: lee en nombre del Dios adorable, que enseñó al hombre á » servirse de la pluma y depositó en su alma un destello de su sabiduría. » Ésta consiste en la verdad, y él se rebela contra su bienhechor. Las

» riquezas aumentan su ingratitud; pero el género humano volverá al seno » del Señor, y tú serás su apóstol. »

Gozosa Cadiga de verse unida á un hombre hasta quien descendian los ángeles, contó el suceso á Werka, que creyendo probable el milagro, proclamó á Mahoma Profeta de los árabes, con lo que empezó el iluminado á adquirir prosélitos, siendo el primero de estos Alí, su primo, que no contaba aun doce años, el segundo Seib, su esclavo, que obtuvo en premio de su fé la libertad, y el tercero y mas importante Abu-Bekr, uno de los diez magistrados de la Meca, que gozando de gran crédito en la ciudad, difundió entre sus amigos lo ocurrido á Mahoma.

En cuanto á éste, comunicó en secreto por espacio de tres años la nueva doctrina que se creia llamado á propagar, hasta que de repente, diciendo que Dios le habia ordenado anunciarla al género humano, encargó á Alí que preparase un cordero y una vasija de leche, y convidó á un banquete á todos los parientes de Abdul-Mothalleb.

No pudiendo adivinar el objeto de semejante invitacion, acudieron aquellos en número de cuarenta personas; pero cuando al fin de la comida les habló Mahoma de cambiar de religion, le cortó Abu-Taleb la palabra burlándose de él.

Afligido el Profeta, mas no desalentado por el mal éxito de su primera tentativa, renovó el banquete al dia siguiente, y prometió á sus convidados los dones mas preciosos que pueden ofrecerse á los hombres, á saber: el contento en la tierra, y la felicidad en el cielo, si abandonaban la idolatría para creer en un Dios único y todopoderoso, añadiendo al acabar su peroracion:

« ¿ Quién de vosotros quiere ser mi ayudante ? »

Asombrados ante aquella pregunta, guardaron silencio los convidados; pero Alí contestó resueltamente:

« Yo, y si alguno se atreve á levantarse contra tí, le romperé los » dientes, le sacaré los ojos, le quebraré las piernas y le abriré el » vientre. »

Radiante de alegría abrazó Mahoma al impetuoso jóven, y presentándole á sus convidados, dijo:

« Ved aquí á mi *Califa :* obedecedle. »

Echáronse á reir los circunstantes al escuchar semejantes palabras, y algunos, volviéndose á Abu-Taleb, padre de Alí, le dijeron por burla:

« Perfectamente: ahora tendrás que obedecer á tu hijo. »

La tribu de los coreiscitas derivaba su autoridad de la custodia de la Caaba, por lo que Mahoma, combatiendo la idolatría que se habia refugiado allí, socavaba su poder. De aquí que se declarase desde luego contra el innovador, á quien solo defendia Abu-Taleb, aunque negando que abrazase sus doctrinas; mas no pudiendo acallar las murmuraciones de sus compatriotas, exhortó formalmente á su sobrino á desistir de su empresa, si no queria exponerse á perder la vida.

« Aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda, » respondió Mahoma, no retrocederia. »

Despues se ausentó de la Meca por algun tiempo, y habiendo sido insultado por un árabe, Amsa, hijo de Abdul-Mothalleb, hirió al temerario con su arco de caza, declarándose sectario de Mahoma.

Irritados los coreiscitas por los disturbios que ocasionaba el Profeta, resolvieron matarle, á cuyo efecto marchó contra él su mismo primo el feroz Omar, con algunos hombres resueltos de su tribu; pero como entrase en el camino en casa de una hermana suya y oyera leer allí algunas sentencias religiosas compuestas por Mahoma, se prendó de ellas hasta el punto de hacerse musulman, poniendo desde entonces su terrible brazo al servicio del apóstol de la religion nueva.

En tanto continuaba exhortando Mahoma á sus compatriotas á que abandonaran sus supersticiosas creencias y siguieran sus doctrinas, publicando de cuando en cuando algunas revelaciones, que, segun decia, le traia del cielo el arcángel Gabriel, con las cuales formó luego el *Coran*, apoyándose para dar mayor autoridad á su palabra en las tradiciones antiguas, y presentando como verdaderos musulmanes á Abrahan, Ismael y otros patriarcas anteriores á éstos.

A la época que vamos historiando se refiere la ascension al cielo de Mahoma, ascension que no narraremos apoyados en los interminables textos y notas aclaratorias de los autores islamitas, sino con las mismas palabras del Profeta, tal como las oyeron sus discípulos, y como las ha trasmitido hasta nosotros la tradicion. De este relato, así como del capítulo del *Coran* titulado *Ascension al cielo,* se deduce que Mahoma refirió este pretendido milagro como una verdad infalible, y que Abu-Bekr, que fué el primero que lo confirmó prestándole fé, mereció por ello el sobrenombre de *verídico*. En cuanto á su autenticidad, es innegable que Mahoma tomó por realidad un sueño que tuvo, ó lo que es mas probable, creyó que le era necesario un prodigio para confundir á sus incrédulos conciudadanos, que ya

le habian echado en cara muchas veces que él no habia hecho nada de extraordinario, cuando los profetas anteriores supieron probar su divina mision con hechos portentosos.

Hé aquí como refiere Mahoma su extraordinario viaje:

« Dormia una noche al aire libre cerca del santuario de la Caaba, » cuando me despertó Gabriel, diciéndome:

» ¡ Profeta del Señor, levántate y sígueme!

—» Obedecí el mandato, y al punto trajo Gabriel una taza de agua de la » santa fuente de Semsen. Despues me abrió el pecho; me sacó el corazon; » lo lavó, y con tres tazas de agua de la santa fuente me infundió fé, doc- » trina y sabiduría, conduciéndome en seguida lejos del santuario. Allí, en » medio de los montes Safa y Merwe, estaba Al-Borak, yegua ó querubin » con rostro de hombre, orejas de elefante, pescuezo de camello, cuerpo de » caballo, cola de mulo y pezuñas de toro. Brillaba su cuerpo como un » enorme rubí, sus piés como perlas, y tenia una gualdrapa de seda del » paraiso.

— » Sube, Mahoma, dijo Gabriel: esta es Al-Borak, en que cabalgaba » Abrahan cuando visitó la Caaba.

» Apenas hubo sentido sobre sus espaldas el peso de mi cuerpo, la ce- » lestial cabalgadura voló hácia Jerusalen, rodeada de un ejército de án- » geles. Tres veces fuí llamado desde la tierra por dos hombres y una » mujer; pero no contesté.

— » Hiciste bien en no responder, dijo Gabriel: el primero de esos » hombres abogaba por la religion hebráica, el segundo por el cristianismo, » y la mujer por el mundo. Si hubieses respondido al primero, tu pueblo » habria abrazado la ley de Moisés; si al segundo, la de Jesucristo, y si á » la mujer, hubieras olvidado el otro mundo por éste.

» Al llegar al templo de Jerusalen me saludaron los coros de ángeles y » profetas, diciendo:

— » ¡ Salve, oh, primero, oh, último, oh, congregante!

— » ¿ Qué significa este saludo ? pregunté á mi guia.

» Gabriel contestó:

— » Que eres el primero de los intercesores; el último de los profetas, » y que congregarás á tu pueblo el dia del juicio final.

» Despues que hube hecho allí una oracion y dos reverencias, condújome » Gabriel á la roca en que quiso Abrahan sacrificar á su hijo. Desde aquella » roca, lugar del sacrificio de los mas tiernos sentimientos, de las mas caras

» afecciones y de todo libre albedrío, el camino guia directamente al cielo » por una ancha escalera cuyos peldaños son alternativamente de oro y » plata. Viéndome fatigado Gabriel, me levantó sobre sus alas, y voló hasta » la puerta del paraiso, custodiada por una legion de ángeles. Abierta aquella » puerta á la voz de mi guia, entramos en el primer cielo, todo de plata » pura, donde ví las estrellas pendientes de cadenas de oro, tan abultadas » como el monte Noho, próximo á la Meca.

— » Aquí, dijo Gabriel, tienes á tu padre Adan: salúdale.

» Hice lo que se me mandaba, y Adan me volvió el saludo con estas » palabras:

— » ¡ Bien venido seas, Mahoma, hijo del devoto, devoto Profeta!

» Adan, que estaba sentado entre dos puertas, miraba ansiosamente á » derecha é izquierda: cada vez que dirigia su mirada á la derecha, se » pintaba en sus ojos la alegría, asomando á sus labios una dulce sonrisa: » cuando miraba á la izquierda, lloraba de tristeza. Admirado de las alter- » nativas de gozo y de dolor que retrataba el rostro del primer hombre, » pregunté á Gabriel á dónde conducian ambas puertas.

— » La de la derecha, contestó el arcángel, conduce á la mansion de » los bienaventurados; la otra al fuego eterno, y Adan llora ó rie segun vé » á sus hijos ir al infierno ó al paraiso.

» Desde el primero me condujo Gabriel al segundo cielo, que es de » hierro. Allí encontré á Jesus, Juan y Noé. Los saludé, y me saludaron, » diciendo como Adan.

— » ¡ Bien venido seas, Mahoma, hijo del devoto, devoto Profeta!

» En el tercer cielo, fabricado de piedras preciosas, estaba el *Fiel de » Dios,* ángel que manda á otros cien mil, de tales dimensiones, que entre » sus dos ojos hay un espacio de setenta mil jornadas de camino, y que » registra en un gran libro que tiene delante de sí las culpas y buenas » acciones de los mortales. Allí encontré á David, Salomon y José, que me » acogieron benignamente prodigándome infinitos elogios.

» Al llegar al cuarto cielo, todo de esmeraldas, ví á Enoc que le habi- » taba en compañía de un ejército de ángeles, uno de ellos tan grande, que » tocaba al quinto cielo, distante quinientos años de camino, y cuya ocu- » pacion es llorar incesantemente los pecados de los hombres.

» El quinto cielo, morada de Aaron, es de oro puro. En él se conserva » el fuego de la cólera de Dios para castigar á los pecadores reincidentes.

» En el sexto cielo hallé á Moisés, que me dió el título de hermano;

» pero que se mostró afligido al considerar que por mi intercesion entrarian » en el paraiso muchos hebreos que habian ofendido gravemente al Supremo » Hacedor.

» En el sétimo cielo, formado de clarísima luz, vieron mis ojos la mayor » criatura de Dios, un ángel de setenta mil cabezas, cada una de cuyas cabe- » zas tiene setenta mil bocas, cada boca setenta mil lenguas y cada lengua » habla setenta mil idiomas en que celebra la gloria del Señor.

» Desde este cielo subimos Gabriel y yo hasta el árbol Loto, ordinaria » mansion del arcángel. De las raices de este árbol de la ciencia, que ví » rodeado de una luz divina, brotan cuatro fuentes: la primera de vino, la » segunda de miel, la tercera de leche y la cuarta de agua cristalina. Ga- » briel me dijo los nombres de aquellos manantiales, y me ofreció tres » copas, una de diamante, otra de zafiro y la última de rubí: la primera » llena de leche, la segunda de miel y la tercera de vino. Probé la primera » copa, y apuré la segunda. Gabriel me preguntó porqué no gustaba la » tercera.

— » Mi sed está apagada, respondí.

— » ¡ Alabado sea Dios, exclamó el arcángel, porque en la eleccion de » la bebida has dado á entender que comprendes la naturaleza de la religion » que predicas á tu pueblo!

» Hablando así habíamos llegado al celeste tabernáculo, bajo cuyo mo- » delo está edificada la Caaba. El tabernáculo se llama la *casa del culto,* en » la que setenta mil ángeles entran cada dia para adorar al Señor, sin que » jamás vuelvan á entrar los mismos.

» Temiendo presentarme solo ante el Criador, dije á Gabriel:

— » Te suplico que vayas delante de mí.

— » Iré detrás, respondió el arcángel, porque me superas en mérito á » los ojos de Dios.

» En esto llegamos delante de un velo de oro, que Gabriel se atrevió » apenas á tocar con la punta del dedo.

» Allí se oian las voces de cien mil espíritus celestes, que cantaban » en coro:

— » ¡ No hay mas Dios que Dios!

» Detrás del velo resonó la voz del Eterno, diciendo:

— » ¡ Yo soy Dios! ¡ No hay mas Dios que yo!

» Á lo que los ángeles respondieron:

— » ¡ Mahoma es el Profeta de Dios!

» Y la voz del Señor volvió á dejarse oir en estos términos:

— » ¡ Mis siervos han dicho la verdad! ¡ Mahoma es mi Profeta!

» Los ángeles cantaron:

— » ¡ A la oracion! ¡ A la oracion! ¡ Al bien!

» Entonces me sentí levantado sobre alas de querubes.

— » ¿ Por qué no me sigues? pregunté á Gabriel.

— » Cada uno de nosotros, respondió el arcángel, tiene aquí su lugar » señalado: el mio es en el árbol Loto. Solo por tus merecimientos se me » ha concedido hoy el honor de llegar hasta aquí. Si tratara de aproximar- » me un paso mas, aunque fuera de hormiga, me quemaria.

« Entonces continué adelantando á través de setenta mil velos de luz » y de tinieblas. Cada velo tenia el espesor de mil años. La distancia que » habia de un velo á otro era de otros mil años.

» Al fin llegué á una barrera formada de cogines verdes, radiante de » verde luz, mas clara que el sol, que me circundó con el fulgor de la » esmeralda.

— » ¡Acércate, siervo mio! dijo la voz de Dios desde el trono del mas » alto cielo donde me encontraba.

» Estremeciéndome de alegría, acerquéme hasta la distancia de dos » tiros de flecha, ó quizá mas, y adoré al Sér Supremo. Entonces ví á mi » Señor en la mas esplendente figura, y me fué revelado lo que me fué » revelado, como se vé en el *Coran*, y además tres cosas, á saber: la oracion » renovable cinco veces al dia, el último versículo del capítulo II del *Coran*, » y el perdon de todos los pecados de mi pueblo, excepto el de ido- » latría.

» Y dijo Dios:

— »¡ Yo y tú! He creado el mundo solo por complacerte, y á no ser » por tí no hubieran sido formados los cielos.

— » Y respondí:

— »¡Tú y yo, Señor: á todo lo demas renuncio por tu amor!

» Una gota cayó en aquel instante desde el trono de Dios en mi boca, » infundiéndome la ciencia del pasado y del porvenir.

— »¡Salve, oh, Profeta! dijo el Eterno: mi misericordia y bendicion son » contigo.

» Yo contesté:

— »¡Salud á nosotros y á los siervos de Dios, á los creyentes!

» Y los coros angélicos cantaron:

— »¡No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta!

» Despues de esto, iluminado ya por la mirada del Eterno, volví al » sitio donde habia dejado á Gabriel, que tomándome de la mano me con» dujo de nuevo á través del espacio á Jerusalen. Allí me esperaba Al» Borak sobre cuyas espaldas descendí hasta la Caaba.

» Al despedirme del arcángel, como le manifestase mis temores de que » tal vez mi pueblo se resistiera á creer tantas maravillas, tachándome de » embustero:

— » Vé, respondió el celeste mensajero, cuenta á los tuyos cuanto » acabas de ver, que el buen Abu-Bekr, testigo fiel, justificará los portentos » que tú narres. »

Despues de lo que antecede y cualesquiera que sea el valor que los críticos ilustrados den á este fabuloso acontecimiento, la ascencion de Mahoma al cielo es digna de atencion é importante, no solo por las bellezas poéticas que encierra, sino tambien porque da á conocer la parte mística del islamismo al hacer sancionar al Eterno la mision profética del atrevido reformador.

Mas prescindiendo de este órden de consideraciones que nos empeñaria quizás en una disertacion demasiado extensa para las dimensiones que va adquiriendo ya esta biografía, continuaremos pintando á grandes rasgos al hombre extraordinario que nos ocupa.

El año del Señor 617, llamado *año de luto* entre los mahometanos, falleció Abu-Taleb, siguiéndole á poco Cadiga, el mas firme apoyo y la primera creyente de Mahoma. Pero éste habia logrado ya atraerse gran número de adeptos, particularmente en Yatreb, [1] ciudad importante y rica, desde la cual marcharon á la Meca doce de sus principales habitantes á ponerse á disposicion del Profeta.

Hasta entonces solo habia exigido Mahoma á sus partidarios que reconocieran un solo Dios y que se abstuviesen del robo, de la fornicacion y del infanticidio; pero ahora exigió á aquellos nuevos neófitos, á quienes llamó *ansarianos,* es decir, auxiliares, que sostuvieran con todas sus fuerzas la religion que él les predicaba.

— ¿Y si morimos por tu causa, oh, Profeta de Dios, preguntaron los nuevos creyentes, cuál será nuestra recompensa?

— El paraiso, contestó resueltamente Mahoma, como si tuviera en la mano las llaves del cielo.

[1] Despues Medina.

É hizo que se volvieran á Yatreb, satisfecho de haberse procurado un asilo entre ellos en caso de una persecucion, enviando allí tambien á muchos de sus partidarios, y quedándose solo en la Meca con Alí y Abu-Bekr.

Abu-Sofian, jeque de los ommiadas, ardiente idólatra, que habia llegado á ser el principal personaje de la Meca, no podia tolerar los progresos del reformador. Impulsados por sus excitaciones los habitantes de la ciudad, decidieron acabar de una vez con Mahoma, y rodeando su casa algunos asesinos que enviaron al efecto, se disponian á darle muerte; pero el Profeta advirtió á tiempo el peligro que corria, y huyó rápidamente con Abu-Bekr, refugiándose en Yatreb, de donde salieron quinientos hombres á recibirle, y donde entró montado en una camella y resguardando su cabeza desnuda bajo un quitasol, pues su turbante lo llevaban algunos desliado delante de él á modo de bandera.

Los habitantes de Yatreb, enemigos de los de la Meca por emulacion mercantil, prepararon una casa y una mezquita para el Profeta, y convirtiendo desde entonces su ciudad en el centro de la nueva fé, la llamaron *Medinat-al-Maby*, esto es, ciudad del Profeta, ó Medina por excelencia.

La fuga de Mahoma de su pueblo natal, que señala la era de los mahometanos, tuvo lugar el 13 de Setiembre del año 622 despues de Jesucristo.

Si hasta aquí puede reconocerse en el hijo de Abdallah un afan sincero de purificar el culto patrio, y si, como acostumbran los débiles, recomendaba continuamente la tolerancia, su ambicion fué creciendo á medida que aumentaron sus recursos, tanto, que pensó al fin en realizar el reino de Dios y el suyo propio con auxilio de la fuerza.

En 623, contando ya Mahoma cincuenta y cuatro años, se casó con Ayesa, hija de su discípulo y amigo Abu-Bekr, no obstante no contar la novia mas que nueve años, siendo ésta la única de sus mujeres á quien llevó vírgen al tálamo nupcial. Además, dió á Alí por esposa á Fátima, su hija única, á quien amaba apasionadamente.

Entonces organizó el culto de la religion que predicaba, ordenando el ayuno del mes de *Ramadan*, ó cuaresma mahometana, y las oraciones, no intimadas con la trompeta al estilo hebreo, ni con la campana segun el uso cristiano, sino por medio de la voz del *Muezin*, y durante las cuales debian los creyentes tener el rostro vuelto hácia Jerusalen. De este modo pretendió quizás granjearse la voluntad de los cristianos y de los judíos, para quienes es igualmente sagrada aquella ciudad; pero en cuanto vió frustrada esta esperanza, se ciñó á lisonjear el patriotismo de los suyos, mandando que

en cualquier punto en que se hallasen al elevar al cielo sus plegarias, volvieran el rostro hácia la Caaba.

Establecido definitivamente en Medina, donde puede decirse que mandaba como soberano, el fugitivo de la Meca, no pudiendo convencer á sus compatriotas con la fuerza de las razones, quiso convencerlos con la razon de la fuerza.

Ocupando una ciudad cuya situacion era muy á propósito para interrumpir el comercio con la Siria, empezó á inquietar las caravanas que se dirigian á su pueblo natal, y convirtió en un mérito el robo y la carnicería haciendo que le dijera el cielo por boca de Gabriel:

« La espada es la llave del paraiso : una gota de sangre derramada por » la causa de Dios, una noche pasada en el campamento con las armas en » la mano, son mas meritorias á los ojos del Señor que dos meses de ayunos » y oraciones. Los pecados del creyente que muere en el combate alcanzan » perdon, y sus heridas huelen á ambar y almizcle. »

Despues, teniendo noticia de una rica caravana que convoyaban los coreiscitas, fué á esperarla con trescientos trece de los suyos hasta Bedr, cerca del mar Rojo, y habiéndola asaltado, los novecientos cincuenta hombres que la custodiaban, al mando de Abu-Sofian, tuvieron que huir, dejando muertos setenta de los suyos.

Mahoma celebró esta victoria mandando decapitar á dos prisioneros que hizo, disponiendo luego en nombre de Dios que una quinta parte del rico botin que habia cogido se reservase para el Profeta, y se distribuyera el resto por partes iguales entre los que habian combatido, y las viudas y huérfanos de los que perecieron en la refriega. Catorce de los suyos, que sucumbieran en aquella jornada, y que podian considerarse como salteadores de caminos, fueron los primeros mártires y santos del islamismo, que debia propagarse á costa de raudales de sangre.

Animado por el buen éxito de su primera empresa, atacó Mahoma diferentes veces las caravanas de los coreiscitas, que ansiosos de venganza, se reunieron en número de tres mil hombres, acaudillados por Abu-Sofian. Ind, esposa de éste, y quince mujeres mas, tocaban los tambores y animaban á los hombres recordándoles la sangre derramada en Bedr. Este pequeño ejército marchó contra Medina, y el Profeta, aunque solo tenia á su disposicion mil hombres escasos, hizo frente en Ohod al enemigo; pero no habiéndose ejecutado bien sus órdenes, fué derrotado, y á duras penas pudo salvar la vida por medio de la fuga, aunque quedando herido

de una pedrada que le rompió los cuatro incisivos de la mandíbula superior.

Como se comprenderá fácilmente, aquel desastre puso en duda su apostolado. Mas como de costumbre, vino Gabriel en su auxilio, diciendo desde el cielo.

« Plácenos alterar los sucesos para que Dios conozca á los creyentes y » elija entre vosotros á sus mártires. ¿Cuántos profetas combatieron contra » ejércitos numerosos sin desesperarse por los reveses? No se envilecieron » con su flaqueza, y Dios ama al que se muestra fuerte en la adversidad. » ¡Oh, creyentes! Si prestais oidos á los infieles, ellos os sumirán de nuevo » en el error, y perecereis. Dios es vuestro protector: ¿quién os pudiera » socorrer mejor que Él? Ha cumplido sus promesas dejándoos perseguir á » los enemigos derrotados; pero vosotros, oyendo los consejos del miedo, » disputásteis acerca de los mandatos del Profeta, y los violásteis, despues » de haber alcanzado el botin, blanco de vuestros deseos. Parte de vosotros » anhelaba los bienes del mundo, parte la vida futura, y Dios se valió de » vuestros enemigos para obligaros á huir y probaros. No escuchásteis » la voz del Profeta que os llamaba á la pelea, y Dios castigó al punto » vuestra desobediencia. Pero ni el botin perdido ni la desgracia os des- » alienten: Dios, que conoce vuestras obras, *dió la seguridad y el sueño* á » algunos de vosotros; los demas, locos de terror, osaron tachar de menti- » roso al Profeta de Dios, diciendo: « ¿Son estas sus promesas? Nuestros » hermanos perecieron en el combate: si se hubieran quedado con nosotros » todavía vivirian. » ¡Palabras impías que costarán muchos suspiros! Dios » da la vida y la muerte: si sucumbís defendiendo su fé, os valdrá mas que » tener riquezas. Ya murais en vuestro lecho, ó á manos del enemigo, todos » comparecereis ante el tribunal de Dios. No creais que estén muertos los » compañeros que vísteis sucumbir en el combate, no; viven y reciben el » sustento de manos del Altísimo: ébrios de alegría, colmados de las gra- » cias del Señor, se regocijan al pensar que el que siga sus huellas estará » exento de penas y temores, porque Dios, que derramó sobre ellos los te- » soros de su beneficencia, no deja sin recompensa á los fieles.» [1]

Estas palabras volvieron el valor á los sectarios del Profeta. Los coreiscitas, no atreviéndose á intentar por entonces el ataque de Medina, volvieron á la Meca entonando himnos de victoria.

Despues de este fracaso, para dar á entender Mahoma que no se dejaba

[1] *Coran*, cap. III.

abatir por la adversidad, se dirigió con algunos de los suyos á atacar la aldea de Amrol-Esed, situada á ocho millas de Medina, consistiendo todo el resultado de aquella expedicion en la muerte del poeta Ebi-Asa, que, habiendo caido prisionero en Bedr, salvó su vida jurando adhesion al Profeta, y violó el juramento excitando á los coreiscitas á empezar nuevamente la guerra. Prisionero otra vez de Mahoma, se arrojó á sus piés pidiéndole la vida; pero el apóstol le dió esta respuesta que ha conservado la tradicion y que se usa como proverbio entre los mahometanos:

«No se ofende al creyente dos veces en un mismo dia.»

É hizo que le cortaran la cabeza.

Si el suplicio del infeliz poeta que faltó á su palabra es una mancha en la vida del innovador, los horribles asesinatos que mandó ejecutar, ó que toleró, le acreditan de cruel y poco escrupuloso en derramar la sangre de sus conciudadanos cuando se trataba de vengar sus ofensas personales ó de llevar adelante sus planes de engrandecimiento.

Al principiar sus correrías habia esperado atraerse á los hebreos que moraban en el pais, y habria sacado grandes recursos de semejante alianza si hubiera logrado hacerles creer que era él el Mesías que aguardaban. Pero ellos no se decidieron á ver en el hijo de Abdallah al Salvador anunciado por sus mayores. Así, dieron motivo á Mahoma para odiarles á muerte, y como Dios aborrecia sin duda á los que detestaba el Profeta, éste hizo descender del cielo, por medio de su emisario el arcángel Gabriel, la órden de exterminar la tribu hebrea de los Beni-Carisa, que habia negado su divina mision.

Puesto al frente de tres mil de los suyos, el vengativo apóstol cayó de improviso sobre los descuidados hebreos, que creyeron aplacar su furor diciéndole como á Calígula:

«No sabemos manejar las armas; pero conservamos las creencias de » nuestros padres. ¿Por qué quieres reducirnos á la necesidad de defender» nos como hombres que saben la infausta suerte que les está reservada si » sucumben en la lucha?»

É hicieron una vigorosa defensa por espacio de veinte y cinco dias. Pero habiendo perdido toda esperanza de escapar del castillo en que se hicieran fuertes, rindiéronse á discrecion, en número de setecientos cincuenta hombres y mil entre mujeres y niños.

Lejos de mostrarse generoso, el vencedor, desoyendo las súplicas de algunas tribus árabes que le pedian la vida de los desventurados prisioneros,

decidió que murieran los hombres; y en efecto, setecientos judíos perecieron á manos de Alí y de Sobeir-Ben-Awam, arrojándolos luego medio vivos en un gran foso abierto al intento, delante de Mahoma, que autorizó con su presencia aquella carnicería.

De este modo exterminó con bárbara crueldad una tribu entera, cuyo único delito consistia en no haberse atrevido á apostatar de sus creencias religiosas.

El botin que valió á los musulmanes aquella expedicion consistió en mil quinientas espadas, trescientas corazas, quinientos escudos y mil lanzas. Las mujeres y los niños de los judíos fueron vendidos como esclavos, y el dinero se repartió entre los musulmanes, reservando para sí el Profeta á Rhiana, la mas hermosa de todas las prisioneras, á quien ofreció hacer su esposa; pero como se negase la jóven á abandonar su fé para abrazar el islamismo, retiró su propuesta.

Lanzado ya á la guerra de conquista, Mahoma sometió en nombre del Señor diversas tribus, entre ellas la de los Beni-Mostalak, una de las mas antiguas de la Arabia, yendo Djawaira, hija de su jefe, á aumentar el número de las concubinas conque contaba ya el apóstol guerrero y voluptuoso.

Asustados los coreiscitas con el creciente poder del Profeta, llamaron á las armas á todos sus aliados, y en número de diez mil combatientes sitiaron á Medina, esperando tomarla por asalto, ú obligarla á rendirse por hambre.

Sin dejarse intimidar Mahoma por el número de enemigos que se le venia encima, tomó tales disposiciones para la defensa, en la que tomó parte como el último soldado, que obligó á los aliados á levantar el cerco con numerosas pérdidas. Antes de retirarse, Abu-Sofian, que acaudillaba esta vez, como siempre, á los enemigos del Profeta, le dirigió despechado la siguiente carta:

«En nombre de nuestros dioses.—Juro por Allat, Asa, Assaf, Nail y » Obal, que habiendo venido contra tí con pueblos enteros, no queria vol- » verme antes de exterminarte; pero veo que temes encontrarnos, y que te » refugias detrás de defensas no conocidas hasta ahora por los árabes. Ellos » conocen únicamente la sombra de las lanzas y la defensa de las espadas. » Solo los que huyen de nuestros aceros hacen lo que tú; pero te prometo » muy pronto otra jornada como la de Ohod.»

Mahoma respondió:

«En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo, Mahoma, enviado del

» Señor, al escollo hijo de la guerra. — Ha llegado á nosotros tu carta, por » la que vemos tus locas ilusiones. En cuanto al designio de exterminarnos, » Dios decidirá entre los dos. Él hará que triunfemos, y llegará dia en que » veas aniquilados á Allat, Asa, Assaf, Nail y Obal. Los hijos del vencedor » se acordarán de tí, ¡oh, ciego idólatra! »

La estrella de Mahoma, que de dia en dia se mostraba mas clara y serena, merced á sus repetidos triunfos, se vió entonces nublada por un desagradable acontecimiento ocurrido en su harem. Su esposa Ayesa, de edad de quince años, que padecia graves disgustos por no tener hijos y haberse casado su marido con dos mujeres mas, se extravió una noche, á la vuelta de la expedicion contra los Beni-Mostalak, no pareciendo hasta la mañana siguiente, en que llegó al campamento acompañada por el gallardo Sifwam-Ben-Moattal-Eslemi.

Habiendo preguntado Mahoma á su esposa dónde habia pasado la noche, respondió la jóven :

« Durante la marcha hube de perder mi collar de onix del Yemen, y » salté de la litera para buscarlo. Como peso poco no advirtieron mi falta » los conductores, y siguieron andando. Cuando volví allí, no encontré la » litera, y rendida de fatiga, me acosté en tierra, pasando así la noche, hasta » que al apuntar el dia acertó á pasar junto á mí Sifwan-Ben-Moattal, que » conociéndome, hizo echar su camello y me subió á las ancas.»

Puede comprenderse que ni el Profeta ni sus compañeros creyeron una palabra de lo referido por Ayesa, y que se murmuró bastante sobre su desaparicion. En cuanto á la hija de Abu-Bekr, se fingió enferma, ó lo estuvo en realidad de vergüenza y temor, durando este estado de cosas cerca de un mes, al cabo del cual decidió Mahoma poner término á tan embarazosa situacion. Reuniendo en su tienda á Abu-Bekr, Omar, Osman y Alí, sus principales consejeros, les preguntó su parecer acerca de la culpa ó inocencia de su esposa. Abu-Bekr, padre de la jóven, Omar y Osman opinaron que no tenia culpa; pero Alí, mas malicioso que los otros, respondió al Profeta :

« Tú mismo nos has contado, que cuando al entrar en cierta ocasion en » la mezquita te quitastes los zapatos y hallastes suciedad, te prohibió Ga- » briel quitártelos de nuevo.»

Esta respuesta, segun la cual debia Mahoma separarse de su infiel esposa, no le fué perdonada á Alí por la vengativa Ayesa, y costó á sus descendientes la pérdida del califato. Pero el Profeta adoptó la resolucion mas

conforme á su honor y á la tranquilidad de su familia, haciendo descender del cielo uno de los capítulos del *Coran*, que no dejó la menor duda sobre la inculpabilidad de Ayesa y cortó de camino la murmuracion sobre este desagradable asunto, por la pena de ochenta palos que imponia al que acusara de adulterio á una mujer honrada sin presentar cuatro testigos oculares que probasen el delito, los que, como se comprenderá fácilmente, era difícil, sino imposible hallar.

Por lo dicho se ve que el mismo cielo tomó á su cargo el vindicar el honor del harem de Mahoma; mas para evitar en lo sucesivo lo ocasion de semejantes *calumnias*, publicó el Profeta dos leyes, la primera mandando que las mujeres llevasen puesto un velo cuando se presentaran en público, y disponiendo por la segunda, que cualquiera hembra que se hallara en lugares desiertos donde no hubiese agua para la acostumbrada purificacion, la hiciese con arena, pues segun otra version que circuló respecto al *extravío* de Ayesa, ésta perdió su collar al ir á buscar agua que no llevaba en su litera ni se encontraba en el camino que seguia la comitiva del Profeta.

Pero si con los versículos tan oportunamente enviados por el cielo salvó Mahoma su honor y el de la hermosa Ayesa á los ojos de los creyentes, comprometiéndolo para siempre ante los de los recelosos infieles, no impidió esto que castigara á la adúltera esposa dándola dos nuevas rivales, una de ellas la citada Djawaira, hija del jeque de los Beni-Mostalek, que se postró ante él pidiéndole la vida de su padre, y á quien el Profeta declaró desde luego su mujer, deslumbrado por su gran belleza, y la otra Sineib, esposa de Seib, su liberto, que se apropió con ó sin beneplácito de su legítimo marido.

Es cierto que algunos celosos musulmanes llevaron muy á mal esta última union, contraria á las leyes del islam, que prohibian á un hombre libre casarse con la esposa de un esclavo; pero el cielo obvió tambien esta dificultad, enviando un versículo que exceptuaba al Profeta de aquella prohibicion. [1]

Desde el dia en que se viera sitiado en Medina por los coreiscitas, bullia en la mente de Mahoma la idea de desquitarse; mas no considerándose todavía con suficientes fuerzas para apoderarse de la Meca á viva fuerza, pensó en tomarla por medio de la astucia, á cuyo fin, puesto al frente de cuatrocientos infantes y doscientos jinetes, marchó á la ciudad santa, con

[1] *Coran*, cap. XXXIII, v. 36.

el pretexto de cumplir la costumbre religiosa de los árabes de visitar una vez al año la venerable Caaba, pero en realidad para ver si encontraba desprevenidos á sus enemigos.

Adivinando los coreiscitas las intenciones del formidable apóstol, que se encontraba ya á una jornada escasa de la ciudad, enviáronle en clase de embajador á Irve, uno de sus caudillos, para advertirle que no entraria en la Meca sin pasar sobre los cadáveres de sus defensores.

Despues de celebrar una entrevista con el Profeta, volvió Irve á la ciudad, y dijo á sus hermanos:

« He vivido en la córte de los emperadores; he visto al gran Cosroes » en todo el esplendor de su gloria; he admirado á Heraclio rodeado del » fausto de los Césares; pero ningun rey es tan venerado de sus súbditos » como Mahoma de sus compañeros de armas. Si hace sus abluciones, el » agua que deja caer es cuidadosamente recogida, sin que se pierda una » gota; si se desprende un pelo de su barba, lo guardan como reliquia; » si escupe, hay quien recibe su saliva. »

Despues de este relato, comprendiendo los coreiscitas de lo que eran capaces los fanáticos sectarios del Profeta, entraron en negociaciones con él, conviniendo en que todas las tribus de aquella parte de la Arabia quedasen en libertar de aliarse á ellos ó á los musulmanes, y que estos pudieran visitar cada año la ciudad santa, con tal que no llevasen armas ni prolongasen su mansion en ella mas de tres dias.

Bajo estas condiciones se firmó entre los dos pueblos un tratado de paz que debia regir durante diez años.

Mahoma, como observara que murmuraban sus compañeros por habérseles frustado la esperanza de entrar á saco la opulenta Meca, los condujo contra diversos pueblos de la Arabia, que sometió ó hizo tributarios, enriqueciendo á sus creyentes con los despojos de los vencidos y llevando hasta el Yemen sus victoriosas armas.

Confiando cada dia mas en la proteccion del cielo, ó por mejor decir, en su buena suerte, el hijo del indigente Abdallah se atrevió ya á escribir como de igual á igual á príncipes tan poderosos como Cosroes de Persia, Heraclio de Constantinopla y Mu-Kaukus, soberano de Egipto, intimándoles que abrazaran su creencia y cerrando sus cartas con un sello de plata, en el que se leian estas palabras: *Mahoma, apóstol de Dios.*

Al recibir Cosroes el mensaje, irritado porque faltaban en él las muestras de respeto y los títulos debidos á su alta dignidad, hizo pedazos la

carta, despidiendo en el acto al mensajero, lo que sabido por Mahoma, le hizo exclamar en un arrebato de furor:

« Como él hizo con mi carta, así hará Dios con su reino. »

Menos soberbio el emperador Heraclio, recibió cortesmente la misiva que le fué enviada, y ni siquiera se cuidó de leerla. En cuanto al soberano de Egipto, envió al Profeta una mula blanca, un hermoso asno, vestidos de lino, miel y manteca, mas se negó á abrazar el islamismo.

Mahoma proferia terribles amenazas contra cuantos rechazaban su fé, y habiendo dado muerte el gobernador griego de Muta á un embajador suyo, llevó la guerra á las posesiones de la Grecia, guerra que parecia el anuncio de las terribles luchas conque durante tantos siglos debia afligir la media luna á la cruz imperial.

En 629 despues de Jesucristo se aprovechó Mahoma por primera vez del convenio celebrado con los coreiscitas para emprender su peregrinacion á la Meca, á cuyo fin se rapó la cabeza, vistió un humilde traje y se dirigió allí con setenta camellos, que fueron inmolados. Muchos coreiscitas abrazaron entonces su doctrina; pero él gimió al ver la idolatría establecida en el santuario de Abrahan, aunque es lo mas probable que le conmovieran mas que nada los tesoros depositados en aquella ciudad y el odio inextinguible que conoció le profesaban su conciudadanos.

De vuelta á Medina, como se considerase ya bastante fuerte para domar á sus eternos enemigos, pretextó una violacion del tratado por parte de los coreiscitas, y enarbolando su bandera, á principios de Enero del año 630 de la era cristiana marchó á la conquista de la ciudad santa con diez mil combatientes que tenia ya reunidos para aquella empresa, entre los cuales se contaban setecientos emigrados de la Meca y cuatro mil auxiliares de Medina, perteneciendo los demas á diversas tribus coligadas.

Llegado á Cofa, en las cercanías de la Meca, acampó el ejército, disponiéndose para el ataque.

Abbas, tio de Mahoma, y Abu-Sofian, que observaban al enemigo desde la muralla, se extremecieron al contemplar la muchedumbre de fanáticos islamitas que iba á caer sobre la ciudad santa.

—¡Oh, Abu-Sofian! dijo Abbas: ¿no ves los diez mil fuegos que anuncian la llegada de Mahoma?

—Los veo, repuso Abu-Sofian; ¿pero qué hacer?

—No nos queda mas medio de salvacion que rendirnos, replicó Abbas.

É indujo á Abu-Sofian y á su hijo Caafer á seguirle al campo del Pro-

feta, que recibió cortesmente á su tio, pero que se hizo sordo á las súplicas de éste en favor de sus compañeros, diciendo:

«¿Por qué han venido? No los necesito.»

Y los hizo custodiar como prisioneros hasta el dia siguiente, en que haciéndolos llevar á su presencia, les dijo:

«Veamos, Abu-Sofian y Caafer: ¿estais ya convencidos de que no hay » mas Dios que Dios, ni mas profeta suyo que Mahoma?

Abu-Sofian y su hijo abrazaron el islamismo, salvando así sus vidas, y Mahoma, despues de hacerles ver los formidables elementos de guerra de que disponia, los puso en libertad para que informasen á los suyos de cuanto habian visto. En seguida ordenó á sus soldados que no mataran á los coreiscitas que se encerraran en sus casas ó se refugiasen en la Caaba, y poniéndose á retaguardia del ejército, se vistió de encarnado, oró, montó en su camello y mandó empezar el ataque, logrando penetrar en la ciudad despues de un combate insignificante, en que, segun la tradicion, no perecieron mas que dos musulmanes.

Dueño ya de la plaza, el Profeta se encaminó á la Caaba, acompañado de Alí y Abu-Bekr, y mandó destruir trescientos sesenta y cinco ídolos que existian en ella, pronunciando las palabras del *Coran:*

«La verdad ha venido; pasaron las vanidades.»

Una de las que mas se distinguieron por su celo en ejecutar la órden del Profeta fué Ind, mujer de Abu-Sofian, antigua idólatra y ahora fanática islamita, la misma que en el para los musulmanes funesto combate de Ohod, se arrojó sobre el cadáver del creyente Amsa, que matara á su padre en Bedr, y empezó á comerse su corazon, hasta que la repugnancia de la naturaleza, mas poderosa que su sed de venganza, la obligó á arrojar el pedazo que habia comido.

Derribados los ídolos, en cuya operacion tomó parte el mismo Profeta, convocando á los principales ciudadanos, les dijo:

—Bien veis que vuestras vidas dependen de un solo movimiento de mi cabeza. ¿Cómo esperais que os trate?

—De tí, generoso hermano, hijo de un padre generoso, respondieron los vencidos, solo esperamos beneficios.

—Id en paz, concluyó el Profeta: hoy es dia de indulgencia.

Pero la clemencia del conquistador, como la de todos los príncipes, tuvo sus excepciones. Aunque una ley del cielo declaraba sagrado el territorio de la Meca, prohibiendo en él el derramamiento de sangre, hizo

Mahoma que revocase Dios aquella ley, dictando en su lugar otra que permitia á su apóstol castigar con la muerte á cuatro hombres y tres mujeres que se mostraran siempre sus mas encarnizados enemigos.

Aterrorizados por aquella venganza, los coreiscitas proclamaron á Mahoma señor espiritual y temporal, y él recibió en la colina de Sofa el juramento del pueblo allí reunido. Despues, bajando á la Caaba, dió siete veces la vuelta en torno de ella; tocó y besó la piedra negra; se dirigió á los cuatro puntos cardinales gritando: *¡Dios es grande!* hizo la ablucion y la oracion dentro y fuera del templo, y en fin, arengó al pueblo á quien acababa de dar la unidad religiosa.

Mahoma se detuvo quince dias en la ciudad, empleándolos en consolidar la nueva religion y en dar disposiciones para el mejor gobierno de sus súbditos, enviando luego tropas que sometieron algunas tribus idólatras de las inmediaciones, regresando á Medina, donde empezaron á acudir embajadores de diversas naciones orientales con objeto de felicitarle y de solicitar su alianza, que él concedia poniendo como precisa condicion la destruccion de los ídolos y la conversion á la religion de que se titulaba apóstol.

Hácia 631 de nuestra era, teniendo terminados los preparativos de la expedicion que meditaba contra los griegos que habitaban en la frontera de la Siria, y queriendo hacer aquella guerra no ya por medio de excursiones en que estribase la victoria en la rapidez de las marchas y en lo imprevisto de las sorpresas, sino dando grandes batallas con numerosas fuerzas, púsose al frente de diez mil caballos y treinta mil infantes, llegando hasta Aila, puerto situado en la extremidad del Golfo Arábigo, donde recibió á los diputados de algunas ciudades sirias que le prestaron vasallaje. Pero habiendo sitiado en vano durante veinte dias á Tebuk, y no atreviéndose á atacar á un ejército griego que le cerraba el paso, volvió á Medina con sus tropas, dejando á sus tenientes el cuidado de extender su dominacion sobre las tribus árabes que rechazaban su autoridad y su doctrina.

Esta fué la última expedicion que dirigió el Profeta, y que no correspondió á sus esperanzas ni al formidable ejército conque entrara en campaña.

En el mes de Febrero de 632 volvió Mahoma por segunda vez en peregrinacion á la Meca, llevando en pos de sí noventa mil creyentes, á los que desde lo alto de una colina, cual Moisés desde el Sinaí, predicó la unidad de Dios y las ceremonias del culto islamita, diciéndoles al fin de su sermon:

« ¡Desgraciado de aquel que reniegue de nuestra religion! No le temais

» á él, sino á mí. Hoy he perfeccionado vuestra ley, y consumado con » respecto á vosotros mi gracia. Deseo que el islamismo sea eternamente » vuestra fé. »

Luego sacrificó sesenta y tres camellos, segun el número de sus años, y Alí treinta y siete; reformó el calendario restableciendo el año lunar y sin intercalacion, y cumplió con devota exactitud todos los pormenores relativos á la peregrinacion.

Vuelto á Medina, se disponia á atacar nuevamente á los griegos, cuando fué acometido de una violenta fiebre, que se aumentó con la noticia de los progresos hechos por dos apóstatas del islam que se fingian profetas.

Comprendiendo toda la gravedad de su dolencia, pidió que durante ella le acompañase una sola de las mujeres entre quienes vivia alternativamente, y todas dieron la preferencia á Ayesa. Para calmar su ardor rogó que se le salpicase con agua fria, lo cual se hizo varias veces. Despues, viendo que se acercaba su fin, se trasladó á la mezquita en brazos de Alí y de Abbas, y dijo al pueblo allí congregado:

« ¡ Oh, musulmanes! He oido que os asustais porque se acerca mi » muerte. ¿Ha muerto jamás ninguno de los grandes profetas para su » pueblo? Voy á reunirme con Dios; pero antes os dejo esta exhortacion: » ¡ auxiliares y emigrados: respetaos mútuamente y amaos como hermanos!»

En seguida recitó el versículo 22 del capítulo XXVI del *Coran*, que dice:

« Despues de medio dia el hombre está consagrado á la ruina, excepto » los que creen y obran bien y se incitan mútuamente á caminar por la » senda de la verdad. »

Y prosiguió con voz debilitada:

« ¡ Auxiliares y emigrados: la marcha de los acontecimientos y los des» tinos de los hombres dependen de la inmutable voluntad de Dios, y nada » puede acelerar ni retardar el cumplimiento de sus designios. El que quiera » apresurar los decretos de Dios, se arruina; el que pretenda contrarestar» los, morirá en la demanda. »

Sintiéndose sin fuerzas para continuar, hizo que le llevasen á su casa, de donde no salió mas, expirando en el regazo de Ayesa al cabo de catorce dias de padecimientos, el doce de la luna *Rebinlewel*, correspondiente al 6 de Junio de 632 de la era cristiana.

Habia vivido sesenta y tres años, profetizado veinte y tres y dominado diez.

Á la muerte del Profeta resonó en Medina un grito de dolor; pero sus amigos consolaron á la familia y á los creyentes con este versículo del *Coran:*

«Todo viviente debe morir: somos de Dios, y volvemos á Dios.»

Ayesa, la mas amada de las mujeres del Profeta, su hija Fátima y las cuatro columnas del islamismo, Abu-Bekr, Osman, Omar y Alí, se encargaron de dispensar el postrer servicio á su jefe y maestro. Lavado cuidadosamente el cadáver, se envolvió en dos paños blancos, sepultándolo luego debajo de su lecho de enfermo, cumpliendo así la voluntad del finado, expresada claramente durante sus últimos momentos, á saber: que no se le enterrase en la mezquita, segun la costumbre de los cristianos y de los judíos, que erigian en las iglesias las tumbas de sus santos y profetas, haciéndoles así objeto de una adoracion que solo debe tributarse al Señor.

Á pesar de tal disposicion, sobre el sitio en que fué sepultado el fundador de la *religion verdadera,* se edificó despues la gran mezquita de Medina, que es un deber imprescindible en los musulmanes visitar como complemento de su pregrinacion á la Meca.

La enumeracion de las mujeres, concubinas, parientes, sirvientes, esclavos y libertos del Profeta, así como la de sus vestidos y armas, jueces, lugar-tenientes, amanuenses, heraldos de la oracion, embajadores, emires, porta-estandartes y capitanes, llenan muchos capítulos en las biografías que de él hicieron los autores islamitas, por lo que, pasando de largo sobre este asunto, terminaremos este trabajo dando una idea de la figura, costumbres y rasgos característicos del reformador, reseña que consideramos muy interesante para el que desee juzgar al hombre, al legislador, al apóstol del islamismo.

La estatura de Mahoma era proporcionada: tenia cabeza abultada, tez rosada, facciones pronunciadas, ojos grandes y vivos, frente espaciosa y prominente, nariz aguileña, cabellos negros como el ébano, barba espesa y aspecto general dulce y magestuoso, aunque cuando montaba en cólera lanzaba en derredor feroces miradas y contraian sus labios una cruel sonrisa. Afable con los inferiores y jovial con los amigos, se alimentaba, á pesar de haber adquirido inmensos tesoros, con pan de cebada, tomado moderadamente, pasándose á veces dos meses en su casa sin encender lumbre, contentándose con comer dátiles y beber agua pura. Sencillo en sus costumbres, ordeñaba él mismo sus cabras, barria, componia sus vestidos y se ocupaba en otros quehaceres domésticos, no ostentando jamás el fausto ni

la menor insignia de la soberanía que llegó á ejercer sobre cinco millones de hombres.

Vistiendo con suma modestia, no se detenia á elegir las prendas de su traje, poniéndose indiferentemente lo primero que le venia á mano. Usaba por lo comun telas de algodon, aunque tambien las llevaba de lana, ó de las que se trabajaban en el Yemen. El único color porque demostraba predileccion era el blanco; sin embargo, no le desagradaba el verde, si bien aborrecia los vestidos enteramente rojos ó amarillos, excepto cuando entraba en batalla y en las grandes solemnidades religiosas. Ordinariamente se ponia los trajes nuevos en viernes, y daba los usados á los pobres. Llevaba en la cabeza una cinta blanca, cuyas puntas le caian sobre el hombro. El dia que se apoderó de la Meca tenia ceñida á la cabeza una cinta negra. Unos dicen que daba siete vueltas á la cinta, otros que daba doce. En los viajes usaba un gorro con orejeras, y se defendia de los rayos del sol echándose encima un chal. Se perfumaba la cabeza; en sus últimos años se teñia el cabello con azafran, y el olor de su sudor era (para los creyentes) mas grato que el del almizcle. Tenia para los viernes dos vestidos de gala. Una vez le hizo notar Ayesa que aquellos vestidos eran demasiado bastos y pesados, de modo que le hacian sudar mucho; pero él no contestó, y continuó llevándolos. Cuando queria acordarse de alguna cosa envolvia un hilo en el único anillo que usaba en la mano izquierda. Su calzado era negro, y consistia en chinelas ó sandalias, aunque frecuentemente iba con los piés desnudos. La figura de los piés y sandalias de Mahoma tiene tanta importancia y ha dado lugar á tantas controversias entre los islamitas como las de las huellas de Budda entre los buddistas.

Al ponerse á comer no olvidaba decir:

« ¡ Alabado sea Dios ! »

Lo cual fué desde entonces ley para los musulmanes.

Desconociendo el uso del tenedor y la cuchara, metia en el plato tres ó cuatro dedos, jamás dos, y estaba de rodillas, aunque á veces se sentaba sobre el pié derecho ó el izquierdo.

Por mas que tuviera precision de hacerlo, no se llevaba nada á la boca con la mano izquierda, cosa que, segun él, solo hacia el diablo, y exigia á sus comensales que lamieran los platos y se chupasen los dedos, porque, segun decia, la mas pequeña parte de la comida que concede Dios es bendita.

Acabada la comida oraba y se lavaba.

Menos carne de cerdo, comia de todas, así como legumbres; pero su

plato favorito era un guiso de cebollas y leche, y odiaba los ajos. El pan que preferia era el de cebada, y entre las carnes la de cordero, que prohibió cortar con cuchillo, fundándose en que así lo hacian los idólatras persas, mandando que se despedazase con los dedos.

Si entraba en una casa y no hallaba otra cosa, hacia que le trajeran vinagre, y comia pan empapado en él, diciendo:

« El mejor aroma es el del vinagre. »

Extraordinariamente aficionado á los dátiles, que constituian la base de su alimento, solia decir:

« En la casa donde hay dátiles no se padece hambre. »

Y tambien:

« El que se despierta por la mañana con siete dátiles no tiene porqué temer aquel dia veneno ni sortilegio. »

Además de los dátiles, cuyos huesos rompia entre los dedos índice y pulgar, le gustaban mucho las calabazas, de las que decia sonriendo:

« Este es el fruto del árbol de mi hermano Jonás. »

Y como le dijera uno de sus amigos:

— Profeta de Dios, comes demasiadas calabazas.

— Son buenas para el cerebro y aumentan el juicio, respondió Mahoma.

De la leche, que le gustaba mucho, decia:

« El que se alimenta de leche debe pedir á Dios que la bendiga y » aumente, porque es la única cosa que yo sepa que puede servir á un » tiempo de comida y de bebida. »

Siempre que bebia hacia tres pausas, durante las cuales pronunciaba el nombre de Dios. Cada dia apuraba una copa de miel, á la que mezclaba cebada ó centeno tostado, para mejorar el sabor del agua salada de Medina. Si estaba en compañía de otros hacia beber á todos antes que él, de donde procedia su dicho:

« El que da de beber á un pueblo debe beber el último. »

Emprendia por lo regular sus viajes en lunes, y á veces en miércoles ó jueves.

« Si viajais en años de abundancia, decia, no dejeis que falte yerba á » vuestras cabalgaduras: si en años estériles, apresuraos lo mas posible á » fin de llegar pronto al término del viaje, y si de noche, descansad un par » de horas fuera del camino y donde no os molesten los insectos. »

Además de esto, prohibió á los creyentes viajar sin compañía, diciendo:

» Si supiera el hombre lo que hay en la soledad, jamás iria solo. »

Prohibió absolutamente viajar á las mujeres sin sus maridos, y cuando encontraba en su camino algun viajero enfermo ó demasiado cansado, acudia á socorrerle haciéndole sentar detrás de sí en la mula ó camello que montaba.

Un dia le salieron á esperar Abdallah, hijo de Cuafer, y sus dos sobrinos Asan y Osein, é hizo subir á los tres sobre su camello, el primero delante y los otros dos detrás, entrando así en Medina.

Por una de sus órdenes, tres hombres solamente que emprendiesen un viaje debian nombrar á uno de ellos *emir,* esto es, jefe de la caravana, y cuando, al ausentarse de Medina alguno de sus conocidos, iba á despedirse de él, le decia:

« Declara á Dios tu religion y el fin de tus acciones. »

Ó bien :

« Dios acrezca tu virtud, perdone tus pecados y haga que encuentres el bien do quiera que te vuelvas. »

Obsequioso é indulgente con las mujeres, solia decir á sus amigos :

« El mejor de vosotros sea el mejor con su esposa, porque yo soy el mejor de vosotros con la mia. »

Y efectivamente, sin acordarse de la nocturna aventura de la ligera Ayesa, bebia por el mismo lado del vaso que ella habia bebido, y comia á veces carne del mismo hueso que su mujer tenia aun entre los dientes, descansando frecuentemente con la cabeza en su regazo, mientras salmodiaba algunos versículos del *Coran.*

En una ocasion apostó á correr con Ayesa, y fué vencido. Al cabo de algunos años, habiendo apostado de nuevo, la dejó atrás, y exclamó satisfecho :

« Ahora estamos iguales. »

Siempre que Ayesa se irritaba, lo que parece que ocurria con frecuencia, la ponia ambas manos sobre los hombros, diciendo :

« ¡ Dios mio, perdonad sus pecados, aplacad la ira de su corazon y preservadla de agitaciones ! »

Todas las tardes, despues de la oracion, visitaba á sus mujeres; informábase de su salud, y por la noche iba al aposento de aquella á quien tocaba el turno. Por lo demas, aunque la linda Ayesa era su favorita, trataba á todas con la posible igualdad en cuanto á la comida, á la habitacion y al vestido.

« De vuestro mundo, decia á sus amigos, no amo mas que las mujeres

» y los buenos olores. En cuanto á lo demas, Dios ha puesto en la oracion » el consuelo de mis ojos. »

Cuando estaba en compañía de los suyos, acostumbraba sentarse con las piernas cruzadas, cogiéndose los piés con las manos. Tambien se tendia boca arriba, y entonces colocaba un pié sobre otro.

Odiando el hablar mucho, abreviaba sus arengas cuanto le era posible, sirviéndose muchas veces de gestos y ademanes para economizar palabras.

En sus discursos le gustaba marcar bien los acentos, y repetia las palabras mas dignas de llamar la atencion de los oyentes.

Siempre que se sorprendia torcia la mano volviendo la palma hácia afuera, y si sus compañeros se admiraban de algo, se admiraba tambien; pero si se reian, él permanecia sério, ó á lo sumo dejaba asomar á sus labios una leve sonrisa.

En sus ratos de ócio le gustaba oir anécdotas y dichos agudos, rodeado de sus amigos, y hasta se complacia en bromear con ellos, si bien ninguna de sus bromas era ofensiva ni se fundaba en mentiras.

Uno de sus chistes mas conocidos es la contestacion que dió á Sofía, hija de Abdul-Mothalleb, hembra ya entrada en años, que habiéndole preguntado si las mujeres entraban en el paraiso, obtuvo esta respuesta:

«Las jóvenes y hermosas entrarán; pero no las viejas.»

Mesurado en sus movimientos, andaba lentamente y con dignidad, segun el versículo del *Coran,* que dice:

« Los siervos del Misericordioso caminan con modestia, y cuando un ignorante les dirige la palabra, le responden: ¡Paz! »

Excelente jinete, montaba indistintamente caballos, camellos, mulos y asnos, llevando en varias ocasiones sus esposas á la grupa.

Antes de acostarse recitaba algunos versículos del *Coran;* se acomodaba luego sobre el lado derecho con una mano bajo el rostro, y decia:

« ¡Oh, Dios mio! ¡Por tí vivo y por tí muero! »

Y otras veces:

« ¡En tu nombre, Señor! ¡Tú me pones de lado, y de nuevo me levantarás! »

Supersticioso como todos los orientales, explicaba los sueños á sus amigos, recomendándoles que siempre que soñaran cosas malas escupieran tres veces sobre el lado izquierdo, se volviesen sobre el derecho y no hablasen á nadie del asunto.

Al levantarse por la mañana decia tres veces la siguiente oracion:

« ¡ Alabado sea Dios , que nos da cada dia la vida despues de habernos » sumergido en la muerte ! »

Para los musulmanes era el mas bello , mas valiente y mas bondadoso de los hombres. La tradicion ha conservado estas palabras de Anis , que le sirvió nueve años :

« Jamás me dijo el Profeta : ¿ Por qué haces esto ó aquello ? Nunca me » reprendió ni me dijo palabra que pudiera ofenderme. »

Esta dulzura explica el afecto que le profesaban sus discípulos y compañeros. Si daba la mano á alguno, no era el primero en retirarla , y si se paraba á hablar con cualquiera, tampoco era el primero en despedirse, lo cual prueba una afabilidad y cortesanía que ciertamente no podrian esperarse de un hombre de su época y de su absoluta carencia de instruccion.

Conocida la seriedad del Profeta, puede comprenderse que no habrá legado á la tradicion muchos dichos agudos. Á pesar de eso, algunos biógrafos presentan como chistes algunas palabras de este hombre extraordinario, que no merecen por cierto el nombre de tales , como podrá verse por los siguientes ejemplos :

En una ocasion llegó Abu-Bekr á casa de Mahoma , y encontró á Ayesa que reñia con su marido y gritaba mas que él. Deseando poner término á la querella, quiso Abu-Bekr tirar de las orejas á su hija para hacerla callar; mas se opuso el Profeta , y su suegro se marchó amostazado. Como volviera luego y hallase en paz á los esposos :

— Dejadme , dijo , tomar parte en vuestras paces , como antes la tomé en vuestra disputa.

Pero Mahoma replicó con maliciosa sonrisa :

— ¡ Nuestras paces !... Ya las hemos hecho.

El beduino Zahir trajo del desierto un regalo al Profeta, que recibió el presente, y dijo cuando aquel se marchó de su casa :

— Él nos ha embrutecido y nosotros le hemos civilizado.

Un dia vió á un buhonero que ofrecia á sus mujeres sus mercancías, y le abrazó por detrás sin que él le viera.

— ¡ Libradme de este hombre ! gritó el mercader, no sabiendo que era el Profeta quien le sujetaba.

— ¿ Quién quiere comprar un esclavo ? exclamó Mahoma con la mayor seriedad.

— ¡ Oh, Profeta de Dios ! dijo asustado el pobre diablo ; no me encontrarán digno de ningun precio.

— ¡ Por Dios! ¡ por Dios ! concluyó Mahoma, que no cuestas barato, sino caro.

Habiéndole anunciado la visita de un hombre llamado Abdallah Asino, se sonrió el Profeta al oir el apellido de aquel quidam; le recibió, y le dió de beber.

— ¡ Dios le maldiga ! dijo uno de los amigos que presenciaron la entrevista : ¿ porqué le has dado tanto ?

— No le maldigas, respondió Mahoma, que el asno agrada á Dios y á su Profeta.

Mahoma daba grande importancia y deducia buenos auspicios de los hombres sonoros y agradables. Segun él, los hombres mas hermosos ante Dios son Abdallah [1] y Abd-el-Rahman, [2] y el que detesta mas el de *rey de los reyes*. Siguiendo esta preocupacion, cambió los nombres de dos de sus mujeres, llamando á una de ellas Hineb [3] y á la otra Meimunei. [4] Cuando encargaba á alguno algun negocio no lo hacia sin preguntarle antes su nombre, y si no le gustaba revocaba al momento la comision.

Mahoma se arreglaba cada dia la barba y los cabellos y se recortaba los bigotes, diciendo á este propósito :

« Recortaos los bigotes y dejaos crecer la barba, al contrario de lo que » hacen los magos. »

Todos los viernes, antes de encaminarse á la mezquita, practicaba aquella operacion, cortándose además las uñas y tiñéndose los párpados con colorete de Ispahan, tres veces los del ojo derecho y dos ó tres los del izquierdo. En sus expediciones guerreras iba provisto de espejo, peine, mondadientes, tijeras, un pomito de colorete, otro con algun perfume y un frasco de aceite para el cabello.

Como dejamos dicho, Mahoma no sabia leer ni escribir, ó al menos lo fingia para inspirar mayor fé en las revelaciones que suponia le enviaba el cielo por medio de Gabriel. Pero no obstaba eso para que á cada paso recomendase el estudio á sus compatriotas y se mostrase amigo de los hombres instruidos.

« La ignorancia, decia, es una mala cabalgadura, que hace parecer » ridículo al que monta en ella y al que la guia. »

[1] El siervo de Dios.
[2] El siervo del Misericordioso.
[3] Zenobia.
[4] Afortunada.

Además de la anterior bellísima sentencia, decia frecuentemente á sus amigos:

« Todos los males que afligen á los hombres provienen de la ignorancia, » y sin embargo, existe un mal peor, que es el de ignorar uno su ignorancia. » El ignorante no fija su atencion en lo que pasa al derredor suyo, ni en lo » que los otros hacen: si posee una virtud, cree poseer ciento, y si tiene » mil defectos, ni uno solo conoce. »

Quejándose un árabe de que se hubiese visto obligado á albergar en su casa durante dos dias á una persona docta, le dijo Mahoma:

« Las montañas manifiestan por medio del eco el placer que sienten al » resonar en ellas una voz melodiosa; las rosas y los jazmines se abren al » canto del ruiseñor; hasta los camellos se reaniman oyendo las canciones » de sus conductores. Es mas duro que la roca, mas estúpido que las bestias » el que no se complace en escuchar las palabras del sabio. »

Llevando con paciencia la adversidad, y lo que es mas raro, la próspera fortuna, exclamó al saber la muerte de su hija Bakia:

« ¡ Gracias sean dadas á Dios, de quien debemos recibir como un » beneficio hasta la muerte de nuestros hijos! »

Despues del fallecimiento de Cadiga tomó por esposas hasta trece mujeres, segun unos, y quince segun otros; y como el *Coran* solo le permitia tener cuatro, hizo que el cielo le autorizase, y aun le diese órden de casarse con cuantas quisiera, sin exceptuar la mujer ajena. Además de las que daba el título de esposas, tuvo en su casa once concubinas, jóvenes y hermosas en su mayor parte, contándose entre ellas una negra, llamada María, que le enviara Mu-Kaukus desde Egipto.

Á pesar de haberle hecho aquellas mujeres padre de una numerosa prole, no le sobrevivió ningun hijo legítimo, á excepcion de Fátima, mujer de Alí, procediendo de los ilegítimos todos los que aun hoy se glorían de descender de él y que tienen derecho de llevar el turbante verde.

Los errores, la doctrina, las virtudes y los vicios de Mahoma están consignados en su *Coran*, destinado por él á ser el código civil, militar y religioso de los árabes, con la idea de reunir sus diseminadas tribus bajo una ley y una sola creencia, dándoles una moral reformada, un culto mas puro que el de los ídolos, en el que sus sucesores fuesen el mismo tiempo pontífices y soberanos.

De la palabra árabe *Karaa (leer)* deriva *Kour'ann,* que significa *lectura, ó lo que debe leerse,* con cuyo nombre designan los musulmanes no solamente

todo el *Coran,* sino tambien cualquier capítulo ó seccion particular de este libro.

Los escritores islamitas presentan como una maravilla el estilo del *Coran.* En efecto, es agradable cuando imita los giros y las frases poéticas, alternando entre sí los tiempos pretéritos y futuros, y pasando de la tercera persona á la primera ó á la segunda y vice-versa, como lo hacian los profetas hebreos. Adornado de figuras orientales y reanimado con frecuencia por floridas y sentenciosas expresiones, siempre que describe la majestad y los atributos de Dios es hermoso, sublime.

Para los mahometanos y los árabes en general, el idioma en que está escrito su código religioso, idioma que no es otro que el dialecto que se hablaba en la Meca en el siglo VI, es el mas puro y perfecto posible. Pero ese dialecto difiere tanto del árabe moderno, que hoy se enseña la lengua del *Coran* en los colegios de la Meca como el latin antiguo en Roma y el sanscrito en la India.

La admiracion que escita este libro dimana principalmente del cuidado que puso Mahoma en hermosearle con las galas de la poesía, dando á su prosa un tono noble y elevado y haciendo rimar frecuentemente sus períodos ó versículos, en los que, separándose del lenguaje comun, supo pintar con majestuosos versos al Eterno sentado en su trono de luz, dando leyes al universo, haciendo que á una señal suya se extremezcan los planetas, caigan convertidas en polvo ciudades populosas y surjan deliciosos jardines de la abrasada arena del desierto.

Tan armoniosas y dulces son sus palabras cuando describe los eternos placeres del paraiso que promete á los creyentes, como terribles y enérgicas al pintar las devoradoras llamas del infierno que han de abrasar á los infieles.

Conociendo fondo á Mahoma su lengua materna, tan rica y elegante, y que por la composicion de sus verbos puede seguir el vuelo del pensamiento y reflejarlo fielmente imitando con la armonía de los sonidos el canto del ave, el murmullo de las olas, el mugido del viento, el retumbo del trueno; conociendo á fondo, repetimos, una lengua en que se habian ya hecho célebres muchos poetas, cuidó de comunicar á su doctrina toda la gracia de la elocucion, á su moral la majestad que le convenia y á las fábulas que presentó como verdades irrefragables cierto tinte de originalidad que las hace agradables é interesantes.

Exagerando tal vez su mérito, afirmó Alí que el *Coran* es la historia del

pasado, la ley del presente y la profecía del porvenir. Y como si quisiera confirmar el juicio de su yerno, solia decir Mahoma á sus discípulos :

« Leed el *Coran,* y llorad : si no llorais ahora, tendreis que llorar mas » algun dia. »

En un arranque de entusiasmo ó de vanidad, cayó el Profeta en el error de hacer consistir la verdad de su mision en el mérito de su libro al desafiar audazmente á los hombres y á los ángeles á que llegasen á igualar las bellezas de una sola de sus páginas, llevando su presuncion hasta decir que solamente Dios pudiera ser capaz de dictar aquella incomparable obra, tan respetada, por otra parte, de todo buen musulman, que ninguno se atreveria á leerlo sin haberse purificado antes por medio de la oracion y de las abluciones prescritas por la ley.

Los mahometanos, á imitacion de los masoretas hebreos, tienen numerados no solamente los capítulos *(suras)* y versículos del *Coran,* sino sus palabras y letras, á fin de impedir toda corrupcion ó alteracion del texto. De esta numeracion resulta que contiene 114 capítulos, 6,243 versículos, 77,639 palabras y 323,015 letras.

Mahoma compuso su libro mezclando en él muchos pasajes de la *Biblia* y del *Talmud* con los que inventó su ardiente imaginacion, y lo publicó en el espacio de diez y siete ó diez y ocho años, parte en la Meca y el resto en Medina, segun que se lo iba revelando el cielo, ó mejor dicho, á medida que necesitaba hacer hablar á Dios. Así, cada revelacion era adecuada á las necesidades del momento ó á las pasiones y política del innovador, y aunque en ellas se advierten á cada paso mil contradicciones, desaparece todo motivo de discusion ante la máxima preliminar que consignó el Profeta en su obra, segun la cual el texto de la escritura es derogado ó modificado por la mutacion subsiguiente.

Tan pronto como anunciaba Mahoma una de estas supuestas revelaciones, sus *kodai,* ó secretarios, se apresuraban á escribirla en pergaminos, ó en hojas de palmera ; la aprendian de memoria los discípulos, y se depositaban desordenadamente en un cofre.

Abu-Bekr, sucesor de Mahoma en el califato, fué quien tomó á su cargo el cuidado de recopilar los *suras* de que consta el *Coran ;* pero lo hizo sin tener en cuenta el tiempo en que se pronunció cada capítulo, así es que el que debiera hallarse al principio ocupa el número XCVI, y el último que publicó Mahoma lleva el número IX.

Las principales ediciones ó antiguas copias auténticas que existen del

Coran se reducen á siete, de las cuales se publicaron las dos primeras en Medina, la segunda en la Meca, la tercera en Cufa, la quinta en Basora, la sexta en Damasco, y la sétima, á la que se llamó edicion vulgar, no sabemos el punto en que fué hecha.

Á pesar de haberse vertido á multitud de idiomas, no hemos visto todavía ninguna buena traduccion española del *Coran.* Quien sin conocer á fondo el árabe quiera estudiar este admirable libro, puede leer la concienzuda traduccion de Savary, que lleva por título: *Le Coran traduit de l'arabe, accompagné de notes et précédé d'un abrégé de la vie de Mahomet,* etc., París, 1783.

Tal vez no haya existido un hombre cuyos hechos é intenciones hayan sido objeto de mas controversias por parte de muchos ilustres historiadores y orientalistas de gran fama que el fundador del islamismo. En tanto que unos nos lo presentan cual un descarado impostor, cruel, lujurioso y ávido de mando, otros miran en él á un nuevo Moisés, no menos grande que el insigne caudillo de Israel como fundador de una nacion, como legislador y como pontífice de una religion que con maravillosa rapidez debia difundirse por gran parte de la tierra.

Sin dejarnos nosotros arrastrar por el odio religioso, ni por la admiracion que han demostrado hácia Mahoma varios autores contemporáneos de indisputable mérito, diremos, que á pesar de los extravíos de su sensualidad y de los horribles delitos á que le arrastró la pasion, impostor ó creyente, debe apreciarse en lo que vale la obra colosal que acometió de reunir primero las numerosas tribus idólatras de la Arabia, y despues toda la humanidad, bajo una sola ley y una sola creencia religiosa, basada en el conocimiento de un Dios único y todopoderoso que rige los destinos del mundo y de los hombres.

¿Fué un impostor Mahoma? ¿Arrastrado por su entusiasta imaginacion, se creyó de buena fé llamado á regenerar á sus semejantes, á ser el apóstol de la verdad? Como Moisés, como Lutero, como todo hombre de corazon que siente arder en su cerebro la divina llama del génio, el inspirado de la Meca obedeció primero á una idea noble y generosa que cruzara su exaltada fantasía, y despues apeló á la ficcion, á la impostura, para llevar adelante su gigantesca empresa.

Tal la flecha despedida del arco por un robusto brazo no se detiene hasta dar en el blanco ó dejar agotada su fuerza impulsiva.

Por lo demas, hace diez siglos que en una buena parte del Ásia, de

África y de Europa la religion mahometana cuenta mas de doscientos millones de adeptos, y aun cuando es efectivo que el imperio turco, el mas genuino paladin del islamismo, está fatalmente destinado á desaparecer en breve de entre el número de las naciones europeas, siendo probable que al trazar estas líneas haya empezado su disolucion, seria ilusorio creer que por eso ha de desmoronarse el edificio que levantó Mahoma. Suelen confundirse con lastimosa lijereza los destinos del islam con los de la Turquía. Los otomanos, señores hoy de Constantinopla, solo empezaron á reinar en ella en el siglo XV con Mahomet II, y se les puede arrojar de allí sin que peligre por eso el islamismo, que seguirá siendo la religion dominante en África y en Ásia, sin que le perjudique en nada la caida ó desmembracion de la Turquía. Ésta puede verse en peligro; pero no la doctrina de Mahoma, pues como hizo notar muy oportunamente Springer, que vivió tantos años entre los islamitas, menos dispuestos se encuentran éstos á abandonar su fé que muchos mal llamados cristianos. Mas de cuarenta años van trascurridos desde que los franceses se hicieron dueños de la Argelia, llevando allí con sus armas victoriosas una heróica falange de misioneros que se esfuerzan en propagar la sublime doctrina del Crucificado, y pueden ver con harto desconsuelo cuán escasos frutos reportan sus nobles sacrificios, y cómo aumenta el fanatismo de los sectarios del islam.

De lo dicho se infiere que no ha llegado todavía el dia de la decadencia para la obra de Mahoma, y que tal vez trascurrirán bastantes siglos antes de que la mano del Eterno señale en el reloj de los tiempos la hora de su ruina.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MAHOMA.



PELAYO

PELAYO.

La [illegible]
[illegible]

imponiendo contribuciones á los pueblos, [illegible] veres y ruinas.

Dueños de Andalucía, Lusitania, ambas Castillas, [illegible] Aragon, Valencia y Cataluña, creian los invasores que nada [illegible] que hacer para gozar tranquilos la posesion de la Península. Pero [illegible] vocaban: en medio del general abatimiento y del terror de que [illegible] so-brecogidos los descendientes de los antiguos indomables [illegible] ante las cimi-tarras agarenas, un hombre al mismo tiempo atrevido [illegible], de accion y de consejo, fecundo en recursos y que no desesperaba todavía de la sal-vacion de la patria, lanzó en el corazon de las montañas asturianas el santo [illegible]

¿Quién era el temerario que se atrevia á hacer frente á los formidables ejércitos de los califas de Damasco, dueños del Oriente, y cuyas armas hacian temblar la Europa? Era Pelayo, ó *Belay el Rumi*,[1] cómo le llaman los cronistas árabes, confundiendo su orígen [illegible] con el romano de mu[illegible] principales familias que poblaban nuestra [illegible]

[illegible]



PELAYO.

(De 714 á 737 despues de J. C.)

La ineptitud de Rodrigo, la perfidia de un gobernador traidor á su patria y á su rey y la debilidad de los degenerados godos acababan de abrir á los árabes las puertas de España, en la que derramándose cual devastador torrente, paseaban victoriosos el sangriento estandarte del islam, imponiendo contribuciones á los pueblos, aniquilando las ciudades que osaban resistirles y dejando señalado su paso por un rastro de sangre, cadáveres y ruinas.

Dueños de Andalucía, Lusitania, ambas Castillas, Navarra, Murcia, Aragon, Valencia y Cataluña, creian los invasores que nada les quedaba ya que hacer para gozar tranquilos la posesion de la Península. Pero se equivocaban: en medio del general abatimiento y del terror de que parecian sobrecogidos los descendientes de los antiguos indomables iberos ante las cimitarras agarenas, un hombre al mismo tiempo atrevido y prudente, de accion y de consejo, fecundo en recursos y que no desesperaba todavía de la salvacion de la patria, lanzó en el corazon de las montañas asturianas el santo grito de independencia.

¿Quién era el temerario que se atrevia á hacer frente á los formidables ejércitos de los califas de Damasco, dueños del Oriente, y cuyas armas hacian temblar la Europa? Era Pelayo, ó *Belay el Rumi*,[1] como le llaman los cronistas árabes, confundiendo su orígen godo con el romano de muchas principales familias que poblaban nuestra Península.

[1] Pelayo el romano, ó el naturalizado romano.

Varios historiadores dan á Pelayo el título de infante por el hecho de suponerle nieto de Chindasvinto, sin tener en cuenta que, aun cuando así fuera, no le corresponde este título, puesto que siendo electiva entre los godos la dignidad real, y no hereditaria, al fallecer un rey, ó al ser depuesto, quedaban sus descendientes reducidos á la condicion de meros particulares, sin disfrutar mas prerogativas que las que sus merecimientos personales les hubieran granjeado.

Si hemos de creer lo que la tradicion, mejor que las incompletas crónicas que tenemos á la vista, refiere del esforzado campeon de la independencia española, fué Pelayo hijo de Favila, duque de Cantabria, á quien el sanguinario Witiza quitó la vida por infundadas sospechas de traicion, al mismo tiempo que hacia sacar los ojos á su hermano Teodofredo, padre de Rodrigo, é hijos ambos de Chindasvinto.

Admitida esta genealogía, resulta que Pelayo era primo del último monarca que ocupó el trono de los godos, pudiendo creerse que vivió en la córte de Rodrigo durante su breve reinado de dos años, cinco meses y quince dias, ó sea desde mediados de Febrero de 709 hasta fin de Julio del año 711 de la era cristiana, en que éste, no sabemos si culpable ó infeliz monarca, perdió el cetro y la vida en la infausta jornada del Guadalete.

Es comun opinion entre los historiadores españoles que Pelayo, dotado de una intrepidez poco comun, combatió heróicamente en el Guadalete, y que con un puñado de valientes que se le juntaron despues de la derrota de los godos hizo frente por algun tiempo á los invasores, teniendo al fin que ceder y retirarse á Asturias, abrumado por el inmenso número de enemigos mas bien que porque le faltase corazon para continuar la lucha.

En la indecision que dejan en el ánimo las confusas noticias que nos suministran las crónicas de aquellos remotos tiempos respecto al restaurador de la monarquía española, creemos oportuno extractar aquí lo que acerca del mismo escribió á mediados del siglo XVI el juicioso Ambrosio de Morales:

« Pasó á Asturias Pelayo, dice el citado autor, y allí, obedeciendo prudentemente á la necesidad y fatiga de los tiempos, se conservó entre los moros, como los otros cristianos que ellos permitian quedar en sus tierras, con tal que les pagasen tributo y no practicaran públicamente su religion.

» Sin duda guardaba Dios al infante [1] para tanto bien como despues

[1] Morales da tambien á Pelayo el título de infante, fundándose sin duda en su régia estirpe, ó en su parentesco con Rodrigo.

quiso obrar por su mano, y así lo salvaba y conservaba con su proteccion, escapándole de los peligros y asegurándole en todo su buen proceder.

» Era entonces en Asturias Gijon lugar muy fortalecido desde el tiempo de los romanos, que le llamaban *Aras Sextianas,* y lo tuvieron como alcázar y firme presidio para la sujecion de toda aquella provincia, añadiendo á lo dicho la comodidad de su puerto y otras buenas cualidades, que decidieron á los alárabes á elegirle por asiento de su gobierno en aquella tierra, teniendo su residencia en él, como Isidoro de Sevilla refiere, un capitan de ellos llamado Munuza, uno de los principales caudillos que entraron con Tarif en España.

» De este capitan Munuza era súbdito el infante Pelayo, y á lo que parece tenia en su casa y consejo el grado de dignidad que merecia, pues comunicaba con él los negocios mas importantes de Estado, aunque el obispo de Beja no atribuye la privanza del infante con el moro á sus merecimientos, sino á que el infiel estaba enamorado de una hermana muy hermosa que tenia, llamada Ormesinda, con gran deseo de haberla.

» Munuza envió á Pelayo á Córdoba con un mensaje para Tarif sobre negocios graves, y en ausencia del infante, valiéndose de un esclavo del mismo, trató y efectuó su casamiento con su hermana.

» Cuando volvió de Córdoba Pelayo le pesó extraordinariamente el ver á su hermana con el moro, y sacándola de su poder con el mayor disimulo que pudo, comenzó á tratar de veras, aunque con todo secreto, el alzarse contra los alárabes y dar principio á recobrar á España, para lo cual Dios le tenia guardado y escogido.

» Así por habérsele quitado su mujer, como por entender algo de lo que tramaba el infante, avisó Munuza cuan presto pudo á Córdoba, para que Tarif proveyese al remedio, como lo hizo enviando alguna gente con órden de que prendieran á Pelayo y se lo presentasen bien aherrojado.

» Todo esto se obraba con la mayor cautela para tomar al infante descuidado; mas él fué advertido por un amigo, en el lugar llamado Infiesto, de cómo habia de ser luego preso por algunos moros de los de Córdoba, que para esto habian llegado á aquella tierra, con cuyo aviso huyó Pelayo, y llegando al rio Pionia, que ahora llaman Bueña, y hallándolo muy crecido, se echó animosamente en él con su caballo, y pasando á nado, llegó en salvo al valle de Cangas, volviéndose á Gijon los moros que le perseguian, por no atreverse á pasar el rio, tornando luego á Córdoba con la nueva del levantamiento del infante.

» Viendo ya Pelayo manifiesto su peligro, y cuánto le convenia apresurar la ejecucion de sus designios, convocando el mayor número de cristianos que pudo, y quitándoles con santas amonestaciones el miedo de los moros que los tenian tristemente abatidos, les puso en los ánimos nuevo esfuerzo y confianza en Dios, con deseo de su libertad, hecho lo cual buscó prudentemente sitio seguro donde se pudiera encerrar y defender con ellos. Para esto escogió en aquella montaña llamada Auseva, sobre el valle de Cangas, una cueva que, demas de ser su sitio extraño y que difícilmente se hallara otro tal en el mundo, será mucha razon describirla bien en particular, por haber sido el principio donde comenzó el Señor con manifiestos milagros la restauracion de España.

» En el lado oriental de las Asturias de Oviedo, y en lo postrero de ellas, por donde confinan con las de Santillana, está la villa de Onís, y tres leguas mas abajo por el valle del rio Bueña, donde desagua en el Sella, están casi juntas las dos villas de Cangas de Onís y Mercado de Cangas, muy diferentes de la de Cangas de Tineo, que está treinta leguas mas lejos al otro lado occidental de estas Asturias. Á dos leguas escasas de las dichas poblaciones de Cangas, en aquella sierra nombrada Auseva, está la cueva llamada Covadonga, donde Pelayo se retrajo con los que le seguian. Está este sitio dentro de las montañas llamadas de Europa, en las vertientes que ya son de Asturias; porque siendo estas sierras las muy celebradas en Castilla con solo nombre de montañas, por aquella parte que cierran los llanos del reino de Leon las llaman comunmente de Europa, y parten con sus cumbres las Asturias de Oviedo y Santillana. Así que, correspondiendo las vertientes del mediodía al reino de Leon, las septentrionales, que van luego á penetrar en el mar, son de ambas Asturias, sin que sea posible dar á entender del todo con palabras la extrañeza de aquellos sitios, por lo fragoso de la sierra, por lo bravo y espantoso de la roca y por las grandes maravillas de la naturaleza que se presentan á la vista de quien atentamente las considera.

Subiendo desde el Mercado de Cangas por la ribera oriental del rio Bueña, se ve un valle harto extenso, cual hay muy pocos ó ninguno en Asturias, aunque se parece á los otros de aquella tierra en ser muy fresco y de hermosas arboledas. No se ha caminado media legua por la citada ribera, cuando otro rio menor, llamado por los naturales Reinazo, entre en el Bueña. Sin pasar el Reinazo se camina otra media legua hasta el pequeño lugar llamado Soto, y un poco mas arriba se halla otro pequeño

rio llamado Deva, que corre por un valle fresquísimo. Las dos montañas que cierran este valle son mas altas que las de Bueña, y van siempre creciendo en altura y estrechando mas, tanto, que desde Soto ya va el valle mas cerrado y lleva mas ásperas y levantadas las cumbres de sus montes. Desde este lugar de Soto se va á otro menor que nombran Riera, siendo necesario pasar á menudo el rio Deva, porque la estrechez ya creciente del valle, el torcer con muchas vueltas el rio y el ser sus bordes en extremo peñascosos, hacen revolver muchas veces el camino, que presenta de suyo una aspereza y oscuridad espantosas con no dejar mas anchura de cuanta el rio lleva de corriente, ó mejor dicho, de despeñadero. Y quien ya llega aquí, pasando de Soto, por mas descuidado que vaya no puede dejar de pensar en la misericordia de Dios, que manifiestamente cegó á los moros para que no mirasen cómo se metian en tal estrechura de breñas, donde poca gente podia pelear muy con ventaja con un grande ejército.

» Desde Riera, en otra media legua que queda hasta llegar al memorable asilo de los cristianos, se va aun enriscando y estrechando mas el valle, que sin tener salida, se cierra al cabo con una altísima peña, llamada Covadonga, en uno de cuyos huecos tiene el rio Deva su nacimiento, y súbese toda esta media legua por cuesta tan ágria, que no se puede ir sino muy mal á caballo.

» Esta peña, que cierra el valle, como queda dicho, es tajada y se inclina hácia afuera, infundiendo espanto el mirarla desde un pequeño prado que se encuentra á su pié, por parecer que va á desplomarse sobre los que allí están. Por este pié de la peña se descuelgan con espantoso ruido dos grandes chorros de agua, que formando en el prado una pequeña balsa, dan nacimiento al rio Deva, segun queda apuntado mas arriba. Á la altura de dos picas, ó poco mas, se ve abierta en la peña una como ventana ó agujero de extraordinaria anchura, que es la boca de la famosa cueva de Covadonga. Este hueco de la gran ventana entra en la peña adentro por algun espacio, así que tiene suelo para caber en él doscientos hombres, y no mas, abriéndose en el fondo de la cueva otro agujero que baja á otro hueco, donde puede caber mas gente, aunque con poca comodidad, por estar allí el manantial del rio que se oye desde arriba pasar con harto ruido antes que se precipite de la peña abajo.

» En esta cueva, pues, se recogió el infante con los cristianos que le empezaron á seguir; allí le eligieron por su rey, y allí comenzó Dios á obrar sus acostumbradas maravillas, como en todos nuestros historiadores se lee,

razonando tambien los naturales de la tierra de aquellos acontecimientos con tantas particularidades como si hubieran pasado ayer, mezclando á la verdad mil fábulas, á que, por otra parte, se presta mucho la grandeza de los hechos de que fueron testigos aquellos lugares.

» La nueva del levantamiento de Pelayo, llevada á Córdoba por los que habian ido á prenderle, turbó mucho á Tarif, como quien estaba sin ningun recelo de que pudiera pasar adelante la rebelion. Mas pareciéndole que era cuestion de proveer al remedio con toda diligencia, envió á Alkhaman, uno de los intrépidos capitanes que con él vinieron de África, con ciento ochenta y siete mil hombres de pelea, segun afirman San Isidoro y otros cronistas de aquella época.

» Sin conocer la clase de enemigos que le aguardaban, ni el terreno en que debia operar, fuese derecho Alkhaman á la santa cueva donde Pelayo estaba, metiéndose sin ninguna consideracion con su ejército por aquellas breñas y angosturas que hemos tratado de pintar sin haber podido representar fielmente lo que son.

» ¡Cuán poderoso es Dios para vencer á sus enemigos, y qué aparejos hace sin sentirlo ellos cuando los descuida y les quita todo el recato! No era menester un capitan tan experimentado como Alkhaman para recelar entrar en la montaña, que cualquiera soldado ordinario podia claramente entender que entraban todos á perderse, pues quinientos hombres solos bastaban para destruir aquella muchedumbre, que no podia allí combatir ni revolverse, sino estorbarse y confundirse.

» La gente que tenia consigo el rey Pelayo no podia ser mucha. El arzobispo Rodrigo dice, que tomando el caudillo mil de ellos, y encomendándose á Dios, en quien principalmente confiaba, dió órden á los demas de que se pusieran en aquella montaña que está sobre la cueva, donde estarian seguros y podrian ayudar contra los moros cuando se pelease con ellos en lo bajo. Era esta una buena providencia, porque quien mira la cueva y lo demas de la peña y sierra que está encima, por tanto y mas provechoso tendrá para la defensa los que estuvieren en lo alto, como los que se ocultaran en la cueva, teniendo la misma, y aun mayor seguridad, de no ser envueltos y presos por el enemigo.

» Llegado, pues, Alkhaman á la peña, asentó sus reales en los contornos de ella, levantando muy de propósito innumerables tiendas, para espantar á los cristianos con su muchedumbre, que solo mirada podia hacer cierta la victoria con el aguijon del miedo, comenzando luego los moros á

combatir la santa cueva, principalmente con hondas y ballestas, que era lo que mas allí podia ser de provecho, empezando al mismo tiempo Dios á mostrar la proteccion que dispensaba á los suyos, porque las saetas y piedras volvian á caer con tanto ímpetu sobre los que las tiraban, que así los herian y mataban como si de arriba las tiraran con mucha fuerza.

» Atónitos los moros con el estrago que ellos mismos se causaban, desmayaron de manera, que dejando el combate, sin ningun concierto se comenzaron á poner en fuga, mientras Pelayo, doblemente animado por la ya declarada victoria, y con el esfuerzo que Dios en su corazon ponia, descendió con los suyos de la cueva, dando en sus enemigos por la espalda, y haciendo en ellos espantosa matanza, á lo que no debieron de contribuir poco los que estaban en lo alto de la montaña, pues con solo derribar grandes piedras y troncos de árboles podian hacer pedazos á cuantos enemigos osaran acercarse al pié de la peña.

» Despavoridos los moros, se dividieron en su fuga en dos grandes grupos, acaudillado el primero por Alkhaman, que murió en el alcance con cuantos le seguian, y el segundo, compuesto de sesenta y tres mil hombres, ganó la cima de la montaña de Auseva, llegando hasta el territorio de Liébana. Mas estaba dispuesto que de toda la hueste musulmana no se habia de salvar un soldado. Al irse descolgando del monte por un sendero muy empinado, el declive que domina el cáuce del Deva, cerca de Casagadia, se hundió de improviso bajo sus plantas, derrumbándose todos y quedando sumergidos en la corriente del rio, extraordinariamente crecida en aquel punto. »

Tal fué, segun Morales, la famosa batalla de Covadonga, dada el año 716 despues de Jesucristo, en la que, á creer á Sebastian de Salamanca y al monje de Silos, perecieron ciento veinte y cuatro mil musulmanes, número á todas luces increible, pero cuya exageracion merece disculpa si se tiene en cuenta que el primero de estos cronistas escribia en el siglo IX de nuestra era, y que se valió de este inocente medio para enardecer el entusiasmo de los cristianos en su lucha con los invasores. Por lo demas, Rodrigo de Toledo tan solo habla de veinte mil hombres muertos en aquella jornada, y todavía aumenta considerablemente las pérdidas de los moros, que segun un autor arábigo, consistieron en tres mil solamente, siendo esta cifra la que mas se aproxima á la verdad, como puede inferirse del siguiente relato que el grave Abdallah ben Abd-el-Rahman hizo de aquel acontecimiento:

« El gobernador de la Península por el califa, sabedor de que los cris-

tianos habian juntado un ejército por las montañas del Septentrion, envió contra ellos á Alkhaman. Belay, jefe de los sublevados, á favor de su situacion y de su arrojo, se lanzó sobre los musulmanes, matándoles cerca de tres mil; porque se descarriaron sus tiros, estalló una tormenta y quedó sumergida la hueste. Yacieron entre los difuntos Alkhaman y sus compañeros.»

Durante varios siglos pasó como cosa muy cierta entre los asturianos que el dia de la batalla vió Pelayo una cruz en el cielo, y que bajo la impresion de aquel prodigio, tomando una cruz no pequeña de roble por bandera, se lanzó á la pelea y alcanzó la victoria, usando despues la misma enseña en sus luchas con los sarracenos.

Noticioso del destrozo de los suyos, no juzgó prudente Munuza permanecer en Gijon, y con la mas gente que pudo quiso salvarse huyendo. Pero los asturianos, animados por la brillante victoria que acababan de obtener, salieron en su persecucion, y alcanzándole tres leguas mas abajo de Oviedo, le derrotaron tan completamente, que ni uno de los suyos pudo llevar á Córdoba la noticia de aquel desastre, en el que el mismo Munuza halló la muerte peleando al frente de sus tropas, quedando desde entonces todo el pais comprendido entre el Eo, el Deva, las montañas y el mar libre de la dominacion musulmana.

En cuanto á los supremos gobernadores árabes, se desentendieron de vengar el revés sufrido por sus armas en Covadonga, quizás porque se hallaran ocupados en otras empresas, aunque lo mas probable es que, escarmentados con lo ocurrido á Alkhaman y á Munuza, no osaran medirse con aquellos feroces astures, tan larga y trabajosamente sojuzgados por los romanos y cuyas montañas servian de sepultura á cuantos invasores penetraban en ellas.

Aun cuando diferentes cronistas cristianos de aquel siglo han dicho que Pelayo, viéndose al frente de considerables fuerzas por la llegada de muchos godos y españoles que se le unieron, salió de sus montañas y avanzó hasta Leon arrancando esta ciudad del poder de los sarracenos, no está probado este hecho, habiendo algunos indicios de que no fué el héroe cristiano quien llevó á cabo esta conquista, sino su yerno don Alfonso I el *Católico,* que ocupó el trono de Asturias en 739 por muerte de Favila.

El gobierno de Pelayo en los diez y nueve años que se le suponen despues de la lid venturosa de Covadonga, no tuvo ya que rechazar mas ataques por parte de los musulmanes, quienes en tan largo período no

asomaron por el territorio de la independencia. Guerrearon varias veces con los habitantes de las vertientes meridionales de los montes Cántabros y Asturianos que se sublevaban á cada paso rehusando pagar los tributos que les imponian; pero no se atrevieron á internarse otra vez en el corazon de Asturias.

Así pudo Pelayo ir fortaleciendo y consolidando su pequeño reino de cuarenta leguas de largo y doce ó quince de ancho, colocado por la Providencia fuera de la esfera de accion del poder musulman, manteniéndose el rey cuerdamente retraido de extender sus límites y atento únicamente al régimen político y civil del pais llamado por su esfuerzo á gobernar.

Segun los testimonios mas fidedignos, reinó Pelayo diez y nueve años, y falleció en Cangas el año 737 de la era cristiana, siendo sepultado con su mujer Gaudiosa, apenas mencionada en las crónicas de aquella época, en la iglesia de Santa Eulalia de Velamio.

Ermenesenda y Favila fueron los solos hijos que dejó Pelayo. Ermenesenda casó con Alfonso, apellidado el *Católico,* hijo de Pedro, duque de Cantábria, y Favila, despues de un oscuro reinado de dos años, murió despedazado por un oso en una cacería, á cuyo ejercicio parecia mas aficionado que á los cuidados del gobierno y á las fatigas de la guerra contra los mahometanos.

Atentos solamente á ensalzar los altos hechos del heróico campeon de la independencia española, los cronistas cristianos apenas se cuidaron de legar á la posteridad el retrato de aquel varon ilustre. Ápesar de este descuido, por algunos datos históricos que poseemos puede inferirse que Pelayo era de mas que mediana estatura, fornido, de marcial aspecto y de franca y noble fisonomía en que se reflejaba el vigoroso temple de su alma.

Como ya han advertido algunos críticos modernos, en la historia de Pelayo aperecen mezclados varios sucesos probados, positivos, con infinitas fábulas inventadas por los cronistas de su época, en su mayor parte eclesiásticos, para mantener viva la fé y aumentar el entusiasmo en un pueblo que se esforzaba por sacudir el yugo sarraceno, y que para alcanzarlo debia sostener una heróica lucha de ocho siglos. La privanza del héroe con Munuza; su embajada á Córdoba; el casamiento de Ormesinda con el gobernador árabe de Gijon, y los milagrosos acontecimientos que tanto abundan en la historia del animoso caudillo de los astures, están desmentidos por graves historiadores nacionales y extranjeros, sin que pierda por eso un ápice de su grandeza la noble figura del restaurador. Sin él, no solamente

España, sino quizás la Europa, seria hoy patrimonio de un descendiente del Profeta; sustituiria la doctrina del islam á la civilizadora ley de Jesucristo, y desde los feraces campos de Castilla hasta las heladas estepas de la Siberia, el errante beduino levantaria su tienda y abrevaria sus camellos donde bien le pluguiese, como en sus abrasados arenales del Sahara.

Una de nuestras mas legítimas glorias, la memoria de Pelayo ha llegado hasta nosotros rodeada de una aureola de popularidad inmensa á través de once siglos de luchas intestinas y extranjeras, y pasará á la mas remota posteridad con el agradecimiento de cuantos sientan correr por sus venas la generosa sangre española.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE PELAYO.



ABD-EL-RAHMAN I.

ABD-EL-RAHMAN I.

728 Á 788 DESPUES DE J. C.

Al [illegible] Abd-el-Rahman á España, exclama [illegible]

«¡Bien haya mil veces el Señor, cuya diestra, abatiendo los imperios, »reparte poderío y grandeza á quien le place! ¡*Allah Akbar!* solo tu reino »es sempiterno y sin vaivenes: tú solo eres poderoso en todo! Escrito »estaba en el misterioso libro de tus decretos eternos que á pesar del »encarnizamiento con que los Beni-el-Abas procuraron exterminar la noble »raza de los Beni-Ommiah, desposeida ya del califato y de la soberanía del »imperio musulman, habia de vivir una rama de aquel robusto tronco para »elevarse lozana al Occidente y cubrir con su sombra el mas floreciente »imperio.»

Abd-el-Rahman ben Moawiah ben Hescham ben Abd-el-Melek ben Merwan, que tales eran sus nombres, nació en la campiña de Damasco hácia el año 728 despues de Jesucristo. Pariente de Merwan II, último califa de la dinastía de los Omniadas, destronado por el Abasida Abul-Abas, contaria Abd-el-Rahman la edad de diez y ocho ó veinte años cuando el sanguinario vencedor mandó acabar con él y con su primo Soleiman ben Hescham ben Abd-el-Melek, que fué bárbaramente estrangulado por los sicarios del mortal adversario de su familia. Varios fieles amigos de nuestro héroe, enterados de la muerte del primo y del afan conque los asesinos buscaban su cabeza, le proporcionaron recursos para que abando-



ABD-EL-RAHMAN I.

(728 Á 788 DESPUES DE J. C.)

Al referir un autor arábigo las extrañas vicisitudes que trajeron á Abd-el-Rahman á España, exclama entusiasmado:

«¡Bien haya mil veces el Señor, cuya diestra, abarcando los imperios, » reparte poderío y grandeza á quien le place! ¡ *Allah Abgar:* solo tu reino » es sempiterno y sin vaivenes : tú solo eres poderoso en todo! Escrito » estaba en el misterioso libro de tus decretos eternos que á pesar del » encarnizamiento con que los Beni-el-Abas procuraron exterminar la noble » raza de los Beni-Ommiah, desposeida ya del califato y de la soberanía del » imperio musulman, habia de vivir una rama de aquel robusto tronco para » elevarse lozana al Occidente y cubrir con su sombra el mas floreciente » imperio.»

Abd-el-Rahman ben Moawiah ben Hescham ben Abd-el-Melek ben Merwan, que tales eran sus nombres, nació en la campiña de Damasco hácia el año 728 despues de Jesucristo. Pariente de Merwan II, último califa de la dinastía de los Ommiadas, destronado por el Abasida Abul-Abas, contaria Abd-el-Rahman la edad de diez y ocho ó veinte años cuando el sanguinario vencedor mandó acabar con él y con su primo Soleiman ben Hescham ben Abd-el-Melek, que fué bárbaramente estrangulado por los sicarios del mortal adversario de su familia. Varios fieles amigos de nuestro héroe, enterados de la muerte del primo y del afan conque los asesinos buscaban su cabeza, le proporcionaron recursos para que abando-

nase á Damasco, como lo verificó por caminos extraviados y viajando dia y noche.

Errante y fugitivo vivió Abd-el-Rahman algunos años entre los beduinos y pastores del desierto, acostumbrándose á su vida semi-salvaje, cual si hubiera nacido en uno de sus aduares, hasta que creyendo encontrar en África un asilo mas seguro, pasó hallá dejando á sus beduinos. Desempeñaba á la sazon Ebn-Habib el cargo de gobernador de la provincia africana de Barcah, y aunque debia cuanto era á los Ommiadas, navegaba con el viento de la suerte que soplaba favorable á los Abasidas, sin acordarse de sus bienhechores; por lo que, noticioso de que el jóven proscrito habia penetrado en su provincia, y anhelando congracirse con su nuevo señor, encargó á sus cadíes que le buscasen con ahinco por todas partes, manifestándoles al mismo tiempo que no podian prestar al califa mejor servicio que presentarle el fugitivo.

En tanto habia encontrado Abd-el-Rahman en el pais de Barcah huéspedes afectísimos que se esmeraron en servirle. Su edad, su agrado y cierta majestad que resplandecia en su mirada, le granjeaban el cariño de cuantos le daban albergue. Una partida de caballería enviada por Ebn-Habib para apoderarse del jóven, sorprendió una noche el aduar á que se habia acogido. El jefe de la partida preguntó á los beduinos si habian visto un mancebo siriaco cuyas señas les dió, y como comprendieran los interpelados que se trataba de Djafar-el-Mansur, como apellidaban á su protegido, respondieron que aquella mañana habia ido á caza de leones con otros individuos de la tribu, y que debia pasar la noche en un valle cercano; con lo que los agentes del gobernador partieron al momento hácia el sitio que se les indicaba. Pero los generosos huéspedes de Abd-el-Rahman acudieron á advertirle el peligro que le amenazaba, y dándole diez mozos de los mas esforzados del campamento, le obligaron á huir sin perder un instante.

Atravesando elevadas colinas é inmensos arenales, los fugitivos caminaron rápidamente durante algunos dias, sin que les arredrasen los rugidos de las fieras que hallaban á su paso, llegando por fin á Tahart, donde hallaron cariñosa acogida.

Situada á pocas jornadas de Tremecen y del mar, y poblada principalmente por zenetes, Zahart venia á ser en aquella época la capital de Berbería.

Los zenetes *(Zenatah)*, entre quienes acababa de llegar Abd-el-Rahman, eran una de las tribus mas numerosas de los bereberes, así como la mas

esclarecida por su antigüedad, riquezas y valor, siendo de ella Tarik y los principales capitanes que animosamente le siguieron á la conquista de España.

Hospedado el proscrito y sus compañeros en casa de un jeque de la tribu, visitólos el vecindario entero de Tahart, que se esmeró en obsequiarlos y proporcionarles cuanto podian necesitar; por lo que agradecido Abd-el-Rahman, no quiso encubrir su nacimiento y sus desventuras, ni la circunstancia de ser su madre Rahha oriunda de la tribu que tan hidalgamente le acogia.

Divulgadas al momento aquellas nuevas entre los habitantes de la ciudad, todos los jeques zenetes ofrecieron al mancebo su proteccion y afecto, á cuyas muestras de benevolencia correspondió él con corteses protestas de agradecimiento.

Mientras tenian lugar estos sucesos continuaba la guerra entre los musulmanes de la Península, que despues de hacerse dueños de ella, se dividieron en diversos bandos disputándose la posesion de su rica presa. Los que se habian establecido al Oriente de España sostenian el partido de los Abdaritas, mandados por Ahmed ben Amru-el-Khoraischita, en tanto que los árabes andaluces y toledanos, acaudillados por el emir Yusuf-el-Fehri, peleaban contra ellos con mas ó menos éxito por las quebradas de los manantiales del Tajo, posiciones favorables á los Abdaritas, que contaban con poca caballería, al paso que ésta venia á constituir la fuerza principal de Yusuf-el-Fehri.

Corrian parejas el encono y furor que desplegaban ambas parcialidades, talando campiñas, destrozando pueblos y desquiciándolo todo.

Enterado de cuanto ocurria en la Península el animoso proscrito, vislumbró una conyuntura favorable para elevarse al puesto á que parecia llamarle su ilustre nacimiento, y envió á España á su amigo Bedr, liberto de su padre, á fin de que esplorase los ánimos y le fuese ganando prosélitos.

Llegado á Andalucía Bedr, refirió las aventuras de Abd-el-Rahman, consiguiendo formar un partido á su amo.

Empezaba á disgustar aquella casi nula obediencia que los árabes españoles seguian tributando á una potestad que era ya excusado, cuando no gravoso el acatar, y Yusuf mismo se habia desentendido del vasallaje prestado por sus antecesores á los califas de Damasco desde la caida de Merwan II, aun cuando el nombre del nuevo califa se pronunciase todavía

en el *Khotbah*[1] como el del legítimo señor de los musulmanes de Occidente.

Por un acaso extraño y venturoso, Bedr encontró reunidos en Córdoba ochenta jeques de diferentes tribus sirias y egipcias, tratando de privar á Yusuf del emirato, ó mejor dicho, conspirando contra su autoridad. Acordes todos sobre este punto, igualmente que sobre la oportunidad que se les presentaba de libertar la Península entera del patronato de los califas de Oriente, solo les apuraba el no encontrar un caudillo que estuviese á la altura de las circunstancias. Pero tardaron poco los conjurados en encontrar lo que buscaban: Bedr sobornó á los principales de ellos, que propusieron á sus camaradas aclamar por jefe al vástago de los Ommiadas, salvado milagrosamente de la matanza de los suyos, y que refugiado entre los zenetes de Tahart esperaba á pocas jornadas de Andalucía el resultado de sus deliberaciones.

Á decir verdad, no tuvo que hacer Bedr grandes esfuerzos para lograr su objeto. El nombre de aquel Ommiada, idolatrado por los sirios, zanjó al momento la dificultad reuniendo todos los votos de los conspiradores.

Resuelto este importante asunto, faltaba solo el traer al mozo Abd-el-Rahman á Andalucía. Teman ben Alkhaman, Abu-Otman, Obaidalah ben Otman y Abdallah ben Khaleb, los mas distinguidos entre sus nuevos parciales, habilitaron prontamente un bajel y pasaron al África en busca del que era ya la esperanza de su partido.

Llegados á Tahart aquellos personajes y presentados al jóven proscrito, Teman ben Alkhaman le brindó no solo con un asilo en la Península, sino tambien con la soberanía de las tribus musulmanas establecidas en ella.

Sin vacilar un punto aceptó Abd-el-Rahman tan brillantes ofertas, y no trató ya mas que de volar á España en alas de su destino. Habiendo dado cuenta á los jeques africanos del negocio que allí llevaba á los andaluces, todos se apresuraron á renovar sus ofrecimientos, y en efecto, pusieron á su disposicion mil jinetes perfectamente armados, entre los que sobresalian quinientos aguerridos zenetes. En pocos dias quedaron terminados los pre-preparativos para la espedicion, y el animoso jóven se embarcó con su hueste para el pais á donde su buena estrella le deparaba un trono no menos espléndido que el de sus mayores.

Ageno á cuanto se tramaba en contra suya, acababa Yusuf de hacer prisionero en Zaragoza á su rival Ahmed y á su hijo, y se dirigia á Córdoba llevando aherrojados sobre camellos á entrambos con su secretario Hebab-el-

[1] Plegaria pública por el soberano.

Zobri, cuando se le acibaró el alborozo de su victoria con la noticia de que llegaba de África otro competidor mas formidable que el recien vencido.

Ciego de ira Yusuf con esta nueva, mandó crucificar á Ahmed, á su hijo y al secretario, crueldad que, segun un autor árabe, [1] le enagenó las simpatías de muchos de sus partidarios, que le abandonaron y se pusieron de parte de su nuevo adversario.

El dia tercero de la luna de *Djulkhadah* del año 138 de la hejira (8 de Abril de 756 despues de Jesucristo), desembarcó Abd-el-Rahman en Hisn-el-Munecab [2] con sus mil jinetes africanos, entre las aclamaciones de multitud de jeques andaluces que le saludaron con el título de emir.

Cundió velocísima la nueva del desembarco por toda la parte meridional de España, y en breve acudieron á engrosar la reducida hueste los mas afamados guerreros de todas las tribus sirias y egipcias, sobresaliendo la juventud de las mismas por el entusiasmo conque corrió á alistarse bajo las banderas del caudillo Ommiada, cuya mocedad y gentileza cautivaban desde luego los corazones de cuantos le miraban, de tal modo, que en pocos dias se reunieron á él mas de veinte mil hombres de los territorios de Elvira, Almería, Málaga, Jerez, Arcos y Sidonia.

Luego que hubo pasado revista á sus fuerzas, Abd-el-Rahman, en vez de dirigirse directamente á Córdoba, como le aconsejaban varios de sus amigos, se entretuvo algun tiempo en recorrer las comarcas habitadas por tribus que le eran afectas, y que aumentaron considerablemente su ejército, pasando luego á Sevilla, que le abrió gustosa sus puertas, y desde allí, siguiendo la orilla del Guadalquivir, marchó ya con toda diligencia sobre la capital del emirato, agasajado por los pueblos que encontraba á su paso.

Pero por mas rápida que fuese su marcha habia dejado tiempo á Yusuf para tomar sus disposiciones. Despues de encargar á su primogénito Abu-Zaid la defensa de la ciudad y territorio de Córdoba, se dedicó en union de su leal amigo el walí Samail á reunir fuerzas de las capitanías de Toledo y Mérida, mientras otros dos de sus hijos andaban ajenciando auxilios por las provincias de Valencia y Murcia, donde contaba el emir con muchos fieles partidarios.

Abd-el-Rahman en tanto se adelantaba hácia Córdoba á largas jorna-

[1] Ebn-Haya, en *Ahmed*.

[2] Hoy Almuñécar, ciudad de la provincia de Granada, situada á la orilla del mar, á once leguas de la capital.

das. El hijo de Yusuf habia aprovechado el tiempo juntando imponentes fuerzas. Confiando en ellas, y sabedor de que el Ommiada se encontraba en Carmona, creyó que podria fácilmente derrotarle; por lo que, puesto al frente de su caballería, bajó por la orilla izquierda del Guadalquivir, encontrando bien pronto al enemigo, á quien acometió desde luego, logrando alguna ventaja sobre sus primeros escuadrones. Pero el caudillo Ommiada, que ardia en deseos de mostrar á sus partidarios todo el valor que alentaba su pecho, púsose á la cabeza de sus denodados zenetes, y en una carga incontrastable arrolló á su adversario, obligándole á refugiarse atropelladamente en Córdoba, cuya defensa quedaba muy comprometida por este contratiempo.

Aprovechado hábilmente su victoria, Abd-el-Rahman persiguió á los vencidos hasta las puertas de la ciudad, delante de la cual plantó sus tiendas, resuelto á no levantar el sitio hasta que fuera suya.

Justamente alarmado Yusuf con la noticia del primer triunfo de su competidor, mandó á Samail, cuya cabeza y brazo le habian salvado muchas veces en trances apurados, que apresurase sus preparativos y se reuniera á él, á fin de acudir en auxilio de su hijo y arrojar de delante de Córdoba á los sitiadores.

Cumplida por Samail la órden de su jefe, se le incorporó con cuantos auxilios pudo, y ambos se adelantaron hácia Córdoba resueltos á sorprender y exterminar las huestes del Ommiada, que acampaba en una llanura situada entre el Guadalquivir y el Guadajoz, y que avisado por sus batidores de la proximidad del enemigo, púsose al frente de la mitad de su ejército, dejando la otra delante de Córdoba á las órdenes de Teman ben Alkhaman, y se lanzó denodadamente con diez mil hombres sobre los dos aguerridos caudillos, cuyas fuerzas eran tres veces superiores á las suyas.

Al oscurecer del dia 14 de Mayo de 756, los dos ejércitos se hallaron frente á frente en un sitio llamado por los historiadores arábigos Muzara, ó Masara, y como si los jefes estuvieran de acuerdo, dejaron para la mañana siguiente la decision de la contienda.

Efectivamente, apenas asomaron los primeros destellos de la aurora, abalanzóse la caballería de Abd-el-Rahman sobre la de Yusuf, arrollándola al primer choque y revolviéndola con su infantería, que no pudiendo resistir tan impetuoso ataque, se desbandó al momento, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres.

Revueltos con los fugitivos Yusuf y Samail, tomaron en su fuga diver-

sas direcciones, yendo el primero á refugiarse en Mérida, y el segundo en Jaen.

Esta jornada afianzó al descendiente de los Ommiadas el imperio de la España árabe.

Auyentado Yusuf, revolvió Abd-el-Rahman sobre Córdoba, dispuesto á tomarla por asalto; pero aterrado el vecindario, le entregó la ciudad, con la condicion única de que mientras él entraba por una puerta quedase en libertad Abu-Zaid de salir por otra.

Poco descansó en Córdoba el emir vencedor. Despues de visitarla apresuradamente, dejó en ella á Abu-Otman de gobernador, y salió en busca de Yusuf, que sin darse aun por vencido, mientras atravesaba su adversario la Sierra Morena para cercarle en Mérida, volvió sobre Córdoba á marchas forzadas, y sorprendiendo la escasa guarnicion que dejara en ella Abd-el-Rahman, hizo huir al gobernador y á los jeques Ommiadas que allí quedaron.

Corrido Abd-el-Rahman de haberse dejado engañar por su astuto enemigo, retrocedió al instante; recobró á Córdoba, de donde habia salido ya Yusuf, y se lanzó en pos de él, alcanzándole en el término de Al-Munecab, á donde habia acudido ya Samail con cuanta gente de su partido le fué dado reunir. Trabada la batalla, el impetuoso Abd-el-Rahman destrozó el ejército del destronado emir, y le fué persiguiendo sin descanso hasta la sierra de Elvira, de modo que el desgraciado Yusuf solo tuvo tiempo para ocupar el valle del Genil y las fortificaciones nuevas conque acababan de cercar unos aduares á corto trecho de la antigua Ilíberis, modesto orígen de aquella poderosa Granada, emporio de las ciencias y de la civilizacion árabes y la última ciudad de España en cuyos minaretes flotó al viento el blanco estandarte de los califas Ommiadas de Occidente.

Yusuf, acosado en aquel atrincheramiento como una fiera en su cubil, se convenció de que no podia ya resistir al afortunado Abd-el-Rahman, y por consejo de Samail hizo proposiciones de paz al vencedor, con quien celebró un tratado, en virtud del cual debia ceder á su competidor el título y autoridad de emir y entregarle en breve plazo cuantas ciudades y fortalezas le obedecian aun.

Como fianza del pacto que acababa de firmar, Yusuf entregó á Abd-el-Rahman sus dos hijos Abu-Zaid y Abu-Aswad, yendo á avecindarse con su crecida familia en Córdoba, donde el nuevo emir fué á instalarle en persona en un palacio que le cedió. En cuanto á Samail, á cuyos pru-

dentes consejos se debia la terminacion de aquella guerra con grande ahorro de sangre, obtuvo en recompensa el gobierno de la raya oriental del Pirineo, comprendiendo el valle del Ebro desde Zaragoza hasta Tortosa, en cuyo cargo, que habia desempeñado anteriormente, prestó buenos servicios á sus compatriotas.

Desembarazado de Yusuf y reconocido generalmente por emir, licenció Abd-el-Rahman parte de sus tropas, y acompañado de sus fieles zenetes y de sus mas adictos capitanes, visitó las principales ciudades de Andalucía y Estremadura, que le recibieron en triunfo, volviendo luego á Córdoba, donde Hawarah, la mas querida de todas sus mujeres, le dió un hijo, á quien llamó Hescham y que le sucedió en el emirato, como mas adelante veremos.

Córdoba, donde acababa de nacerle aquel hijo, fué desde entonces su residencia predilecta, su córte. Hermoseó la poblacion con varios monumentos notables; habilitó la antigua carretera ó via romana; plantó deliciosos jardines, y en 770 empezó á edificar la famosa mezquita que es hoy una de las mas preciosas al par que elocuentes muestras del gusto arquitectónico de los árabes.

Aparte de lo dicho, envió á Oriente á su amigo Moawiah ben Salehi, para que recogiese y trajera á España á los parciales y últimos restos de la familia de Ommiah, que llegaron en gran número á la Península, contándose entre los principales inmigrantes hombres tan distinguidos como Habib ben Abd-el-Melek, Abd-el-Melek ben Baschr ben Merwan, los diez hermanos Merwanes, Schimiro ben Nameir, Abu-Soleiman-Foteis y otros que sirvieron con celo al nuevo emir y fundaron poderosas familias. Á muchos de ellos confirió Abd-el-Rahman destinos importantes: á Moawiah ben Salehi dió el cargo de cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España *(Kadhy-el-Kodhah)*, á Abd-el-Melek el gobierno de Sevilla y á Soleiman-Foteis el de Cabra.

Pero mientras el generoso Ommiada se desvelaba en aquellos primeros años de su reinado por levantar los negocios de los musulmanes y arraigar su poder, el inquieto Yusuf, valiéndose de sus cuantiosas riquezas, iba en secreto reclutando gente para apoderarse nuevamente del mando. Ocultando al principio sus propósitos al ver el inmenso entusiasmo que excitara desde su llegada á España el valiente mancebo que descendia del Profeta, esperó pacientemente á que se enfriase aquel movimiento, hasta que creyendo llegada una ocasion propicia, se lanzó al campo con sus partidarios,

logrando sorprender y hacerse dueño de Hisn-al-Modwar, [1] á cuatro leguas de Córdoba, empezando al momento á recorrer los campos y á enviar emisarios para sublevar el pais.

No se habian extinguido todavía las simpatías que profesaban muchos jeques al emir anciano y valeroso, por lo que varias tribus, ya preparadas á la rebelion, se declararon por él, pudiendo en pocos dias hallarse á la cabeza de veinte mil combatientes.

Segun es de inferir por el título de *romanos* que da un historiador arábigo á una parte de la hueste de Yusuf, parece que cierto número de cristianos de las cercanías de Toledo, estimulados no se sabe porqué aliciente, se habian alistado bajo su bandera, constituyendo el nervio de su ejército.

Apurado era el trance para Abd-el-Rahman; mas no desesperando de alcanzar la victoria, envió contra los sublevados al bravo Abd-el-Melek, con tropas de Sevilla, de Arcos y de Sidonia, que en breve recobraron á Hisn-al-Modwar y demas pueblos cercanos á Córdoba que se habian declarado por Yusuf. Luego, volando en persecucion del viejo emir, le alcanzó Abd-el-Melek en la campiña de Lorca; le acorraló con su numerosa caballería; á pesar de la desesperada resistencia que opuso quedó destrozado su ejército, y él mismo, mal herido, espiró en el campo de batalla al ser reconocido por los vencedores, que enviaron su cabeza á Córdoba para que la colgaran en la muralla.

Samail, bien porque hubiese favorecido en secreto la rebelion de su antiguo amigo, ó porque sintiera realmente su muerte, se desprendió de su mando en la raya oriental del Pirineo, y pidió su retiro para sus haciendas de Sevilla, donde tampoco pudo disfrutar sosiego.

De los tres hijos de Yusuf, Abu-Zaid, el mayor, perdió la vida en una escaramuza que tuvo con el walí de Toledo, y su cabeza apareció colgada en la muralla de Córdoba junto á la de su padre; el segundo, Abu-Aswad, hecho prisionero en Toledo por Bedr, debió la vida á la generosidad de Abd-el-Rahman, pero viviendo perpétuamente encerrado en una fortaleza, y el menor, llamado Khasem, ayudado por algunos poderosos amigos de su padre, levantó un pequeño ejército, con el cual llegó hasta sorprender á Sidonia y Sevilla, aunque cayó pronto prisionero de Teman ben Alkhaman, siendo llevado á Córdoba, donde le indultó Abd-el-Rahman como á su her-

[1] Hoy Almodóvar del Rio.

mano, enviándole á Toledo para que su walí Bedr le tuviera encerrado en la Torre del Tajo.

Cerca de cuatro años habia necesitado Abd-el-Rahman para vencer y abatir á los Fehris; pero quedaba aun en Samail uno de sus mas temibles partidarios. Queriendo Bedr desembarazar al emir de aquel adversario, le prendió en su retiro; se lo llevó á Toledo, y lo quito de en medio, no consta si con el dogal ó por medio de un veneno.

La momentánea tregua que proporcionó la derrota de Yusuf y sus hijos la empleó el ilustrado soberano en visitar parte de sus Estados, reprimiendo los abusos de sus walíes, estableciendo nuevos gobernadores donde hacian falta, y procurando, en fin, dar mayor unidad y fuerza á su poder.

Á los dos años de la última rebelion de los Fheris se disponia el emir á continuar sus viajes dirigiéndose esta vez á la raya oriental de su imperio, cuando recibió la noticia de haberse sublevado contra su walí de Toledo una tribu poderosa de aquella comarca, mandada por Hescham ben Odrah-el-Fehri, pariente de Yusuf, que al frente de diez mil hombres tomó el alcázar y la ciudad, arrojó al walí y puso en libertad á Khasem, hijo menor del difunto emir.

Comprendiendo Abd-el-Rahman toda la gravedad de aquel nuevo movimiento, marchó personalmente contra los rebeldes; los encerró en Toledo bloqueándolos estrechamente, y como se dilatase el sitio, las tribus toledanas, que no habian tomado las armas sino contra su voluntad, empezaron á querer amotinarse, amenazando entregar la ciudad. En cuanto al emir, amenazado por otra parte de un peligro mayor que el que pudiera ofrecer ya aquella rebelion, ofreció á Hescham indulto, con tal que le entregara la plaza sin demora y volviese á Khasem á su prision. Avinóse Hescham, aunque con repugnancia, y entregó al vencedor las llaves de Toledo en Abril de 763, ó sea á fines del año 145 de le hejira.

No sin motivo habia deseado Abd-el-Rahman apresurar la capitulacion, porque acaba de saber que otro enemigo mas peligroso que cuantos hasta entonces tuviera que vencer estaba en marcha contra él, y recelaba que haria harto en salir airoso de este nuevo empeño echando el resto de su poderío.

En efecto, desde Bagdad, á donde trasladara el sólio del califato de Oriente, el sucesor de El-Safah, el feroz Abdallah-el-Mansur, miraba con celosos ojos á la hermosa España en manos del odioso Ommiada, y acababa

de mandar á su walí de Kairuan, llamado El-Elá ben Mugueit, que recobrase á mano armada su soberanía en la Península.

Era una guerra religiosa mas que política la que emprendia El-Mansur contra el emir independiente de Córdoba. Desde la *casa del islamismo,* como apellidaban los árabes á Bagdad, el califa declaraba usurpador, cismático é impío al emir español, y prometia grandes recompensas en esta vida y las delicias del paraiso en la otra al que le presentara su cabeza.

El mismo mes en que quedó vencida la rebelion de Hescham ben Odrah, verificó el walí de Kairuan su desembarco en la costa de Andalucía con un pequeño ejército, con lo que arrepentido Hescham de haber capitulado, llamó á las armas á sus parciales, y asaltando nuevamente el alcázar, degolló á sus defensores, se apoderó de las fortificaciones de la ciudad y proclamó á El-Mansur califa soberano de Oriente y Occidente.

De poco sirvió que el intrépido Bedr acudiese precipitadamente á Toledo con cuantas tropas pudo haber á mano, pues no pudo penetrar en la plaza, ni aun impedir la partida de Hescham para el campamento de El-Elá con objeto de ofrecerle, en nombre de su tribu, la verdadera capital de España, la *ciudad real* de Toledo, donde ya le habia hecho reconocer como lugarteniente del califa.

Adelantábase entretanto El-Elá al frente de sus huestes, exhortando á los pueblos á tomar las armas contra el que llamaba el usurpador, el aventurero, el advenedizo, reliquia ruin de una familia proscrita y escomulgada en todos los *minbares* (púlpitos) de las mezquitas de Oriente, y para impresionar mas á la muchedumbre iba tremolando un grandísimo estandarte negro, que suponia haberle sido dado por el mismo califa.

Alteraban infinito sus proclamas las conciencias de los musulmanes timoratos, y su ejército crecia rápidamente, logrando que se declarasen por él diversas poblaciones importantes. Entonces, seguido de una innumerable multitud de fanáticos, mas bien que de un ejército regular, El-Elá se dirigió hácia Córdoba; pero le cerró el paso Abd-el-Rahman en el territorio de Badajoz con sus mejores tropas, entre las que sobresalian los impetuosos escuadrones zenetes.

Trabada la pelea, combatieron al principio los invasores con bastante denuedo, sosteniendo tenazmente el ataque de los andaluces, y aun obligándoles á retroceder, hasta que conociendo el intrépido emir que era ya necesario un supremo esfuerzo, lanzóse de repente á la cabeza de su caballería sobre los batallones enemigos, que sin poder contrarestar sus mortíferas

cargas, se desbandaron por completo, dejando cubiertos aquellos campos con los cadáveres de siete mil de los suyos.

Entre los infinitos despojos de esta brillante jornada cayeron en poder del vencedor el estandarte del califa y el cadáver de El-Elá, á quien se halló traspasado á lanzadas.

Así pudo el valiente Abd-el-Rahman salir en un solo combate del trance mas apurado en que se hubiera visto desde su llegada á España, que á triunfar el general Abasida habria vuelto á quedar bajo la dependencia de los califas de Bagdad.

Queriendo dar una leccion al soberbio El-Mansur, mandó el emir á uno de sus amigos que cortara la cabeza, piés y manos á El-Elá, y le envió á clavarlas sigilosamente en un poste de la plaza pública de Kairuan, con el siguiente rótulo:

« Así castiga Abd-el-Rahman ben Moawiah á los temerarios como » El-Elá ben Mugueit, walí de Kairuan. »

Algun cronista arábigo, refiriéndose á este hecho, dice que el emir hizo llevar la cabeza del Abasida al Cairo ó á la Meca, hasta la vista del mismo califa, que exclamó al reconocerla:

« ¡ Es el mismo Satanás ese hombre! ¡ Demos gracias á Dios de que » medie el mar entre él y nosotros! »

Empero no habia acabado todo para Abd-el-Rahman con la derrota de El-Elá, pues Hescham ben Odrach, recogiendo las reliquias de los Fehritas y Abasidas, sostuvo algun tiempo la guerra, y aunque no pudo regresar á Toledo que Bedr continuaba sitiando, consiguió apoderarse de Sidonia, llegando á tal extremo el encono y audacia del jeque toledano, que apenas salido de ella el emir, logró con un puñado de los suyos y en medio de la noche sorprender á Sevilla, haciendo revolver sobre aquel punto las fuerzas del Ommiada.

No se empeñó Hescham en defender Sevilla contra Abd-el-Rahman, y despues de saquear la atarazana y el alcázar, se encerró volando en Sidonia, á donde habian acudido todos los enemigos del emir. Pero éste los sitió tan estrechamente, que no quedándoles otra alternativa que capitular ó abrirse paso á través de las líneas enemigas, adoptaron esta desesperada resolucion, y en una noche lóbrega y lluviosa salieron por dos puertas diferentes en crecido número, logrando refugiarse en la serranía de Ronda. Mas Hescham ben Odrach no pudo salvarse: era ya viejo, y habiéndosele aplanado el caballo, cayó en manos del furibundo Abd-el-Melek ben Omar, que teme-

roso de que el magnánimo Abd-el-Rahman le indultase otra vez, le dió la muerte.

Dejamos indicado que en medio de las contínuas luchas que tuvo Abd-el-Rhaman que sostener desde que puso los piés en la Península protegió en cuanto pudo las ciencias y las artes, esmerándose sobre todo en hermosear á Córdoba. Mezquitas elegantes, manzanas de casas espaciosas, construidas segun el estilo peculiar de los árabes, deliciosos jardines, y sobre todo, la esplendidez del soberano Ommiada, habian atraido á la capital del emirato multitud de doctores, literatos y artistas de todas las naciones de Oriente.

Al huir de Siria, habia logrado Abd-el-Rahman salvar del saqueo de sus bienes un ejemplar del *Coran*, escrito por entero de mano de Otman, compañero y tercer sucesor del Profeta, y lo regaló á la mezquita principal de aquella misma Córdoba que habia de convertirse en la ciudad santa de los musulmanes de Occidente. [1]

Tan hondamente tenia grabado el Ommiada el recuerdo de su patria, que todo lo iba disponiendo en Córdoba á imitacion de las ciudades populosas de Oriente, y en especial á semejanza de lo que se practicaba en Damasco, su cuna. Fundó una *Zekath* (casa de moneda), acuñándola tal como se labraba en Siria por los califas sus abuelos, sin mas diferencia en la leyenda que la referente al año y sitio en que se acuñaba. Así se arrogó Abd-el-Rahman, excepto el título de califa que nunca usó, cuantas prerogativas poseia el califato, y aunque sea un yerro histórico, no es de extrañar el que se haya fechado en él la ereccion del califato de Occidente, competidor del de los Abasidas en Oriente, pues fundó en Córdoba y traspasó á sus nietos una potestad igual en todo á la de los soberanos mas esclarecidos de Bagdad, los califas El-Mamum y Haarum-el-Raschid.

Pero estaba destinado nuestro héroe á no alcanzar aquel poderío sino á costa de afanes y luchas incesantes.

Pocos meses despues de la derrota y muerte de El-Elá y de la dispersion de los Abasidas que acaudillaba, un mozo valerosísimo, llamado Abd-el-Gafir-el-Meknesi, walí de Meknesah, que blasonaba de descender de

[1] Aquel *Coran* cayó segun parece en poder de los Almohades, cuando conquistaron la España, quienes lo hicieron engastar en láminas de oro rodeadas de diamantes. En sus espediciones guerreras, un camello ricamente enjaezado llevabá delante del ejército el libro sacrosanto metido en una caja revestida de tela de oro, y tras mil cambios de poseedores, aquel para los creyentes preciosísimo manuscrito, fué á parar á manos de los turcos, formando en el dia parte de los tesoros de los sultanes.

Alí y de Fátima, hija única del Profeta, vino á renovar en Andalucía la lid contra el Ommiada.

Llegaba Abd-el-Gafir á España precedido de gran reputacion de virtuoso y magnífico, estando pronto á galardonar, como pregonaban sus parciales, á los puros y leales musulmanes que empuñasen las armas contra el usurpador del emirato.

En vano Abd-el-Rhaman armó en guerra sus naves para imposibilitar á todo bajel venido de África el acceso á la costa meridional de la Península, y en vano puso precio á la cabeza del Fatimita: Abd-el-Gafir llevó á cabo su desembarco, y se posesionó con sus gavillas de aventureros y forajidos, hablando el lenguaje de los historiadores Ommiadas, de las cercanías de Antequera y de Ronda, donde se le juntaron muchos de los partidarios de El-Elá que andaban fugitivos.

En realidad, y á pesar de cuanto sus parciales decantaban su poderío, Abd-el-Gafir no era mas que un guerrillero osado, que habia escogido á España por teatro de sus hazañas, aunque éstas solo consistieron en un principio en saquear indefensas aldeas y en hacer frente, al abrigo de los montes en que se albergaba, á las tropas del emir.

Hácia el año 766 de nuestra era, mientras Abd-el-Rahman perseguia sin descanso á los rebeldes de la serranía, sus generales efectuaron dos incursiones en las montañas de Galicia y de los Vascones, y en ambas, á creer el testimonio de los cronistas árabes, quedaron vencedores los sarracenos. Segun aquellos historiadores, el citado año 766 envió el emir á los walís fronterizos, Nadhr y Zaid ben el-Udah-el-Eschai, hácia la raya de Galicia y hácia los montes Al-Baskenses, con objeto de que persiguieran algunas cuadrillas de cristianos *rebeldes*, que confiados en lo escabroso del pais que habitaban se desentendian de prestar obediencia á los musulmanes.

El autor arábigo de quien tomamos estos detalles afirma que Nadhr y Zaid entraron en Córdoba, de regreso de aquella algarada, con muchas riquezas, rebaños y cautivos, añadiendo que los habitantes de las comarcas en que los dos walíes penetraron llevándolo todo á sangre y fuego eran cristianos, y de los mas valientes de Afrank; [1] pero que vivian como

[1] Así llamaban los árabes á los naturales de Asturias, de Galicia y de Vasconia, como tambien á los pueblos galo-romanos y aun á los verdaderos francos que moraban al Norte del Pirineo.

fieras, sin lavarse jamás el cuerpo ni la ropa, que no se cuidaban de coser aunque se les cayera á pedazos.

Esta es la primera vez desde la llegada de Abd-el-Rahman á España en que los cronistas musulmanes hacen mencion de una guerra entre los moros y los cristianos del Norte de la Península, guerra que, lejos de granjear gloria á las armas agarenas, daria por único resultado el recobrar ó incendiar algunos pueblos de que se apoderara Alfonso el *Católico* durante su belicoso reinado.

En tanto que los generales de Abd-el-Rahman se enorgullecian con estos dudosos triunfos, se iba haciendo formidable Abd-el-Gafir, á quien dejamos encastillado en la serranía de Ronda. Desde que levantó el estandarte verde de los Fatimitas, que era el de su familia, se le habian agregado muchos enemigos del soberano Ommiada, siendo la serranía el punto de reunion de los descontentos. Débiles todavía en 766 para intentar nada contra Córdoba, empezaron á recorrer en los últimos meses de aquel año las costas de Al-Munecab y Almería, sin que nadie pensara en contenerlos sino el walí de Elvira, Asam ben Abd-el-Rahman-el-Scheibani, que habiendo salido contra ellos y presentádoles batalla, tuvo que retirarse malherido, sin poder sostener la campaña, yendo á morir á la capital de su gobierno, con gran sentimiento del emir que perdia en él á uno de los militares mas bravos y entendidos de su época.

Envalentonado con aquel triunfo Abd-el-Gafir, llevó las hostilidades hasta los términos de Arcos y Sidonia, y aun á los campos de Sevilla, cuyos cortijos saqueó y entregó á las llamas, retirándose luego cargado de botin á sus guaridas de la serranía.

Así anduvo El-Gafir molestando por largo tiempo al walí de Sevilla y á los caides de Carmona, Baena, Sidonia y Arcos, mientras esperaba los socorros que le habian prometido de África para lanzarse á mayores empresas.

Á principios del año 768 aportaron junto á Tortosa diez grandes bajeles cargados de guerreros africanos, mandados por otro caudillo Abasida llamado Abdallah ben Habib-el-Seklebi. Mas estaba aquel punto muy apartado de la serranía de Ronda, y se equivocó en gran manera el nuevo aventurero al creer que encontraria apoyo en los árabes de la España Oriental contra el emir de Córdoba, que juntando apresuradamente un ejército, marchó en persona contra el invasor, recibiendo al hallarse cerca de Valencia la agradable noticia de que el walí de Tortosa, al frente de sus

tropas y de la caballería de Tarragona, acababa de derrotar á los africanos matándoles su jefe.

No quedándole nada que hacer allí, utilizó Abd-el-Rahman la circunstancia de hallarse cerca Valencia para recorrer aquella parte de sus Estados, que aun no conocia, y despues de visitar Tortosa, Tarragona y Barcelona, se internó hasta Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á su córte de Córdoba.

Aparte de la muerte de El-Seklebi, se redujo en suma su derrota á la dispersion de sus soldados, que por diferentes caminos fueron á reunirse en la serranía con los partidarios de Abd-el-Gafir.

La llegada de aquella gente alentó al audaz Abasida, que se arrojó de nuevo á probar fortuna en el llano, logrando derrotar repetidas veces las tropas de los caides de Baena y Carmona, y llegando hasta arrollar parte de la guarnicion de Sevilla enviada contra él, lo que le permitió plantar sus reales á dos leguas de aquella importante ciudad, que esperaba tomar, merced á la secreta inteligencia en que estaba con un jeque de la misma, llamado Hayun ben Salemah, que se habia comprometido á franquearle la entrada en la plaza tan pronto como se presentase ante sus puertas.

Durante los disturbios que vamos reseñando ocurrió un hecho digno de referirse.

Continuaba desempeñando el cargo de walí de Sevilla aquel Abd-el-Melek ben Omar que colocara allí Ab-el-Rahman en 759 como uno de sus mas leales amigos y entendidos guerreros. Al ver aproximarse á Abd-el-Gafir á los muros de la ciudad confiada á su cuidado, formó El-Melek un cuerpo de exploradores, y lo envió á observar al enemigo al mando de Khasem, el menor de sus hijos. Poco avezado el jóven capitan á los ardides de la guerra, se dejó sorprender por las avanzadas de El-Gafir, y poseido de indecible pánico, volvió las riendas á su caballo, corriendo á refugiarse entre los escuadrones de su padre, que marchaba detrás, y que al verle llegar con la espalda vuelta al enemigo, gritó ciego de ira:

« ¡ Muere, cobarde ! ¡ Tú no eres hijo mio ! »

Y le arrojó con furia el agudo venablo que tenia en la mano.

Cayó el infeliz mozo traspasado de parte á parte, y luego Abd-el-Melek, sin añadir palabra, ordenó sus soldados y los guió contra el enemigo, que encontró á corta distancia, trabando en seguida la batalla y quedando dueño del campo despues de un reñidísimo empeño en el que inútilmente buscó la muerte el desgraciado padre.

Derrotadas las tropas de El-Gafir, se dispersaron por las inmediaciones de Sevilla, y como el gran cansancio de la jornada impidió á Abd-el-Melek lanzarse en persecucion de los vencidos, acampó sobre el terreno conquistado, mientras las huestes de El-Gafir pasaban la noche y se rehacian casi bajo los muros de la ciudad á la que no se atrevieron á atacar.

Á la mañana siguiente la poblacion estaba conmovida. El jeque Hayun y los suyos, puntuales en cumplir su palabra, peleaban ferozmente con la guarnicion para franquear la entrada al Fatimita, que iba á dar el asalto, cuando recibió la noticia de que se aproximaba Abd-el-Melek.

No desmayó por esto Abd-el-Gafir, sino que haciendo frente á los del emir, sostuvo intrépidamente el ataque, teniendo la fortuna de que cayese herido el caudillo enemigo cuando iba ya la noche á separar á los combatientes.

Aprovechando aquella ventaja, El-Gafir, auxiliado por Hayun desde dentro, logró entrar en la plaza en la oscuridad de la noche, empezando á saquearla. Pero tan solo pudo permanecer en ella algunas horas, porque al rayar el dia se internó Abd-el-Melek en la ciudad, obligándole á abandonarla y á retirarse desordenadamente hácia Kaschtala, [1] donde contaba Hayun con muchos partidarios.

Así el aventurero Abd-el-Gafir se habia ido adelantando desde Ronda hasta el corazon de Andalucía, y seguia, aunque descalabrado, acaudillando un partido numeroso y valiente, casi á la falda de Sierra Morena y mas cerca de Córdoba que nunca.

Aburrido con tan prolongada guerra, que sin amenazar formalmente su poder agravaba de dia en dia la situacion de los árabes andaluces, determinó el emir salir á campaña, proponiéndose no regresar á Córdoba hasta haber puesto término á las correrías del audaz El-Gafir.

Despues de reclamar por medio de un pregon la ayuda de los fieles, que tal era el sistema de recluta de aquel tiempo, abandonó Abd-el-Rahman su córte seguido de numerosas fuerzas, alcanzando á los rebeldes frente á Écija, á orillas del Genil, cuando se retiraban á su ordinario refugio de la sierra.

Allí acabó por fin aquella lucha de siete años sostenida con escasos medios por el walí Fatimita contra el emir Ommiada. Derrotado El-Gafir despues de una desesperada resistencia, fué muerto en el alcance por el sirio Abd-el-Salem ben Ibraim, gobernador de Elvira.

[1] Probablemente Cazalla de la Sierra, á doce leguas de Sevilla.

Además de El-Gafir perdieron la vida en la refriega Hayun y otros cincuenta caudillos africanos, logrando salvarse únicamente el jeque Hafila con algunos de sus aventureros, que fueron á ocultarse en los nidos de águila situados sobre los peñascos en que nace el Guadiaro.

La cabeza de El-Gafir se clavó en una almena de los muros de Córdoba; la de Hayun sobre una de las puertas de Sevilla, y las de sus cincuenta compañeros se repartieron por las murallas de Elvira, Al-Munecab y Garnathah.

Tuvo lugar la derrota y muerte de Abd-el-Gafir el año 156 de la hejira y 773 de la era cristiana.

Exterminados los rebeldes, dirigióse el emir á Sevilla para visitar y consolar á su amigo Abd-el-Melek, herido, como dejamos dicho, en la refriega que trabó con El-Gafir á las mismas puertas de la ciudad, y mucho mas doliente por la honda desesperacion en que le sumiera la violenta muerte que en un momento de arrebato diera á su propio hijo.

Libre del cuidado en que le pusiera la audacia de El-Gafir, dedicóse de nuevo Abd-el-Rahman á fomentar los intereses materiales del pais y á afirmar sólidamente su dominacion. Aparte de la proteccion que siguió dispensando á la agricultura y á las artes, formó una escuadra para el resguardo de las costas occidentales de la Península, expuestas á las piraterías de los walís Abasidas del Magreb, poniendo al frente de ella con el título de *emir del agua* [1] al ilustrado Teman ben Alkhaman, que aumentó las fuerzas marítimas del emirato haciendo construir en Sevilla, Tortosa y Barcelona un sinnúmero de bajeles de las mayores dimensiones que se usaban entonces en la guerra. Además de lo dicho, para robustecer el concepto y autoridad de los Ommiadas, quiso que sus hijos, aun cuando eran muy jóvenes, intervinieran personalmente en los negocios públicos. Al mayor de ellos, llamado Soleiman, dió el importante waliato de Toledo, con Muza ben Hodzeirah, consumado estadista, por wasir y consejero; al segundo, nombrado Abdallah, encargó el gobierno de Mérida, bajo la vigilancia de Abd-el-Gafir ben Hasan ben Melek, y al tercero, Hescham, al que se proponia hacer reconocer por su sucesor, le permitió asistir á las juntas de los cadíes de la mezquita, y al *Meschwar,* ó consejo de los jeques, á quienes contínuamente le recomendaba ensalzando sus excelentes disposiciones para el mando y otros merecimientos.

Los biógrafos musulmanes de Abd-el-Rahman se extienden en dar

[1] *Emir-al-bahr.*

cuenta de la esmerada educacion que dió á sus hijos, proporcionándoles los maestros mas eminentes en todo género de artes y ciencias, así como del respetuoso cariño que ellos le profesaban. Segun uno de aquellos escritores, solemnizaban el cumpleaños de su padre dando suntuosos banquetes á los sabios y poetas que convocaban de todos los puntos de España, premiando espléndidamente los elogios mas sobresalientes del autor de sus dias y componiendo tambien ellos versos y discursos elegantes que solian leer en aquella especie de academias.

Semejante aficion á las letras en los hijos del poderoso Ommiada les hacia doblemente queridos de los árabes, que en tan alto grado apreciaban las obras del génio.

En cuanto á Abd-el-Rahman, no descuidaba el distinguir á los hombres de verdadero mérito. Así, cuando en 774 murió en Córdoba su amigo el cadí de los cadíes, juez supremo de las mezquitas, Moawiah ben Salehi, dió aquel importante destino á otro personaje no menos amante de su familia, Hasam ben Baschr-el-Udaili, varon de una virtud ejemplar y adornado de los mas vastos conocimientos en todos los ramos del saber humano.

Tarea por demas prolija seria dar cuenta aquí de las innumerables revueltas y agresiones que tuvo que reprimir ó rechazar nuestro héroe durante los ocho años que mediaron desde la muerte de El-Gafir hasta 781 en que tuvo lugar la sublevacion de Mohamed Abul Aswad, primogénito del destronado Yusuf, que quedó condenado á prision perpétua á la muerte del emir su padre. Los principales acontecimientos que registran las crónicas en el indicado período fueron la sublevacion de Husein-el-Dadjan, que intentó en Zaragoza proclamar soberano de España al califa de Oriente, y la entrada de Carlo-Magno en la Península al frente de un poderoso ejército, llamado á lo que parece por el walí de la citada ciudad, Soleiman-el-Arabi, que pretendia hacerse independiente del emir apoyado por las armas de aquel conquistador. De todos estos adversarios triunfó el afortunado Abd-el-Rahman: Husein-el-Dadjan fué degollado en 774 por órden del justiciero Abd-el-Malek; Soleiman-el-Arabi murió asesinado por su cómplice Husein ben Yahyah, y la famosa derrota de Roncesvalles libró al Ommiada sin ningun trabajo del mas formidable adversario con quien hubiera tenido que medirse hasta entonces.

Restablecida su autoridad en Zaragoza, despues de un sitio de dos años, al que asistió algun tiempo Abd-el-Rahman y durante el cual tuvo que hacer uso hasta de treinta y seis arietes y muchas otras máquinas de

guerra, marchó el emir sobre Pamplona, que privada por Carlo-Magno de sus fortificaciones, no pudo resistirle. Desde allí, sin atreverse á atacar á los vascos en sus inaccesibles montañas, atravesó Aragon; penetró en Cataluña, y dando la vuelta por Gerona, Barcelona y Tortosa, volvió á Andalucía, dejando afirmada su autoridad al Oriente de España, como lo estaba ya en gran parte del Occidente y en el Mediodía.

En 781, cuando creia el Ommiada que le seria dado gozar algun reposo, vino una nueva rebelion á poner otra vez las armas en sus manos. Abul-Aswad, el mayor de los hijos de Yusuf, á quien dejamos preso en Córdoba, habia logrado romper sus cadenas, merced á la estratagema de que echó mano de fingirse ciego para engañar la vigilancia de sus guardianes, llegando á tal extremo la confianza de éstos, que le permitian pasearse por la plataforma del torreon que le servia de cárcel, y aun dormir en verano en las salas bajas de la fortaleza que daban al Guadalquivir, sin mas compañía que la de un fiel criado.

Una tarde de estío del mencionado año de 781, mientras los carceleros de Abul-Aswad se bañaban en el rio, descolgóse el preso hasta la ribera; atravesó á nado la corriente, y tomando la ropa y el caballo que le tenian prevenidos en la otra orilla algunos amigos, consiguió alejarse de Córdoba sin ser reconocido, llegando hasta las sierras de Jaen, donde le estaban aguardando algunos centenares de descontentos antiguos partidarios de Yusuf.

Acaudillando en pocos dias un reducido ejército, hízose dueño Abul-Aswad de Segura y de Cazorla, antes de que fuese sabida su evasion por Abd-el-Rahman, á quien se ocultaba aquel suceso para que no castigara cual debia á los descuidados guardianes, teniendo únicamente noticia de lo ocurrido cuando ya el fugitivo se hallaba á la cabeza de seis mil hombres aguerridos y bien armados, entre los que se hallaba el intrépido Hafila, antiguo compañero de Yusuf, que acudió presuroso con sus bandas de aventureros á ponerse á las órdenes del que tremolaba de nuevo la abatida bandera de los Fehris.

Cual no podia dejar de suceder, enterado el emir de la fuga del prisionero, exclamó disgustado:

« La huida de ese ciego va á causarnos mil zozobras y hacer que se derrame mucha sangre. »

Y capitaneando en persona la caballería de Córdoba, encaminóse con su ordinaria diligencia al teatro de la rebelion, encargando á los walís de

Murcia y de Jaen que se le incorporasen con cuanta gente tuvieran disponible.

Viendo Abul-Aswad la tempestad que amenazaba descargar sobre su cabeza, trepó con sus secuaces á las tajadas peñas de la sierra de Cazorla, donde se atrincheró, y aun cuando Abd-el-Rahman le atacó repetidas veces en sus inexpugnables posiciones, no pudo arrojarle de ellas, prolongando su tenaz resistencia durante tres años, esto es, desde 781 hasta 784, en que cansado de la esterilidad de sus esfuerzos, decidió Abd-el-Rahman acabar de una vez tan prolongada lucha. Á este fin ordenó á los walíes de Andalucía que dispusieran un levantamiento en masa de toda la gente de guerra de sus respectivas tribus, y con este poderoso refuerzo consiguió ahuyentar á los rebeldes de los picachos de Segura, que constituian su último baluarte, arrojándolos al llano, donde en un combate decisivo les mató cuatro mil de los mas esforzados, sin contar un gran número que perecieron ahogados en el Guadalhamar al atravesarlo huyendo de la terrible caballería zenete.

Abandonado Abul-Aswad de los suyos, llegó huyendo hasta Coria, y allí vivió oculto algun tiempo; pero como temiera que le descubriesen, se internó en las selvas inmediatas, padeciendo hambre y sed, hasta el extremo de que, comparada con su situacion, mirara como una época feliz la que pasó encerrado en su prision de Córdoba. Su lastimoso desamparo y los trabajos que hubo de soportar le habian desfigurado hasta el punto de poder llegar sin ser conocido hasta Alarcon, pueblo fortificado dependiente del walí de Toledo, donde murió á poco de miseria y desesperacion.

Con la derrota del hijo de Yusuf acabaron las guerras de Abd-el-Rahman, á quien desde el año 756 en que entró en España hasta 786 en que triunfó del último esfuerzo de los Fehritas, hemos visto casi exclusivamente ocupado en reprimir las rebeldías internas y en rechazar las contínuas agresiones de sus eternos adversarios los califas Abasidas.

Ahuyentados ó muertos sus enemigos y viendo acatada su autoridad en las tres cuartas partes de la Península, creyó fundadamente el emir que le era ya dado disfrutar el sosiego que tanto necesitaba en su edad madura, y emprendió nuevamente su tarea favorita de hermosear á Córdoba y continuar las obras de la gran mezquita, en las que despues de invertir mas de cien mil doblas de oro, quiso trabajar una hora cada dia como un simple operario.

Pero, como dice un cronista arábigo, estaba escrito que Abd-el-Rahman no habia de ver terminado aquel maravilloso edificio. Á fines del año 170 de la hejira y 787 de Jesucristo, asaltóle el presentimiento de su muerte

inmediata. Por eso, llamando á los walís de las seis grandes divisiones militares ó capitanías de España, á saber, de Córdoba, Toledo, Zaragoza, Mérida, Valencia y Murcia, y á sus veinte y cuatro wasires, reuniólos en su alcázar con su *hadjeb,* [1] con el cadí de los cadíes y con sus *khatebes,* [2] y les pidió que reconocieran á su hijo Hescham por *walí-el-adhi,* ó presunto heredero del emirato. Todos los asistentes ofrecieron solemnemente mirar á Hescham como su futuro soberano, y en prenda de que cumplirian su promesa estrecharon uno á uno la mano del emir.

« Abd-el-Rahman, dice un autorizado cronista arábigo, antepuso su » hijo menor Hescham á sus hermanos Soleiman y Abdallah, porque habia » notado siempre en aquel mas bondad, agrado, cordura y rectitud que en » sus otros hijos. »

El mismo autor indica que la madre de Hescham, Hawarah, influyó mucho en aquella eleccion, por el grande ascendiente que ejercia sobre el ánimo del emir, dando á entender así que aquella jóven bereber á quien en 756 vimos llegar á la Península en pos del proscrito Ommiada, era todavía su predilecta y tal vez su única esposa.

En cuanto á Soleiman y Abdallah, reconocieron desde luego á su hermano como su futuro señor; pero quedaron agraviados por la preferencia que merecia á su padre, conceptuándose mas aptos que aquel para el alto cargo á que le destinaba; y este resentimiento fué causa de que se derramasen mas tarde raudales de sangre en las diversas tentativas que hicieron para arrancar á Hescham y á su hijo y sucesor El-Haken el poder soberano.

Viendo asegurada la sucesion en el emirato á su hijo predilecto, dirigióse Abd-el-Rahman á Mérida, donde se hallaba á la sazon Hescham, no tanto con objeto de visitarle como de ponerse de acuerdo con él para llevar á cabo su designio, y allí, bien fuera á consecuencia de sus achaques, ó de una dolencia aguda, murió el 30 de Setiembre del año 788 de la era cristiana y el 172 de la hejira, despues de haber ejercido el mando supremo entre los árabes españoles durante treinta y dos años, cuatro meses y algunos dias.

Tal fué la vida del primer Ommiada que rigió los destinos de España, y que por su valor y grandeza de alma supo elevarse desde la triste condicion de proscrito á la alta jerarquía de sus proscriptores, haciéndose un lugar señalado entre los varones ilustres de su siglo.

Religioso, ilustrado, espléndido, prudente, equitativo, Abd-el-Rahman

[1] Especie de primer ministro.
[2] Secretarios y consejeros de Estado.

mereció con sobrada razon el título de *Justo* conque le designan los historiadores musulmanes. Hasta el mismo El-Mansur, su mas encarnizado enemigo, le hizo justicia celebrando su indomable energía y su sagacidad, congratulándose además de que las disensiones de los árabes españoles impidiesen al Ommiada llevar á cabo su proyecto de pasar á Oriente con sus formidables escuadrones para arrojar del trono á la raza Abasida.

Segun el historiador mahometano Ebn-Aya, era Abd-el-Rahman de aventajada estatura, hermoso rostro, ojos rasgados y fogosos y gallarda apostura; sobresalía en el manejo de las armas y en todos los ejercicios corporales, y se mostró siempre apasionado por la caza de altanería, para la que habia amaestrado gran número de halcones que llevaba consigo hasta en sus expediciones guerreras.

No era menos intensa su aficion á la poesía, que cultivaba con esmero, como puede verse por la siguiente tan sentida composicion traducida por Conde de un manuscrito arábigo de la biblioteca del Escorial, dedicada por el Ommiada á la palmera siria que habia plantado por su mano en el jardin de su palacio de Córdoba, y que se complacia en contemplar melancólicamente á causa de los recuerdos que despertaba en él aquel árbol de su querida patria:

«Tú tambien, insigne palma,
Eres aquí forastera;
Del Algarb las dulces auras
Tu pompa halagan y besan;
En fecundo suelo arraigas
Y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas lloraras
Si cual yo sentir pudieras.
Tú no sientes contratiempos
Como yo de suerte aviesa:
A mí de pena y dolor
Contínuas lluvias me anegan.
Con mis lágrimas regué
Las palmas que el Forat riega;
Pero las palmas y el rio
Se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados
Y de El-Abas la fiereza
Me forzaron á dejar
Del alma las dulces prendas.
A tí de mi patria amada
Ningun recuerdo te queda:
Pero yo, triste, no puedo
Dejar de llorar por ella.»

Por las anteriores líneas se vé que á pesar del alto puesto á que le habian llevado su aliento y esclarecida alcurnia, Abd-el-Rhaman lloraba todavía el delicioso país que vió mecer su cuna, y sobre todo la espantosa matanza de los suyos, teniendo siempre abierta en el corazon aquella llaga que acibaró doblemente sus azarosos dias.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ABD-EL-RHAMAN.



CARLO-MAGNO.

CARLO-MAGNO.

¿Fué Carlo-Magno [illegible]

[illegible] felicidad era el objeto de sus [illegible]

¿Ó quizás fué otro tipo [illegible] dominador de tierras y de hombres [illegible] el mundo?

La imaginacion de los pueblos y de [illegible]

El de Carlo-Magno [illegible] del [illegible] San Galo, [illegible] tambien el del padre de [illegible] héroe, que [illegible] oportuno [illegible] ducir aquí.

Era Pepino, rey de los [illegible] Pepino y su animoso [illegible] atrasada [illegible]



CARLO-MAGNO.

(742 Á 814 DESPUES DE J. C.)

¿Fué Carlo-Magno el monarca bondadoso y jovial que la leyenda pinta sentado bajo un pino en un sillon de oro puro, de augusto continente, de barba blanca y larga cabellera, afable con sus cortesanos cubiertos de relumbrantes vestiduras, y benigno y complaciente con sus vasallos, cuya felicidad era el objeto de sus meditaciones?

¿Ó quizás fué otro tipo que tambien en la leyenda hallamos, adusto, de agrestes ademanes, feroces ojos, desaliñado, pensando siempre en batallas, domeñador de fieras y de hombres, matándolos á millares, como lo hizo en Sajonia, faltándole tierra á su ambicion y llorando cual Alejando por no dominar completamente el mundo?

La imaginacion de los pueblos y de los poetas pinta los héroes conforme los sueña, y la tradicion trasmite esas pinturas ideales como exactos retratos.

El de Carlo-Magno lo tomamos nosotros del monje de San Galo, quien diseña tambien el del padre de nuestro héroe, que creemos oportuno reproducir aquí.

Era Pepino, rey de los francos, hijo del ilustre Cárlos-Martel, que atajó el paso de los árabes en Poitiers oponiéndoles un valladar de acero á cuyo pié quedaron enterrados cien mil mahometanos, impidiendo así que fuese el islamismo la religion de Európa. El valor de Pepino y su animoso corazon corrian parejas con su talento, el cual debia ser grande, cuando en aquella atrasada edad previó que el dar autoridad, prestigio y un reino temporal á

la sede romana, era dotar de un potente regulador á la máquina europea, que andaba muy desconcertada por el poder anárquico de los príncipes bárbaros.

Dice de este monarca el citado monje de San Galo, que al principio de su reinado fué objeto de las chanzonetas de los barones de Francia, que tomaron á burla su corta estatura, siendo ésta causa de que sea conocido en la historia con el nombre y aditamento de Pepino el *Breve.*

Irritaba á Pepino el ridículo mote que como cola arrastraba su nombre, y para dar una leccion á los grandes de su reino, invitóles á presenciar la lucha de un fiero leon y un toro bravío en la Abadía de Ferrieres, donde levantó un circo semejante á los de los romanos, que tambien los bárbaros se habian aficionado á los espectáculos sangrientos de la que fué soberana del mundo.

Ocupadas las gradas del circo por los nobles convidados, soltaron los furiosos animales, que al verse libres en la arena se acometieron al momento. Atacó el toro de frente, y el leon, á pesar de ser grande y fiero, rastreaba y se agachaba como un gato, evitando los ataques del toro, que no le daba momento de reposo; pero en cuanto el rey de las selvas tuvo algo cansado á su enemigo, decidióse á atacarle, no de frente, sino por el flanco, para evitar sus cuernos, y de un salto se echó sobre su lomo, clavó las uñas en el cuello del robusto animal y le mordió con sus acerados dientes.

En este instante resonó la estentórea voz de Pepino, preguntando:

— ¿Quién de vosotros se atreverá á separar ó á matar esas dos fieras?

Todos los cortesanos guardaron silencio, diciendo cada uno para su sayo:

— ¡Que lo haga el diablo!

— Entonces, señores, lo hará Pepino el *Breve,* concluyó el monarca.

Y sacando su espada, saltó al circo, y de un tajo cortó la cabeza al leon, mientras el toro, que se veia ya libre de las terribles garras de su adversario, arremetió á Pepino, que le hundió su acero en el cuello, tendiéndolo á sus piés.

Recordaron entonces los barones que David, no obstante ser pequeño, mató al gigante Goliat, y que siendo Alejandro de baja estatura aventajó en valor á los mayores capitanes.

Esta hazaña de Pepino, añade el de San Galo, en quien declinamos toda responsabilidad respecto á lo verídico ó falso del citado suceso, impresionó tan vivamente á los francos, que en adelante, sin que sirvieran ya de rémora las burlas de los barones, pudo el intrépido monarca emprender

reformas interiores y combatir á los longobardos, eternos enemigos de los francos y auxiliares del emperador de Constantinopla.

Tal fué el padre de Carlo-Magno, cuya vida y hechos vamos á bosquejar.

Dicen autores de nuestro tiempo que Carlo-Magno nació en Aquisgran en el antiguo palacio semi-romano de los reyes francos, del cual no queda mas que la torre de Granus, unida hoy dia á la casa consistorial de dicha ciudad; mas Eginhardo, biógrafo y secretario de nuestro héroe, confiesa su ignorancia respecto á este punto y fija el año del nacimiento de Cárlos en 742 de la era cristiana; el de su consagracion por el Papa Estéban II en 754, y los principios de su reinado en Setiembre de 768.

La madre de Carlo-Magno se llamaba Berta ó Bertrada, y era hija de Cariberto, conde de Laon.

Segun las crónicas, era Cárlos de elevada estatura, bien formado, de fuerzas hercúleas, y como tal enemigo de los ayunos, de los cuales decia que debian huir los guerreros, porque debilitaban el ánimo y el cuerpo. Sin embargo, era sóbrio en la comida y bebida y dormia poco. Vestia de lienzo como los demas francos, llevando sobre la ropa interior una túnica de lana con algunos bordados de seda, poniéndose en invierno sobre este traje una almilla de piel de nutria y un manto de color encarnado ó azul.

Durante el tiempo que empleaba en vestirse daba audiencia á las personas que deseaban hablarle; gustábale cuando comia que le leyesen hazañas de héroes y acciones generosas, siendo particularmente aficionado á las obras de San Agustin. Sabia el latin y el griego, en que se expresaba con gran facilidad y hasta elocuentemente, y cultivó con fruto la retórica, lógica y astronomía.

Se ha pretendido que no sabia escribir (por estar este arte reservado á los clérigos, segun dice Cantú), y sin embargo, segun Lambecio, existe en la biblioteca del Vaticano una explicacion de la Epístola de San Pablo á los romanos, corregida por su mano, habiéndose averiguado que en los últimos años de su vida se ocupó en confrontar la version latina de los Evangelios con la version siria y griega, haciendo en ella varias y utilísimas correcciones.

El monje de San Galo, á quien diversas veces nos hemos referido, dice que seguia á Cárlos en sus viajes la escuela llamada de *Palacio,* que dirigia Alcuin, compuesta, además de nuestro héroe, de sus hijos Cárlos, Pepino y Ludovico, de su hermana é hija, de sus consejeros habituales y de una monja.

Hé aquí parte de un documento de esta escuela, que ha conservado la historia con el título de *Disputatio* ó discusion:

PEPINO.—¿Qué es la escritura?

ALCUIN.—El arte de conservar la historia.

PEPINO.—¿Y la palabra?

ALCUIN.—La expresion del alma.

PEPINO.—¿Qué da orígen á la palabra?

ALCUIN.—La lengua.

PEPINO.—¿Y cómo?

ALCUIN.—Azotando el aire.

PEPINO.—¿Qué es el hombre?

ALCUIN.—Un siervo de la muerte que pasa por el mundo sin encontrar la habitacion que busca.

PEPINO.—¿Qué es la vida?

ALCUIN.—La dicha de los afortunados, el suplicio de los infelices y la antesala de la eternidad.

PEPINO.—¿De qué no se cansan los hombres?

ALCUIN.—De la ganancia.

PEPINO.—¿Cuál es el sueño de los despiertos?

ALCUIN.—La esperanza.

PEPINO.—¿Qué es la esperanza?

ALCUIN.—El aliento en la adversidad.

PEPINO.—¿Qué es amistad?

ALCUIN.—La semejanza de las almas.

PEPINO.—¿Qué es fé?

ALCUIN.—La creencia en las cosas ignoradas y maravillosas.

Lástima que poseamos solo este testimonio de la agudeza de ingenio que predominaba en la *Escuela de Palacio,* aun cuando puede formarse una idea de ella por la obra de su ilustrado director Alcuin, titulada: *De virtutibus et vitiis,* recomendable por la exactitud de las ideas y excelentes observaciones en que abunda, segun la opinion de un ilustrado crítico moderno.

Cuenta tambien el monje de San Galo, que habiendo llegado á Aquisgran dos hombres que se decian mercaderes bretones, pregonaban por las calles y mercados la venta de un singularísimo género. Como se diera noticia de ello á Cárlos, mandólos llamar, y preguntándoles cuál era el tráfico á que se dedicaban, respondió uno de los interpelados, llamado Clemente, hombre muy versado en las letras divinas y humanas:

— Nos ocupamos en vender sabiduría.

— ¿Teneis en realidad tal mercancía? dijo á Clemente Carlo-Magno.

— La tenemos, contestó su compañero, llamado Juan Mairlos; y en nombre del Señor la comunicamos á los que la buscan dignamente.

— ¿Y qué precio exigís por tan rico género? preguntó el monarca.

— Muy poca cosa, respondió Clemente: sitio á propósito, niños inteligentes y lo indispensable á la vida: comida y abrigo.

Carlo-Magno, que ansiaba difundir la instruccion por sus vastos dominios, alojó á Clemente en su palacio, encargándole la educacion de los hijos de sus barones, y dió á Juan el Monasterio de San Agustin, en Italia, para fundar allí otra escuela.

Trascurrido algun tiempo y á la vuelta de una de sus rápidas campañas, Carlo-Magno quiso informarse por sí propio del estado de los discípulos de Clemente, y despues de haberlos examinado, dijo á los inaplicados:

«Por el Rey de los cielos, que poco me importa á mí vuestra nobleza, » ni vuestra hermosura, y nada podeis esperar de Cárlos si vuestros progre» sos no me hacen olvidar vuestra actual desaplicacion.»

Y á los aprovechados elogió con estas palabras:

«Os agradezco, hijos mios, vuestra aplicacion: seguid por el camino » emprendido, y recogereis abadías y obispados y en todos tiempos mi » proteccion.»

Bastan estas pinceladas del monje de San Galo para formar el mas alto concepto de un rey criado entre el estruendo de las armas y cuyo pasado vamos á delinear en pocos párrafos.

Despues de la caida del imperio romano, que, si no brillaba como el sol, iluminaba como un faro, las tinieblas de la ignorancia ofuscaron la inteligencia de los pueblos.

Invadido el Occidente de Europa por suevos, vándalos, godos, ostrogodos, visigodos, burgundios, longobardos, sajones, germanos y francos, estos últimos, mas poderosos, se establecieron en el centro de los paises conquistados.

Empero estos pueblos se hostilizaron mútuamente, á pesar del interés comun á todos ellos en mantener sus posesiones contra nuevos invasores, que, como los hunos, no dejaron de seguir la corriente secular que arrojaba contínuamente pueblos desde las elevadas mesetas del Ásia hácia la Europa, ya suave, pero incesante, ya rápida en los tiempos de conquista, amontonando gentes y razas hasta aniquilar imperios como el romano y el griego.

Establecidas estas razas en Occidente, y estudiadas y descritas por escritores contemporáneos, aparece tan solo en sus costumbres la violencia y el antojo y nada de leyes escritas. Cansadas de vivir en un sitio, se iban á otro, atropellando por todo y asolando á su paso naciones enteras. Compraban la paz los vencidos y rompíanla los vencedores cómo y cuándo les parecia. Levantaban el arma homicida ó la tea incendiaria por el menor motivo de desacuerdo ó por el interés mas liviano, y sus combates tomaban un extraño carácter de ferocidad cuando reconocian por causa la cuestion de subsistencias. Sus reyes mataban, torturaban y mutilaban no solo á los vencidos y á sus propios varones, condes y duques, sino tambien y con frecuencia á sus parientes, hermanos, padres é hijos. Se complacian en ejercer su horrible poder arrasando las propias tierras, incendiando sus mismos pueblos y aun los templos dedicados al culto de sus dioses.

De la barbarie de aquellos pueblos se resintió toda la edad media, y aun ha trascendido hasta la actual, á pesar de la influencia del cristianismo y del cultivo de las ciencias. El elemento nuevo científico que con tanto ahinco trabaja por ilustrar á los hombres, no ha logrado todavía hacer converjer la actividad humana á la conquista de los preciosos secretos de la naturaleza. Todavía la desconsoladora realidad nos presenta vivo y aun rabioso el espíritu de raza y el afan de conquistas que ensangrientan los campos de la vieja Europa.

En la confusion de los primeros siglos del dominio de los francos sobre los galos y galo-romanos, aparece la dinastía de los Merovingios, que dió por primeros reyes verdaderos mónstruos sedientos de la sangre de sus semejantes; luego degeneraron en crueldad, y trescientos años despues de la conquista se apoderó del reino de los francos un administrador, un general, un primer ministro, que todo esto eran á la vez los mayordomos de palacio de los reyes Merovingios, siendo este mayordomo el famoso Cárlos-Martel, abuelo de nuestro héroe.

Aparece en aquel caos de tres siglos, como asímismo en todas partes y en todos los tiempos anteriores á los bárbaros, la esclavitud de los vencidos.

Sin embargo, por la ley del progreso, siempre vária, que rije los destinos de los pueblos, quedó modificada la esclavitud; porque los ignorantes conquistadores no pudieron sustraerse á la doble influencia del clima y de la ilustracion de los vencidos. Las ciencias y las artes romanas y la religion cristiana habian penetrado en las Galias y en España, y los bárba-

ros, no obstante sus feroces costumbres, al fijarse en su nueva patria se asimilaron poco á poco los elementos de cultura de los vencidos.

Á pesar de que la esclavitud se conservó, fué ya permitido al esclavo tener peculio propio, dando así un paso agigantado para el establecimiento de la *servidumbre.*

Los *siervos del terruño* ó de la *gleba,* es verdad que estaban obligados á trabajar; pero al menos les pertenecian los frutos del terreno, mediante el pago de cierto cánon anual: eran esclavos, sí, pero mas que del señor del campo que labraban, al cual estaban tan adheridos, que seguian con él las trasmisiones de dominio. Habia además los siervos de la corona ó del fisco, los cuales podian vender la tierra que poseian, mediante la vénia del rey. Los esclavos y los *siervos del terruño* carecian de medios de emancipacion, mas los siervos de la corona quedaban libres con la venta de las tierras realengas.

Considerábase el reino entonces como una gran familia, en que el rey era el jefe, el gran propietario: los grandes vasallos ó leudos, esto es, los duques, condes barones, etc., tomaban plaza de administradores, con obligacion de tener hombres armados, equipados y provistos de víveres prontos á marchar á la guerra cuando el rey los llamara.

Arbitraba la corona sus gastos, además de los frutos que de sus haciendas procedian, de los pagos regulares á que estaban sujetos los pueblos, del producto de las minas y salinas, á veces de una contribucion extraordinaria y de los tributos impuestos á los pueblos vencidos.

El estado permanente de aquella sociedad era la guerra.

Montesquieu dice de los reyes Merovingios que otorgaban rescriptos para contraer matrimonios ilícitos, para alterar las sucesiones en perjuicio de los legales herederos y para inferir agravios y oprobios, sin perjuicio de anular al dia siguiente lo bueno y lo malo ordenado la víspera, como si estuvieran en constante embriaguez.

Tal era la situacion de los francos en la época en que aceptaron á Cárlos Martel por soberano. Los esfuerzos de este rey para mejorar aquella situacion, y los de su hijo Pepino, á pesar de ser grandes y fructuosos, no lograron mas que allanar el camino que debia recorrer Carlo-Magno.

Los dominios de los francos, mal seguros en la parte meridional del Loira, ó sea la Aquitania, tenian por límites este rio, el Océano, el Rhin, los Alpes y el Mediterráneo, si bien al Occidente campeaba libre la Bretaña y al Sud la provincia de Marsella. Reinaban los longobardos en Italia, los

visigodos y árabes mas allá del Loira y de la Aquitania y los sajones y germanos á la otra parte del Rhin.

Cárlos fué un rey tan malo como los demas durante los primeros años de su reinado. Codicioso de los Estados de su hermano Carloman, se los arrebató á sus hijos, obligándolos á refugiarse al lado de Didier, rey de Lombardía, contra quien emprendió Cárlos una sangrienta guerra, haciéndole por fin prisionero en Pavía.

Menguado el poder de los lombardos, aliados del emperador de Constantinopla, Carlo-Magno restableció la autoridad del Papa en los Estados que le diera Pepino; aumentólos, y consagró sus fuerzas y las de la Francia á propagar la fé cristiana, como Mahoma el islamismo, por medio de las armas.

Abriéndose camino con la espada llevó la cruz á la Sajonia, á Germania y á España contra Abd-el-Rahman en 778; conquistó los paises encerrados entre el Ebro, los Pirineos y el Mediterráneo, y de esta expedicion nacieron los Estados de Navarra, Aragon y Cataluña. Mas á su vuelta á Francia fué destrozada la retaguardia de su brillante ejército en el famoso paso de Roncesvalles por los habitantes de la vertiente española del Pirineo, memorable hecho de armas que aun recuerdan con orgullo los bravos vascongados, cual puede verse por el siguiente canto bélico, tan popular entre los *eskaldunas,* y que tomamos de la excelente *Historia de España* de Cárlos Romey. Los amantes del idioma *éuskaro,* que conozcan el *Altabizaren cantua,* comprendiendo lo difícil que es verter al castellano esta poesía, perdonarán fácilmente al traductor las leves variaciones que ha tenido que hacer en el texto de la misma.

Hé aquí la enérgica composicion á que nos referimos:

Suena y resuena alarido
De Eskaldunas por la eminente cumbre;
Deja el etcheco-jaona su techumbre,
Y siempre alerta
Ante su puerta
Exclama:—¿Qué me pide ese ruido?
Y Melampo,
Que al pié del amo yacía
Y dormia,
Sale al campo
Y Altabiza atronó con su ladrido.

A diestro y á siniestro en el collado
De Ibañeta retumba,
Cual peñon que de lo alto se derrumba,

Y es de fiero soldado
El murmullo y el paso acompasado:
Ronca el asta de buey, y en Ibañeta
El etcheco-jaona aguza su saeta.

—¡Ya están, ya están, y entre un cañar de lanzas
Las banderas tremolan mil venganzas!
Sus armas á raudales centellean:
Cuéntalos por muchísimos que sean,
Mozo.—Uno y dos y tres y cuatro y cinco
Y seis y veinte...—En balde es el ahinco:

Miles y miles llegan; en contarlos
Se pierde el tiempo; vamos á matarlos.
Aquí de mancomun, brazo con brazo
En redoblado lazo
Peñones y peñones arranquemos,
Y allá sobre sus frentes los volquemos.
¡Mueran! ¡sea este de su vida el plazo!

¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?
Dios hizo la montaña
Para que no la pase gente extraña.
¡Viva la paz! ¡Lluevan sobre ellos peñas!
Un peñon y otro y otro se derrumba,
Y á soldados sin fin sirven de tumba.
Huesos hendidos, carnes palpitantes
De sangre inmunda asoman rebosantes.

Huya quien tenga aun fuerzas y un caballo;
Huye tú, Cárlos, de tu suerte al fallo,
Y ni tus rojas ni tus negras plumas
A nuestros ojos ostentar presumas.

Y ese tu primo, tu Roldan amado,
En vano fué tan ínclito soldado,
Pues yace allá. Dejemos ya la cumbre;
Vuélvase cada cual á su techumbre,
Pues de diversos modos,
¡Viva, Eskalduna, viva! huyeron todos.

¡Huyen!... ¡huyen!... amigos: ¿qué fué entonces
De esos que en pompa semejaban bronces?
¿Y ese cañar de lanzas
Que amagaba tantísimas venganzas?

Ensangrentada hueste, ya no brillas:
Hecha astillas,
Tiznados tus aceros,
Aparecen tan solo inmundos cueros.

Cuéntales, niño, ahora con ahinco.
—Veinte, catorce, doce, nueve, cinco,
Cuatro, tres, dos, uno...
Ya ninguno.

¿Conque, etcheco-jaona, ya ni uno?
Ea, vuelve á tu hogar con el perrillo:
Abraza ya á tu esposa y tu chiquillo;
Haces estrechas
Haz de tus flechas;
Pon el asta de buen en tu tarima,
Y duerme encima:
Ya el águila en las carnes se alimenta.
Y por siempre blanquea la osamenta.

Eguinhardo, biógrafo de Carlo-Magno, cuenta la retirada de España como una gran derrota sufrida por el ejército franco, de cuya retaguardia, poderosa y rica con el botin que recogiera á su paso por la Península, no quedó un hombre vivo, si ha de creerse la tradicion vascongada.

Por lo demas, segun nuestros mas entusiastas que verídicos romanceros de los siglos XVI y XVII, el legendario Roldan y su no menos celebre compañero Oliveros perdieron la vida en aquella jornada.

«Despues de esta derrota, dice Eguinhardo en sus *Anales* del año 778, » no le quedaron ganas á Cárlos de volver á España, porque el recuerdo del » desman cometido por los vascos empañó en gran manera allá en el ánimo » del rey la ufanía que le cupo con sus primeros logros en la Península » Ibérica.»

Á pesar de lo dicho, la expedicion de Carlo-Magno no fué infructuosa, puesto que afianzó los dominios de los cristianos al Noreste de la Península y le dió ocasion de consolidar su poder en Aquitania, que erigió desde luego en reino, dándoselo á su hijo Luis, el cual naciera en aquella tierra durante la indicada campaña, de Hildegarda su esposa.

Aprovechaban los sajones para rebelarse contra los francos las frecuentes guerras que sostenia su rey conquistador, ya en Italia, ya en Alemania, ya en España, sin que treinta años de sangrientas luchas pudieran someterlos.

La causa de la obstinada resistencia de los sajones era religiosa. Pretendiendo Carlo-Magno hacerles abrazar el cristianismo, demolia sus templos paganos dejando en su lugar misioneros que les instuyeran en las verdades de la fé; pero ellos, firmes en sus creencias, no bien creian llegada una ocasion propicia, volvian á levantar sus templos y á rebelarse contra los francos. Logró Cárlos por fin atraerse á su caudillo Witikindo y cristianarlo,

y con él á muchos compatriotas suyos; pero quedó aun en pié la rebeldía del pais, aunque tan debilitada, que podia considerarse como sometido, si bien mas tarde se desprendió de Francia, no ya por motivos de religion, que llegó á ser la cristiana.

En el año 800 fué ungido emperador Carlo-Magno por el papa Leon III, á peticion de los romanos deseosos de ver el renacimiento del imperio de Occidente, en oposicion al de Oriente, que tanto habia afligido á la Iglesia católica.

Hácia esta época empezaron los normandos á hostilizar al comercio franco, y aun á hacer desembarcos en poblaciones marítimas de poca importancia; y por el éxito obtenido en sus primeras correrías atreviéronse allá por el año de 808 á acometer mayores y mas arriesgadas empresas.

Ignórase si realmente existió algun territorio cercano al mar que llevase el nombre de Normandía, ni qué significacion pudo tener esta palabra; mas lo que parece fuera de duda es que los normandos eran verdaderamente en su mayoría *alemanos,* como entonces se les apellidaba.

La Alemania Septentrional, poblada de hombres fuertes y de carácter áspero, estaba dividida en cantones confederados para el ataque y la defensa, regidos por jefes electivos, que llamaremos condes. La propiedad se trasmitia allí indivisa á los primogénitos, viviendo los demas hijos en la casa paterna con bastante sujecion; por lo que los segundones, ávidos de libertad y de gloria, emigraban con deseos de aventajar en riquezas á sus hermanos mayores, y estableciéndose generalmente en las costas, se hacian primero pescadores, despues marinos y por último piratas que atacaban las embarcaciones en alta mar, se arrojaban sobre las ciudades marítimas de corto vecindario, remontaban los rios y se apoderaban de las islas que mas les agradaban, á las que periódicamente iban á depositar el fruto de sus rapiñas.

Aquel flujo de segundones germanos renovaba la poblacion marítima de Suecia, Dinamarca y Noruega, y se atrevió mas tarde á invadir Inglaterra, Escocia é Irlanda, y aun á establecerse en Francia cuando degeneraron los reyes Carlovingios.

Conociendo Carlo-Magno de lo que eran capaces aquellos audaces aventureros que se presentaban numerosos en las infinitas calas de la costa del Norte de Europa, opúsoles desde luego sus barcos de guerra; pero no siendo suficientes para detener á los piratas, construyó extensos arsenales, sosteniendo desde entonces poderosas escuadras, que, segun autores

contemporáneos, protegian el comercio desde el Tíber hasta el mar Germánico. Así contuvo durante su vida el desarrollo de aquel pueblo de bandidos que un siglo mas tarde se atrevió á sitiar á Paris.

Aparte de lo dicho, queriendo por un proyecto verdaderamente colosal favorecer todavía mas al comercio, intentó unir el Danubio y el Rhin, estableciendo una comunicacion directa entre el Océano y el Mar Negro. Pero las dificultades que ofrecia el atravesar un pais bárbaro recien conquistado, y la falta de experiencia en esta clase de obras, hizo abortar el proyecto, despues de haber abierto dos millas de un canal cuyos vestigios están patentes todavía en Weissembourg (Franconia).

Tan gran libertino como hábil político y esforzado guerrero, Carlo-Magno tomó por esposas y repudió sucesivamente á Himiltruda, Hermengarda, Hildegarda, Fastrada y Liutgarda, manteniendo ilícito comercio con otras tantas concubinas, sin merecer por eso las censuras de los Papas, que tan severos se mostraron con otros reyes por el mismo motivo. Estas mujeres le dieron ocho hijos legítimos y ocho naturales. Hildegarda fué madre de Ludovico Pio, que reinó primero en Aquitania y heredó despues el imperio á la muerte de Cárlos.

Hablando de la familia de Carlo-Magno, cuyas hijas no gozaron fama de virtuosas, se nos ocurre reproducir aquí el gracioso suceso que recuerda un autor moderno, por mas que no podamos responder de la verdad del hecho.

Dice la tradicion que Eguinhardo, á quien tantas veces ha de citarse hablando del primer emperador franco, se enamoró perdidamente de Emma, para unos sobrina y para otros hija del gran emperador, y que sin mediar tercerías, por no necesitarlas la intimidad y confianza de que gozaba dicho secretario en palacio, Emma correspondió tan cumplidamente á los deseos de Eguinhardo, que accedió á admitirle una noche en su estancia.

Por desgracia de los enamorados, no repararon durante el tiempo que duró su entrevista en que el nublado cielo derramaba abundantes copos de nieve, que cubriendo enteramente el suelo debia señalar las huellas del hombre que iba á salir del cuarto de la princesa llevándose su honra.

Satisfecha pero temerosa de que el secreto llegara á descubrirse por las pisadas de Eguinhardo, atrayendo sobre él la justa indignacion del monarca tan traidoramente ultrajado, Emma se cargó á cuestas á su amado y lo llevó hasta fuera del palacio.

Carlo-Magno, que dormia poco, acertó á ver pasar por delante de su ventana el extraño grupo que formaban los precavidos amantes, y juró dar

fin al escándalo de unos amoríos cuyas vergonzosas consecuencias pudieran achacarse á la conducta licenciosa del que debia dar á sus hijas ejemplo de entereza y virtud.

Al dia siguiente, Cárlos reunió el consejo para que juzgase á su infiel secretario, el cual fué condenado á muerte; pero grande tambien en esta ocasion el temido soberano, tomando de la mano al aterrado Eguinhardo, le condujo á presencia de su hija, y con pasmo de los consejeros, dijo:

« Sed felices, hijos mios; mas no imiteis mi conducta. »

Otras lindezas por el estilo se cuentan de las hijas del emperador. Pero dejando á un lado semejantes asuntos y pasando á tratar de cosas mas formales, convienen los biógrafos de Carlo-Magno en que este varon ilustre, tan terrible con sus enemigos, consideraba á sus súbditos como miembros de una gran familia, cuyo padre era el rey, quien como tal debia desvelarse por su felicidad y cuidar de la seguridad y órden del Estado. Guiado por esta idea dejaba á la reina la administracion del palacio. Ella fué, pues, el superintendente, el ministro de Hacienda de la monarquía franca, y esto explica la importancia que tuvieron las mujeres durante la dominacion de los Carlovingios.

Para facilitar la administracion del pais lo dividió el hábil soberano en legaciones, y éstas en condados. Un gobernador, ya noble, ya prelado, segun convenia á los intereses del imperio, presidia en cada legacion con el título de *enviado del Señor*.

Carlo-Magno, segun Montesquieu, tuvo siempre equilibrado el poder de la nobleza con el del clero y los hombres libres, y así los dominó á todos.

Libres dejó á los diferentes pueblos del imperio en sus usos y costumbres; pero les impuso rigurosamente la religion cristiana, llegando á castigar la menor falta en la práctica del culto con pena de muerte. En sus leyes referentes á la religion, como igualmente en las del *Fuero-Juzgo* español de aquella edad, se hallan las bases de la futura Inquisicion, horrible é indeleble mancha de las edades media y moderna.

Carlo-Magno fué el campeon del cristianismo en el siglo VIII y principios del IX; tuvo constantemente por objeto la restauracion del imperio romano con el catolicismo como única creencia religiosa, y trabajó como Alejandro, como la antigua Roma, como Mahoma, para realizar la deslumbradora utopia de la unidad del género humano constituido en un cuerpo de nacion sujeto á su dominio; pero menos egoista ó mas fanático que ellos, creyó que sobre él estaba el Evangelio, el catolicismo y el papado. Así, nunca estuvo

en desacuerdo con el Pontífice romano, y le dió tal fuerza y prestigio con su poderoso apoyo, que desde entonces los sucesores del humilde pescador de Betsaida, los que se apellidaban á sí mismos siervos de los siervos de los fieles, se creyeron los señores del mundo, llegando á convertirse durante cinco siglos en exclusivos árbitros de los pueblos y los reyes.

Los límites del imperio de Carlo-Magno eran los Pirineos, el Mediterráneo, Nápoles, el Adriático, la Croacia, la Panonia, Moravia, el rio Oder y el Océano, es decir, un territorio cuatro veces tan grande como la Francia actual.

Para impedir las irrupciones de los sarracenos de España dió vida á Navarra, Aragon y Cataluña y cierta independencia al reino de Aquitania. Con estos antemurales contenia la corriente del islamismo en el Mediodía de Europa, mientras al Norte, en los paises que mandó desocupar á los sajones, colocó á los fieles obotritos, cuya mision consistia en rechazar las invasiones de los belicosos pueblos del Báltico y de la Germania.

Poseido del sentimiento de su incontrastable poder, el emperador franco sellaba los tratados de paz y guerra con el pomo de la espada, diciendo que los sostendria con la punta.

Durante su reinado congregó varios concilios con objeto de extirpar errores, reformar las costumbres y restablecer la disciplina eclesiástica bastante relajada en sus dominios.

Inclinado á todas las ideas grandes y nobles, procuró remediar en los últimos años de su vida los males producidos por la guerra, favoreciendo la cultura intelectual y la industria, y gracias á él la civilizacion de la Italia penetró primero en la Galia y despues en las comarcas de la Germania que formaban parte de su vasto imperio.

Conociendo el ilustrado soberano el valor de la economía rural, quiso que se generalizase, y al efecto presentó como modelos sus extensas propiedades, para cuya administracion dictó prescripciones firmes y precisas, que se observaban bajo su vigilancia personal. Los mejores productos de sus quintas, de sus jardines y de sus ganados se presentaban en su mesa, y el resto se vendia en el mercado.

Carlo-Magno, entre otras mil instituciones benéficas conque, aparte de sus inmensas conquistas, inmortalizó su nombre, fundó hospitales, magníficos templos y escuelas públicas en diferentes puntos del imperio; y aquel grande hombre, que se distinguió siempre por una actividad extraordinaria que le llevaba á obrar con la enérgica rapidez del guerrero aun en los

asuntos políticos de mas alta importancia, sucumbió á los ataques de una pleuresía crónica el 28 de Enero del año 814 de nuestra era, á la edad de setenta y dos años, siendo depositado su cadáver en la catedral de Aix-la-Chapelle (Aquisgran) que él levantara en 796 y que consagró con gran pompa en 804 el papa Leon III.

En 1166, el emperador Federico Barbaroja, queriendo tener un sillon digno de él para su coronacion, hizo abrir la tumba de Carlo-Magno y se apropió la silla de mármol cubierta de láminas de oro en que estaba sentado el cadáver del gran conquistador, en tanto que el cabildo de la iglesia se apoderaba del esqueleto imperial y lo dividia en trozos como el de un santo para hacer de cada hueso una reliquia.

Actualmente, segun el testimonio de un autor contemporáneo, el viajero que visita la histórica catedral de Aix-la-Chapelle puede ver por la insignificante cantidad de *tres francos setenta y cinco céntimos* (precio fijo) el brazo de Carlo-Magno, aquel brazo que sostuvo durante cuarenta y seis años el cetro del mundo, venerable hueso sobre cuyos disecados tegumentos se lee esta inscripcion trazada por algun escriba del siglo XII: *Brachium Sancti Caroli Magni,* y luego el cráneo de aquel varon insigne, cráneo que cobijó pensamientos quizás mas colosales que los que concibieran Sésostris, Alejandro y César y sobre el cual apoya ahora el pertiguero de la catedral su inmunda uña al señalarlo con sacrílega indiferencia á la curiosidad de los espectadores, que se retiran pensativos al contemplar en lo que vienen á parar las humanas grandezas.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CARLO-MAGNO.



El Cid

EL CID.

El héroe que da nombre á esta biografía es [illegible] en su tremendo duelo de ocho siglos [illegible]
[illegible]

[illegible] nuestra patria muy pocos han prestado mas asunto que el Cid á los poetas y novelistas españoles para escribir extensos romances y abultados libros, en los que, á fuerza de querer ensalzar las hazañas de este héroe, llegaron á convertirle casi en un sér fabuloso, en uno de los semidioses de la *Iliada*, ó, lo que es todavía mas deplorable, en uno de aquellos caballeros [illegible] admiracion de nuestros cándidos abuelos, pueden todavía leerse en los puestos de los modestos industriales que se dedican á la venta de romances [illegible] de la de *Jaime el Barbudo*, ú otras de este jaez, la biblioteca de los soldados, niñeras y lacayos de nuestros dias, dignos lectores de semejantes obras.

Y sin embargo, á pesar de los desvaríos de muchos poetas y cronistas de los siglos XVI y XVII y de la incredulidad de algunos ilustrados críticos modernos [1] que han llegado á negar la existencia del Cid, ó concedídole [illegible] la importancia de un mero jefe de banda, de un simple *condottieri*.

[1] Entre ellos Masdeu en su *Refutacion crítica de la Historia leonesa del Cid.*

EL CID.

(Entre 126 y 140 á 1099 despues de J. C.)

El héroe que da nombre á esta biografía es la encarnacion viva del carácter español en su tremendo duelo de ocho siglos con los feroces sectarios del islam, duelo empezado por Pelayo en 716 entre las breñas de las montañas asturianas y terminado gloriosamente en 1492 por Fernando é Isabel de Castilla ante los muros de la hermosa Granada.

Entre los infinitos personajes ilustres de que puede enorgullecerse nuestra patria muy pocos han prestado mas asunto que el Cid á los poetas y novelistas españoles para escribir extensos romances y abultados libros, en los que, á fuerza de querer ensalzar las hazañas de este héroe, llegaron á convertirle casi en un sér fabuloso, en uno de los semidioses de la *Iliada*, ó, lo que es todavía mas deplorable, en uno de aquellos caballeros de la *Tabla Redonda*, cuyas milagrosas proezas, despues de excitar la admiracion de nuestros cándidos abuelos, pueden todavía leerse en los puestos de los modestos industriales que se dedican á la venta de romances de ciego, constituyendo en union de la *Historia de Sebastiana del Castillo* y de la de *Jaime el Barbudo*, ú otras de este jaez, la biblioteca de los soldados, niñeras y lacayos de nuestros dias, dignos lectores de semejantes obras.

Y sin embargo, á pesar de los desvaríos de muchos poetas y cronistas de los siglos XVI y XVII y de la incredulidad de algunos ilustrados críticos modernos [1] que han llegado á negar la existencia del Cid, ó concedídole á lo sumo la importancia de un mero jefe de banda, de un simple *condottieri*,

[1] Entre ellos Masdeu en su *Refutacion crítica de la Historia leonesa del Cid.*

documentos irrecusables arábigos y castellanos, que no reproducimos aquí en obsequio á la brevedad, y sobre todo, la tradicion, fuente de toda historia, prueban indubitablemente que el bravo Campeador fué un personaje tan real, tan efectivo como Alejandro, César, Carlo-Magno y otros cien eminentes varones que seria locura ó ceguedad negar que hayan vivido en vista del unánime testimonio de sus contemporáneos.

Bajo este criterio, vamos, pues, á narrar sucintamente lo que se sabe de la historia del Cid, eliminando en lo posible de ella las mil ficciones y extravagancias romancescas conque inconscientemente se han desfigurado los hechos de uno de los mas esforzados y leales caballeros que honran la historia de la noble España.

Rodrigo Diaz de Vivar, coloso de la tradicion, prototipo del valor español, terror de los musulmanes, que le saludaron con el nombre de *Cid* (señor), orgullo de los cristianos, que le consideran como un héroe muerto ayer, vió la luz del dia en Búrgos por los años de 1029 á 1040 de nuestra era, sin que podamos precisar el año de su nacimiento á causa de discrepar sobre este punto la mayor parte de los historiadores y no conocer ningun documento bastante autorizado para aclarar satisfactoriamente semejante duda.

Hijo de Diego Lainez, descendiente segun varios cronistas de Lain Calvo, conde ó juez de Castilla, Rodrigo fué educado en la córte de Fernando I, el *Grande*, al que siguió á la guerra contra los sarracenos tan pronto como tuvo fuerza su brazo para levantar una espada.

Al fallecer Fernando en 1065, repartió sus extensos dominios entre sus cinco hijos Sancho, Alfonso, García, Urraca y Elvira; fatal medida que encendió la guerra entre los hermanos y debilitó sus respectivos reinos cuando mas fuerza y union necesitaban para hacer frente al comun enemigo.

En el reparto de que queda hecho mérito, tocó á Sancho la corona de Castilla, la de Leon á Alfonso, la de Galicia á García, á Urraca la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro con los pueblos de su término.

Poco conocedor del corazon humano, Fernando hizo jurar á sus hijos que conservarian esta division y que se ayudarian mútuamente; juramento cumplido como todos los que sirven de freno á la ambicion, pues apenas cerró el padre los ojos, Sancho, que se sentia mas poderoso y con mayor inteligencia, decidió despojar á sus hermanos y agregar á los suyos sus Estados.

Le habia prestado muy buenos servicios el caballero Lainez, y agrade-

cido á ellos tenia en su córte á Rodrigo de Vivar, cuyo nombre empezaba ya á ser terror de los infieles. Contando con su ayuda, Sancho atacó primero á Alfonso de Leon, jóven y menos fuerte y diestro en las cosas de la guerra, derrotándole con facilidad en los primeros encuentros y apoderándose de parte de su reino. Sin embargo, aconsejado por la desesperacion, aceptó Alfonso una batalla decisiva cerca de la aldea de Golpejar, [1] logrando en un principio desordenar las huestes de su hermano y aun obligarle á abandonar el campo. Parecia ya declarado el triunfo en favor del leonés, cuando Rodrigo, animando á su rey, le ayudó á reunir los dispersos, y cayendo por la noche sobre los vencedores, embriagados por la victoria y el vino, los desbarató enteramente haciendo en ellos gran destrozo. Alfonso tuvo que acogerse al sagrado de una iglesia, donde quedó prisionero, viéndose luego precisado á ceder su reino al ambicioso Sancho y á refugiarse en Toledo al lado del ilustrado emir El-Mamum, que acogió al destronado monarca con todas las consideraciones debidas á su desgracia.

Esta brillante hazaña de Rodrigo, tal como la dejamos narrada, pasa por cosa verídica entre los mas juiciosos cronistas de aquella época, no mereciendo tanto crédito, por mas que no parezca imposible tratándose de un hombre de sus brios, el rasgo de bravura que le atribuyen algunos autores, segun los cuales, habiendo penetrado desesperadamente trece jinetes leoneses en medio de la escolta de don Sancho y logrado hacerle prisionero, le rescató el Cid peleando solo contra todos y obligando á volver las espaldas á los que no perdieron la vida al filo de su espada.

Dueño de los Estados de don Alfonso, el ambicioso Sancho pasó á Galicia para desposeer de su reino á don García.

Se habia atraido este monarca el ódio de sus súbditos á causa de los enormes tributos conque los agoviaba y por la proteccion que dispensaba á un indigno favorito, á quien los señores de su córte, exasperados, asesinaron en su mismo palacio.

La discordia y el disgusto de los gallegos facilitaron á don Sancho la conquista de aquel reino. Derrotado García en diversos encuentros, tuvo que refugiarse en Portugal, donde con los parciales que le quedaban y los auxilios de los moros de aquella parte de la Península, vióse al frente de un regular ejército, atreviéndose á hacer frente á su hermano en las inmediaciones de Santaren, con tan buena fortuna al empezar la accion, que llegó

[1] Probablemente la antigua Vulpecularia de los romanos, villa de corto vecindario á una legua de Leon.

á apoderarse de la persona de don Sancho. Pero cuando creia tener asegurada la victoria, llegó Rodrigo en socorro del rey, y no solo le arrancó de poder del enemigo, sino que le llevó de nuevo á la pelea, viéndose arrebatar don García en un instante el triunfo, la corona y la libertad.

Restábale á don Sancho para realizar su proyecto despojar tambien á sus hermanas, y en efecto, tardó poco en arrojar de Toro á doña Elvira, que no le opuso ninguna resistencia. Pero no sucedió lo mismo con Zamora, donde se encerró doña Urraca, empeñada en defenderse con varonil esfuerzo, ayudada por el cuerdo y valeroso Arias Gonzalo, antiguo ayo de la citada princesa.

Resistian denodadamente los zamoranos los ataques de Sancho, y tras un largo asedio, presentándose en los reales castellanos un soldado á quien los historiadores llaman Vellido Dolfos, ofreció al rey mostrarle un sitio por donde fácilmente pudiera entrar en la plaza. Creyendo el confiado soberano lo que le decia aquel traidor, le siguió; pero cuando estuvieron lejos del campamento, aprovechando un momento favorable, atravesó Vellido con un venablo al rey, y huyó rápidamente hácia Zamora.

Hallábase entre los sitiadores Rodrigo de Vivar, que viendo escapar al asesino, sospechó su delito y se lanzó en su persecucion; mas no pudo alcanzarle por haberle abierto un portillo los sitiados en el instante en que el enfurecido Campeador iba á echarle la mano.

Malherido don Sancho, exhaló la vida con su sangre, dispersándose al momento su ejército, excepto las huestes castellanas, acaudilladas por Rodrigo, que haciendo frente á las tropas salidas de Zamora para hostigarlas en su retirada, llevaron el cadáver de su rey al monasterio de Oña, donde le dieron honrosa sepultura.

La muerte de don Sancho, á quien se llamó el *Fuerte,* no tanto á causa de su poderío cuanto por su carácter enérgico é indomable valor, tuvo lugar el dia 6 de Octubre del año 1072 de la era cristiana.

Advertido don Alfonso del trágico fin de su ambicioso hermano, abandonó á Toledo, donde, como dejamos dicho, habia encontrado asilo al lado de El-Mamum, y se presentó en Búrgos, en ocasion en que una junta de magnates navarros y leoneses acababa de proclamarle rey de Castilla, de Galicia y de Leon.

No creyendo encontrar ningun obstáculo, preparábase Alfonso á recojer la mejor parte de la herencia paterna, cuando surgió una dificultad que retardó momentáneamente el logro de sus deseos, haciéndole pasar por

una humillacion sin ejemplo en la historia y á la que á duras penas pudo someterse aquel altivo rey.

Recelosos los castellanos de que don Alfonso hubiera intervenido mas ó menos directamente en el asesinato de don Sancho, rehusaban aceptarle por señor si no probaba antes su inculpabilidad en semejante crímen.

Segun las costumbres de aquel siglo, un caballero hubiera recurrido desde luego al juicio de Dios con un igual suyo para hacer patente su inocencia; pero no teniendo iguales el rey, fué preciso apelar al juramento, que muy á pesar suyo consintió don Alfonso en prestar antes de ceñir á sus sienes las tres coronas que su buena fortuna le deparaba. Mas, ¿quién se atreveria á recibir un juramento que necesariamente debia provocar el enojo del soberano sobre el que osara constituirse en juez de su conciencia?

Vacilaban los magnates castellanos en llevar adelante su propósito; pero el intrépido Rodrigo de Vivar, sin arredrarle el peligro á que se exponia, dijo á Alfonso delante de toda la nobleza congregada con este objeto en la catedral de Búrgos:

« ¡ Jurad, oh, rey Alfonso, que no tuvísteis parte en la muerte de don » Sancho, aconsejándola ni ordenándola ! ¡ Si mentís, quiera Dios reserva- » ros el mismo fin á manos de un villano como el que asesinó á nuestro » último rey ! »

Los romanceros y aun algunos cronistas de esta época aseguran que el Cid hizo repetir á Alfonso tres veces el citado juramento; mas no parece creible que se atreviera á tanto, pues con una vez sola bastaba para ofender á aquel rencoroso príncipe, que efectivamente dió al héroe castellano, andando el tiempo, hartas pruebas de su resentimiento.

Disimulando al pronto su despecho, conservó Alfonso al Cid á su lado, utilizando sus servicios en diversas expediciones guerreras á que le siguió, y enviándole despues á Córdoba y Sevilla á reclamar el tributo que los emires de aquellas ciudades tenian obligacion de pagar á los reyes de Castilla en cambio del auxilio que éstos debian prestarles contra sus enemigos.

Partió Rodrigo á desempeñar su comision, y como al llegar á Sevilla se encontrase con la novedad de que el rey moro de Granada se disponia á atacar al sevillano, le intimó altivamente el Cid que respetase al aliado de su rey; mas no siendo atendido por el granadino, que penetró en los dominios del rey de Sevilla saqueando y destruyendo cuanto hallaba á su paso,

púsose el Campeador al frente de las tropas sevillanas y derrotó á los invasores, adquiriendo con aquella hazaña honores y riquezas.

De vuelta á Castilla, cayó enfermo Rodrigo, siendo esto causa de que no pudiese acompañar al rey en su expedicion contra los moros de Andalucía, de la que regresó Alfonso cubierto de laureles.

Queriendo pagar este príncipe la generosa acogida que le dispensara El-Mamum cuando tuvo que buscar un asilo á su lado, le dió auxilio en su lucha con el emir de Córdoba, y aun suspendió la conquista de Toledo (empresa harto fácil para él atendidas las imponentes fuerzas de que disponia), mientras vivieron El-Mamum y Hescham su primogénito. Empero, luego que por los años de 1077 hubieron fallecido aquellos personajes, marchando Alfonso con un lucido ejército sobre la hermosa ciudad que hacia ya mucho tiempo codiciaba, arrojó de ella á Yahya, hijo segundo de su generoso protector, y adelantándose por la orilla del Tajo, tomó los pueblos y fortalezas mas importantes de aquel emirato, en tanto que el rey moro de Zaragoza, aprovechando su ausencia, invadia el territorio cristiano confinante con sus Estados, llegando hasta la villa de Gormaz, que saqueó, llevándose cautivos á sus habitantes.

No bien llegó á noticia de Rodrigo esta agresion, aunque convaleciente de su enfermedad, salió con un puñado de intrépidos soldados al encuentro de los sarracenos que volvian cargados de botin, y no solo recobró lo robado, sino que les causó considerable pérdida en muertos y prisioneros.

Un historiador contemporáneo de gran reputacion afirma que esta hazaña del Cid disgustó á don Alfonso, siendo causa de que le desterrara de su córte, ó mejor, de que le declarase que no necesitaba sus servicios. Sin negar nosotros que esto pueda ser cierto, creemos que la principal causa del destierro fué que ensoberbecido el rey con sus recientes y gloriosas conquistas, creyó llegada la ocasion de empezar á vengarse del altivo vasallo que forzosamente le hiciera jurar su inocencia en la muerte de su hermano.

De cualquier modo que sea, parece cosa cierta que el Cid se separó de don Alfonso con los amigos y parientes que quisieron seguirle; pero demasiado leal para volver sus armas contra su soberano, en cuyo corazon, como en el de la mayor parte de los reyes, no echaban profundas raices la consecuencia y el agradecimiento, sofocó el héroe su justa indignacion, consagrando su temida espada á combatir á los enemigos del nombre cristiano y viviendo entre sus guerreros como señor independiente, en cuya calidad

hizo la guerra á los moros ó ajustó paces con ellos, segun convino á sus fines políticos ó particulares.

Mientras tenian lugar estos sucesos, aterrados los sarracenos por las conquistas de Alfonso, las mas importantes que llevaran á cabo los cristianos desde la invasion de la Península, llamaron en su auxilio al almoravide Yusuf ben Tasfin, que imperaba en Marruecos, el cual envió á su general Alí con un poderoso ejército en ayuda de sus correligionarios. Pero el citado jefe, á imitacion de casi todos los caudillos de algun valer que pasaron el Estrecho, volvió las armas contra los musulmanes; los venció cuantas veces osaron resistirle; se sustrajo á la autoridad de Yusuf, y se proclamó *Emir-al-Moslemin,* ó príncipe de los creyentes.

En vano fué que Alfonso procurase disipar la tormenta que amenazaba su reino: vencido por Alí en dos grandes batallas, tuvo que retirarse á Toledo, donde, reuniendo un nuevo ejército, marchó por tercera vez contra el almoravide, precisándole al fin á encerrarse en Córdoba y á comprar su salvacion á gran precio y mediante un tributo. Pero todo fué inútil, pues que Yusuf, ansiando castigar la perfidia de su general, pasó á España con formidable ejército; se apoderó de Alí, á quien hizo cortar la cabeza, y estableciéndose en Andalucía, se dispuso á completar la conquista de la Península penetrando en Castilla á sangre y fuego.

No pueden negarse á Alfonso VI las prendas de hábil caudillo é intrépido soldado. Sin desmayar ante el peligro que corria su corona, allegó cuantos recursos pudo; llamó en su auxilio á los príncipes cristianos de España y Francia, y aun invitó al Cid á reunirse con él.

Dando al olvido sus agravios, el leal Rodrigo acudia presuroso á ayudar á su rey; pero antes que llegase al campo castellano presentó Alfonso á Yusuf la funesta batalla de Celada, ó Zalaka, cual la nombran los cronistas árabes, en la que quedó destrozado su ejército, y él mismo, malherido de un lanzazo en un muslo, tuvo que buscar refugio en Toledo con algunos centenares de jinetes que á duras penas escaparon con vida de aquel desastre.

Aprovecharon la ocasion los enemigos del Cid (que nunca faltan á los hombres distinguidos por su génio ó valor) para acusarle ante el monarca de haber sido la causa de aquella derrota al retardar deliberadamente su marcha por no verse en la precision de ayudar con su brazo á un rey á quien odiaba.

Ora creyese Alfonso tan infame calumnia, ó bien le pareciese aquella una excelente coyuntura para vejar al Campeador, mostrándose altamente in-

dignado contra el noble caudillo, confirmó por tiempo indefinido la pena de destierro que pesaba sobre él; confiscóle sus bienes, y segun testifican varios cronistas, llegó hasta detener á su mujer é hijas, aunque las soltó luego permitiéndolas que fueran á reunirse con Rodrigo, el cual no contó desde entonces con mas patrimonio que su gran corazon y su temida espada.

Libre de todo vínculo para con el ingrato soberano, y resuelto á crearse una posicion independiente, prosiguió el Cid sus caballerescas expediciones y arrojadas empresas, que constantemente coronó la victoria.

En este período de la vida del héroe, creyéndole un tanto decaido Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, pensó tomar venganza de algun agravio que le infiriera el Campeador, y aliándose con Alfabig, emir de Zaragoza, atacó á Rodrigo, que con un puñado de sus adictos hombres de armas habia ido á establecerse en el derruido castillo godo de Peñacatel, al Sur de Zaragoza, elegido y hábilmente fortificado por él para que le sirviera de base de operaciones en las empresas que meditaba.

Allí, en aquel verdadero nido de águila, creyó el confiado Berenguer que le seria fácil cercar y rendir á su adversario, á quien envió un cartel de desafío, en que, entre otros mil insultos, le llamaba cobarde y no Campeador, puesto que le esperaba en las alturas en vez de bajar á buscarle en el llano.

Conforme á las costumbres de aquel tiempo, respondió el Cid á este cartel con otras tantas injurias y denuestos, y de repente, bajando con los suyos del castillo, como un alud desprendido de un ventisquero, cayó sobre sus enemigos con tal ímpetu, que los desconcertó desde luego, no obstante su inmensa superioridad numérica.

Peleando denodadamente al frente de sus incontrastables soldados vencia Rodrigo en todas partes, cuando cayó herido del caballo, siendo necesario que lo llevaran á su tienda. Pero los indomables castellanos, creyendo muerto á su amado caudillo, en vez de amilanarse, empezaron á lanzar rugidos de venganza, y arrojándose cual fieras sobre los catalanes y sus aliados, los desbarataron, mataron á muchos é hicieron cinco mil prisioneros, apoderándose además de todo el bagaje.

Revuelto entre los fugitivos huia Berenguer hácia Zaragoza; pero fué preso y llevado á la tienda en que yacía ensangrentado el Cid, quien oyó sus excusas y ruegos sin contestarle ni mandarle sentar; y ordenó á sus soldados que le custodiasen estrechamente, aunque luego, mas aplacado, dispuso que se le tratara como cumplia á su clase, poniéndole despues en

libertad, así como á los prisioneros, á pesar de hacerle suma falta el precio de su rescate para sostenerse él y pagar á sus tropas.

Con tan generosa conducta se atrajo el Campeador el reconocimiento y amistad de Berenguer, que quiso unirse á su vencedor con los vínculos del parentesco casándose con doña Sol, la menor de sus hijas.

Hácia el año 1088 de nuestra era, como los almoravides hubiesen ocupado definitivamente á Granada y una buena parte de Andalucía, amenazando extenderse por el resto de España, algunos amigos que el Cid tenia en la córte le escribieron suplicándole que depusiera su resentimiento contra don Alfonso y se uniera á él en la expedicion que proyectaba contra los sarracenos.

Sitiaba á la sazon Rodrigo la plaza de Liria en el reino de Valencia, teniéndola reducida ya al último apuro, y á pesar de esperar por instantes su rendicion, no titubeó en levantar el cerco para acudir en auxilio del ingrato rey, que aparentando olvidar su animosidad, salió al encuentro del invicto caudillo, prodigándole las mayores muestras de consideracion y afecto.

Llevaba el Cid tras sí doce mil aguerridos infantes y mil jinetes, todos castellanos, refuerzo no despreciable que puso al rey en estado de tomar la ofensiva contra los musulmanes.

Puesto en movimiento el ejército, vióse al intrépido Rodrigo colocarse á vanguardia, marchando por el llano mientras las tropas de don Alfonso caminaban despacio acampando en los montes, y esta circunstancia, que debiera servir para encomiar el ardimiento del Cid, dió pretexto á sus émulos para enemistarle otra vez con el rey.

»Ved, señor, le decian; ved á Rodrigo de Vivar: cuando venia á ayudaros en Celada, marchaba muy despacio, y hoy se nos adelanta cual si quisiera usurparnos la gloria de llegar los primeros á las manos con el enemigo.»

No se atrevieron los almoravides á medir sus armas con el ejército cristiano, y Yusuf, saliendo de Granada, se volvió á África, donde le llamaban los cuidados de su imperio, encaminándose don Alfonso á Toledo muy satisfecho del resultado de aquella campaña.

Libre ya del cuidado que le obligara á reclamar el auxilio del Cid, el rey soltó la rienda á su rencor. Bajo fútiles pretextos insultó al Campeador; le echó en cara las culpas de que le acusaban sus detractores, y las razones que alegó el leal vasallo para justificarse, en vez de calmar al irritado

Alfonso, le exasperaron mas, hasta el punto de amenazar con la muerte á Rodrigo, que puesto nuevamente en la alternativa de convertirse en rebelde ó ser víctima del odio de su soberano, abandonó durante la noche el campo castellano llevándose sus tropas.

Así Alfonso, á quien presentan sus biógrafos como un príncipe magnánimo, liberal y lleno de templanza, aparece ante la severa pero imparcial mirada del historiador cual un monarca injusto, envidioso y tenaz perseguidor de la mejor espada de la cristiandad.

No esperando ya el Cid reconciliarse con el rey, abandonó para siempre sus Estados, penetrando otra vez en el reino de Valencia, donde tenia pensado fundar un señorío independiente de la corona de Castilla á costa de los moros.

Yahya, el emir expulsado de Toledo, se habia reservado la soberanía de la rica é importante ciudad de Valencia, cuyo dominio conservaba merced al apoyo del Cid, que se decia su amigo. Pero cuando Rodrigo, conociendo lo ineficaz de su proteccion contra todo el poder de los adversarios del destronado emir, se vió en la precision de abandonarle á sus propias fuerzas, los descontentos valencianos llamaron á los almoravides, que tomaron la ciudad, no obstante la enérgica resistencia de Yahya, y arrojaron su cabeza en una alcantarilla.

Exasperado por el aciago fin de su amigo y por la ocupacion de Valencia, se propuso el Cid llevar á cabo una empresa digna de su valor, cual era la de arrojar de allí á los almoravides y vengar la muerte de su protegido. Á este fin, coligándose con Abu Merwan-el-Melek, emir de Albarracin, y con los caides de Murviedro y Denia, concentró sus fuerzas al rededor de Valencia, ocupando el castillo de Chobollo, que constituyó en base de sus operaciones.

Durante la primavera de 1094 empezó á devastar la amenísima campiña conocida hoy con el nombre de la *Huerta,* respondiendo á las quejas de sus habitantes, que no debian esperar compasion de él mientras no arrojaran de Valencia á los almoravides; mas como no podian, ó no querian hacerlo, se encerraron en la ciudad, enviando á África un emisario para que informara á Yusuf de lo que pasaba y reclamase su auxilio.

El monarca africano escribió al Cid prohibiéndole atacar á Valencia, y amenazándole con asolar la España si continuaba las hostalidades. Rodrigo replicó con igual arrogancia, desafiando á Yusuf á que se atreviera á pasar el Estrecho, y apretó vigorosamente el cerco antes de que llegasen á los

valencianos los socorros prometidos por el emperador de Marruecos y con tanta ansiedad esperados.

La resistencia de los sitiados fué muy obstinada; mas no pudiendo impedir que el Cid se apoderara de todos los pueblos que proveian de víveres á Valencia, los habitantes de aquella populosa ciudad, reducidos á las mayores privaciones, entraron en negociaciones con el Campeador, ofreciendo rendirse si dentro de dos meses no les llegaba el socorro que esperaban de África.

Seguro el previsor caudillo de que no podia escapársele su presa, accedió á lo que proponian los sitiados, y convirtiendo el sitio en riguroso bloqueo, empleó los dos meses de armisticio en devastar las tierras de los moros, aumentando con sus despojos el botin acumulado en Peñacatel.

Al expirar el plazo intimó el Cid la rendicion á los valencianos; pero se resistieron aun confiando en el auxilio de Yusuf, que les envió, en efecto, un cuerpo de almoravides; mas bien fuese que éstos tuvieran miedo, ó que no pudieran ponerse de acuerdo con los sitiados, se desbandaron los auxiliares sin emprender nada, dejando á los cercados reducidos á su propias fuerzas.

La desesperacion, sin embargo, sustuvo algun tiempo el valor de los defensores de Valencia, que mas de una vez pusieron al Cid en gravísimo peligro; pero como se vieran cada vez mas aquejados del hambre, por haber mandado Rodrigo que se diera muerte á cuantos pretendieran introducir víveres en la plaza, obligando además á entrar en ella á muchos moros que la abandonaran durante la tregua, se rindieron al fin, bajo la condicion de que respetaria el vencedor la libertad, vida y hacienda del walí Ahmed ben Djehaf, así como la religion y bienes de los habitantes.

La toma de Valencia por el Cid tuvo lugar durante los meses de Junio ó Julio del citado año de 1094.

Tan brillante conquista puso el colmo á la gloria del Campeador, extendiendo su fama del un confin al otro de la Península.

Aunque rodeada de Estados enemigos y accesible por mar á las escuadras africanas, decidió conservar Rodrigo la hermosa ciudad que acababan de someter sus victoriosas armas. Con tal objeto organizó su gobierno de modo que viviesen allí en paz moros y cristianos; prohibió á sus soldados maltratar á los vencidos, y prometió á éstos no agravar los impuestos y dejarles sus leyes y costumbres.

Un año gobernó el Cid á Valencia demostrando en sus actos tanta jus-

ticia como moderacion; pero de pronto, dando al olvido sus promesas, empezó á despojar á los moros de sus mejores tierras, para repartirlas entre sus capitanes, y apoderándose de Ahmed ben Djehaf, que no habia abandonado la ciudad fiando en la capitulacion, lo encerró en un calabozo con toda su familia, aprisionando tambien á cuantos sospechó que habian tomado parte en la muerte de Yahya.

Aparentando querer vengar el desastroso fin del emir, aunque lo mas probable es que le moviera el deseo de hacerse dueño de sus tesoros que suponia en poder de Djehaf, hizo el Cid dar tormento al infeliz walí para que declarase los objetos preciosos que poseia, y como no lograra su propósito, dispuso que encendieran una grande hoguera en la plaza pública, á la que mandó arrojar al preso juntamente con su esposa é hijos.

Horrorizados los habitantes de Valencia, tanto musulmanes como cristianos, empezaron á pedir á gritos que se librase del suplicio á la inocente familia del walí, lo que no se pudo recabar de Rodrigo sino despues de una tenaz resistencia. En cuanto á Ahmed ben Djehaf, sin querer escuchar á los que le pedian su vida, insistió el Campeador en que sufriera la pena pronunciada contra él, como se efectuó, enterrándole vivo hasta la cintura en un hoyo que abrieron en la plaza y quemándole luego á fuego lento, sin que le movieran á compasion sus horribles padecimientos.

Increible parece que pudiera ordenar tal acto de barbarie el ilustre caudillo que tantas pruebas diera de humanidad con los vencidos é indefensos durante sus gloriosas campañas, y no mencionaríamos un hecho que es quizás la única aunque indeleble mancha que empaña la gloria del héroe castellano, si no lo adveraran muy respetables autores, tanto arábigos como cristianos, alguno de los cuales llega hasta asegurar, que al mismo tiempo que Djehaf perecieron lapidados ó en las llamas, por mandato del Cid, hasta trescientos moros complicados en el asesinato de Yahya.

Un historiador mahometano, cuyo nombre sentimos ignorar, atestigua tan horrible suceso en los siguientes términos:

« Tuvo lugar este desenfreno de atroz crueldad un jueves del mes de » *Djumada-el-awal* del año 448 de la hejira [1] en idéntico mes de la entrada » en Valencia del maldito Cambythur [2] (á quien Dios empoce en el fuego » sempiterno), y de los vengadores del emir El-Kader-Yahya (á quien Dios » perdone su intimidad con el feroz cristiano). »

[1] Mayo ó Junio del año 1095 de la era cristiana.

[2] En castellano Campeador.

El suplicio de Ahmed ben Djehaf, personaje tan recomendable por su cuna como por su valor é ingenio, enagenó al Cid las simpatías de los valencianos, aumentándose su odio al ver que faltando abiertamente el vencedor á lo prometido en la capitulacion continuaba despojando á muchos de ellos de sus bienes, haciéndoles salir de la ciudad sin permitirles llevar consigo su dinero y alhajas, prohibiendo además á los que se quedaran en Valencia que usasen armas ni que tuvieran en su casa mas que una sola mula y un solo criado.

Despues de dejar arreglado el gobierno de la ciudad y de rechazar bravamente los dos ejércitos africanos que enviara Yusuf para recobrarla, deseando Rodrigo afianzar su conquista se apoderó de diversas fortalezas de aquel reino ocupadas aun por los infieles, entre ellas de la de Murviedro, que le costó un prolongado y difícil asedio.

Poseedor de inmensas riquezas arrebatadas á sus enemigos y disponiendo de un ejército tan formidable por el número y bravura de sus soldados como por el ciego entusiasmo conque seguian á su invicto caudillo, era el Cid en la época de que vamos hablando uno de los señores mas poderosos de España, que recibia embajadas, celebraba tratados de paz y tenia bajo su proteccion los reyezuelos moros de Albarracin y Denia.

Persuadido de que se inclinaria el triunfo hácia la parte que contara con la terrible espada del Campeador, Pedro de Aragon, apellidado el *Grande,* solicitó su alianza, y obtenida sin dificultad, venció con ayuda del héroe en la sangrienta batalla de Alcoraz, dada el 25 de noviembre de 1096, conquistó á Huesca y ganó la victoria de Játiva, una de las mas brillantes de aquella guerra de ocho siglos.

Nada faltaba al Cid para rivalizar en dignidad con Alfonso mas que ceñir á sus sienes el distintivo de la monarquía, cosa que otro mas ambicioso ó menos leal habria hecho desde luego. Pero conceptuando que debia tributar á su antiguo rey el homenaje de su conquista, envióle una embajada para ofrecerle el señorío de Valencia, que aceptó aquel monarca como título puramente honorífico, dejando al Campeador que la gobernase con entera independencia de la corona de Castilla.

Así se vengó el Cid de los agravios que le infiriera Alfonso, y así tambien volvió á su gracia el rey á aquel noble soldado y fiel vasallo.

Corria el año 1098 de nuestra era, y viéndose Rodrigo muy debilitado por la edad y los achaques, resultado de sus largas campañas, suplicó á don Alfonso que tomase posesion de Valencia, si no queria que cayera á su

muerte en poder de los moros, lo que movió al monarca á enviar allá una guarnicion castellana, juntamente con el obispo Jerónimo de Visquio, que purificó la gran mezquita convirtiéndola en iglesia católica.

Muy á tiempo, en verdad, atendió el rey á la instancia del anciano guerrero, porque al año siguiente de 1099, Rodrigo de Vivar entregó su alma á Dios, precisamente cuando los almoravides se preparaban á sitiarle con poderoso ejército. En su lecho de agonía se consolaba el héroe con la idea de haber cumplido su mision en la tierra, expresando la confianza de que Santiago y el valor de sus veteranos salvarian la amenazada herencia de gloria que dejaba á su esposa.

Á la muerte del Cid quedó Valencia bajo el dominio directo de don Alfonso, hasta principios de 1102, en que Schyr-Abu-Bekr (mas conocido en nuestras crónicas con el nombre de rey Bucar), que acababa de apoderarse de las Baleares, accediendo á las vivas instancias del walí de Almería, hijo del desventurado Ahmed ben Djehaf, que acechaba una coyuntura para vengar la muerte de su padre, cayó sobre la ciudad con toda su escuadra y tropas de desembarco, poniéndola un apretado cerco por mar y tierra.

Estrechados hasta lo sumo los cristianos, y desesperando de poder continuar la resistencia hasta que llegasen socorros de Castilla, abandonaron la plaza, despues de sostener una série de rudos combates, hácia el mes de Mayo del mencionado año de 1102.

Tomada la ciudad, los veteranos del Cid y la guarnicion de don Alfonso se abrieron paso esforzadamente á través de los sarracenos, llevándose á la viuda y los restos mortales del ilustre guerrero, que depositaron en el monasterio de San Pedro de Cardeña, donde quedaron sepultados y desde donde en época moderna fueron trasladados á la catedral de Búrgos.

En cuanto á la viuda del héroe, parece que se retiró al citado monasterio de Cardeña, donde acabó sus dias de edad muy avanzada por los años de 1110, siendo enterrada al lado de su noble marido.

Indudablemente echará de menos el lector en esta biografía las infinitas hazañas y lances personales que atribuyó al Cid el entusiasmo de nuestros poetas; pero ya dijimos que no nos proponíamos mas que presentar esta colosal figura tal como se ostenta en las crónicas y documentos históricos mas dignos de crédito que hemos registrado. Por eso hicimos caso omiso de los para nosotros pueriles cuentos del conde Lozano, de los infantes de Carrion y otras proezas semejantes que abundan en la historia romancesca de Rodrigo de Vivar, sin que pretendamos por eso arrogarnos la gloria de haber

depurado completamente el fondo de verdad que se oculta entre tantas ficciones.

Por lo demas, la memoria del Cid es sumamente grata para los españoles bajo cualquier forma que se les presente, demostrando así que á pesar de su atraso en la senda de la civilizacion y del progreso, triste resultado del fanatismo religioso y de la ineptitud de sus gobernantes, está muy lejos de envilecerse un pueblo que recuerda á sus héroes y busca en un pasado glorioso fuerzas para salir de su abatimiento actual y confianza para llegar á un porvenir feliz y merecido.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DEL CID.



ELOISA Y ABELARDO

ELOISA y ABELARDO.

(1079 Á 1164 DESPUES DE J. C.)

Legisladores, tribunos, artistas, guerreros, reyes, patriotas, poetas, navegantes, filósofos y otros que han ejercido gran influencia en los destinos humanos van llenando las páginas de este libro, que es la historia de la humanidad delineada á grandes rasgos en la vida de sus héroes y varones ilustres. Mas el cuadro seria incompleto si entre tantos personajes que han inmortalizado su nombre no apareciera en esta obra personificada la pasion, que tomándonos por la mano en nuestra juventud no nos deja hasta el sepulcro, ya risueña como el albor de la mañana, ya triste como la estrella de la noche ó terrible é impetuosa como la tempestad.

La crónica española consigna el amor y muerte de Diego de Marcilla é Isabel de Segura, la italiana los amores de Julieta y Romeo y la francesa los de Eloisa y Abelardo.

Por dicha, esos tipos de amor y de constancia que la tradicion y la crónica presentan como casos excepcionales, la próvida naturaleza los ofrece con alguna profusion; solo que, modestos y aislados como la violeta que esparce solitaria su delicado aroma entre las yerbecillas de la pradera, cierran sus corazones á las miradas de los profanos, temiendo provocar su sarcástica risa. Sino, ¿qué son esas parejas enlazadas por un sentimiento comun, y que á pesar de los años sienten en sus pechos la ternura que presta encantos y vigor á la ancianidad?

La célebre Jorge Sand escribia en 1835 á uno de sus amigos:

«No me importa envejecer con tal que me amen y que esté acompaña-

da; mas todavía no he encontrado el sér con quien quisiera vivir y morir, ó si lo he hallado, no he sabido guardarlo.»

Siempre las cosas de amor han ejercido en el pueblo por medio de la narracion, de la leyenda y de la conseja, de la cancion, del libro ó del teatro esa influencia que arranca lágrimas y mejora las costumbres. La historia no ha podido cerrar sus páginas al amor, porque es un sentimiento que abarcando la naturaleza toda se convierte en orígen del hombre y perpetuador de las especies.

Y al elegir nosotros á Eloisa y Abelardo como tipos de la constancia en amor sobre tantos otros que se han hecho célebres por ese sentimiento, es porque subsistió aun despues de haber desaparecido la causa que engendrara la pasion de aquellos desgraciados amantes.

Á título de sobrina habia criado una niña un rico canónigo de París, llamado Fulberto, que allá en sus mocedades tomara parte en los disturbios civiles de su patria guerreando contra su legítimo soberano Enrique I. Este tal Fulberto adoraba á la niña cual si fuera propia, no faltando quien le atribuyera su paternidad. De cualquier modo, Fulberto, aprovechando las felices disposiciones de Eloisa, que este era el nombre de la supuesta ó verdadera sobrina, la educó é instruyó como pudiera educarse é instruirse á una princesa.

Cultivaba nuestra heroina las bellas artes, y aun las ciencias, que suelen ser agenas al bello sexo, destinado principalmente por la naturaleza á dotar la especie de sentimientos suaves y humanos. Y no deben llevar á mal nuestras amables lectoras que así nos expresemos, porque su mision es tal vez mas elevada que la del hombre, el cual, nacido para vivir en empeñada é incesante lucha, procrearia mónstruos si la grosería y aun ferocidad de sus instintos no estuviera templada para la delicadeza de sentimientos de la mujer.

Los retratos, escritos y medallones de su tiempo representan á Eloisa de elevada estatura, cabeza oval, algo comprimida en las sienes, como si su inteligencia hubiera abultado su frente espaciosa y tersa que sombreaba una abundante cabellera: tenia los ojos grandes, rasgados, azules y suaves hasta la languidez, y un perfil lleno de gracia bajaba dibujando la nariz hasta el labio superior, que al unirse con el inferior delineaba una boca animada constantemente por una sonrisa en perfecta armonía con la suavidad de su mirada. El cuello, largo y flexible, se unia á unos hombros alabastrinos, de los que arrancaba una curva que con suavísimas ondulaciones

se detenia en la muñeca para levantarse y dibujar una preciosísima mano terminada por afilados y sonrosados dedos. El contorno de su cuerpo hasta los piés era el de una Vénus griega suavizada por el cincel cristiano.

«Las facciones de Eloisa, dice un autor contemporáneo de la jóven, cautivan los ojos y rinden las almas, tanto por su gracia y belleza, cuanto porque revelan un alma que adora é invita á la adoracion.»

Fulberto, aunque clérigo, era áspero, astuto y vengativo. Habia vivido en la córte de Constanza, mujer violenta y fiera que hizo la guerra á su hijo Enrique I de Francia y de la cual el canónigo pudo tomar lecciones de crueldad.

Á pesar de lo dicho, desde que aquel hombre tuvo en su casa á Eloisa, pareció olvidar los instintos salvajes de que diera en otros tiempos hartas pruebas, complaciéndose en llevar á cabo algunas buenas obras y en cultivar el trato de los pocos amigos conque contaba.

Tal era la trasformacion que con su carácter angelical y los privilegiados dones de su inteligencia habia operado la jóven en el rico canónigo.

Cundia entonces por París la fama de un hombre distinguido en las letras, cuyas poesías repetia todo el mundo y cuya elocuencia seducia, fascinaba. Habia fundado una academia á la que arrastró una multitud fanatizada por su génio, que se consumia en el mismo fuego que encendia en la imaginacion pública, y que eclipsaba ya á la Universidad y á la Iglesia. Quiso asistir Fulberto á las lecciones de aquel sabio, y maravillado del prodigio, le asaltó la ambicion de quererlo por yerno; que ya que no pudiera unir á su sobrina con un rey, la enlazaria con el ilustre filósofo á quien apellidaban el primer pensador de su época.

¿Quién era, de dónde venia este hombre maravilloso que así movia los corazones enalteciendo con su filosofía el cristianismo; que probaba la revelacion por medio de la razon profana, y que invocaba á Sócrates, Platon y á los filósofos de la escuela griega para dar testimonio de Jesucristo?

Habia en Bretaña, allá por los años de 1079, un señor llamado Berenger, que tenia un castillo no lejos de Nantes, poseyendo además en feudo el lugarejo de Palais. Por lo que hace á su esposa, se ignora quién fuese; mas por las cualidades personales de un hijo suyo, nombrado Pedro Abelardo, gallardo y hermoso mancebo, nos inclinamos á creer que fué mujer hermosa y aun de talento, puesto que de alguien lo habia heredado su hijo, ya que no fuera de Berenger, que solo ilustró su nombre por ser padre de Abelardo.

Era entonces la instruccion militar del dominio doméstico, por exigirlo así la necesidad de adherir los guerreros al pais, á fin de impedir por este medio las invasiones de los pueblos del Norte y Mediodía de Europa. Fué, pues, guerrero Abelardo durante su mocedad; mas los pocos libros que en el castillo de Palais cayeron en sus manos despertaron su verdadera vocacion, que era la del estudio de la filosofía, y no pudiendo resistir á ella, con el beneplácito de sus padres renunció el derecho de primogenitura en sus hermanos, tomando luego el camino de París, donde fué á establecer su domicilio.

Sediento de saber, pronto aprendió Abelardo las lenguas antiguas, las bellas letras, la teología, la filosofía griega y las matemáticas que ya los árabes habian introducido en Europa y que fecundaron las ciencias y las artes auxiliadas por la esplendente antorcha del cristianismo.

Bajo el presentimiento de un porvenir halagüeño, los filósofos y teólogos de aquella época se agitaban en las aulas rebosando entusiasmo, en tanto que la poesía y la elocuencia embellecian los estudios de la apasionada juventud.

Abelardo era poeta y músico á la vez; sus canciones encontraban eco por do quier el amor conmovia los corazones, y en la ciudad, y en la aldea y en el castillo resonaban sus cántigas. Su inspiracion, potente con el deseo, era sin embargo indefinida, vaga, como era vago el sentimiento de un amor que carecia aun de objeto real en que fijarse. Cantaba ya su amor, y aun habia de nacer en su pecho; mas así cultivaba la delicadeza de su alma que tanta ternura debia derramar en su oratoria.

Hácia la época de que vamos hablando, la elocuencia, desprovista de lengua nacional, se ejercitaba en la latina, y cuando queria ser popular, limaba el idioma vulgar y lo enriquecia con nuevas palabras que le prestaban los antiguos idiomas. Así se formaron las lenguas modernas, y haciendo plegar Abelardo la de su pais al género de su elocuencia, fundó en su academia una cátedra de filosofía, sostenida por el óbolo de sus discípulos, tan popular y tan concurrida, que en poco tiempo, además de aumentar su reputacion, le proporcionó una buena fortuna.

Por lo que hace á sus prendas personales, era Abelardo de estatura elevada y graciosa, aire noble, fisonomía griega, de entendimiento profundo y vivo, de imaginacion fecunda, entusiasta, decidor y elocuente. Reunia, en una palabra, un cúmulo de perfecciones que llegaron á fanatizar á los hombres y á despertar la curiosidad de las mujeres de su tiempo.

El único defecto de Abelardo era un inmoderado afan de gloria y de renombre.

Llegó á noticia del jóven sabio que existia en París una belleza superior á todo encarecimiento, una doncella de diez y ocho años, toda gracias, de variada instruccion, vasto talento y de exquisitos sentimientos. Vióla Abelardo, y la adoró; fijó ella sus ojos en Abelardo, y sintió que habia hallado á su dueño y que seria feliz si de aquel hombre debiera depender su dicha.

«Su fama, dice el mismo Abelardo, volaba por el mundo. Todas las seduccionesví reunidas en Eloisa, que realizaba el ideal de mis ensueños. Creí poder ser amado por aquella beldad, porque mi juventud y mi belleza prestaban tanto prestigio á mi celebridad, que ninguna mujer podria rechazar la gloria de ilustrar su nombre con mi amor; y me embriagué tanto mas en la esperanza de ser correspondido, en cuanto Eloisa parecia apasionada por el estudio de las letras, de la ciencias y las artes. Existia, pues, entre los dos una relacion, una cadena que nos unia independientemente de nuestras voluntades, y me decidí á escribirla con mayor libertad que no la hubiera hablado. Me entregué á la pasion de adorarla, y busqué con ahinco los medios de entablar relaciones familiares con ella.»

Ufano Fulberto al ver las diligencias que practicaba Abelardo con un objeto que tanto halagaba su amor propio, propúsole por discípula á su sobrina, conformándose mas tarde á admitir al ilustre maestro en su vivienda, donde procuró tratarle con la distincion que merecia, dándole al mismo tiempo autoridad en la casa para imponerse á la servidumbre y aun á sus mismos deudos.

Quedó satisfecha la vanidad del tio, teniendo por huésped al primer hombre de su siglo, en el que se proponia encontrar un esposo para su sobrina que ilustraria el nombre de su casa.

Pronto sucedió lo que tenia previsto Fulberto desde las primeras insinuaciones de Abelardo: la libertad de que gozaban los amantes viviendo bajo un mismo techo, y la constante relacion de maestro á discípula, avivaron la llama de aquel amor que no debia extinguirse hasta la tumba.

Las complacencias del viejo y astuto Fulberto llegaron al extremo de delegar en Abelardo toda su autoridad sobre su sobrina, con el derecho de *pegarla,* segun la disciplina de aquel tiempo, para excitar su aplicacion: en una palabra, de Eloisa hizo una esclava y de Abelardo el amo.

Eloisa adoraba en su maestro al hombre mas bello y sabio de la tierra,

mirándole como á su propio Dios. Estudiaba no para ella, sino para Abelardo; queria agradarle, y la naturaleza, el amor y el génio hicieron de aquella jóven la maravilla del mundo.

En cuanto á Abelardo, se extasiaba en su obra. No teniendo otro pensamiento que Eloisa, cantó su amor en dulces versos, que llevaron el nombre de su amada del un confin al otro de la Francia conquistándole una celebridad europea.

Esperaba Fulberto que, vencido Abelardo por la pasion, le pediria la mano de su sobrina; mas el hombre que tanto amaba la gloria empezó á titubear miserablemente ante la opinion dominante entonces de que el espíritu filosófico debia cernerse en los espacios etéreos y no contaminarse encadenándose á una beldad terrestre. Habia cantado á Eloisa, es cierto; pero era afectando los acentos mas puros de un amor platónico, engañando de de este modo al mundo y dejando satisfecha su vanidad y sus deseos.

Su amor, por otra parte, perjudicaba á su génio. Su elocuencia participaba de la languidez de su pasion. Ya no improvisaba discursos; aprendíalos de memoria, y preciso es confesar que desmerecian mucho de las improvisaciones llenas de vigor que tanta celebridad le dieran. Sus amigos veian con pesar su decadencia, y sus rivales, triunfantes, le señalaban á la muchedumbre, como escándalo de la filosofía y como estátua caida de su pedestal.

Afligida Eloisa de la degradacion del hombre á quien adoraba *por ser quien era,* suplicóle que la dejase, asegurándole que le bastaba á ella el lazo de adoracion que une al mortal con la divinidad.

Cansado ya Fulberto del silencio de Abelardo y de las murmuraciones del mundo, que señalaba su morada como una casa sospechosa, cerróla al gran filósofo.

Aquella medida desgarró el corazon de Eloisa y humilló á Abelardo, que robó á la jóven y la condujo á Nantes, dejándola al lado de su madre. Despues volvió á París, y arrojándose á los piés de Fulberto, pidióle perdon y la mano de su sobrina, obteniendo ambas cosas.

« Despues de una noche de oracion en una de las iglesias de París, dice Abelardo, recibimos la bendicion nupcial, sin mas acompañamiento que el de los testigos y Fulberto, á fin de que el matrimonio quedase secreto y no perjudicase á mi reputacion. »

Así creyó Abelardo ahogar las murmuraciones y gozar de su amor y de su gloria. Mas los criados de Fulberto, necesarios testigos de aquellos

sucesos, divulgaron el secreto, y los émulos de Abelardo le acusaron de haber sacrificado la filosofía, la elocuencia y la gloria á una nueva Dalila. Abelardo negó sus vínculos como si fueran una deshonra, y Eloisa, prefiriendo á su honor el crédito de su marido, no tuvo reparo en afirmar que solo la unian á Abelardo los lazos de su amor y de su admiracion.

Esta conducta irritó á Fulberto contra su sobrina, y Abelardo, para sustraerla al furor del tio, llevóla á un convento de monjas de Argenteuil, donde tomó el blanco velo del noviciado, yendo á encerrarse él mismo en la abadía de San Dionisio, con ánimo de acabar sus dias en el claustro.

Ni uno ni otro habian pronunciado todavía los votos definitivos; pero el mundo, creyendo á Abelardo redimido y libre, volvióle á tributar su admiracion y aplausos.

Tal era la pureza que el siglo XII exigia de los sabios en la aurora del renacimiento de las ciencias.

En tanto, la belleza, el génio y el amor de la Safo de la edad Media quedaban encerrados en la oscura celda de un monasterio, sin que saliera de ella una protesta ni un gemido que turbara la gloria del filósofo.

Seducido por los halagos de sus admiradores, Abelardo abandonó el convento, mientras Fulberto, burlado nuevamente en el cariño de su sobrina y en su vanidad, meditó una horrible venganza.

Aquel hombre astuto y perverso, que habia aprendido en la córte de Constanza y en la guerra civil las crueldades de una época feroz en que la ley y los verdugos se complacian en la agonía de las víctimas, paladeó anticipadamente las dulzuras de un suplicio tan duradero como la existencia del ofensor, de aquel que negaba á la que amaba como hija la corona gloriosa del génio del siglo; de aquel que repudiaba á Eloisa, bella, instruida y amante, condenándola á vivir en una tristeza sin término; de aquel que le dejaba á él solo y aislado en su ancianidad, cuando habia soñado participar con los jóvenes esposos de las distinciones de sus conciudadanos... ¡Oh! para este verdugo voluntario de dos existencias, la muerte era un castigo sobrado suave: la pena debia ser proporcionada al delito.

— ¡Que el menosprecio, la vergüenza y el ridículo le persigan por todas partes! debió decir Fulberto: ¡diente por diente, deshonra por deshonra, tristeza por tristeza, soledad por soledad!

Y puso en ejecucion un pensamiento que sin duda le sugirió el infierno.

Abriéronse una noche las puertas de la casa de Abelardo, merced al oro del canónigo, y cuatro ó seis sicarios, sorprendiendo dormido al filósofo,

tapáronle la boca; amarráronle al lecho con cordeles, y en esta disposicion aquellos desalmados le mutilaron bárbaramente, dejándole reducido á la miserable condicion de esos séres degradados á quienes no puede llamarse hombres y que los celosos orientales destinan á guardar las mujeres que pueblan sus serrallos.

En la terrible operacion que tuvo que sufrir, la sangre de Abelardo corrió abundantemente; pero los malvados ministros de la venganza de Fulberto desplegaron bastante habilidad para evitar que la víctima sucumbiera al martirio.

Así Abelardo, herido por la sacrílega mano del canónigo, quedó condenado á arrastrar la vida solitaria del que ha perdido para siempre la esperanza de mirarse en los ojos amantísimos de sus hijos, de esos tiernos séres que nos perpetúan en el mundo al legar nuestro nombre de generacion en generacion á la mas remota posteridad.

Privado de tan dulce esperanza, ¿á dónde irá Abelardo? ¿á dónde irá ese sér raquítico que no vé mas allá de su sepulcro? ¿Atentará á su vida?

Si en el órden moral los sentimientos de lo justo, de lo bello, de lo infinito están maravillosamente enlazados en el hombre con los afectuosos, y quizá arraigan en ellos, ¿qué fué de la existencia de Abelardo durante el resto de su peregrinacion sobre la tierra?

¡Ah! ¡feliz el anciano que reducido ya á la contemplacion de lo pasado vive honrado y querido por su descendencia encargada de realizar el porvenir que él la ha preparado! Mas ¿qué recuerdos podia evocar el pobre mutilado?

«Recordaba con dolor, dice en una de sus cartas, aquellos hermosos dias grabados en mi memoria por los triunfos que me proporcionaron, siendo mayor mi pena al contemplar el abismo de ignominia en que se hundió mi gloria. Viendo retratada mi deshonra en la sonrisa burlona de mis enemigos, comprendí que no podia presentarme ya en público. No me quedaba mas recurso que sepultarme en la soledad del claustro; pero antes de apartarme del mundo quise arrebatarle para siempre á Eloisa, y por órden mia, ambos á un mismo tiempo abrazamos la vida de los cenobitas, ella un Argenteuil y yo en la abadía de San Dionisio.

» En vano las compañeras de Eloisa, prendadas de su juventud y hermosura, pretendieron disuadirla del sacrificio que iba á consumar: anegada en llanto cayó al pié del altar, y el obispo la cubrió con el velo fúnebre que es para la mujer la losa del sepulcro.»

¡Cuán triste es la vida del claustro, de esa ancianidad prematura, sin historia y sin mas porvenir que la lúgubre gloria de ultratumba! Cuando los hombres del siglo se fijan en esas tristezas solitarias, en esos corazones que laten en el vacío de todo afecto, aspiran con cierto deleite las amarguras de la vida suavizadas por los dulces goces de la familia.

Pero mas triste aun que esa vida de abandono y olvido, que ese martirio de todos los dias, debió ser la existencia de Abelardo, sin la entereza que lucha con la rigidez del voto, anciano en medio de su juventud y defraudado en su sentimiento de perpetuidad.

Las lágrimas de este desventurado, recogidas por la tradicion y la poesía, se han trasmitido de siglo en siglo, de corazon en corazon, y han llegado hasta nosotros; y al vivir con la imaginacion en contacto con Abelardo, comprendemos cuán grande fué su inteligencia al crearse un nuevo mundo para su existencia excepcional, mundo de que desterró á aquella Eloisa, que siguió adorándole sin las ternuras terrestres y que por agradarle encerró su amor bajo la losa del claustro.

Retirado en el convento de San Dionisio, donde pronunció el voto que le ligaba eternamente á Dios, y abismado en contínua meditacion, su debilitada naturaleza le encaminó por una nueva senda religiosa y adoró de la Trinidad no mas que la persona del Espíritu Santo. Al cabo de algun tiempo, su inteligencia, que no recibia sino impulsos incompletos de un organismo incompleto tambien, se creó en su misticismo algo parecido á un nuevo órgano propagador que le impulsó al proselitismo de una doctrina toda espiritual, parecida á la que mereció en la persona de Fenelon las censuras de Bossuet.

Así, abrió de nuevo su cátedra, favoreciéndole como siempre los discípulos y el público, y escandalizada la Iglesia francesa, y especialmente San Bernardo, de aquellas novedades en materia de fé, fué condenado al destierro por un concilio convocado en Soissons. Entonces se refugió en Champaña.

Conocido su retiro, acudieron de todas partes discípulos como abejas á la colmena, y no tardaron en levantar un monasterio, al cual dió el ilustre desterrado el nombre de *Paracleto*, esto es, *Espíritu consolador*.

Sus enemigos le persiguieron aun en aquel retiro. El nombre de *Paracleto* implicaba cierta exclusion de dos de las personas de la Trinidad, por lo que San Bernardo le señaló á la vindicta de la Iglesia, y Abelardo fué confinado á la abadía de San Gildas, que se alzaba en Bretaña sobre una empinada costa del mar Océano.

« Los monjes que habitaban la abadía, dice Abelardo, la habian convertido en teatro de sus vicios y desórdenes. Desenfrenados é indomables, estaban siempre en guerra con los señores sus vecinos, siendo alternativamente opresores ú oprimidos. »

Su odio contra Abelardo llegó hasta el crímen: no satisfechos con insultarle, osaron envenenar el cáliz de que se servia en el santo sacrificio, y solo pudo sustraerse á la muerte por medio de la fuga.

Quince años habian trascurrido sin que comunicara ninguna noticia suya á Eloisa; pero el cuidado de ésta le seguia por todas partes. Hallándose desamparada ella y sus compañeras de todo el mundo, puso en conocimiento de Abelardo como el disoluto abad y monjes de San Dionisio, enemigos declarados del ilustre filósofo antes y despues de su destierro, pretendian que el convento de Argenteuil pertenecia á su órden, bajo cuyo pretexto las habian arrojado del claustro, sin ningun miramiento á su carácter religioso y á la debilidad de su sexo.

Al saber Abelardo este suceso, corrió á París en auxilio de las expulsadas monjas y las condujo al monasterio de su propiedad, al *Paracleto,* del cual, así como de las tierras anejas, hizo donacion á Eloisa, que fué nombrada abadesa por la comunidad.

Visitaba Abelardo con frecuencia el convento, auxiliando con su fortuna la indigencia de las religiosas. El mundo respetaba las relaciones de un sacerdote de cincuenta y ocho años con aquella virtuosa mujer que fué su esposa en el siglo; pero sus enemigos difundieron odiosas calumnias acerca de la pureza de aquel comercio puramente místico, y para desvanecerlas regresó el sabio á su destierro de Bretaña, prefiriendo exponer su vida al veneno de los monjes antes que la virtud de Eloisa quedase á merced de las vergonzosas suposiciones de sus enemigos.

Por este tiempo escribió Abelardo sus memorias, y como llegase el manuscrito á manos de Eloisa, se cruzaron entre ambos muchas cartas, apasionadas por parte de la monja, frias por la de Abelardo, quien, ó ahogaba los recuerdos de los deliciosos dias que junto á Eloisa pasara, ó por conmiseracion á ella le ocultaba las consecuencias de la horrible venganza de Fulberto.

En la primer carta que dirigió Eloisa al que llamaba su *señor*, su *padre,* su *esposo,* se leen entre otros párrafos los siguientes :

« Pongo á Dios por testigo que jamás he querido de vos otra cosa que vos mismo. Si bien el nombre de vuestra esposa es para mí el mas santo de

los títulos, otro cualquiera, por humillante que fuese, hubiera bastado á mi corazon y quizás encadenara menos vuestro génio y no eclipsara vuestra gloria. Dios es testigo de ello: si el señor del mundo me hubiera ofrecido su mano y el imperio del universo, el nombre de esclava vuestra hubiera sido para mí mas glorioso que el de emperatriz. Porque, ¿qué monarca podia compararse con vos? ¿Qué pais, qué ciudad, qué aldea no deseaba contemplaros? ¿Qué mujer, que vírgen no ha deseado que fijáseis en ella vuestras miradas? ¿Qué reina no ha envidiado mi felicidad? ¿No poseíais el talento y la elocuencia que fascinan el corazon de las mujeres? ¡Ah! ¡vuestros versos y vuestra música llevaban nuestros nombres en alas de la fama, y la envidia de las mujeres se encendió contra mí! Porque, en efecto: ¡cuántas perfecciones de alma y cuerpo adornaban vuestra juventud!

» ¿Por qué, desde que vuestro deseo me encadenó al claustro, os habeis retraido y privádome de vuestra presencia y de vuestras cartas? ¡Ay! ¡bien lo sé yo y el mundo lo sospecha! ¡Vuestro amor no era tan puro ni tan desinteresado como el mio, y dejando de desear una felicidad profana dejasteis de amar!

» Me habeis tratado como trató el Eterno á la mujer de Loth: temiendo que mirara tras mí, me habeis petrificado con el hábito y los votos monásticos. ¡Ay! ¡cuán mal me conocíais! ¡Arrojarme lejos de vos, á mí, que por obedeceros os hubiera seguido á los infiernos!...

» En otro tiempo podia dudarse de la pureza de los vínculos que á vos me unian; mas ahora, cuál fué la naturaleza de mi amor os lo tengo probado. De los goces terrestres solo apetezco el de mirarme como vuestra siempre.

» ¡Por el Dios á quien me consagrásteis, os conjuro que no me priveis del consuelo de vuestra presencia, ó al menos que me escribais algunas cartas, á fin de que, fortificada por su lectura, pueda elevar á Dios mi corazon! Cuando aspirábais á las delicias profanas, me escribíais frecuentemente cartas que llevaban el nombre de Eloisa á todos los ámbitos del orbe. ¿No hareis hoy para levantarme hácia el Señor lo que hacíais en otro tiempo solicitando mis ternuras terrestres? ¡Ay! ¡Meditadlo!»

Abelardo, conmovido por la vehemente pasion que revelaba cada una de las frases de aquella mujer sublime, rompió al fin el silencio, descubriéndola el terrible secreto que pesaba sobre él.

Aquella noticia hirió en el corazon á la amante esposa, que escribió al desgraciado:

« Vivíamos castamente, vos en París y yo en Argenteuil: nos habíamos

separado para consagrarnos, vos á vuestros estudios y yo á la oracion entre santas vírgenes, y en la pureza de esta vida os hirió el crímen. ¡Ay! ¿por qué no nos hirió á los dos juntamente? Ambos habíamos cometido la culpa, y solo vos debíais expiarla. Siendo el menos culpable, fuísteis el castigado. ¡Cuán justo es que yo padezca durante toda mi vida por vos!

» Si he de confesaros, continúa Eloisa, la debilidad de mi alma miserable, no hallo arrepentimiento en mi conciencia. Fué tanta mi dicha, que no puedo arrancarla de mi memoria. En el sueño, en la oracion, en las ceremonias del culto, en todas partes recuerdo la felicidad de nuestros dichosos tiempos. Santa me llaman los que ignoran mi suplicio; me elogia el mundo; mas no merezco estos elogios ante Dios, á cuya mirada no escapa lo que pasa en mi corazon. Bien sabeis que siempre he temido mas ofenderos que ofender á Dios. »

Abelardo continuó demostrando en sus cartas la frialdad del hombre consagrado á la austeridad de la vida contemplativa; pero de vez en cuando, y á pesar del empeño que ponia en ocultarlo, se le escapaba un grito de dolor, grito desgarrador que revelaba el fuego de una pasion que en vano procuraba sofocar.

« ¿Por qué me reprochais, pregunta á Eloisa en una de sus cartas, que comparta con vos mis angustias, cuando así me rindo á vuestras súplicas? ¿Podríais quizá ser dichosa aun en medio de mis miserias? ¿Fuísteis la amiga de mis dichas, y no lo fuérais de mis penas? Despertando esos mundanos recuerdos, ¿pretendeis que yo vaya al cielo sin vos, que me habríais seguido á los infiernos? »

Despues, recordando lo que él llamaba sus iniquidades, exige de Eloisa que tribute gracias á Dios por los padecimientos que le han purificado, y concluye con esta invocacion:

« ¡Vos, Señor, que nos unísteis y nos separásteis, reunidnos luego y para siempre en el cielo! »

El implacable odio de sus adversarios obligó á Abelardo á abandonar la abadía de San Gildas para comparecer como acusado de herejía ante el concilio de Sens, en el cual guardó absoluto silencio, sin querer explicar sus doctrinas por saber de antemano que seria condenado. Este silencio irritó á San Bernardo, cual le hubiera irritado tambien la palabra del sabio. Así, llevó el santo la acusacion ante el Papa, pidiéndole que condenase á Abelardo como cismático.

«¿Acaso, preguntaba al Pontífice, si en vuestra época permite Dios que

aparezcan cismáticos, no es para confundirlos? Si no los destruís, los destruiremos nosotros.»

La decision de aquel concilio, celebrado el año 1140 de nuestra era, no se hizo esperar. Abelardo vió reprobada su doctrina, siendo condenado á reclusion perpétua en un convento. Esta condena arrancó para siempre al filósofo del *Paracleto,* pero no del corazon de Eloisa.

No queriendo someterse Abelardo á la severa pena pronunciada contra él, tomó el camino de Roma, solo y á pié como un mendigo, para pedir al Papa asilo y justicia contra sus enemigos.

Un dia que se hallaba fatigado y hambriento, detúvose el fugitivo en la abadía de Cluny, enclavada en un paso de los Alpes, y cuyo abad era Pedro el Venerable. Habia estado tambien este cenobita en desacuerdo con San Bernardo, y amaba á Abelardo por su inmenso talento y sobre todo por sus desgracias.

Pedro miraba en Eloisa la maravilla del siglo; habíala visitado en el *Paracleto,* y volvió de la conferencia edificado y compadecido de aquella viuda de un esposo vivo, con la que seguia una activa correspondencia.

Tal era el hombre á quien llegó Abelardo á pedir hospitalidad por una noche y que recibió al sabio con los brazos abiertos. Contóle Abelardo las persecuciones conque le atribulaba San Bernardo, la sentencia de reclusion perpétua que pesaba sobre él y su empeño de dirigirse á Roma.

El abad, alarmado por el estado calenturiento de su huésped, y temiendo que aquella gloria de la Francia perecíera en los ventisqueros de los Alpes, ó que cayese en manos de sus enemigos, le retuvo á su lado con diversos pretextos, mientras escribia al sumo Pontífice informándole de las iniquidades de que era víctima el infeliz filósofo y rogándole que le permitiera acabar en Cluny los escasos dias que le quedaban de vida.

El Papa, que habia sido uno de los mas entusiastas admiradores de la elocuencia de Abelardo, accedió á la demanda de Pedro, y ordenó á San Bernardo que no turbara el reposo del sabio á quien llamó su amigo y al que trató de confortar con su bendicion y consuelos.

Mas la vida de nuestro cenobita, consumida por su desventurado amor, por las angustias de la persecucion y por la pérdida de su gloria, se extinguió en brazos de Pedro el Venerable el año 1142 despues de Jesucristo.

Pedro exhumó secretamente el cuerpo de Abelardo, y evitando todo escándalo, fué á entregarlo á la infeliz abadesa del *Paracleto,* que lo depositó en la sepultura que le tenia preparada, en la que se reservó un sitio para ella.

Mientras vivió Eloisa dedicóse al culto de la tumba de Abelardo, pidiendo á Dios una larga vida castigada con todo género de martirios para merecer la dicha de vivir en el cielo con el que tanto amara acá en la tierra.

Cuando la triste viuda, de edad muy avanzada, sintió que se aproximaba su última hora, pidió á sus hermanas que colocaran su cuerpo en el mismo ataud de Abelardo.

Eloisa murió en 1164, y el amor, que tantos prodigios de constancia y abnegacion obrara en ella durante su vida, produjo un postrer prodigio á su muerte. Al abrir el ataud de Abelardo para colocar en él el cuerpo de Eloisa, los brazos del esqueleto, que descansaban sobre el pecho, resbalaron á uno y otro lado, pareciendo abrirse para dar el abrazo de bienvenida á la esposa devuelta al amor celestial.

Este accidente fué trasformado en un milagroso abrazo por la credulidad de aquellos tiempos: los historiadores lo refirieron, los poetas lo cantaron y la imaginacion del pueblo lo consagró como una prueba de la santidad de los esposos.

Nada dicen las crónicas respecto al fin del infernal Fulberto. Los malvados desaparecen de la tierra sin dejar tras sí mas que una huella de sangre y lágrimas.

Actualmente, cuantos extranjeros llegan á París no abandonan la gran ciudad sin visitar el cementerio del Padre La-Chaise, donde se alza la tumba de Eloisa y Abelardo, cuyas cenizas fueron trasladadas allí en 1817 desde la iglesia de San German de los Prados, donde se hallaban depositadas.

Aquella sencilla tumba, que la piedad de los parisienses cubre de flores y coronas el dia de la Conmemoracion de los Difuntos, suele escuchar los tiernos juramentos de muchas jóvenes parejas que acuden á aquel sitio una vez al año á rendir un tributo de admiracion á la memoria de los desventurados amantes.

Los principales trabajos literarios de Eloisa consisten en sus apasionadas y encantadoras *Cartas,* de las que se han publicado en Francia muchas ediciones y que se ven traducidas á diversos idiomas. En cuanto á las obras de Abelardo, las mas importantes y que demuestran su asombroso saber, son: *Tratado sobre la Trinidad, Petri Abelardi et Eloisæ conjuguis ejus opera, Thesaurus novus anecdotorum, Sic et non, Theologia* y *Dialéctica.*

FIN DE LAS BIOGRAFÍAS DE ELOISA Y ABELARDO.



Luis IX el Santo

LUIS IX el SANTO.

(1215 á 1270 DESPUES DE J. C.)

[illegible] encina en el bosque de Vincennes [illegible] tonces ejecutivos; ejecutivos, sí, menos cuando se pedia [illegible] y un duelo judicial borraba la sentencia con la sangre de [illegible]. Por eso bendicen los modernos á un rey que cambió tales costumbres abriendo anchurosa senda á la justicia.

Plácenos á nosotros verle marchar á Palestina al frente de una Cruzada, sosteniendo en Ásia la cruz del Redentor contra la media luna, que si hasta entonces habia sido luz de ciencia, dejó de alumbrar las inteligencias desde el momento en que [illegible] Europa la aurora de [illegible] con los cantos de los trovadores [illegible] obras [illegible]. Alberto Magno, Santo Tomás, Rojerio [illegible] el Sabio. Plácenos tambien verle afanado en contener las hordas de los feroces mogoles, quienes, siguiendo la máxima de su jefe el terrible Gengis-Kan, de ser Dios indiferente á la manera de adorarle los mortales, recibieron benignamente á los misioneros enviados por el santo rey. Plácenos, sobre todo, verle proclamar la [illegible] que arrancó á la Francia del despotismo teocrático [illegible] impidió la intrusion de los tribunales eclesiásticos en los negocios civiles.

Mas ¿por qué veinte y siete años despues de su muerte lo [illegible] la Iglesia, si además de lo dicho se negó á auxiliar á Gregorio IX contra



LUIS IX el SANTO.

(1215 Á 1270 DESPUES DE J. C.)

Dicen del rey de Francia Luis IX, que sentado debajo de una secular encina en el bosque de Vincennes administraba justicia á los vasallos que apelaban á su sabiduría de los fallos de los tribunales feudales, hasta entonces ejecutivos; ejecutivos, sí, menos cuando se pedia el *juicio de Dios* y un duelo judicial borraba la sentencia con la sangre de los jueces. Por eso bendicen los modernos á un rey que cambió tales costumbres abriendo anchurosa senda á la justicia.

Plácenos á nosotros verle marchar á Palestina al frente de una Cruzada, sosteniendo en Ásia la cruz del Redentor contra la media luna, que si hasta entonces habia sido luz de ciencia, dejó de alumbrar las inteligencias desde el momento en que despuntó en Europa la aurora de la edad moderna con los cantos de los trovadores y las esplendentes obras de Abelardo, Alberto Magno, Santo Tomás, Rojerio Bacon y Alfonso el Sabio. Plácenos tambien verle afanado en contener las hordas de los feroces mogoles, quienes, siguiendo la máxima de su jefe el terrible Gengis-Kan, de ser Dios indiferente á la manera de adorarle los mortales, recibieron benignamente á los misioneros enviados por el santo rey. Plácenos, sobre todo, verle proclamar la *Pragmática-sancion*, que arrancó á la Francia del despotismo teocrático é impidió la intrusion de los tribunales eclesiásticos en los negocios civiles.

Mas ¿por qué veinte y siete años despues de su muerte lo canoniza la Iglesia, si además de lo dicho se negó á auxiliar á Gregorio IX contra

Federico II, y aun detuvo el dinero que los franceses remitian al Papa para sostenerle en la guerra que hacia al dicho emperador de Alemania?

¿Por qué los señores feudales, tan revoltosos mas allá del Rhin, en Inglaterra, en España y en todas partes, se sometieron en Francia á la autoridad de Luis IX, y aun aceptaron la unidad de moneda y aun la legislacion romana? Porque Luis era valiente, justo, firme y fuerte á causa de sus vastos dominios; porque dió ejemplo de virtudes cristianas; porque levantó el espíritu de las municipalidades, oprimidas hasta entonces por el feudalismo; porque se interesó por la suerte de los siervos, y porque, en fin (lo que es un gran defecto en nuestros tiempos y excelsa cualidad entonces), porque fué muy intolerante con los herejes y de costumbres tan puras y austeras que se le llamaba el Francisco de Asís de la córte.

Tales cualidades y empresas tales fueron necesarias á Luis IX para imponerse á los dos mayores poderes de su época, á saber: el feudalismo y el papado.

La historia de Luis IX está íntimamente relacionada con los albigenses del Languedoc, de cuyos Estados se incautó; con el feudalismo, cuya institucion quebrantó; con la irrupcion de los mogoles, entre cuyas hordas intentó introducir el cristianismo, y con las Cruzadas, que impulsó, organizando dos en Francia y muriendo en una de ellas.

Tales son los cuatro acontecimientos que llenan el siglo de Luis IX.

Pero antes de pasar á narrar la vida de nuestro héroe es indispensable que bosquejemos la fisonomía conque se ostenta aquella edad de hierro y de salvajes costumbres, y lo haremos á favor de los sucesos que tuvieron lugar en Francia durante los años infantiles de Luis IX, porque sin estos precedentes no podria apreciar el lector en lo que vale la gran figura histórica que vamos á ofrecer á sus miradas.

Cada hombre es el reflejo de su siglo, y él le educa y le impulsa, y de él recibe el gérmen de los vicios y virtudes que han de hacerle acreedor al desprecio ó al agradecimiento de la posteridad.

El celo religioso que animaba á San Luis surgia de aquella edad de hierro y sangre puro, elevado, místico, y sobre todo, apasionado por restituir al cristianismo su primitiva sencillez y su candoroso amor. Con este celo nacieron las órdenes de frailes Menores de San Francisco de Asís en Italia y de Santo Domingo de Guzman en Francia, y otras sociedades igualmente derivadas de la doctrina de Jesus, pero que la interpretaban libremente y que por esta causa merecieron el dictado de *heréticas*; órdenes y

sociedades instituidas por hombres de talento privilegiado y de corazones inflamados por el amor á Jesus, á quien dedicaron sus fundaciones como en desagravio de la conducta mundana de los sacerdotes de la religion oficial.

Los historiadores, los concilios y la tradicion atestiguan unánimes la depravacion del clero en los siglos XII y XIII. Tampoco daban á la grey cristiana los sucesores de San Pedro elevados ejemplos de caridad evangélica, bastando recordar en prueba de este aserto que Clemente III ofreció al resentimiento de los habitantes de Roma el incendio y saqueo de la ciudad vecina de Túsculo, y que habiendo fallecido este Papa sin satisfacer la venganza de los romanos, cuatro años despues, estando en paz los dos pueblos, autorizó Celestino III la destruccion de Túsculo, cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo ó mutilados sin distincion de edad ni sexo.

Este horrible hecho y otros cien que omitimos consignar, estaban muy en armonía con las feroces costumbres del feudalismo, y esto, ¡contraste singular! ocurria en la época de la caballería, de los trovadores, de las córtes de amor, de los tiernos é inofensivos albigenses y de la efusion del afecto cristiano, que desde la celda de los frailes Menores se extendia á las chozas de los siervos, á los gremios de las ciudades, á los castillos y á las córtes de los reyes. Esto tenia lugar cuando aparecieron Luis IX y San Francisco de Asís, el mas potente brazo de la monarquía franca y el siervo de los siervos; los dos extremos de la escala social, á quienes animaban, sin embargo, iguales sentimientos de caridad, tanto, que mientras el monarca recorria las calles de París consolando á los pobres y curando los leprosos por amor á Jesucristo, San Francisco, sin mas abrigo que un agujereado sayal y desnudos los piés, iba inculcando por campos y castillos el desprecio de los bienes terrestres y las virtudes verdaderamente evangélicas que practicaran los primeros cristianos.

Ansioso de martirio por su parte iba Domingo de Guzman predicando amor y mansedumbre por las aldeas del Languedoc, donde dominaban los albigenses, bautizando niños y convirtiendo mujeres, y como supiera que algunos padres y maridos de las conversas le buscaban, fuese directamente á ellos entonando cantos de religioso amor.

— ¡Cómo! le dijeron los albigenses: ¿no temes la muerte?

— No, contestó Domingo; pero os suplico que prolongueis mi martirio, cortándome miembro por miembro; que me arranqueis los ojos, y me abandoneis luego en las angustias de la muerte para merecer la gloria eterna.

¿Cómo habian de matar los albigenses al misionero, si cantaban en su *Nuevo consuelo?*

« Los siervos de Jesus van marcados con su sello, y los llama su pequeña grey; verdaderos corderos, muchas veces perseguidos por furiosos malvados.

» Estos buenos corderillos siguen á su pastor; le conocen bien, y él los conoce; los llama por su nombre; les sale al encuentro, y oyen su voz con mansedumbre. »

Impotente el alto clero para comprender en la ya iniciada persecucion contra los innovadores á Francisco y Domingo, descargó su furor contra los albigenses, cuyas doctrinas no habian sido sometidas á la sancion papal.

¿Por qué San Luis, tan tierno en sus amores evangélicos, tan remiso con el clero depravado, y al mismo tiempo impávido defensor de las regalías de la corona, se mostró cruel con los albigenses? ¿Cuál fué su delito para otorgar la institucion de un tribunal especial contra ellos, institucion que afeará eternamente su reinado y que desgraciadamente se introdujo en España?

No conocemos muy á fondo las creencias de los albigenses, cuyos libros fueron quemados; pero si hemos de dar crédito á sus implacables perseguidores, partian del supuesto de que la ley del Espíritu-Santo habia abolido la de Jesucristo. Parece que admitian dos principios, uno bueno y otro malo, atribuyendo al malo la creacion del mundo y el *Viejo Testamento,* donde se dice que Dios exterminó tantos hombres por el diluvio, entre las aguas del Mar Rojo y por las matanzas de Moisés y de David. Del *Nuevo Testamento,* admitian los cuatro Evangelios, las epístolas de San Pablo y el *Apocalípsis.* Apoyados en el texto que dice que *importa mas obedecer á Dios que á los hombres,* se habian emancipado de toda autoridad terrena; excluian á los sacerdotes del poder temporal, y decian de la Iglesia romana, que gobernada como estaba, no era un concilio sagrado, sino una congregacion de malvados. Aparte de lo dicho, no juraban por cosa alguna y negaban que los magistrados tuviesen derecho para imponer la pena de muerte ni otro castigo corporal.

Bien se vé que las aspiraciones de los albigenses debian ser puras, cuando sus enemigos no les acriminan mas que la parte negativa de su doctrina, y eso con referencia al dogma católico; pero puede conocerse su *impiedad,* por la siguiente fórmula que empleaban para la admision de sus neófitos:

« ¿Te sometes á Dios y al Evangelio? ¿Prometes no matar, ni aunque

sea un becerro? ¿Prometes no comer carne ni ninguna otra cosa que no sea de agua y madera? (Esto es, pescado ó frutos). ¿Prometes no mentir, ni pecar, ni contaminar tu cuerpo con la lujuria? »

Como ha sucedido en nuestro siglo con los cristianos de Siria y con los católicos de Irlanda, se acusó á los albigenses de que inmolaban un niño en sus ceremonias religiosas, y esta imputacion concitó contra ellos el odio de las gentes sencillas é ignorantes, que les hicieron una guerra á muerte.

Contra aquellos sectarios, reputados por Hume como los mas inocentes y pacíficos de todos los hombres, así como contra el Languedoc en que se habian extendido, lanzó la excomunion Inocencio III, cediendo sin ningun empacho aquel hermoso pais al primer ocupante. Predicóse, pues, una Cruzada contra él, y cual aves de rapiña los envidiosos nobles del Norte de Francia, ásperos é incivilizados todavía, cayeron con el conde de Montfort á su frente sobre la tierra de la poesía, de los trovadores y de las bellas artes.

Treinta años de combates y de hogueras acabaron por exterminar á los albigenses y por asolar el Languedoc.

San Luis trató á aquellos infelices con la severidad propia del que decia á su amigo Joinville, senescal de Francia:

« Si te acontece entrar en disputa con algun hereje, saca tu espada y métesela en el vientre hasta la empuñadura. »

El rey Santo no solo introdujo en el Languedoc las leyes que regian en Francia contra la herejía, considerada allí como crímen de Estado, sino que acató las decisiones del concilio undécimo Tolosano, celebrado en 1229, por las que se mandaba á los obispos nombrar en cada parroquia un sacerdote y dos ó tres legos que jurasen *inquirir* los delitos contra la fé católica y denunciarlos á los magistrados. Cuatro años despues, el papa Gregorio IX cometió á los Dominicos la direccion de estos tribunales, quedando de este modo establecida la horrible *Inquisicion*, que se extendió por los pueblos latinos, arraigó profundamente en España y paralizó en todas partes el movimiento científico de la edad moderna.

Sentado ya este preliminar histórico, pasamos á narrar la biografía del rey á quien la Iglesia colocó entre sus santos.

Luis IX nació en Poissi el dia 25 de abril de 1215. Fué nieto de Felipe Augusto, que engrandeció los dominios de la corona francesa con la Normandía y otros importantes condados, é hijo de Luis VIII, que solo reinó tres años, y á quien llamaron el *Leon* por su extraordinario valor.

Enemigo acérrimo de los albigenses, que combatian amparados por el conde Raimundo de Tolosa y por Pedro II de Aragon, Luis VIII quiso destruirlos, á pesar del triste vaticinio de Felipe Augusto, quien habia dicho:

« Las gentes de iglesia comprometerán á mi hijo á hacer la guerra á los heréticos albigenses; perderá la salud en esta expedicion, y al cabo morirá, y con este motivo quedará el reino en manos de una mujer y un inocente niño. »

Sin embargo, no se hubiera cumplido aquella profecía, segun dice el cronista Guillelmo de Puylaurent, á seguir Luis VIII las prescripciones de sus médicos, que atribuyeron su enfermedad á la rigurosa continencia que se empeñó en guardar; pero el rey, rechazando el remedio, dijo con entereza:

« ¡ Prefiero morir, á salvar mi vida por medio de un adulterio! »

Juan Bromton, segun la *Cronología de los reyes de Francia*, refiere un caso análogo de Luis el *Jóven*, sin mas diferencia que la de haber obtenido éste su curacion resignándose á los decretos de la Providencia. Es preciso observar que semejantes versiones son algo sospechosas, aunque verosímiles; mas lo que no admite duda es que durante la campaña que hizo Luis VIII contra los albigenses, pasó en Bezieres un hecho horrible y del cual él solo es responsable ante Dios y la historia. Citeaux, que acompañaba al ejército real como legado del Papa, mandó matar á todos los habitantes de la ciudad, sin distincion de edad ni sexo, ni de fieles y herejes, pronunciando estas sacrílegas palabras:

« ¡ Matadlos á todos, que Dios conocerá á los suyos! »

Y en cumplimiento de esta órden, se asesinó á quince mil inocentes, segun unos, y segun otros á treinta y ocho mil, sin contar conque en Carcasona y sus alrededores perecieron en las llamas mas de catorce mil personas tenidas por herejes.

Al morir Luis VIII juramentó á doce grandes feudatarios y algunos prelados comprometiéndoles á aclamar rey de Francia á su hijo Luis, bajo la regencia de su madre.

Once años contaba Luis IX cuando quedó sin padre. Su madre, doña Blanca de Castilla, tia de San Fernando, fué proclamada regente, con harta oposicion de algunos señores feudales, que coaligados con el rey de Inglaterra Enrique III y con los condes de Champaña, Tolosa y Bretaña, levantáronse al fin en armas contra el testamento militar de Luis VIII, bajo el pretexto de que violaba las leyes.

Tarea muy fácil pareció á aquellos ambiciosos señores el debilitar en provecho propio la monarquía representada por un niño y una mujer devota.

En efecto, doña Blanca educaba á su hijo para santo, y la piedad y ternura maternal está atestiguada por el medallon y sello que dió á Luis, donde en campo azul, sembrado de lises, se destacaba un lirio copiado del natural, con esta inscripcion:

Lilium inter lilia.

Emblema que puede traducirse de este modo:

« El candor, la pureza, el alma de mi hijo purificando con sus efluvios de santidad el cielo de la Francia. »

« Hijo mio, solia decirle doña Blanca, ama á tu madre y á tu pueblo; pero ama todavía mas á Dios. En cuanto á mí, mas quisiera verte muerto que en pecado mortal. »

Si la madre de Luis fué fervorosa cristiana, no lo fué menos su mujer Margarita de Provenza, que al colocar en su dedo el anillo nupcial, exclamó:

« Soy reina en la tierra; pero seguiré siendo esclava del cielo. »

Conociendo el carácter de doña Blanca, todo delicadeza y expansion de sentimientos religiosos, ¿cómo no habian de esperar los señores feudales que la guerra les daria una fácil victoria, y que reconquistarian la plenitud de sus derechos señoriales? Si cedieron en un principio á la bravura de algunos reyes de la dinastía de los Capetos, y mas adelante á la pujanza de Felipe Augusto, que les arrancó muchas de sus prerogativas, ¿qué resistencia podrian oponerles los actuales representantes de la monarquía, cuya debilidad acusaba la candidez de sus almas?

Entablóse, pues, la lucha entre el poder monárquico centralizador y el feudalismo anárquico y tirano.

Mas de la lucha de estos dos principios, ¿podia la humanidad reportar algun provecho?

¿El poder naciente de la monarquía, era mas civilizador que el de los barones?

Dijimos ya en la biografía de Carlo-Magno cómo se organizaron los bárbaros sobre la sociedad romana. Establecióse entonces el feudalismo, el cual consistia en la íntima union del vasallo con el señor. El vasallo no conocia ni rey, ni nacion; prestaba sus servicios al señor, á él solo obedecia y de él reclamaba proteccion y justicia: se le llamaba hombre porque formaba parte del feudo. Tal era el feudalismo.

El orígen de esta institucion es germánico-romano. Entre los germanos

la tierra era comun; individualmente solo se poseian esclavos y muebles. Los germanos, militando en favor del imperio romano, aceptaron *beneficios,* esto es, tierras de propiedad particular, en recompensa de los servicios prestados ó de los que debian prestar en la guerra.

Estos *beneficios* ó tierras que el jefe germano recibia del emperador ó general romano, los distribuia entre sus compaños, y éstos entre sus soldados, como premio ó aliciente de servicios militares. Claro es que esta condicion excluia á las mujeres de la propiedad de la tierra, y por lo tanto del trono, si bien por la frecuente circunstancia de haber solo hijas herederas se recurrió al expediente de obligarlas á casar á gusto del señor ó del feudatario.

La posesion de la tierra estaba tan invariablemente unida al protectorado del señor, que si sin su consentimiento se alejaba el vasallo de su tierra, entendíase que renunciaba á ella.

En esta distribucion de la tierra el que conferia el beneficio ó feudo se llamaba *senior;* los beneficiados *vaso* ó vasallo; á los sub-beneficiados se apellidaba *valvasores;* á los que dependian de éstos *valvasinos* y *mesnaderos,* y á la muchedumbre, al pueblo que trabajaba la tierra, *siervos.*

El señor establecia pactos con los vasallos, por los cuales debian darle un cierto número de hombres armados, equipados y mantenidos durante una temporada del año; los valvasores quedaban igualmente obligados respecto de los vasallos, y los valvasinos y mesnaderos tenian igual deber tocante á los valvasores.

De este modo existia un ejército permanente y numeroso, cuya manutencion, equipo y armamento no corria á cargo del rey y era utilísimo para la defensa del pais.

Bajo el régimen feudal la division gerárgica era perfecta: subia por escalones desde el ínfimo mesnadero hasta el rey, hasta el emperador, hasta el Papa, último peldaño de la escala que representaba el poder divino.

La base de esta organizacion era el siervo de la gleba, que en número infinito labraba la tierra, á la cual estaba adherido como si formara parte de ella, como si fuera su *ropaje,* segun la expresion del tiempo.

Á la tierra estaban igualmente adheridos el feudatario, la justicia, el justiciable y el verdugo.

Tambien solian darse los empleos en feudo, y como éstos, llegaron á ser hereditarios los cargos de senescal, preboste, palafrenero, etc., inclusos los altos mandos militares.

El baron feudal dictaba leyes á sus vasallos y gozaba del *derecho del puño,* por el cual podia declarar la guerra á sus vecinos. Este era el derecho mas apetecido de aquellos hombres tan turbulentos como feroces.

Temiéndose mútuamente los señores, construyeron fortalezas en puntos empinados, con fosos, muros, torres y puentes levadizos.

Aislados, sin recibir ninguna influencia del mundo social, eran ignorantes, ásperos, crueles: no conocian mas ley que su capricho, ni otro regulador de sus acciones que la fuerza.

El siervo, además de las tierras de su peculio, labraba los campos de su señor y trabajaba en las industrias del castillo. Ni aun las letras cultivaban los señores: generalmente no sabian leer ni escribir, *por ser cosa de clérigos;* enviaban regalos á los monjes para que orasen y se consagraran al estudio, y daban empleo á su actividad buscando aventuras y dedicándose á la caza y al saqueo.

Bajo severas penas obligaban á sus vasallos á servirse de sus molinos, hornos y lagares; les sometian á mandatos y prestaciones, y si alguno de ellos moria sin confesion, suponiéndole condenado, le heredaban. Tambien se declaraban herederos de los extranjeros muertos en sus dominios y de las naves y personas que el mar arrojaba á sus costas.

Por eso el vizconde de Laon, en Bretaña, decia con maligna sonrisa, señalando un escollo que se alzaba en el mar cerca de su castillo:

«Esa piedra es mas preciosa para mí que las que brillan en la diadema imperial.»

Cárlos Martel, Pepino y Carlo-Magno supieron dominar á los feroces barones, impidiéndoles sobreponerse al poder regulador de la monarquía y destrozar la unidad de la Europa cristiana; pero sus sucesores no solo perdieron el vasto imperio de Occidente, sino que sucesivamente fueron desprendiéndose de las inmensas propiedades de la corona, hasta quedarse sin ninguna en 987 bajo el corto reinado de Luis V el *Ocioso.*

Empero el feudalismo estaba condenado á muerte, no solo por las constantes guerras que los señores sostenian entre sí, sino porque sus castillos eran verdaderas guaridas de ladrones, siendo cada señor un jefe de banda que robaba á sus vecinos, á los viajeros y á veces hasta á las iglesias.

El conde de Poitiers estableció en Niort una mancebía con disciplina fija, á imitacion de los monasterios de monjas; Juan V, conde de Armagnac, se casó públicamente con su hermana, y la decencia no nos permite referir los lúbricos furores del mariscal de Retz. Tomás de Comy despojaba

á los peregrinos, y para sacarles dinero los colgaba con su propia mano por el escroto, ó los enganchaba por los puños, cargando sus hombros con enormes pesos, y teniéndolos así mataba á palos á los que no querian ó no podian satisfacer su avaricia. Reinaldo de Passigny, señor de Marans, cerca de la Rochela, lo mismo que Ranieri de Corneto en el valle del Sacro, hacia la guerra á los bolsillos, en el camino con sus armas, en su casa con la usura, y arrancaba un ojo ó la barba á cuantos monjes cogia. Un heraldo llamado Lupo se presentó á citar al señor de Tournemine, y él le mandó cortar las manos, diciendo:

«Ningun lobo se ha acercado jamás á mi castillo sin dejar sus patas pegadas á la puerta.»

En tal estado, la poderosa casa de los Capetos fué llamada á ocupar el trono de Francia, siendo Hugo el primer rey de esta dinastía. Él y sus sucesores lograron contener las demasías del feudalismo, y especialmente Felipe Augusto, abuelo de Luis el *Santo.*

Como dejamos dicho, al advenimiento de Luis IX al trono se rebelaron algunos magnates con visos de justicia, ya que la regencia de una mujer era contraria á las costumbres del reino. Pero los dominios de la corona eran extensos en el Norte, en el Oeste y en el Mediodía, y podia sacarse de ellos un ejército numeroso para domar á los rebeldes.

Doña Blanca de Castilla, que alentaba valor de hombre en corazon de mujer, hizo frente á la coalicion, abatió el espíritu de rebelion é hizo conocer á los barones que el rey no era ya su igual, sino un enviado de Dios para hacer justicia á sus vasallos.

Sin embargo, la guerra se prolongó bastante para que Luis IX creciera en fuerzas y pudiera tomar en ella una parte activa. Su madre habia ya sometido al conde de Tolosa y atraido á su partido al de Champaña, resistiéndose solo el de Bretaña, auxiliado por el rey de Inglaterra, á quien venció Luis obligándole á pedir una tregua de tres años. Faltándole este apoyo al breton, se rindió.

La sumision de los grandes barones á doña Blanca, á una mujer, fué el primer caso de este género que ofrece la historia de la Edad media: fué la sumision de la fuerza al nuevo derecho, al poder centralizador, á la nacion, á la patria.

Sometidos los barones, y de acuerdo con ellos, introdujo el rey importantes reformas en otra esfera de la administracion.

Repugnaba á Luis que los tribunales de la Iglesia intervinieran en los

asuntos civiles, y para evitarlo reunió á los magnates del reino, los cuales suscribieron una peticion al Papa para que limitase las atribuciones de la curia eclesiástica.

Á aquella peticion contestó Gregorio IX con la altanería propia de quien se creia destinado por Dios para gobernar los hombres y las conciencias; pero Luis no hizo caso, y prohibió bajo severas penas á los obispos que fallasen sobre causas civiles.

Cual era de esperar, los obispos acudieron al Papa en demanda de proteccion, y el Santo Padre accedió á sus deseos, prohibiendo á Luis que ejecutara la indicada órden, lo que incitó á los obispos á desobedecerla; pero Luis IX les embargó las temporalidades, y como le reconviniera Gregorio por aquella medida, el monarca francés contestó al Pontífice, que conocia muy bien los límites de los poderes temporal y espiritual y que no permitiria que se confundieran en sus Estados.

¿Cómo dudar despues de este hecho, confirmado por todos los historiadores, que la *Pragmática-sancion* que establece la independencia de la Iglesia galicana con respecto al Papa, haya sido dada por un rey á quien se da el título de *Santo?*

Aborreciendo Luis las guerras que con tanta frecuencia promovia la tiara, nunca quiso prestarse á secundar los proyectos políticos de la Santa Sede; rehusó la corona imperial ofrecida á su hermano Roberto, conde de Artois, por Gregorio IX, y cuando Federico II fué excomulgado, se negó á tomar las armas contra este príncipe, rechazando tambien la corona de Sicilia de que le hizo presente Urbano IV.

Luis IX era de exterior modesto y de aspecto enfermizo: tenia talento, pero no génio; su calma parecia excluir las pasiones, y sin embargo, su madre tenia á menudo que moderar el amor que sentia por su esposa. Parco en la comida, sencillo en el vestir, dormia sobre tablas, visitaba las iglesias con los piés desnudos, curaba los leprosos y lavaba los piés á los pobres. En los ratos que le dejaban libres los asuntos de Estado leia la *Biblia* y los padres de la Iglesia, y cuando le reconvenian porque así desperdiciaba el tiempo, contestaba:

«Es seguro que no me reconvendríais si lo perdiese jugando á los dados.»

Gustábale sostener polémicas con sus cortesanos é interpelarles acerca de su conducta. El senescal Joinville, buen caballero, aunque sensual y altivo, mas amigo de la buena que de la santa vida, cuenta, que hallán-

dose un dia el rey con dos religiosos, le llamó, y entabló con él el siguiente diálogo:

—Senescal: como sois muy sutil, no me atrevo á hablaros á solas de las cosas de Dios; mas ahora que estoy en compañía de estos santos varones, quiero preguntaros: ¿quién es Dios?

—Señor, es una cosa tan buena que mejor no puede existir.

—En verdad, senescal, que habeis contestado perfectamente. Voy á haceros otra pregunta: ¿qué preferiríais mas, ser leproso, ó haber cometido un pecado mortal?

—¡Yo leproso!... Prefiero treinta pecados mortales.

—Hablais como un nécio, porque no existe lepra comparable á un pecado mortal.

Otro dia preguntó Luis al citado Joinville:

—¿No lavais nunca los piés á los pobres el Jueves santo?

—¡Dios me libre! ¡Jamás lavaré los piés á esos miserables!

—¿De veras? ¿Por qué manifestais repugnancia á hacer lo que Dios hizo para darnos ejemplo?

Así edificaba el hijo de doña Blanca de Castilla á sus disolutos cortesanos, y es ciertamente singular, que teniendo Luis mas de cenobita que de rey, estuviera en la guerra á la altura de los mayores capitanes de su época.

En 1241 levantaron de nuevo la cabeza los señores feudales con motivo de la investidura que dió Luis á su hermano Alfonso del condado de Poitu, de la Auvernia y de las tierras quitadas al conde de Tolosa en la mencionada Cruzada contra los albigenses.

Hugo de Lusignan, conde de la Marca, se resistió á prestar homenaje al nuevo señor, dando ocasion aquella resistencia á que el rey de Inglaterra, que poseia feudos en territorio francés, declarara la guerra al rey de Francia.

Desembarcó sus huestes el inglés á orillas del Garona, y siguiendo el Charenta fué adelantando hasta Talleburgo, donde le atacó Luis, derrotándole y persiguiéndole hasta Saintes. Podia el soberano francés hacer prisionero á su adversario; mas detuvo sus tropas, diciendo á los que le acompañaban:

«No quiero humillar la majestad real, porque esto es siempre motivo de rencor y de nuevas guerras: además, el derecho de huir no lo negaré nunca á mis enemigos.»

Á pesar de todo, siguió la guerra Luis contra los ingleses hasta 1243, con bastante fortuna; pero habiéndose declarado la peste en su ejército y

caido el mismo rey enfermo, se firmó una tregua de cinco años, mediante una indemnizacion de cinco mil libras que pagó el inglés á la Francia por gastos de guerra.

Con estas victorias adquirió tanto prestigio la monarquía, que pudo intentar Luis el oponerse al derecho que tenian los barones de poseer tambien feudos en pais extranjero. En las frecuentes guerras de aquella época ofrecia esto un grave inconveniente, porque el feudatario era libre de declararse por cualquiera de los monarcas contendientes, en el caso de poseer *beneficios* de uno y otro. Además de lo dicho, tenia en tiempo de paz tanta importancia el doble feudatario, que generalmente se imponia al soberano, ya que podia llamar al señor extranjero en su auxilio.

Luis cortó por lo sano estos abusos de los señores feudales, poniéndoles en el caso de renunciar á uno ú otro de sus feudos, no queriendo que sus vasallos sirviesen á dos señores á la vez. Dominados por el elevado carácter eld rey, los barones renunciaron los *beneficios* extranjeros.

Mas tarde quiso Luis redondear sus dominios, y como al mismo tiempo sintiera algun escrúpulo de conciencia sobre la legitimidad de la posesion de los condados que su abuelo habia ganado al rey de Inglaterra, cediólos á Enrique III, renunciando éste en cambio al derecho que tenia sobre los condados de Normandía, Anjou, Maine, Turena y Poitu, y prestando homenaje al rey de Francia, tanto por los *beneficios* que recibia, como por el ducado de Aquitania, que legítimamente gozaba.

En este cambio ganó Enrique III; pero Inglaterra dejó de ser soberana de un vasto territorio enclavado en tierra francesa. Así debió entenderlo el mismo Luis, cuando, contestando á los que censuraban aquel acto, les dijo:

«He querido evitar guerras entre mis hijos y los de Enrique, el cual de esta manera se ha convertido en hombre mio.»

Animaban á Luis grandes aspiraciones al bien y á la paz, y estos nobles deseos estaban fortalecidos por una voluntad enérgica, cualidades propias para regenerar un pais. Así, puso en vigor la llamada *ley de la cuarentena,* que dictara su abuelo Felipe Augusto, y que á pesar de la resistencia de los barones, hizo el rey que se observara con toda exactitud.

Disponia dicha ley que ningun señor feudal pudiese declarar la guerra á otro señor de quien se creyera ofendido antes que transcurrieran *cuarenta dias* desde aquel en que recibiera el agravio, bajo pena de pérdida del feudo; oportunísima disposicion que enfrenaba el ardimiento, el orgullo

ó la vanidad de los feudales y daba tiempo al soberano para intervenir en la querella, dictar las reparaciones debidas é imponerlas por la fuerza en caso de ser menospreciado su arbitraje.

Así murió el *derecho del puño,* ó sea la facultad de hacerse la guerra mútuamente los barones; así tuvieron un árbitro, y así pudo obrar ya con alguna mas libertad la monarquía para cumplir su mision en aquella sociedad tan cercana al estado de barbarie.

Las contiendas que se originaban entre los vasallos ó feudatarios, tan soberbios é insolentes como los barones, debian dirimirse por sus *pares* ó jueces; pero generalmente no se conformaba ninguna de las partes con las decisiones del tribunal, y apelaban para probar su derecho al feroz recurso del *duelo judicial,* siendo tan comunes esta clase de duelos, que inundaron de sangre el territorio francés.

Decidido á abolir esta salvaje prerogativa, sustituyó Luis el *duelo judicial* por la apelacion á la corona, viéndosele acudir los dias de la semana que tenia señalados al bosque de Vincennes, donde apoyado en una encina daba audiencia á cuantos se presentaban á pedirle justicia.

« Aun los que no eran vasallos suyos, dice Joinville, acudian á exponerle sus desavenencias, porque apreciaban en mucho el interés que se tomaba en poner de acuerdo á los litigantes. »

Como complemento de la ley de la *cuarentena* y de la que abolia el *duelo judicial,* publicó Luis IX los *Establecimientos de Francia,* que tuvieron que aceptar los barones, quedando sancionada la institucion de tribunales para oir á los querellantes y á los testigos de una y otra parte.

De este modo reemplazó en Francia el derecho romano al feudal; el poder político de los legistas al brutal de los barones, y la equidad de la ley á la razon del mas fuerte.

Con semejantes innovaciones se hizo necesario el estudio de la jurisprudencia, al que se lanzó la clase industrial de las ciudades con el mismo ardimiento que acometiera antes los estudios que conducian á las altas dignidades de la Iglesia.

Á tales circunstancias debió la clase media el llegar á la vida política, y desde entonces se consultaron sus libros y sus opiniones, se respetaron sus fallos y en ella buscaron sus abogados los feudatarios del rey, que perdieron su carácter de tales para ser considerados primero como nobles, y mas tarde como grandes propietarios.

Así supo Luis IX herir de muerte al feudalismo, cuya agonía duró aun

dos siglos: en Francia sucumbió por los *Establecimientos* y en España por las *Siete partidas* de Alfonso el *Sabio,* de aquel rey de quien se dijo con harta ligereza que

«Lejos de dominar á las estrellas,
No las mandó, que le mandaron ellas.»

La introduccion del derecho romano en la legislacion francesa fué un gigantesco paso dado en la senda del progreso que produjo excelentes resultados: fué el ingerto de la civilizacion de la que fué soberana del mundo en el tronco silvestre de una nacion semi-bárbara; y de este ingerto de leyes, como del de los árboles, resultó por fruto la civilizacion moderna, no fundada en la esclavitud y en las prerogativas, sino en la libertad y en la igualdad; civilizacion que honra al trabajo manual, que remunera á los cultivadores de la ciencia, dándoles independencia, gloria y riqueza, y al pueblo instruccion y libertad; ventajas desconocidas de la antigüedad, como le eran ajenas las aspiraciones ardientísimas y altamente morales que sentimos los modernos hácia un ideal que corresponda á la dignidad de la especie humana, cuyos destinos son hasta ahora desconocidos.

Luis el *Santo*, lleno de fé en esos destinos, para él encerrados en el cristianismo, practicó como rey la caridad evangélica, refrenando á los grandes, mejorando la situacion de los débiles y llevando, por fin, á Ásia un ejército cristiano, y otro á África, tanto para extender la religion, como para rescatar el sepulcro del Redentor, objeto de sus mas vehementes deseos.

Emprendió Luis la primera Cruzada á los treinta y tres años, y ésta coincidencia con la edad en que murió el Salvador, dió un carácter augusto á su expedicion, la cual, si bien no pudo librarse de ciertos vicios inherentes á las anteriores Cruzadas, fué ordenada y aun humana en las victorias que obtuvo sobre los infieles.

Mas, ¿cómo por espacio de dos siglos subsistió en Europa la aficion á las Cruzadas? ¿Qué poder misterioso incitó á los pueblos á esas trasmigraciones de uno á otro extremo de los continentes?

La idea impulsa al hombre; sus facultades intelectuales le lanzan á la investigacion de lo desconocido, á un ideal nebuloso, y sintiéndose social y solidario con los demas hombres, tanto en los antiguos como en los modernos tiempos, tanto en las grandes agrupaciones nacionales, como en las pequeñas de tribus y familias, sigue á sus héroes y acomete con fé y entusiasmo las empresas que ellos le señalan.

Así, va con Moisés á la tierra prometida; acompaña á Alejandro al Ásia; batalla á favor de Roma por todas partes; sigue á los cien jefes de los bárbaros del Norte que aniquilan toda una civilizacion; á los fanáticos compañeros de Mahoma para imponer al mundo con la espada la religion del soñador de la Meca; al Occidente contra el Oriente en las Cruzadas, y en fin, á Genjis-Kan, fundador del mayor imperio que haya existido jamás sobre la tierra.

Á todos los grandes ó pequeños movimientos de los pueblos preside la idea de la conquista, no precisamente de una raza sobre otra, sino que, sintiéndose impulsado por instinto á dominar la naturaleza, el hombre, en su ignorancia, emplea sus fuerzas en la dominacion de sus semejantes, siguiendo en esto la ley de los organismos, en virtud de la cual se apropian todo lo que aprovecha á su desarrollo.

Á estos movimientos concurre casi siempre un elemento perturbador, que es la personalidad rebelde al espíritu solidario. De aquí la indisciplina, y como consecuencia, los desastres que sufrieron con harta frecuencia los cruzados.

El celo religioso, cuya efusion dejamos bosquejada, fué excitado hasta el delirio en el siglo XII por la voz de Pedro el Ermitaño, sostenida por la autoridad de Urbano II. El peregrino que venia de Jerusalen recorria los reinos de Europa enardeciendo los corazones para intentar el rescate del sepulcro del Salvador, y todos quisieron combatir con los infieles, contra los que arrojaron sus muchedumbres, que partieron á Oriente repitiendo:

« ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! »

Privados de ejercer el *derecho del puño,* los señores feudales vieron en las Cruzadas un campo abierto á su turbulenta actividad, y olvidaron sus odios y rivalidades hasta la vuelta de la expedicion. Los siervos, prontos á romper las cadenas que los sujetaban al terruño, ansiaban la libertad que les ofrecian las Cruzadas. Para ir á ellas dejaban los conventos, no solo los frailes, sino tambien las monjas. Los acreedores no tenian el derecho de retener á los deudores que marchaban. El criminal que abrazaba la cruz quedaba redimido de la pena. El que moria en la Cruzada, tanto en el combate como por el camino, iba directamente al Paraiso, segun decian las bulas de los Papas.

Unos se cruzaron por el deseo de adquirir extensos dominios, y éstos llevaron á Oriente el espíritu feudal; otros por el atractivo de la novedad; éstos por el placer de viajar; aquellos por el afan del lucro y del botin, y

la generalidad por el gusto de la guerra y de la gloria, propio de los caballeros de la Edad media.

Movidas aquellas muchedumbres por tan diversas pasiones, hubo siempre desórden en las expediciones, rivalidades antes y despues de las batallas, traicion algunas veces, relajacion de costumbres ocasionada por el clima y los placeres; pero valentía siempre, heroismo y temeridad con frecuencia, y mucha resignacion en los largos y crueles dias de miseria, hambre y enfermedades; porque sobre tantas desdichas descollaba el celo religioso de la época.

Los trovadores y las mujeres excitaban á los guerreros á marchar á la Tierra Santa. Guillermo de Poitou, duque de Aquitania, cantaba al colocar en su pecho la cruz roja:

«Fiel al honor y al deber empuño las armas. ¡Partamos! Voy al otro lado del mar, á los sitios donde los peregrinos imploran el perdon de sus culpas.

»¡Adios, brillantes torneos: adios, comodidades y grandezas: adios, cuanto á mi corazon agradaba! Nada me detiene ya: voy á los campos donde Dios promete la remision de los pecados.

»¡Perdonadme, compañeros, á quienes pude haber ofendido!

»¡Harto tiempo he vivido encenagado en los placeres mundanos! ¡Ofrezco mi arrepentimiento á Jesus, señor del rayo!

»¡Oh, amigos mios! ¡Cuando me veais próximo á expirar, rodeadme todos, y concededme vuestra compasion y vuestros consuelos!»

«No espere ser contado entre los valientes, cantaba Capdeville, el que no enarbole la cruz y vaya á rescatar el Santo Sepulcro. Hoy las armas, el honor, la caballería, todo cuanto existe bello y noble en la tierra, pueden proporcionar la felicidad en la mansion celeste.»

Con la primera Cruzada logró fundar Godofredo de Bouillon el reino de Jerusalen; pero esta empresa costó la vida á cerca de un millon de cristianos que perecieron durante los primeros cuatro años de aquella Cruzada. Despues, para sostener aquella conquista, y para recobrar á Jerusalen, perdida por las rivalidades é indisciplina de los señores feudales, fueron las Cruzadas una sangría abierta á la Europa, por donde manaba la sangre mas vigorosa de Alemania, Italia, Inglaterra, y especialmente de la generosa Francia.

Dicen de la segunda Cruzada las crónicas de aquel tiempo que no bastaban los rios para trasportar ni los campos para contener los ejércitos

del emperador Conrado y de Luis el *Jóven* de Francia, y que seguian á los cruzados gran número de mujeres, á título de esposas, hijas, hermanas y amantes, que se organizaron en cuerpos de amazonas.

Cuentan tambien varios historiadores, que el jóven y valiente rey de Jerusalen Balduino III, murió envenenado por un médico sirio, y que fué tal la pesadumbre de los cristianos, que empezaron á recorrer en desórden las calles de la ciudad lanzando gritos de desesperacion y desaliento, de lo cual se apercibieron los infieles, mandados por Nuredino, y que aconsejando los suyos á este príncipe que aprovechase la ocasion para deshacerse de los enemigos de Mahoma, contestó el generoso musulman:

« Aunque Balduino me venció en Paneas y Sidon, no quiera Allah que altere yo el justo dolor de un pueblo que ha perdido tan buen soberano é insigne caudillo, y que para mis fines particulares ataque un reino del cual ya nada tengo que temer. »

Deploran igualmente las crónicas que la division que tantas veces habia comprometido la existencia de un reino cristiano en Palestina se desencadenara durante esta Cruzada con una furia tan anárquica, que nadie obedecia al rey, trabajando cada señor feudal por su cuenta; no respetando los tratados, ni el derecho de gentes; atacando las pacíficas caravanas de musulmanes que se dirigian á la Meca; degollando á los hombres que las escoltaban y esclavizando á sus mujeres, y ocasionando, en fin, que Jerusalen, conquistada en 5 de Julio de 1099, cayera en manos de Saladino en 2 de Octubre de 1187.

Al entrar los cristianos en Jerusalen pasaron á cuchillo á los habitantes, y cuando la recuperó Saladino, en vez de tomarla por asalto, prefirió rendirla por capitulacion, y aun dió dinero de su propio bolsillo para rescatar gran número de cautivos cristianos.

Godofredo de Bouillon, fundador del reino de Jerusalen; Dandolo, que tomó á Constantinopla en la quinta Cruzada; Noradino, Saladino y San Luis, son nombres gloriosos que conservan las tradiciones orientales como un homenaje debido al heroismo y á la virtud.

Al llegar á este punto no podemos prescindir de narrar el siguiente conmovedor episodio de la historia de las Cruzadas:

Cincuenta mil niños franceses y alemanes partieron de sus casas en 1213, gritando:

— ¡ Señor Jesus, dadnos vuestra santa cruz!

— ¿Á dónde vais? les preguntaban las gentes.

—¡Vamos á Jerusalen, á rescatar el sepulcro del Salvador!

Los niños alemanes fueron detenidos por los lombardos y obligados á volver á su patria; pero muchos murieron en el camino de hambre, sed y cansancio.

Parte de los niños franceses llegó á Marsella, donde unos comerciantes, llamados Hugo del Hierro y Guillelmo Porc, les ofrecieron llevarles de balde á Palestina en siete galeones; pero al arribar allí los inocentes fueron vendidos como esclavos á los mahometanos, sufriendo muchos de ellos el martirio antes que renegar de la fé cristiana.

Pocos años conservaron los cristianos la posesion del Santo Sepulcro. Los carismas, mas conocidos con el nombre de turcomanos, pueblos situados entre el rio Oxo y el mar Caspio, despues de una porfiada lucha contra los tártaros ó mogoles, fueron vencidos por éstos y arrojados de su pais. En la necesidad de buscarse una nueva patria, aquellos pueblos se arrojaron sobre la Palestina, que conquistaron, apoderándose con ella del reino de Jerusalen.

La nueva caida de la ciudad santa en manos de los infieles llenó de espanto á la Europa, conmovida ya por el espectáculo de los numerosos ejércitos asiáticos que llegaban á sus puertas.

Eran aquellos ejércitos los del terrible rey de los mogoles, que guiando millones de guerreros sojuzgó la China, la India Trasganjética, el Indostan y la Persia. Eran los soldados de aquel Genjis-Kan que formaba elevadísimas pirámides de cabezas humanas y que decia á los vencidos antes de degollarlos:

«¡Yo soy el azote de Dios, que me arroja sobre vosotros para castigar vuestros delitos!»

De Genjis-Kan, que destruyó con su ejército occidental, compuesto de setecientos mil combatientes, al carismano Mohamed, que solo pudo oponerle cuatrocientos mil guerreros disciplinados; que atacó á Nischabur, defendida por tres mil balistas y quinientas catapultas, cuyas saetas hicieron gran destrozo en los mogoles, los cuales eran tantos, segun expresion del mismo Mohamed, que podian cegar los fosos de la ciudad sitiada con solo arrojar en ellos los látigos conque arreaban á sus caballos.

Llevaban estos feroces guerreros millares de catapultas y otras máquinas de guerra, que arrojaban proyectiles incendiarios inventados por los chinos, en cuyo pais aprendieran el uso de la pólvora. De los chinos tambien habian aprendido el uso del papel moneda, único valor que circulaba entre ellos con la firma de Genjis-Kan.

Tan bárbaros como su jefe, los mogoles repetian sus palabras, diciendo, que la compasion es un signo de debilidad, y que el placer mayor consiste en vencer á los enemigos, cogerles cuanto tienen, gozarse en las lágrimas de sus hijos y violar á sus hijas y mujeres.

Los tártaros, como los llamaban entonces, penetraron por el Turkestan y la Georgia en Europa; vencieron en Rusia y en Polonia; incendiaron á Cracovia; invadieron la Sajonia con medio millon de hombres, y con otros tantos fueron á acampar enfrente de la Italia.

La generosa Hungría se sacrificó queriendo contenerlos, y doña Blanca, llena de terror, decia á San Luis:

—¿Qué siniestros rumores llegan de las fronteras? El ímpetu de los tártaros parece amenazarnos de muerte á nosotros y á nuestra santa Iglesia. ¿Qué haremos?

—Confiemos en la proteccion del cielo, respondia San Luis; si vienen los tártaros los arrojaremos al Tártaro de donde han salido, ó ellos nos enviarán al cielo á gozar de la felicidad prometida á los elegidos.

En semejantes circunstancias recibió San Luis un mensaje del rey de los mogoles, mandándole que se declarase súbdito suyo, «porque está escrito, decia el bárbaro, que Dios me dió el dominio de la tierra.»

Luis IX respondió á aquel mensaje, diciendo al que se lo llevara que aconsejase en su nombre á su señor que se hiciera cristiano.

Esta contestacion excitó la cólera del terrible mogol, que se preparaba á arrojarse sobre la Francia, cuando entró la discordia en sus ejércitos y cesó la invasion.

Como las artes propias de los mogoles eran bárbaras, y profesaban ellos, cual su jefe, la máxima de que debian utilizar lo mejor de sus enemigos, tanto en hombres y mujeres, como en artes y aun en religion, se asimilaron luego no solo las artes, sino tambien las costumbres de los vencidos; y así aquella fuerza viva que de su pais trajeran, quedó extinguida cuando llegaron á Europa.

Por eso retrocedieron á Ásia, y dejando de ser conquistadores, se impregnaron de la civilizacion del pais en que momentáneamente fijaran su residencia, volviendo así á renacer las nacionalidades que ellos destruyeron, aunque modificadas por el elemento tártaro.

La Santa Sede preocupóse mucho de la invasion de los asiáticos y publicó una Cruzada con objeto de contenerla; mas á pesar de las excitaciones y amenazas del Papa, no pudo conseguirse remover la Europa, y si

por las causas que dejamos indicadas no se hubieran detenido los mogoles, tal vez habria sufrido la Europa entera la suerte de Rusia, Sajonia, Polonia y Hungría.

Por aquel tiempo, esto es, hácia el año 1245 de la era cristiana, enfermó gravemente Luis IX, cayendo en un letargo tan profundo, que iba á abandonársele por muerto, cuando poniendo término á los sollozos de su esposa, madre y de cuantos rodeaban su lecho, abrió los ojos y dijo:

«¡La luz divina ilumina mi mente! ¡La gracia del Señor me vuelve á la vida! ¡Recibe, oh, Dios mio, el juramento que hago de cruzarme!»

Y tan pronto como pudo tenerse en pié, pidió una cinta roja, formó con ella una cruz y la puso en su pecho.

En vano trataron de disuadirle de aquel empeño doña Blanca y Margarita su esposa, los príncipes de su casa y los prelados y señores, entre ellos Joinville, que narró la Cruzada y la vida de San Luis. Así que se hubo restablecido, empezó los preparativos de la expedicion, estableciendo depósitos de víveres, armas y tiendas en la isla de Chipre.

Viendo que nada conseguian con sus exhortaciones, cruzáronse los mismos que le disuadian, inclusa su esposa Margarita, que quiso participar de los trabajos de su noble marido, quedando doña Blanca en Francia como regente del reino.

Opuso mucha resistencia el clero francés á esta Cruzada, porque debia ceder una parte de sus rentas para auxiliarla, por mandato de la Santa Sede, que no cesaba de promover estas expediciones, y mayormente en ocasion del gran movimiento de los mogoles que amenazaba envolver toda la cristiandad. Mas á pesar de sus negativas y tenaz resistencia, tuvieron que obedecer los clérigos las órdenes de Gregorio IX y doblegarse á la enérgica voluntad del santo Rey.

No poseyendo todavía la monarquía francesa ningun puerto en el Mediterráneo, tuvo Luis que comprar á unos monjes el alodio en que radicaba el puerto de Aguas-Muertas, donde embarcó su ejército en número de sesenta mil combatientes, en galeras venecianas y catalanas, las cuales, así como las genovesas y pisanas, frecuentaban los mares del Oriente, cuyo rico comercio de especias, marfil y sederías explotaban.

Despues de una penosa navegacion, desembarcó el ejército en la isla de Chipre, de que era señor Enrique de Lusiñan desde la toma de Constantinopla por los cruzados, y allí se le unieron muchos ingleses, frigios, holandeses y noruegos.

En Chipre recibió San Luis una nueva comunicacion del Kan de los tártaros, mas no ofensiva como la anterior, sino halagüeña, tanto, que era una verdadera embajada en que le pedia su alianza para dominar toda la Siria.

Recibió cordialmente el monarca francés á los embajadores; los colmó de presentes, y por su conducto envió al poderoso mogol diferentes regalos, sin convenir por eso en la alianza que le proponia.

Consideraban los franceses al Egipto como la llave de la Siria, y bajo este concepto mandó construir San Luis en Chipre gran número de barcos chatos, ó de poco calado, con objeto de remontar con sus tropas el Nilo, conquistar el Egipto y colonizarle, para lo cual llevaba semillas y toda clase de instrumentos de labranza.

Menos político San Luis que Genjis-Kan, que consideraba buenas todas las religiones, envió al sultan de Egipto un mensaje que contenia esta amenaza:

«Tened presente que os perseguiré como enemigo hasta que pueda llamaros cristiano y hermano.»

El sultan Malek-Saleh, que padecia una dolencia mortal, cuéntase que lloró cuando recibió esta declaracion del rey franco, y exclamó con el *Coran:*

«¡El que combate injustamente, perecerá!»

Partieron de Chipre los cruzados en mil ochocientas naves con rumbo al delta del Nilo, cuyas bocas hallaron defendidas por gran número de barcos egipcios y ocupadas las playas inmediatas por un numeroso ejército.

Siendo el tiempo propicio, pasaron á las barcas los arqueros, yendo á la cabeza de todas las embarcaciones la que conducia al rey, que tremolaba el oriflama de Francia.

Lanzaron los arqueros una lluvia de dardos desde los botes, mientras las naves, armadas de catapultas, arrojaban piedras y saetas en lo mas espeso de los batallones enemigos.

Al tocar en la playa la chalupa real, saltó de ella Luis IX, metiéndose en el agua hasta la cintura, haciendo lo mismo cuantos le seguian, y formando en batalla dentro del mismo mar, entonces en calma, acometieron á los sarracenos.

Los batallones enemigos, hostilizados por las catapultas de las naves, que lanzaban sobre ellos grandes saetas sembrando la muerte y el terror en sus filas, vacilaron primero, é iniciaron despues un movimiento de retirada. Desde aquel instante entró la confusion entre los musulmanes, y á pesar de los heróicos esfuerzos del gobernador de Damieta, que los acaudillaba y que murió combatiendo, quedaron derrotados.

Sin detenerse San Luis avanzó hasta Damieta, mientras batia su escuadra las naves egipcias, que huyeron á favor de la brisa del mar, remontando un brazo del Nilo y subiendo tras ellas las cristianas hasta que las rindieron ó echaron á pique.

Los habitantes de Damieta la abandonaron al aproximarse los cruzados, entrando Luis IX en aquella importante ciudad el mismo dia en que diera tan venturosa batalla.

Residia en el Cairo, capital del Egipto, el sultan Malek-Saleh, gravemente enfermo, como dejamos dicho, y queriendo ahorrar á su pueblo los desastres de la guerra, pidió á San Luis la paz, ofreciéndole en cambio el reino de Jerusalen, los prisioneros y esclavos cristianos que hubiese en sus dominios y la renuncia de sus derechos á la ciudad de Damieta; en suma, cuanto podia apetecer el soberano francés; que despidió á los embajadores del sultan sin dignarse apenas escucharlos.

Vanidad, ceguera, obstinacion en su plan de colonizar el Egipto y convertirlo desde luego al cristianismo hubo en el santo rey al desechar las proposiciones del moribundo Malek-Saleh.

Por su parte, los señores feudales, ufanos con la victoria, desdeñaban la cesion ofrecida. Anhelaban la posesion de Jerusalen, sí, pero querian llegar á ella con la espada en la mano despues de hollar bajo sus plantas millares de cadáveres enemigos.

Tan cierto es que una mala política echa á perder las empresas empezadas bajo los mas felices auspicios.

Permaneció el rey Luis seis meses en Damieta, llave del Nilo por la parte marítima, aguardando el resto de su ejército y los refuerzos que debia enviarle la nobleza de Francia.

Entre tanto reprodujéronse en el ejército los desórdenes que tan fatales fueran á las anteriores Cruzadas, las violencias y rivalidades propias del feudalismo, cuyos hombres se distinguian por su avidez de botin, por su lascivia y por su espíritu de indisciplina y subversion, que solo cedia entre el estruendo de las batallas ó á los embates de las grandes adversidades.

Mirando desechadas sus proposiciones, continuó Malek-Saleh dando disposiciones desde su lecho de agonía para reorganizar sus huestes y aumentarlas por cuantos medios estaban á su alcance. No pudiendo hacer frente en campo raso á los cruzados, ordenó á los beduinos que los molestasen contínuamente, impidiéndoles salir de la ciudad á forrajear, y por

cada cabeza cristiana que le presentaba un beduino recibia en el acto un besante de oro. [1]

Los frecuentes combates que sostenia con los beduinos, el clima y la crápula causaron tantas bajas al ejército de San Luis, que recibidos los refuerzos no contó mayor número de combatientes que los sesenta mil conque salió del puerto de Aguas-Muertas.

Por fin movió el ejército Luis IX hácia el Cairo, siguiendo la orilla del Nilo, por el cual subian sus barcos cargados de víveres, pertrechos y máquinas de guerra.

Malek-Saleh repitió mejoradas las proposiciones de paz; pero el grito de: *¡Al Cairo! ¡Al Cairo!* fué la única respuesta que obtuvieron sus embajadores.

El sultan falleció, dejando antes encargado á su hijo Moadham-Turan-Scha que no empeñase ninguna batalla decisiva sino á las mismas puertas de la capital, y que dificultase la marcha de los cristianos con contínuas escaramuzas.

Lo primero que hizo Moadham al ocupar el trono fué mandar que fijaran en todas las mezquitas un edicto concebido en los siguientes términos:

«¡Grandes y pequeños: vuestras armas y riquezas son necesarias á la causa del Señor! Los francos, que Dios confunda, han llegado á nuestro pais con espadas y estandartes, y quieren apoderarse de nuestras ciudades. ¿Qué musulman rehusará salirles al encuentro para vengar la mancillada gloria del islam?»

El fanatismo de los musulmanes, llevado al paroxismo, las inundaciones del Nilo y el fuego griego, arma favorita de los egipcios, causaron graves pérdidas al ejército cristiano, que adelantaba siempre, aunque lentamente, hácia el Cairo.

Deseoso de salir de la difícil posicion en que se veia colocado, Luis IX trató de atravesar el Nilo para dar una batalla decisiva. Habian ya pasado el rio unos siete mil hombres de la vanguardia, al mando del impetuoso conde de Artois, hermano del rey, cuando se presentó el enemigo con imponentes fuerzas. El de Artois, olvidando las órdenes de Luis, que le habia prohibido atacar á los sarracenos hasta que se le hubiera incorporado

[1] El besante valia unos 400 reales de nuestra moneda. Los caballeros franceses que habian estado en alguna Cruzada llevaban como testimonio una de estas monedas en su escudo.

el resto del ejército, acometió con tan escaso número de gente á los infieles, obligándoles á emprender la fuga.

El éxito lisonjero de este combate enardeció tanto al jóven capitan, que despreciando los consejos del veterano gran maestre de los Templarios y del conde de Salisbury que le acompañaban, persiguió al enemigo hasta la misma ciudad de Mansurah, donde apercibiéndose los mahometanos de que habian huido, no del ejército cristiano sino de su vanguardia, revolvieron contra sus perseguidores que se entregaban al pillaje de la ciudad, y dieron tal cuenta de ellos, que murió el hermano del rey y la flor de los caballeros que le seguian.

Vengó Luis á su hermano con dos sangrientas victorias que obtuvo sobre el enemigo; pero al fin, habiendo reunido el sultan todas sus fuerzas, cercó el campamento de Luis, quien viendo su ejército mermado por las anteriores batallas, por las muertes que ocasionaba el clima, la terrible enfermedad del escorbuto y la crecida del Nilo que inundaba su campo, se decidió á retroceder á Damieta. ¡Cuánto debió sentir entonces no haber aceptado las proposiciones de Malek-Saleh!

Fuéle fatal esta retirada, prevista ya por el enemigo, pues tuvo que sostener un combate prolongado y sangriento, durante el cual los infieles fueron recibiendo tropas frescas, mientras que los cruzados no tuvieron otro refuerzo que la presencia del rey, que abandonó la camilla en que le llevaban enfermo. Aconsejáronle los que le rodeaban, que no siendo posible vencer, se embarcara y salvase su vida tan cara á los franceses; mas el generoso monarca, respondió:

«¡No se dirá nunca de mí que abandoné á mi pueblo: él y yo moriremos de la misma muerte!»

Y metióse en lo mas espeso de los batallones enemigos. Siguiéronle sus caballeros y reanimáronse sus soldados; mas era tan numeroso el ejército musulman, y estaba tan convencido de la debilidad del cristiano, que triunfó en toda la línea, quedando Luis prisionero.

Despues de despojar al rey de su armadura y vestidos, los vencedores lleváronle á Mansurah medio desnudo. Compadecido de él un árabe, le dió su pobre ropa, sin que dejase escapar Luis una sola queja, pasando sus horas de cautiverio leyendo en el breviario como si estuviera en su capilla.

Envió el sultan ricos vestidos para el ilustre prisionero y su comitiva; pero él los rehusó, diciendo:

« No quiero llevar la librea de un rey extranjero. »

Pidióle Moadham por su rescate á Damieta y todas las ciudades y fortalezas que poseian los francos en Palestina, y como repugnase á San Luis rescatarse á este precio, mandóle á decir el sultan que lo llevaria consigo en triunfo por todo el Oriente y que luego le mataria haciéndole sufrir los mas horribles tormentos.

«Soy prisionero del sultan, contestó con calma imperturbable, y puede hacer de mí lo que quisiere.»

Cuando supo la reina Margarita, que quedara en Damieta, la pérdida de la batalla y el cautiverio de su marido, suplicó á un caballero de ochenta años que formaba parte de su servidumbre, que velase en su cámara y la diese la mano mientras ella dormia, porque como Damieta no podia defenderse, temia la entrada del enemigo y que atentara á su honor.

—Caballero, le dijo una noche, juradme que hareis lo que yo os diga.

Y habiéndoselo prometido el caballero, continuó la reina:

—Si los sarracenos toman esta ciudad, os mando que me corteis la cabeza antes de que me hagan prisionera.

—Así lo haré, respondió el anciano; ya habia yo pensado en ello.

En aquellas circunstancias alumbró Margarita un niño, á quien puso por nombre Juan Tristan, en memoria á los tristísimos dias en que habia venido al mundo.

En tanto continuaba Luis IX prisionero en Mansurah, junto con los barones de Francia, los cuales despreciaban las amenazas y los suplicios, mas sumisos ahora á la voluntad del rey que en los tiempos de su grandeza.

Tambien en Francia excitó la prision de San Luis las simpatías de los pobres siervos, en tanta manera, que bajo el nombre de los *pastorcillos,* algunos miles de ellos quisieron formar una Cruzada para ir á rescatar á su rey. Mas faltos de organizacion, de armamento y de recursos, entró el desórden entre ellos, tuvieron que vivir sobre el pais y los campesinos los dispersaron.

Para probar lo mucho que era querido Luis, debemos decir, que las mujeres egipcias lloraron su cautiverio, porque decian que ningun rey habia prohibido como él matar á las mujeres y niños, ni habia consolado á los prisioneros, ni curado á los enemigos vencidos.

Gozaba tanta fama de virtud, que al poco tiempo de estar en Palestina se presentó en el campamento francés una comitiva de peregrinos armenios pidiendo hablar con el santo rey.

Joinville, á quien debemos el relato de esta entrevista, la describe así:

«Al entrar en la tienda del rey, que se diferenciaba apenas de la del último de sus capitanes, le encontré sentado sobre la arena.

»Señor, le dije, están aquí muchos de la grande Armenia que van á Jerusalen, y piden ver al santo rey. Pero mi deseo es que trascurran largos años antes de que puedan besar vuestras reliquias.

»Y se rió con gana, y contestó que fuese por ellos, y así lo hice. Y cuando vieron al rey lo encomendaron á Dios, y él hizo lo mismo con ellos.»

Entretanto Moadham, menos exigente, pidió por el rescate del rey y de los demas prisioneros la cesion de Damieta y diez mil besantes.

Al saber el ilustre cautivo las nuevas condiciones:

—Un rey de Francia, dijo, no se rescata con dinero. Daré á Damieta por mi libertad y los diez mil besantes por mi ejército.

—¡Rey altivo y liberal á fé mia es el francés, replicó el soldan: no se mete á regatear y paga lo que se le pide! Le perdono dos mil besantes.

Convenidas las paces, hubo graves disturbios en Egipto con motivo de haber ajustado el sultan el rescate de los prisioneros francos sin intervencion de los mamelucos, contraviniendo así á los privilegios que desde el reinado de Saladino gozaba esta milicia.

Tres dias antes de quedar libres los cristianos, la rebelion de los mamelucos triunfó, pereciendo Moadham al querer sofocarla.

Tal prestigio gozaba San Luis aun entre sus mismos enemigos, que los sediciosos mamelucos le ofrecieron el trono de Egipto, que rechazó, diciendo al delegado:

«Dí á tus compañeros que antes se hagan cristianos.»

La corona de Egipto pasó á las sienes de la sultana Chager-Edhur por los méritos que contragera en la conjuracion de los mamelucos.

Si en aquel tiempo los francos se vieron por primera vez gobernados por una mujer, tambien fué esta la primera vez que una mujer imperaba sobre los mahometanos.

Ratificóse al fin el tratado de paz y rescate propuesto por Moadham, y al firmarlo sobrevino un incidente que por poco cuesta la vida al rey. Como éste se empeñara en rechazar uno de los artículos del convenio que ni como monarca ni como cristiano podia suscribir, se expresó en términos tan ofensivos para los negociadores, que irritado uno de ellos levantó su puñal para matarle. Pero se interpusieron algunos jefes musulmanes, y evitaron el asesinato, diciendo:

«¡Es el cristiano mas orgulloso que se ha visto en Oriente; pero debemos respetarle!»

Obtenida su libertad y pagado el rescate de los prisioneros, aun permaneció San Luis cuatro años en Palestina, recorriendo las ciudades cristianas y poniéndolas en estado de defensa.

Aun cuando deseaba vivamente visitar el Santo Sepulcro, no quiso aceptar el permiso que le daba para ello el sultan de Damasco, respondiendo á su invitacion, que no queria ir como peregrino á donde en breve pensaba llegar triunfante.

Habiendo recibido la noticia de la muerte de su madre doña Blanca, restituyóse á Francia en Abril de 1254.

Ya en su reino, dedicóse durante diez y seis años á asegurar las reformas de que hemos dado cuenta en las páginas precedentes, reformas que son en realidad las piedras mas preciosas de la corona del rey santo. Así lo reconoce la historia, que indiferente á los acontecimientos estrepitosos y á los grandes conquistadores, solo aprecia los sucesos y los héroes por los progresos que señalan en la senda de la civilizacion y por los materiales que llevaron al edificio del porvenir de la humanidad.

En 1267 promovió Luis otra Cruzada, y en lugar de dirigirse con ella á Palestina, como todos creian, llevóla á Túnez, con la esperanza de fundar un reino cristiano en África.

Reiteradamente le habia incitado á acometer aquella empresa Muley-al-Mostanser, bey de Túnez, ofreciéndole recibir el bautismo. Mas al llegar allí San Luis, no solo se negó Muley á cristianarse, sino que le recibió y resistió como enemigo.

Desembarcado el ejército, puso Luis IX sitio á la ciudad de Túnez; mas la sed, los alimentos averiados, el clima y la peste destruyeron la mitad de su ejército, que al salir de Francia se componia de sesenta mil hombres. El mismo rey se vió atacado de una disentería, seguida de una calentura maligna, que no cedió á ninguno de los infinitos remedios que se le prodigaron.

Sintiendo que se acercaba su última hora, mandó cubrir su lecho de ceniza, y entregó su alma á Dios el dia 25 de Agosto de 1270 despues de Jesucristo.

Las últimas palabras que, segun Joinville, salieron de sus lábios, fueron estas:

«¡Oh, Jerusalen!... ¡Jerusalen!»

Luis IX, á quien se canonizó en 1297, se mostró siempre perseverante en sus aspiraciones al bien. Domó la arrogancia de los grandes feudatarios, y elevó sobre ellos la monarquía, fórmula de progreso en el siglo XIII. Creó en Francia el moderno derecho civil; limitó el poder de la Santa Sede sobre la Iglesia galicana, é impidió la intrusion de los tribunales eclesiásticos en los asuntos civiles.

Su celo religioso, es verdad, participó de la ceguera comun de su tiempo. Por eso fué intolerante como los mahometanos, y dijo á los herejes:

«¡Cree ó muere!»

Y encendió hogueras donde los quemó á millares. Sin embargo, ¡qué tiempos serian los de Luis el *Santo* cuando descuella sobre ellos como un génio bienhechor!

Indudablemente Luis IX fué mejor que su siglo, y siempre que encontremos esta circunstancia en uno de nuestros héroes debemos ser indulgentes con él, recordando que cada hombre es hechura de su época, y que participando necesariamente de sus vicios y virtudes, aun así es grande si logra mejorarla.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE LUIS IX EL SANTO.

ALFONSO X el SABIO.

(1221 Á 1284 DESPUES DE J. C.)

Al referir el padre Mariana en su *Historia de España* la vida y obras del hijo de Fernando III el *Santo*, dice que son ilustres por la variedad de sucesos y el juego de la instable fortuna; pero que tienen mas de maravilla que de honra y loa. «¿Qué cosa mas maravillosa, añade, que un príncipe criado en la guerra haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? ¿Qué cosa asimismo mas afrentosa que con tales letras y estudios, que en otro cualquiera pudieran alcanzarle gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los extraños le ofrecieron, ni el reino que su padre le dejó?»

Acúsale (¡extraña acusacion!) el padre Duchesne de entender en demostraciones geométricas, de seguir con puntualidad y precision el curso de los astros, de arrebatarle el gusto el oir hablar los muertos en los libros y de tener habilidad y talento para todo, y de que estos, que son *defectos* para el reverendo padre, impedian á don Alfonso entender en los negocios de Estado, ver de qué parte se inclinaban sus verdaderos intereses, dar audiencia á sus vasallos, conocer á los hombres y gobernarlos. Y á vuelta de lo dicho le acusan uno y otro autor de aspereza de costumbres y de demasiada severidad para con los grandes y ricos-hombres, que por esta causa andaban alterados y desabridos, cuando, segun don Jaime I de Aragon, contemporáneo de nuestro Alfonso, perdíase éste por el honroso

vicio de la generosidad y blandura de que usaba para con los magnates de su reino.

Proviene esta contradiccion de haberse inspirado aquellos autores en crónicas y documentos escritos bajo la presion del aleve don Sancho, hijo del rey Sabio, que atribuyó al autor de sus dias todos los desaciertos y maldades que cometió él mismo, inclusa la muerte dada á su tio don Fadrique.

Nosotros, al escribir la biografía de don Alfonso, expondremos los hechos tal cual los hallamos en la historia, y con ellos á la vista podrá el lector formar juicio de sus buenas cualidades y defectos, igualmente que de los tiempos que corrieron durante su reinado.

A principios del siglo XIII seguia empeñada la lucha en España entre cristianos y musulmanes. Aquellos, con la valentía de un pueblo regenerado por la religion y las luces que debia á sus mismos enemigos, pretendian la reconquista del suelo perdido por sus mayores y la imposicion de sus creencias á los infieles: éstos, debilitados y divididos, no sentian ya el ardiente deseo de conquistas conque en 718, como rio salido de madre, se derramaron por la Península y traspusieron los Pirineos, penetrando en el corazon de la Francia, de donde Cárlos-Martel y los Carlovingios los arrojaron, dando lugar á que se formara el condado de Barcelona y el reino de Navarra, que tanto contribuyeron á fortalecer en Asturias el primer baluarte de la independencia ibérica, defendido por el ínclito Pelayo, de eterna recordacion para los españoles.

Tres épocas gloriosas tuvieron los musulmanes durante el largo período de su dominacion en nuestra Península: la primera bajo la dinastía de los Ommiadas, que alcanza desde 752 hasta el año 1000, en que siendo presa por su prolongado contacto en los europeos de la horrible lepra del feudalismo, se dividieron, formando los reinos de Córdoba, Toledo, Sevilla, Jaen, Granada, Valencia y Zaragoza; la segunda empieza en 1044, bajo la dominacion de los Almoravides, los cuales restablecieron la unidad musulmana en la Península, contuvieron la reconquista de los iberos y aun se posesionaron de muchos territorios perdidos; mas volvieron á empeñarse en guerras civiles y permitieron á los cristianos recobrar su importancia, y la tercera bajo los Almohades, que vinieron á España á mediados del siglo XII. Los feroces Almoravides, oriundos de tribus árabes establecidas en los desiertos de África, habian casi olvidado las artes y las ciencias; pero los Almohades avivaron el gusto de los musulmanes penin-

sulares por los adelantos materiales é intelectuales, introdujeron los libros de los filósofos griegos, las obras de Avicena, sapientísimo persa que floreció en el siglo x, y las de otros matemáticos y astrónomos de la misma raza que tendremos ocasion de nombrar. Á los Almohades pertenecia el celebérrimo cordobés Averroes, traductor de las obras de Aristóteles, siendo al mismo tiempo médico, físico, astrónomo y de opiniones libres en materia de religion, por las cuales fué perseguido y atormentado por los mismos mahometanos.

En los tiempos á que vamos á referirnos, los sarracenos volvieron á dividirse, mientras que los Estados iberos tendian á la unidad, á pesar del espíritu perturbador del feudalismo, que bregaba todavía fieramente por mantener su independencia.

En contínua é intestina lucha los musulmanes, imitábanles algunas veces los cristianos, dando frecuentemente el singular espectáculo de aliarse con sus mismos enemigos para combatir contra reyes ya de una ya de otra creencia. No obstante lo dicho, iban perdiendo siempre terreno los moros y ganándolo los cristianos.

Don Jaime I habia unido á Cataluña y Aragon las islas Baleares y Valencia; don Sancho II de Portugal extendido su dominacion á los Algarves, y San Fernando, que por la generosidad de su madre fué rey de Castilla, y de Leon por el patriotismo de sus hermanas, incorporó por conquista á sus dominios Baeza, los reinos de Murcia, de Jaen, Córdoba y Sevilla é hizo tributario al rey de Granada.

Roma era entonces omnipotente; el clero dominaba en todas partes, y y lo mismo levantaba la hostia el humilde monje que vivia perpétuamente encerrado en su claustro, que el orgulloso obispo que calzaba espuelas y ceñia espada, y que, como el iman mahometano, vivia la vida de los caballeros, tanto en el campamento y en la pelea como en la ciudad. Poco escrupulosa la Santa Sede, nombró arzobispo de Toledo á don Sancho, hijo de Jaime I, á pesar de no ser clérigo, y á don Felipe, abad de Valladolid y obispo electo de Sevilla, hijo de San Fernando, le dispensó sus votos para contraer matrimonio con la infanta Cristina, hija del rey de Noruega.

No menor desórden que en los asuntos religiosos se advertia en la legislacion y administracion de justicia con tanto fuero de casas nobles, de pueblos, ciudades, provincias y reinos, en rivalidad siempre unos con otros y con encontrados tribunales, resultando de este estado de cosas la licencia,

la expoliacion, la guerra entre vecinos, entre señoríos, entre pueblos, que invocaban cada uno y defendian con las armas sus respectivos fueros; y en medio de semejante anarquía, los malhechores nobles y plebeyos hallaban campo abierto á sus ataques á la propiedad y á veces mayor amparo y proteccion que sus víctimas.

La legislacion penal era tan vengativa como crueles los tiempos. Habia penas que infligian suplicios horribles, como los de cortar orejas, narices, manos y lengua, sacar los ojos, matar por la horca, por la cruz, por despeñamiento en precipicios, por la hoguera y fuego lento, por desollar y por cortar los cuerpos á rebanadas.

De los tiempos bárbaros viene la expresion de *satisfacer la vindicta pública,* porque, en efecto, la sociedad se vengaba entonces como pudiera hacerlo una horda de caníbales.

Estos precedentes indican cuál debia ser la situacion de los hombres morales, justos é inteligentes que tenian la mision de contribuir con su ejemplo y segun la medida de sus fuerzas á establecer las reformas que suavizan las costumbres. Por fortuna, á través de la anarquía, de las guerras y del fanatismo, el instinto de perfeccion en la raza humana, lo mismo que en todas las manifestaciones de la naturaleza, se abre paso como puede y adelanta siempre. No indaguemos cómo las guerras han retardado la marcha del progreso, sino cómo éste, á pesar de ellas, y solo por las leyes propias del organismo humano, se ha desarrollado. El progreso, la civilizacion del siglo XIII están personificados en el rey cuya vida vamos á narrar.

De Fernando III de Castilla, apellidado el *Santo,* y de doña Beatriz, hija de Felipe, duque de Suavia y emperador de Alemania, nació don Alfonso X, que vió la luz del dia en Toledo, el 23 de noviembre de 1221, y que á pesar de haber sido engendrado cuando su padre contaba solamente la edad de veinte años, es decir, cuando aun las fuerzas juveniles no han adquirido todo su desarrollo, fué robusto, activo y el mayor de los hombres de su tiempo por su prodigiosa inteligencia y vasta erudicion.

Entregóse desde su temprana edad al estudio de las ciencias, que su espíritu fecundó en tanto grado, que fué maravilla de propios y extraños, valiéndole el renombre de *Sabio,* conque es conocido en la historia de España, en la Universal y en las particulares de la Legislacion y de la Astronomía.

Llevóle de mozo su padre á la guerra contra los infieles, y desde mozo tambien fué testigo del ardor religioso conque el autor de sus dias casti-

gaba á los albigenses, por lo cual mereció quizá Fernando III que la Iglesia le canonizara.

Como dejamos dicho en la biografía precedente, se habia extendido por el Languedoc una secta cristiana, que, segun el padre Mariana, fué precursora del protestantismo del siglo XVI por su conformidad de errores y doctrinas. Estos sectarios, llamados albigenses, tenian por protectores á los condes de Foix, de Bezières, de Cominges y de Tolosa, y por principal campeon al rey de Aragon don Pedro II, por cuya frontera entraron los misioneros albigenses en España, donde hicieron no pocos prosélitos. Armó contra ellos una Cruzada el papa Honorio III; persiguiólos San Luis como á bestias feroces, y despues de muchos años de lucha, incendios y matanzas, sucumbieron mas por la traicion que por la fuerza de las armas.

Nuestro jóven Alfonso vió desde su tierna edad cómo se quemaban albigenses por órden de su padre, el cual, segun cuenta Mariana, «era tan enemigo de los herejes, que no contento con hacerlos castigar por sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego.»

Con tan bellos ejemplos de *virtud,* como los califica el mencionado historiador, bien se podrian criar mónstruos y no hijos.

¡Á tales desvaríos y crueldades arrastra el fanatismo religioso, convirtiendo en verdugo á un rey tan prudente y generoso como Fernando III!

Al cumplir Alfonso diez y ocho años, quiso su padre que le acompañara á la expedicion que llevó á cabo contra los musulmanes de Andalucía, sin duda para distraerle de los amores que sostenia con doña Mayor Guillen de Guzman, amores que resistieron á la ausencia; cuyo primer fruto fué doña Beatriz, mas tarde reina de Portugal, y á los que fué constante, segun se cree, hasta la muerte de su amante, de quien tuvo otros hijos que fueron su consuelo en la desgracia.

La guerra de Andalucía fué para el jóven príncipe la escuela en que aprendió los engaños y celadas de que se valian los moros en las batallas, y la manera de vencerlos y tomar poblaciones tan importantes como Écija, Estepa, Osuna, Baeza y otras, á cuyos asaltos y rendiciones asistió durante la campaña de 1239.

En 1240, expiradas las treguas dadas á los moros, y con motivo de una enfermedad que acometió á Fernando III, confió éste el ejército y la prosecucion de la guerra á nuestro don Alfonso, por las muchas pruebas de entendido capitan que diera en la anterior campaña; mas como salieran

á su encuentro unos embajadores del rey de Murcia, que iban á ofrecer vasallaje al de Castilla y á pedirle amparo y defensa contra el de Granada que hacia aprestos para conquistar las tierras murcianas, suspendió don Alfonso las hostilidades, y con algunas tropas fué á posesionarse de aquel reino, sin consultarlo antes con su padre, á fin de no perder tan rico presente en unos tiempos en que la guerra y la inseguridad de opiniones hacian mudables las voluntades.

Despues de dejar guarniciones cristianas en los castillos y ciudades del reino de Murcia, señaló premios y rentas á los moros principales; dió á aquel Estado el *Fuero juzgo,* que ya habia puesto en romance, en reemplazo de sus peculiares leyes, y aplazando para otra ocasion atacar y rendir á Lorca, Cartagena y Mula, que disentian del comun acuerdo, regresó á Castilla, donde encontró á su padre ya restablecido.

Al siguiente año, mientras don Fernando continuaba la guerra de Andalucía, sitió el infante y tomó las plazas de Murcia que aun se resistian, y dejando este reino en completa tranquilidad, pasó á Portugal con motivo del suceso que vamos á relatar.

Era don Sancho II de Portugal un monarca jóven y belicoso, que habia ensanchado sus dominios por la parte de los Algarves, pactando despues treguas con los moros, y que satisfecho de la gloria militar que alcanzara, se dedicaba á la buena administracion de su reino y al cultivo de las artes de la paz. Estaba casado don Sancho con doña María, hija de don Diego de Haro, señor de Vizcaya, mujer hermosísima, de gusto exquisito y aficionada á las letras.

Amando extraordinariamente á su mujer, la consultaba el rey los negocios de Estado, y con ella y con algunos pocos hombres de mérito solia reunirse en pláticas literarias y agradables.

Ofendidos algunos nobles de que no se les llamase á aquellas reuniones, dieron en levantar calumnias á los reyes, y en decir que el Estado estaba gobernado por una mujer y por hombres oscuros y ambiciosos; y pasando de la calumnia á la rebelion, tomaron por pretextos de la conjuracion que urdieron contra don Sancho la supuesta esterilidad de doña María, que se hallaba en su primera juventud, y el parentesco que existia entre ambos cónyujes, parentesco que, en concepto de los conjurados, debia ser causa de que se declarase nulo aquel matrimonio.

Personas religiosas, entre ellas los obispos de Braga y de Coimbra, intentaron poner escrúpulos en la conciencia del rey, y no escuchando éste sus

consejos por estar cada dia mas enamorado de la reina, dieron á entender al pueblo que ésta le habia hechizado por medio de un brevaje, como si el amor necesitara filtros para que un hombre sea constante y aun para hacerle llegar al desvarío.

Mezclada la religion en el asunto, don Sancho fué hombre perdido; porque, como dice el padre Mariana, que como sabio y jesuita debia entender muy bien esta materia: «No hay cosa mas poderosa para mover al pueblo que la capa de religion, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños.» [1]

Avisóse al Papa Inocencio IV de lo que pasaba, yendo á verle el hermano de don Sancho II, conde de Boulogne á la sazon, para pedirle la investidura del reino de Portugal, y como Inocencio era amigo de quitar y poner reyes y de guerrear mas contra los príncipes cristianos que contra los infieles, entorpeciendo así la accion de las Cruzadas, se obtuvo fácilmente de él un breve por el que conferia la corona portuguesa al ambicioso conde de Boulogne.

Contando con el poderoso apoyo del jefe de la Iglesia, se alzaron al momento contra Sancho nobles y clérigos; robáronle su esposa, y aunque él se resistió desesperadamente, tuvo que refugiarse en Castilla, donde pidió favor y auxilio á Fernando III, mientras que algunas plazas de su reino se le mantenian fieles, entre ellas la de Coimbra, donde mandaba el denodado don Martin Freitas, de quien en breve tendremos ocasion de hablar.

Recibió nuestro infante al fugitivo con vivas simpatías, pues enamorado como estaba de doña Mayor, comprendia la pena de don Sancho, que lloraba mas bien por su esposa que por su reino, y alcanzando de su padre permiso y un ejército para reponer en el sólio al desdichado monarca, penetró en Portugal, estando á punto de realizar su caballeroso intento, cuando los obispos, que habian elevado al conde de Boulogne, amenazaron con la excomunion á las tropas castellanas, logrando contenerlas y contener tambien el noble propósito del esforzado Alfonso.

Á pesar del mal éxito de aquella empresa, la amistosa proteccion que dispensó á don Sancho fué generosa; le señaló una crecida renta, sosteniéndole casa y córte en Toledo, aunque por poco tiempo, pues el desventurado rey murió de pesadumbre por la pérdida de doña María, la cual,

[1] *Hist. de España*, lib. 12, cap. XIII.

violada, dicen, por un señor portugués llamado Portocarreiro, murió encerrada en un calabozo. [1]

Las armas no están reñidas con las letras, decia el estudioso infante, que las cultivaba aun estando en campaña, y que por amor á ellas no odiaba á los moros que las trajeron á España, aunque los combatia como á enemigos de su patria y de su religion.

Versado don Alfonso en la historia de los pueblos de la antigüedad, algunos de cuyos idiomas conocia muy á fondo, tenia cabal noticia de la del pueblo dominador de tres continentes; sabia que 2200 años antes de Mahoma los árabes habian conquistado el Egipto; que á pesar de ser pastores, no fueron nómadas, puesto que tenian villas y ciudades y estaban en contacto con el mundo por medio de sus vecinos, mas poderosos que ellos y mas civilizados; que la secta de los nestorianos, fundada por el patriarca de Constantinopla Nestorio, se extendió por Oriente, donde difundiendo sus adeptos la medicina y estudiando las ciencias naturales con ella relacionadas, encontró gran favor en Arabia, formando en Edesa aquella célebre escuela de que salió el plantel de los naturalistas árabes que cultivaron las ciencias físicas por medio de verdaderos experimentos, hasta entonces mas especulativos que prácticos.

Maestros árabes y judíos habia tenido nuestro infante, de los que aprendió las matemáticas, la alquimia, madre de la química moderna, la física de los griegos, la medicina, la botánica, y por último, la astronomía, que sublima el espíritu y engrandece las facultades intelectuales.

Á pesar de la ocupacion que la guerra daba al jóven Alfonso, y de que asistia á los consejos de su padre cuando le llamaba en casos árduos, ocupábase asíduamente en cuestiones científicas; llevaba en bagajes una pequeña biblioteca, é iban tras él algunos sabios amigos suyos, cristianos, moros y judíos, con quienes departia sobre puntos de controversia interesantes á la ciencia.

[1] El valeroso Freitas, que defendia por don Sancho la plaza de Coimbra, creyendo que la anunciada muerte de su soberano fuese una ardid del usurpador, pidió treguas y mantenimientos para la plaza sitiada, y licencia y escolta para ir á Toledo en averiguacion de lo que pasaba, y siéndole concedido todo y llegado á dicha ciudad, haciéndose abrir el sepulcro de don Sancho, puso las llaves de Coimbra en la descarnada mano del cadáver, diciendo: «En tanto, señor y rey, que entendí érades vivo, sustenté la hambre con comer cueros, y conforté los ánimos de los ciudadanos, y sufrimos extremos trabajos. Al presente, que sois fallescido, yo vos entrego las llaves de vuestra ciudad y avisaré á los ciudadanos que no hagan mas resistencia á vuestro hermano.» Lealtad y constancia, dice Mariana, digna de ser pregonada en todos los siglos.

De esta vida científica que llevaba nuestro infante nació el proyecto que realizó de revisar todos los trabajos astronómicos que desde los chinos y caldeos se habian hecho hasta entonces, porque presentia, como lo han probado los modernos, que debia haber un error fundamental en el sistema planetario de Tolomeo. Parecíale singular que siendo los movimientos del sol, de la luna y demas cuerpos celestes tan naturales y comprensibles, hubiera cinco planetas que se movieran hácia adelante, luego se pararan, y al fin retrocedieran, repitiendo sus movimientos indefinidamente, al mismo tiempo que, como los demas astros, describian un círculo alrededor de la tierra; lo cual era una excepcion que parecia contraria á la armonía del universo, induciéndole esto á pensar que habia incurrido Tolomeo en gravísimos errores de observacion ó de raciocinio y sistema.

Aducian los astrónomos para probar la excelencia del citado sistema la teoría de los ciclos y epiciclos, es decir, de círculos que se mueven sobre círculos, por los cuales los planetas Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter y Saturno describirian curvas parecidas á las presentadas por un cañutillo de alambre ó resorte en hélice algo estirado sobre una circunferencia de esfera. La série de curvas que ofrece un cañutillo así dispuesto era entonces el imaginado camino que seguian Júpiter y Saturno en el espacio. Las curvas supuestas de las órbitas de Mercurio, Vénus y Marte eran mas complicadas. En esta hipótesis, los planetas se movian en parte sobre centros ideales, suposicion inadmisible por la geometría, é indigna de los matemáticos de aquel tiempo; mas como ni así pudieran darse cuenta los astrónomos de todos los aparentes movimientos de los planetas, imaginaron epiciclos sobre epiciclos, lo que fué causa de que, no pudiendo don Alfonso con su claro talento admitir tales absurdos, exclamara:

«Si Dios me hubiese consultado en el momento de la creacion le habria dado un buen consejo.» [1]

Y como alguno le preguntase en qué consistia el consejo que habria dado al Creador, respondió el jóven sabió:

—En las opiniones de Aristarco de Samos y de Cleanto, segun los cuales, la tierra deberia girar diariamente sobre su eje, y anualmente alrededor del sol, y quizás dotando de estos dos movimientos á la tierra desaparecieran las complicaciones del cielo.

[1] «Estas palabras, dice Arago, que son una crítica aguda del fantástico sistema de Tolomeo, fueron calificadas de impías, y quizá influyeron en las catástrofes que precipitaron la vida de Alfonso.»

—Mas seriais acusado de impío, le objetaron, como lo fueron los citados filósofos, segun afirma Plutarco.

—Si pudiese probar la verdad y conveniencia de estos movimientos, como hombre, y mas como príncipe, tendria el deber de dar á conocer mi descubrimiento.

Es muy cierto que el heredero del trono de San Fernando daba mayor importancia á las letras que á la guerra contra los infieles, y que aun en su primera juventud, á pesar de la atraccion que la milicia ejerce sobre la mocedad, apreciaba mas á Aristóteles que á Alejandro, á Ciceron que á César, á Geber [1] y Avicena que á Carlo-Magno, á Averroes que á Godofredo de Bouillon, y que ponia, en fin, por sobre todos los capitanes de su tiempo al célebre Alberto-Magno, que fué maestro de su hermano don Felipe, y á quien defendia de las acusaciones de brujo conque pretendian infamarle y desconceptuarlo los católicos de entonces, no obstante ser Alberto arzobispo de Ratisbona.

A la edad de veinte y cinco años casóse nuestro héroe con doña Violante, hija de don Jaime I de Aragon. Este matrimonio, concertado entre los padres de los desposados por razon de Estado, tuvo alguna influencia en los negocios de Castilla, puesto que la accion enérgica del indomable rey de Aragon y su generosidad aprovechó al acrecentamiento de los dominios de don Alfonso. Poco tiempo despues de su enlace ocupóse en disponer sus famosas *Tablas*. Los resultados de la observacion de los astros, enlazados entre sí por el cálculo y que indican los movimieutos reales ó aparentes y las posiciones del sol, de la luna y de los planetas en la esfera celeste, se presentan en ellas en columnas á manera de estados, y por este motivo se llaman *Tablas*.

Sentia bien don Alfonso que la astronomía da la verdadera medida de las fuerzas del espíritu humano, porque viviendo el hombre en una esfera móvil sobre su eje, y sobre el centro solar, que tampoco está fijo, debia conocer los movimientos de su morada y de los cuerpos celestes que la rodean.

Hé aquí porqué, comprendiendo que la solucion del problema que

[1] Geber, ó mejor, Djaber, alquimista árabe que floreció en el siglo VIII. Describió los procedimientos para obtener los ácidos sulfúrico y nítrico y el agua régia; preparaba el precipitado rojo de mercurio y otros óxidos metálicos, y conoció la fermentacion alcohólica. Por la importancia de los agentes que describe y por el órden de sus trabajos debe ser considerado como el fundador del edificio químico moderno.

ofrece el firmamento debe ejercer grande influjo en los destinos de los pueblos, y deseando contribuir por su parte al engrandecimiento de la ciencia celeste, emprendió el infante la formacion de unas nuevas *Tablas*.

Con este objeto y llevado de la esperanza de hallar el verdadero sistema del mundo, reunió nuestro jóven sabio en Toledo á los mas entendidos astrónomos de su tiempo, nacionales y extranjeros, cristianos, musulmanes y judíos, en número de cincuenta, á quienes trató espléndidamente mientras permanecieron en la metrópoli de Castilla.

En aquella asamblea se discutieron las observaciones antiguas; las de Hiparco, que floreció en 150 antes de nuestra era y fué el inventor de la trigonometría, del astrolabio y de la precision de los equinoccios, y el *Almagesto* (gran libro) de Tolomeo, que se cree ser el resúmen de los trabajos astronómicos de Hiparco. Se pasaron en revista las obras de Al-Mamum, califa de Bagdad, que á últimos del siglo VIII convocó á los sabios de su tiempo, mahometanos, judíos, griegos, persas é indios, á quienes trató magníficamente y con gran tolerancia, y que entre otros trabajos fijaron la posicion del apojeo del sol y la mayor ecuacion de su centro, determinando al mismo tiempo el valor de un grado terrestre. Examináronse los trabajos del célebre Albatenio, que vivió á principios del siglo X, árabe y príncipe tambien, gobernador de la Siria, que cultivó las ciencias con grande éxito, hizo el notable descubrimiento del sucesivo cambio de sitio del perijeo solar, determinó con mayor precision la oblicuidad de la eclíptica y corrigió la sucesion de los equinoccios. Fijáronse en los escritos de Abulfeda, árabe residente en Bagdad en el siglo X, donde enseñaba las ciencias matemáticas, y que por el número de sabios que tenia entre sus discípulos llegó á formar escuela; que corrigió las tablas astronómicas de sus antepasados; redactó un nuevo *Almagesto;* indicó el tercer movimiento de la luna llamado de *variacion,* y simplificó la trigonometría esférica.

Tal fué el exámen que hicieron los astrónomos presididos por el jóven heredero del trono de Castilla. Aquellos sabios llevaron la correccion por todas partes á favor de observaciones propias y de cálculos prolijos, y el resultado de esos trabajos, que duraron mas de cuatro años, fué unas *Tablas astronómicas* llamadas *Alfonsinas,* mucho mas perfectas que las anteriores y en gran manera estimadas hasta en los tiempos modernos, en que las artes han podido dotar á la ciencia astronómica de instrumentos mas perfectos que los que poseia.

Las *Tablas Alfonsinas* fué uno de los primeros libros que reprodujo la

imprenta en Venecia el año 1483; por ellas se regian los navegantes; fueron para Colon un guia en las soledades del Océano, y sirvieron á Copérnico para encontrar el verdadero sistema solar, que sin los cuidados de regir y reformar la ya entonces vasta monarquía castellana, quizás hubiese hallado don Alfonso, tan opuesto como era á la teoría de los epiciclos.

No sirvieron de obstáculo estos trabajos para que el ilustrado infante asistiera al cerco de Sevilla, que el atrevido burgalés y afamado marino Bonifaz combatia por el Guadalquivir con veinte y dos galeras, haciendo tambien frente á los reyes de Ceuta y de Tanger que acudian en auxilio de los sitiados, mientras don Fernando III los estrechaba por tierra rechazando las frecuentes salidas que intentaron.

Tres meses duró el sitio; pero al fin tuvo que rendirse Sevilla, con la acostumbrada condicion de que los habitantes podrian dirigirse con sus bienes muebles donde bien les pluguiera.

En Noviembre de 1248 abandonaron á Sevilla cien mil moros cargados de riquezas: la mayor parte de ellos fué á avecindarse en Granada, y el resto pasó al África.

Con tal emigracion puede decirse que quedó desierta Sevilla. Para repoblarla recurrió Fernando III al cebo de la cesion de casas, tierras, y franquicia de impuestos á los nuevos pobladores cristianos, que con tal aliciente acudieron de todos los puntos de España.

Asistió tambien don Alfonso á la toma de varias ciudades, entre ellas Begel y Medina-Sidonia. Mas llególe al fin la hora en que debia regir solo la monarquía y sacrificar sus estudios á la gobernacion del Estado. Fernando III murió en 30 de Mayo de 1252, y á principios de Junio nuestro infante, que contaba la edad de treinta y un años, fué proclamado rey de Castilla y de Leon, bajo el nombre de Alfonso X.

Habia publicado en el mismo año las *Tablas astronómicas,* que llevaron su fama á las mas apartadas tierras en que se cultivaban las ciencias.

No bien se hubo sentado en el trono, pactó treguas Alfonso con Alhamar, rey de Granada, perdonándole la sexta parte del tributo que pagaba á su padre, por respeto á los buenos servicios que habia prestado y para animarle á continuarlos. Aparte de esto, prosiguió la guerra contra los musulmanes, obteniendo señaladas victorias en Jerez, Arcos y Lebrija, á cuyos habitantes facultó para que emigraran á Granada, á donde llevaron su riqueza móvil.

Que los moros ricos é industriosos prefiriesen la emigracion á permanecer en sus casas, se explica fácilmente por la intolerancia de los cristianos. El fanatismo de éstos les impedia el libre ejercicio de su culto, vedándoles hasta usar trajes y adornos de determinados colores; mala correspondencia con unas gentes que no prohibieron nunca el culto cristiano y dejaron á los vencidos sus usos y costumbres. Como muestra de las vejaciones que tenian que sufrir los moros que residian en los dominios de Castilla, vamos á copiar los siguientes párrafos de una ley de Alfonso X:

«Otro sí: mando que los moros que moran en las villas que son pobladas de cristianos, que anden cercenados á derredor, é el cabello partido, sin copete, é traigan barbas así como manda su ley, é que no trayan cendal é ningun panno, nin penna blanca, nin panno bermejo, nin verde, nin sanguino, nin zapatos blancos, nin dorados. É cualquier que feciere ninguna cosa de este coto, que peche por cada vez que lo feciere treinta maravedís, [1] é el que non oviere el coto que yaga en mi prision cuanto fuere mi merced.

«Otro sí: mando que ninguna cristiana non crie fijo ni fija de judío, nin de moro, nin judía crie cristiano ninguno, é el que esto pasare que peche en coto diez maravedís cuantos dias le toviere.»

Las precedentes disposiciones reflejan fielmente el encono que sentian los cristianos contra la raza arábiga, y explican la emigracion de ésta al reino de Granada, el cual, tanto por este poderoso aluvion de gente de valía, como por sus propias condiciones, adquirió importancia y fuerzas bastantes para resistir durante mas de dos siglos el empuje de las armas castellanas.

Tenia el rey don Alfonso, dice Mariana, condicion mansa y grandeza de ánimo. Prefiriendo la gloria á los deleites, era dado al sosiego de las letras y no ageno á los negocios. Pero los hombres *prácticos* de su tiempo, no los artífices, industriales y comerciantes, que éstos apenas ejercian alguna influencia, sino los ricos-hombres, la clerecía é hidalgos, estaban por la guerra que les daba nuevos dominios y les enriquecia con el botin. Además, sabian que Fernando III dejaba un testamento político que

[1] Segun Mariana, el maravedí, dobla de oro y escudo de oro eran equivalentes. El valor en nuestra moneda actual del maravedí del tiempo del Rey Sabio era de 60 reales. —(Véase á Argüello sobre el valor de las monedas de don Alfonso el Sabio, tom. VIII de las *Memorias de la Academia de la Historia*).

debia respetar y cumplir su hijo don Alfonso, y barruntaban, no sin fundamento, que la jurisdiccion y franquicias señoriales quedarian en él muy mal paradas.

Cierto que en todos tiempos han sido necesarios los hombres llamados *prácticos,* representantes del momento histórico de los sucesos, del espíritu del presente; mas desgraciadamente tales hombres temen lo porvenir, y por este motivo resisten las reformas, miran de reojo á los sabios porque las promueven, esquivan su presencia ó los tratan con menosprecio, son egoistas, atesoran, y como para ellos *poder* es *saber*, generalmente ó gobiernan los pueblos ó ejercen grande influencia en los gobernantes.

Alfonso X, á pesar de tener dos hermanos arzobispos (si bien político el de Toledo, carnal el de Sevilla), y de tratar con hidalguía á los nobles, regalando espléndidamente á sus ricos-hombres y caballeros, no logró atraérselos, por el motivo entonces suficiente, y aun ahora bastante, de ser reformista don Alfonso; con lo cual y lo de ser rey que estudiaba las estrellas, que escribia sobre filosofía é historia, que componia versos, que dotaba generosamente la instruccion pública [1] y que habia gastado mas de cuarenta mil maravedís ó doblas de oro en la formacion de las *Tablas astronómicas,* previno tan en contra suya las voluntades de los grandes, que el primer yerro que cometió fué bastante para desconceptuarlo y para que, aprovechándose de él los nobles, sembraran el gérmen de discordias que amargaron los dias del ilustre soberano.

Pero forzoso es convenir en que el primer yerro de don Alfonso fué gravísimo, juzgado desde nuestros tiempos, aunque no tanto si se tienen en cuenta las ideas económicas de aquel tiempo. Acuñó el rey moneda de oro y plata con mucha liga de cobre, como lo hicieran antes que él los señores feudales, y aun otros soberanos, dando siempre iguales resultados, á saber: el encarecimiento de los principales artículos de consumo y la desaparicion del numerario.

De antiguo le venia á Castilla, y aun á toda la Península, la falta

[1] «Fundó en Salamanca Alfonso IX, dice Mariana, cierto principio de universidad, pequeña y pobre, y por el cuidado y liberalidad de don Fernando III y la munificencia de don Alfonso X, se aumentó de tal suerte, que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud, ni mas crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes.» A lo dicho por el citado historiador debe añadirse, que don Alfonso dotó tambien de escuelas á Sevilla, y que durante su reinado habia catedráticos que gozaban el sueldo anual de seiscientos maravedís, que segun el valor del oro en aquella época, equivalian á cuatro mil quinientos pesos fuertes de nuestra moneda.

de moneda que trataba de remediar don Alfonso, y para comprender la causa de esta pobreza basta fijarse en los artículos de importacion y exportacion sobre que se comerciaba en aquella época.

Salian de España frutas secas, pocos granos, pieles sin curtir, azafran, agárico y coral. Entraban en ella especias, aceite, lino, cáñamo y algodon tejido y en rama; vidrio, sombreros, toneles, mercería, alfileres y hoja de lata; acero para fabricar armas y cuchillería, ó convertido en corazas, arneses y lorigas. Nuestra industria, pues, era escasa ó nula, porque nuestra intolerancia religiosa con los vencidos ahuyentaba á los moros que eran los verdaderos industriales.

La notable diferencia entre el valor de los artículos de importacion y exportacion, debiendo saldarse en plata y oro, hizo escaso en aquella época el numerario en Castilla. Por otra parte, las gloriosas guerras de Fernando III habian dado mucha honra, mucho provecho á los señores y á los colonos, mas poco al erario público ó real. No habia dinero y era necesario crearlo. [1]

El conflicto era grave, y los economistas de entonces acaso pudieron creer con algun fundamento que la moneda era mas un signo representativo del valor de las cosas, que un valor real é intrínseco, pues solo lo adquiere á causa de la rareza de los metales que entran en su confeccion y que la vanidad y el lujo han hecho preciosos, y que así como los romanos cuando carecian de moneda por razon de hallarse sitiados la fundian de baja ley, llamándola *obsidional,* para remediar la escasez de ella, estando el reino en un caso parecido al de una ciudad cercada, podian muy bien acuñar moneda de aquellas condiciones, y que ya que era privativo de la autoridad real la fabricacion de ella, podia la misma autoridad señalar su valor.

A la alteracion de la moneda sucedió el aumento del precio de las cosas, y se creyó remediar el mal publicando las «Leyes y ordenaciones fechas por el rey don Alfonso en las Córtes de Sevilla, á peticion de los Procuradores del Reino en 1252,» de cuyos Procuradores dice el preámbulo de la ley:

[1] Llegaron á ser tan raros el oro y la plata en la época que vamos describiendo, que la mejor yegua valia veinte maravedís, el mulo ó mula siete, el asno de yegua once, la *asna de carga* seis y el buey cinco.—(Véase á Argüello en el citado tomo VIII de las *Memorias de la Academia de la Historia*).

«Por cuanto me mandastes los dannos que recibíades porque las posturas (tasa de precios en las cosas) no se tenian como fueron mandadas (por su abuelo Alfonso IX, y su padre Fernando III). Otro sí: porque me mostrastes muchas veces los dannos que recibíades en las sobejanías (extorsiones) que se facien con las carestías grandes de las cosas que se vendien, tove por bien é por guisado que aquellas posturas que ellos fecieron é lo que agora Nos acordamos por pro de mí é de todos vos, que sea todo tenudo,» etc.

De esta ley se desprende que la tasa se impuso en los dos reinados anteriores al de don Alfonso X, constando además que se siguió haciendo uso de ella en tiempos posteriores y aun en los nuestros.

Lo mismo da tasa que alteracion en el valor de la moneda, puesto que ésta, como una mercancía cualquiera, aumenta ó disminuye de valor segun si escasea ó abunda en el mercado, y cuando se castiga la usura, ó cuando se disuelven las asociaciones de obreros en lucha con el capital, ¿se hace otra cosa en el fondo que alterar el valor de la moneda? En este último caso la medida es inícua, puesto que se da en beneficio de una clase privilegiada y en perjuicio de otra numerosísima y desvalida.

No pretendemos justificar ni disculpar á don Alfonso; mas al condenarle, queremos que el estigma marque tambien á los hombres de todos tiempos que han alterado el valor de la moneda ó el del trabajo, ó que han creado valores en papel sin dejarlos suficientemente garantidos, como sucede con el *papel del Estado* de todos los gobiernos de nuestra época.

Por lo demas, el error que cometió alterando la ley de la moneda, lo confiesa francamente el rey Sábio en el capítulo V de su *Crónica*.

«En el año de la nasciencia de Jesucristo 1255, dice, vinieron á este rey don Alfonso muchas querellas de todas partes de sus reinos, que las cosas eran encarecidas á tan grandes cuantías, que los homes non las podian aver, y por esto el rey púsoles cotos, que es poner precio á todas las cosas, cada una que cuantía valiese; y como quier que antes desto los homes avian muy grave trabajo de las poder aver, oviéronlas muy peor despues, por cuanto los mercadores y los otros homes que las avian de vender guardábanlas, que las non querian mostrar, y por esto todas las gentes se vieron en grande afincamiento. Sobre lo cual el rey fizo tirar los cotos, y mandó que las cosas se vendiesen libremente, é por los precios que fuese avenido entre las partes.»

Al principio de su reinado quiso don Alfonso llevar la guerra al

África, segun lo tenia proyectado su padre, que queria aniquilar la Mauritania, inagotable semillero de enemigos de Castilla, y con este objeto dispuso la construccion en Sevilla de unas atarazanas, mandando reparar muchas naves en los astilleros de Vizcaya. Mas los conflictos suscitados por el rey de Portugal, por los sucesos de Gascuña y por la rebeldía de algunos de sus poderosos vasallos le impidieron realizar aquel propósito.

Reclamaba el monarca portugués la parte de los Algarves (Tierra llana) que poseia don Alfonso, y repugnando á éste la guerra contra un príncipe cristiano, ajustó el matrimonio de su hija Beatriz con dicho rey; dándole por dote las tierras objeto del litigio, mediante el tributo de cincuenta hombres de á caballo.

Los disturbios de los nobles del ducado de Gascuña, provincia lindante con España por la parte de los Pirineos, adquirieron el carácter de una verdadera rebelion contra su señor el rey de Inglaterra. Llamaron los sublevados gascones en su auxilio al rey de Castilla, reconociéndole por duque de aquellas tierras, y aun envió allá don Alfonso un cuerpo de tropas; mas habiéndose convencido de que los pueblos de Gascuña, oriundos de los vascos y revoltosos como éstos, entorpecerian su accion legislativa unitaria, prefirió al dominio de aquel ducado la alianza que de él solicitaba el rey de Inglaterra pidiéndole por esposa á su hermana doña Leonor, para el infante Eduardo, heredero del trono de Inglaterra, que debia regir desde luego como señor el ducado de Gascuña.

Este convenio, que eliminaba enemigos al rey Sabio, disgustó á la nobleza castellana, y especialmente á la vascongada, cuyo jefe don Diego de Haro era cabeza de la conjuracion que iba urdiendo desde el reinado anterior.

Alejado el peligro de las dos guerras que contra cristianos debia sostener don Alfonso, acometióle el tercer conflicto, cuya causa fué la liga que concertaron contra él los nobles castellanos.

Esta liga tenia por objeto la defensa del feudalismo contra el poder absorbente de la monarquía.

El feudalismo representaba los intereses mezquinos de cada señor en particular, y el rey los intereses generales de la nacion. El pueblo, es decir, los que no eran nobles, se inclinaba á los reyes, mas justos y mas interesados en la prosperidad de todos, al mismo tiempo que sentia repulsion por los señores feudales, que regian sus dominios con vara de hierro.

Además, desde la caida del Imperio romano, la unidad de la raza

humana, sostenida primero por el cristianismo y conjuntamente luego por el islamismo, extendidos ambos con extraordinaria rapidez, habia echado profundas raices en los tiempos que describimos, y prestaba firme apoyo al engrandecimiento de las monarquías á expensas del poder de los señores feudales.

La unidad de la raza humana dió, pues, por inmediato resultado la nnidad de patria entre los pueblos que hablaban una misma lengua, y este nuevo principio, fijando la inclinacion versátil y nómada del hombre en su morada, dió orígen á las artes de la paz. Si el feudalismo hubiese sabido aliarse con el progreso y la libertad en que descansa el sentimiento de la patria, se hubiera desarrollado el principio federativo entre los pequeños Estados de la nobleza, y habria luchado con ventaja y vencido tal vez á la monarquía. Mas fué ésta quien, emancipando á los siervos y fomentando las artes, el comercio y las ciencias, hirió de muerte al feudalismo, que, sin embargo, como todo cuerpo dotado de robusta constitucion, resistió tenazmente á su enemigo.

Antes de sucumbir luchó en Castilla, en Aragon, en Francia, en Alemania, en toda Europa, en fin. En Castilla y bajo el reinado de Fernando III, el valeroso don Alvar Perez de Castro y otros ciento sesenta nobles se pasaron al campo moro metiéndose en Jaen que combatia dicho rey. En Aragon, don Jaime I estuvo casi en constante desacuerdo con los grandes señores del reino y en perfecta armonía con el pueblo y la Iglesia, y en tiempo de su hijo Pedro III, llamado justamente el *Grande*, empeoraron tanto las cosas, que como en Alemania, los nobles se organizaron en verdaderas partidas de malhechores, que robaban y se entregaban á todo género de excesos, tanto, que las ciudades libres se vieron obligadas á instituir las *hermandades* para la seguridad de los caminos y defensa de los pueblos.

Los halagos de Fernando III y de su hijo don Alfonso no lograron nunca satisfacer á esta clase, ni tampoco reducirla la represion que sobre ella ejercieron Jaime I y Pedro III.

La liga de que hemos hecho mérito mas arriba, preparada por don Diego de Haro, seguida por su hijo don Lope, señor ya de Vizcaya, y reforzada por el infante don Enrique, valerosísimo mozo, hermano de don Alfonso X, halló un aliado en el jóven rey de Navarra, quien reunió sus tropas y trató de invadir las tierras de Castilla, pretendiendo tener derechos sobre Guipúzcoa, Álava, la Rioja y Briviesca. « Muchos grandes de Castilla, dice Mariana, disgustados de don Alfonso, se pasaron á Navarra y Aragon,

renunciando primero por público instrumento su nacionalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. »

Mientras que por el Norte amenazaba el de Navarra los Estados de don Alfonso, su hermano don Enrique levantó por la parte de Andalucía, en 1258, el estandarte de la rebelion. Alióse con Aben, rey de Niebla, cuyos Estados confinaban con los de Sevilla; indujo al de Granada á que rompiese el vasallaje que rendia á Castilla desde los últimos años del reinado de Fernando III; animó á dar el grito de independencia al reino de Murcia, y sublevó á Jerez, Arcos, Lebrija, San Lúcar y Sidonia, pueblos recien conquistados por don Alfonso.

Comprendiendo el rey *Sabio* cuán difícil era hacer frente á tantos enemigos, pidió una entrevista á don Jaime I de Aragon, que parecia inclinado á favorecer al de Navarra. Viéronse los dos monarcas en Soria, donde firmaron un tratado de paz y alianza que subsistió entre ellos durante su vida.

No se ocultaba á ambos soberanos la causa de los males que afligian á sus pueblos, y solo diferian en los medios de remediarlos. Don Jaime, mas expeditivo y resuelto, queria combatir á hierro y fuego á la nobleza, apoyándose exclusivamente en el pueblo y en el clero. Alfonso, benévolo, expansivo, afable, dado á las ciencias y de una clarísima inteligencia, deseaba atraerse todas las voluntades del reino, y opinaba que, despues de vencida la nobleza, debia apoyarse la monarquía sobre las tres clases; y fiel á este principio, lo desarrolló en el célebre código conocido con el nombre de las *Siete partidas.*

Puestos al fin de acuerdo los dos reyes en cuanto á que el punto capital era el de quebrantar el poder de los nobles, se concertaron en la manera de llevar á cabo su empresa.

Hizo don Jaime desistir de sus pretensiones al de Navarra; pacificó el reino de Murcia, y lo entregó generosamente á don Alfonso. Éste acometió entonces á los moros capitaneados por su hermano don Enrique, á quien obligó á embarcarse en Cádiz y huir á Túnez.

Tan contínuas derrotas desanimaron á los magnates castellanos, quienes dejando para mejor ocasion sus planes de venganza, fingieron someterse á don Alfonso, que restablecido en sus antiguos dominios, aumentólos con los del rey de Niebla, mientras el de Granada volvió á pagarle el antiguo tributo.

Pacificado el reino, dió á luz el ilustre soberano en 1263 las leyes denominadas *Partidas,* que no parecen dictadas entre los azares de las frecuentes guerras y discordias amontonadas en los once años que contaba de reinado don Alfonso, sino en el sosiego del gabinete y tranquilidad de la paz, donde el estudio, la prudencia y la sabiduría dan acierto al legislador.

Sosegados parecian estar ya los magnates; pero convertian secretamente sus pensamientos á una nueva rebelion, que apareció manifiesta en 1266. Don Nuño Gonzalez de Lara, á quien la historia pinta como varon de ingenio, grandes riquezas y muchos aliados, instigaba al rey de Granada para que de nuevo se enemistase con don Alfonso, suponiéndole en connivencia con los walíes de Guadaix y Málaga, feudatarios del granadino, que pretendian declararse independientes. Para animar al moro á secundar sus planes, ofrecióle don Nuño su apoyo, el de don Lope de Haro y el de los mas poderosos señores castellanos.

Fingiendo dar oidos el rey de Granada á estas proposiciones, trataba en secreto de aprovecharse de la division de los cristianos, lisonjeándole la esperanza de que Jacob-Aben-Yusuf, príncipe de los Beni-Merines, que acababa de triunfar de todos sus enemigos en la Mauritania, querria enviarle un ejército que le ayudase á restablecer el antiguo imperio musulman en España, á cuyo fin le mandó embajadores para concertar la expedicion.

Hallábase don Alfonso en Murcia cuando supo las nuevas de la conspiracion que estaban tramando los nobles de Castilla, y como anduvieran envueltos en este negocio algunos barones aragoneses, solicitó una nueva entrevista con don Jaime, en la que acordaron impedir que los descontentos de uno y otro reino se prestaran auxilio.

Partió don Jaime á aquietar los ánimos de la desabrida nobleza de su pais, y don Alfonso para Castilla, cuyos magnates salieron á recibirle armados de todas armas, «non como homes, dice la crónica, que van á su señor, mas como aquellos que van en busca de su enemigo.»

Don Nuño de Lara, que capitaneaba á los grandes, expuso al rey las quejas que contra él tenian. Dolíanse de que los fueros que el rey otorgaba á algunas villas redundasen en perjuicio de sus vasallos; que no llevase en su córte alcaldes de Castilla que los juzgasen; de que recibian á agravio los hijos-dalgo la alcabala que pagaban en Búrgos, y de que no podian soportar á los agentes del rey llamados *merinos, corregidores* y *pesquisidores.* Pedian, además que arrasase los pueblos que habia mandado edificar en Castilla: en una palabra, las peticiones se dirigian contra el poder real, pueblos y

ciudades realengas, y en favor de los señores. Aparte de las dichas, presentaron otras muchas demandas menos importantes, á las que don Alfonso tuvo á bien acceder.

La lucha en aquellos momentos no convenia al prudente soberano, y procuró eludirla congregando Córtes en Búrgos, en 1272, con el fin de que el rompimiento y agresion vinieran de la nobleza en el caso de no poder evitarlos.

Acudieron los nobles á las Córtes con deliberado propósito de no concertarse con el rey, el cual, no pudiendo convencerlos y conociendo cuán perdido estaba todo medio de conciliacion, les concedió lo que pidieron, seguro de que ganaria en la opinion de los vasallos fieles cuanto perdiera en la de los revoltosos. No bastaron, sin embargo, los buenos deseos de don Alfonso para satisfacer á los orgullosos magnates, que sin razon ni motivo para ello abandonaron de improviso las Córtes, yendo á reunirse con el rey de Granada, que los recibió con los brazos abiertos; mas no sin que en el camino incendiasen varios pueblos é iglesias pertenecientes á la corona, lo cual les enagenó muchas simpatías de los nobles indecisos que se pusieron de parte del rey.

Débil quedó don Alfonso con la desercion de los ricos-hombres; pero sin desmayar por eso, organizó militarmente todos los hombres útiles, y con el resto de la nobleza que se mantuvo fiel dirigióse á Sevilla, disponiéndose allí á declarar la guerra á Mohammed II, nuevo rey de Granada.

Temia el moro con sobrada razon la accion combinada de Castilla, Aragon y de los walíes de Guadix y Málaga, mientras el monarca castellano, que no ignoraba las solicitudes del de Granada llamando á España la raza guerrera de los Beni-Merines, temia tambien por su parte á Mohammed II.

En tal disposicion los adversarios, fácilmente se abrieron conferencias, y se hicieron las paces. Pasó Mohammed á Sevilla, acompañado de su córte y de la nobleza castellana disidente, para pedir á don Alfonso que se reconciliara con sus ricos-hombres y les hiciera algunas concesiones, cosas que fueron otorgadas.

Debilidad fué del rey de Castilla, segun opinion de algunos historiadores, no sacar partido de los aprestos que tenia hechos para la guerra; mas quiso aprovechar la ocasion de estos conciertos para gestionar personalmente la adquisicion de un título y gobierno de mas valía, asunto de que hasta entonces le impidieran ocuparse los disturbios de sus reinos.

Muerto en 1256 Guillermo II, emperador de Alemania, quedó vacante

el sólio, que fué ofrecido á don Alfonso, como hijo de doña Beatriz de Suabia, de cuya familia habian salido durante un siglo los emperadores alemanes.

Á pesar de que en un principio se creia segura la eleccion del castellano, los votos de los electores se dividieron luego entre Ricardo de Cornuailles, hermano de Enrique III de Inglaterra, y Alfonso de Castilla, elegido el primero en Francordia y el segundo en Aquisgran. Ambos competidores procuraron ganar á fuerza de oro á los príncipes alemanes; pero ni uno ni otro consiguieron la indispensable confirmacion del Papa.

Resistíase la Santa Sede á reconocer el derecho de don Alfonso, porque la casa de Suabia se habia mostrado siempre poco amiga de la Iglesia, y por los antecedentes que tenia del carácter del rey *Sabio* temia que continuase las tradiciones de su familia materna.

Si en el largo interregno de los Estados alemanes hubiera podido disponer Alfonso X de un regular ejército para apoyar sus derechos, habria ceñido á sus sienes la corona imperial; pero ya vimos que sus hermanos y los ricos-hombres de Castilla estuvieron siempre alborotados, y no era prudente buscar aventuras fuera del reino cuando éste no se hallaba muy seguro.

Empero, firmada ya la paz con el rey de Granada, zanjadas, á lo menos en apariencia, las diferencias con la nobleza de sus reinos, y teniendo en su hijo don Fernando (llamado el de la *Cerda* por haber nacido con un largo cabello en la espalda) completa confianza, le invistió con el título de gobernador de la corona, y partió para Belcaire, villa del Mediodía de Francia, donde tuvo una entrevista con el pontífice Gregorio X.

Este viaje fué fatal para sus pretensiones al imperio, que no consiguió, y para sus dominios de la Península.

Durante su ausencia, en 1275, Jacob-Aben-Yusuf desembarcó un numeroso ejército en Algeciras y Tarifa, y dividiéndolo en tres cuerpos, se dirigió contra Sevilla, Jaen y Córdoba. Opúsose don Nuño Gonzalez de Lara con escasas fuerzas á los invasores, y fué arrollado, muriendo él en el campo de batalla. Acudió el jóven príncipe don Fernando, hijo mayor del rey, que habia hecho un llamamiento general á la nobleza y al pueblo; mas al llegar á Villa-Real (hoy Ciudad-Real), cayó enfermo, falleciendo á los pocos dias y dejando dos hijos, á quienes designó como herederos del reino para el caso de la muerte de don Alfonso, que conocia bastante la ambicion desordenada de sus otros hijos, especialmente la del segundo de ellos, designado en la historia con el nombre de don Sancho el *Bravo*.

En cuanto llegó á noticia de éste el fallecimiento de su hermano, se apresuró á ganar á los ricos-hombres, y particularmente á don Lope de Haro, el turbulento señor de Vizcaya, con objeto de que le proclamaran heredero del trono, empezando desde luego á usar en sus despachos el título de *hijo mayor del rey, sucesor y heredero de sus reinos.*

Seguro ya del favor de la nobleza, acudió don Sancho á la defensa de la frontera con los grandes recursos de gente y pertrechos de guerra que habia reunido su hermano, sufriendo todavía las armas castellanas otro revés en el que murió el cuñado de don Alfonso, arzobispo de Toledo, que mandaba la caballería. A pesar de esto, no pudiendo alcanzar los moros una victoria decisiva, cedieron en su empeño, volviéndose Yusuf á su campo de Algeciras.

En tal estado encontró don Alfonso el reino despues de su malaventurado viaje. Muerto el hijo en que cifraba sus esperanzas, el bravo arzobispo de Toledo y el denodado Nuño de Lara; taladas sus posesiones de Andalucía é invadida la Península por un ejército africano, Alfonso X temió ver otra vez la España sujeta al yugo de los sarracenos.

Afortunadamente encontró algun consuelo el afligido rey en la prevision de Jaime I, que enviaba ya en auxilio de Castilla las huestes de Aragon, y en las acertadas disposiciones tomadas por don Sancho para reparar las derrotas de los cristianos y contener el empuje de los mahometanos.

En cuanto á Jacob-Aben-Yusuf, no considerando bastante aseguradas sus conquistas en África, y previendo que, en caso de sufrir una derrota, le seria muy difícil recibir socorros de su pais, propuso treguas á don Alfonso, que puesto al frente de los ejércitos castellano y aragonés marchaba ya contra él. Aceptó el rey las proposiciones del moro, para tener tiempo de reforzar sus huestes, y se suspendieron las hostilidades.

Ufano el infante don Sancho por el crédito de esforzado caudillo que adquiriera en aquella guerra, soñaba no ya con despojar á sus sobrinos de sus derechos al trono, sino con el cetro que pretendia arrancar de las manos de su padre.

Para alcanzar su fin aquel mal hijo estrechó mas y mas sus relaciones con los eternos enemigos de don Alfonso, y al llegar con éste á Toledo pidióle que le confirmase el título de heredero del trono, á lo que tuvo el rey la debilidad de acceder hollando los derechos que sus dos nietos tenian á la corona.

Previendo doña Violante, que conocia á fondo á su hijo don Sancho, la

poca autoridad de su marido y las tramas que se urdian, tomó bajo su amparo á los dos nietos, y en compañía de su nuera doña Beatriz, hija de San Luis, partieron con mucho sigilo á Aragon, á poner aquellos tiernos vástagos de la familia real castellana bajo el amparo de Pedro III, que gobernaba los Estados aragoneses por muerte de su padre Jaime I.

Conjeturóse que la resolucion de doña Violante no era expontánea, sino que obraba por consejo de don Fadrique, hermano del rey, y que habia intervenido en la fuga Simon Ruiz, señor de Cameros; con lo que don Sancho, ciego de ira al ver que se le habia escapado su presa y que los futuros pretendientes podian hallar en Francia favor y partidarios, salió de Toledo en persecucion de los supuestos consejeros; alcanzó á Simon Ruiz en Logroño, y le quemó vivo, dando tambien la muerte á su tio don Fadrique, á quien halló en Treviño. ¡Mancha horrible que el perverso Sancho arrojó sobre la memoria de don Alfonso, diciendo que habia obrado por órden de su padre!

El rey de Francia se disponia á defender el derecho de sus sobrinos conocidos por los *infantes de la Cerda,* y habia reunido ya un poderoso ejército para entrar en Castilla, cuando el Papa Juan XXI se interpuso, amenazándole con la excomunion si no desistia al punto de su intento.

Así impidió Roma una guerra que hubiera sido favorable á los musulmanes de España, y á los de Palestina, donde existian algunos miles de cristianos, tristes reliquias de las Cruzadas, que reclamaban prontos auxilios.

Espiradas en 1277 las treguas convenidas con Aben-Yusuf, sitió don Alfonso á los africanos en Algeciras por mar y tierra; mas la escasez de víveres que reinaba en el ejército sitiador, no solo hizo abortar la expedicion, sino que la convirtió en un verdadero desastre.

Eran cuarenta los navíos y ochenta las galeras que cercaban la plaza: hambrientas las tripulaciones y diezmadas por una enfermedad contagiosa, determinaron los capitanes que los pocos hombres que aun conservaban algunas fuerzas fueran á las poblaciones de la costa en busca de mantenimientos.

No ocultándose á Aben-Yusuf el lastimoso estado de la escuadra castellana, armó rápidamente catorce galeras en Tánger, y la acometió en ocasion en que todos los hombres útiles habian partido á la expedicion de la costa.

«Tan poca era la gente, dice una crónica, que estaba en aquellas galeas, y tan lacerados, que home de ellos non cató por se defender, nin

pudieron mover ninguna de aquellas galeas, que estaban trabadas por las áncoras, y los moros quemáronlas todas y mataron los que estaban en ellas.»

Despues de esta victoria desembarcó Yusuf algunas fuerzas africanas, que unidas á los sitiados, bastàron para derrotar á los cristianos y tomarles las tiendas y bagajes.

Este desastre fué causado por don Sancho, que, arrogándose una autoridad ilimitada, tomó el dinero reunido por los judíos, encargados generalmente de recaudarlo, y aun de adelantarlo, y en lugar de gastarlo en comprar los víveres que reclamaba con insistencia el infante don Pedro, que dirigia las operaciones del sitio, le dió el empleo conveniente á sus miras, logrando desprestigiar á su padre y hermano con la derrota, y con el dinero ganarse adherentes á su bando y traidores á don Alfonso, con el infame propósito de destronarle.

El que estaba acostumbrado á conceder treguas tuvo ahora que pedirlas. Aben-Yusuf, que admiraba en don Alfonso el talento, la instruccion y su generosidad é hidalguía en la guerra, apresuróse á concederle una suspension de hostilidades, y despues de ofrecerle su amistad y respeto en una entrevista que tuvieron, se despidió de él, volviendo á África con la mayor parte de su ejército.

Despues de la marcha de Yusuf los moros de Granada continuaron la guerra sin ningun resultado durante dos ó tres años.

Hácia 1280 ajustó don Alfonso un tratado con don Pedro III de Aragon, por el cual se comprometió á auxiliar á este soberano contra la invasion que meditaba el rey de Francia en los Estados aragoneses. Á pesar de esto, para satisfacer al francés dió Alfonso X el reino de Jaen al primogénito de los infantes de la Cerda.

Para legalizar esta cesion y tratar de otros asuntos encaminados á dar unidad á sus dominios, reunió don Alfonso Córtes en Sevilla en 1281. Los nobles, que detestaban cada dia mas la unidad que les arrebataba sus derechos y franquicias, aprovecharon aquella coyuntura para provocar un rompimiento entre don Sàncho y su padre con motivo de la cesion del reino de Jaen, que don Alfonso daba á su nieto tanto por el amor que le tenia como para desagraviar al rey de Francia.

Excitado por sus partidarios, se mostró don Sancho irreverente y duro al calificar aquel acto político del autor de sus dias, asegurando, por último, que se opondria con todas sus fuerzas á la desmembracion del reino de

Castilla. Habiéndole amenazado don Alfonso con desheredarle, la réplica del desalmado infante fué en extremo insolente y amenazadora.

«¡Tiempo venrá, le dijo, que esta palabra la non quisiérades haber dicho.»

Hasta entonces habia adoptado don Sancho por sistema el atribuir todos los atentados contra las personas y bienes de los vasallos y nobles adictos á la monarquía á los mandatos de su padre, á quien pintaba como un hombre ingrato y de condicion mudable y feroz; mas contando ya con fuerzas bastantes para derribarle del trono, se presentó en abierta rebelion.

Los ricos-hombres é infanzones habian triunfado: el campeon de la monarquía y de las ciudades y villas libres, el fundador de nuevos pueblos, como Villa-Real, el que aspiraba á medir con el comun rasero de una sabia legislacion á la nobleza y el pueblo, tenia enfrente de sí, en su hijo, un antagonista incapaz de ceder.

Duraban todavía las sesiones de las Córtes de Sevilla, cuando don Sancho las abandonó, y fué á Valladolid á convocar otras, á las que solo llamó á leoneses y castellanos, y á las que, además de la nobleza, asistieron los procuradores de muchas ciudades, los hijos de don Alfonso, y su esposa doña Violante, ignórase si forzada ó voluntariamente. ¡Tanto efecto habian producido las calumnias del hijo contra el padre!

Estas Córtes se reunieron en 1282. Todos los concurrentes á ellas declararon haber sufrido muchos desafueros, agravios é injusticias de don Alfonso, y se obligaron á obedecer, respetar y guardar al infante don Sancho y sus sucesores. Por su parte, don Sancho, se obligó á guardarles religiosamente sus fueros y privilegios. Hubo algunos diputados que quisieron que tomase desde luego el título de rey; pero el infante, quizás por un resto de pudor, se negó á ello, aceptando el dictado de *gobernador de los reinos.*

Don Sancho, mal seguro en su gobierno, quiso atraerse á todos con mercedes. Repartió entre los infantes, ricos-hombres y caballeros las mas de las rentas de la corona, las llamadas juderías y morerías, los diezmos y almojarifazgos, y cuanto quisieron los que le habian elevado, resucitando al efecto leyes godas que de contínuo invocaba en defensa de sus pretensiones y en menoscabo de los derechos á la corona de sus sobrinos los infantes de la Cerda.

En tanto, desamparado de todos el legítimo rey de Castilla, se hallaba en Sevilla sin familia, casi sin ejército, con su consejo y muy pocos amigos;

pero entre ellos estaban algunos ricos-hombres de la casa de Lara y don Diego Fernan Perez Ponce, uno de los mas ilustres caballeros del reino, cuya adhesion á la persona de don Alfonso no tenia límites.

¡Qué bien pintada está por el mismo don Alfonso su triste situacion y desaliento en la siguiente dedicatoria de sus *Querellas* al citado su amigo!

«A tí, Diego Perez Sarmiento leal,
Cormano y amigo y firme vasallo,
Lo que á mios homes de vista les callo
Entiendo decir planiendo mi mal.
A tí, que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma y allende,
Mi péndola buela; escúchala dende,
Ça grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yaz solo el rey de Castilla,
Emperador de Alemaña que foe,
Aquel que los reyes besaban el pie,
É reinas pedian limosna é mancilla;
El que de hüeste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo, é tres doble peones;
El que acatado en lejanas naciones,
Foé por sus *Tablas* é por su cochilla!»

Lafuente dice, que segun la historia antigua de Perez de Guzman y la crónica de Pedro Barrantes Maldonado, el rey de Castilla envió su corona al citado Guzman, [1] que se hallaba entonces al servicio de Jacob-Aben-Yusuf, con una carta que reproduce Mondéjar, en la cual se leen los siguientes párrafos:

« Primo don Alfonso Perez de Guzman: la mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar se verá de lueñe; é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mia desdicha y afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios perlados, los cuales en lugar de meter paz, no á escuso, ni á encubiertas, sino claro, metieron assaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador, nin valedor, y pues que en la mia tierra me fallece quien me avia de servir y ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí; pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, no será por ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos, enemigos por la lei, mas non por ende en la voluntad, que es el buen

[1] El que fué despues apellidado el *Bueno*.

Rei Aben-Iusaf, que yo lo amo é precio mucho, porque él non me despreciará, ni fallecerá, ça es mi atreguado é mi apazguado: yo sé quanto sodes suyo é quanto vos ama.

«Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo hé, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien toviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar, non me la estorvéredes, como yo cuido que non ferades; antes tengo que toda la buena amistanza que del señor á mí viniese, será por vuestra mano, y la de Dios sea con vusco.»

«Fecha en la mi sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas.—El Rei.»

El príncipe africano, mas generoso que los reyes de Aragon, Francia y Portugal, á quienes tambien se dirigió el desgraciado soberano, le remitió un socorro consistente en sesenta mil doblas de oro, ofreciéndole además un ejército que aceptó don Alfonso.

Reunidos el exíguo ejército leal y el del rey de los Beni-Merines, atacaron á Córdoba, donde mandaba por don Sancho el caballero Ferrando Martinez.

Algunos capitanes de las huestes leales, viendo asomado al adarve al gobernador de la plaza:

—Ferrando Martinez, le dijeron: ¿conoscedes este pendon?

—Sí conozco, respondió el caballero: es el de vuestro señor el rey don Alfonso.

—Pues él nos envia á decirvos que le dedes á Córdoba; que bien sabeis que él armóvos caballero, é vos la dió.

—Decid al rey don Alfonso, replicó Martinez, que otro señor tenemos por acá.

—¿Quién es? le preguntaron.

—Don Sancho, que agora es nuestro rey.

No pudiendo entrar á viva fuerza en la ciudad, retiróse á Écija el ejército sitiador.

Poco tiempo despues pasó por delante de Córdoba el leal Diego Perez Ponce, á la cabeza de la caballería de don Alfonso, que aun contaba con unos mil caballos.

Al ver al enemigo salieron en tropel la guarnicion y gran parte de los vecinos, provistos de sacos para meter el botin y de cuerdas para atar á los prisioneros. Pero acometiendo á aquella revuelta muchedumbre los orde-

nados escuadrones de Ponce, hicieron en ella tal matanza, que á tener alguna infantería que les ayudara quedaba Córdoba en su poder.

Entre los muertos en aquella jornada se contó á Ferrando Martinez, cuya cabeza fué presentada al rey.

Don Sancho, que estaba ausente de Córdoba, ciego de ira al tener conocimiento de tan grave derrota, exclamó:

« ¿ Y quién les mandó á ellos salir contra el pendon de mi padre? Que bien sabian ellos que non salgo yo á él; nin vo contra él: que yo non quiero lidiar con mi padre, mas quiero tomar el reino, que es mio; é porque lo él quiere dar á los franceses, por esso lo quiero yo tomar. »

¡ Y el que mandó quemar al señor de Cameros, ahogar á su tio don Fadrique, y hacia cuanto estaba en su mano para matar á sus sobrinos, protegidos por el rey de Francia, no se resolvia á combatir de frente á su destronado padre !...

Llegaron á noticia de don Alfonso las palabras que arrancara el remordimiento á la conciencia de su hijo, y el buen rey exclamó con los ojos anegados en lágrimas :

« ¡ Sancho ! ¡ Sancho ! ¡ Mejor te lo fagan tus fijos que tú contra mí lo has fecho, que muy caro me cuesta el amor que te ove ! »

El rey de los Beni-Merines, no se sabe porqué motivo, abandonó la causa de don Alfonso, y reembarcó sus tropas para África, dejando á sueldo del castellano mil caballeros zenetes, como en señal de que no se iba ofendido.

La causa del rey legítimo habia mejorado desde la derrota de las huestes de don Sancho en Córdoba. Hiciéronse públicas las malas artes de aquel mal hijo para desprestigiar á su padre; llegó á conocimiento de todos que él ocasionó el gran desastre del cerco de Algeciras; que la persecucion y muerte de los mejores amigos de don Alfonso eran obra suya, y viendo la inocencia del desgraciado y ya viejo rey de Castilla, la opinion se declaró en su favor, y su esposa é hijos, inclusa doña Beatriz, reina de Portugal, rodearon de nuevo al ilustre monarca. Adhiriéronse á su causa muchos ricos-hombres, y cual si la desgracia se hubiera ya cansado de perseguirle, el infante don Juan alcanzó una señalada victoria contra don Sancho reconquistando la ciudad de Mérida.

Tambien el usurpador, viendo cuánto menguaba su partido, intentó reconciliarse con su padre, y aun llegó á pedirle una entrevista, que impidieron se verificase los nobles que se habian comprometido por su causa y que temian con sobrada razon la venganza del ofendido don Alfonso.

Pero ninguna de estas satisfacciones podia ya aprovechar al desdichado rey, que acabado por sus amarguras enfermó gravemente, falleciendo en Sevilla en Abril de 1284, á los sesenta y dos años de edad, en brazos de su esposa doña Violante y rodeado de todos sus hijos excepto del rebelde don Sancho.

De su única esposa doña Violante tuvo Alfonso diez hijos, que fueron: don Fernando, llamado de la *Cerda*, que murió mucho antes que su padre como dejamos dicho; don Sancho, que le destronó y ciñó la corona; don Pedro, don Juan y don Jaime, y doña Berenguela, doña Beatriz, doña Violante, doña Isabel y doña Leonor. Fuera de matrimonio tuvo á don Alfonso, apellidado el *Niño*, de una señora acerca de cuyo nombre no concuerdan las crónicas. De doña Mayor Guillen de Guzman tuvo á otra doña Beatriz, que casó con Alfonso III de Portugal, y señaló además en su testamento como hijos suyos á doña Urraca y á un don Martin, á quienes legó diversas posesiones, sin nombrar á su madre, aunque puede creerse que lo fuese tambien doña Mayor Guillen.

Dada una idea de la vida y hechos mas remarcables del ilustre monarca, vamos para acabar su biografía á retratarle como legislador.

Tres fueron los códigos que publicó don Alfonso X, á saber: el *Speculo, ó Espejo de todos los derechos,* el *Fuero Real* y las *Siete Partidas.* Estas leyes pugnaban con los intereses locales y con los de casta; armonizaban los fueros de las ciudades, y debian mantener á raya á los soberbios nobles castellanos.

Para imponerse á tantos intereses, arrancar á las juridicciones señoriales lo que debia ser de derecho comun en beneficio de la seguridad individual, de la propiedad, del comercio y de la industria; para dar unidad á la nacion y levantar el derecho tan alto que no lo alcanzasen los ataques de la aristocracia feudal que se creia igual á los reyes, era indispensable que la monarquía se apoyase en un poder mas alto y en aquellos tiempos muy temido: el poder de la Iglesia. Con este objeto, en las *Siete Partidas* del rey *Sabio* se la confieren derechos y prerogativas que son propios de la nacion y del monarca; y sin embargo, ni aun con el robusto apoyo de la Iglesia pudo triunfar don Alfonso de los fueros señoriales y municipales, siendo, por el contrario, vencido por los ricos-hombres y por los municipios.

Empero esta derrota no oscurece su gloria, puesto que presintió desde las tinieblas de la Edad media la antorcha de la Edad moderna. El *Speculo de los derechos* y el *Fuero Real,* encaminaron los pueblos que regia hácia un

estado mas adelantado que el de su tiempo, y al fin, sesenta años despues de su muerte, las *Partidas* fueron puestas en vigor por el undécimo Alfonso.

Leyes ya del Estado, crearon el absolutismo de los reyes, es cierto; pero mataron una institucion peor, el feudalismo; y como el estado social de España impidiese pasar de éste al federalismo de los pueblos y ciudades, caso muy raro en la historia de las naciones, fué un gran progreso aniquilar las bárbaras leyes y costumbres de los godos, que arrancaban ojos, cortaban lenguas, mutilaban cuerpos vivos y tenian sujetos sus siervos al absolutismo del capricho del señor. Si las *Partidas* consagran el poder absoluto de los reyes, en cambio enseñan á los pueblos á aborrecer la tiranía, como puede verse por los siguientes párrafos en que señala el rey Sabio las arterías de que en su tiempo, y aun en los que alcanzamos, se valen los poderosos de la tierra para esclavizar á sus semejantes:

« La primera es que puñan que los de su señorío sean siempre nescios et medrosos, porque cuando atales fuesen, non osarien levantarse contra ellos, nin contrarestar sus voluntades. La segunda, que hayan desamor entre sí, de guisa que non se fien unos dotros, ça mientra en tal desacuerdo vivieren, non osarán facer ninguna fabla contra él. La tercera razon es, que puñan de los facer pobres, et sobre todo siempre puñaron los tiranos de astragar los poderosos, et de matar á los sabidores, et vedaron siempre en sus tierras cofradías et ayuntamientos de los homes. »

Y luego añade:

« Otro si: decimos, que magüer alguno oviese ganado señorío de regno por alguna de las derechas razones que deximos en las leyes antes desta, que si él usare mal de su poderío en las maneras que deximos en esta ley, quel puedan decir las gentes *tirano*. » [1]

La institucion monárquica creada por las *Partidas* no pudo encontrar vida sino apoyándose en la clase media, cuyo poder, siempre creciente, acabará por anular el monarquismo para llegar á la democracia.

Naturalmente generoso, don Alfonso fué espléndido en regalar á los nobles, cuyas prerogativas cercenaba en sus códigos. Queriendo atraérselos por medio de dádivas, al mismo tiempo que sus leyes los repelian, ha dado lugar á que se emitiesen juicios poco favorables á su consecuencia.

« El sobrenombre de *Sabio*, dice Mariana, que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó por la flojedad

[1] *Partida* II, tít. 1.°, Ley 10.

de su ingenio, parece que le amancilló; pues en el crédito que tenia de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse.»

No, en efecto. ¿Y cuándo los reformadores han mirado por sí? ¿Y cuándo, por el contrario, no han sido pródigos de su fortuna y aun de su vida?

Jamás un reformador ha sido comprendido por los hombres *prácticos,* rutinarios, ni juzgado con justicia, sino entregado á los castigos que sus tiempos le infligen. Mas nosotros, sin dejar de reconocer la utilidad (en ocasiones dadas) de los hombres *prácticos* de todos los tiempos, debemos decir, que siempre fueron rémora del progreso, cuando debieron limitarse á ser sus reguladores. Los verdaderos *prácticos* de la época de don Alfonso fueron el doctor Jacome Ruiz, llamado *el de las leyes,* el maestro Fernando Martinez, arcediano de Zamora y obispo electo de Oviedo y el maestro Roldan, autor de la obra legal que apareció en tiempo de don Alfonso con el título de *Ordenamiento de la Tafurería,* ó leyes sobre el juego. Estos tres (y quizás otros) se supone que coloboraron en las *Partidas,* é impidieron tal vez que falsease alguna utopia una obra considerada como el monumento mas sabio de la Edad media y puente por donde traspuso aquella sociedad el abismo que la separaba de la Edad moderna.

Escribíanse entonces todos los libros y documentos públicos en latin, y el ilustre innovador rompió con esa costumbre cuando no tenia aun veinte años, traduciendo en romance el *Fuero juzgo* y dándolo por código al reino de Murcia. Vertió al castellano la *Biblia;* escribió la *Gran conquista de Ultramar,* que es la narracion de las guerras de las Cruzadas; la *Crónica general de España,* que hemos citado algunas veces; compuso *Las Querellas,* de las que solo se conocen las estrofas que insertamos en una de las anteriores páginas, y las *Cántigas* en loor de la Vírgen, en dialecto gallego. Se le atribuye el libro *Del Tesoro,* que contiene la química de aquel tiempo y trata de la trasmutacion de los metales, objeto ridículo en los tiempos inmediatos á nosotros, pero que en el último cuarto de este siglo ya no lo parece tanto.

Así como habia dado ejemplo escribiendo en castellano las obras que acabamos de citar, sin que olvidemos sus famosas *Tablas astronómicas,* mandó que todos los contratos, testamentos, actos, donaciones, etc., se escribiesen tambien en romance. La lengua entonces, ha dicho alguno, era tosca, grosera, pobre y servia de impedimento á los vuelos de la imaginacion. Sin embargo, en la *Crónica general de España* enseñó, dice Modesto Lafuente, de cuánta elegancia y armonía, de cuánta riqueza, hermosura y

majestad era ya susceptible el habla castellana. Alfonso abrió la senda y desembarazó el camino á los que vinieron despues de él, y ya poco tuvieron que hacer en los tiempos futuros los Solís, los Mendoza, los Moncada, los Rioja, los Granada, los Sigüenza y los Cervantes para hacer el idioma castellano uno de los mas ricos, sonoros, correctos y elegantes del universo.

Legislador, astrónomo, filósofo, historiador y poeta, Alfonso X, además de reformar la lengua y las costumbres, impulsó poderosamente á sus pueblos hácia una edad mas venturosa; aumentó los Estados que recibiera de su padre; fué víctima de la ingratitud de un hijo suyo y de sus vasallos, y no es todavía debidamente apreciado ni fuera de España, ni aun por sus compatriotas.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE DON ALFONSO X EL SABIO.

GUILLERMO TELL.

(DE 1307 Á 1386 DESPUES DE J. C.)

Corta es la noticia que se tiene de Guillermo Tell, y tal vez, si no simbolizara el espíritu de emancipacion de un pueblo enérgico y valiente como el Suizo, no recordara la historia la vida de un hombre, que, como víctima, tiene muchísimos compañeros en aquella desastrosa época, y como héroe, un émulo en cada uno de sus compatriotas. Mas de lo poco que de él consignan las crónicas se deduce que Tell fué uno de esos tipos que en las circunstancias ordinarias de la vida no exhiben sus superiores cualidades, quizás por ignorar su propio mérito, ó mejor dicho, por ser la modestia una de las virtudes que los caracterizan.

De cualquier modo, lo que parece cierto es que Guillermo Tell, antes del acontecimiento que tanta fama le dió, la tenia de tan buen arquero, que allí donde fijaba la vista plantaba una saeta si el aire estaba en calma, y que aun á pesar del viento, atravesaba al ciervo en su rápida carrera y al águila en su raudo vuelo.

Era entonces muy estimado el arquero en las guerras del centro de Europa, cuyos príncipes no conocian la pólvora, de que habian ya hecho uso los moros de España, resultando de aquí, que siendo la flecha entre todas las armas arrojadizas la que producia mas mortífero efecto, gozasen de cierta importancia los buenos ballesteros. Así, era muy considerado Guillermo entre los habitantes del burgo de Altorf, y aun entre los de Uri y demas cantones suizos, y por su habilidad de flechero le mencionó la historia, y por ella empezó la de la regeneracion de la Suiza.

Mas, ¿cómo pudieron los exíguos restos de la antigua Helvecia resistir el poder de los formidables Hapsbourg, trasformados en emperadores de Alemania? ¿Cómo los cantones de Schwitz, Uri y Underwald, que hoy dia no cuentan juntos noventa mil habitantes, y que entonces apenas podian reunir tres mil hombres útiles para la guerra, cómo, repetimos, resistieron la pujanza de todos los señores sus vecinos, acaudillados por el famoso Leopoldo de Austria?

¡Oh, santo amor de la libertad: cuántos prodigios engendras, y cuán grande fué la ceguera de los príncipes alemanes al destruirse mútuamente y disputarse una supremacía cuyas ventajas iban recogiendo las ciudades y pueblos libres!

Andaban entonces los señores feudales por demas desabridos y turbulentos, como ya hemos tenido ocasion de probarlo en las biografías de *San Luis* y de don *Alfonso el Sabio*, resistiendo en España la unidad de legislacion y rechazando en Alemania la unidad de patria que reclamaban de consuno la afinidad de lengua, costumbres é intereses de los pueblos.

Además del natural influjo de estas tres leyes primordiales de las naciones, sentíanse los alemanes atraidos hácia un estado civil independiente de los señores, á favor del cual crecia la poblacion de las villas y ciudades imperiales.

El imperio de Alemania, de que formaba parte la Suiza, estaba entonces dividido en una multitud de Estados, de los cuales ciento y seis eran eclesiásticos, treinta condales con el título de principados, y sesenta ciudades que no reconocian otro señor que el jefe del imperio.

Confederadas estas ciudades con un objeto puramente comercial desde los albores de la Edad media, como eran el depósito de las mercancías que del Ásia pasaban á Europa, allegaron bastantes riquezas para comprar primero su independencia, adquiriendo despues prestigio y fuerza suficiente para formar entre sí una confederacion que se llamó *Liga Anseática*, [1] logrando al fin ponerse, á favor de muros y castillos, en estado de defensa, y ejercitar á sus habitantes en el manejo de las armas, para utilidad propia y auxilio de sus aliados.

La poblacion de estas ciudades aumentaba no solo por el bienestar que proporcionan las riquezas, sino porque en ellas encontraban asilo los siervos

[1] *Hansa*, quiere decir *impuesto de aduana*.

que huian de sus señores y los nobles y caballeros vecinos que querian sustraerse á la dependencia de los príncipes.

Á la par del comercio, se desarrollaba la industria, las instituciones municipales, las artes y las ciencias en aquellos centros mercantiles, donde rebosaba la vida, y se formaban, educaban y crecian la clase media y la artesana.

Las asociaciones de obreros y los gremios de oficios y cofradías intervenian en el gobierno de las ciudades imperiales. La disposicion interior de sus calles y plazas tenia por objeto la defensa, como igualmente la organizacion de los gremios, dotados de capitanes y banderas. Todo ciudadano estaba allí armado y equipado; dependia de una compañía, y debia estar dispuesto á todas horas á salir á campaña.

La importancia que para la guerra tenian las ciudades impulsó á los emperadores á fomentar su desarrollo, mirando en ellas el natural contrapeso del gran poder de los señores; y por su parte las ciudades libres, enemigas naturales de éstos, buscaban la proteccion del jefe supremo, cuyo despotismo no temian escudadas en sus instituciones municipales.

Mientras en las ciudades prevalecia el espíritu de federacion para la comun defensa, cada príncipe, seglar ó eclesiástico, y aun cada señor, tenia pretensiones sobre los dominios de sus vecinos, y de aquí que el estado normal de la Alemania fuera la guerra.

La autoridad del emperador no era bastante para mantener unidos los dislocados miembros de aquel deforme cuerpo llamado imperio: faltábale la calidad hereditaria, elemento de tradicion y de prestigio, y por lo tanto de fuerza, que, trasmitido de una á otra generacion, constituye en las civilizaciones semi-bárbaras un derecho que se impone de por sí y se robustece por la adherencia de los que necesitan proteccion y pueden á su vez dispensarla.

Cuando la eleccion de emperador recaia en un extranjero, todos desconfiaban de él, y cuando era nombrado un príncipe aleman, carecia de prestigio; tenia en cada uno de sus iguales un enemigo, y su primera diligencia debia generalmente consistir en emplear la fuerza de las armas para someter á los señores rebeldes á su autoridad.

Del poco vigor de las monarquías de aquel tiempo nació la institucion de la *caballería;* y de la falta de legislacion y tribunales en el imperio aleman la de los *Jueces francos.*

La órden de la caballería, que en Alemania intervino dos veces en las

guerras de Austria contra Suiza, arranca del tiempo de las Cruzadas, en el siglo XII: en ella entraba el púber noble como paje de un caballero; servia luego al mismo en calidad de escudero, y mas tarde era recibido como miembro de la órden, jurando decir siempre verdad, defender la justicia, la religion, á la viuda y al huérfano y perseguir á los incrédulos. Por lo demas, gozó de gran crédito en Europa, dando buen empleo á las fuerzas corporales y á la destreza en el manejo de las armas, y suplió en alguna manera á una fuerza pública que entonces hacia suma falta para amparo del débil contra el fuerte; mas siendo aun insuficiente para llenar cumplidamente su mision, nació á su sombra el tribunal de los *Jueces francos.*

Las formas judiciales de Alemania habian conservado el principio de que cada uno debia ser juzgado por sus iguales, y fieles á este principio los suizos, no pudieron soportar la inmixtion de los agentes imperiales en sus negocios municipales, siendo este uno de los principales motivos que les movió á emanciparse de la autoridad imperial.

Los antiguos helvecios, generalmente pastores, de costumbres sencillas, necesitaban menos que ningun otro pueblo leyes escritas ni jurisconsultos, por lo que aplaudieron la institucion de los *Jueces francos*, cuyo tribunal superior residia en Wetsfalia (Tierra Roja), y estaba compuesto de individuos de la alta nobleza y de antiguos propietarios que no habian aceptado feudo ni reconocido mas vasallaje que el del emperador, por cuya razon se llamaron ministros libres, ó *Jueces francos.* Estos tribunales adquirieron gran prestigio, tanto porque sus fallos correspondian á las ideas de justicia de la época, cuanto porque llegaron á formar una asociacion en que podia entrar todo aleman libre y no manchado por ninguna accion deshonrosa, con tal que tuviera por fiadores á dos jueces.

El que habiendo sido citado se negaba á comparecer ante uno de estos tribunales, era infaliblemente condenado á muerte, cuya sentencia estaban obligados á dejar cumplida todos los jueces, por lo que no servia de nada al reo apelar á la fuga, ni escudarse con su categoría, puesto que aunque se cobijase bajo el dosel de un trono llegaba á herirle el puñal de un juez franco. Muchos príncipes, condes, caballeros y ricos propietarios calificados de culpables fueron muertos por órden de estos tribunales, que si bien degeneraron con el tiempo, entregándose sus miembros á pasiones viles y á odiosas venganzas, subsistieron sin embargo hasta el siglo XVIII, y en Munster hasta el año 1811.

Dada esta ligera idea de la situacion política de la Alemania en tiempo

de Guillermo Tell, fácilmente se comprenderá que tal confusion de Estados y la falta de trabazon y de leyes en tan vasto imperio, no podian luchar contra la coherencia de toda asociacion de intereses de carácter permanente, como lo demuestra la existencia de las ciudades libres y la regeneracion de la misma Suiza.

Mas tal estado de anarquía subió de punto en el interregno de 1256 á 1273, en que por muerte del emperador Guillermo II, y por no haber tomado posesion del imperio don Alfonso el *Sabio*, faltándole á Alemania un lazo de union entre tantos Estados, se desencadenaron todas las ambiciones de los príncipes, condes, caballeros y ciudades, los cuales estuvieron en contínuas guerras, hasta que el conde Rodolfo, suizo procedente de Zurich, fué nombrado emperador. Este monarca refrenó el desórden arrasando los castillos, que eran verdaderas cuevas de ladrones, ahorcando diferentes príncipes y señores y levantando fortalezas en comarcas inermes.

Tanto incremento habia tomado allí la pasion del robo, que uno de los condes de Wurtemberg llamado Everardo, ostentaba en su escudo el siguiente mote:

¡ Gloria á Dios y guerra á todo el mundo !

Y desde Stuttgard lanzaba sus huestes por los paises vecinos, robando á los pueblos y exterminando á los que osaban resistirle.

El emperador Rodolfo empleó los diez y nueve años de su reinado en recorrer armado sus Estados, sin lograr extirpar del todo la hidra de las turbulencias, que tomó creces por la avaricia, dureza y poca prudencia de su hijo Alberto de Austria, nombrado emperador en 1298.

Por su dignidad de emperador tenia Alberto intendentes ó gobernadores en Suiza, y especialmente en las ciudades y imperiales de Berna, Zurich, Friburgo, Soleura, Schwitz, Uri y Underwald. Los intendentes del imperio cobraban los derechos de aduanas y otros impuestos poco gravosos.

Deseoso el imprudente príncipe de aumentar el poder particular de su propia casa en menoscabo del imperio, propuso á dichas ciudades que renunciasen á ser imperiales, poniéndose bajo la proteccion de Austria, esto es, que fuesen austriacas en lugar de alemanas. Mas los suizos rechazaron tales proposiciones, que á haber sido aceptadas les habrian llevado á perder sus franquicias y libertades.

Resentido Alberto de la negativa, juró tratarlos como siervos, y los entregó á la codicia de dos intendentes, llamado uno Herman Gessler de

Brunech, orgulloso gentil-hombre que levantó en Uri un castillo para obligar al pueblo á la obediencia, y otro nombrado Beringer de Landenberg, que moraba en el castillo de Sarmen en Underwald.

Gessler y Beringer tenian á sus órdenes gran número de sub-intendentes, que, tanto por dar gusto al emperador, como para satisfacer su codicia é innobles pasiones, atropellaban á los que siempre habian vivido como ciudadanos, y á quienes miraban ellos como siervos, sin respeto alguno á su dignidad, ni al honor y pudor de sus hijas y mujeres; por lo que el descontento se hizo tan general, que por todas partes se notaron síntomas de una próxima sublevacion contra los agentes de Alberto.

La historia recuerda algunos casos de los atropellos diarios que sufrian los suizos de parte de los intendentes imperiales, y cuenta que cierto dia que Gessler recorria con numerosa escolta el canton de Schwitz, reparó que estaba construyéndose una casa con ciertas apariencias de buen gusto que le mortificaron sobre manera, por creer que el lujo no debia ser manjar para bocas en que queria poner mordazas, ni para gentes á quienes pretendia sujetar con la cadena de la esclavitud, y no pudiendo ocultar su desazon, dijo á su escudero con el acento de la mas ruin envidia :

— ¿No es una afrenta para los bien nacidos ver que unos miserables siervos levanten moradas como ésta, cuando debiera bastarles una choza para resguardarse de la intemperie con sus mujeres é hijos?

— Dejádsela concluir, contestó el escudero, que despues pondremos sobre su puerta las armas del emperador, y sabrá entonces el propietario para quién la ha construido.

— Tienes razon, repuso Gessler; por este medio pasará á ser mia.

Y siguió su camino.

La casa en construccion pertenecia á Werner Stauffacher, de Schwitz, y como su mujer hubiese oido la conversacion de los agentes del emperador, mandó cesar el trabajo y despedir á los obreros.

Werner llegó á su casa por la noche, y habiendo pedido de cenar, sirvióle pan y agua su mujer, negándose luego á acostarse con él.

Como preguntara Werner á su esposa la causa de tales novedades, contestóle en los siguientes términos:

— Los siervos no deben construir casas para sí, sino habitar en chozas; no deben comer venado ni beber vino, sino pan y agua, ni deben procrear hijos, ya que han de ser siervos como sus padres. ¡Hasta cuándo deberemos sufrir tanta tiranía?

Averiguada la causa de la indignacion de su esposa, Werner cogió en espada, dirigióse al lago de los Cuatro-Cantones, que atravesó en una barca de pescador, y antes que amaneciera fué á llamar á la puerta de su suegro Walter Furst, que vivia en la villa de Attinghaussen.

Ofreció Furst al recien llegado un pedazo de carne asada y un vaso de vino, sin preguntarle la causa de su visita. Pero rechazando Werner lo que le presentaban, dijo:

— Tengo hecho voto de no probar carne ni beber vino hasta haber roto las cadenas de la servidumbre que nos oprimen.

— Bien dices, hijo mio, contestó Furst: hora es ya de que los hombres de buena voluntad sacrifiquemos la vida para reconquistar nuestra independencia.

Entre las víctimas de los dos gobernadores se contaba el esforzado Melchthal, jóven labrador de Underwald, que erraba por los bosques perseguido por Landenberg, á consecuencia de haber roto de un palo el brazo á uno de sus agentes en el acto de robarle una yunta de bueyes. Á pesar de todo, quedóse con los bueyes Landenberg, y juró quemar vivo al valiente campesino; mas no habiendo podido cogerle, mandó sacar los ojos al anciano padre de Melchthal.

Ansioso de venganza el fugitivo, no bien tenia noticia de un nuevo atentado de los gobernadores, acudia á casa de la víctima, y tomando pié de su desgracia excitaba á todos á la rebelion, que aseguraba podia contar con el triunfo si el movimiento era general.

Con este hombre fueron á reunirse Werner y Furst, y concertaron entre los tres que cada uno escogeria diez buenos amigos de los mas influyentes de su respectivo canton, y los llevaria á Grutli para resolver lo mas conveniente al mejor éxito de su arriesgado intento.

Es Grutli un promontorio cubierto de árboles y rodeado por todas partes por las aguas del lago de los Cuatro-Cantones, ó de Lucerna, que comunica por un estrecho paso con las montañas. Colocado en este punto un centinela, Grutli ofrecia las prudentes seguridades que reclama una conspiracion.

Durante la noche del 17 de Noviembre de 1307, los treinta y tres conjurados acudieron á Grutli por los senderos que bajan de las montañas, ó en sus barcas por el lago, y despues que estuvieron de acuerdo, Furst les dictó el siguiente juramento:

« Juramos en presencia de Dios, ante quien los reyes y los pueblos son iguales, vivir y morir por nuestros hermanos; levantarnos todos á un

tiempo; no sufrir mas injusticias y no cometerlas; respetar las propiedades del conde de Hapsbourg, y acabar con su tiranía.»

Repetidas las palabras de Furst por aquellos enérgicos varones, fijóse el dia primero de Enero de 1308 para lanzar el grito de independencia.

Mientras llegaba aquel dia memorable, un nuevo atentado vino á poner á prueba la paciencia de los honrados helvecios.

Existia un señor protegido por los intendentes que codiciaba la mujer de uno de sus siervos. Entró en casa de aquel hombre en ocasion en que se hallaba ausente, y mandó á la jóven esposa que le preparase un baño. Atemorizada la mujer, obedeció, y luego insinuóle el señor sus deseos. La casta esposa resistió á aquel malvado; desprendióse como pudo de sus brazos, y corrió al bosque vecino á contar á su marido el ultraje recibido. Ciego de indignacion, cogió aquél hombre el hacha conque trabajaba, y hallando todavía en su propia casa al forzador, le partió la cabeza, huyendo luego con su mujer á ocultarse en los bosques.

Este acontecimiento y otros del mismo género que tuvieron lugar hácia la época de que vamos hablando, no llenaron todavía el vaso de hiel que apuraban los suizos; mas los conjurados de Grutli aprovecharon hábilmente el descontento que produjeran para atraer á sus miras á muchos padres y esposos ultrajados.

Además de lo dicho, Gessler impuso al pueblo de Altorf una nueva humillacion, buscando sin duda pretexto para exasperar los ánimos, lanzarlos á la rebelion y saborear el salvaje placer de acuchillar á la indefensa muchedumbre. Con tal propósito hizo plantar en la plaza de Altorf una lanza, en cuya punta puso su gorro adornado con el escudo de Austria, ordenando que todo el que pasara por allí debia saludar aquel símbolo de la autoridad imperial.

La respetable guardia de arqueros que rodeaba el gorro del intendente debia apoderarse del que desobedeciera su mandato.

No atreviéndose el pueblo á resistir, doblegóse á este ridículo acto de tiranía.

Pero hubo un hombre bastante osado para protestar con su conducta del insulto que se inferia á sus conciudadanos.

Era aquel un afamado cazador, que con la misma serenidad que esperaba al lobo y al oso y los vencia, dominaba con su esquife los vientos tempestuosos del lago de Lucerna: llamábase Guillermo Tell; era de aventajada estatura, hermoso rostro y marcial aspecto; habia nacido en Burglen, y tenia por suegro, como Werner, á Walter Furst.

Dando la mano á uno de sus hijos, llamado Walter como su abuelo, acertó á pasar Tell por la plaza de Altorf, y no habiéndose descubierto al llegar junto al gorro, fué detenido al punto.

Asustado el niño al ver preso á su padre, echó á correr pidiendo socorro, acudiendo á sus voces algunos vecinos, y promoviéndose gran tumulto.

Gessler supo con gusto lo que pasaba, y creyendo llegado el momento de realizar sus planes, presentóse en la plaza seguido de su guardia. Pero irritado al ver que se habia equivocado, pues no halló allí mas que al cura del pueblo y algunos niños y mujeres con muy pocos hombres, no quiso retirarse sin descargar sobre alguno el peso de su cólera, por lo que dirigiéndose al preso, díjole con siniestra sonrisa:

— Me han informado de que eres tan buen arquero, que no yerras nunca el blanco.

Engañado el pequeño Walter por el elogio que dirigia el gobernador á su querido padre, respondió con esa confiada ingenuidad propia de la infancia:

— Verdad es, monseñor: mi padre atraviesa una manzana á cien pasos de distancia.

— ¿Es este tu hijo, Tell? preguntó Gessler.

— Sí, monseñor; contestó Guillermo.

— ¿Tienes muchos hijos?

— Dos tengo.

— ¿Á cuál quieres mas?

— Ambos á dos me son igualmente queridos.

— Pues bien, repuso Gessler, ya que á cien pasos de distancia clavas tu flecha en una manzana, en castigo de tu desobediencia vas ahora mismo á probarme tu habilidad. Toma tu ballesta y prepárate á quitar una manzana que colocaré sobre la cabeza de tu hijo. Por lo demas, te aconsejo que apuntes bien, porque si no das en el blanco voy á ahorcarte.

— ¡Señor, exclamó Tell: no es posible que tan bárbaro mandato salga de vuestros labios! ¡Apuntar yo á la cabeza de mi hijo!... ¡No, no, mi buen señor: tal idea no puede haber acudido á un alma cristiana!

— ¡Si resistes, gritó furioso Gessler, vais á morir entrambos colgados de un tilo!

— ¡Pensad que hay un Dios en el cielo, dijo el cura interviniendo en la contienda, y que no impunemente se desafía su cólera! ¡Pensad que repre-

sentais aquí al emperador, quien no puede aprobar un hecho que haria odiosa su autoridad!

— ¿Ignora acaso el señor cura que en estos pueblos hay quien conspira contra el imperio, y que el que desobedece mis órdenes hace patente su rebeldía? Tú has merecido la muerte, continuó Gessler dirigiéndose á Guillermo; has desobedecido mis órdenes, y sin embargo, mi clemencia pone en tus propias manos tu salvacion.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó Tell: ¡pensar que he de ser yo el asesino de mi hijo!... ¡Ah, monseñor, vos no debeis tener hijos; que á ser padre no os hubiera ocurrido tan diabólica idea!

— ¡Cobarde! aulló el gobernador: no te quejes del rigor de la sentencia, puesto que eres dueño de tu destino. Tu suerte depende de esa habilidad que tanto te envanece, cazador de águilas al vuelo. ¡Dar al blanco!... Eso lo hace el mas ínfimo arquero que tiembla delante del enemigo: al verdadero maestro es el que está siempre seguro de su arte, y cuyo firme corazon ni le desvanece la vista ni le hace temblar la mano.

En vano el cura, los parientes de la víctima, los vecinos del pueblo y aun alguna persona de la comitiva del gobernador se arrojaron á sus piés pidiendo gracia por Tell: Gessler, mas duro y frio que la nieve secular de los ventisqueros de aquellas montañas, ordenó que se atara al niño á un tilo y se le pusiera una manzana sobre la cabeza.

— ¡Atarme á mí! gritó el pequeño Walter; no, no: quiero tener las manos libres, y estaré tan quieto como un cordero. Si me atais, me defenderé, y no lograreis que esté quieto si antes no me matais. Decid dónde debo colocarme: mi padre mata los pájaros al vuelo, y no tocará á su hijo.

— ¡Que se venden al menos los ojos á ese niño! observó un arquero de la escolta de Gessler, compadecido de la tristísima situacion de Tell y de su hijo.

— ¿Por qué? preguntó Walter: ¿creeis acaso que yo tema una flecha lanzada por la mano de mi padre?

Gessler, como para irritar mas á la muchedumbre que invadia ya la plaza, dijo:

— No impunemente se llevan armas en este pais. Semejante derecho, que se arrogan los campesinos en perjuicio de los señores, se vuelve contra los mismos que lo usurpan. Nadie debe usar armas mas que el que manda; pero ya que vais armados de arco y flechas, quiero daros un blanco. ¡Ea, Tell, haz lo que te he ordenado!

El desgraciado padre, dirigiéndose por última vez á Gessler, le suplicó que le librara de tal suplicio, y descubriéndose el pecho, lo presentó al tirano, diciéndole:

— ¡ Mandad á vuestros soldados que me maten!

— No quiero yo que mueras, contestó Gessler, sino que tires. Sé que nada te espanta; que lo mismo manejas una barca que un arco; que ninguna tempestad del lago, ni los aludes de los ventisqueros te detienen cuando se trata de salvar á alguno. Pues bien: sálvate ahora á tí propio, ya que tan pródigo eres de tu vida en favor de la ajena.

Arrimado Walter al tilo y con la manzana sobre la cabeza, dijo á Tell:

— ¡ Tirad, padre, tirad: Dios dirigirá vuestra flecha!

— Señor, exclamó el cura, tratando de ablandar al inflexible Gessler: ¿no conmueve vuestro corazon la inocencia de esa criatura?

— ¡ Misericordia! ¡ perdon! gritaban las mujeres.

— ¡ Despejad, chusma vil! gritó Gessler.

Y volviéndose á Tell, añadió:

— ¡ Tira, Guillermo, y piensa que de tu buena puntería depende tu vida y la de tu hijo!

Despues, á una señal que hizo á uno de sus arqueros, se adelantó éste y presentó al preso su ballesta y un manojo de aceradas saetas.

Un instante permaneció indeciso Guillermo, retratándose en su enérgica fisonomía las rudas emociones que le agitaban; mas de pronto, apoderándose de la ballesta, puso en ella una saeta, guardando cautelosamente otra bajo su ancho tabardo, y apoyando la culata en el hombro, apuntó largo rato, en medio de un silencio tan profundo, que pudo oirse el disparo del arma y el golpe seco de la flecha al clavarse en el tilo despues de arrancar la manzana de la cabeza del inocente niño.

Una exclamacion de alegría se escapó de los oprimidos pechos de los espectadores, y aun los mismos soldados de Gessler lanzaron un grito de asombro.

Walter corrió hácia su padre llevando la manzana y la flecha; pero al estrechar en sus brazos á aquella prenda del corazon, el hábil tirador sintió que le abandonaban las fuerzas y cayó al suelo medio desmayado.

— ¡ Famoso tiro! exclamó el jefe de los arqueros de Gessler: se hablará delballestero Tell mientras los Alpes se mantengan sobre sus anchas bases.

— El golpe es bueno, repuso el cura; mas ¡ay! del que provocó la

cólera de Dios poniendo á un padre en la horrible alternativa de morir ó matar á su hijo!

Despechado Gessler ante la brillante prueba que de su habilidad acababa de dar el bravo cazador, le dijo:

— Cumpliendo mi palabra de caballero te perdono la vida; pero como conozco tu carácter y quiero estar á salvo de tus flechas, te guardaré en un sitio tan seguro, que no es probable vuelvas á ver jamás la luz del dia. ¡Ola, soldados, atadme á este tunante!

— ¡Cómo, señor! observó el cura: ¿os atrevereis á tratar así á un hombre tan visiblemente favorecido por la Providencia?

— Veremos, contestó Gessler, si esta vez le salvará Dios de pudrirse en un calabozo. ¡Ea, aprestad una barca, que yo mismo quiero llevarle á Kussnacht!

— No osareis hacerlo, insistió el cura: el mismo emperador no se atreveria á ello: este acto es contrario á nuestras franquicias y costumbres.

— ¿En dónde están esas franquicias? preguntó Gessler con burlona sonrisa: el emperador no las ha confirmado, y solo por medio de la obediencia conseguireis este favor. Os rebelais contra vuestro legítimo señor, obedeceis á los *Jueces francos* y proyectais rebeldías. Todos sois culpables como este hombre que acabo de arrancar de entre vosotros. Que el que sea prudente aprenda á sufrir y callar.

Al oscurecer de aquel dia atravesaba el lago de Lucerna una barca en cuyo fondo iba el infortunado cazador atado de piés y manos y custodiado por Gessler en persona y diez ó doce arqueros de su guardia.

Impelida la barca por una fresca brisa deslizóse veloz hasta la mitad del lago; pero al llegar allí se ocultaron las estrellas, crecieron las olas, y el viento, que habia adquirido la fuerza de un alud, se derrumbó cada vez mas impetuoso del San Gotardo por el collado de Reuss.

En medio del deshecho temporal, no pudiendo dominar la barca los pescadores que la tripulaban se dieron por perdidos.

— ¡No hay mas que un hombre en Suiza que pudiera sacarnos de este trance! dijo el patron, que, agarrado á la caña del timon, hacia vanos esfuerzos por dirigir la nave hácia la orilla.

— ¿Quién es ese hombre, y por qué no está aquí? preguntó Gessler.

— Es Guillermo Tell, contestó uno de los pescadores.

— Desatadle al instante, repuso el gobernador: su vida responde de la nuestra.

Desembarazado Tell de las cuerdas que le sujetaban, tomó con ellas un rizo especial en la vela, que á una señal suya habian recogido los pescadores, y que quedó reducida á una tercera parte de su diámetro; mandó izarla despues hasta la mitad del palo, y agarrando la caña con una mano y con la otra la escota, viró audazmente en redondo, dirigiendo la proa hácia Altorf, de donde habia salido.

Mientras Gessler y los pescadores contemplaban admirados aquella hábil maniobra, la frágil embarcacion volaba hácia la orilla, de la que solamente distaba ya cuatro ó cinco brazas.

De repente, al pasar arrimada la barca á unos escollos en los que se estrellaban las revueltas olas, soltó Tell el timon; arrebató su ballesta á uno de los soldados, y de un prodigioso salto se puso sobre una de las peñas, lanzando hácia atrás con un pié la nave, que estuvo á punto de desaparecer bajo las aguas.

No tarda mas un relámpago en brillar y desvanecerse que el intrépido cazador en ejecutar aquel acto de inconcebible arrojo é incontrastable fuerza.

Viendo escapar al prisionero, lanzó Gessler un rugido de rabia; pero tuvo que sofocar su furor para pensar en salvar su vida, lo que consiguió al fin con no poco trabajo.

Al disipar la luz del alba las sombras de aquella noche de angustias que sucedió á un dia de suplicios, vió Tell desde una altura á Gessler, que acompañado de numerosa escolta penetraba en el bosque con el objeto aparente de batirle, segun podia inferirse del cuidado conque colocaba sus hombres á convenientes distancias, como si se tratase de cazar una fiera.

Iba el gobernador de mal talante, sintiéndose humillado por la audacia de Guillermo, jurando en alta voz que habia de atormentarle con todo género de suplicios si en sus manos caia, y que de no lograrlo, descargaria su cólera en su mujer é hijos.

Acaso oyera Tell la amenaza de Gessler, puesto que al acabar de proferirla, se oyó el silbido de una flecha, y el gobernador de Uri cayó de su caballo herido de muerte.

Tell habia aprovechado en vengar á su patria la flecha que ocultara el dia anterior bajo sus vestidos.

Sobrecogida de terror la escolta de Gessler, abandonó el bosque precipitadamente, llevándose el cadáver de su jefe.

Extendida la nueva del inesperado castigo del gobernador, los tres jefes

de la conjuracion de Grutli prepararon con todo sigilo sus armas, y en la noche del 31 de Diciembre de 1307 lanzaron sus gentes á la ejecucion de un plan tan atrevido como valerosamente realizado.

Stauffacher, seguido de veinte valientes, penetró en la fortaleza de Rosberg, donde todo dormia menos el amor y el patriotismo.

La historia helvética, al referir esta hazaña, consagra un recuerdo á una enamorada jóven á quien la dura ley de la esclavitud obligaba á servir á uno de los tiranos de su patria. El novio de esta jóven, denodado patriota, obtuvo de ella que le recibiera en su aposento, y subió por la nudosa cuerda que por una ventana del castillo le arrojara la doncella, quien al ver penetrar en su estancia á otro hombre detrás de su amado, exclamó llorando:

— ¡ Ah, traidor, que traes contigo testigos de mi deshonra!

Sin contestarla el conjurado ayudó á subir por la escala á Stauffacher y á sus diez y ocho compañeros, armados de picas y sables, que sorprendieron fácilmente la guarnicion de Rosberg y la encerraron en los calabozos.

Dueños ya del castillo, dejaron los suizos que flotara la bandera austriaca en sus almenas, como celada en que debian caer los señores del contorno, quienes amedrentados por la rebelion de los campesinos, se dirigieron efectivamente á la fortaleza, creyendo hallar un seguro asilo detrás de sus muros; mas conforme fueron penetrando en Rosberg, quedaron presos en rehenes, para que respondieran con sus vidas de las de otros sublevados cuyas empresas pudieran haber tenido mal éxito.

Al mismo tiempo que Stauffacher llevaba á cabo su atrevida empresa, Walter Furst y Guillermo Tell, ocultos en el bosque de Erlen, inmediato al castillo de Sarmen, en el Underwald, esperaban una señal convenida con otros conjurados para ponerse en movimiento en union de una tropa bien armada de osados campesinos.

Al despuntar la luz del dia primero de Enero de 1308, se presentaron ante la fortaleza de Sarmen veinte aldeanos cargados con pollos, cabritos, huevos y otros presentes, destinados á obsequiar á Landenberg, que recibiendo benévolamente á los campesinos, díjoles que le aguardaran en uno de los patios del castillo mientras él iba á misa, pues queria darles de beber en premio de su fineza.

En efecto, Landenberg salió á poco seguido de sus escuderos, y en cuanto hubo traspuesto el puente levadizo, lo alzaron los aldeanos, dejando al gobernador de Underwald fuera de la fortaleza. Hecho esto sacaron unos hierros de lanza que llevaban ocultos entre sus vestidos, y con

ellos armaron sus bastones; derramáronse en seguida por los corredores del castillo, que conocian tan bien como su señor, y sujetaron á la guarnicion desprevenida, en tanto que uno de ellos tocaba desde la muralla su cuerno de caza, á cuya señal Furst, Guillermo y sus compañeros, saliendo de su emboscada, hicieron prisionero á Landenberg y á su comitiva.

Al mismo tiempo que caian en poder de los sublevados las importantes fortalezas de Rosberg y Sarmen, Melchthal y los valientes que acaudillaba se apoderaban de todos los castillos de Schwitz, y por la noche, las hogueras encendidas en las almenas de las ciudadelas conquistadas por la astucia ó por la fuerza, difundieron con su luz entre los suizos la noticia de que quedaban rotas sus cadenas.

Landenberg y sus gentes fueron acompañados hasta la frontera, donde quedaron libres. Fuera de la sangre de Gessler, ninguna otra se derramó en aquellos dias por los suizos, quienes á la voz de los jefes de la conjuracion se reunieron en Altorf el domingo 7 de Enero de 1308, jurando mantener estrecha alianza y defender su libertad hasta la muerte.

Grato nos fuera concluir aquí la narracion de la lucha que sostuvieron los helvecios para afianzar su independencia; pero no se resigna fácilmente un tirano á soltar su presa, y la casa de Austria se obstinó en someter la Suiza, no presumiendo los prodigios que puede obrar un pueblo inspirado por el santo amor de la libertad y la conciencia de su derecho.

Si las causas expresadas en la introduccion de este trabajo, y en particular las guerras entre los príncipes alemanes, impidieron al Austria tomar inmediata venganza de los suizos, siete años despues el duque Leopoldo el *Glorioso* marchó contra ellos con lo mas selecto de la caballería alemana. Olvidando los caballeros que el instituto á que pertenecian les obligaba á defender al débil contra el fuerte y la justicia contra la opresion, dejáronse arrastrar por el humor belicoso de Leopoldo, quien, segun una expresion suya que nos han transmitido las crónicas, *queria pisotear á los pastores suizos.*

Pocos eran los montañeses para hacer frente á tres mil caballeros cubiertos de hierro y otros tantos peones, sin contar los escuderos y lacayos que les seguian; pero aunque apenas llegaban á mil trescientos combatientes, animados por el prudente valor y la astucia de Stauffacher, Furst y Melchthal, y por el arrojo de Guillermo Tell, decidieron resistir hasta el último extremo, adoptando al efecto el sabio plan de defender los desfiladeros de sus montañas.

El 15 de Noviembre de 1315 las armaduras de los guerreros alemanes reverberaban los rayos del sol naciente en el estrecho camino que desde Zug conducia á la montaña de Morgarten, cuyas alturas estaban ocupadas por los suizos, á quienes servian de avanzada cincuenta compatriotas desterrados de Schwitz, que olvidando sus agravios á la voz de la patria en peligro, se emboscaron á ambos lados de la senda que debian recorrer los caballeros, dispuestos á obrar cuando llegase el momento oportuno.

Confiando los austriacos en su número, penetraron incautamente en los desfiladeros, llevando á su cabeza al duque Leopoldo, al antiguo intendente Landenberg y á los parientes de Gessler ávidos de venganza.

Ansiosa la brillante nobleza de llegar á las manos con los helvecios, que no daban señales de abandonar sus fuertes posiciones, empezó á subir la cuesta de Morgarten; pero cayó sobre ella un diluvio de piedras y rocas, como si las montañas se derrumbasen sacudidas por un terremoto, y entrando el pánico en los caballeros empezaron é huir.

Los gritos de victoria de los cincuenta desterrados avisaron á sus compañeros de que habian logrado su objeto, y entonces, descendiendo el pequeño ejército suizo, atacó por el flanco al enemigo, destrozándole enteramente y apoderándose de sus banderas, pertrechos y bagajes.

Murieron en esta batalla, que se llamó de Morgarten, muchos condes, dos individuos de la familia de Gessler y el mismo Landenberg. Gran número de nobles sucumbieron en los precipicios á que fueron á parar resbalando por un terreno cubierto de hielo, y muchísimos se ahogaron en el lago, á donde les condujo la impetuosa carrera de sus desbocados corceles. El duque Leopoldo debió su salvacion á un guia del pais, que le condujo por caminos extraviados á Winterthur.

Segun las crónicas, Guillermo Tell combatió heróicamente en Morgarten, debiéndose en gran parte la victoria á su indecible arrojo, y al entusiasmo que, con su ejemplo, supo inspirar á sus compatriotas, sin que despues de aquel memorable acontecimiento haga mencion la historia del esforzado libertador de Suiza, sabiéndose únicamente de él, y esto de un modo vago, que murió en Bíngen, en 1354, desempeñando el cargo de receptor ó tesorero de la iglesia del mencionado pueblo.

Despues del triunfo de que queda hecho mérito, ¿pudo la Helvecia dejar asegurada su independencia? No, seguramente; porque la regeneracion de aquel pueblo entrañaba la abolicion de la servidumbre, y toda institucion social, por absurda que sea, aunque impida el progreso de la

humanidad, como en su tiempo tuvo su razon de ser, ha echado tan profundas raices, que solo por el trabajo incesante de muchas generaciones puede ser anulada.

Habian trascurrido setenta y un años desde la batalla de Morgarten. Bajo el imperio del cruel Wenceslao el *Borracho*, ó el *Holgazan*,[1] como indistintamente le apellida la historia, acrecieron los desórdenes en Alemania, hasta el punto de formarse asociaciones entre diversos príncipes para la mútua defensa, y aun entre ciudades feudatarias é imperiales con el mismo objeto. De aquí que la Suavia siguiera el ejemplo de su vecina la Suiza, la cual se engrandeció recibiendo en su federacion á Berna, á Soleure, Zurich y Zug.

Todos los señores vecinos de la Suiza se resintieron al fin de la proximidad de un pueblo libre, que daba el mal ejemplo de ofrecer asilo y admitir como ciudadanos á todos los fugitivos de la servidumbre señorial; por lo que resolvieron de comun acuerdo acabar con la existencia de semejante pueblo, que seguia siendo poco numeroso, que estaba compuesto casi exclusivamente de pastores y que no ejercia otro arte ni industria que la agricultura.

El duque Leopoldo III el *Hazañoso*, tan guerrero como el de la batalla de Morgarten, reunió en Baden las fuerzas de todos los señores austriacos á las suyas propias, deseoso de castigar á los suizos por haber admitido en su federacion las villas de Entibur, Meyenberg, Reichensé y Sempach, que pertenecian á Austria.

Marchaba tan seguro Leopoldo de derrotar á los que miraba como rebeldes, que llevaba consigo gran provision de cuerdas para atar á los prisioneros y de hoces para segar sus mieses.

El dia 9 de Julio de 1386 encontróse el formidable ejército ducal con los libres helvecios, que habian tomado posiciones en las alturas que rodean á Sempach.

Siendo poco á propósito aquel terreno para las maniobras de la caballería, y no teniendo paciencia para esperar á su infantería, que estaba solamente á media jornada, Leopoldo el *Hazañoso* mandó echar pié á tierra

[1] En 1383, dudando este emperador de la fidelidad de su esposa, quiso obligar á Juan Nepomuceno, confesor de la emperatriz, á que le revelara su confesion, y no pudiendo vencer la resistencia de aquel virtuoso sacerdote, le mandó ahogar en el Moldau, rio caudaloso y de corriente rápida de la Bohemia.

á los cuatro mil caballeros que acaudillaba, los cuales entregaron sus corceles á sus palafreneros y criados, que los condujeron lejos del campo de batalla.

Tambien esta vez, cual en Morgarten, los suizos eran pocos en número, é iban provistos de armas cortas, como espadas y clavas, en tanto que los caballeros, cubiertos con sus impenetrables armaduras y llevando calados sus lanzones, se adelantaban hácia ellos en batallon cerrado como un muro de acero.

Mientras que los austriacos avanzaron montados, se guardaron muy bien los montañeses de abandonar los breñas en que se hicieran fuertes; pero en cuanto los vieron abandonar sus cabalgaduras, se lanzaron al llano, formando allí una falanje en forma de triángulo, que debia penetrar en el cuadro enemigo.

Antes de principiar la pelea, los suizos, siguiendo su tradicional costumbre, se hincaron de rodillas, pidiendo la victoria al Dios que favorece la causa de los hombres libres.

Erán en número de mil trescientos, sin contar la escasa, pero brava tropa de Lucerna, que fué la primera que en su impaciente cólera se abalanzó á las compactas filas de los caballeros, cuyas largas lanzas sembraron bien pronto el campo de cadáveres suizos, entre los cuales se contó al denodado Petermann de Gundeldingen, abanderado de Lucerna.

La suerte parecia decidirse por el Austria en la primera hora del combate, cuando la noble abnegacion de un ciudadano del canton de Underwald cambió el aspecto de la jornada. Arnoldo de Winkelried, viendo cuán inútiles eran los esfuerzos de sus camaradas, abandonó su puesto, y colocándose en el vértice del triángulo, gritó con estentórea voz:

« ¡ Compañeros, voy á abriros camino! ¡ Seguid mis pasos, y acordaos despues de la victoria de que tengo mujer é hijos ! »

Arnoldo era de estatura gigantesca y de fuerzas hérculeas: adelantándose á paso de carga hácia la apretada fila de los caballeros, extendió los brazos; cogió entre ellos cuantas lanzas pudo; las apretó contra su pecho, y cayó atravesado por cien mortales heridas. Pero dejó dos anchas aberturas en aquel muro viviente, y los suizos penetraron por ellas pasando sobre el cuerpo del héroe y dividiendo en dos la línea de los austriacos, que se vieron obligados á soltar las lanzas para echar mano á las espadas.

En semejante trance, la victoria se declaró por los suizos, que no llevando armas defensivas que les impidieran desplegar su agilidad de

gamo, alcanzaron con sus clavas y espadas al enemigo, el cual, rendido por el calor, la fatiga y el peso de defensivas, moria, mejor diremos ahogado que herido.

Los palafrenos y criados, testigos de la derrota de sus amos, picaron espuelas y buscaron su propia salvacion en la fuga.

Allí murieron los barones de mayor nombradía en Alemania, como igualmente los jefes mas valientes de la milicia helvética.

Reunidos en torno de Leopoldo sus caballeros mas adictos, le instaban á que huyese; pero el príncipe contestó noblemente:

«¡Ya que tantos esforzados señores mueren aquí por mí, yo quiero morir por ellos!»

Y se arrojó en lo mas espeso de las filas suizas, siguiéndole algunos de los suyos; mas luego cayo herido.

— ¡Soy el duque de Austria! dijo viéndose amenazado por un valiente ciudadano de Schwitz.

— ¡Tanto mejor! contestó el fiero montañés: en tí vengo á Guillermo Tell y los ultrajes que Suiza ha recibido de Austria.

Y le atravesó con su espada.

Martin Maltorer, abanderado de Friburgo, se apercibió de la muerte del duque; pero no llegó á tiempo de impedirla. Entonces, cubrió con su bandera el cadáver de Leopoldo, y oponiéndose á que fuese pisado por amigos y enemigos, recibió la muerte.

Tal fué la famosa jornada que la historia designa con el nombre de batalla de Sempach. En ella perecieron dos mil austriacos, contándose en este número seiscientos cincuenta y seis condes y nobles caballeros.

El mismo cofre en que Leopoldo llevaba las cuerdas para atar á los suizos le sirvió de féretro.

Desde entonces la confederacion Helvética aumentó sus dominios; organizó todos sus hombres en milicias regulares; desarrolló la industria, las artes y las ciencias, y llegó á vencer á Cárlos el *Temerario*, que invadió la Suiza por tres veces con ejércitos de sesenta mil hombres. En la invasion de 1477 quedaron en el campo de batalla veinte mil borgoñones, con cuyos huesos formaron los suizos una columna, á cuyo pié pusieron la siguiente inscripcion:

Recuerdo dejado por el ejército del muy poderoso Cárlos, duque de Borgoña.

Antes de terminar el siglo xv aun tuvo Suiza que combatir por su

independencia; pero ésta quedó definitivamente reconocida despues de la mortífera batalla de Dornech, ó mejor, despues de abolida la servidumbre en muchas naciones de Europa, cuando los mismos nobles reconocieron el derecho de los *pecheros*, y se convencieron de que el trabajo libre de sus tierras les daba mayores rendimientos que el impuesto á sus siervos.

Así un reducido pueblo de pastores, sin mas amparo que las nieves de los Alpes y lo escabroso de su suelo, inflamado por el santo amor de la independencia y aprovechando hábilmente las interminables discordias de los príncipes alemanes, pudo al fin hacerse respetar de sus enemigos, y presentar á los ojos del mundo civilizado el ideal de una república honrada, sufrida y heróica como sus fundadores Melchthal, Stauffacher, Furst y Guillermo Tell, república que ha sostenido el espíritu liberal en Europa, y que parece destinada por la Providencia á servir de modelo á los pueblos latinos el dia, quizás no muy lejano, en que, rompiendo las cadenas del despotismo ilustrado que los oprime y azotando con ellas los rostros de sus seculares opresores, no formen mas que una sola y gran familia, regida por los eternos y salvadores principios de fraternidad, justicia y libertad.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE GUILLERMO TELL.

GUTTEMBERG.

(1400 Á 1468 DESPUES DE J. C.)

Notable es en verdad el siglo xv, que se inicia por el personaje objeto de esta biografía; que da vida á Colon en 1436; á Copérnico en 1473, y á Lutero en 1483, quienes respectivamente descubren la imprenta, el nuevo mundo, el verdadero sistema planetario y establecen la Reforma religiosa, que son las cuatro grandes puertas por las cuales entra la humanidad en el augusto templo de la civilizacion moderna.

En efecto, por medio de la imprenta se difunden los conocimientos entre los hombres; por la nueva geografía se señalan los límites y figura de la tierra; por el nuevo sistema solar desaparecen las tinieblas del universo y germina en el entendimiento humano la idea de la habitabilidad de infinitos mundos, y como estas tres conquistas necesitasen espacio para ser fecundas, espacio que les cerrara la Inquisicion en los pueblos latinos, abrióles la Reforma religiosa los ámbitos de la Europa central, donde arraigaron y se desarrollaron como en terreno dispuesto á recibir tan preciosa semilla.

Sensible es que no tengamos noticias completas acerca de la infancia del primero de los citados cuatro grandes hombres, del que con su maravilloso invento prestó á sus semejantes mas beneficios que todos los conquistadores juntos con sus victoriosas espadas. Así, nada podemos decir de sus primeros años, poco de su edad juvenil y muchísimo si quisiéramos seguir el vuelo de la imaginacion buscando en todas partes las huellas de la imprenta, que son las de nuestro personaje.

Juan Gensfleich Guttemberg de Sorgenloch nació en Maguncia, ciudad libre y opulenta del Rhin, el año 1400 despues de Jesucristo, sin que sepamos la causa que le obligó á dejar el apellido de su padre, Freile de Gensfleich, hombre de noble alcurnia, pundonoroso y valiente, para tomar el de su madre, llamada Elsa de Guttemberg.

En Maguncia, igualmente que en Worms, Estrasburgo y demas ciudades libres de Alemania, la nobleza y la plebe se disputaban la supremacía del gobierno, resultando de ello guerras intestinas, en las que los vencidos debian emigrar para eludir la persecucion de los vencedores.

Á consecuencia de una de estas luchas, Juan Guttemberg, noble de nacimiento, como dejamos indicado, tuvo que abandonar á Maguncia en 1420, con muchos caballeros parientes suyos, quedando en la ciudad Elsa y sus hijas para velar por los bienes de la familia, que no pudieron salvar de la confiscacion.

En aquellas revueltas intervino oficiosamente la ciudad libre de Francfort, aconsejando á los de Maguncia que nombrasen un gobierno mixto, compuesto de tantos patricios como plebeyos, y avenidos los contendientes, se restableció la paz en la ciudad; aun cuando algunos nobles disintieron del comun acuerdo, siendo uno de ellos nuestro héroe, á quien repugnaba la igualdad democrática que reinaba en su patria.

Exigió la madre de Guttemberg la devolucion de los bienes confiscados que constituian la legítima de su hijo, fundándose en la concordia que acababa de firmarse; mas el consejo municipal contestó, « que la negativa de Guttemberg á acatar los acuerdos de sus conciudadanos constituia una declaracion de guerra, y que la república no mantenia á sueldo á sus enemigos.»

Refugiado nuestro héroe en Estrasburgo, residió allí algun tiempo, firme en su altiva determinacion, aunque preciso es confesar que dió en esta cuestion mal empleo á su firmeza.

Sostenido en la expatriacion por los recursos del cariño maternal, pudo dedicarse el jóven aristócrata al estudio, y tan notables debieron ser sus progresos, que de él dice una crónica de aquel tiempo:

« Guttemberg, hijo de la noble casa de Sorgenloch, en Maguncia, era instruido en todo arte manifiesto y oculto.»

Sus talentos y la afabilidad de su trato le granjearon las simpatías de las personas notables de Estrasburgo, y tanto se interesaron por él, que aprovechando la circunstancia de pasar por aquella ciudad el primer magistrado de Maguncia, le detuvieron y encerraron en una fortaleza, y no

le devolvieron la libertad hasta que la ciudad natal de Guttemberg le hubo restituido sus bienes.

Disponiendo ya de medios para aumentar el caudal de conocimientos que tenia adquiridos, emprendió nuestro héroe un viaje por Alemania, Holanda, Suiza é Italia, sin mas fin que el de estudiar las artes liberales y mecánicas y los procedimientos de los diferentes oficios, aficion que contrastaba doblemente con sus opiniones políticas.

En la época de que vamos hablando se conocian ya en Europa los sellos ó estampillas, que usaron tambien los romanos, y de los cuales se han hallado ejemplares en las ruinas de Pompeya: conocíase tambien la estereotipia de los naipes, que los mogoles habian traido de China, y aun este género de impresion se habia aplicado en algunos grabados de vírgenes y santos, cuyos nombres iban groseramente estampados al pié de los mismos. Fijó Guttemberg la atencion en estos procedimientos de estampar, y como poseia el grande elemento del génio, que consiste en sentir el placer de crear, concibió el proyecto de descomponer en fragmentos aquellos letreros que acompañaban las imágenes de los santos, las estampillas de los reyes y las leyendas de las monedas.

El sentimiento de la realizacion de cosas nuevas, ó de las comunes por medios nuevos, va generalmente asociado á una firme voluntad de luchar con las contrariedades, ó á la esperanza inextinguible de vencerlas, al menosprecio de las comodidades y ventajas de la vida y al sacrificio de cuanto se posee, incluso el de la reputacion algunas veces, sin que intervenga en ello el vano deseo de adquirir gloria, ni el del lucro, sino por la satisfaccion que causa el ver realizada una idea propia. Por estas cualidades triunfa el génio de la naturaleza, aunque sucumbe muchas veces por no lograr convencer á los hombres poderosos que debieran ayudarle en su obra.

No podemos nosotros dudar un instante del mérito de Guttemberg, de quien los griegos hubieran hecho un semi-dios, colocándole á la altura de Cadmo, que, segun su mitología, fué el inventor del alfabeto en los tiempos heróicos.

Empero Lamartine, uno de los mas ilustres biógrafos de Guttemberg, al querer poetizar la vida de nuestro héroe, incurre en el error de los cronistas del siglo xv, atribuyendo á Dios de una manera directa la invencion de la imprenta, diciendo que « es glorioso que no se deba al interés de la industria, sino al celo religioso, único digno de crear el instrumento de toda verdad. »

Así tambien, obedeciendo á preocupaciones religiosas, se pretende aun ahora por hombres eminentes que las lenguas, cuyos sonidos fijamos con tanta habilidad por medio de la escritura y de la imprenta, derivan de un idioma primitivo y divino, á pesar de que la ciencia y la experiencia diaria nos enseñan que los sonidos y los gestos, y por lo tanto los signos, son propios de gran número de animales, como expresion de los afectos ó sensaciones que experimentan. Y no podria ser de otra manera, ya que en toda la naturaleza dominan las leyes de las atracciones y repulsiones físicas, químicas y orgánicas. Estas leyes propias del mundo material, continúan su imperio en los organismos, los cuales deben su existencia á las atracciones y repulsiones moleculares, y los afectos y antipatías en el órden moral no son mas que atracciones y repulsiones, á las que el lenguaje y la actitud sirven de signos que las manifiestan.

Sin duda que trascurrieron muchos siglos desde que el lenguaje humano consistia en los sonidos inarticulados que exhalaba el hombre, hasta que pudo expresar su pensamiento con la caña egipcia, la pluma griega, el *stylus* romano y el cordon peruano de una manera clara y comprensible. Mas si una sucesion de tiempos y progresos graduados puede explicar estos maravillosos fenómenos morales que han producido el arte de comunicarse entre sí los hombres, es ocioso buscar en la divinidad al maestro de las lenguas, ni atribuir á inspiracion divina la invencion de la variedad de signos que fijan la idea ó de los sonidos conque se expresa.

Las figuras usadas por los sordo-mudo-ciegos, las empleadas en la escritura comun, en las matemáticas, música, taquigrafía, ideografía china, telegrafía, pasigrafía ó escritura universal (todavía en incubacion), así como los signos propios y convencionales de cada ciencia y arte en particular, son obras puramente humanas, y no sabemos porqué el orígen de las lenguas ha de ser divino, cuando no es pura y simplemente mas que una ideografía fónica. La ideografía simbólica de los chinos, la convencional de nuestro ilustrado compatriota Sinibaldo de Mas y la pasigrafía de Leibnitz, prueban que cabe en la inteligencia humana la creacion de sistemas sabios y completos para la expresion de las ideas.

Reducida en lo antiguo la publicidad de los libros á las copias manuscritas de los esclavos que á este oficio se dedicaban; limitada despues á las copias de los monjes y escolares, y en los tiempos de Guttemberg á la que podia dar el gremio de libreros, es positivo que ni aun los ricos poseian gran caudal de libros. La biblioteca de San Luis se componia de mil trescientos

volúmenes; la de la Sorbona de París constaba de mil; la de Cárlos el *Sabio* de novecientos veinte, y la mas considerable de Inglaterra no pasaba de cuatrocientos tomos.

El precio de los libros sin miniaturas ni letras de adorno y sin cubiertas de lujo, era relativamente barato, pues que copiar una *Biblia* no costaba mas de ochenta y siete duros de nuestra moneda, con cuya suma, sin embargo, podemos hoy adquirir los clásicos griegos y romanos.

Esta falta de libros hacia que continuase la Iglesia siendo la expresion de la opinion pública en Europa, cuando la emancipacion de los siervos y la preponderancia de la monarquía habian ya fundado naciones independientes, con intereses propios y diferentes en cada una, que nacian del peculiar suelo, clima, situacion geográfica y aptitud física é intelectual de sus habitantes. Por estas causas las naciones ya adultas no necesitaron la tutela de la Iglesia, ni las inspiraciones de ésta podian serles provechosas. Cada una tenia el conocimiento de sus propias fuerzas y recursos, y los libros religiosos y los de las antiguas Grecia y Roma no eran suficientes en número ni bastante á propósito para el alimento intelectual de cada nacion en particular, y en general de la clase media, ya poderosa en el siglo XV, resultando de aquí que los copistas, aun siendo numerosos, no bastaran á las necesidades del siglo cuando apareció Guttemberg.

Los chinos, que experimentaron muchos siglos antes que nosotros la necesidad de la reproduccion del libro en gran número de ejemplares, no inventaron la imprenta, porque siendo su escritura la representacion directa de la idea, se compone de millares de signos. Por este motivo no se prestó á la division de los signos raices que exige la imprenta, sino á la estereotipia, ó sea al grabado de estos signos, que aun practican los chinos sobre trozos de madera en forma de páginas.

Mas la escritura de los pueblos occidentales del Ásia describe, no la idea, sino la palabra. Cadmo, inventor de esta clase de escritura, debió observar que la expresion simbólica é idiográfica difícilmente podia descomponerse, mientras que, por el contrario, fácilmente podrian extraerse de las palabras las raices fonéticas de que están compuestas. Cadmo aplicó un signo á cada una de estas raices y produjo el alfabeto, creacion sublime que facilitó las comunicaciones por escrito y la difusion de las luces, é hizo posible la invencion de la imprenta.

Como Cadmo, Guttemberg aplicó la division al grabado. Por este procedimiento de cada letra del alfabeto hizo un grabado y de la union de

estos pequeños grabados formó las palabras, las líneas y las planas, las cuales, colocadas en cierto órden, produjeron la *forma,* que asentada en la prensa, pudo imprimir sucesivamente millares de pliegos en muy corto tiempo.

Al principio grababa Guttemberg las letras en pedacitos de madera de seccion rectangular, de una pulgada de largo, y que tenian un agujero en el centro, por el cual pasaba un hilo que sujetaba todas las letras que componian una línea.

La primitiva tinta de que hizo uso nuestro inventor estaba compuesta de una disolucion concentrada de goma, negro de humo y agua, que extendia sobre la *forma* por medio de un cepillo.

En cuanto al primer mecanismo de que se sirvió para estampar sus letras, consistia en dos planos de madera horizontales: en el inferior colocaba la *forma;* la daba tinta; extendia el pergamino ó papel sobre las letras; ponia encima un paño, y sobre éste el segundo plano, cargando sobre él el peso de su cuerpo.

Observando la poca duracion de los caracteres de madera, hízolos Guttemberg de plomo, y en lugar de unirlos por medio de un hilo para formar las líneas, puso las letras en un *componedor*, á fin de que guardasen igualdad entre sí, y las *planas* en una *rama* ó cerco de madera, y luego de hierro, donde las encerraba apretándolas con cuñas.

La primera prensa propiamente dicha que poseyó el gran inventor, parecida á las usadas todavía en algunas imprentas de provincia, y en una de las cuales nos gloriamos de haber trabajado bastante tiempo durante nuestro aprendizaje tipográfico, fué construida bajo el modelo que presentó á un tornero de Estrasburgo llamado Conrado Saspach.

Cuéntase que este tornero, cuando llevó la prensa á Guttemberg, le dijo:

«Estoy bien convencido, micer Juan, que estais en comunicacion con los espíritus celestes, y de aquí en adelante os obedeceré como si fuerais un ángel.»

Se supone ser el año 1436 cuando Guttemberg hizo ensayos de impresion bastante limpios y ordenados para competir con los libros manuscritos; pero ignoramos cuáles fueron las primeras obras que salieron de su prensa.

Desde entonces pudo el libro llegar no solo á la clase media, sino tambien á la obrera, y la biblioteca, antes pobre, aun en la misma capital del

mundo católico, pudo extenderse hasta las ciudades de menor importancia, y no mezquina como antes, sino rica en toda clase de obras científicas y literarias.

Con la profesion de impresor nació la de autor. Ya no fué necesario para ser sabio ó literato ser opulento: los libros llegaron á todas las inteligencias, y el ser autor fué una profesion honrosa y algunas veces lucrativa. Las escuelas se multiplicaron, y el número de alumnos creció rápidamente. Las obras de Aristóteles, la filosofía griega, los clásicos romanos y sus códigos, las obras de los árabes, especialmente las matemáticas, las ciencias ocultas y los procedimientos de las artes, hasta entonces solo conocidos por limitado número de gentes, entraron en el comercio humano sin trabas de ninguna especie.

Sin duda presintió Guttemberg toda la trascendencia de su invento, cuando él mismo escribió un sueño que tuvo en el convento abandonado de Arbogaste, junto á Estrasburgo, donde hizo sus primeros ensayos, y que traducido al pié de la letra del manuscrito conservado en la biblioteca del erudito Beck, dice así:

« Una noche, cuando acababa de dormirme, oí dos voces desconocidas y de un timbre muy diferente, que sucesivamente hablaron á mi alma. Una de ellas me dijo:

» ¡Alégrate, Juan: eres inmortal! ¡En adelante toda luz procederá de tí en el mundo! ¡Los pueblos que viven á millares de leguas lejos de tí, extraños á los pensamientos de tus compatriotas, los leerán y comprenderán esparcidos y multiplicados en cuantos idiomas habla el hombre, gracias á tí y merced á tu obra! ¡Alégrate, Juan! ¡Eres inmortal, porque te has convertido en el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Eres inmortal, porque tu descubrimiento va á dar vida perpétua á los génios que sin tí habrian nacido muertos, y que por gratitud proclamarán á su vez la inmortalidad de aquel que los inmortaliza!

» Calló la voz y me sentí enagenado por el delirio de la gloria. Luego oí otra voz que decia:

» ¡Sí, Juan, eres inmortal! ¿Mas á qué precio? ¿Es el pensamiento de tus semejantes bastante puro, bastante santo, para oirlo y verlo el género humano? El hombre es mas perverso é ignorante que sabio y bueno: profanará el don que le ofreces, y abusará de este nuevo sentido que tú creas. Vendrán tiempos en que en lugar de ensalzarte te maldecirá. Vendrán hombres de imaginacion poderosa, pero cuyos corazones serán soberbios y

corrompidos, que sin tí hubieran permanecido en la oscuridad. Encerrados en un estrecho círculo, el mal que habrian ocasionado no se extendiera mas allá de sus parientes y amigos; mas por tu causa llevarán el vértigo, la desdicha y el crímen á todos los hombres y á todas las edades. ¡Contempla esos millares de almas corrompidas por la corrupcion de una sola! ¡Mira esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas destilan el veneno del excepticismo! ¡Vé esas mujeres inmodestas, infieles y duras para con los pobres, por haber bebido en esos libros la ponzoña del corazon! ¡Ahí tienes madres que lloran á sus hijos! ¡Allá padres que se avergüenzan de sus hijas! Juan: ¿no es demasiado cara una inmortalidad adquirida á expensas de tantas lágrimas y agonías tantas? ¿Envidias una gloria á tal precio conseguida? ¿No te espanta la responsabilidad que esta gloria hará pesar sobre tu alma? Créeme, Juan: vive como si nada hubieras descubierto. Contempla tu invencion como un sueño seductor, pero funesto, cuya realizacion solo podria ser útil y santa en el caso de ser el hombre bueno. Pero el hombre es malo, y prestar armas á los malos, ¿no es hacerse cómplice de sus crímenes?

» Despues de estas palabras desperté en el horror de la duda. No sabia porqué decidirme; pero considerando luego que iba á prestar con mi invento un inmenso servicio á la razon y á la libertad humana, abriendo un vasto campo á las inteligencias, me decidí á trabajar con doble ahinco para ver realizado mi proyecto. »

Los crecidos gastos que ocasionaron á Guttemberg los materiales y herramientas empleados en sus ensayos, habian consumido su hacienda, y tuvo que llamar en su auxilio á otras personas para hacer práctico su descubrimiento. Con el nombre de *maravillosa y nueva industria* organizó una sociedad que estableció grandes talleres para tallar piedras preciosas, fabricar relojes, espejos de Venecia y esculpir y dorar los marcos de los mismos, contando que con los beneficios de la asociacion podria perfeccionar el arte de imprimir hasta el punto de ser una profesion práctica como cualquiera de las artes mecánicas.

La tradicion nos ha conservado los nombres de los sócios del ilustre inventor. Dos de ellos eran de Estrasburgo, y se llamaban Andrés Dritzehen, á quien enseñó el arte de tallar las piedras preciosas, y Juan Riffe, baile de Lichtenau. Mas tarde se asoció con Fust, platero y banquero de Maguncia, y con Schœffer, cuyo hermano estableció en Estrasburgo la primera fábrica de papel.

Los talleres de la asociacion se instalaron en el referido monasterio de Argobaste.

En tanto que Guttemberg formaba hábiles diamantistas y relojeros, ocupaba su tiempo sobrante en la perfeccion de su arte predilecto, pero tan reservadamente, que sus sócios tardaron mucho tiempo en apercibirse de ello. No obstante, llegó un dia en que los adelantos que meditaba reclamaron cuantiosos fondos para establecer de una manera definitiva la imprenta, y entonces descubrió su secreto á sus asociados, que aceptaron desde luego la nueva industria, la que antes de llegar á explotarse consumió sumas considerables, por lo que los sócios se negaron resueltamente á efectuar nuevos desembolsos, si no participaban por igual de los beneficios y de la gloria que reportara la imprenta.

En todo consintió Guttemberg, porque sentia en toda su plenitud la pasion por el arte que creaba y que iba luego á difundirse por el mundo.

Faltaban todavía á sus impresiones algo de la limpieza y regularidad de la escritura á mano, y Guttemberg, cuyo amor á la gloria habia triunfado de sus preocupaciones de raza, no quiso divulgar sus proyectos de reforma, temeroso de que se los robaran. Sin embargo, por el nuevo contrato que firmó con sus sócios quedó tan despojado de las preeminencias que hasta entonces gozara en la compañía, que quedó convertido casi en un obrero de la misma.

Murió en aquella ocasion uno de los sócios, y sus herederos, creyendo que estaba ya perfeccionado el descubrimiento, procedieron judicialmente contra Guttemberg, reclamando la invencion, la propiedad y la explotacion exclusiva del arte de la imprenta.

Favorables los jueces á la parte contraria, que deseaba conocer el invento en toda su extension, dirigieron al inventor mil insidiosas preguntas para arrancarle su secreto; pero como aquel no quisiera descubrirlo, hicieron comparecer ante ellos á los obreros que le habian ayudado en sus ensayos, quienes fieles por esta vez á su maestro, se negaron tambien á revelar los procedimientos del divino arte.

Á pesar de todo, el resultado del pleito fué desastroso para Guttemberg, que tuvo que abonar á los herederos de su sócio la indemnizacion que reclamaban, viéndose luego obligado á salir de Estrasburgo, por mandato del tribunal, regresando á Maguncia, de donde habia salido lleno de orgullo, y á donde volvió arruinado en 1437.

La infidelidad y la muerte habian hecho de Maguncia un desierto de

afectos para Guttemberg, cuya manifiesta pobreza le alejó aquellos amigos que se complacen en nuestras prosperidades, porque esperan participar de ellas. Despreciado por los nobles de su ciudad natal, porque se habia dedicado á trabajos manuales, indignos, segun ellos, de un caballero, el desterrado de Estrasburgo solo halló consuelo en el cariño de una hermana suya, cuyo nombre no consignan las crónicas, y en el amor de la jóven y consecuente Anita, su antigua novia, con quien por entonces no quiso casarse por no hacerla partícipe de su indigencia. Era rica la citada jóven; pertenecia á la aristocracia de Maguncia, y comprendiendo los escrúpulos de Guttemberg, le demandó ante el primer magistrado de la ciudad el cumplimiento de la palabra que mucho tiempo hacia la empeñara de tomarla por esposa.

Rindiéndose por fin Guttemberg á esta prueba de amor y abnegacion, contrajo matrimonio con Anita, que le impulsó á proseguir su descubrimiento.

Poco despues de su matrimonio debieron tal vez cesar las causas que obligaron al ilustre inventor á salir de Estrasburgo, porque volvió de nuevo á aquella ciudad y estableció una imprenta en la casa llamada *Thiergarten,* que en nuestros tiempos se ha convertido en liceo.

Guttemberg residió en Estrasburgo hasta 1446, en que volvió á Maguncia para asociarse con el platero Fust y su yerno Schœffer. Éste último llevó á la sociedad una mezcla de metales (se cree que la del antimonio con el plomo), con cuya liga los caractéres adquirieron mayor resistencia y las impresiones resultaron mas limpias. De este tiempo ha quedado la famosa *Biblia de Maguncia,* justamente admirada como una obra maestra de tipografía.

Guttemberg, dominado siempre por sus preocupaciones nobiliarias, no puso nunca su nombre en las obras que imprimió, y así que fácilmente pudieron robarle la gloria de su invento.

Despues que hubo abandonado á Estrasburgo en 1446, el notario Metelin y un canónigo llamado Eckstein reunieron los obreros que tenia Guttemberg empleados en su establecimiento y fundaron una tipografía, que dió luz una *Biblia* alemana, y luego otras obras, con pingües resultados para la empresa. Todas aquellas obras llevaban la firma de Metelin, que se atrevió á apropiarse descaradamente el título de *inventor del maravilloso arte de la imprenta.*

Además de lo dicho, Fust y Schœffer lograron al cabo de algunos años

de asociacion con Guttemberg separarle de la compañía, y se declararon tambien inventores en 1460.

La rivalidad que existia entre las ciudades de Estrasburgo y Maguncia hizo que cada una reclamase la honra de haber sido la cuna del arte de imprimir, tributando la primera grandes honores á Metelin, á fin de privar á Maguncia del título de gloria que le correspondia por ser la patria de Guttemberg, en tanto que Maguncia hacia otro tanto en favor de Fust y Schœffer, con objeto de negar á Estrasburgo la participacion que la cabia en el descubrimiento por la hospitalidad que concediera á Guttemberg y por haber éste pasado en ella los dolorosísimos y largos años que empleó en sus ensayos.

Así el miserable antagonismo de dos ciudades y la ingratitud de sus obreros y de sus asociados llenó de amargura la vejez del ilustre inventor.

Este pobre mártir de una idea grandiosa, vió bajar á la tumba sucesivamente á todos sus hijos y á su amantísima esposa, quedando solo en el mundo á la edad de sesenta años pobre y desprestigiado.

Guttemberg habia correspondido al afan que demostrara el siglo XV por la instruccion, y sin embargo, ni Estrasburgo ni Maguncia quisieron nada de él, consintiendo por envidia en despojarle de su gloria de inventor de la imprenta, aunque sin conseguir por eso arrebatarle la admiracion y el agradecimiento de la posteridad.

Cuando mas apurado se encontraba el grande hombre, el generoso Adolfo de Nassau vino á tenderle una mano amiga llamándole á su córte y nombrándole su primer chambelan y consejero de Estado.

Merced á esta proteccion, que tanto honra al ilustrado príncipe, pudo Guttemberg acabar en paz sus dias á la edad de sesenta y ocho años, el 1468 de nuestra era, sin que le fuera dado legar nada á su hermana, pero dejando al mundo en posesion del mas poderoso elemento de civilizacion y libertad que hayan podido inventar los hombres.

La imprenta, que tantas amarguras causara á su inventor, se propagó con asombrosa rapidez, segun es de ver por las fechas en que se estableció el *arte divino* en las siguientes ciudades:

Roma y Colonia, en 1467.

Venecia, París y Augsburgo, en 1469.

Bamberg, Verona, Foligno, Sevilla, Nuremberg, Pignerol y Tréveris, en 1470.

Bolonia, Ferrara, Pavía, Florencia, Nápoles, Savigliano y Milan, en 1471.

Mántua, Parma, Pádua, Mondovi, Fivizzano, Crémona y Valencia, en 1472.

Lion, Mesina, Sant-Orso, Lovaina y Brescia, en 1473.

Utrech, Turin, Génova, Basilea, Alost, Lóndres, Como y Savona, en 1474.

Lubeck, Módena, Plasencia, Barcelona, Zaragoza, Cagliari, Cazorla, Perusa, Pieve de Sacco y Reggio en Calabria, en 1475.

Brujas, Trento, Bruselas y Udina, en 1476.

Angers, Dewenter, Gonda, Ascoli, Palermo y Vienne, en 1477.

Ginebra, Oxford, Praga, Chablis, Amberes, Cosenza y Colle, en 1478.

Tolosa, Nimega, Poitiers, Frascati y Saluzzo, en 1479.

Caen, Salamanca, Cividale, Nonantola y Reggio, en 1480.

Á esta última fecha se habian impreso solamente en Italia *mil doscientas noventa y siete obras,* y al finalizar el siglo XV la imprenta europea habia hecho ya sobre unas *quince mil ediciones*, entre ellas noventa y una de la *Biblia* en varios idiomas, siendo la traduccion española impresa en Valencia en 1478.

Los ulteriores progresos de la imprenta son el gran monumento que la posteridad ha levantado al génio de Guttemberg. ¡Cuán pequeños aparecen los reyes y conquistadores junto á esta gran figura, y cuán simpático es para nosotros el príncipe Adolfo de Nassau amparando la ancianidad de Guttemberg y haciendo de él su amigo y consejero!

¡Ah, si los poderosos de la tierra supieran ser grandes, cuán rápidamente llegaria la humanidad á realizar sus destinos, y cuántos nombres augustos, sepultados hoy en el polvo del olvido, se ostentarian cual astros que al cruzar rápidos sobre la tierra la iluminaron con sus ráfagas de luz divina, que abrió paso á la civilizacion moderna!

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE GUTTEMBERG Y DEL TOMO PRIMERO.

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.

ÍNDICE

DE LAS BIOGRAFÍAS QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO.

1 El *asterisco* indica las biografías originales del señor Monturiol, como es de ver por la *Nota* que va al fin del segundo tomo.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

COLOCACION DE LOS RETRATOS.

TOMO PRIMERO.

